JORGE INOSTROSA C.

ADIOS AL SEPTIMO DE LINEA

"El Regreso de los Inmortales"

«El regreso de los inmortales» es el quinto y último tomo de la saga épica *Adiós al séptimo de línea*, aquí se narra el sangriento combate de La Concepción, la batalla de Huamachuco, la firma del tratado de Ancón, los regimientos que quedan en apoyo del nuevo gobierno peruano, y el regreso a Chile en 1884.

Jorge Inostrosa Cuevas

Adiós al séptimo de línea V: El regreso de los inmortales

Adiós al séptimo de línea - 5

ePub r1.0
Titivillus 09.04.2026

Título original: *Adiós al séptimo de línea: El regreso de los inmortales*
Jorge Inostrosa Cuevas, 1955
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1
Digitalización y OCR para Epublibre

1

En la noche del 4 al 5 de septiembre de 1881 quedó totalmente desarmada la guarnición del pueblo La Magdalena, sede del Gobierno Provisional del Perú. Soldados del «2.º de Línea» y del «4.º de Línea», mandados por el coronel Estanislao del Canto y el comandante Solo Saldívar, respectivamente, despojaron de sus armas a la gendarmería que protegía la casa gubernamental, mientras que buines y cazadores a caballo lo hicieron con la guardia que custodiaba el retén policial de Chorrillos. Finalmente, todos los hombres a quienes el comando chileno había permitido que el señor Francisco García Calderón mantuviera como su guardia presidencial fueron diseminados, sin que se ejerciera contra ellos ningún acto de violencia.

Al mediodía siguiente, el contralmirante Patricio Lynch pudo contemplar en la sala de guardia del cuartel de Santa Catalina las armas requisadas en la operación nocturna: novecientos cincuenta y ocho fusiles, dos cañones de bronce, una ametralladora, un millón de tiros, tres depósitos de pólvora de cañón y algunas monturas de caballería.

Después de expresar concisamente su aprobación, el general en jefe chileno [1] regresó a su despacho, en el Palacio de Gobierno. Tenía la certeza de encontrar allí una protesta enviada por el Gabinete del señor García Calderón, lo que efectivamente ocurrió. Era una comunicación firmada por el ministro de Relaciones Exteriores, señor Manuel María Gálvez, a la que el contralmirante se apresuró a responder.

Pero, aquella misma tarde, el ministro se presentó a confirmar verbalmente su reclamación. El señor Lynch lo recibió con helada cortesía y esperó sus palabras.

El representante del Gobierno Provisional manifestó, al comienzo, una marcada turbación, pero se repuso rápidamente y expuso sus motivos con calor.

—Señor almirante, ya conoce usted la razón de mi visita, por la nota que tuve el agrado de enviarle esta mañana —le dijo—. Fuerzas del ejército bajo su mando se han presentado en la sede de mi Gobierno, procediendo a desarmar a la guarnición y a ahuyentar a los gendarmes.

—Efectivamente, así lo ordené.

El ministro Gálvez volvió a confundirse ante la categórica firmeza con que le respondía el jefe chileno. Comprendió, desde luego, que nada haría cambiar de parecer al contralmirante y que sus argumentos estaban condenados a estrellarse contra un muro inflexible. Sin embargo, tentó agotar toda posibilidad y comenzó a exponerle su queja, con gran vehemencia. Alegó que su Gobierno era nacido de la voluntad del pueblo del Perú y estaba reconocido por varias potencias neutrales y, a continuación, agregó que, en cumplimiento de las exigencias del Congreso, había estado manteniendo con el ministro plenipotenciario chileno varias entrevistas preparatorias, para determinar los procedimientos en las negociaciones de paz, y que esas entrevistas se habían suspendido solamente en espera de que el señor Joaquín Godoy obtuviera del Gobierno de Chile el reconocimiento de don Francisco García Calderón como presidente del Perú.

—El desarme de nuestras tropas, mientras esperamos sea absuelta la consulta hecha por el señor Godoy, resulta extemporáneo y contradictorio —concluyó.

—Pues, no lo es, señor Gálvez —le afirmó tranquilamente Lynch —. La medida que he ordenado tiene un carácter meramente militar y no se contrapone en absoluto con las conferencias que ustedes mantenían con el señor Godoy.

Gálvez quiso saber por qué esas medidas revestían solamente un carácter militar, siendo que al parecer del presidente García Calderón y de sus ministros ella violaba la promesa de neutralidad establecida sobre La Magdalena por el anterior general en jefe, Cornelio Saavedra.

—Digo que es una medida de carácter militar y lo sostengo, señor Gálvez —volvió a afirmar el contralmirante y se avino a

explicar la razón de su orden—: La guardia de La Magdalena había pasado a ser un peligro para nuestras fuerzas. Hallándonos en vísperas de iniciar una nueva campaña contra el ejército de la sierra, esas tropas representaban un permanente motivo de recelos para nosotros.

—No comprendo por qué, señor general.

—No quiere usted entenderlo, señor Gálvez, que es diferente. Bien sabemos ambos en qué proporción los gendarmes se han estado pasando a la línea del general Cáceres e incrementando sus fuerzas. Los mil fusiles que hemos quitado a la guarnición de La Magdalena, disparados desde el bando enemigo podían significar miles de soldados chilenos muertos y no debíamos arriesgarnos a que eso ocurriera.

—Nada le permite afirmar que la guarnición de La Magdalena actuaría en contra de ustedes, señor general —trató de oponerle el ministro, perdiendo un tanto la compostura, lo que motivó que el contralmirante Lynch elevara el tono de su voz, al responderle:

—¿Han hecho ustedes algo para castigar a los centenares de hombres que desertaron de La Magdalena, y se pasaron a las filas de Cáceres, llevándose incluso los fusiles que nosotros les dimos? ¡Respóndame usted! ¿Quién podía darnos garantías de que, llegado el momento en que el ejército de la sierra acampado en Chosica se decida a atacar Lima, la guarnición de La Magdalena no nos cargaría por la espalda?

—Es terrible lo que usted expone, señor general —le observó su interlocutor, tembloroso—. No hay razón para que usted suponga que puede existir connivencia entre las tropas del Gobierno Provisional y las del general Cáceres.

—Me permite suponerlo el hecho de que gran parte de ellas se han pasado al bando del jefe serrano, y que ustedes no han movido un dedo para castigar esas deserciones y ni siquiera me las han comunicado oficialmente.

—Pero usted no puede afirmar que el resto de ellas…

—Tampoco podría usted asegurar con sinceridad y buena fe que no procederían como yo supongo —lo interrumpió rotundamente el contralmirante y, aprovechando el mutismo en que cayó el ministro, continuó—: por ello, y atendiendo a que debo ponerme en todos los casos, para resguardo de mi ejército, he ordenado la

medida precautoria de desarmar a las tropas de La Magdalena y dispersar a sus hombres. Como bien puede usted ver, no es más que una operación militar.

El ministro Gálvez quedó abrumado por aquel contundente razonamiento, que comprendía iba a ser el único que el jefe chileno se dignara darle. Sin hallar más argumentos que oponerle, se limitaba a repetir, alzando las manos:

—¡Señor general! ¡Señor general!…

Viendo anonadado a su interlocutor y comprendiendo que era innecesario prolongar aquella entrevista, el contralmirante se puso de pie, expresándole, con acento impersonal:

—Sírvase comunicar al señor García Calderón que ésa es la razón que me ha movido a dar la orden que tanto le disgusta.

—Pero, señor general, una medida tan rigurosa implica el término del Gobierno Provisional —le planteó angustiosamente el ministro Gálvez, a lo que el contralmirante replicó con una vigorosa inclinación de cabeza.

—Así creo. Me parece natural que ustedes reaccionen indignados y dimitan sus cargos.

La aclaración del fin que perseguía el jefe chileno había sido expresada demasiado a quemarropa y aturdió al representante del Gobierno Provisional. No había calculado tener que pronunciarse en ese sentido y temió comprometerse dando alguna respuesta.

—No… no puedo explayarme sobre ese tópico, sin… transmitir antes la explicación de usted al señor presidente provisional —tartamudeó—. De donde, con su permiso, me retiro.

Un poco atolondradamente, recogió su sombrero y sus guantes y se inclinó ante el jefe chileno, a tiempo que retrocedía hacia la puerta del despacho.

Lynch lo observó con mirada indefinible y pareció que en sus labios se esbozaba una leve sonrisa irónica, al despedirlo.

—Tenga usted muy buenas tardes, señor Gálvez.

—Bue… buenas tardes, señor general —le contestó el ministro con incontrolable tartamudeo, y desapareció.

La esperada caída y disolución del Gobierno Provisional no se produjo, sin embargo. Todos los miembros del Gobierno chileno, en Santiago, habían imaginado que el desarme de La Magdalena arrastraría al Gabinete de García Calderón a dimitir, pero esto no

ocurrió así. Como transcurrieran los días sin que se produjeran las renuncias de sus componentes, Lynch supuso que alguien los había alentado a mantenerse en sus puestos y ese «alguien» no podía ser otro que el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, Stephen Hurlbut. Esta falla en el plan general, no prevista por Lynch, provocó un clima de gran tensión en Santiago. El 18 de septiembre debía asumir la presidencia de Chile Domingo Santa María y su propósito manifiesto era dar mayor impulso a la guerra para poner un rápido término al incierto estado de las cosas en el Perú. Su primer paso al subir al poder fue ordenar al ministro plenipotenciario chileno acreditado en Washington, que comunicara al Gobierno de Estados Unidos que el ejército chileno ascendería a la sierra peruana para aplastar la resistencia de los guerrilleros y negociar la paz inmediatamente después.

En tanto que llegaban las órdenes correspondientes para iniciar la nueva campaña, el comandante en jefe Lynch dispuso que se ampliara el servicio de informaciones militares, a fin de mantener una constante vigilancia sobre los movimientos del ejército del general Cáceres, la legación norteamericana en Lima y los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia. Estas dos últimas misiones fueron confiadas al servicio secreto que dirigía Abelardo Núñez, El Profesor. Éste se presentó en la casa de la calle Trapitos, donde vivían Leonora Latorre y su criada Elcira, y las impuso, en detalle, de las labores de vigilancia que debían cumplir.

Leonora dispuso que espiaran la legación norteamericana Elcira y el ordenanza Toribio Jerez, y en cuanto a los directores del Comité Patriótico de la Resistencia, recordó a El Profesor que sus casas estaban sometidas a custodia militar.

—Así era, pero hemos retirado a los guardias, a fin de dar libertad de movimientos a los conspiradores y poder seguirlos —le informó el señor Núñez—. Necesitamos que ellos mismos nos descubran cuál es la trama que están urdiendo con el ministro norteamericano.

Leonora decidió encargarse personalmente de esta parte de la misión.

Sin embargo, transcurrió una quincena sin que se produjera ninguna manifestación visible de alteraciones en el Gobierno de La Magdalena. Los funcionarios seguían concurriendo normalmente a

las oficinas y la opinión popular, que esperaba diariamente ver caer al Gobierno Provisional, comprobó con asombro que el presidente García Calderón persistía en sus funciones.

Leonora envió varias veces a su ordenanza Jerez a la oficina de El Profesor para participarle los rumbos que seguían sus investigaciones.

Pero no fue posible hallarlo. Núñez había desaparecido, sin que nadie supiera dar razón de su ausencia.

Fue el 24 de septiembre cuando las dos agentes lo vieron llegar a la casa de la calle Trapitos. Venía flaco y requemado por el sol.

—¿Dónde se hallaba usted que llega en ese estado? —le preguntó Leonora, después de saludarlo.

—Subí a la sierra —le respondió El Profesor—. He trepado por los senderos más difíciles guiado por hombres que mantengo tras las líneas enemigas. Necesitaba examinar la región por mis propios ojos y comprobar si son veraces los informes que me envían los espías que he contratado. Quien traiciona a uno puede traicionar a dos —sentenció, refiriéndose a que los hombres que trabajaban para él en el campo enemigo eran peruanos.

—¿Y logró averiguar algo que justifique su sacrificio? —le inquirió Leonora.

El Profesor afirmó rotundamente. Había conseguido descubrir que existía una comunicación constante entre los conspiradores de Lima y el Estado Mayor de Cáceres. Los enlaces del «Brujo de los Andes» subían y bajaban ininterrumpidamente de la sierra y el Comité Patriótico de la Resistencia era mencionado con fervorosa simpatía en las ciudades altas.

—Siempre supuse que existía esa relación permanente —afirmó Leonora—, y, últimamente, hemos podido averiguar que ella se extiende más allá de lo sospechado, puesto que llega hasta la legación de los Estados Unidos y de ahí al despacho del presidente García Calderón.

—¿Cómo es eso? —le consultó Núñez bruscamente interesado.

—Hemos comprobado que casi todos los días el señor García Calderón se presenta en la sede diplomática estadounidense, y que, al mismo tiempo, acuden a ella algunos miembros del Comité Patriótico de la Resistencia, quienes son los que mantienen contacto secreto con el ejército de la sierra.

El Profesor entrecerró los ojos. Ya se había imaginado él que existía esa trabazón. El asunto se le presentaba claro ahora. El Gobierno Provisional, en riesgo de ser derribado, buscaba el apoyo de las fuerzas de Cáceres acampadas casi en las puertas mismas de Lima.

—Pero hay un factor en todo esto que no veo dónde puede encajar —observó desconcertado, y como Leonora lo observara interrogante, le explicó—: Ha llegado a Tarma el dictador Piérola, y pese a que fue repudiado por los jefes y oficiales del Ejército del Centro, el general Cáceres ha subido a esa ciudad para entrevistarse con él. El resultado de las conferencias que mantengan sólo ha de seguir uno de dos caminos: o que Cáceres vuelva a plegarse a Piérola o que lo rechace de nuevo y se incline definitivamente por García Calderón. En este último caso, el ataque a Lima es inminente.

—¿Ha comunicado usted esas noticias al contralmirante Lynch? —le consultó Leonora.

El Profesor reconoció que no lo había hecho, por venir directamente a casa de ella.

—Pues no demore usted; vaya al momento a informarlo —le recomendó la joven.

El contralmirante Lynch no manifestó demasiado interés en la información, dando la impresión de que ya la barruntaba o que tenía en su poder otros antecedentes que le restaban importancia; por lo que El Profesor insistió con cierta molestia. Pero aún no terminaba de expresar su opinión, cuando Patricio Lynch le puso bajo los ojos un telegrama firmado por el presidente de Chile, Domingo Santa María:

> *Santiago, septiembre 25 de 1881.*
> *Al general Lynch.*
> *Ponga término al Provisional. Publique bando diciendo no tolerará actos de gobierno dentro del territorio ocupado por nuestras tropas. Aperciba a García Calderón.*

El contralmirante Lynch se quedó mirando al agente secreto.

—¿Cuándo piensa publicar ese bando? —preguntó Núñez.

—Mañana mismo —afirmó categóricamente el marino—. Junto con el bando redactaré una carta para el señor García Calderón, en

la que le notificaré que su gobierno termina aquí.

—¿Qué resultados cree usted que acarreará tal medida?

El contralmirante sonrió ahora francamente.

—No lo sé —declaró con indiferencia—. Pero si, por consejos de sus «aliados» norteamericanos, García Calderón no acata el bando, no sólo terminará su Gobierno, sino que nos dará la oportunidad para sacarlo del Perú. Y entonces habrá llegado el momento de lanzar la segunda campaña contra la sierra.

El bando publicado con fecha 26 de septiembre de 1881, en que se prohibía el ejercicio de todo acto de gobierno dentro del territorio ocupado, fue la carta de triunfo con que el contralmirante Lynch creyó poner fin a la astuta trama urdida por el presidente García Calderón y su oculto instigador, Stephen Hurlbut. Eliminando bruscamente al Gobierno Provisional imaginaba desbaratar el plan combinado entre esos dos personajes y el Comité Patriótico de la Resistencia, organización de enlace con el Ejército del Norte, que mandaba Lizardo Montero; el del sur, que dirigía el coronel La Torre, y el del general Cáceres, apostado a pocas leguas de Lima.

El señor García Calderón sintió que se remachaba su desastre al recibir, junto con una copia del bando, una nota privada del contralmirante Lynch, en la que éste le decía:

> *Señor:*
> *Tengo el honor de pasar a manos de U. S., en copia, el bando que con esta misma fecha he expedido, impidiendo en lo sucesivo, en la parte del territorio peruano ocupado por las fuerzas del ejército de mi mando, el ejercicio de actos de gobierno por otros funcionarios o autoridades que no sean las establecidas por el Cuartel General, excepto las autoridades municipales, únicas que quedan subsistentes y autorizadas para el cobro de los impuestos locales.*
> *Como las prescripciones de este decreto vienen a poner término al Gobierno presidido por U. S., y que con nuestra tolerancia ha estado funcionando hasta el presente, confío*

en que U. S. se servirá tomar las medidas del caso para impedir que los funcionarios o autoridades que bajo la dependencia de U. S. han desempeñado algún cargo, dispongan en manera alguna de los libros, documentos, archivos y demás efectos de sus respectivas oficinas, desde que no pertenecen a ellos particularmente, sino que son de propiedad fiscal, y que U. S. se dignará pasarme, tan pronto como le sea posible, una relación de todos ellos. Con los sentimientos de la más alta consideración, soy de U. S. atto, y S. S.

PATRICIO LYNCH.

La rotunda determinación anonadó al presidente provisional. Desesperado por aquel golpe, acudió presuroso a la ayuda de su consejero, el ministro plenipotenciario norteamericano.

El avezado diplomático lo escuchó con el ceño fruncido y se paseó largo rato por la estancia. Por último, se detuvo frente a su interlocutor y le preguntó:

—¿Piensa obedecer a ese decreto, señor García Calderón?

—Por supuesto que no, señoría —le respondió el afectado con gran vehemencia, pero sin que su voz confirmara la seguridad de que hacía gala—. El cargo de supremo director del Perú no es una merced que las fuerzas chilenas o el contralmirante Lynch me hayan conferido, sino que he sido elegido para desempeñarlo por el Congreso, que representa la voluntad del pueblo.

—Exactamente —le aprobó Hurlbut—. Ése es el argumento que debe esgrimir, sin cejar en modo alguno. Su Gobierno no es obra del comando chileno, sino del Congreso y del pueblo, y únicamente éstos pueden despojarlo del mando. Por otra parte, su Gobierno, aunque provisional, ha sido reconocido por varios gobiernos neutrales y, especialmente, por el de mi país. Borrarlo de una plumada, como pretende el jefe chileno, es inferir una ofensa grave a los Estados Unidos. Por mi parte, me propongo escribir ahora mismo una nota al contralmirante Lynch expresándole la protesta formal de mi país. Usted debe poner en juego todos sus recursos para que su Gobierno no sea abolido; apelar al Cuerpo Diplomático, a fin de que las naciones neutrales se enteren del atropello de que son víctimas; es posible que la opinión de los gobiernos amigos pese

lo suficiente como para hacer que el comando chileno eche pie atrás.

—Lo haré, señor Hurlbut; es claro que lo haré —afirmó García Calderón.

—Naturalmente, usted tiene que pesar que tal acto suyo representa ir contra la disposición del bando —agregó el norteamericano—. Enviar comunicados al Cuerpo Diplomático es un acto de gobierno.

García Calderón asintió, cabizbajo. Sin embargo, expresó, tratando de no aparecer vacilante:

—Habrá que arriesgarse a enfrentar lo que venga.

Hurlbut se paseó unos segundos más, en silencio. Luego volvió a detenerse frente a su interlocutor:

—Permítame una sugerencia, señor presidente. La próxima medida que tomará el comando chileno, ante su desobediencia del decreto, ha de ser, sin duda, quitarlo del escenario político. Sospecho que pueden arrestarlo, nada más. Ésa sería la forma de impedirle seguir actuando. Pues bien, en ese caso, su Gobierno desaparecerá y todo nuestro trabajo quedará trunco.

—Es cierto —reconoció el político—. ¿Pero cómo puedo evitarlo si ellos disponen de la fuerza?

—Velando porque su Gobierno perdure más allá de usted. La Constitución peruana establece que cuando un presidente de la república queda imposibilitado de actuar, debe ser reemplazado por un primer vicepresidente.

—Eso ocurre en períodos normales —le explicó el peruano—; pero actualmente no disponemos de primer vicepresidente, porque no lo hemos elegido.

—Nada les impide designarlo a toda prisa —zanjó el problema Hurlbut—. Bastará con que usted reúna el Congreso y explique a sus miembros el apremio en que se encuentra su Gobierno. Ellos procederán a elegir un primer vicepresidente, que continuará gobernando en lugar de usted. Así el Gobierno Provisional no morirá.

—Pero los enemigos han prohibido todo acto gubernamental… —intentó oponerle García Calderón, mas el norteamericano lo interrumpió, especificándole:

—Dentro del territorio que ocupan. Lo cuerdo es, pues, elegir a

un hombre que cuente con la adhesión del mayor número de peruanos y que se encuentre fuera del territorio ocupado. Acaban de adherirse a su Gobierno los departamentos del norte y del sur, ambos sectores mandados por caudillos que reúnen en torno de ellos las voluntades del pueblo y de sus respectivos ejércitos. Consolide la unión con esos aliados haciendo que sea elegido primer vicepresidente uno de los dos.

—No sabe usted cuánto me ayudan sus palabras —le manifestó sonriente el peruano—. Sin duda, el que mayor peso y autoridad tiene es el contralmirante Montero, que se encuentra en Cajamarca, desde donde rige a los departamentos del norte. Llegado el caso, le será fácil darse la mano con el ejército del general Cáceres, después de que consigamos atraer a nuestra causa a este último jefe militar.

Considerando que las tropas chilenas habían ocupado las oficinas de La Magdalena, García Calderón decidió que su ministro de Relaciones Exteriores procedería a citar a los congresales para una reunión en la residencia particular del presidente, ubicada en el barrio La Recoleta.

Después que el presidente provisional abandonó la legación, el ministro redactó, de su puño y letra, una nota oficial que envió a Patricio, Lynch, en respuesta al oficio que éste le enviara. En ella expresaba que seguiría reconociendo al Gobierno Provisional, porque:

> *«V. S. no es quien lo ha elegido, sino un Congreso reconocido, y porque, además, los trámites de la paz en que yo he intervenido me imponen esa conducta. Es por una alta política por lo que se le ha reconocido como tal por mi Gobierno».* Agregaba—*: «Conforme a mis atribuciones, no me corresponde ni hacer más reflexiones sobre el proceder de V. S.; pero debo decirle que es un hecho la paz que Norteamérica exige. Su Gobierno no se retractará, pues Norteamérica interviene directamente en los asuntos de la paz».*

El contralmirante Lynch sonrió al terminar de leer la nota del plenipotenciario norteamericano, al igual que hizo al enterarse del contenido de otra carta semejante que le enviara unas horas atrás García Calderón. El jefe chileno había supuesto estas reacciones y

había tomado una misma determinación respecto a las dos; no dar beligerancia a sus consignaciones y responderles en términos parecidos, advirtiéndoles que el «general en jefe del ejército de Chile es ajeno a todo interés de política interna del Perú, que no es su ánimo destituir del mando al señor García Calderón por medio de un decreto, y, por lo tanto, puede continuar gobernando con perfecto derecho en cualquiera parte del territorio peruano no dominado por las armas de Chile».

Lynch siguió manejando los hilos de aquella trama, sin descuidarse un instante, sabedor de que se acercaba a un desenlace definitivo. Sus órdenes al servicio secreto fueron de aumentar al máximo la vigilancia en torno a García Calderón, al ministro Hurlbut y a los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia. Leonora, Elcira, Dupré y el ordenanza Jerez tuvieron que mantenerse en constante actividad para cumplir esas funciones.

Leonora, que vigilaba el palacete de la familia Elías, por constituir ella el foco más destacado de la rebeldía, tuvo que contratar, en forma permanente, el coche de alquiler de un chileno desplazado del ejército. Amparada dentro del carruaje, la agente pasaba cada cierto tiempo frente a la mansión o se mantenía estacionada en las proximidades. El resultado de los primeros días de vigilancia quedó resumido en la información que rindió a El Profesor:

—He esperado que el hecho se produjera por tres veces para convencerme de que no yerro —dijo—. Ahora puedo informarle que doña Teresa Vélez y Astorquiza está participando en forma activa en las actuaciones del Comité Patriótico de la Resistencia. La he visto, en tres oportunidades, entrar a la residencia de los Elías. Sabemos que don Carlos Elías, el jefe de la familia, es el presunto cabecilla de esa organización. Por otra parte, Teresa se presentó en la mansión en forma claramente sospechosa. Se advierte que es apenas una aprendiz de conspiradora —concluyó la agente sonriendo con ironía.

Abelardo Núñez emitió un gruñido de desagrado. No le sería fácil explicar al general en jefe que su amiga íntima se estaba valiendo de sus encantos para arrancarle secretos de Estado. Demasiado bien conocía el carácter de Lynch y su terrible amor propio.

—Tendremos que esperar algo más, antes de prevenir al contralmirante —masculló—. Esa señorita no tardará en enredarse francamente en la madeja del Comité y entonces, quizás, podremos exhibirla ante el señor Lynch con las manos en la masa.

Pero otro hecho desvió la atención de los agentes secretos, haciéndolos despreocuparse del caso de Teresa Vélez. En la tarde del 4 de octubre, se presentó inesperadamente en la Avenida de Circunvalación, donde se alzaba el palacio de los Elías, la criada Elcira.

—Tengo algo muy urgente que informarle. Espéreme en la casa —expresó a la agente, acercándose al coche, donde se refugiaba.

Después de entregarle un cartucho con pasteles, se alejó, bamboleándose bajo el peso de sus dos canastos. Leonora ordenó al cochero que la condujera al centro de la ciudad.

La noticia que Elcira tenía que darle era, realmente, de suma importancia. Hacía aproximadamente una hora, los miembros del Congreso de Chorrillos se habían presentado, de a uno o en pequeños grupos, en la casona que García Calderón poseía en el barrio de La Recoleta.

Leonora comprendió que era indispensable transmitir aquella información al contralmirante Lynch. Para ello, salió en busca de El Profesor. Pero no lo encontró en su despacho en el Palacio de Gobierno y demoró alrededor de tres horas en ubicar a Gastón Dupré en la fonda en que vivía, en el barrio del Cercado.

—¿El Profesor? —contestó el agente al requerimiento de Leonora—. Debe estar entregado a sus labores de telegrafista. El señor Núñez se ha hecho instalar un aparato telegráfico en una de las dependencias del Palacio de Gobierno. Mediante él se comunica con los espías peruanos que ha diseminado en la sierra. Siendo el asunto que ustedes traen tan urgente, podemos ir a interrumpirlo en su escondite.

—No, Gastón; es preferible que vaya solo y lo informe sobre la reunión de los senadores y diputados en la casa del presidente provisional.

Dupré encontró a El Profesor contemplando el aparato telegráfico con profundo malhumor.

—Este condenado telégrafo parece que se ha descompuesto —exclamó el jefe—. Dos veces he recibido el comienzo de un mensaje

del hombre que tengo destacado en Matucana, pero en ambas ocasiones las señales se han interrumpido en forma inexplicable.

—¿Pero tiene fe en esos peruanos que traicionan a sus propios compatriotas? —le preguntó Dupré.

—Me veo obligado a tenerla. Este que ha estado tratando de comunicarse conmigo desde Matucana es un hombre joven llamado Belisario Barriga. Fue reducido a prisión, por desertor, en el primer período de la guerra. Está lleno de rencor y dispuesto a cooperar en todo, para que termine cuanto antes la contienda y pueda volver a ser un ciudadano con todos sus derechos civiles. Le he encomendado que se infiltre entre la oficialidad del general Cáceres y me informe sobre los movimientos de ese ejército y también sobre los hechos que ocurren detrás de las líneas del caudillo breñero.

Dupré sabía qué perseguía El Profesor: conocer el resultado de las conferencias entre el general Piérola y el general Cáceres, es decir, saber si este último se inclinaría a favor del dimitido dictador o se declararía colaborador del presidente García Calderón, lo que significaría apoyarlo con su ejército de 3500 hombres, establecido a las puertas de Lima.

Dupré transmitió la noticia referente a la concentración de los senadores y diputados en la casa de García Calderón.

Determinó que era imprescindible informar, de inmediato, al contralmirante Lynch. Sin embargo éste había salido del Palacio y no regresaría hasta la medianoche.

—Ha sido invitado a cenar en la residencia del representante de Gran Bretaña, Míster Spencer Saint John —les confió el secretario.

Los agentes se resignaron a esperar el día siguiente para verlo.

El contralmirante Lynch y el diplomático británico estaban unidos por una estrecha amistad, que databa de tiempos anteriores, y Spencer Saint John, que estaba perfectamente informado de los planes y acciones del ministro plenipotenciario norteamericano, prestaba invaluables servicios, como consejero, al jefe chileno. La invitación a cenar de aquella noche obedecía a este propósito. El servicio de información que poseía en la legación británica había permitido al señor Spencer Saint John enterarse de la reunión de los congresales con el presidente provisional, desde los primeros momentos, y se lo comunicó al contralmirante Lynch. Alternando amablemente con el diplomático y su esposa, esperó hasta saber los

resultados definitivos de la misteriosa asamblea congregada en el barrio de La Recoleta. Poco antes de pasar al comedor, el ministro británico fue llamado discretamente por uno de sus secretarios. Durante más de diez minutos permaneció ausente, y cuando regresó junto a Lynch, su rostro resplandecía con una expresión de triunfo.

—Mi estimado amigo —dijo al contralmirante—, hemos obtenido el dato preciso. El asunto era como los miembros de esta legación lo sospechábamos. Los congresales se reunieron en casa de García Calderón para elegir un primer vicepresidente.

El contralmirante Lynch inquirió, con ansiedad:

—¿Y lo han hecho?

—Naturalmente —sonrió el representante británico, agregando, con malicia—: Les corría prisa. Han elegido a un hombre que está fuera del alcance de sus manos, señor Lynch. Al Jefe Político y Militar del Norte, al contralmirante Lizardo Montero.

La astucia de aquella maniobra se hizo clara inmediatamente en el cerebro del jefe chileno. Designar al contralmirante Montero significaba prolongar la vida del Gobierno Provisional lejos de la dominación chilena.

—García Calderón decidió desobedecer a mi decreto y toma medidas para que el Gobierno no desaparezca totalmente —razonó, y dirigiéndose a Saint John, le consultó—: ¿Cuál es su opinión, mi estimado amigo?

El ministro británico acentuó su sonrisa burlona y respondió:

—Que en esto, como en todo, anda metida la mano de nuestro astuto y agresivo Stephen Hurlbut.

No pudieron seguir haciendo consideraciones sobre la situación, porque en ese preciso instante volvió a presentarse un empleado de la legación y, excusándose por interrumpirles, explicó que acababa de llegar el primer secretario, sumamente alterado, e insistía en hablar inmediatamente con él.

Ante tan urgente reclamo, Saint John se excusó ante su visitante y lo dejó en compañía de su esposa. Cuando volvió a presentarse en la sala, la expresión de su rostro dio a entender al contralmirante que ocurría algo más grave que lo que había imaginado.

—¡Señor Lynch! —entró diciendo alterado—, nuestra secretaría acaba de recibir por el cable una noticia que lo trastorna todo: El presidente Garfield, de los Estados Unidos, fue asesinado anoche

por un fanático de nombre Guiteau.

Los dos hombres y la señora se quedaron paralizados, durante largos instantes.

—¡Qué lamentable! —murmuró, por fin, el jefe chileno, sin penetrar todavía en la trascendencia posterior de aquella noticia.

—Lamentable, sí, y en grado sumo —confirmó el ministro británico—. Pero esta desgraciada circunstancia viene a cambiar totalmente el cariz de sus asuntos, señor Lynch. Se le corta la cuerda a Míster Hurlbut —resumió el diplomático británico.

La trágica muerte del presidente de los Estados Unidos produjo una inmensa conmoción en todo el mundo. En el Perú, desde el momento mismo en que ella se supo en Lima, la fortaleza levantada por el plenipotenciario Hurlbut y el presidente García Calderón en contra de las pretensiones de Chile comenzó a agrietarse a ojos vistas y su derrumbe se hizo inminente.

El respaldo con que contaba el ministro Hurlbut, que era el secretario de Estado Blaine, estaba irremisiblemente condenado a desaparecer, como consecuencia del ascenso al poder en Estados Unidos de un nuevo presidente. Desaparecido Blaine de la esfera gubernativa. Hurlbut quedaba sin el patrocinio suficiente para intervenir en la forma directa que lo estaba haciendo en la cuestión pendiente entre Chile y el Perú.

Los ministros del Gobierno chileno siguieron la misma deducción y se dispusieron a acelerar las negociaciones de paz, tan pronto se relajara la tensión creada por el ministro norteamericano en el Perú. Para encauzar estas acciones, el presidente Santa María nombró ministros plenipotenciarios en Lima a Eulogio Altamirano y Jovino Novoa, los que se trasladaron a la capital peruana en la segunda quincena de octubre. Novoa portaba la representación directa del presidente Santa María y estaba provisto de poderes amplios para actuar como si fuera el mandatario mismo. La aparición de los dos diplomáticos en Lima se produjo justamente cuando esa capital vivía los momentos de máxima tensión por la amenazante proximidad del ejército de Cáceres.

Por su parte, el contralmirante Lynch seguía al acecho de las actividades del repudiado presidente provisional y pendiente también de las negociaciones que suponía estaban celebrando en Tarma «el Brujo de la Sierra» y Nicolás Piérola.

El jefe del servicio secreto, comisionado para mantenerlo al tanto sobre este último asunto, esperaba día tras día las noticias que debían enviarle espías en la sierra.

Dos días después de la llegada de los diplomáticos de Santiago, El Profesor volvió a tomar contacto con sus agentes. Se encontraba en su oficina, cuando se le presentó Gastón Dupré.

—Señor Núñez, hace media hora que se apareció en mi alojamiento un hombre que necesita verlo con urgencia —le dijo.

—¿Se identificó? —le consultó ansiosamente El Profesor.

—Sí, señor; dijo llamarse Belisario Barriga.

—¡Al fin! ¿Quedó esperando en su alojamiento?

Dupré asintió con un breve gesto, pero le inquirió a su vez, denotando extrañeza:

—¿Cómo es que ese hombre ha dado con mi domicilio?

—Fueron mis instrucciones, Gastón. No conviene que se lo vea entrando en la casa de gobierno. Me trae noticias de los sucesos que están ocurriendo en la sierra —agregó—. Ahora sabremos también por qué no pudo comunicarse conmigo por medio del telégrafo. Vamos, Dupré. Tomemos un coche para llegar antes.

El desertor Belisario Barriga era un individuo de apariencia singular. Bajo, algo grueso, tenía modales suaves y untuosos, el rostro redondo y algo mofletudo, en el cual se destacaban sus ojos claros, de pupilas bailonas. Su tez era ligeramente olivácea, denunciando las gotas de sangre mulata que tenía. Hablaba con verbosidad inagotable y con antipática petulancia, reforzando sus impresiones mediante exagerados aspavientos.

—¡El telégrafo! ¡Bah, no sirvió de nada! —explicó—. Dos veces logré instalarlo en los sectores en que el alambre corría junto a la línea del tren, pero siempre hubo alguien, seguramente hombres de Cáceres, que me cortaron la comunicación. Por último, preferí tirar el aparato, que, además de inútil, constituía un peligro para mí.

—Bien —aceptó El Profesor—. Pero ya está aquí y podrá informarme sobre lo que vio y averiguó tras las líneas del general Cáceres.

—Exactamente, señor —rió el desertor con fatuidad—. Puedo decir que lo he visto todo, y, aún más, que he logrado ganarme las simpatías de muchos jefes breñeros y hasta la del propio general. En el futuro, podré actuar impunemente dentro del comando cacerista.

Abelardo Núñez interrumpió secamente las carcajadas con que el peruano celebraba su propia ocurrencia.

—Al grano, señor Barriga —lo atajó—. ¿Dónde estuvo usted?

Había estado en Tarma, lugar al que se dirigía el general Piérola, alejándose del Ejército del Sur, pronunciado en su contra. El antiguo dictador tuvo que abandonar Ayacucho a toda prisa, perseguido por la Cuarta División del Cuzco, que lanzó en contra suya el coronel Belisario Suárez, con el propósito de apresarlo. Piérola esperaba obtener la protección del general Cáceres. Pero, a mitad de camino, le salió al encuentro la nota de éste, en la que le participaba que sus jefes y oficiales lo habían repudiado como presidente de la nación, ofreciéndole el cargo a él mismo, puesto que Cáceres rechazó, prefiriendo mantenerse simplemente como jefe del Ejército del Centro. De todos modos, y viendo todas sus vías de escape cerradas, decidió continuar su viaje hacia Tarma. Allí fue recibido con gran frialdad y tuvo que alojarse, en forma bastante modesta, en la residencia de campo de un antiguo amigo suyo.

—¿Subió el general Cáceres a verlo a esa ciudad? —quiso informarse El Profesor.

—No, señor —le explicó Barriga—. Sus contactos fueron solamente por correo. Pero, en cambio, el general Piérola visitó varias veces a la esposa del caudillo serrano, doña Antonia Moreno, que vive en ese pueblo, en la residencia de doña Justa Dorregaray, madre del general Cáceres.

—¿Se supo en el pueblo cuál fue el tenor de las conversaciones que sostuvieron la señora de Cáceres y el dictador?

—El general Piérola se presentó en la residencia de la señora Dorregaray, y, con el pretexto de ofrecer sus respetos a la esposa del general Cáceres, le inquirió las causas por las cuales los jefes del Ejército del Centro lo desconocieron como presidente del Perú. Doña Antonia Moreno trató de eludir la respuesta, diciéndole que ya seguramente su marido se las habría explicado por escrito.

—Efectivamente, señora —reconoció Piérola, pero insistió en tono de confidencia—: Lo que me interesa conocer es el pensamiento íntimo de su esposo; la razón que tuvo mi antiguo amigo y compañero de campañas para no tomar mi defensa.

Doña Antonia Moreno no era mujer hecha para circunloquios y rodeos verbales. Mirando fijamente a los ojos al dictador, decidió

hablarle con sinceridad.

—Aun cuando no estoy autorizada por Andrés para tratar este tema —dijo a su visitante—, voy a hacerlo para satisfacer su justa ansiedad, señor general. Sobradamente sabe usted que el Ejército del Sur y el del Norte se pronunciaron en su contra. Pues bien, ambos sectores se adhirieron al señor García Calderón, reconociéndolo como presidente provisional de la nación.

—Me explico la actitud traidora de La Torre y de Montero —gruñó ásperamente el dictador—, pero no así la del general Cáceres.

—La situación que se creó en el seno del ejército que comanda mi esposo fue caótica, señor Piérola —siguió explicándole la señora —. Los jefes del sur y del norte presionaban constantemente para que Andrés se pronunciara a favor del señor García Calderón y también lo hacía el ministro Hurlbut. Como Cáceres no tenía fe alguna en la solidez del Gobierno Provisional y se negara a adherirse a él, los bandos del sur y del norte cambiaron de lenguaje y a las proposiciones siguieron las amenazas. Llegó un momento en que Andrés comprendió que si seguía unido a usted, sólo conseguiría provocar la guerra civil, en la que se desangrarían, en lucha fratricida, los únicos ejércitos que restan al Perú para su liberación. El coronel Belisario Suárez, que avanzaba desde el Cuzco tras usted, perfectamente podía llegar hasta esta región y entonces el choque entre la Cuarta División y las fuerzas de Cáceres sería inevitable.

El general Piérola inclinó varias veces la cabeza, manifestando que el pensamiento del jefe del ejército del centro era acertado.

—Fue en ese momento de desorientación, cuando mi esposo le escribió para consultarle sobre sus planes futuros —continuó la señora—. Y usted, general Piérola, le respondió asegurándole que había dado poderes a los señores doctores Antonio Arenas, Eusebio Sánchez y Jorge Loayza para negociar la paz con el enemigo.

El antiguo jefe del Perú manifestó una visible turbación.

—Hubo en eso un terrible malentendido, señora. Yo quise decir que estaba mandando esos poderes a los señores mencionados, pero las circunstancias…

—Hayan sido las que fueren, señor, para el caso es lo mismo —lo interrumpió secamente doña Antonia—. Mi marido hizo consultar a los doctores Arenas, Loayza y Sánchez sobre el estado en que se

hallaban las negociaciones de paz con los chilenos y ellos respondieron que jamás habían recibido ni poderes ni instrucciones de parte de usted, para tratar ese asunto. Mi esposo se sintió entonces engañado, burlado, y terminó de perder la fe en usted.

—¡Señora!… —protestó el general Piérola, herido por la franca reprobación de doña Antonia.

—Usted me pidió que le diera a conocer el pensamiento íntimo de mi esposo —le recordó ella, sin inmutarse—. Ahora bien, si desea penetrar más hondamente en él, bastará con que lea una última proclama de Cáceres en la que explicaba claramente sus razones.

Doña Antonia extrajo de su bolsillo una copia de la proclama mencionada y se la entregó al general Piérola. Éste la leyó lentamente.

Andrés Cáceres, General de Brigada, Jefe Superior, Político y Militar de los Departamentos del Centro.

Considerando:

Que aunque el voto unánime y espontáneo del ejército me ha conferido la investidura suprema de la república, he resuelto continuar prestando mis servicios a la patria bajo el simple carácter de Jefe Superior, Político y Militar.

Decreto:

Artículo 1.º No se empleará al dirigirse a la jefatura superior otro tratamiento que el que corresponde al cargo.

Artículo 2.º Hágase saber a la tropa, por el órgano de sus jefes inmediatos, que la actitud asumida por el ejército desde el día 24, desconociendo la autoridad presidencial del señor don Nicolás de Piérola, tiende a secundar el movimiento operado en el mismo sentido por los pueblos del sur y del norte, y obedece a la necesidad de procurar la unificación del país, para salvar, con el esfuerzo común, sus más sagrados intereses, comprendidos en el conflicto provocado por la guerra con Chile; que ese procedimiento obedece a la imperiosa exigencia de evitar los horrores de una guerra civil, que no habría tardado en estallar si la división del coronel Suárez, fuerte de 3500 plazas, enviara desde Arequipa sobre el departamento de Junín, que en su tránsito debe hallarse cerca de Ayacucho, hubiera

encontrado en este Cuartel General elementos de resistencia; y que encargado el ejército de la ardua labor de defender la causa nacional al frente del invasor, que ultraja con sus bayonetas la capital de la república, no podría derramar su sangre ni la de sus hermanos, ni gastar su virilidad y entusiasmo en una lucha fratricida, sin traicionar los más altos intereses que la patria le impone; y por último, que el desconocimiento del señor Piérola no importa de manera alguna a la adhesión al Gobierno de La Magdalena, ni mucho menos puede alterar la resolución firme del ejército de mantener en pie su actitud bélica, hasta arribar a la paz generalmente anhelada, arrastrando en ese camino, con entereza y perseverancia, las mismas duras pruebas de la adversa fortuna, en las cuales el Jefe Superior compartirá, como siempre, con las fuerzas que le obedecen, las adversidades así como las glorias.

Cuando terminó de leer la proclama, su expresión era de sombrío abatimiento.

Durante un largo minuto, pareció que habían agotado todo lo que podían decirse. Por fin, la señora, arrastrada por un comprensivo sentimiento femenino, le preguntó, aun cuando no le interesaba la respuesta:

—¿Qué piensa hacer, don Nicolás?

El general Piérola le contestó, con velada tristeza:

—Lo meditaré esta noche, señora. Por el momento, creo que lo mejor que puedo hacer es dictar un decreto ordenando a todas las fuerzas que aún permanecen bajo mi mando que se coloquen a las órdenes del general Cáceres.

Dicho esto, se levantó de su asiento y se despidió de la señora, agradeciéndole la franqueza con que le había hablado.

Después que Belisario Barriga terminó su relato, El Profesor se quedó unos instantes callado, tomando algunas notas. Luego volvió a clavar sus ojos en el espía peruano.

—¿Alcanzó a saber cuál fue la determinación posterior del general Piérola? —le indagó.

—Por supuesto, señor —le contestó el hombre, cada vez más envanecido—. No podía venirme sin conocer el final. Todo está resumido en una corta proclama que el señor Piérola lanzó al día

siguiente en Tarma y que fue profusamente repartida por la sierra. En ella renuncia a la presidencia de la república, que él mismo se había fabricado —proclamó el traidor Barriga con una carcajada cínica.

Por su parte, el Gobierno ficticio de García Calderón seguía marchando a su ocaso definitivo. El contralmirante Lynch había recibido órdenes precisas de quitar del escenario al expresidente provisional, tan pronto desobedeciera el bando que le prohibía ejercer actos de gobierno, arrestándolo y enviándolo a Chile en el primer barco que descendiera hacia el sur. Para ello, el jefe chileno había dispuesto que se mantuviera en la rada del Callao el blindado *Cochrane* con los fuegos permanentemente encendidos.

La fingida obediencia de García Calderón al decreto de Lynch duró alrededor de dos meses. Pero en los primeros días de noviembre dio traspiés que le significarían la perdición. Fue el secretario. Mariano Guerrero, quien informó a Lynch:

—Uno de los miembros de la legación británica ha traído esta copia de un comunicado que el exministro de Relaciones Exteriores de La Magdalena, señor Manuel María Gálvez, envió, en carácter oficial, a todas las legaciones establecidas en Lima —expresó.

El contralmirante tomó la nota. Era un comunicado del Gobierno Provisional al Cuerpo Diplomático, para informarle sobre el pronunciamiento del contralmirante Montero a favor de García Calderón; y al pie de él, aparecía estampada la firma de Gálvez como ministro de Estado.

—Muy bien. Ellos lo han querido —fue todo el comentario que hizo el contralmirante—. Hágame el favor de llamar al momento al coronel Valdivieso.

El intendente de Lima no tardó media hora en presentarse frente al general en jefe, quien le explicó en breves palabras lo que sucedía, terminando por expresarle:

—Coronel, ha llegado el momento de actuar con frialdad y firmeza. Hágase acompañar por algún oficial de graduación, diríjase a la residencia del señor García Calderón y arréstelo. Tráigalo a mi presencia, sin permitirle que se separe un instante de usted. Aquí

tiene la correspondiente orden de detención, para que se la haga leer. Simultáneamente, aprese también al señor Manuel María Gálvez, a quien, seguramente, encontrará en la misma casa.

El expresidente provisional se encontraba en la puerta de su mansión, en la calle La Recoleta, acompañado de algunos amigos y de dos o tres miembros de su Gobierno, cuando se presentaron el coronel Valdivieso y el mayor Juan Gonzalo Matta. Al verlos llegar García Calderón se tornó intensamente pálido, pero mantuvo una actitud digna e invitó a los jefes chilenos a entrar al salón. Una vez allí, el intendente de Lima rogó a los demás que se retiraran y se quedó a solas con el dueño de casa y con el ministro Manuel María Gálvez, a cada uno de los cuales entregó una nota redactada en idénticos términos. En ésta se les comunicaba su arresto, por las razones antes mencionadas.

Los dos políticos peruanos recogieron las hojas que les correspondían con manos temblorosas y las leyeron, lentamente, retratándose en sus semblantes ora la rebeldía, ora el abatimiento.

—Esto es inicuo, es un atropello al derecho de gentes —protestó Gálvez.

—Es la orden que he recibido y voy a cumplirla ahora mismo, caballeros —les expresó el coronel Valdivieso—. Por la comodidad de ustedes mismos, les ruego que no ofrezcan resistencia y me faciliten llevarla a su término sin incidentes bochornosos.

—¿Dónde quedaremos arrestados? —se limitó a preguntar García Calderón.

—No lo sé —le confesó Valdivieso—. Sólo tengo instrucciones de llevarlos a presencia del contralmirante Lynch en el Palacio de Gobierno.

—Me permitirá despedirme de mi familia, ¿verdad?

—Naturalmente, señor —le respondió el coronel, con amabilidad —. Pueden ustedes hacerlo, que nosotros los aguardaremos en la puerta de calle.

La entrevista de los dos prisioneros con el «Príncipe Rojo» fue breve y dramática. Lynch los recibió de pie y les habló apenas unos minutos, sin dejarles ocasión para expresar su sentimiento. Con tono cortés pero frío les observó:

—Considérense prisioneros del ejército de Chile. Serán embarcados inmediatamente en el blindado *Cochrane*, que los

transportará hasta el puerto de Pisco. Allí serán trasbordados al vapor *Chile*, que los conducirá al puerto de Valparaíso. Una vez en la capital de nuestro país, quedarán sujetos a las disposiciones y al destino que nuestro Gobierno les aplique. Eso es todo, señores. —Volviéndose enseguida al coronel Valdivieso, le ordenó—: Tome todas las medidas del caso para que estos señores sean trasladados al Callao y embarcados con las consideraciones que se merecen. Hemos terminado, caballeros.

Tras aquella lapidaria determinación, el «Príncipe Rojo» volvió la espalda a los políticos peruanos y abandonó el despacho.

La prisión y destierro de los dos miembros principales del Gobierno Provisional se efectuó con prisa vertiginosa, a fin de no dar tiempo a sus partidarios a reaccionar, creando un conflicto mayor. Los prisioneros fueron conducidos al Callao en un tren especial y embarcados inmediatamente en el blindado *Cochrane*, que mandaba el jefe de la escuadra. Juan José Latorre. El caballeroso marino los condujo a su propia cámara, en donde les informó la forma en que viajarían:

—Deseo sinceramente que tengan ustedes un viaje tranquilo —les expresó—. Cuando se les transborde al vapor *Chile*, en el puerto de Pisco, se les acomodará en los camarotes para señoras, por ser los mejores, y dos oficiales chilenos les servirán como ayudantes. Uno de ellos es el teniente de marina Guillermo Aguayo, a quien he seleccionado personalmente, y el otro ha de ser un oficial del ejército designado por el propio general en jefe. Esperamos solamente su llegada a bordo para zarpar.

—¿Zarpar… ahora mismo? —exclamó espantado García Calderón—. No pueden ustedes arrancarme de Lima sin darme tiempo para dejar arreglados mis asuntos. Debo asegurar la suerte de mi familia durante mi ausencia.

El comandante Latorre atendió a sus razones, con mirada humanitaria y, después de reflexionar unos instantes, le dijo:

—Aunque está fuera de mis atribuciones, postergaré el zarpe hasta consultar con el contralmirante Lynch. No creo que él se oponga, pero le advierto que deberá arreglar sus asuntos valiéndose de terceras personas, a las que permitiré subir a bordo, porque a ustedes dos, señores, les está absolutamente prohibido salir de este barco.

El zarpe del blindado se demoró y esto dio tiempo para que se designara el militar que acompañaría a los desterrados. Por disposición del general en jefe, éste debió ser extraído del cuadro de oficiales del «7.º de Línea», por ser considerados éstos los de mayor roce social.

Siguiendo la costumbre establecida desde antiguo de sortear tanto las buenas como las malas misiones, el coronel Holley reunió a la oficialidad completa y les informó de la misión.

Contrariamente a lo que había supuesto el coronel, los oficiales no manifestaron mucho interés en ser el elegido.

—¡Caramba! Quizás no me han entendido bien. Se me ha pedido que proporcione un oficial de este batallón para que acompañe al expresidente provisional y a su ministro de Relaciones Exteriores, que parten esta noche desterrados a Chile. Ese oficial irá acompañado por diez soldados, y una vez terminada su misión podrá disfrutar de tres meses de licencia en la patria. —Hizo una pausa y volvió a pasear su mirada por sobre sus subalternos—. El elegido no irá solo. Como nuestro batallón ha tenido muchas bajas, he conseguido del general en jefe que se me permita reclutar nuevo contingente en Chile. Habiéndoseme concedido la autorización, enviaré a otro de ustedes a cumplir tan importante trabajo. De modo que los que embarquen esta noche en el *Cochrane* han de ser dos de ustedes y ambos podrán gozar de unas buenas vacaciones en Santiago. Pero ¡por mil demonios!, ¿ninguno de ustedes quiere ir a Chile?

Los oficiales respondieron en un murmullo confuso. Todos lo deseaban, sin duda alguna, pero había algo que parecía impedirles ese placer y que el coronel no alcanzó a entender.

Un oficial lo explicó finalmente:

—Todos quisiéramos aprovechar esa licencia, coronel, ¿pero los que vayan a Chile podrán estar de vuelta antes de que se comience el nuevo asalto a la sierra?

El coronel Holley masculló algo en voz baja y expresó en un gruñido:

—No creo que alcancen a estar de vuelta en el comienzo mismo de la campaña, pero estarán autorizados para reincorporarse al batallón tan pronto desembarquen de regreso. —Lanzó enseguida una breve carcajada y añadió—: Claro es que tendrán que ir solitos

a buscarnos a las más altas cumbres, porque será allá en donde estaremos entonces.

Tranquilizados respecto a la posibilidad de participar en la nueva campaña, todos los oficiales se ofrecieron al unísono para ir a Chile y al coronel le fue difícil dominar el alboroto.

Restablecido el orden, con ojos picarescos, pidió al capitán Naranjo que le entregara su quepis, y dispuso:

—Vamos a sortear quiénes serán los afortunados que disfruten de esta licencia.

Alegres como chiquillos, echaron las papeletas con sus nombres dentro de la gorra que sostenía el coronel. Éste las revolvió lentamente:

—El primer papel que saque designará al oficial que ha de servir como ayudante a los políticos desterrados —explicó—; el segundo, al que se encargará del reclutamiento de reemplazos para el batallón. ¿Comprendido? —El comandante sacó uno de los papeles y lo arrojó al aire, gritando—: ¡Allá va el primero!

El teniente Ureta logró atraparlo y leyó el nombre inscrito en él, con un aullido:

—¡Capitán Florencio Baeza!

Veinte manos palmotearon alborozadamente la espalda y los hombros del comandante de la tercera compañía del primer batallón.

Entretanto, el coronel Holley echaba a volar la segunda papeleta. Ésta fue cogida por el teniente Del Solar:

—¡Teniente Clemente Larraín! —gritó. Otra vez llovieron las felicitaciones.

—¡Ni una palabra más, oficiales! —los acalló el coronel, restableciendo su autoridad—. Está decidido. El capitán Florencio Baeza y el teniente Clemente Larraín embarcarán en el plazo máximo de una hora en el blindado *Cochrane*. Llevarán con ellos a diez soldados de la primera compañía del segundo batallón, para cuidar a varios desertores y a un pobre desdichado del batallón «Caupolicán» que se ha vuelto loco. Los demás oficiales vuelven de inmediato a sus labores habituales.

Cuatro días después del zarpe del *Cochrane*, el contralmirante Lynch reunió a un consejo de guerra en su despacho. Asistió el jefe del Estado Mayor, coronel José Francisco Gana, y la casi totalidad de la comandancia. Los comandantes del «Buin» y del «3.º de Línea» se excusaron por enfermedad. Estaban también los jefes de la caballería, de la Comisaría, de Bagajes, Intendencia y Sanidad.

El contralmirante Lynch los observó en silencio y explicó directamente el asunto que lo preocupaba:

—Señores jefes, vamos a emprender una nueva campaña a la sierra —les dijo—. Nuestro representante diplomático en Washington ha informado al Gobierno de Chile que los Estados Unidos acaban de elegir a un nuevo presidente en reemplazo del difunto señor Garfield. Este cambio de gobernante no ha traído, como lo esperábamos, la substitución de los consejeros del Gabinete; de modo que el secretario de Estado, Walter Blaine, que ha sido hasta ahora el respaldo del ministro Stephen Hurlbut, continúa en su puesto, y todo nos hace suponer que proseguirá en su política contraria a los intereses de Chile. Gracias a los buenos oficios del ministro plenipotenciario norteamericano establecido en Santiago, coronel Kilpatrick, hemos podido saber que Blaine envió secretamente al Perú una misión investigadora, compuesta por su propio hijo y por el avezado diplomático William Henry Trescot. Esta delegación no tardará en llegar a Lima. Nuestro Gobierno ha dispuesto que, cuando esos señores arriben, ya esté en marcha una nueva campana, destinada a darnos el dominio absoluto de este país, eliminando todo foco de resistencia armada. Para tratar sobre este asunto los he reunido, señores. ¿Tiene alguno de ustedes consultas que hacer?

Los jefes se miraron entre sí y negaron con la cabeza. Tan sólo el coronel Holley levantó una mano para hacer una pregunta:

—¿La campaña se extenderá también hacia el norte del Perú o marcharemos solamente contra el ejército de Cáceres?

—Procederemos únicamente contra Cáceres, coronel —le contestó el general en jefe—. ¿Por qué me ha preguntado eso?

—Porque todos sabemos las negociaciones que dejó iniciadas el Gobierno Provisional con el ministro Hurlbut, para ceder a los Estados Unidos el uso del puerto de Chimbote.

Patricio Lynch sonrió comprensivamente.

—De esa negociación no tendrán que preocuparse, señores —les explicó a todos—; mi gobierno ha tomado ya las disposiciones necesarias. Ayer zarpó el blindado *Blanco Encalada* a tomar posesión de Chimbote y a establecer nuestro dominio sobre el puerto.

—¿Y si los norteamericanos llegaran con sus barcos? —insistió Holley.

—El comandante del *Blanco Encalada* tiene instrucciones cómo proceder —lo tranquilizó el contralmirante, con mirada significativa —, pero Chimbote no será pisado por ningún marino extranjero. Bien, señores jefes, vamos a permanecer encerrados en este despacho hasta que terminemos de estudiar exhaustivamente cómo haremos la campaña, con cuántos hombres y por cuáles rutas. Cedo la palabra al jefe del Estado Mayor.

Después que el coronel José Francisco Gana hubo expuesto los elementos de que disponía el ejército de ocupación, se generalizó un debate, en el que opinaron todos los jefes de las distintas armas. Guiados inteligentemente por Patricio Lynch, fueron formando un adecuado plan de ataque contra el ejército de la sierra. Esta deliberación se prolongó por espacio de más de tres horas.

El ejército de operaciones estaría compuesto por dos divisiones de las tres armas. Una, bajo las órdenes directas del contralmirante Lynch, ascendería a la sierra por la quebrada de Canta para cortar la retirada al ejército de Cáceres en las alturas de Chicla. La otra, comandada por el coronel José Francisco Gana, subiría por la quebrada de Huarochirí, a fin de dar un ataque frontal a las posiciones del caudillo serrano. De este modo, se pretendía atrapar al enemigo entre dos fuegos.

El total de las fuerzas expedicionarias era de 116 oficiales y 2293 soldados.

Terminado el estudio sobre el plan de ataque y los elementos bélicos, se calculó la fecha de partida, quedando establecido que Lynch rompería la marcha hacia la quebrada de Canta el 1.º de enero de 1882. La segunda división, comandada por el coronel Gana, iniciaría su ascenso por la quebrada de Huarochirí el 5 de enero.

Ese mismo día, cerrada ya la noche, se celebró otro pequeño consejo de guerra, en la casa de Leonora Latorre. Asistían Abelardo

Núñez, Leonora, Elcira, el ordenanza Toribio Jerez y Gastón Dupré.

—Ha llegado el momento de ponernos nuevamente en acción, mis amigos —comenzó El Profesor—. Se inicia otra campaña militar y, esta vez, con el propósito de penetrar a fondo en las poblaciones serranas. La barrida será total y concluyente.

—¿Quiénes irán a la sierra, Profesor? —le consultó Dupré.

—Todos iremos —fue la respuesta del jefe—. No obstante, Leonora y Elcira tendrán que introducirse en el corazón de las bases enemigas.

—¿Solas?… —le inquirió Elcira, sorprendida.

—No. Las acompañará uno de los hombres que tengo trabajando actualmente dentro de las líneas de Cáceres —le aclaró Núñez—. Belisario Barriga.

Gastón Dupré no pudo evitar un gesto de profunda extrañeza.

El Profesor volvió el rostro hacia él y continuó:

—Como no se trata de exponerlas a las posibles bajezas de un hombre que traiciona a los suyos, las señoras irán acompañadas por un oficial que les ofrecerá toda clase de garantías. El más experto y valiente explorador de nuestro ejército.

—¡El mayor Manuel Rodríguez! —dejó escapar la joven en un murmullo.

—Efectivamente —aprobó Núñez—. El Estado Mayor lo designó a petición mía. Él las acompañará en el largo viaje que van a emprender hasta dejarlas en el lugar donde cumplirán su misión. Después, regresará dejando tendida una cadena de agentes, que han de transmitir los mensajes que ustedes manden.

—¿Y cuál es el sitio en donde nos dejará el mayor Rodríguez? —quiso saber Leonora.

—La ciudad de Tarma, foco de concentración de las fuerzas del general Cáceres y campo donde, según todos los cálculos, han de librarse los encuentros definitivos.

El Profesor se puso de pie y detalladamente fue exponiéndoles el plan estudiado esa tarde en el consejo de guerra.

Leonora lo escuchaba con profunda atención, tratando de grabar en su cerebro los datos que le iba proporcionando. Pero en un segundo plano de su mente se proyectaba otro pensamiento obsesionante: partir de nuevo al tráfago de la guerra. Y en aquella repetición de las aventuras de muerte y violencia, la acompañaría

ahora el mayor Rodríguez, el hombre que para ella encarnaba el ideal de la nobleza, el oficial que la amaba con una pasión tan sólida y viril que era capaz de mantenerse en silencio. Sin poderlo evitar, la agente se estremeció al medir el doble peligro.

El Profesor, en tanto, terminaba de exponer sus instrucciones:

—En resumen, nuestro trabajo ha de realizarse en la siguiente forma: Las señoras viajarán acompañadas por Belisario Barriga y el mayor Rodríguez. El peruano las conducirá. Ascendiendo por la quebrada de Cieneguillas no correrán el peligro de encontrarse con tropas regulares, sino con los guerrilleros del cura Ríos. Barriga es conocido en esa comarca y no se le opondrán inconvenientes. Usted y él, Leonora, pasarán como matrimonio. —Leonora mostró alarma y desagrado. El Profesor la tranquilizó—: No tenga cuidado, amiga mía. Barriga es un hombre decoroso. Bueno, tanto como puede serlo un traidor. Pero usted es mujer sobradamente fuerte como para impedir que se deriven molestias de su fingida situación. —Hizo una pausa breve y siguió explicando—: Como decía, pasarán ustedes como un matrimonio que viaja con su criada hacia la ciudad de Tarma, porque usted necesita clima cordillerano para su salud resentida.

—¿Y el mayor Rodríguez?… —consultó Leonora.

—Irá como caballerizo o criado de ustedes. Durante estos últimos meses ha recorrido gran parte de la sierra, fingiéndose mulero; no le será difícil continuar en ese papel.

—¿Y nosotros, Profesor? —quiso saber Gastón Dupré.

—Nosotros nos filtraremos a lo largo de la quebrada de Huarochirí. Cuando el mayor Rodríguez deje a las señoras en Tarma, descenderá a establecerse en Oroya, teniendo como campo de acción la ruta hasta el paso cordillerano de Antícona. Belisario Barriga le servirá de conexión con las señoras. Por nuestra parte, nos distribuiremos así: en Chicla, usted, Dupré, manteniendo relación con el mayor Rodríguez; en Matucana, usted, Jerez, guardando el contacto con Dupré; y, finalmente, yo me estableceré en Chosica, como nexo con Lima y con el Estado Mayor del ejército. ¿Comprendido?

El grupo de agentes afirmó en silencio. El jefe informó que la partida de las mujeres debería ser dos días más tarde, porque Belisario Barriga se había retrasado en su regreso del campamento

serrano. Había vuelto a introducirse en las líneas enemigas con la esperanza de incorporarse a la «Ayudantina», que servía de escolta personal al general Cáceres.

Tras fijar la fecha y la hora de la partida, el jefe del servicio secreto expuso a Leonora el itinerario que seguirían para llegar a su punto de destino:

—Barriga las recogerá pasado mañana en la madrugada. Dejarán Lima en el tren a Chorrillos y en esa estación las estará esperando el mayor Rodríguez, con las mulas y el equipo necesario para el largo viaje. Pernoctarán en Pachacámac y, al día siguiente, iniciarán la ascensión de la sierra. Llegando a la aldea de Sisicaya, serán las circunstancias las que les indiquen cuál de los muchos senderos podrán tomar para llegar hasta Tarma. Eso es todo, señoras —concluyó. Extendiendo la diestra a Leonora, les expresó, con sincera intención—: Les deseo que tengan la misma buena suerte que en empresas anteriores. Si Belisario Barriga tarda en regresar, se postergará la partida. Pero, de todos modos, estén preparadas para viajar.

El peruano no apareció en Lima ni aquella noche ni al día siguiente. El Profesor se hacía impacientes conjeturas sobre su suerte.

La razón de que aquel hombre no hubiera abandonado Matucana en la fecha indicada era de gran importancia. Conseguido su propósito de ingresar a la «Ayudantina», se vio convertido en espectador de los afanes más íntimos de la jefatura peruana. Vagando libremente por el campamento, se enteró de que el caudillo convocaba a un urgente consejo de guerra y le fue fácil asistir a él.

Acababa de llegar de Lima el comandante Ambrosio Navarro, intrépido jefe que, disfrazado, conseguía burlar el bloqueo chileno y mantenía el contacto permanente con el Comité Patriótico de la Resistencia.

Él avisó que las fuerzas chilenas se preparaban para iniciar su ataque a la sierra.

Aquella advertencia provocó la ardorosa reacción de todos los jefes y oficiales, y el general Cáceres debió imponer toda su autoridad para aquietarlos.

—La información del comandante Navarro no hace sino

confirmarnos algo que estábamos esperando y para lo cual nos hallamos preparados —dijo—. Ruego, sin embargo, al señor comandante, que nos proporcione mayores detalles.

El mensaje que enviaba el Comité Patriótico de la Resistencia fue resumido por el comandante Navarro dando información precisa y exacta.

La detallada exposición indicaba claramente hasta qué extremo el Comité Patriótico de la Resistencia estaba enterado de los planes chilenos.

—Es un plan perfectamente coordinado, que les habría dado espléndidos frutos si hubieran sabido mantenerlo en el secreto —reflexionó el general Cáceres, lo que hizo que sus auditores prorrumpieran en francas carcajadas.

Sin embargo, el mayor Florentino Portugal, jefe de la «Ayudantina», no rió como los demás.

—Quiero hacer una consulta al comandante Navarro —solicitó —: ¿Podemos dar absoluta fe a que éste es un secreto descubierto por el Comité de la Resistencia y no «fabricado» por los chilenos para despistarnos sobre su verdadera intención?

El general Cáceres estuvo de acuerdo con la observación del jefe de su escolta.

—¿Cómo pudieron nuestros informantes tomar conocimiento cabal de un plan que se supone debe haber sido estudiado en forma ultraprivada? —interrogó a Navarro.

Éste dejó transcurrir unos segundos antes de responderle. Después, sonriendo maliciosamente, dijo:

—La revelación de este secreto viene de labios del mismísimo general en jefe enemigo, el almirante Patricio Lynch. Suele ocurrir que algunos personajes, situados en elevadas posiciones, hablen de sus asuntos con su amante, no para esperar una solución de parte de ella, sino monologando, para aclararse sus propios pensamientos. Toca la buena suerte de que la amiga del contralmirante tiene un par de lindísimas orejitas y una memoria muy entrenada.

—Es sucio todo eso, comandante Navarro —le observó el general Cáceres sordamente.

—Por supuesto que lo es, general —le respondió el aludido—, y a ninguno de los miembros del comité le hace gracia tener que valerse de esa mujer, pero el concurso que nos está prestando es

inapreciable y hay que aceptarlo.

El general Cáceres se mordió los labios, para callar sus opiniones, y prefirió olvidar el tema.

—Señores oficiales —expresó—, ya están enterados. Tenemos que prepararnos para resistir el ataque de los enemigos. Para estudiar nuestro plan, los comandantes y los jefes del Estado Mayor se quedarán conmigo, reunidos en consejos secretos. Los oficiales de la «Ayudantina» pueden retirarse.

Cuando los jóvenes miembros de la escolta abandonaban la estancia, el general llamó a su lado a uno de los jefes de más edad:

—Comandante Ordóñez, usted partirá esta misma tarde a cumplir su misión en Lima. Es indispensable obrar con la máxima rapidez.

Belisario Barriga, que iba saliendo entre los últimos oficiales de la «Ayudantina», se percató del aparte y quedó al lado afuera de la puerta, fingiendo que se arreglaba una de las botas.

—Necesitaremos muchos fusiles y municiones —oyó que seguía diciendo el general—. Le daré los diez mil soles de que hablamos ayer y buscará a nuestro proveedor, para que él lo invierta en el armamento que nos informó le habían ofrecido. Hágase acompañar por alguno de mis ayudantes que conozca bien la ruta y pueda introducirlo en Lima por uno de los conductos usuales.

Cuando Ordóñez asomó al exterior, Barriga se le emparejó, con sonrisa melosa.

—Por casualidad oí que va usted a Lima, señor comandante —le dijo en tono misterioso y, como observara que el jefe fruncía el ceño, disgustado, se disculpó sonriendo servilmente—. No fue mi intención ser entrometido, señor comandante; pero el general habló en voz bastante alta.

—Y bien, ¿qué desea usted? —lo interrumpió Ordóñez.

—Ponerme a sus órdenes, mi apreciado comandante —se apresuró a ofrecerse el espía—. Conozco todos los trucos para entrar a la capital, burlando a los bandidos chilenos; lo he hecho innumerables veces —le dijo y, adoptando un aire compungido, agregó—: Además, dejé a mi pobre madre muy desamparada por venir a cumplir mi deber patriótico junto al general Cáceres y quisiera poder abrazarla una vez más.

El semblante contrito y apenado del traidor convenció al incauto

comandante.

—Está bien —aceptó—. Puede partir conmigo esta misma tarde, teniente.

El rostro de Barriga resplandeció.

—Lo espero en la plazuela, junto al corral de la caballada, dentro de una hora, teniente —le indicó el comandante, alejándose para realizar sus aprestos.

El Profesor esperó a su comisionado tres días más allá de lo establecido y las últimas veinticuatro horas las pasó encerrado en el cuarto que ocupaba Gastón Dupré en la fonda «El Mesón Blanco», sitio acordado para reunirse con Barriga. Cuando, finalmente, éste apareció, el jefe del servicio secreto se puso de pie violentamente. Pero el espía no le dejó tiempo para protestar. Desde la puerta misma le espetó.

—¡Señor, hay que proceder con la mayor rapidez! Le he traído un pez gordo y es preciso echarle la red antes que se nos escape.

El individuo se apresuró a explicar que había venido acompañando al comandante enemigo encargado por el general Cáceres de traer dinero al oculto proveedor de armas del ejército serrano.

—¡De las armas que precisan para resistir el próximo ataque chileno! —expresó, por fin, en forma espectacular.

—¿Qué sabe usted del próximo ataque chileno? —le inquirió el señor Núñez molesto.

—Lo sé todo —se ufanó Barriga, enterándolo de lo tratado en el consejo de guerra que convocó Cáceres.

Luego advirtió:

—Es preciso avisar a la policía chilena para que vayan a una dirección que les indicaré y apresen allí al comandante Ordóñez y al proveedor del ejército serrano.

El Profesor comprendió que el espía tenía la razón.

Abelardo Núñez cayó en la cuenta de que no le sería posible soslayar más el problema de la amante de Lynch. Y, tan pronto como los guardias del «Bulnes» rodearon la casa que les indicó Barriga y arrestaron a su propietario y al comandante Ordóñez, se encaminó al Palacio de Gobierno y narró la totalidad de los hechos al contralmirante. Éste lo escuchó en un hosco silencio, limitándose a permanecer con las mandíbulas duramente contraídas. Núñez

completó su informe, diciéndole:

—Hace tiempo que el servicio secreto estaba enterado de las maniobras de la señora Vélez. Nuestra agente Leonora empezó a sospechar de ella al sorprenderla entregando mensajes a doña Rosa Elías el día anterior a la fuga de la esposa del general Cáceres.

—¿Y por qué no me lo dijeron ustedes entonces? —murmuró el «Príncipe Rojo», enronquecido.

Núñez titubeó, manifestando turbación.

—Comprenda usted. Excelencia, que no era fácil —musitó—. Preferí esperar hasta que me fuera posible presentarle los hechos claramente definidos.

El contralmirante comenzó a pasearse por la estancia, sacudiendo la cabeza.

—No puedo creerlo…, no puedo creerlo —mascullaba rabiosamente—. Ella cayendo en tan sucia traición.

—Amar al jefe de los enemigos de su patria es ya una traición —sentenció El Profesor, arrepintiéndose enseguida, porque el contralmirante se volvió hacia él, con los ojos llameantes.

—¡Calle usted! —lo conminó, añadiendo inmediatamente—: No concibo esa falsía. Teresa va a tener un hijo mío.

El Profesor agachó la cabeza.

—Aunque es posible que sea otra mujer la que actúa, usando el nombre de ella —raciocinaba el contralmirante, tratando de aferrarse a una vana esperanza, que Núñez desvaneció al momento:

—¿Otra mujer podría enterarse de los pensamientos del señor contralmirante y de sus planes secretos? ¿Cuál podría tener acceso a su intimidad?

—Tiene usted razón —tuvo que reconocer Patricio Lynch—. Pero necesito convencerme, que no me quede lugar a dudas, antes de obrar en forma implacable. Ordene usted a esa gente suya que se presente dentro de una hora en este despacho.

El Profesor acató la orden y se retiró en busca de Leonora, lamentando en su fuero intimo el disgusto que iba a causarle.

Una hora más tarde se presentó en la antesala del despacho llevando consigo a la agente. El secretario Guerrero se apresuró a conducirlos hasta la sala donde aguardaba el contralmirante.

—No es necesario que entre yo —le expresó El Profesor—. Bastará con que lo haga la señora sola.

—Pero aún no me ha explicado usted para qué me necesita el señor contralmirante —trató de defenderse Leonora, extrañada.

—Es asunto muy breve. Adentro lo sabrá —se limitó a contestarle El Profesor.

Leonora sintió cerrarse la puerta de la sala tras ella y avanzó cautelosamente bajo la mirada fulgurante de Patricio Lynch. Sólo cuando estuvo cerca de él, reparó en que había otra mujer en la oficina. Ésta estaba sentada de espalda a las ventanas y con expresión cohibida; pero Leonora la reconoció al instante. Sintiéndose igual que si la hubiesen atrapado en una emboscada, volvió sus ojos interrogantes hacia el general en jefe, pero, antes de que pudiera decir nada, éste señaló a la dama y preguntó a Leonora:

—Señorita, mire usted bien a esta mujer. ¿La conoce?

—Sí, Excelencia.

—Dígame quién es.

—Doña Teresa Vélez y Astorquiza.

—¿Qué sabe usted de ella? —La voz del contralmirante cortaba la atmósfera de la habitación tajante como un cuchillo. Leonora miró a la mujer y sintió una profunda compasión por ella. La voz del «Príncipe Rojo» volvió a sonar más áspera e imperiosa—: ¡Vamos, contésteme! ¿Es verdad que esta mujer sirve al enemigo?

Leonora apretó sus brazos rígidos contra el cuerpo y levantó la cabeza con altivez a tiempo que respondía roncamente:

—Sí, Excelencia.

Teresa Vélez se derrumbó sobre el brazo del sillón, llorando convulsivamente. Leonora, profundamente afectada, clavó sus ojos firmes en los del contralmirante y le expresó decidida:

—Le ruego que me permita terminar aquí esta escena, Excelencia. No es para esto que presto mis servicios a Chile. —Y sin esperar a que Lynch le diera su autorización se encaminó a la puerta del despacho. Pero, mientras se alejaba, no podía evitar oír la voz del contralmirante dirigiéndose a su amante con frases que restallaban como latigazos:

—¡Si no estuviera usted grávida, la mandaría fusilar! —le decía —. Tendré que limitarme a hacerla enclaustrar en su casa de Chorrillos hasta que termine la guerra. Ahí permanecerá sin ver a nadie… ¡A nadie, me oye!… ¡Y mucho menos a mí!

El fuerte golpe de la puerta al ser cerrada por la mano nerviosa

de Leonora cortó en la mitad el grito angustioso de Teresa Vélez.

Frente a la agente se encontraban El Profesor y el secretario Guerrero, ambos pálidos y un tanto desencajados.

—¡Es horrible lo que me han obligado a hacer! —les reprochó Leonora—. No se lo perdonaré jamás. Ahora lo único que quiero es partir cuanto antes. Me tengo asco. ¿Me entienden?… ¡Asco!

—Perdóneme, Leonora, no pude evitarlo —se defendió con vergüenza El Profesor, siguiéndola hacia la puerta de salida—. Partirá usted mañana a la sierra, se lo prometo. Sinceramente, le pido perdón.

Leonora marchó adelante, sin querer oírlo.

2

El cielo había amanecido muy nublado y, pese a faltar pocos días para Navidad, caía una espesa garúa.

Leonora y Elcira caminaban rápidamente, envueltas en rebozos negros, seguidas por el ordenanza Jerez, que cargaba el equipaje. El tren a Chorrillos partía a las ocho de la mañana, desde la estación La Encarnación, que estaba ubicada al oeste de Lima. El día anterior, El Profesor había decidido que era preferible que Belisario Barriga las esperara en aquel punto, para que no pudiera enterarse del lugar donde residían las dos agentes.

Leonora tenía profundas ojeras. La imagen dolorida de Teresa Vélez le impidió dormir. Nunca, hasta entonces, su actuación en la guerra había sido enfocada contra otra mujer. Por eso ahora se sentía como una traidora a su sexo.

Cuando llegaron frente a La Encarnación, aún la mantenía desasosegada aquel pensamiento. Había poca gente en el recinto, porque el viento embotellaba el humo en el interior de la estación. Leonora guió a sus compañeros hacia los andenes en donde debía esperarlos Belisario Barriga.

Éste se encontraba allí desde hacía un rato; pero no se les juntó al momento, sino que fue arrimándoseles poco a poco, hasta quedar junto a las dos mujeres. Sin mirarlas, les murmuró:

—El tren va a partir ya. Digan al hombre que las acompaña que se retire con disimulo.

Leonora ordenó a Jerez que se alejara lentamente. El viejo ordenanza dejó las maletas en el suelo y se retiró, musitando una discreta despedida.

Apenas Jerez se hubo alejado unos metros, el peruano cambió totalmente su actitud, mirando a las mujeres con aire dominador.

—Desde ahora, podemos hablar con libertad —les dijo en tono desenvuelto—. Es decir, el que puede parlotear soy yo, porque en un matrimonio provinciano del Perú, el único que tiene derecho a opinar es el marido; la esposa sólo responde cuando se le pregunta —y acentuando el cinismo de su expresión, agregó—: Y mi queridísima esposa, en esta ocasión, es usted, señorita.

Leonora, a quien se había dirigido, frunció el ceño y lo miró con pupilas desafiantes.

—Cumpliremos nuestros papeles en la medida de lo necesario, señor Barriga —le dijo secamente—, pero le prohíbo hacerme bromas ni tomarse confianza cuando estemos a solas.

El peruano torció el gesto, y aunque mantuvo su sonrisa, todo su semblante reflejaba sus sentimientos acres y procaces.

—Comprendo, señora —aceptó de mala gana—. Pero le advierto que si usted pretende conservar esa actitud soberbia conmigo, cuando vayamos escalando la sierra, todo el mundo descubrirá nuestra farsa al momento.

—No necesito que usted me dé lecciones sobre la forma como debo desempeñarme —lo atajó la agente con firmeza—. Pero, por ahora, dejemos este tema y atengámonos a nuestro asunto. ¿Dónde nos encontraremos con la otra persona que viajará junto a nosotros?

—En Chorrillos. Nos aguardará en la plazuela que existe frente a la Escuela de Cabos.

El pito estridente de la locomotora anunció que el tren estaba a punto de partir. Barriga les hizo señas apresuradas de subir al vagón que estaba más próximo, pero no pareció dispuesto a recoger las maletas de las agentes, por lo que Leonora se las señaló con un gesto de desagrado.

—¿Las lleva usted, señor?

—De ningún modo —negó rotundamente el hombre y comprendiendo enseguida que su falta de urbanidad podía provocar una reacción peligrosa de las dos mujeres, se apresuró a explicar—: Un marido provinciano no carga bultos. Perdone usted, pero la costumbre es ésa y no debemos alterarla, para no llamar la atención.

Elcira se mordió las labios para refrenar su carácter explosivo y recogió las dos maletas con ademán brusco.

Barriga no observó su gesto porque se había adelantado hacia el

vagón y las apremiaba en voz alta y autoritaria, como si arreara a un grupo de siervas.

Elcira agachó la cabeza para que los demás viajeros no la vieran protestar, pero por su boca salían fuertes palabrotas.

—¡Por la vida, a éste me lo voy a comer crudo, como nos vuelva a levantar la voz!

—No, Elcira; hay que soportarlo —la apaciguó Leonora y entró al pasillo del vagón, en seguimiento de Barriga, que seguía refunfuñando.

Los ruidos estridentes del tren al ponerse en marcha, amplificados por la resonancia de la estación, pusieron término a la desagradable escena y distrajeron la atención de los viajeros hasta que el convoy salió a campo abierto y tomó la dirección del sur.

El tren se deslizaba bulliciosamente por la arenosa comarca, salpicada de arboledas grises. A poco andar, pasó por el pueblo de Miraflores, que ostentaba sus jardines y sus otrora elegantes mansiones destrozados por la guerra. Prosiguiendo en su avance, ahora próximo al mar, atravesó una zona de tierra seca y amarilla para llegar, por fin, a la antigua villa de Chorrillos. La destrucción había sido completa allí y los muros caídos y reventados hablaban del bombardeo implacable.

El tren se detuvo bajo un recinto improvisado sobre las ruinas de la primitiva estación. Todos los viajeros descendieron y el grupo formado por las dos chilenas y el renegado Barriga se encaminó hacia el monumental edificio de la Escuela de Cabos. Cuando arribaron a la plazuela que se extendía frente a la construcción, iban sudorosos y malhumorados; pero Leonora alzó el rostro con ansiedad y esperanza. Allí debía aguardarlos el mayor Rodríguez con las cabalgaduras necesarias para el viaje. Sin embargo en ninguna parte aparecía la figura del explorador. En cambio, se les acercó arrastrando los pies en el polvo un hombre flaco y andrajoso, que había estado junto a un pequeño coche de dos ruedas y a un grupo de mulas.

Elcira lo reconoció al instante: era el ordenanza Gaspar Acosta. Leonora había reconocido también al soldado y parecía estupefacta y afectada.

—¿Y… «el señor» Rodríguez dónde está? —le preguntó, cuidando de no dar el grado militar del explorador.

—Aquí estoy yo, señoritas, esperándolas —se limitó a decir el ordenanza, sin responder directamente a su pregunta y afectando el acento de los serranos de esa región.

La agente no pudo inquirirle mayores detalles, porque en ese momento intervenía Barriga, con aire de gran señor, autoritario y despótico.

—Está bien, cholo. No perdamos tiempo, que el aire es demasiado caliente bajo este sol —determinó—. ¿Ése es el tílburi en que vamos a viajar?

Acosta ladeó la cabeza y lo observó por el rabillo del ojo.

—El cochecito es para las señoras, pues —le respondió con un dejo de ironía—. Usted y yo vamos en las mulitas, ¿sabe?

—¡Caray! —exclamó el peruano disgustado—. ¿Y no podríamos acomodarnos los tres en el? Ella es mi esposa y…

Acosta no lo dejó continuar. Sin alterar su apariencia, pero hablando ahora con voz natural, le advirtió, entre burlón y amenazador:

—Ese cuento es para cuando estemos haciendo teatro delante de los demás, mi caballerito. Pero ahora vamos a cumplir las órdenes como las recibí de mi jefe. Él me dijo «Las señoras irán en el coche y ustedes en las mulas». Y así se hará. ¿Está claro?

Belisario Barriga se puso súbitamente encarnado y examinó a su interlocutor con rabioso rencor.

—Creo que va a tener que cambiar de tono cuando vayamos viajando por las sierras, mocito —le dijo.

—*Hei* lo veremos —fue la tranquila respuesta de Acosta—. Pero quiero advertirle, «mocito», que yo tengo el *mesmo* mal genio aquí en la sierra y en la quebrada del ají. —Poniendo término a la discusión de tan original manera, el soldado recogió las maletas de las señoras y las invitó a dirigirse hacia el cochecillo.

Aprovechando que Barriga se había quedado unos pasos atrás, Leonora expresó al soldado que necesitaba hablar con él.

—Suba al coche, señorita, y *hei* le explicaré todo —le respondió éste abriendo la portezuela y ofreciéndole su antebrazo para que se apoyara. Enseguida, mientras las agentes subían al carruaje, se volvió hacia Barriga y adoptando nuevamente el acento servil de los cholos le manifestó en voz alta—: Escoja el señor la mula que prefiera, pues.

—Gaspar, ¿por qué no vino el mayor Rodríguez? —le preguntó Leonora cuando pudo hacerlo sin que el peruano la oyera.

El ordenanza encogió un tanto la cabeza entre los hombros.

—Es difícil de explicar, señorita Leonora —comenzó a decir con titubeos—. Mi mayor habla poco. Pero yo creo entender por qué no quiso venir y prefirió mandarme a mí. Me dijo: «Leonora tendrá que pasar como la esposa de ese peruano y si yo lo viera que se toma alguna confianza con ella, me le echo encima al cholo y le retuerzo el pescuezo», ¿entiende usted, señorita? Era arriesgarse a que él *mesmo* lo echara todo a perder.

Leonora tuvo que reconocer que era un razonable temor.

—¿Y lo veremos en alguna parte? —le preguntó.

Acosta afirmó con expresión radiante. El mayor Rodríguez subiría solo a la sierra por la quebrada central; después, se filtraría a través de las líneas del general Cáceres para llegar hasta el pueblo minero de Oroya.

—A ese sitio tendré que llevarle las informaciones que ustedes recojan —terminó.

—¿Cómo está Manuel? —preguntó con timidez Leonora.

El ordenanza hizo una mueca ambigua y respondió sin convicción:

—Bien…, bien, pero *cansao*. Tiene un cansancio de adentro, ¿sabe usted, señorita? Mi mayor debiera pedir la baja. De repente, le van a poner un fusil al pecho y no tendrá ánimos *pa* defenderse.

Leonora no alcanzó a expresar sus sentimientos, porque en ese instante Belisario Barriga gritaba desde la mula en que ya había montado:

—Bueno, ¿y qué esperamos, cholo?

—¡Por la vida!… —exclamó Elcira, crispando los puños. Acosta la sujetó de un brazo.

—No, no doña Elcirita. Déjemelo a mí no más. Yo lo voy a aguantar durante el viaje, pero, a la vuelta, me va a tener que escuchar un ratito a solas. Les juro que le bajo los humos *pa* siempre. —Haciendo una morisqueta cómplice a las dos mujeres, se alejó en dirección a Barriga—. Partimos cuando usted quiera. Cabalgue usted adelante, que yo lo seguiré montado en una de las mulas del coche.

—¡Ya era hora! —resopló, furibundo, Belisario Barriga y azotó a

su mula, obligándola a tomar el camino hacia el sur.

Después de hora y media de marcha, el grupo se detuvo junto a las imponentes ruinas del palacio incaico de Pachacámac. A las sombras de sus desgastados muros seculares descansaron durante media hora. Después, volvieron a ponerse en marcha, pero encaminándose ahora directamente hacia el oriente, a fin de cortar perpendicularmente los rojizos cordones montañosos.

Belisario Barriga iba guiando con ojo seguro. Poco después de mediodía introducía a la cabalgata por la ancha desembocadura de la quebrada de Cieneguillas. La marcha se hizo entonces pronunciadamente ascendente y difícil. Las mulas progresaban con lentitud hundiendo el filo de las pezuñas en la tierra dura. Belisario Barriga contuvo un tanto la marcha de la suya para permitir que el coche se le emparejara, y dijo a las mujeres:

—En un par de horas más llegaremos a la hacienda Manchay. En verdad ya estamos en sus terrenos, pero la hacienda propiamente dicha queda detrás de esa primera barrera de montes. —Y señalaba un gris cordón cordillerano que les cubría el horizonte oriental.

—¿Tendremos que pasar por encima de ellos? —le consultó Leonora.

El peruano negó con la cabeza. No sería necesario transmontarlo. Explicó que pronto iban a entrar a un desfiladero largo y angosto, que luego asomarían a un valle, cruzarían después otro desfiladero, para asomar, por fin, a la ancha hondonada de la hacienda Manchay.

—¿Descansaremos allí? —quiso saber la señora.

—No, ni soñarlo —negó Barriga, gozándose en exhibirles el primer inconveniente—. La hacienda Manchay es propiedad de uno de los señores más ricos del Perú, don Arístides Arriz, dueño también de todo el valle de Pachacámac. Él es un señor de horca y cuchillo, chapado a la antigua, que ejerce una autoridad despótica sobre toda la región —le explicó—. No admite ningún forastero en sus tierras. Ha hecho correr la versión de que es argentino, pero yo he descubierto que es un fanático partidario de Cáceres. Tiene un verdadero batallón armado en sus montañas.

—¿Y cómo es que usted pretende que las señoras pasen a través de su hacienda? —le inquirió Acosta, sospechoso.

—El señor Arriz no se opone a que los viajeros pasen por el

camino central, pero ¡ay del que se atreva a salirse de él! —exclamó Barriga—. Afortunadamente, yo me traigo bien aprendida una historia capaz de ablandar el corazón a una roca —dijo—. No tendremos inconveniente al cruzar la hacienda, pero nos veremos obligados a dormir más allá de sus límites. De modo que háganse el ánimo de marchar todavía varias horas.

Prosiguieron la marcha tratando de arrancar un paso más vivo a las cabalgaduras, pero ya la altura se hacía sentir y tanto los animales como los viajeros respiraban con dificultad. Iban por la mitad del desfiladero cuando oyeron sobre sus cabezas el son lastimero y prolongado de un «pututo» indio. Arriba en el borde de una de las paredes del desfiladero estaba un indio con su caracola aún pegada a los labios.

—¡Ése es el alerta de las guerrillas de Manchay! —exclamó en voz baja el peruano, sin poder evitar un estremecimiento—. Seguramente a la salida del desfiladero toparemos con un centenar de jinetes, cuando menos. Pero, sea como fuere, mantengan la serenidad; no den muestras de inquietud. Y déjenme hablar a mí. —Volviéndose a Leonora le advirtió—: Señora, ya sabe usted su papel: es mi esposa y va enferma, en busca de clima más alto para sus pulmones.

La agente le hizo señas de haber comprendido.

—Usted, mocito, no hable; y si le preguntan algo responda con monosílabos —siguió Barriga previniendo a Acosta—. Se le advierte demasiado que no es un cholo auténtico.

En el extremo opuesto del desfiladero se oyó el estrépito lejano de una gran masa de caballería acercándose al galope.

Barriga se volvió al instante con ojos inquietos.

En ese instante aparecían los guerrilleros de Manchay en el primer recodo del desfiladero. Eran algo más de un centenar y venían encabezados por un hombre blanco y corpulento, que montaba un caballo rojizo.

—¡Sigamos! ¡Sigamos como si fuéramos viajeros ignorantes de la guerra! —tartamudeó Barriga, recomendando a Leonora—: ¡Abandónese en el asiento, señora! Conviene que la vean desfallecida.

Los guerrilleros y el hombre que los dirigía no tardaron muchos segundos en llegar hasta el grupo de viajeros y rodearlos. El jinete

que comandaba a la guerrilla se plantó a un costado del coche y encaró a Belisario Barriga.

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen por estos lugares?

El renegado se llevó una mano al polvoriento sombrero e hizo varias reverencias serviles antes de contestar.

—Sí…, somos gente de paz, señor capitán. Un matrimonio humilde que viaja hacia Tarma, señoría —tartamudeó, sin que tuviera que fingir pánico.

El jefe guerrillero lo miró fijamente a los ojos. Después desvió su atención hacia las ocupantes del coche.

—¿Y estas mujeres?… —preguntó.

—Una es mi pobre esposa, que va muy enferma, y la otra, su «nona», que la cuida.

El guerrillero aproximó su caballo al pequeño carruaje y observó atentamente al interior. Leonora pudo ver su rostro receloso y desconfiado, pero de rasgos nobles.

Entretanto, el guerrillero había vuelto a dirigirse a Barriga.

—¿Cómo es que viajas con una mujer enferma, en una época como ésta?

—El clima de la capital la estaba matando, señor capitán —se disculpó el renegado, con acento plañidero—. La pobrecilla tiene los pulmones llenos de humedad, ¿sabe usted?

—Y si está tan enferma, ¿cómo te arriesgas a llevarla a un lugar tan lejano como Tarma? —le insistió el guerrillero, siempre desconfiado.

Las pupilas acuosas de Barriga chispearon levemente y esgrimió su argumento decisivo.

—Tengo parientes allá, señor capitán —le dijo manteniendo un tono blando y sumiso, pero ya con cierta seguridad—. Además, doña Justa Dorregaray es mi madrina y… —intencionalmente dejó la frase en suspenso para dar tiempo a que su interlocutor captara bien el nombre que acabada de mencionar. Éste lo repitió con asombro, consultándole enseguida:

—¿La madre del…?

Ninguno de los dos pronunció el nombre del general Cáceres, pero Barriga inclinó varias veces la cabeza, sonriendo con expresión de triunfo.

—Sí, señor capitán; ella misma es mi madrina. Puede usted

averiguarlo. Mi nombre es Belisario Barriga; el de mi mujer, Rosario Arrizaga y Solís de Barriga, y el de su «nona», Elcira.

El jefe de los guerrilleros contempló el grupo con mayor tranquilidad y, al detenerse su mirada en el ordenanza Acosta, inquirió:

—¿Y ese hombre?…

—Es un mulero que contratamos en Chorrillos, para que nos trajera a la sierra en sus animales —se apresuró a informarle Barriga.

No obstante, el capitán montonero no quedó satisfecho y reclamó la atención del supuesto arriero:

—¿Cómo te llamas, cholo?

—¿Yo?… Gaspar, para servir a su excelencia, pues.

El jefe de los guerrilleros esbozó un ademán de fastidio y no se preocupó más del ordenanza. En cambio volvió a encarar al renegado Barriga.

—¿Dónde termina la jornada de ustedes hoy? —le indagó.

—No lo sabemos a punto fijo, señor capitán. Pensábamos caminar hasta donde nos sorprendiera la noche. Este cholo sólo ha sabido repetirnos cada vez que lo hemos consultado: Tamboinga.

—Pocos cuidados toma usted con su esposa —dijo enseguida a Barriga.

Barriga encogió la cabeza entre los hombros expresando con acento quejumbroso:

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Estamos pobres, muy pobres; las contribuciones de guerra, la falta de trabajo, nos han dejado en la miseria. Espero que, llegados a Tarma, mi madrina, doña Justa Dorregaray, nos ayudará a encontrar un acomodo donde mi pobre esposa pueda descansar.

El sujeto era un farsante consumado. El joven jefe de la guerrilla cayó fácilmente en el garlito y, aún más, empezó a preocuparse por la suerte del ahijado de doña Justa Dorregaray.

—El ilustre general Cáceres no nos perdonaría si no atendiéramos a los parientes de su madre —reflexionó gravemente —. Por otra parte, mi cuñado, don Aristides Arriz, tampoco me justificaría si no los llevo a la hacienda.

—¿Usted es cuñado del dueño de Manchay?

—Sí, señor, para servirle. Mi nombre es Pedro Pablo Collazos. La

heredad de mi familia cae dentro de la hacienda Manchay. —Volviéndose, enseguida, hacia el interior del coche, preguntó a Leonora amablemente—: Señora, ¿me oye usted?, solicito su venia para llevarla hasta la hacienda de mi cuñado.

—Le agradezco su buen propósito, pero le ruego que no se tome molestias por mí —le respondió la agente.

El joven Collazos se apresuró a expresarle que no sería molestia alguna, añadiendo que su hermana Soledad, esposa del propietario de Manchay, había sido muy amiga de doña Justa Dorregaray en su juventud, y se sentiría contentísima de poder atenderlos. Uniendo la acción a la palabra, ordenó a sus guerrilleros que se distribuyeran delante y detrás del pequeño carruaje, para escoltarlo hasta las casas de la hacienda.

Belisario Barriga estaba profundamente inquieto, percatándose de que los hechos tomaban un giro que no había imaginado y del cual no sabía cómo podrían sustraerse.

—Mi cuñado Arriz, que es uno de los principales jefes de guerrillas al servicio del general Cáceres, se sentirá honrado de tenerlos como huéspedes —expresó Collazos, poniendo fin a las objeciones.

Leonora y Elcira, encogidas dentro de la caja del cochecillo bamboleante, observaban detalladamente a los hombres de la montonera de Manchay. Eran todos jinetes recios, curtidos por el sol. Tanto las bestias como sus amos iban adornados con dos cintas de colores, una roja y otra amarilla. Leonora sabía que la primera era el símbolo de Cáceres; supuso que la otra constituía un emblema de la casa de Manchay. Fácil le fue imaginar la soberbia del dueño de la hacienda que se atrevía a poner a sus hombres un distintivo propio, paralelo al del caudillo de la breña.

La joven tembló al pensar en los personajes que la recibirían en la hacienda. Adivinaba que así como era de abierta la hospitalidad que les ofrecían en ese instante, así también debería ser de implacable su furia, como llegaran a descubrir que eran chilenos.

Pasado el desfiladero, la columna entró en un ancho valle arbolado y verdegueante. De los altos paredones que habían dejado atrás, fueron bajando al trotecillo decenas de indios armados de rejones y lanzas, los que avanzaban paralelos a la columna, aunque sin mezclarse con ella, sabiéndose necesarios pero despreciados.

A distancia de un kilómetro, la senda se abrió, convirtiéndose en un llano circular. Allí estaba la entrada a las casas de la hacienda Manchay. Era un alto paredón de piedra gris, coronado por troneras. En el centro se abría un recio portón enarcado por dos columnas toscas, que terminaban en capiteles con forma de alimañas. Eran gárgolas horripilantes esculpidas allí para asustar a los indios que llegaban a mendigar a la hacienda.

Un bronco son de caracola india había advertido ya la llegada de la montonera y el portón se abrió. La columna entró en una ancha avenida bordeada de cedros seculares. Al fondo estaba la casona de los Arriz. Allí esperaba la dueña de casa, Soledad Collazos de Arriz.

Su hermano menor, que llegaba al frente de la guerrilla, la saludó quitándose el sombrero; después descabalgó y fue a hablarle al descansillo. Tras escucharlo, con ademán noble y hospitalario llegó hasta el costado del carruaje e inclinó la cabeza ante Leonora.

¡Bienvenida, señora! —le dijo suavemente—. Mi hermano me ha informado quienes son ustedes y la condición en que viajan. Aun cuando mi esposo, don Arístides Arriz, se halla afuera, patrullando los montes, séame permitido brindar a ustedes hospedaje en esta humilde morada.

La señora se dedicó a atender personalmente a Leonora, con una amabilidad que hablaba claramente de las tradiciones de hidalguía que se observaban en aquella familia. Una vez que la dejó instalada se decidió a separarse de ella.

—La dejaré unos momentos para ir a prepararle, por mis propias manos, un cocimiento que la va a reponer mucho —le dijo cariñosamente.

Leonora estaba realmente avergonzada. Le dolía estafar en esa forma la nobleza de aquella gente. Elcira también lo estaba, pero trataba de justificar lo que hacían, repitiendo:

¡Es la guerra, es la guerra!

Mayor confusión aún provocó a la agente el regreso de la dueña de casa, portando en sus manos una marmita de greda, que despedía un fragante vaho de caldo.

Leonora se sometió a los solícitos cuidados de la señora con una turbación creciente, que le hacía arrebolar las mejillas, estado que doña Soledad de Arriz atribuía a un comienzo de fiebre.

Junto con instalarse a la cabecera de la cama en donde se había

acostado Leonora, la hacendada se preocupó de que Elcira fuese a la cocina para que las negras del servicio le dieran de merendar. Después comenzó a dar cucharadas de caldo a la supuesta enferma, al mismo tiempo que le platicaba con maternal confianza.

—Perdóname, niña, si te tuteo —le dijo—, pero tengo años que me autorizan. Me explicaste que eras de…

—De Trujillo, doña Soledad. Mis apellidos son Arrizaga y Solís, mi nombre Rosario. Mi esposo…

—Sí, sí, ya estuve platicando con él. Me ha informado que pertenece a la «Ayudantina» del general Cáceres. Mi marido tendrá mucho interés en hablar con él. Hace tiempo que quiere mandar decir al caudillo algunas cosas que están ocurriendo en esta región. —Ante la mirada expectante de Leonora, la señora se explicó—: No te lo contaría si no tuvieran ustedes que pasar por la comarca de Cieneguillas; pero considero que deben ir advertidos.

—¿Advertidos de qué, doña Soledad? —le indagó la joven.

—De los procedimientos bárbaros e indecorosos del hombre que manda a los montoneros de Cieneguillas. Es un exsacerdote, ¿sabes tú?

Leonora asintió con un gesto.

—Es el cura Ríos, ¿no es así?

—Él mismo —aprobó gravemente la dueña de casa—. No sé cómo Dios ha tolerado que se opere en uno de sus miembros una transformación semejante. Desde que se lanzó al campo y organizó su montonera, se ha convertido en un ogro despiadado e inmoral. Maneja a sus indios a son de látigo, los priva de sus cosechas, les requisa su pobre ganado, y, lo que es peor, atropella a todas las mujeres de la comarca.

—¡Dios santo! —exclamó Leonora, sinceramente impresionada, y no quiso preguntar nada porque tenía el propósito de sonsacar datos a la señora de Arriz.

—El general Cáceres no conoce todas las atrocidades cometidas —continuó la señora—. Además, maneja a la montonera más numerosa del ala izquierda de las líneas del caudillo y, por el momento, no se puede prescindir de su fuerza. Pero ¡ay, hija!, si ya era repulsivo tener que tratar con él en los primeros tiempos, ahora ha llegado a ser insufrible.

—¿Y para qué se relacionan ustedes con él? —aventuró Leonora,

sin otro ánimo que el de mantener la conversación.

—¡Oh, necesidades de la guerra! —se lamentó la señora—. Los suelos de Manchay colindan con los de Cieneguillas, estando separados apenas por una cadena de montañas bajas. Y como todos los elementos que recibimos de Lima tenemos que enviarlos a la alta sierra a través de Cieneguillas, nos vemos obligados a conectarnos con ese indecente cura Ríos.

—¿No hay otra ruta para enviar esos elementos, sin rozarse con aquel vecino?

—Desgraciadamente, no. Y las armas, las municiones y los hombres tienen que llegar al campamento del general Cáceres.

Leonora, que se había entregado a la reparadora laxitud del descanso, sintió que se le recogían todos los músculos al escuchar aquellas palabras. Desde aquel instante, todos sus sentidos se pusieron en acecho y se dispuso a beber las palabras de la hacendada.

—¿Las… armas?… —murmuró fingiendo estar muy asustada.

La señora de Arriz tuvo una sonrisa comprensiva:

—Olvidé que eres una mujer joven, y además enferma —se excusó—; y que lógicamente no puedes estar al tanto de las cosas a que hemos tenido que exponernos en estos últimos tiempos. ¡Ay, niña, si yo te contara! —volvió a lamentarse—. Tiemblo constantemente por la vida de mi esposo. Vive exponiéndose por la causa; día y noche patrulla esta región al frente de sus mejores jinetes; arreando a los desertores a chicotazos, levantando el ánimo a la gente, fusilando a los traidores. Hace poco más de dos meses, supo que un capitán de guerrillas llamado Ernesto Lara estaba en tratos secretos con los chilenos. Lo acechó, lo siguió por los montes y, cuando logró darle alcance, lo obligó a desnudarse. Entre sus ropas se encontraron papeles que lo delataban como vendido a los chilenos. Entonces lo estranguló con sus propias manos y lo arrojó a un abismo. Por mala ventura, el traidor aquel era amigo del cura Ríos. Desde entonces, secuaces de ese abominable sacerdote han intentado por tres veces matar a mi esposo.

Leonora, que la escuchaba realmente impresionada, no olvidó, sin embargo, sus propios objetivos:

—¿A pesar de eso, siguen manteniendo relaciones con él? —le indagó.

—Hay que hacerlo —dijo la señora con fatalista resignación—. Ya te he explicado que las armas y las municiones que vienen desde Lima tienen que pasar por Cieneguillas. He escrito dos cartas a don Elías Mujica rogándole que envíe esos materiales por otra quebrada, le he expuesto mis temores de mujer y mis ascos como señora de esta hacienda, pero ha sido inútil; los cargamentos siguen pasando casi a diario.

La mente de la joven trabajaba con rapidez, tratando de retener todos los datos que fluían a través de la charla de la señora. Tratando de encauzar las revelaciones de la hacendada hacia asuntos que le eran de primordial interés, Leonora le preguntó:

—¿Y cómo es que estando ustedes tan próximos a la costa y entregados a trabajos tan riesgosos, no han sido atacados por los chilenos?

—Porque hemos logrado mantener el secreto. Además, los chilenos creen que mi esposo es argentino, y que mis hermanos, los Collazos, son españoles. Pero, aun respetándolos, han venido dos veces hasta aquí. Gracias a que los vigías los han divisado a tiempo, no encontraron en la hacienda más que a mujeres y servidores viejos. —La señora de Arriz hizo una pausa y luego prosiguió—. No, niña, el peligro mayor no lo representan los chilenos. El verdadero riesgo reside en el cura Ríos. Tanto nos odia, que, cualquiera noche, sus indios pueden descolgarse de los cerros y asaltar la hacienda. Entonces la matanza sería horrible.

Un sonido melancólico y prolongado, aunque fuerte, rompió la quietud del anochecer.

La señora de Arriz, que se había puesto de pie al oírlo, le explicó con nerviosa satisfacción:

—¡Gracias a Dios! Ésa es la señal de que mi esposo y sus hombres están frente al portón exterior de la hacienda. Voy a dejarte sola, hija, porque debo ordenar que se sirva la cena a Arístides y también a tu marido. Con tu licencia, niña.

—Vaya usted, señora, que yo procuraré dormir —le contestó la agente relajándose sobre las almohadas.

La señora de Arriz se volvió todavía una vez más desde la puerta:

—No sé si he hecho bien —le dijo—, pero pensando en tu reposo, he dispuesto que se prepare a tu marido la habitación

vecina.

Leonora agradeció en un murmullo.

Belisario Barriga se mantuvo temblando interiormente durante la larga hora que duró su cena en compañía de Arístides Arriz. El jefe de la guerrilla de Manchay parecía hondamente preocupado y habló poco durante la comida, lo que hacía sentirse tenso e inconfortable al renegado.

Terminaban de beberse una última copa de vino cuando Arriz se sintió dispuesto a entablar una conversación con el huésped, a quien doblaba en edad.

—Creo que usted podría hacerme un favor, mi joven amigo —le dijo—. No deseo presionar su buena disposición, pero quiero rogarle que lleve un mensaje mío al general Cáceres.

—Disponga usted de mí, que le obedeceré con placer —sonrió Barriga, sintiendo que pisaba en terreno más seguro.

—Lastimosamente, ese mensaje no podrá llevarlo escrito —le advirtió el dueño de casa—. Sería su sentencia de muerte si se lo encontrara ese condenado cura Ríos. Me odia con todos los ímpetus de su alma de fanático y de loco; y justamente ésa es la información que necesito enviar al general Cáceres: que no puede transcurrir mucho tiempo sin que nuestras guerrillas choquen y se despedacen entre ellas. Pida al general Cáceres, en nombre mío, que prive del mando y aparte de las acciones de la resistencia al coronel Ríos o, de lo contrario, el ejército se desangrará en su ala izquierda, en una lucha fratricida.

Belisario Barriga acató con repetidas inclinaciones de cabeza, observando al hacendado con bien fingido pavor.

—Se lo diré, señor, por supuesto. Pero sólo de oírlo me estremezco al pensar que tendremos que cruzar el territorio de Cieneguillas con mi esposa enferma.

El señor Arriz lo observó con expresión grave:

—¿Es hermosa su mujer?

—Muy bella, señor.

—Pues ha cometido usted la mayor locura al traerla por esta ruta. Nadie debe entrar a las tierras de ese abominable personaje con mujeres, mucho menos si son hermosas.

—¿Y qué puedo hacer, señor Arriz? —le consultó Barriga, retorciéndose las manos nerviosamente—. Ya no me es posible

volver, ello nos significaría caer en manos de los chilenos…

El hacendando frunció el ceño y se acarició el barbado mentón durante un largo rato. Por fin, expresó:

—Puede haber un factor que haga menos comprometido su dilema. Ya que lo he hecho mi mensajero, lo haré también mi confidente. Escuche usted. Por causa del odio que me profesa el cura Ríos, me he visto obligado a introducir entre sus gentes a un hombre de mi confianza para que me mantenga enterado de los planes de ese salvaje. Él es un oficial muy valeroso y noble, que por tener sus propias tierras dentro de los límites de Cieneguillas, se ha visto obligado a ponerse bajo las ordenes del cura Ríos. Se llama Carlos Vega y es primo del comandante Ricardo Bentín, alcalde de Huarochirí. Actualmente sirve en las guerrillas de Cieneguillas con el grado de capitán.

—El capitán Carlos Vega —repitió Barriga para grabarse aquel nombre—. Lo recordaré, señor Arriz.

—Si se ve usted en apremios, acuda a él con confianza —le recomendó el señor de Manchay, levantándose de su silla y disponiéndose a retirarse a su alcoba.

En la madrugada, los viajeros dejaron la hacienda Manchay. En el pórtico de piedra quedaban don Arístides Arriz y su esposa diciéndoles adiós con la mano. Pedro Pablo Collazos y dos guerrilleros los escoltaron hasta el pórtico monumental que limitaba la avenida de cedros y servía de entrada a la heredad. Allí se separaron y el cochecillo se fue levantando polvo.

Leonora iba silenciosa y profundamente concentrada. Meditaba sobre la hidalga hospitalidad que les habían brindado los señores de Arriz y el deber de delatar a sus jefes las actividades guerreras que se realizaban en la hacienda Manchay. Por otra parte, Belisario Barriga había cometido un error, que sería fácilmente descubierto, al presentarse como ahijado de doña Justa Dorregaray. Tarde o temprano, los señores de Manchay se pondrían al habla con el general Cáceres y la falsedad quedaría en evidencia. Existía, pues, una doble razón para denunciar a los señores de Arriz. Le dolía y la avergonzaba profundamente el tener que dar aquel paso; pero, al fin, su raciocinio imperó sobre sus sentimientos. Empezaban a repechar la cadena montañosa tras la cual se encontraba el pueblo de Cieneguillas, cuando la agente ordenó a Acosta que detuviera el

carruaje y llamó a Barriga. Mientras el peruano la obedecía, sacó de su bolso una diminuta libreta con hojas de un casi impalpable papel de arroz y, comenzó a escribir.

—Es necesario que uno de ustedes dos regrese a Lima con un mensaje mío —expresó la joven, cuando el peruano asomó al coche.

Barriga hizo un gesto de escandalizado asombro.

—¡Es un disparate! —protestó—. ¿Cuál de los dos podría hacerlo? Yo no, desde luego. Al pasar frente a la hacienda Manchay, no podría explicar cómo dejé a mi esposa seguir camino sola.

—Tiene razón —aceptó Leonora, sin dejar de escribir—. Entonces lo hará Acosta. —Como su interlocutor protestara, nuevamente lo interrumpió sin alterarse—: No me oponga objeciones, Barriga, que sé bien lo que hago. Tengo que hacer llegar a nuestro jefe datos de suma importancia, de los que me enteré anoche.

—Pero ¿acaso no se enteró usted también de los riesgos que vamos a correr al cruzar la zona del cura Ríos? —le replicó el peruano.

Leonora se encogió de hombros:

—El peligro para Elcira y para mí será igual yendo acompañadas por ustedes dos o por uno solo. Y mi mensaje debe llegar a Lima; lo que sería imposible si nos aprisiona el cura Ríos.

Gaspar Acosta, que se había acercado a la discusión, intervino:

—Señorita, yo le prometí a mi mayor Rodríguez que no me separaría un momento de su lado.

—Lo siento, Acosta, pero lo libero de su compromiso —le afirmó Leonora, con resolución, entregándole el mensaje—. Más importante es que lleve usted este comunicado a El Profesor.

El ordenanza vaciló antes de tomarlo.

—Lo recibo, patrona, pero…

—No hay «pero» que valga, Gaspar —lo atajó la agente—. Vuelva usted a Lima y, si le es posible, reúnase con nosotras, más adelante, en Tarma.

—Pero ¿cómo va usted a viajar sola, acompañada por un desconocido? —intentó oponerle, como última resistencia, el soldado. Lo que provocó una desabrida reacción en Barriga.

—¿Pretende usted insinuar que yo…? —gritó.

Como Leonora viera que Barriga llevaba la diestra al cinto,

donde guardaba un revólver, y que Acosta crispaba los puños, dispuesto a saltarle encima al peruano, abrió bruscamente la portezuela del coche y se interpuso entre los dos.

—¡Basta! ¡Cálmense! —los conminó con aspereza—. No se preocupe por mí, Acosta, sé cuidarme muy bien. Tome una mula y diga, si lo detienen en Manchay, que su compromiso consistía en traernos solamente hasta estas montañas y que no se arriesga a entrar en la tierra del cura Ríos. Todos le creerán.

—Está bien, señorita; soy un *soldao disciplinao* —acató el ordenanza de mala gana.

—Tome la mula que monta el señor Barriga y parta —continuó Leonora—. Nuestro acompañante guiará el coche cabalgando sobre una de las bestias de tiro.

Como el aludido volviera a engallarse con indignación, lo fulminó con una mirada dura:

—Usted no es más que nuestro acompañante, Barriga; yo soy la que manda en este viaje.

El peruano palideció y sus mandíbulas se crisparon.

Finalmente los dos hombres obedecieron en silencio las indicaciones. Acosta descendió la cuesta, mientras Barriga y el cochecillo con las viajeras continuaban trepando.

Cuando llegaron a la cumbre del cordón montañoso toda la atención se concentró en el panorama que tenían al frente. En medio de un dilatado valle, se divisaba el pueblo de Cieneguillas. Comenzaron a descender hacia él con los nervios en tensión, esperando ver aparecer, en cualquier momento, la bárbara montonera del cura Ríos.

En todo lo que abarcaba la vista se advertía una sucesión de huertas y plantíos, con sus correspondientes casas: pero lo extraño era que no se divisaba a hombre alguno por ninguna parte. Sumidos en un pesado silencio, y con gran calor, terminaron la bajada y el coche empezó a correr por un camino horizontal y más ancho. Al cabo de media hora, la quietud de la campiña concluyó por tranquilizarlos y ya olvidaban sus temores, cuando el chisporroteo sorpresivo de unos disparos sueltos los hizo saltar en sus asientos.

Barriga detuvo el coche, tratando de precisar el lugar de donde provenían los estampidos. Pronto vio que se producían en el pueblo. Como los tiros dejaron de oírse, sacudió las bridas y las mulas

echaron su trote. Pero no alcanzaron a avanzar muchas cuadras. Divisaban ya los techos de las casas de Cieneguillas cuando estallaron otra vez las detonaciones, mezcladas ahora con el griterío de una muchedumbre empavorecida.

Barriga tuvo que azotar a las mulas, para echarlas hacia un costado del camino. Una gran cantidad de indios desbordaba del pueblo y salía al campo en estampida. Los perseguían grupos de jinetes, revolviendo sus caballos dentro de una convulsionada masa humana, a la que aporreaban con sus sables y fusiles.

El pelotón de indios se lanzó a campo traviesa, saltando zanjas y cercados.

Barriga volvió su rostro alarmado hacia las mujeres y les gritó:

—Parece que hay revolución en Cieneguillas. Creo que debemos volver y esperar a que termine.

Leonora le hizo un apresurado gesto de asentimiento, pero el peruano no alcanzó a hacer girar las mulas, porque ya una muchedumbre más numerosa se volcaba en el camino, seguida por medio centenar de jinetes. Éstos eran en su mayoría blancos y varios de ellos lucían uniformes. Al contemplar aquel torrente humano, la señora comprendió que era tarde para esconderse.

—Deje el coche en donde está —ordenó rápidamente a Barriga —. Ya no podemos sino esperar lo que venga.

Barriga había desmontado de un salto y se apegaba a la portezuela más próxima a Leonora.

—Es que estos salvajes disparan sin ton ni son, por el simple placer de matar —reflexionaba nerviosamente—. Lo mejor que podemos hacer es escondernos dentro de una zanja.

Leonora lo observó con fastidio y sintió desprecio por él, al observar cómo el miedo lo hacía estremecerse.

—Hágalo usted, si le parece propio —le dijo, tratando de no ser demasiado ruda—. Nosotras nos quedaremos donde estamos.

Barriga no esperó a que le repitieran la sugerencia.

—Ustedes se hacen responsables de lo que pueda ocurrirles —les advirtió.

La gritería de la muchedumbre se hacía más fuerte y ya la congestionada masa de fugitivos se acercaba al sitio en donde se hallaban las chilenas. Leonora remeció a Elcira ordenándole:

—Saca tu revólver y mantenlo oculto bajo el rebozo. Si alguien

intenta treparse al coche, tendremos que disparar; pero mientras no lo hagan, aparentemos la mayor calma.

Ambas permanecieron inmóviles contemplando el maltrato de los indios. Los jinetes que los perseguían iban golpeándolos sin misericordia y, en algunos casos, sus culatazos eran tan recios que los perseguidos rodaban con las cabezas reventadas.

La masa de perseguidos las envolvió, por fin. Sin embargo, los indios estaban tan empavorecidos que ninguno pareció reparar en el coche detenido al borde del camino. Detrás de ellos llegaron los jinetes. Las dos mujeres trataban de disimular sus impresiones. Dos hombres, con uniforme de oficiales, frenaron sus caballos al divisarlas, contemplándolas con el mayor asombro. Por último se aproximaron, mientras los demás continuaban la persecución.

—¿Quiénes son ustedes que se encuentran en este camino, en medio de la revuelta? —les preguntó uno de los oficiales.

—Somos viajeras. Venimos de Lima —le contestó Leonora, fingiendo acento peruano.

—¿Viajan solas? —le indagó el otro jinete, con extrañeza.

La agente se mordió los labios, avergonzada.

—No, oficial —le respondió—. Pero mi esposo es débil de nervios y ha buscado amparo en…

—¡En ese cequión, señores oficiales! —completó la frase Elcira, gozándose en descubrir a su cobarde acompañante.

Los dos oficiales miraron hacia la zanja, por donde se asomaba el rostro despavorido de Barriga, y no pudieron contener una estruendosa carcajada.

Leonora sintió que aquel ultraje la alcanzaba a ella también dentro de la comedia que se veía obligada a representar y los hizo callar más con su mirada que con sus palabras.

—¡Basta, señores!… No es este asunto para risas. Mi esposo es ahijado de la madre del general Cáceres y debe ser tratado con miramientos.

A la mención del caudillo de la breña, los dos jinetes cortaron sus risas en seco y miraron a la agente con marcada turbación.

Ésta los miró de hito en hito y volviéndose enseguida hacia el costado del camino, llamó a su acompañante.

El aludido se levantó a gatas primero y terminó por ponerse de pie refunfuñando y sacudiéndose el polvo a manotazos.

Leonora no hizo caso de sus rezongos, limitándose a ordenarle en forma desabrida:

—Explique a los oficiales quiénes somos y hacia dónde vamos.

Belisario Barriga carraspeó, cobrando ánimos, y empezó a hablar con su volubilidad de siempre.

—En primer lugar, íbamos a Cieneguillas en busca del capitán Carlos Vega, a quien vengo recomendado, para que nos ayude a proseguir nuestro viaje —alcanzó a decir, pero uno de los jinetes lo interrumpió.

—¿Son ustedes amigos del capitán Vega? —exclamó—. Entonces nuevamente les pedimos perdón. Carlos Vega es amigo y compañero nuestro.

Viendo que ya se había disipado la desconfianza, Leonora se arriesgó a hacerles una pregunta que le roía el cerebro.

—¿Quieren explicarnos qué está ocurriendo aquí? —les indagó manteniendo siempre un tono altivo.

—Se sublevaron los indios —acotó uno de los jinetes—. Y mataron al cura Ríos.

El semblante de Belisario Barriga resplandeció aliviado al anuncio de aquella noticia. El oficial que había dado la información siguió con un gesto enérgico.

—Lo despedazaron, como sólo son capaces de hacerlo los indios en sus momentos de furor —puntualizó—. Tenía muchas cuentas pendientes el tal coronel Ríos. Sus atrocidades colmaron la paciencia de los indios ayer: hizo quemar viva a una mujer que se le resistió. Por eso, esta madrugada, los indios asaltaron el cuartel. La mayor parte de los oficiales estábamos patrullando los montes y el cura Ríos se hallaba totalmente borracho. Pese a esa desventaja, se defendió como una fiera; pero lo atraparon y, amarrado, lo llevaron a la plaza; y luego de inferirle más de cien heridas, le cortaron la cabeza. No contentos con aquella venganza, pasearon la testa ensangrentada en la punta de una lanza; luego desollaron el cadáver y clavaron la piel extendida en la puerta de la iglesia.

Leonora cerró los ojos e hizo un gesto de repugnancia, asqueada por aquel relato de barbarie.

—Perdónenos y no nos juzgue mal —se justificó uno de los oficiales—. Pero ese bandido se merecía mil veces tal muerte. Ahora quedaremos en paz. Ni siquiera habríamos castigado a los indios

victimarios, de no haber considerado que es preciso mantener el principio de disciplina. Por eso los hemos perseguido y golpeado, pero evitando matarlos. Todos ellos nos son indispensables en la montonera.

Leonora hizo un gesto indicando que no deseaba seguir en aquel tema.

—¿Es posible que entremos al pueblo y hablemos con el capitán Vega? —preguntó.

—Venga con nosotros. Eso está todavía algo revuelto, de modo que es preferible que les sirvamos de escolta —respondió un oficial.

A indicación de la agente, Barriga volvió a montar en una de las mulas del coche y la espoleó hacia el pueblo.

La sublevación de los indios había sido sofocada totalmente en Cieneguillas y los oficiales blancos de la montonera tenían el control de la población.

Tratando de no reparar en las dolorosas huellas que había dejado la revuelta, las dos chilenas cruzaron el pueblo y fueron conducidas hasta el cuartel, en donde se encontraba el capitán Carlos Vega. Éste, al enterarse de que venían recomendados por el señor Arístides Arriz, dueño de la hacienda Manchay, se puso incondicionalmente a sus órdenes; y bajo su protección, obtuvieron alojamiento seguro aquella noche. Al día siguiente, escoltados por el capitán Vega y dos oficiales más, abandonaron el sórdido pueblo de Cieneguillas, reiniciando su marcha hacia Sisicaya.

El ordenanza Acosta entró a Lima adormilado sobre el lomo de su mula. La esperanza de alcanzar a entrar en la capital antes de que se marchara el mayor Rodríguez, lo había determinado a cabalgar sin descanso, de día y de noche. Pero no había contado con el desgaste de su organismo en tres años de campaña, y cuando cruzó las calles de Lima en dirección al cuartel del «7.º de Línea», donde se arranchaba el mayor Rodríguez, los párpados le cerraban los ojos. Sin embargo, se recuperó al apearse en el zaguán de la guardia y preguntar por su jefe al oficial de turno, que era el teniente Alberto del Solar. Éste lo observó con extrañeza, intrigado por su aspecto agobiado y por sus vestiduras de indio. Pero

conocedor de las misiones que solían desempeñar Acosta y su jefe, se limitó a responderle:

—El mayor Rodríguez está en la pesebrera. Supe que anoche se enfermó su caballo.

El ordenanza se rascó la cabeza, con un gesto de contrariedad.

Luego siguió caminando a través de los patios como un sonámbulo. En su cabeza no cabía sino una idea. Informar a su jefe y tumbarse a dormir. Totalmente sin fuerzas llegó hasta la pesebrera. Tambaleándose, trató de ver en la penumbra. En ese momento el mayor Rodríguez levantó la cabeza y lo descubrió. El oficial estaba en cuclillas junto a su caballo y se quedó en esa posición, sin poder dar crédito a sus ojos. Lentamente se fue poniendo de pie, y preguntó con voz ronca:

—¿Tú aquí?… ¿Y Leonora?

—Se *jue*…, se *jue pa'la* sierra con el peruano y *misiá* Elcira —le contestó Acosta en tono plañidero y atontado.

Las manos bronceadas del explorador se engarfiaron. Su rostro se contrajo violentamente.

—¿Se fueron solas?… ¿Las dejaste solas?… —exclamó en un murmullo ronco.

—La señorita me obligó a volver, mi capi —gimió el soldado, adivinando el volcán de cólera que empezaba a arder en el pecho de su jefe. Pero de nada le valió su explicación, porque Rodríguez saltó las trancas de la pesebrera y cayó frente a él enfurecido como un mastín.

Perdido el control, el explorador no escuchaba a Acosta y le propinaba feroces golpes.

—¡Me juraste protegerla con tu vida…, y te la voy a arrancar por falso!…; ¡por cobarde!

Cuando las fuerzas se le agotaron, el mayor Rodríguez dejó de golpear. Respirando ruidosamente se enderezó y miró al soldado caído, murmurando entrecortadamente:

—¡Traidor!… ¡Traidor!… ¡La dejaste abandonada!… ¡Permitiste que marchara al peligro sola!…

Acosta se incorporó penosamente sobre un codo y lo miró desde el suelo, transido de compasión y ajeno a su propio dolor.

—Lo siento, mi capi —murmuró—. Yo adivinaba que le iba a doler. Pero ella me lo ordenó. Me entregó un informe muy

importante para El Profesor… ¡Me obligó a dejarla, mi capi!… No me importa que me haya machacado entero, pero no me trate de cobarde…

Los dos hombres permanecieron en aquella situación, aislados por la penumbra, durante largos minutos. Por fin, ambos se fueron calmando. El mayor Rodríguez rompió aquel mutismo.

—Perdóname, Gaspar —murmuró avergonzado—. Tú me entiendes…

El oficial se acercó lentamente a su ordenanza y lo tomó de un brazo, ayudándolo a sentarse.

—A ver, mi viejo camarada —le dijo—, te cargaré hasta la enfermería. ¿Tienes algún hueso quebrado?

—No sé; no le haga caso —se esquivó el leal ordenanza y hurgando en uno de sus bolsillos sacó el mensaje de Leonora—. Mejor lleve esto a El Profesor. Ella se lo manda.

Rodríguez recibió el papel y lo guardó en una de sus bocamangas, pero enseguida se agachó sobre el soldado y tirándolo de un brazo lo dobló como un fardo sobre uno de sus hombros.

—Primero te llevaré a la enfermería —dijo—. Después entregaré el mensaje y enseguida partiré a toda prisa hacia la sierra. Tengo que ir a velar por ella.

Gracias al informe enviado por Leonora Latorre, El Profesor logró completar sus conocimientos sobre los sistemas empleados por el Comité Patriótico de la Resistencia en sus relaciones con las montoneras serranas. Núñez comprendió que bastaría con apresar al mentado Elías Mujica y al dueño de la hacienda Manchay para cortar de inmediato el contrabando de armas y de hombres.

—Tengo que informar al momento al contralmirante Lynch, a fin de que dé las órdenes necesarias para que salga un batallón hacia la hacienda Manchay —dijo nerviosamente al mayor Rodríguez. Y como observara que el explorador permanecía frente a él, indeciso, le consultó—: ¿Tiene algo más que informarme?

Rodríguez meneó la cabeza cansadamente.

—Nada más, señor: solamente que salgo ahora mismo hacia la sierra. Leonora y su compañera han quedado solas, confiadas a un

peruano traidor.

—Es verdad —reconoció el jefe del servicio secreto con pesadumbre—. Pero no sabemos siquiera en qué punto del trayecto a Tarma se encuentran.

El explorador se alzó de hombros.

—Sabré hallarlas —se limitó a decir decididamente—. Justifíqueme ante el jefe del Estado Mayor: yo no tengo tiempo de hacerlo.

El Profesor lo contempló con asombro. Partir sin solicitar la venia de los jefes equivalía a desertar. El oficial interpretó su gesto:

—Lo siento, pero no perderé tiempo en explicar mi propósito. Que me califiquen como quieran, pero parto ahora mismo. Iré al cuartel del «7.º de Línea», tomaré una mula y me iré. Eso es todo, señor.

Despidiéndose apenas con un gesto, volvió la espalda.

—Pero, mayor Rodríguez… —alcanzó a objetar Núñez. No obstante, el explorador siguió alejándose y, sin volver la cabeza, le contestó:

—Ahora no voy en servicio de Chile, sino en servicio de mí mismo. Hasta la vuelta, Profesor…, si es que podemos volver.

El jefe del servicio secreto no pudo seguir preocupándose del mayor Rodríguez. La importancia del informe recibido lo obligó a presentarse inmediatamente en el despacho de Lynch. Pero cuando se disponía a entrar en él, Mariano Guerrero le interceptó el paso. El contralmirante acababa de entrar en conferencia con los miembros de la misión norteamericana Trescot y Blaine que habían llegado a Lima hacía un par de horas.

Pese a entender que las materias que los delegados norteamericanos tenían que tratar con el jefe chileno eran de trascendental importancia para la situación pendiente entre los países en guerra, el señor Núñez insistió:

—Si acaban de entrar, todavía no han avanzado en sus conversaciones. Hágame usted el favor de entregarle este documento al señor Lynch. Exprésele que es urgente y que tiene que ver con el asunto inicial que va a discutir con los norteamericanos.

El secretario se decidió y entró al despacho, y entregó el mensaje al contralmirante, repitiéndole en voz baja la advertencia de El Profesor.

Lynch requirió la autorización de sus visitantes y leyó el papel escrito por Leonora. Al terminarlo, dijo a Mariano Guerrero:

—Déjeme este documento y exprese a la persona que lo ha traído que le agradezco su diligencia.

Enseguida, se volvió hacia los señores Trescot y Blaine:

—Señores, este mensaje que me acaban de entregar me afirma en el propósito que les estaba expresando. Antes de iniciar conferencia alguna con ustedes, debo advertirles que estoy en vísperas de iniciar una nueva campaña, destinada a barrer con todos los focos de resistencia armada que existen en la sierra peruana.

—Reconocemos que está en su derecho, señor comandante —le respondió Trescot, que era un hombre bajo y ancho, decidido y varonil.

—Pues bien, quiero también que ustedes sepan, para que no lo interpreten como un acto despótico —prosiguió Lynch—, que ordenaré se aprese y destierre a todos los personajes limeños que constituyen el llamado Comité Patriótico de la Resistencia, organización que sabemos es la encargada de enviar hombres y armas a la sierra, para incrementar el ejército de Cáceres. Usted, señor Trescot, que ha sido militar, comprenderá fácilmente mi punto de vista. Saliendo con mi ejército a campear por la sierra, no puedo dejar mi retaguardia amenazada por una organización secreta de conspiradores, dotada de abundante armamento. Por eso hoy mismo ordenaré que sean aprisionados y embarcados hacia Chile.

Manuel Rodríguez estaba junto al portón de las caballerizas del «7.º de Línea» que sea abría hacia una calle lateral del cuartel. A su lado se encontraba el teniente Alberto del Solar, de guardia de caballadas aquella mañana. Apegadas al borde de la acera, se veían detenidas dos mulas aparejadas como para un largo viaje.

Los dos oficiales se estrecharon las manos.

—Hasta la vuelta, mi mayor, y que tenga suerte —le deseó el teniente al explorador.

Pero en ese instante una voz lo hizo volver a ambos la cabeza:

—¡A su orden, mi capi!

Era el ordenanza Gaspar Acosta que salía tambaleándose del cuartel para ir a cuadrarse junto a su jefe. Traía unas cruces de esparadrapos pegadas sobre la frente y el mentón. Y aunque la fatiga se reflejaba en sus movimientos, los ojos le bollaban con la resolución de siempre.

—¿Tú aquí. Gaspar? —exclamó Rodríguez, perplejo—. ¿Por qué diablos te escapaste de la enfermería?

—Más pronto me mejoro zarandeándome al lado suyo, mi capi, que tendido como niña bonita en la enfermería —respondió Acosta —. Por favorcito, mi jefe, no me vuelva a dejar solo.

El explorador sonrió con expresión jovial y pasó amistosamente su diestra sobre un hombro del soldado.

—Está bien, compañero. ¿Puedes montar solo en tu mula?

El ordenanza esbozó una mueca humilde. Hizo un esfuerzo para trepar sobre la bestia, pero le fallaron las fuerzas y pidió ayuda a su jefe.

Los dos jinetes se alejaron lentamente. En el portón del «7.º de Línea», el teniente Del Solar se quedó contemplándolos con expresión risueña.

3

Las entrevistas acordadas entre la Misión Trescot-Blaine y el contralmirante Lynch tuvieron una inexplicable postergación después de la primera reunión que celebraron para el cambio protocolar de saludos. Aunque al principio el jefe chileno se sorprendió, muy pronto vislumbró cuál podía ser la razón. Ésta le fue revelada por un telegrama que le envió el Gobierno desde Santiago:

> *Nuestro plenipotenciario en Washington nos informa que ha cesado en sus funciones de secretario Walter Blaine, siendo reemplazado por Federico T. Frelinghuysen, personaje afecto a nuestra causa.*

Lynch comprendió que seguramente la Misión Trescot-Blaine había recibido nuevas instrucciones, emanadas del flamante secretario de Estado Frelinghuysen.

Las primitivas instrucciones recibidas por Trescot al abandonar subrepticiamente los Estados Unidos se resumían en los siguientes puntos:

Cortar las relaciones diplomáticas si Chile no reponía en la presidencia del Perú a García Calderón.

Impedir que Chile firmara la paz con un presidente que aceptara previamente las condiciones impuestas por el vencedor.

Oponerse a la anexión de Tarapacá y sostener los derechos de Landreau y su reclamación de trescientos millones de dólares, exigiendo que el pago de tal suma tuviera preferencia a la indemnización de guerra pedida por Chile.

Pero cuando Trescot, secundado por el señor Blaine, hijo, que ocultamente representaba a la *Peruvian Company*, se aprestaba a dar la batalla contra los diplomáticos chilenos le llegó, como un mazazo, la noticia de la caída del secretario Blaine. Las instrucciones que el nuevo secretario de Estado les envió eran absolutamente contrarias a las que poseían y fueron precedidas por un telegrama de
Frelinghuysen-Trescot.

> *Es el deseo del presidente* —rezaba el documento— *que sus amistosos oficios se extiendan imparcialmente a ambas naciones: que la influencia que ejerza debe ser pacífica y que debe esquivar toda resolución que pueda producir ofensa; que las cuestiones surgidas de la supresión del Gobierno de García Calderón sean tratadas en Washington y que es preferible que no se detengan en Buenos Aires a su regreso al país.*

Esta última parte del telegrama se refería a una orden cursada por el anterior secretario de Estado en la que exigía a Trescot pasar por Argentina y Brasil para concitar a esas naciones a reprobar la actitud de Chile y a unirse a la voz de Estados Unidos.

Las nuevas instrucciones sumieron a Trescot en arduas cavilaciones; se sentía desorientado y tuvo que meditar mucho antes de poder borrar de su mente las argumentaciones que ya tenía forjadas por sustentar las órdenes primitivas, al mismo tiempo que se preparaba para cumplir las nuevas. Sólo entonces decidió presentarse por segunda vez ante el contralmirante Lynch.

Éste había adivinado el estado de ánimo de los enviados especiales. Y viendo el horizonte despejado de nubes, los recibió resuelto a abordar el asunto que traían en carpeta con cordial franqueza.

Trescot parecía dispuesto a emplear una sinceridad similar y empezó:

—Señor contralmirante, en verdad la parte esencial de nuestra misión debe desarrollarse en Santiago ante el presidente y el ministro de Relaciones Exteriores de Chile; pero hemos considerado importante celebrar algunas conferencias con usted, a nuestro breve

paso por Lima, para formarnos una impresión más cabal de los hechos en el sitio mismo en que están ocurriendo.

Lynch lo interrumpió con un gesto cortés, aprovechando una pausa del jefe de la misión especial.

—Ha dicho usted «a nuestro breve paso por Lima» —repitió—. ¿Piensan sus señorías continuar viaje pronto?

—Sí, señor contralmirante. Deseamos estar en Santiago en los primeros días de enero, para iniciar cuanto antes nuestras conversaciones con el presidente Santa María y el canciller José Manuel Balmaceda.

El «Príncipe Rojo» esbozó una leve sonrisa de comprensión e iba a decir algo, cuando intervino el joven Blaine:

—Nuestro principal interés al acudir a usted —dijo— es debatir dos asuntos que han provocado cierto malestar en nuestra cancillería. Ellos son: la prisión del señor presidente provisional García Calderón y la anexión del territorio de Tarapacá como condición *sine qua non* de todo tratado de paz.

—Permítame que le explique, señor contralmirante —intervino entonces Trescot—. Nuestro Gobierno ve el asunto de la siguiente manera: ustedes permitieron y apoyaron el establecimiento de la presidencia provisional del señor García Calderón. Ante este hecho, el Gobierno de los Estados Unidos lo reconoció oficialmente, pero, a continuación, ustedes privaron del poder al señor García Calderón y lo aprisionaron. Comprenda que el cuerpo gubernamental de nuestro país observó este hecho con estupefacción, primero, y en la actualidad teme verse obligado a pensar que ésta ha sido una ofensa intencional de parte del Gobierno de Chile.

El contralmirante, que lo había escuchado con serena atención, frunció levemente el ceño.

—Comprendo perfectamente la preocupación de ustedes, señor Trescot —se apresuró a declarar, y agregó—: y siendo el promotor de las medidas tomadas contra García Calderón, estoy autorizado para esclarecerles este asunto. El señor García Calderón solicitó del Comando de Ocupación chileno que se le permitiera asumir la presidencia prometiendo llegar al poder con el exclusivo propósito de gestionar una paz rápida y en todo de acuerdo a las exigencias de Chile. Pero no cumplió su ofrecimiento y, por el contrario, posteriormente se convirtió en un peligro para la administración

chilena en el Perú. Más tarde, habiéndose decretado que no podrían existir en el territorio ocupado por nuestro ejército autoridades que no fuesen emanadas de éste comando, él se empecinó en seguir ejerciendo actos de gobierno, tendientes, además, a desprestigiar a la administración chilena. Estas dos razones fueron las que acarrearon su arresto y su destierro, lo que consideramos también como medidas de carácter exclusivamente militar. En ningún momento se ha tenido la intención de infligir una ofensa a los Estados Unidos, por los cuales sentimos el mismo respeto y amistad de siempre.

Trescot expresó con un gesto que la aclaración lo satisfacía y manifestó que la pondría en conocimiento de su Gobierno, a fin de disipar toda duda al respecto. Luego, pasó a otro de los temas fundamentales que le interesaba profundizar.

—Sería para nosotros de gran valor conocer cuáles son las razones que tiene Chile para exigir como condición *sine qua non* en todo tratado de paz la anexión del territorio de Tarapacá y la retención temporal de Tacna y Arica —expresó.

Lynch no tuvo vacilaciones, pues aguardaba la pregunta.

—Caballeros —le contestó—, las razones son claras y concluyentes. Chile se ha visto forzado a sostener esta guerra y ello le ha significado grandes sacrificios. Chile está en su derecho al exigir una indemnización proporcionada a esos sacrificios. Perú no puede pagarla, carece de dinero y de crédito. Es ingenuo que el señor García Calderón alegue que posee un tesoro de donde sacar la suma necesaria para cubrir la indemnización. Son las arcas de la *Peruvian Company* que le ha ofrecido fondos a cambio del control absoluto de la explotación en monopolio de todas las covaderas y salitreras del sur del Perú y de Tarapacá. Eso significa entregar a un grupo de especuladores el salitre y el guano. Pero gran parte de los propietarios de las salitreras tarapaqueñas son chilenos y el 80 % de los trabajadores que extraen el nitrato está compuesto igualmente de chilenos. ¿Podemos aceptar que el Perú entregue en las garras de esos financistas extranjeros los yacimientos? ¡No, señores! Equivaldría a condenar a la ruina a miles de nuestros compatriotas. Por otra parte, si no exigiéramos como condición ineludible la anexión de Tarapacá, ¿en qué postura dejaríamos a los chilenos radicados en ese territorio?… Reparen ustedes en que abandonar

esa zona significa colocar a poblaciones chilenas bajo autoridades peruanas, es decir, el vencedor bajo el poder del vencido. Piensen ustedes en este aspecto del problema y comprenderán que Chile puede hacer sacrificios de dinero, llegado el caso, pero jamás sacrificaría a sus propios nacionales.

Trescot volvió a asentir. Ya, en su fuero íntimo, se había dicho a sí mismo que Perú no podía abrigar la esperanza de que Tarapacá le fuera devuelta: no estaba en condiciones de dar garantías eficaces a las poblaciones chilenas que trabajaban en esa región.

Aquella entrevista entre los miembros de la misión especial y el jefe chileno fue fructífera.

De ella se desprendió que los Estados Unidos no pretendían imponerse como mediador. Aclarada esta duda, Lynch se dispuso a reiniciar su campaña guerrera. Y el mismo día en que partía la Misión
Trescot-Blaine
hacia Chile, ordenó que fueran arrestados todos los personajes limeños que aparecían vinculados con el Comité Patriótico de la Resistencia. El cumplimiento de esta medida provocó una profunda conmoción en la ciudad.

En medio de la caótica situación, una elegante berlina consiguió escabullirse fuera de la capital y, al galope acelerado de sus caballos, llegó hasta la destruida villa de Miraflores. Con estruendo de ejes se detuvo violentamente frente a la casa solariega de don Elías Mujica.

Una elegante mujer cruzó hasta el macizo portón de entrada y comenzó a golpear con nerviosidad.

Por fin, se oyó el ruido metálico de un cerrojo, se descorrió una mirilla situada en uno de los batientes y se entrevió el rostro chato y ancho de un chino.

La dama se abalanzó hacia la pequeña ventanilla y gritó al oriental:

—Franquéame la entrada y ve a decir al señor Mujica que doña Rosa Elías de Montero precisa hablarle urgentemente.

La mirilla volvió a cerrarse y, segundos después, con ruido de pasadores y cadenas, se abrió uno de los batientes del portón.

—¡Adelántate a prevenir a tu amo! —le espetó la señora al chino. Luego, cerrando el portón tras ella, echó a andar por el

sendero del descuidado jardín.

A las voces del criado, el dueño de casa le salía al encuentro, malhumorado.

Al escucharle anunciar la presencia en la casa de la señora Elías, su rostro se tornó pétreo.

—¡Doña Rosa Elías aquí! —exclamó sordamente.

—Sí, don Elías —dijo atolondradamente la aludida avanzando hacia él—. Tenga la bondad de escucharme. Es asunto de extrema urgencia.

El dueño de casa ni siquiera la saludó, limitándose a interrogarla con ansiedad:

—¿De dónde viene usted?

—De Lima.

—¿En coche?

—Sí, ¿por qué?…

El señor Mujica no le contestó.

—¡Galup, sube a la torre y observa si alguien ha seguido al coche de la señora! —ordenó.

Después se volvió hacia la joven señora y le habló tratando de refrenar su mal humor, para poder evitar que su tono sonara reprensivo y duro.

—Ha hecho usted mal en venir, doña Rosa. Estaba perfectamente establecido que ninguno de los miembros del Comité se acercaría jamás a esta casa por motivo alguno. Gracias a eso he podido mantenerme libre de sospechas y cumplir mi peligroso cometido. Bien sabe usted que los chilenos han descubierto a todos los demás.

La señora Elías se retorció las manos y sus pupilas suplicantes se clavaron en su interlocutor.

—Por eso mismo me he visto obligada a venir, don Elías —exclamó con angustia—. Los enemigos han comenzado a apresar a los miembros del directorio. Esta mañana arrestaron al doctor Colunga. Minutos más tarde, apresaron a mi padre en la calle. No alcanzamos a prevenirlo. Yo apenas tuve tiempo de escapar hacia la cochera y salir por el fondo de nuestra quinta, cuando los soldados entraban a la casa en busca mía. Arranqué a locas y lo único que se me ocurrió fue ir a pedirle refugio o consejo a don Manuel Mariano Rodríguez. Pero cuando llegábamos a la esquina de su calle, vimos

cómo soldados enemigos sacaban al señor Rodríguez de su casa.

—¡Lo apresaron también! —Mujica golpeó un puño sobre su otra mano extendida y dedujo roncamente—: Eso significa que, a estas horas, ya deben haber cogido a los señores Ramos, Elguera…

—¡A todos! —afirmó doña Rosa—. Pasé frente a sus casas y, a través de las cortinillas del coche, pude observar que ante todas ellas había agrupamientos de soldados enemigos.

El dueño de la mansión comenzó a pasearse por el vestíbulo penumbroso pensando afanosamente. Trataba de adivinar qué destino estaría reservado a los que habían caído prisioneros e imaginaba que no podía ser otro que el destierro, seguramente a Chile.

—¡Piense usted en mí, señor Mujica, y socórrame! —le interrumpió, poniéndose frente a él—. Repare en que mi esposo ha asumido el Gobierno del Perú, como primer vicepresidente, en reemplazo del señor García Calderón. El jefe enemigo tendrá especial interés en tomarme como rehén, para anular las actividades de Lizardo.

Mujica no respondió al momento. Por un rato se quedó contemplándola; cuando habló, la expresión de su rostro era fría y deshumanizada:

—Lamento decirle, señora, que no puedo hacer nada por usted. Mi casa está atestada con armas recolectadas en las últimas semanas y que mi criado, Galup, no ha podido llevar a la sierra todavía. Ampararla es exponernos a que nos apresen a los dos, a que me fusilen a mí por tener esas armas escondidas y, lo que es mucho más grave, a perder esos fusiles y municiones que tanto necesita el ejército de Cáceres.

La señora retrocedió un paso, espantada.

—¡Dios santo! ¿Y qué puedo hacer entonces?

—Marcharse de aquí cuanto antes —le indicó su interlocutor—. Debe desaparecer al instante, para no atraer sospechas sobre esta casa y evitar que la registren.

Doña Rosa Elías se debatió desesperada; no tenía a dónde ir a ocultarse.

El dueño de la casona reinició sus nerviosos paseos. Por último, se detuvo, como si hubiera tenido una súbita inspiración.

—Existe un sitio en donde jamás se les ocurriría a los chilenos

buscarla —le dijo aproximándosele; pero hizo una pausa antes de revelárselo—. Trasládese a Chorrillos y pida amparo a… Teresa Vélez y Astorquiza.

Pese a su desesperación, la señora se encogió, como si le hubiesen cruzado el rostro y sus rasgos se endurecieron.

—¿Solicitar socorro a esa perdida? —exclamó escandalizada—. ¿Pedir ayuda a esa mujer que nos ha enlodado a todas las limeñas con sus despreciables relaciones con el jefe enemigo?…

El dueño de casa abrió los brazos en un gesto de impotencia y siguió argumentando, sin convicción, pero apremiado por el tiempo. La señorita Vélez era en esos momentos una prisionera, castigada por su amante; Lynch la había mandado encerrarse en la vieja casa de Chorrillos y la mantenía con centinelas permanentes.

—Así me lo ha confiado ella misma en una carta que me hizo llegar con una de las cholas de su servicio —prosiguió—. Me advertía también que había conseguido sobornar a uno de sus celadores, para poder comunicarse con su hermana y conmigo.

El problema de aquella mujer hizo que doña Rosa olvidara por unos instantes el suyo propio. No concebía que el jefe chileno hiciera encerrar a su propia amante.

—En la carta de Teresa me revelaba que una espía chilena la denunció al contralmirante Lynch.

—Es la verdad —reconoció doña Rosa.

—¿Pero cómo pudo enterarse nadie de eso, menos un espía enemigo?

—¡Una espía enemiga, señora! —le recalcó Mujica—. Se trata de una mujer; de una mujer que ha logrado introducirse entre ustedes —le insistió, refiriéndose a las damas limeñas que formaban parte del comité secreto—. Podemos tener la certeza de que fue esa misma quien descubrió los nombres de los miembros del directorio.

La señora Elías volvió a debatirse, más angustiada aún. Aquélla espía la buscaría implacablemente. No obstante, se le hacía muy difícil resignarse a la solución que le proponía Mujica, quien volvía a insistir.

—Resignarme a vivir junto a esa mujer…, ¡es fuerte, señor Mujica! Compréndalo.

—Más fuerte es el destino que le está reservado a cualquier mujer hermosa en una cárcel guardada por soldados enemigos —le

observó el caballero con expresión significativa.

Sólo entonces la señora pareció medir las proyecciones de la alternativa y agachó la cabeza, sometiéndose a la solución que le sugería su interlocutor; factor que éste aprovechó para deshacerse de ella a toda prisa.

—¡Qué mujer irreflexiva! —masculló Mujica.

El ruido del carruaje alejándose al galope lo alivió un tanto: pero no alcanzó a sentirse tranquilo, pues desde lo alto de la torre, le llegó la voz alarmada del criado chino:

—¡Señor, viene una patrulla de soldados chilenos por el camino de Lima!

—¡Maldición! Esa mujer del demonio atrajo sobre mí a los enemigos —barbotó apretando los dientes, y levantando la cabeza inquirió a gritos—: ¿Se alejó el coche, Galup? —Comprendía que si apresaban a doña Rosa Elías iba a confesarlo todo.

—Alcanzó a meterse en la alameda sin ser visto por los soldados —le respondió el criado desde su observatorio.

—¿Y los soldados vienen hacia acá?

—Derechito, mi señor.

—¡Baja entonces! Vamos a escondernos en la bodega donde están los cajones con armas.

Segundos después, amo y criado cerraban la puerta de vidriera de la casa. Y mientras el caballero descendía al subterráneo, Galup iba a instruir a un viejo jardinero para que recibiera a los soldados y les dijera que estaba solo en la casona, habiéndose marchado el amo a su hacienda.

No terminaba el chino de cerrar sobre su cabeza la trampa que cerraba la escalerilla del subterráneo, cuando se oyó el ruido de la patrulla chilena al detenerse frente al portón de la casona.

Aquella noche se presentó el intendente de Lima, coronel Samuel Valdivieso, en la oficina del contralmirante Lynch.

—Cumplida su orden, señor contralmirante.

Lynch fijó en él sus ojos acerados y le inquirió concisamente:

—¿Fueron apresados todos los directores del Comité Patriótico de la Resistencia?

—Todos los que figuraban en la lista que usted nos entregó, señor, menos una mujer: doña Rosa Elías, la esposa del contralmirante Montero, quien no fue habida en su casa ni en parte alguna.

El «Príncipe Rojo» hizo un ligero gesto de contrariedad.

—¿Y el hombre que saca las armas de Lima? —le inquirió.

El coronel Valdivieso sonrió divertido.

—Don Elías Mujica fue arrestado en su casa de Miraflores. Los soldados encargados de buscarlo lo hallaron en un subterráneo, en compañía de un chino de nombre Galup. Pero lo importante del caso es que el subterráneo que les servía de refugio estaba repleto de cajones con fusiles, bayonetas y municiones.

El contralmirante se sobó las manos satisfecho; habían caído los conspiradores y el cuerpo del delito. Quedaba comprobada la exactitud de las informaciones de la agente Leonora Latorre.

—¿Qué dispone usted que hagamos con los prisioneros? —le preguntaba en ese momento el intendente.

—Dormirán esta noche en los calabozos de la intendencia —le respondió Lynch sin vacilar—. Mañana serán trasladados al Callao y embarcados, bajo guardia, hacia Chile. En cuanto a don Elías Mujica, será sometido a consejo de guerra por contravenir las disposiciones de la ley marcial y entregar armas a los enemigos.

—Es uno de los personajes más connotados del Perú —se arriesgó a recordarle el coronel.

—Más ejemplarizador será el escarmiento —afirmó el jefe chileno con acento inflexible—. Así aprenderán los limeños a medir sus acciones y a no proporcionar más armas a los montoneros de la sierra.

Cuando su coche se alejaba por la alameda de Miraflores, en dirección a Chorrillos, la esposa del contralmirante Montero adivinó la suerte que iba a correr Elías Mujica. A través de una de las ventanillas había alcanzado a divisar vagamente los uniformes enemigos.

Temió en el primer momento que la patrulla destacara algunos jinetes con el fin de dar alcance a su carruaje, pero después

comprendió, por la falta de prisa que se daban los jinetes, que iban en cumplimiento de una misión específica: apresar a Mujica. A los pocos minutos los perdió de vista y su elegante vehículo rodó libremente por el camino al sur. Cuando el coche entró al destruido balneario de Chorrillos tuvo calma para examinar su situación con cierta serenidad. Su marido, el contralmirante Montero, había recibido su nombramiento de primer vicepresidente provisional de la república a sugerencia del ministro plenipotenciario Stephen Hurlbut, para impedir que feneciera el Gobierno con el que estaba en tratos.

Era lógico pensar que no se negaría a ayudarla. Así, pues, la joven señora decidió escribir a Hurlbut solicitándole protección y asilo. Con la esperanza de ser socorrida por el ministro de los Estados Unidos, le fue más fácil aceptar la idea de vivir algunos días bajo el alero de Teresa Vélez y Astorquiza.

Después de estos cálculos ordenó al cochero que detuviera el carruaje en una calle próxima a la antigua casa de los Vélez.

Detenido el coche en una calle lateral y solitaria, ordenó al conductor que se dirigiera a pie hasta la casa de los Vélez y pidiera hablar con la señorita Teresa.

—No te asustes si ves soldados chilenos en la puerta —le previno—. Limítate a decir que quieres ver a la señorita Teresa. Y cuando estés ante ella, explícale que estoy en Chorrillos y que le ruego me haga entrar en su casa, sin que me vean los guardias, pues tengo que comunicarle algo extremadamente importante. Si te retienen los guardias, guardarás silencio sobre mi presencia en este pueblo, ¿me entiendes? Por ningún motivo dirás a quién sirves.

Media hora más tarde, el cholo estaba de vuelta. Había hablado con Teresa Vélez, quien manifestó una gran impresión al saber la proximidad de la señora Elías, mostrándose absolutamente dispuesta a facilitarle la entrada en la casa. Para ello, se encargaría de alejar a los guardias por algunos minutos, dejando libre la entrada hasta el primer patio.

Presa de una insoportable nerviosidad. Rosa Elías se decidió a someterse al plan señalado por la enclaustrada. Pero cuando el coche se detuvo en el interior de la casa, apenas tuvo ánimos para descorrer la cortina de una de las ventanillas. Reparó entonces que estaba entreabierta la puerta de una sala en penumbras. Descendió

presurosa y se introdujo en ella. En el fondo de la estancia, de espaldas a la única ventana por la que entraba algo de luz, se divisaba una forma femenina. Cuando su visión se hizo clara, se detuvo impresionada.

La que estaba esperándola era Teresa Vélez y Astorquiza, pero totalmente cambiada; su cuerpo, antes esbelto y elástico, se veía deformado por una avanzada gravidez.

De golpe, se le hizo presente la tragedia de aquella mujer. Todo su resentimiento se esfumó, como por encanto, y avanzó hacia ella con las manos extendidas.

—Teresa, por Dios, ¿cómo ha sido posible? —exclamó inconteniblemente, a tiempo de abrazarla.

—No hablemos de mí, señora —musitó la afectada, estrechándola—. Me espanta reflexionar.

La señora Elías la abarcó con una mirada y bajó la cabeza, contagiada por su amargura y su vergüenza. Después se rehízo.

—¿Qué piensa hacer, querida? —le consultó en un murmullo cariñoso.

—No sé. Por el momento, estoy sometida a mi destino. Después… Es de usted de quien debemos preocuparnos, doña Rosita —dijo, por fin—. ¿Qué es lo que le ha ocurrido?

La señora Elías se estremeció y pareció que le costaba volver a la realidad de su situación.

—Han apresado a todos los miembros del Comité —declaró—. Gracias a una casualidad logré huir, pero necesito refugiarme en un lugar seguro durante algunos días.

Teresa le sonrió con afecto, casi como agradeciéndole su venida.

—Pues ya está usted en lugar seguro, mi amiga —le dijo, pero se arrepintió de haberle dado ese tratamiento—. ¿Puedo llamarla así?…

Doña Rosa le devolvió la sonrisa.

—Se lo ruego —musitó—. Las dos estamos sumidas en el infortunio por la misma causa; ambas somos perseguidas por haber servido a nuestra patria… en distinta forma, desde luego.

La enclaustrada se mordió los labios y hurtó el rostro con vergüenza.

Salieron al patio, donde aún estaba el coche de los Elías, y caminaron rápidamente por un corredor enladrillado que conducía

al interior de la casa.

—Podrá usted instalarse en uno de los dormitorios del segundo patio —indicó Teresa a su visitante y agregó para tranquilizarla—: allí no entran más que mis dos criadas mulatas.

—En verdad, está triste esta casa —musitó doña Rosa.

—Imagínese usted cómo la sentiré yo, que estoy condenada al encierro en ella, sola, sin ver a nadie más que a las dos cholas que me sirven —murmuró con amargo rencor Teresa.

Doña Rosa intentó apaciguarla con un gesto de fraternal compasión.

—Por favor, Teresa, no se torture. Ya terminará todo esto; concluirá la guerra… alcanzó a decirle, pero la joven no la dejó continuar.

—Un hijo no termina, Rosita. Y éste ha de nacer sin padre y proscrito por él. —Luego, alzó la voz con apasionada rebeldía—: Sin embargo, yo quise tenerlo; lo anhelé con toda mi alma. Y pude haber sido feliz, aun en la situación irregular en que me hallaba. Me bastaba con el amor del hombre que me lo hizo concebir…

La señora Elías agitó la cabeza, como si la desazonara aquella confidencia. No obstante, Teresa siguió hablando con su voz violenta:

—Pero se interpuso una mujer, una mujer fría y despiadada —dijo rabiosamente—. Me denunció sin misericordia, sin medir el daño que me haría, indiferente al calvario en que iba a convertir mi maternidad. ¡Oh Dios Santo! Jamás olvidaré el rostro de aquélla espía. Ella es la culpable de mi desdicha y el cielo ha de darme vida y fuerzas para buscarla y hacerla pagar mis sufrimientos.

La señora Elías la tomó de un brazo y la remeció suavemente, impresionada por el rencor que vibraba en sus frases.

—¡Cálmese, Teresa, por Dios! Recuerde que está próxima a dar a luz y debe evitarse las emociones violentas.

La joven relajó sus músculos y se detuvo frente a una puerta cerrada.

—Tiene razón. Perdóneme —dijo suspirando penosamente. Luego, abrió la puerta—. Éste es su cuarto, Rosita. En el escritorio debe haber papel y recado de escribir. Voy a mandarle una criada para que la ayude a instalarse —murmuró.

4

En el pabellón de los oficiales del «7.º de Línea», en el segundo piso de la antigua Escuela de Artes y Oficios, hubo una gran conmoción al anunciarse la llegada del correo.

Era el anochecer del 31 de diciembre y la proximidad de la llegada del Año Nuevo creaba un clima de emoción. Saltando por sobre las camas, atropellándose como chiquillos, fueron a rodear al suboficial que traía las cartas. Éste se regodeó unos instantes, dichoso por el importante papel que desempeñaba, pero la impaciencia de los séptimos era tanta que se vio obligado a vocear a toda prisa los nombres estampados en los sobres.

—¡Teniente Alberto Retamales!… ¡Teniente José Manuel Orrego!… ¡Teniente Martiniano Santa María!… ¡Subteniente Salomón Alarcón!…

Alberto del Solar le arrancó de las manos una carta que le llegaba con los sellos de Chile. Refugiándose en uno de los rincones de su cama, se puso a leer con avidez.

«Mi querido camarada Alberto —comenzaba la carta—. Debo pedirte perdón por no haberte escrito antes…».

Tuvo que interrumpirse porque en la cama vecina el teniente Otero se había puesto a dar saltos, con los brazos en alto, agitando en la diestra un billete de banco.

—¡Plata!… ¡Platita!… —gritaba alborozado—. ¡Ah, qué considerados son mis viejos! ¡Tengo plata para celebrar el Año Nuevo, niños!

Un poco más allá, Martiniano Santa María se reía suavemente contagiado por la alegría de su compañero.

—¡Cállate, loco! —trataba de apaciguarlo—. A mí también me han mandado algunos pesos y no alboroto tanto. ¿No te das cuenta

de que van a sentirse mal los que no han recibido nada?

El teniente Otero acalló sus gritos y se dispuso a leer la carta de sus padres. Manteniendo el billete de cincuenta pesos arrugado dentro de una mano, se inclinó hacia Santa María y le susurró por lo bajo:

—Juntaremos nuestra plata en un fondo común y nos iremos a festejar al Hotel Maury. —Viendo que su camarada le hacía un gesto de asentimiento, se volvió hacia Del Solar, que seguía enfrascado en la lectura—. ¿Qué te parece, Alberto? —Y como el teniente no le respondiera insistió alzando la voz—: ¡Eh, Del Solar! ¿No me oyes, chiquillo?…

Del Solar pareció volver a la realidad con una expresión tan preocupada, que su interlocutor lo miró con extrañeza.

—Parece que la carta que has recibido no es muy alegre —le comentó.

Del Solar no le respondió a él directamente, sino que giró un poco el rostro hacia Martiniano Santa María.

—¿Sabes quién me escribe, Martiniano? Un antiguo camarada del regimiento: Alberto Cobo.

Al oír aquel nombre, los oficiales que estaban a su lado hicieron un gesto de interés y Otero le indagó:

—¿Y cómo le va al teniente Cobo? ¿Qué te cuenta?

Del Solar hizo una mueca, como si le costara encontrar una respuesta.

—De él no me dice nada —explicó—. Es una carta muy breve y que seguramente le dolió escribir. Toda se refiere a su esposa —le confió Del Solar suspirando con pesadumbre.

—¡A Leonora Latorre! —susurró Santa María y no dijo más, como si aquél fuera un tema prohibido.

Pero el teniente Otero, que no estaba al tanto de los detalles de aquel asunto, se rascó la cabeza profundamente intrigado y quiso saber qué misterio era el que soslayaban.

Del Solar iba a explicarle, pero enseguida se arrepintió.

—¡Bah, hombre, no te metas en lo que no te importa! El caso es que él me escribe pidiéndome que averigüe… Bueno, parece que Leonora no le ha contestado sus últimas cartas, y él teme que no se halle en Lima. Me encarga entonces visitarla y averiguar qué es de su esposa. Eso es todo. Aunque no. También me ruega que le haga

llegar un saludo de Año Nuevo y un abrazo de su parte.

—¡Pobre teniente Cobo! —musitó Santa María compasivamente.

Del Solar cambió enseguida de tema.

—¿Decían ustedes que piensan celebrar el Año Nuevo en el Hotel Maury?… —y como sus dos camaradas afirmaron con sendas inclinaciones de cabeza, continuó—: Quisiera cumplir el encargo de Cobo talvez… —Se quedó meditando un momento y luego les propuso—: —¿Por qué no invitar a Leonora a que cene con nosotros?

Sus amigos aprobaron con expresiones regocijadas.

—Pues a ponernos buenos mozos entonces —propuso Del Solar, recuperada su habitual alegría—. Nos darán salida a las ocho. Tendremos tiempo para tomar un trago antes de ir a invitar a Leonora.

Seleccionaban sus trajes de parada, cuando en la puerta de la cuadra resonó la voz del mayor Saturnino Retamales: el segundo comandante del regimiento avanzó con el rostro ceñudo y, plantándose frente a los jóvenes, les espetó:

—Oficiales, vengo a transmitirles una orden; no quiero comentarios, preguntas ni rezongos después de oírla. ¿Comprendido?… Mi coronel Holley ha cancelado todas las licencias para esta noche.

Una exclamación sorda y creciente brotó entre los oficiales.

—¡Silencio! —vociferó el segundo comandante—. ¡Ésta es la orden y se cumplirá! No hay salida esta noche. El Año Nuevo lo esperarán en el cuartel, dentro de sus camas y ¡durmiendo! ¿Entendido?

La veintena de jóvenes cesó de hacer manifestaciones, pero se advertía su disconformidad. Sólo el capitán Aguirre se atrevió a preguntar al jefe, tratando de mantenerse sereno:

—Perdóneme, mi mayor, pero ¿por qué una orden tan desconsiderada?

—Se han alterado las disposiciones del Comando en Jefe —se limitó a responderle Retamales—. Mañana 1.º de enero de 1882, el «7.º de Línea» sale a campaña nuevamente.

El anuncio de la reiniciación de las acciones estalló como un petardo en medio de la cuadra. Los oficiales se miraron entre sí, algunos impresionados alegremente, otros apesadumbrados.

—Mañana principian las operaciones contra el ejército de Cáceres —seguía explicando el segundo comandante—. Partirán dos divisiones. La primera, bajo las órdenes directas del contralmirante Lynch, cargará por la izquierda de las posiciones del enemigo; la segunda, que partirá el 5 de enero, bajo las órdenes del coronel Francisco Gana, atacará de frente, por la quebrada de Huarochirí. ¡Hay que terminar esta guerra de una vez por todas, niños! Y eso es más importante que celebrar la llegada del Año Nuevo —concluyó —. Se tocará «silencio» a las nueve y yo mismo revistaré las cuadras para asegurarme de que todos duermen. Y la «diana» será tocada a las cuatro de la madrugada, a fin de emprender la marcha hacia la sierra a las cinco. Eso es todo, muchachos. —Dio media vuelta y se alejó, pero cuando iba a transponer el umbral, les lanzó, con acento levemente burlón, una frase que hizo contraerse las mandíbulas de los oficiales—: ¡Feliz Año Nuevo, señores!

Después se perdió por la galería.

Aquella misma noche, el mayor Rodríguez y su ordenanza asomaban a una cumbre que calculaban debía dominar al pueblo de Matucana, oculto por las tinieblas. En la cima detuvieron las mulas para que tomaran un breve respiro y se acomodaron ellos mismos sus correajes.

Gaspar Acosta contempló las vagas estrellas y expresó con acento soñador:

—A esta hora allá, en mi pueblo, el sacristán se estaba escupiendo las manos *pa* agarrar la cuerda de la campana y empezar a meter boche cuando fueran las doce.

—¡Otro Año Nuevo que pasamos a lomo de mula, soldado! —comentó resignadamente el mayor y en voz baja fue enumerando los años que llevaban en campaña—: 1879…, 1880…, 1881…

El ordenanza seguía divagando por su cuenta, con el rostro vuelto hacia el sur.

Rodríguez lo hizo callar. Acosta creyó adivinar qué estaba pensando su jefe y junto a quién hubiera deseado estar en aquella hora de emotiva solemnidad. Meneando la cabeza echó mano a la cantimplora que llevaba colgada del cinturón y se la extendió al

mayor.

El oficial bebió. Sin embargo, se detuvo de pronto atraído por un ruido vago que llegaba hasta ellos. Gaspar Acosta también había reparado en el lejano ruido:

—Juraría que estoy oyendo una música, mi capi.

El oficial asintió. Lo que se escuchaba eran los inconfundibles sones de las flautas y los tamboriles peruanos.

—Son las tropas del general Cáceres que están celebrando la llegada del Año Nuevo en Matucana —masculló sordamente el oficial.

El mayor Rodríguez dejó pasar un largo rato sin expresar sus pensamientos.

—Ahí, en Matucana, hay fiesta y jolgorio —dijo de pronto—. Seguramente ya están casi todos borrachos. ¿Que son enemigos nuestros? ¿Qué más da? Cuando menos su bochinche y su jarana van a impedir que nos ahoguen los recuerdos. ¿Qué te parece, Gaspar? ¿Vamos a pasar el Año Nuevo en la fiesta de los guerrilleros de Cáceres?

—¡Meh, y por qué no, *pus*, mi capi!

—Adelante entonces.

Los dos jinetes comenzaron a descender lentamente. A medida que se iban acercando a la explanada del fondo, la música de los soldados y montoneros serranos les llegaba más claramente a los oídos.

A ratos, era posible reconocer algunos jirones de «festejos», «tonderos» y «huaynos», cuya suma total convertía a la hondonada en una estrepitosa caja de resonancia. La soldadesca hacía mucho rato que había comenzado la celebración y los montoneros indios y los soldados regulares, por igual, estaban en plena borrachera.

El explorador y su compañero comprendieron que no había riesgo alguno de llamar la atención en aquel caótico desorden y se decidieron a entrar en él, sin tomar otra precaución que la de dejar sus mulas en las afueras. Desmontaron tranquilamente en el comienzo de la callejuela principal y avanzaron por entre el tolderío, cuidando de no pisar sobre los cuerpos de los ebrios tumbados en el suelo.

El oficial y su ordenanza fueron sorteando obstáculos hasta ubicarse en el centro del caserío. A unos cincuenta pasos de la

hospedería, donde suponían alojaban el general Cáceres y los oficiales de Estado Mayor, divisaron un muro solitario. Fueron a ubicarse a los pies de él. Al cabo de un corto rato, el oficial le hizo ver al ordenanza que todos los hombres que poseían cabalgadura las tenían sujetas permanentemente de un ronzal, cuyo extremo libre se amarraban en torno a la cintura.

—Siempre lo hacen así antes de empezar a emborracharse —le explicó a Acosta—. Como después de la fiesta dormirán igual que muertos, les conviene precaverse, para que no venga algún ladino y les robe el caballo o el burro.

El ordenanza rió en voz baja.

—Entonces nosotros debimos hacer lo mismo, porque me le ocurre que nos vamos a pescar una borracherita por nuestra cuenta.

—Te aseguro que ganas no me faltan, Gaspar —dijo Rodríguez —. Pero no creo que sería divertido despertar frente a un pelotón de fusilamiento.

—Claro que no tendría ninguna gracia —reconoció el soldado—. Pero ya que nos hemos *venío* a meter entre estos condenados, *pa* no pasarnos la noche de Año Nuevo al sereno, cuando menos hagamos un conato de fiesta propia. ¿No le parece, mi capi?

—Iba a proponértelo, camarada —aceptó el mayor con sonrisa tristona.

—No me diga así, mi jefe —le replicó el ordenanza, agradecido y contagiado por la pesadumbre que el oficial no conseguía disimular del todo—. Los dos somos de distintos palos. Usted es madera fina, yo apenas alcanzo a rama de árbol.

—Pues si nos meten al fuego esta noche, te aseguro que el resultado sería el mismo: ceniza nada más —bromeó el mayor.

—¡Bah! ¡Buena noche es ésta para ponerse a meditar! Dejémonos de pamplinas y echémonos un trago al cuerpo, a ver si nos ponemos cantadores y bailarines, como estos macacos.

Afirmando las nucas en el paredón, bebieron largamente, olvidados de cuanto los rodeaba. Cuando terminaban, Acosta reparó en que se les había acercado un hombre, que los contemplaba con mirada vidriosa.

—¡Meh! ¿Y a este ñato quién lo convidó al velorio? —fue lo único que atinó a decir el ordenanza.

El montonero, que no entendió su frase, se bamboleaba

torpemente moviendo ante ellos su brazo derecho estirado con una botella aferrada del gollete.

—¿Qué están tomando, hermanones? —fue lo que consiguieron entenderle en medio de sus desarticuladas farfullas—. ¡Tiren esa porquería! ¡Ésta sí que es buena «guachacay»! ¡Métanle unos sorbos, que esta noche es de alegría, pues! —Y, junto con obligar a Acosta a que le recibiera la botella, se puso a gritar, moviendo los brazos como aspas—: ¡Alegría!… ¡Alegría!… ¡*Güisqui tigüisqui*!…

Rodríguez advirtió al ordenanza por lo bajo:

—No le rechaces el trago, Acosta, que se te enoja y nos va a meter en un lío.

Éste tuvo que resignarse y, después de limpiar con la diestra la boca de la botella, se la llevó a los labios. El liquido apestoso y amargo le inundó la garganta provocándole arcadas. A sus gestos de asco, el indio se reía golpeándose los muslos.

—¡Por la Virgen, que habías sabido ser débil para el guachacay, hermanón! —se burlaba.

Una súbita inspiración asaltó al chileno: echando mano a un saquete de pólvora, buscó en el morral su jarra de aluminio y vació en su interior una buena cantidad de polvo.

Luego llenó la jarra de aguardiente y la revolvió con un dedo. La preparación de la «chupilca del diablo» le había demorado apenas unos segundos y el indio todavía seguía riendo cuando le alargó el vaso.

—Toma tú ahora de este guachacay mío, hermanón —le ofreció Acosta.

El montonero no se hizo de rogar y se vació de un golpe la pócima en la boca. El bufido que lanzó cuando el liquido le pasó por la garganta pareció el resoplido de una foca herida.

—Parece que se te pasó la mano en lo cargado. Acosta —murmuró el mayor—. ¡Prepárale otra dosis al tiro, para que caiga! La guerrera que lleva y su sombrero con la cinta cacerista nos pueden servir —añadió.

—Te gustó, ¿verdad, hermano? —preguntaba Acosta al indio, en tanto que volvía a echar pólvora y aguardiente en la jarra.

El montonero, tambaleándose más que al comienzo, respondía atragantado:

—Está buena…, está buena, hermanón.

—¡Tómate esta otra entonces! ¡Dale sin asco! ¡Toma, hermano, antes que pesque gusto a jarro!

El montonero se vació en la boca la segunda porción y ya no fue capaz de quedarse quieto. Tosiendo, escupiendo y resoplando dejó caer la jarra al suelo y se alejó a tropezones. Las rodillas se le doblaban, perdido el control de los músculos, y amenazaba con irse de bruces en cualquier momento.

—¡Déjalo que se aleje un poco! —dijo Rodríguez a su compañero —. Ése no irá mucho más allá.

El ordenanza seguía las evoluciones del indio, tenso, listo para saltar en cuanto el hombre se derrumbara.

Apenas se derrumbó, fue a quitarle las prendas, de las cuales él se colocó la guerrera, en tanto que el oficial se calaba el sucio sombrero alón adornado con la colgante cinta roja, distintivo de las fuerzas caceristas.

—¿Y *agora* qué hacemos? ¿Nos vamos altiro? —quiso saber el soldado, cuando volvieron a adosarse al muro.

—Ni pensarlo. Estamos bien aquí —le contestó Rodríguez—. Nos tomaremos otros traguitos, en calma, dormitaremos unas horas y, cuando empiece a amanecer, proseguiremos nuestro viaje.

Hasta poco antes del alba el campamento quedó sumido en un silencio casi total, roto sólo por algunas escasas voces aguardentosas. El resto de los montoneros y soldados yacían por los suelos, anulados por la desenfrenada borrachera.

Los dos exploradores chilenos se habían quedado adormilados al pie del paredón que les servía de apoyo; pero apenas comenzó a oírse un ruido extraño por el lado del poniente, el mayor Rodríguez abrió los ojos y prestó atención.

Un par de minutos después, el oficial vio pasar a un jinete en dirección a la hospedería en donde se albergaban el general Cáceres y su Estado Mayor. Ningún centinela dio el alto al recién llegado, quien, sin inconvenientes, fue a desmontar frente al edificio.

Rodríguez remeció entonces a su ordenanza.

—Han llegado informaciones desde Lima —le dijo—. Y deben ser graves, porque un hombre se ha arriesgado a venir desde allá de noche.

Luego ordenó al soldado que lo esperara en aquel sitio, mientras él trataba de enterarse de las novedades acercándose a la

hospedería.

El edificio era de tablas y los resquicios que existían en las paredes de la hospedería no sólo le permitieron al explorador oír lo que hablaban adentro, sino que también ver retazos de figuras que se movían frente a su observatorio. Entre ellas distinguió la del general Cáceres y casi enseguida la del mayor Ambrosio Navarro, a quien él no conocía, pero que supuso era el mensajero que llegaba de Lima, por lo polvoriento de su vestuario. Una tercera voz hablaba desde un lugar que quedaba fuera de su campo visual. En los momentos en que éste comenzó a entender las frases que se intercambiaban en el interior, el mensajero decía:

—Pueden ustedes confiar en que no hay un detalle inexacto, señores. El Comité se preocupó de confirmar todos los datos, valiéndose de distintos medios. Tengan ustedes la certeza de que el ejército chileno se pone en marcha hoy, poco después del amanecer.

—¿Ésa es la división que comanda Patricio Lynch? —oyó el mayor Rodríguez que decía el general Cáceres.

—Exactamente, señor general —le respondió el mensajero—. Y la división Lynch no subirá por esta quebrada, sino por la de Canta. Su propósito es ascender hasta Chicla, para cortar la retirada al ejército de usted. La otra división, mandada por el coronel Gana, vendrá de frente contra este campamento, pasando primero por Chosica.

La voz del tercer personaje que Rodríguez no alcanzaba a ver preguntó algo en forma demasiado queda para que pudiera escucharla; pero sí oyó la respuesta del mayor Navarro.

—Esa segunda división partirá en cinco días más, coronel Morales Bermúdez —dijo el mensajero—. Ha sido dispuesto así para dar tiempo a la división Lynch, que tiene que hacer un rodeo más largo para llegar a Chicla y cerrarnos la retaguardia.

El general Cáceres habló entonces moviendo la cabeza con preocupación. Consideraba que el plan chileno era estratégicamente perfecto. Situado Lynch en Chicla con la mitad de su ejército y avanzando el coronel Gana con la otra mitad tomarían a las fuerzas serranas entre dos fuegos, triturándolas en el encierro de la quebrada.

Sin embargo, el coronel Morales Bermúdez, jefe del Estado Mayor, confiaba en la ventaja que les daba el haberse enterado del

ataque enemigo antes de que éste se iniciara.

—Sobradamente alcanzaremos a replegarnos al interior de la sierra —argumentaba. Pero había olvidado un factor que el general Cáceres se apresuró a recordarle: el estado en que se hallaban las tropas serranas en aquel momento.

—Jamás me imaginé que los enemigos iban a practicar un avance en el primer día del año y permití a los soldados celebrar la festividad de hoy —agregó un tanto avergonzado—. Bien ha visto usted las consecuencias.

Después de una pausa embarazosa volvió a hablar el enlace del Comité de Lima.

—A los soldados será posible urgirlos mañana y hacerlos cruzar la cordillera a toda prisa —dijo—. Entretanto, retírese usted con su «Ayudantina», el Estado Mayor y las piezas de artillería.

—Será fácil hacerlo utilizando el tren —intervino el invisible coronel Morales Bermúdez—. En la estación está la locomotora con el inglés Wall durmiendo en ella. Trasládese a Chicla y desde ahí tome camino a Oroya a lomo de bestia. Si sabemos que usted ha conseguido transponer Chicla sin que se le cruce la división Lynch quedaremos más tranquilos —concluyó.

Pero el general no se resolvía a partir solo, abandonando a sus hombres. Advertía claramente que los dejaba en peligro de ser reventados entre las dos divisiones enemigas.

—Yo me encargaré de los soldados, general —lo interrumpió Morales Bermúdez—. Los sacaré de la quebrada, aunque tenga que espantarles la borrachera a punta de guaraca.

Cáceres aceptó la medida que se le sugería. Morales Bermúdez salió a prevenir al ingeniero Wall para que alistase la locomotora. Al mismo tiempo, expresó que ordenaría a quien pudiera hacerlo que tocara constantemente la alarma en el campamento, para despertar al mayor número de montoneros.

El mayor Rodríguez lo vio salir y pensó que ya había oído lo suficiente como para no seguir exponiéndose más en su observatorio. Pero cuando esbozaba un movimiento para retirarse, alcanzó a oír que el general Cáceres indagaba el número de soldados que traía el ejército chileno.

—Según las averiguaciones del Comité Patriótico de la Resistencia, vienen poco más de cuatro mil hombres; dos mil por

cada división —le explicó el mensajero.

En ese instante mismo una corneta comenzaba a hacer oír un son desafinado y estrepitoso. Rodríguez comprendió que eran las órdenes del coronel Morales Bermúdez que comenzaban a ponerse en práctica. Reptando sigilosamente por entre los montones de hombres tumbados, se encaminó hacia el lugar donde había dejado a su ordenanza. Acosta lo esperaba presa de la más honda ansiedad.

El oficial le dio a entender que era preciso que se escabulleran del campamento inmediatamente. El amanecer se pronunciaba ya y las formas adquirían contornos más precisos. Por fortuna, los únicos movimientos de hombres se habían producido en las proximidades de la estación, hacia donde se había dirigido el coronel Morales Bermúdez y, en cambio, en el sector donde los chilenos habían dejado sus mulas, todos dormían todavía.

Fácil les fue a los exploradores deslizarse hasta el lindero del campamento. Allí, detrás de un macizo de espinos, estaban sus bestias.

Montaron en ellas y se alejaron presurosos con el propósito de describir un amplio arco por sobre las montañas que contorneaban a Matucana. Cuando ya estuvieron lo suficientemente lejos como para hablar con libertad, el mayor Rodríguez fue contando a su compañero el plan de fuga del general Cáceres, terminando por preguntarle si había traído dinamita.

—Dos tiros ando trayendo, como siempre, mi capi —le contestó el soldado, sin comprender cuál era la intención de la pregunta.

—¡Magnífico! —aprobó el oficial—. Yo tengo uno más.

—¿Y qué vamos a hacer con la dinamita? No se le habrá *ocurrío* volar la casa donde están el general Cáceres y sus jefes.

—No, pero tendremos que impedir que logren escaparse. Vamos a volar la vía férrea en dos o tres puntos. Si conseguimos detener el convoy, el general Cáceres y sus lugartenientes no alcanzarán a llegar a Chicla antes que el contralmirante Lynch les corte el paso.

Era ya plena mañana cuando coronaron los cerros. Desde aquel momento pudieron acelerar la marcha de las bestias. Abajo divisaron movimiento de gentes en la estación, pero la locomotora no se movía de su sitio. Los dos exploradores espolearon a las mulas para bajar a la quebrada, en donde corría la vía férrea, por un repecho situado a unos diez kilómetros del pueblo de Matucana.

La división Lynch dejó Lima aquel mismo día, 1.º de enero, a las tres de la larde. Los batallones salieron de la ciudad por distintos sitios y sin ningún alarde marcial, para hacer creer a los limeños que se trataba de maniobras de rutina. Pero hasta los mismos jefes adivinaban que aquélla resultaba una precaución inútil, porque era cosa sabida que los espías peruanos se posesionaban rápidamente de lodos los secretos.

Reunidos los diferentes cuerpos a una legua de la capital, prosiguieron la marcha rumbo al río Chillón, denominado así por el ruido estrepitoso que hacen sus aguas al arrastrar piedras de la cordillera. Caminaron todo el día, hasta acampar en la quebrada de Caballero, lugar rico en buenos pastos para el forraje y en agua fresca para la tropa. Pero los soldados casi no pudieron dormir aquella noche, martirizados por toda clase de insectos y sabandijas. Antes del toque de diana, a las cuatro de la madrugada, los batallones estaban formados, decididos a salir cuanto antes de aquel infierno.

Para evitar las consecuencias de aquella mala noche, el contralmirante Lynch desvió la columna en dirección hacia el río, a fin de que sus hombres pudieran bañarse, y mientras éstos se aseaban en las aguas, se les previno que la jornada que se avecinaba sería ruda, pues tendrían que cruzar una extensión de cincuenta y cuatro kilómetros, muy peligrosa por los innumerables bichos venenosos que ocasionaban fiebres purulentas.

Al reiniciarse la marcha, los comandantes de compañía del «7.º de Línea», ilustrados por los cirujanos y practicantes, marchaban junto a los soldados, aconsejándolos.

—La cosa no es para tomarla en broma, muchachos —decía el teniente Orrego a los de la segunda compañía—. Ya habrán visto que muchos de los indios que hemos topado en esta región tienen la nariz menos, les faltan pedazos de orejas o se les han aportillado las mejillas. Ésas no son más que consecuencias de las picaduras de algunos de los simpáticos bichitos que existen por aquí.

Los soldados no tomaban muy en serio las prevenciones de sus jefes. Acostumbrados a la vida en un país en donde no existen alimañas ponzoñosas, no les era fácil concebir que representaran un

serio peligro y hacían bromas sobre las advertencias.

Hay que tener cuidado con las culebras —seguía recomendándoles el teniente Orrego, sin hacer caso de las carcajadas con que los séptimos celebraban sus propias chuscadas —. El que recibe una mordedura de ellas está frito. El único remedio es quemarle la carne con un fierro al rojo. Los indios usan una infusión de yerbas para evitar la gangrena, pero nosotros no sabemos cuáles son.

El teniente Del Solar, que regresaba de la cabeza de la columna y alcanzó a oír sus palabras, acotó por su parte:

—Los cirujanos estaban recomendando hace poco que se embadurnaran la cara, las manos y los pies con agua de tabaco mezclada con jugo de ajo y cebolla.

—Los bichos se van a arrancar de puro asco, mi teniente Del Solar —volvió a reír el soldado Castrina, contagiando a toda la compañía.

Del Solar insistió:

—Hedionda o no, creo que lo mejor que pueden hacer es usarla, muchachos. Dentro de una hora, más o menos, llegaremos al caserío de Zapán, que es donde empieza la zona venenosa. Se les dará un descanso de media hora para que preparen esa mezcla de tabaco, ajos y cebollas. Úsenla y no se arrepentirán.

Los soldados cesaron en sus risas y la columna siguió adentrándose en el inhospitalario territorio enemigo.

Así comenzó aquella frenética carrera entre la división Lynch y el general Cáceres con su «Ayudantina» y su Estado Mayor, cuya lejana meta era Chicla, la estación terminal de la vía férrea. En ese desesperado torneo de velocidad existían, sin embargo, dos personajes que llevaban la única delantera; ellos eran el mayor Rodríguez y su ordenanza Acosta.

Los dos exploradores, después de distanciarse un prudente número de kilómetros del campamento de Matucana, se acercaron a la quebrada por donde corría la vía férrea. Allí el oficial detuvo su mula y señalando la línea del ferrocarril que corría una cincuentena de metros más abajo, dijo a su asistente:

—Éste es el sitio más adecuado, Gaspar. —Mientras se acercaban al lugar había examinado el curso de la quebrada, dándose cuenta de que el tren tenía que describir una curva bastante pronunciada antes de pasar por aquella zona. El maquinista no tendría tiempo para frenar la locomotora al asomar repentinamente al sitio en que la vía fuera volada.

—Vamos a tener que movernos como si nos viniera correteando el diablo. El general Cáceres y su gente ya deben haber tomado el tren en Matucana —comentó Acosta.

—Volar los rieles no nos demandará más de cinco minutos —le afirmó Rodríguez—. Bastará con que pongamos un tiro de dinamita debajo de uno de los durmientes. ¿Te atreves a hacerlo?

—¡Clarito, mi capi! ¡Quédese usted aquí, loreando, por si viene el tren!

Rodríguez aguardó presa de una nerviosidad creciente a su ordenanza que trabajaba apresuradamente en el bajo. Vuelto en dirección a Matucana, aguzaba sus sentidos; a fin de advertir la aproximación repentina del tren. Transcurridos unos diez minutos, un grito prolongado lo hizo volverse hacia donde estaba Acosta. Éste le hacía señas frenéticas con los brazos, parapetándose tras una enorme piedra tumbada al borde de la vía. Casi enseguida, una formidable explosión retumbó en el fondo de la quebrada.

El ordenanza volvió a trepar hasta el borde de la quebrada. Desde aquel alto observatorio pudieron contemplar los efectos del dinamitazo. La doble enrieladura de la vía había volado en una extensión superior a diez metros, quedando expuestos al aire los durmientes desgajados como por un rayo y los rieles retorcidos en forma siniestra.

—No es agradable hacer estas cosas, Acosta —reflexionó el mayor, por su parte, con expresión de disgusto—; pero es la única forma de detener la retirada del enemigo.

—¿Y si se mata el general Cáceres al desbarrancarse el tren? —le comentó el soldado.

El oficial no respondió directamente a su pregunta, sino que se limitó a sentenciar:

—Quedando la sierra sin jefe…, se acabó la guerra.

En ese preciso instante se oyó a la distancia el ruido inconfundible del tren que se acercaba. Movidos por un mismo

impulso, los dos jinetes desmontaron y fueron a esconderse, con sus animales, tras un gigantesco risco al borde de la garganta.

El general Cáceres venía en la cabina de la locomotora haciendo compañía al ingeniero inglés Enrique Wall. Cerca de ellos sólo estaba el mayor Florentino Portugal, comandante de la «Ayudantina» y primer ayudante del caudillo. Los jefes del Estado Mayor, los oficiales de la escolta y los sirvientes de la artillería se habían acomodado, como les fue posible, en el ténder y en un vagón carbonero que la locomotora arrastraba.

Cáceres seguía preocupado por el destino del ejército que dejaba abandonado a su suerte en Matucana y, una y otra vez, consultaba al maquinista si le sería posible dejarlos en Chicla y regresar al campamento aquel mismo día a recoger más hombres.

—Sí, señor general —le había respondido en las diferentes ocasiones el ingeniero, pero esa última vez, agregó—: Todo depende de que los rieles se sequen. Es peligroso hacer correr el convoy sobre la vía resbalosa por la camanchaca. Después que pasemos la estación de Surco, que es la próxima, imprimiré más velocidad a la máquina. Ya habrá terminado la zona de curvas y el sol habrá secado los rieles.

El mayor Portugal movía la cabeza en forma desaprobatoria, desde su sitio en el estribo. Consideraba que era excesiva la prudencia del inglés. Pero este último, que no alcanzaba a verlo, seguía comentando:

—Desde que partimos de Matucana siento dentro de mí algo así como una voz de alarma. Ya en otras ocasiones…

No alcanzó a terminar su pensamiento, porque uno de los oficiales que iba sobre la cabina de la locomotora lanzó un penetrante grito de alarma. El convoy corría por una curva cerrada y asomaba al término de ella.

El ingeniero Wall abarcó la magnitud del peligro en un segundo. Atrapando al general de un brazo, le gritó, a tiempo que aplicaba los frenos:

—¡Sujétese, señor general!

La locomotora frenó con un formidable estrépito de metales y, con un ruido penetrante, resbaló por sobre los rieles. Todos los hombres que iban sobre la locomotora, en el ténder y en el vagón carbonero rodaron desordenadamente y tuvieron que aferrarse de la

estructura del convoy para no salir despedidos.

Cáceres, con los ojos dilatados por la impresión, vio cómo la máquina avanzaba inconteniblemente hacia un enorme agujero abierto en la vía férrea. En una fracción de segundos midió el peligro. La locomotora al saltar de los rieles se hundiría de trompa en el boquete y terminaría por rodar al río, arrastrando a todos los hombres con ella.

Pero en el momento en que ya parecía ineludible la catástrofe, el ingeniero Wall tiró con desesperación la palanca de freno, por segunda vez, y la máquina se inmovilizó bruscamente.

El mayor Portugal salió despedido, cayendo a un costado de la vía, mientras Cáceres azotaba la frente contra el interior de la cabina. Varios de los hombres que iban sobre el ténder rodaron también al suelo. Sin embargo, todos comprendieron que aquello no tenía importancia, comparado con el desastre que se acababa de evitar.

Wall saltó a tierra inmediatamente y el general lo siguió. Cuando avanzaron hasta los topes delanteros de la máquina se formaron una idea clara del peligro que acababan de afrontar.

—*Oh my God*! ¡De buena hemos escapado! —exclamó el inglés.

—¡Una trampa bien hecha! —comentó a su vez el general—. Un santo muy poderoso debe protegernos; de lo contrario, todos estaríamos hechos pedazos en el fondo del río. Pero ¿cuánto calcula usted que se tardará en reparar la vía? —consultó al ingeniero.

Wall observó el destrozo, rascándose la cabeza, e hizo un cálculo aproximativo.

—Si todos los oficiales y los sirvientes de la artillería se ponen a trabajar conmigo, tardaremos unas tres horas —expresó—. Es preciso rellenar el terreno dinamitado y tender nuevos rieles. Afortunadamente traigo en el ténder bastantes repuestos.

Cáceres comprendió que era la única solución y ordenó al mayor Portugal que instruyera a todos los hombres para que se pusieran a trabajar, bajo la dirección de Wall. Pero no bien se había dado comienzo a la apresurada faena, llamó a su lado a diez de los oficiales de la «Ayudantina» y les indicó que treparan a los bordes de la quebrada, con la esperanza de atrapar a los que les habían tendido aquella emboscada.

Ansiosos de castigar a quienes los habían puesto en tal peligro,

los diez jóvenes comenzaron a trepar por los dos paredones. Rodríguez y su ordenanza comprendieron que era el momento de poner pies en polvorosa.

—Cuando menos, hemos logrado detenerlos por algunas horas —reconoció el oficial—. Tal vez podamos volver a destrozarles la línea en otro sector, más adelante. Si logramos retardarlos unas veinte horas daremos tiempo a Lynch para llegar antes que ellos a Chicla. ¡Andando, pues, Gaspar!

Se alejaron unos metros de la quebrada, llevando las mulas del ronzal, y cuando calcularon que no podrían divisarlos, montaron y, obligando a las bestias a tomar el trote, fueron a colarse en la primera quebradilla que se les presentó. Corriendo por el interior de ella se perdieron en el laberinto de la sierra.

¡Zapán!… ¡Yangas!… ¡Santa Rosa de Quives!… Kilómetro tras kilómetro, avanzaba, porfiadamente, la columna de Lynch. Parecía una ancha fila de negros africanos o de cerdos revolcados en estiércol, por el color oscuro y la fetidez insoportable que despedían sus hombres. Todos ellos, de jefes a soldados, iban completamente embadurnados por la pestilente mixtura de tabaco, ajos y cebollas. Era la única defensa que podían oponer a los implacables zancudos y mosquitos portadores de las fiebres malignas.

Habían comenzado a trepar los contrafuertes de la sierra y a los peligros ya dichos se sumaban las mordeduras de las diminutas y mortíferas víboras, que se adormecían entre los guijarros caldeados, y los aguijones de los alacranes. Pronto vino a agregarse el soroche, con sus vómitos, desvanecimientos y hemorragias.

Los oficiales del «7.º de Línea», acostumbrados a la vida cómoda de Lima, sufrían terriblemente y marchaban blasfemantes.

—¡Qué tierra maldita! —gruñía Santa María, espantando los insectos que lo acosaban—. El infierno no puede ser peor. ¡Qué vergüenza debe haber sido para Dios crear una región así!

—No deben pensar lo mismo las salamanquejas, las culebras y las inmundas arañas que se solazan a su regalado gusto picándonos y sorbiéndonos la sangre, Martiniano —le observó, con detestable sentido del humor, su inseparable compañero Del Solar.

—Dicen que hay un pajarraco, llamado uta, cuya picadura produce un cáncer galopante —comentaba, un poco más atrás, el teniente Calvo—. En unas pocas horas abre una úlcera que no tarda un santiamén en gangrenarse.

—Anoche los cirujanos tuvieron más trabajo que en toda la guerra —le acotó Del Solar—. Parecían reseros marcando vacunos con fierros calentados al rojo.

Todos estaban enterados de lo que había ocurrido en esa espantosa noche. El olor a carne quemada que salía de la enfermería se había difundido por todo el vivac; y los aullidos de los hombres sometidos a la bárbara cauterización no habían dejalo dormir a nadie.

—Mi coronel Holley se lo ha guardado en secreto —participó Santa María a Del Solar, a media voz—, pero esta mañana lo oí comentar con el comandante Castillo, del «Maule», que en nuestro batallón hay catorce soldados inutilizados por las picaduras de los bichos.

—Y todavía faltan por sumar los que caerán víctimas del soroche o del hielo de las cumbres —añadió su interlocutor, con expresión fatalista—. En la última campaña se nos congelaron cuatro soldados, ¿recuerdas?

Martiniano se acordó de inmediato del infortunado teniente Echeverría murmurando:

—¡Ojalá no nos toque a nosotros ahora!

Su espíritu, mellado por la larga campaña, volvió a sentirse abrumado y, acercándose a su camarada, le expresó:

—Alberto, no te olvides de nuestro juramento: partimos juntos a la guerra… volveremos juntos a Chile.

Del Solar hizo un gesto de aprobación.

—Aunque uno de los dos muera —musitó, agobiado por el pesimismo de su amigo—. No lo olvido, Martiniano.

El toque de una corneta vino a interrumpir el penoso diálogo.

—¡Alto la marcha!… ¡Alto la marcha!… —gritaban aproximándose.

Los séptimos se detuvieron, a su turno, y tuvieron la intención de tumbarse a descansaren el sitio mismo, pero el capitán Manuel Aguirre se lo impidió a voces.

—¡El suelo está lleno de alimañas traicioneras! —les previno—.

¡Nadie se acueste! Igualmente queda terminantemente prohibido beber del agua de las charcas. La detención será solamente de unos minutos.

Ante sus categóricas prohibiciones, uno de los soldados medio alzó la fatigada cabeza y le consultó, con sorna:

—¿Y no nos autorizan *pa* ponernos a cantar, mi capitán? Estamos tan contentos.

La expresión rígida de Aguirre contuvo todas las risas y el autor de la frase escondió la cabeza, avergonzado.

—¡Venga acá! ¡Salga de la fila! —le ordenó perentoriamente el oficial—. En mi compañía nadie tiene derecho a quejarse, ni menos a desmoralizar a sus compañeros. ¡Repita lo que dijo!

El soldado meneó la cabeza, tozudamente, y se negó.

—No, mi capitán; fue una brutalidad, de la que me arrepiento —reconoció sordamente.

—Regrese a la fila —ordenó Aguirre al hombre, y se volvió al momento a Del Solar, dando por terminado el incidente—. Teniente Del Solar, tome el mando de la compañía. Voy a la cabeza de la columna a averiguar qué ocurre.

—¡A su orden, mi capitán!

El contralmirante Lynch estaba enfurecido por haberse visto obligado a interrumpir la marcha. Pero los guías insistían en que era imposible seguir adelante por aquella ruta. Las charcas dejadas por las pasadas lluvias cubrían todo el fondo de la quebrada y se habían convertido en un caldo de cultivo de infinitas alimañas ponzoñosas.

—¡Maldita sea! —barbotaba el marino—. Alguna solución tiene que haber para que no nos retrasemos. Estaba calculado que pernoctaríamos en el caserío de Yaso.

—Afirman los guías que se puede ahuyentar a cierta parte de los bichos por medio del humo —le informó el comandante Castillo—, pero aconsejan, como preferible, dar un rodeo pasando por lo alto de uno de los paredones de la quebrada.

—Eso significa atrasarnos en varias horas y exigir un esfuerzo mayor a los soldados —le rebatió el jefe—. No me parece bien. Tendremos que cruzar estos pantanos, cueste lo que cueste.

Fue entonces cuando se decidió a intervenir el comandante del «7.º de Línea».

—Perdóneme, señor contralmirante, pero me opongo a que mi regimiento cruce ese pantano —dijo con respetuosa firmeza.

Lynch giró el rostro hacia él y se quedó mirándolo, con las cejas apretadas en el ceño.

—¿Cómo es eso, Holley?…

El jefe del «7.º de Línea» respondió inalterable:

—Le pido perdón de nuevo, señor, pero yo no he traído a mis soldados para que mueran envenenados por estos bichos infernales.

—El coronel Holley tiene la razón, señor contralmirante —afirmó a su vez el comandante Castillo—. Yo tampoco quisiera exponer a los soldados del «Maule» a caer víctimas de las pestes que encierran los pantanos de esta zona.

El jefe de la expedición los contempló y por un instante deseó hacer prevalecer su voluntad, pero los jefes que se le oponían eran de los más prestigiados del ejército y poseían una larga experiencia.

—Está bien —suspiró resignado—, daremos el rodeo entonces. Pero eso nos retardará cuatro horas más. Y les advierto que allá arriba, sobre el paredón de la quebrada, reina el soroche, que va a causar también muchas bajas.

—Es preferible —observó Holley lacónicamente.

—Con su permiso, voy a dar la orden —dijo Castillo y, sin esperar más, marchó hacia donde estaban los ayudantes.

El contralmirante, a solas con Holley, seguía maldiciendo en voz baja:

—¡Ese condenado de Cáceres se nos va a pasar! Calculé ocho días para llegar a Chicla. Ya han corrido cuatro y no hemos hecho la mitad del camino. ¡Cáceres se nos va a pasar!

Las cornetas de los diversos batallones hacían oír, desde distintas distancias, el toque de «adelante la marcha» y los soldados reiniciaban su avance.

Los cálculos del «Príncipe Rojo», sin embargo, se trastornaban cada vez más. Había pensado que su infantería podría marchar de veinte a veinticinco kilómetros diarios, como estaban acostumbrados a hacerlo los soldados chilenos, pero los accidentes y las pestilencias de la quebrada de Canta mermaban las energías de los hombres.

Cuando la cabeza de la columna hizo, por fin, su entrada en el pobre caserío de Yaso, llevaba dos días de retardo. El

contralmirante estaba fuera de sí y hasta llegó a perder la ecuanimidad en su trato con los comandantes de batallones. Sin embargo, aún le estaba reservada una nueva prueba. Mientras observaba la llegada de la infantería, uno de sus ayudantes le mostró un jinete que descendía penosamente por el sendero del oriente. El jefe de la expedición levantó sus prismáticos y lo observó durante unos momentos. Tuvo la impresión de que el que llegaba era un indio, pues venía envuelto en una arrugada manta de colores y cubierto con un ancho sombrero de paja. Pero, fuera quien fuese, era evidente que venía en muy mal estado. A través de sus anteojos, el contralmirante pudo percibir que se doblegaba penosamente sobre el cuello de su cabalgadura. Volviéndose hacia el ayudante le ordenó:

—¡Vaya con un par de cazadores y tráigame a ese hombre! Viene por el sendero que conduce a Chicla; tal vez pueda informarnos algo sobre los movimientos del ejército de Cáceres.

Cuando, minutos más tarde, se reunieron con él los comandantes de los batallones, determinó:

—Descansaremos aquí cinco horas y proseguiremos la marcha.

Los jefes de los cuerpos lo contemplaron espantados. Era muy poco aquel descanso para la enorme fatiga que traían los soldados.

Muchos venían agobiados por el soroche y había demasiados enfermos de pulmonía y por causa de las picaduras de los insectos.

El contralmirante escuchó sus objeciones con impaciencia, pero no cejó en su propósito.

—Instalaremos una enfermería amplia en este lugar y en ella quedarán los hombres que estén realmente imposibilitados para continuar marchando. Pero todos los demás seguirán conmigo. Tengo que llegar a Chicla antes que se nos escape Cáceres —insistía tozudamente—. Si logra adelantársenos, se nos esconderá en la sierra y será imposible sacarlo de allí. De modo que el descanso se limitará a cinco horas, ni un minuto más. ¿Entendido?

Los comandantes tuvieron que doblegarse ante su porfiada voluntad y los soldados se acomodaron como pudieron en el caserío, sin preocuparse de otra cosa que de dormir.

Lynch se instaló en una de las casuchas más aseadas y se disponía a resolver los múltiples problemas que los acosaban, cuando entró el ayudante que había enviado en busca del jinete

desconocido. Al verlo, Lynch recordó la misión que le encomendara.

—¿Me trajo a ese hombre? —le indagó.

—Sí, señor contralmirante. Y asómbrese usted: es un soldado chileno del cuerpo de exploradores.

Lynch se asombró de veras: no podía imaginarse de dónde venía aquel soldado.

—Lo he dejado afuera para que le dieran un vaso de leche con aguardiente, pues viene totalmente extenuado —le informó el ayudante—. Pero alcanzó a decirme que salió de Chicla ayer.

Al oír mencionar aquel lugar, el contralmirante no tuvo paciencia para esperar más. A grandes zancadas salió de la choza en busca del recién llegado, que se hallaba sentado sobre una piedra y era atendido por uno de los encargados del rancho. Lynch avanzó rápidamente hacia él y, sin darle tiempo a que lo saludara, le espetó:

—Soldado, me informan que llega usted de Chicla.

El hombre se puso penosamente de pie, temblándole las rodillas, y se llevó la diestra hasta la sien derecha.

—¡A su orden, mi general! ¡Soldado Gaspar Acosta se presenta!

—¡Al diablo las fórmulas! —le gruñó el jefe, impaciente—. ¿Cómo es que viene usted de Chicla?

—Estaba en exploración con mi jefe, el mayor Manuel Rodríguez, mi general. Él se quedó allá, porque va a mezclarse con las tropas de Cáceres.

—¿Dónde están las tropas de Cáceres? —lo apremió el contralmirante.

—Ayer…, cuando mi mayor me mandó *pa'cá*, mi general…, las tropas enemigas estaban estacionadas en San Mateo, antes del cruce de caminos de Infiernillo.

El rostro del jefe de la expedición se iluminó y una sonrisa crispada le distendió los labios. Cáceres no le había ganado la carrera todavía.

—¡Gracias a Dios, no han llegado a Chicla aún! —exclamó aliviado.

—Las tropas no, mi general —le aclaró el explorador—, pero sí el general Cáceres y su Plana Mayor.

El ceño de Lynch volvió a ensombrecerse y su voz sonó otra vez áspera al inquirirle detalles completos.

—El general Cáceres viajó en tren, las tropas a pie —comenzó explicándole—. Mi mayor y yo le volamos la línea férrea dos veces, a la tercera nos falló el tiro de dinamita. Sin embargo, el general Cáceres tuvo que detener su retirada de todas maneras, por otra causa. Pudo haber llegado a Chicla hace tres días, pero se enteró de que se le habían sublevado las tropas al coronel Morales Bermúdez, a cargo de quien las dejara. Como, para hacerlas apurarse, este coronel las trataba a punta de palos, resultó que el batallón de «Cazadores de Junín», que fuera la escolta de Piérola, se sublevó y sus hombres desertaron. Corriéndose el peligro de que los demás batallones hicieran lo mismo, volvió atrás y tomó de nuevo el mando. Tuvo que hacer fusilar a todos los cabecillas y se vio obligado a rodear al ejército con sus dos batallones más fieles, el «Tarapacá» y el «Zepita». Cuando tuvo encerrados a todos los soldados, desprendió a ocho suboficiales de los batallones rebeldes y, sin importarle que fueran culpables o inocentes, los hizo fusilar *hei mesmo*. Entonces el ejército volvió a la obediencia —concluyó su pintoresca explicación el explorador.

—¿Pero el ejército de Cáceres llega entero a San Mateo? —quiso saber el contralmirante.

—No, mi general, ni pensarlo —le informó Acosta, con su peculiar acento picaresco—. Nosotros, que hemos *andao metíos* entre la tropa revuelta, si es que ésa puede llamarse tropa, calculamos que ha perdido como mil quinientos hombres.

—¿Cuántos tenía al comenzar la retirada? —le consultó rápidamente Lynch.

—Unos tres mil quinientos.

—Le quedan entonces dos mil —calculó en voz baja el jefe—. ¿Cuánto cree usted que tardarán esos hombres en llegar a Chicla y tomar el camino a los valles altos de la sierra?

—Ayer estaban en San Mateo —dijo Acosta, como base de su cálculo—. Tendrán que atravesar Infiernillo… —Murmuró otro nombre en voz baja y terminó por afirmar—: A Chicla no entrarán hasta esta noche, si es que no tienen otros inconvenientes.

—¡Por mil diablos! —barbotó el general—. ¡Nos van a ganar! ¡Esos condenados se nos meterán en sus cubiles de la cordillera!

Durante unos segundos se quedó en silencio, con los puños crispados, la mirada perdida en las montañas. De súbito, se volvió

al ordenanza y le inquirió con brusquedad:

—¿Cuánto demoró usted en llegar hasta aquí?

—Partí ayer, a las siete de la tarde, mi general.

Lynch hizo un esfuerzo para calcular las horas que había marchado el soldado y cuando dedujo que éstas habían sido diecisiete y media, hizo un gesto impresionado.

—¡Tremenda jornada! —murmuró—. ¿Podrán soportarla nuestros jinetes?

—La aguanté yo, mi general —le observó Acosta con simpleza.

El jefe lo miró casi con afecto.

—¡Ésa es la respuesta! —exclamó orgullosamente—. Si las soportó un soldado, la aguantarán quinientos. —Se volvió rápidamente hacia el ayudante que aguardaba a unos pasos y le ordenó—: ¡Cite a reunión a los comandantes del «Carabineros de Yungay» y del «Granaderos»!

—¡A su orden, mi general!

—¡Un momento! —lo atajó Lynch, cuando éste se alejaba—. Necesitaremos más hombres. ¿Qué cuerpo de infantería cuenta con caballada y buenos jinetes?

El oficial se detuvo indeciso. Todos los batallones de infantería disponían de algunos caballos y de hombres que sabían montarlos, pero quizás los mejores jinetes eran los del «7.º de Línea».

—¡Los del «Esmeralda»! —especificó el jefe con aire meditabundo y torció la boca en un gesto de contrariedad—. Lo malo es que ese coronel Holley es un infante ciento por ciento, capaz de oponerse a convertir a sus hombres en jinetes. Pero ¡qué diablos!, tendrá que someterse. Cítelo también aquí.

El ayudante partió a cumplir la orden y Lynch se volvió hacia Acosta y le preguntó con desgano:

—¿Podría usted guiarnos hasta Chicla?

—Quisiera, mi general —le respondió con burla—, pero se me ocurre que me moriría en el camino.

—Perdóneme, hombre —balbuceó—. Es inhumano exigirle más. Haré anotar en su hoja de servicio su sacrificada marcha de hoy. Vaya a descansar no más.

El ordenanza le agradeció con una sonrisa, pero no se retiró al momento. Parecía que deseaba decir algo más, y se decidió a hacerlo:

—Mi general —le dijo en tono más íntimo—, cuando empiecen a pelear en Chicla, acuérdense de que mi jefe, el mayor Rodríguez, está entre los montoneros de Cáceres. No me lo vaya a matar una bala loca.

El contralmirante supo entender la sinceridad de la súplica y le palmeó cariñosamente la espalda.

—Vete tranquilo, muchacho —lo conformó—. Nos preocuparemos de ubicar a tu jefe en cuanto lleguemos allá.

Como lo había imaginado el comandante de la expedición, las fuerzas del «Carabineros de Yungay» y del «Granaderos» no eran suficientes para realizar la empresa que él pretendía. El primer cuerpo había tenido catorce bajas durante la marcha y contaba apenas con doscientos sesenta y seis hombres; el segundo había visto mermado su número en diez jinetes y le quedaban solamente noventa. En total, trescientos cincuenta y seis.

Lynch insistió entonces en que el «7.º de Línea» le proporcionara ciento cincuenta infantes montados, para alcanzar a la suma de quinientos jinetes. Tal como lo había previsto, Holley intentó oponer que sus hombres eran infantes, pero el comandante en jefe se mantuvo inflexible.

—A su orden —tuvo que acatar el coronel Holley—. Dispondré que vaya la tercera compañía, bajo el mando del capitán Aguirre Peña y Lillo y de los tenientes Alberto del Solar y Martiniano Santa María. Cuando menos, esos tres oficiales son expertos jinetes.

Se dispuso la partida del pelotón para media hora más tarde y el campamento de Yaso se convulsionó con los preparativos.

El contralmirante Lynch, que tomaría el mando de esa caballería, había dejado escapar que tendrían que marchar al trote, durante diecisiete horas, por las cornisas de los montes, desafiando al frío, a las tormentas y al soroche de la alta puna.

Inútilmente, Holley había tratado de oponerle un último argumento, al enterarse de que su propósito era cortar el paso a Cáceres con sus quinientos jinetes.

—Recapacite en que al jefe enemigo le quedan, por lo menos, dos mil hombres —le había dicho. A lo que el contralmirante respondió porfiadamente:

—Mis quinientos hombres bastarán para contenerlos. Además, el coronel Gana debe venir pisándoles los talones por el interior de la

quebrada del Rímac.

Fue en vano hacerlo desistir de su empeño. El contralmirante partió en dirección a Chicla, al frente de la caballería.

Durante las cuatro primeras horas les fue posible mantener el galope de las cabalgaduras, hasta alcanzar el pueblo de Canta. Los guerrilleros de ese lugar, mandados por el hacendado Manuel Encarnación Vento, enterados de la proximidad de la fuerza chilena, habían huido a refugiarse en las hondonadas cordilleranas.

Después de cruzar el pueblo abandonado y de dar un breve reposo y pienso a los caballos, volvió a oírse la orden de marcha. Lynch fue el primero en trepar a su montura. Sólo entonces comenzaron a conocer lo que es la sierra para los forasteros.

El «Príncipe Rojo» dispuso el avance en fila india y se colocó a la cabeza de la larga columna, inmediatamente detrás de los dos guías.

Los infantes del «7.º de Línea» cabalgaban intercalados entre los carabineros y los granaderos, por ser los menos habituados al manejo de las bestias. El capitán Aguirre, jinete desde la más tierna infancia, pronto tuvo que reconocer que trotar por aquella culebreante cornisa era muy diferente a hacerlo en picaderos o campos de deportes ecuestres.

Como si hubiera sido poco difícil aquella marcha, la naturaleza vino a acumular sobre los expedicionarios una nueva calamidad. El primero en presentirla fue uno de los guías, quien se volvió de inmediato hacia Lynch y le mostró una pequeña nube gris que asomaba desgarrándose en las crestas andinas:

—Señor, se nos viene encima una tormenta. Va a ser indispensable buscar el reparo de una montaña opuesta a la dirección del viento o bajar cuanto antes a una hondonada.

El jefe lo contempló con franco disgusto.

—¿Detenernos ahora? —exclamó—. ¡De ningún modo! Aquélla no es más que una nubecilla insignificante. La tormenta tardará un buen par de horas en desencadenarse.

El baqueano insistió con respeto:

—La tormenta estará azotándonos antes de diez minutos, mi general, y, una vez desencadenada, no nos dejará posibilidades de buscar una protección.

El comandante en jefe rechazó sus argumentos con un gesto de violencia.

—¡Seguiremos adelante aunque se nos vacíe encima toda el agua del cielo! —determinó rotundamente.

El guía se encogió de hombros y acató la disposición llevándose la diestra al borde de la gorra.

—Quiera Dios que tenga usted más razón que yo, mi general —aceptó, con acento fatalista—, pero he de decirle que jamás me he equivocado en estas cosas.

Su predicción no tardó en cumplirse y con exactitud matemática. Antes de diez, minutos, la tempestad se descargó sobre la hilera de jinetes, sin que nadie hubiera podido decir cómo llegó. La acumulación de nubes fue tan repentina que el cielo quedó cubierto antes que pudieran tomar precaución alguna y el viento y la lluvia, repentinos y enloquecidos, se descargaron sobre bestias y jinetes como monstruos rabiosos.

Como si, por obra de una pesadilla, hubieran pasado súbitamente de la luz a las tinieblas, todos los soldados quedaron cegados, y avanzaban curvados sobre el cuello de sus cabalgaduras, sin poder distinguir el sendero sino en pequeños retazos.

Los séptimos, más impresionados que los jinetes veteranos, se llamaban entre ellos para guiarse, y sus voces no alcanzaban a sobrepasar el bramido del huracán.

Pero muy pronto tuvieron que aceptar que no era posible continuar en esas circunstancias. Los caballos mismos se negaban a seguir.

—Hagan más lenta la marcha, pero no se detengan —les impuso el capitán Aguirre, haciendo bocina con las manos, y agregó un comentario que sólo alcanzaron a entenderle sus dos oficiales—: Detrás viene el «Carabineros de Yungay». Formar un taco en el sendero crearía una confusión fatal para muchos.

Siguieron todavía unos minutos, pero, de repente, a la lluvia y al viento se sumaron los truenos y relámpagos. Los caballos, enloquecidos, pugnaban por dispararse hacia cualquier lado y sus patas temblonas por el pánico rebotaban peligrosamente en la estrechez de la cornisa.

—¡Nos vamos a desbarrancar! —gritó alguien, de pronto, roto el control de sus nervios, y, en medio del paroxismo, simultáneamente se oyó un estrépito horrendo, igual que si la tierra comenzara a rajarse en algún punto. Apenas alcanzaron a percibirse el alarido de

muerte de un hombre y el relincho despavorido de su caballo al caer en la negra hondura del abismo.

—¿Qué fue eso? —inquirió aterrado el comandante de los granaderos.

La respuesta le llegó desde la cola de su escuadrón repetida en gritos desarticulados de sus hombres. La lluvia, carcomiendo las bases de las grandes rocas de las alturas, las estaba echando a rodar hacia los precipicios. Una había golpeado a la cabalgadura del último granadero de la fila, arrastrándolos en su vuelo de catapulta.

—¡Desmontar!… ¡Pie a tierra todos! —bramó entonces el comandante de los granaderos y siguió gritando la misma orden en medio de aquel ambiente de aquelarre.

—¡Esmeraldinos, desmontar! ¡Desmonten todos y sujeten al ganado del cabestro! —gritó Aguirre y dio personalmente el ejemplo.

La columna quedó inmovilizada en un lugar impreciso, a media montaña, y envuelta en el batir tempestuoso del agua y del viento.

Las voces del comandante del «Granaderos» ordenando desmontar a sus hombres informaron a Lynch de lo que estaba ocurriendo a su espalda y, al no oír más el ruido de los caballos inmediatos, su nerviosidad se convirtió en una cólera insensata.

—¿Quién dio la orden de detenerse, por mil diablos? —rugió, desgarrándose la garganta.

—¡Yo, señor contralmirante! —oyó que le contestaba apagadamente el comandante del «Granaderos», y poco después lo vio emerger de entre la cortina de agua, avanzando a pie y tirando a su caballo del cabestro—. No puedo permitir que mis hombres se desbarranquen —siguió explicando, cuando estuvo más cerca—. La única forma de proseguir la marcha es a pie y llevando las bestias del ronzal.

—¡Así no llegaremos nunca a Chicla! —lo reprendió Lynch, irracional en su porfía.

—Así existe alguna posibilidad de que lleguemos, señor —le rebatió el comandante—. Yendo a caballo no arribaríamos jamás.

—¡El ejército de Cáceres se nos pasará hacia el centro de la sierra!

—Será lamentable, señor contralmirante. Aunque creo que la tormenta los azotará a ellos con tanta furia como a nosotros. Siento

contrariar sus deseos, señor, pero créame: la única forma cuerda de continuar la marcha es haciéndolo así, a pie y paso a paso.

Lynch iba a seguir insistiendo en su empeño, pero el ensordecedor ruido de una sucesión de rocas desprendiéndose desde las cumbres lo dejó mudo.

—¡Cuidado con los peñascos!… ¡Apegarse contra el monte! —gritó el jefe de los granaderos hacia la retaguardia y él mismo se adosó contra el paredón lateral.

—¡Pero esto es un infierno! —barbotó el contralmirante, cuando el estruendo se perdió montaña abajo.

—Se lo advertí, mi general —se atrevió a recordarle el baqueano, que estaba a su lado—. Usted dijo que la lluvia no haría más que mojarnos. Podremos darnos por muy afortunados si las rocas no arrastran a la mitad de los hombres.

Lynch se volvió furibundo hacia el soldado que osaba hacerle un reproche tan directo, pero no alcanzó a hablarle. Desde la retaguardia le llegaban voces angustiadas requiriendo sus instrucciones, para salvar la apremiante situación en que se hallaban. Las bestias, ofuscadas por el terror, ya no les obedecían.

—¡Avancen a pie, tomados con una mano de la cola del caballo de adelante y arrastrando al propio del ronzal! —contestó a gritos el comandante del «Granaderos», en lugar del contralmirante. Éste tuvo que resignarse a acatar lo que ordenaba la experiencia; desmontó también y se adelantó tirando a su cabalgadura.

Por primera vez entonces el indoblegable «Príncipe Rojo» sintió miedo, sintió crecer en su pecho ese pánico animal que arranca al control del razonamiento: temió perder irremediablemente al pelotón de jinetes que había embarcado en aquella temeraria empresa.

La alucinante tormenta de las altas cumbres los envolvía con furia creciente y los elementos desatados, cegándolos, borraban bajo sus pies el sendero tendido como una cinta ondulada sobre los lóbregos abismos.

Seguían marchando, perdida toda noción de distancia y de orientación, tomados de la cola del caballo de adelante y tirando con la otra mano el cabestro de la propia cabalgadura. Los quinientos jinetes parecían un largo rosario que serpenteaba penosamente alumbrado por los estruendosos relámpagos. El

desquiciamiento de las rocas y el horroroso estrépito con que rodaban a los abismos siguieron escoltándolos, como si un grupo de gigantes apocalípticos se ensañara en bombardear a la osada columna de hormigas que reptaba a media altura.

Los comandantes de los escuadrones no iban menos preocupados que el comandante en jefe. Perdido todo control sobre sus hombres, casi desconectados de ellos, temían que la tormenta, el soroche y los derrumbes dieran cuenta, por lo menos, de la mitad de la expedición.

Pero, repentinamente, en forma tan inesperada y vertiginosa como comenzó, la tempestad se alejó hacia el poniente. Sólo quedó el viento soplando sobre las cumbres, el que también fue apagándose después, más lentamente. Un extraño silencio reinó sobre las quebradas. Hombres y bestias se detuvieron, como intimidados por un suceso sobrenatural. Los caballos fueron los primeros en recuperarse; sacudieron sus pelajes empapados, y resoplaron con alivio buscando mejor acomodo para sus pezuñas en el sendero resbaladizo por la humedad.

Lynch se quitó el quepis y lo golpeó contra uno de sus muslos, para botarle el agua, y llamó a uno de los guías.

—¿Dónde estamos, baqueano?

—Todavía no lo sé bien, mi general. Espere que examine las cumbres vecinas. —Después de observar durante un largo rato, aventuró inseguro—: Creo que no estamos lejos de Lachaqui, mi general.

—¿Alcanzaremos a llegar a ese pueblo antes de que se acabe el día?

—Me parece que sí, mi general —contestó el guía, y agregó con la intención de que el jefe no lo oyera—: ¡Ojalá no me equivoque porque ése es el único sitio donde podremos descansar!

Se reinició la marcha. A poco andar, el sendero corría en la horizontal, haciéndose fácil, y, una media hora más tarde, comenzó a descender.

Uno de los ayudantes había propuesto al contralmirante practicar un recuento sobre la marcha, para averiguar cuántos hombres habían sido víctimas de la tormenta, pero el jefe le negó la autorización.

—La estrechez del sendero lo impide, ayudante —le había dicho,

en forma evasiva, pero la verdad era que no se atrevía a afrontar la dura realidad. Por eso, durante el resto del trayecto marchó sin mirar hacia atrás. Temía ver la columna llena de vacíos, de huecos denunciadores de hombres perdidos; se obligaba a confortarse escuchando el ruido de los cascos de los caballos que lo seguían, amplificado por la resonancia de las gargantas rocosas.

Al poco rato de descender, divisaron las luces de unas fogatas y las sombras difusas de varias chozas amontonadas en torno a la torre aguzada de una capilla. Era Lachaqui.

Cuando la columna embocaba en la callejuela principal los sorprendieron los sones desordenados de un arpa, una flauta y una guitarra. Pronto pudieron ver a tres hombres que, sentados junto a una fogata y rodeados por una pequeña muchedumbre, tocaban sus instrumentos a modo de bienvenida. Lynch frunció el ceño al comprender la intención de aquellos hombres por las reverencias y saludos que les hacían. ¿Quién les había advertido la llegada de los soldados? Fue un misterio que no intentó desentrañar.

Los ayudantes exigieron a los indios que encendieran otras fogatas en la plaza y, a sus fulgores, los comandantes pasaron lista a sus cuerpos. Era completamente de noche cuando rindieron cuenta al comandante en jefe. El «Carabineros de Yungay» había tenido dos bajas; los últimos hombres de su formación habían caído al abismo con sus cabalgaduras. Luego, cuatro hombres más venían en tal estado de agotamiento que no podían continuar la marcha. El «Granaderos» había perdido un hombre desbarrancado y dos mulas que cargaban dos mil quinientos cartuchos de fusil. El pelotón de ciento cincuenta hombres del «7.º de Línea» no había tenido pérdidas, pero diez de ellos llegaban totalmente extenuados. Además, su grupo sanitario, a cargo del cirujano Olivares, perdió dos mulas cargadas con camillas y material médico.

—Será preciso obligar a los pobladores a que desalojen sus casas para asilar en ellas a los soldados que vienen en peores condiciones —sugirió el jefe del «Carabineros» a Lynch.

Pero éste tenía otro pensamiento. Calculaba que la tormenta les había causado un retraso de cinco horas y deseaba recuperar el tiempo perdido marchando durante la noche.

—Dejaremos aquí solamente a los que están imposibilitados en forma absoluta —le respondió categóricamente—. Los demás

continuarán cabalgando hasta San Pedro de Laraos.

El jefe del «Granaderos» se le acercó con expresión atónita.

—Perdóneme, señor contralmirante, ¿pero piensa usted proseguir la cabalgata esta noche misma?

—Sí, comandante —le respondió el superior con frialdad—. Son apenas las nueve, la noche está clara y he averiguado que el camino a San Pedro de Laraos es fácil. La travesía que acabamos de hacer provocó susto y frío, pero los caballos no están tan fatigados como para no poder andar un par de horas más. Seguiremos, pues, y pernoctaremos en San Pedro de Laraos, que es un pueblo de mayores recursos y en el cual dispondremos de rancho.

—Pero, señor contralmirante, ya he comunicado a usted que traigo ocho hombres agotados… —intentó oponerle el comandante del «Carabineros», mas el jefe de la expedición lo interrumpió con voz tajante.

—¡Los jinetes descansan sobre su caballo, mayor Silva!

Luego, sin volver sobre el mismo asunto, ordenó un descanso de media hora y la prosecución de la marcha hacia San Pedro de Laraos a un toque de clarín.

Dos horas y media más tarde, los jinetes, bamboleantes sobre sus cabalgaduras, asomaban a una amplia cuenca rellena por pequeñas lomas mondas, como pechos de mujer. Sobre la primera loma se levantaba una tosca cruz adornada con los instrumentos del Calvario: la corona de espinas, los clavos, la lanza; en torno al travesaño, colgaba la sábana sacra, reducida a sucios jirones por el polvo y el viento. Era aquélla la señal de entrada al pueblo de San Pedro de Laraos.

Los jinetes pasaron bajo la cruz, espectrales, como almas en pena. Su cansancio era tanto que ninguno tuvo curiosidad de mirar cuando cruzaron frente al portón de un amplio corral, dentro del cual un gran número de indios e indias celebraban una de sus orgiásticas fiestas paganas. Dos autoridades indias, alcaldes tal vez, se asomaron al portón y observaron el paso de la columna, impávidos, afirmados en sus largos bastones con anillos y empuñaduras de plata, llamados acerumas. Luego de observar a los soldados con ojos vidriados por el alcohol, sin un gesto que reflejara sus pensamientos, volvieron a sumergirse en la atmósfera humosa y maloliente, en medio de la cual giraban los danzantes en forma

alocada.

—Habrá que expulsar a estos indios de aquí o, de lo contrario, ninguno de nuestros soldados podrá dormir ni una pestañada —observó uno de los ayudantes a Lynch, cuando pasaban frente al corral.

—No, déjelos usted. Quizás a qué santo están celebrando. No tenemos derecho a ir contra sus creencias. Por lo demás, a los soldados no les impediría dormir ni la descarga de cien cañones; ni a usted…, ni a mí. Vamos a tener que buscar a verdaderos héroes para colocarlos de centinelas —le comentó Lynch.

—Así es, señor —suspiró el ayudante—. Y dicen los guías que el camino que tendremos que recorrer mañana es todavía peor.

—Según mis datos, la parte difícil es la cuesta de Asunción de Huanza. Ésa la atacaremos alrededor de las diez de la mañana, ojalá no nos sorprenda otra tormenta.

Los datos del contralmirante Lynch eran exactos. El sendero de San Pedro de Laraos a Carampoma fue relativamente fácil, pero una vez dejado atrás ese pueblo, la columna se encontró ante un paredón gigantesco de montes, que cubría todo el horizonte. El flanco que debían abordar era arrugado como la piel de un paquidermo y tan empinado que la senda describía treinta zigzagues hasta llegar al filo de su cumbre. Fue preciso organizar otra vez el rosario de bestias y hombres asidos de las manos y las colas. La repechada duró tres horas y, para colmo de males, durante la última hora se descargó sobre los hombres exhaustos una furiosa granizada. El arribo al perfil de la serranía tuvo contornos patéticos. Los jinetes se dejaban resbalar por los flancos de sus caballos y quedaban tumbados sobre la nieve, revolcándose, víctimas de los vómitos del soroche; otros yacían de espaldas, respirando afanosamente, con las venas del cuello y de las sienes hinchadas, como cuerdas, a punto de reventar.

Los más fuertes, apenas una veintena, encendieron fuego sobre las rocas y prepararon café tinto. Cada soldado bebió dos jarras, ganando con ello tiempo de descanso.

Del Solar tragaba los últimos sorbos, guardando entre sus manos ahuecadas la tibieza del metal de su jarra, cuando vio venir al capitán Aguirre. Avanzaba tambaleándose, con las rodillas blandas; el cuello casi sin fuerzas, apenas le sostenía erguida la cabeza.

—¿Teniente Del Solar? —preguntó, como si no viera bien.

—Sí, mi capitán —le respondió el oficial poniéndose de pie, preocupado por el notorio desfallecimiento de su superior.

—Teniente, va a tener… que tomar el mando de la compañía.

—¿Y usted, mi capitán?…

Del Solar comprendió que era la suya una pregunta inoficiosa.

—Alberto, no doy más —le confesó Aguirre desesperado—. Vengo aguantando desde anoche, pero es inútil, me siento muy mal.

—Debe ser solamente cansancio, Manuel —trató de confortarlo el teniente, pero le bastaba mirar lo enrojecido de su rostro para saber que la suya no era más que una mentira piadosa. Con disimulo le palpó la frente y se la sintió quemante—. Tiene un poco de fiebre —le dijo.

—Empecé a sentirme mal después de la mojadura de ayer —le confió Aguirre—. Fue repentino; sentí que se me helaban los pulmones y después, en la noche, me dormí con el pecho ardiendo. Pero estaba tan agotado que no tuve fuerzas para taparme con la manta y esta mañana desperté cubierto de escarcha.

—Hay que cuidarte un poco y todo pasará, Manuel —quiso tranquilizarlo Del Solar—. Ya nos queda poco para llegar a Chicla y allí…

—Allí estará el ejército de Cáceres y será forzoso combatirlo —aclaró el capitán, desbaratando su argumento. Luego, movió la cabeza con desaliento—. No, Alberto, no me engaño. Estoy fregado. Sabes que tengo pulmonía.

Del Solar se estremeció, desazonado.

—Ni lo digas, Manuel —musitó con un hilo de voz y buscó algo con que abrigarlo—. ¿Dónde tienes tu manta?

—La perdí… Ya ni sé lo que hago.

El teniente se desprendió de la suya sin vacilaciones, pese al frío mordiente que reinaba, y lo envolvió con cuidado.

—Entre Santa María y yo te echaremos sobre la montura y te amarraremos los pies por debajo de la barriga del caballo. Martiniano se encargará de hacerte llegar a Chicla o a algún sitio donde puedas acostarte en una cama —trataba de animarlo, mientras lo abrigaba—. Pero no te desanimes, por favor; ten fe en que Santa María y yo haremos todo lo posible porque salgas bien de este aprieto.

—Soy más afortunado que el pobre José Antonio —murmuró—. Cuando se heló ni la nieve estaba solo.

—¡Ah, no pienses en eso, Manuel! Tú nos tienes a tu lado —le expresó Del Solar tratando de aparentar optimismo, pero la voz se estrangulaba en la garganta. A cierta distancia sonó un toque de clarín indicando que se iba a reiniciar la marcha. El capitán Aguirre hizo esfuerzos para sobreponerse a su desfallecimiento y se levantó.

—Tome usted el mando de nuestra compañía, teniente Del Solar —ordenó a su subalterno, volviendo al lenguaje oficial.

—A su orden, mi capitán —acató el teniente—. Pero primero lo acomodaremos a usted sobre su caballo.

Llamó a voces a Santa María y entre los dos subieron al capitán a su cabalgadura; lo ataron a ella, cuidando de que quedara totalmente envuelto por la manta.

La columna emprendió la marcha.

La terrible travesía ordenada por Lynch, en su porfiado empeño de adelantarse al ejército de la breña, tocaba a su fin. Los jinetes hicieron la última parte del trayecto vagando, como fantasmas, por los altos senderos de la puna; cruzaron hasta Samsa por la hoya del río Asunción; luego, por el hondo lecho del río Patallaqui hasta la congelada laguna de Yanacocha; deambularon enseguida por las frígidas cumbres de la más enhiesta cordillera hasta asomar al encerrado y profundo valle de Chicla.

Cuando Lynch detuvo su caballo en el borde de la grieta abismal, tuvo que afirmarse en la montura, poseído por el vértigo. Abajo, empequeñecida por la altura, se divisaba la recortada planicie que servía de asiento al pueblo de Chicla.

Fue preciso desfilar por el borde de la cuenca buscando algún sendero que descendiera a desembocar en la quebrada. Cuando, por fin, lo hallaron y bajaron por él experimentaron una última sorpresa. Apenas terminaban el descenso y entraban a terreno horizontal, cuando, súbitamente, la cresta de un montículo levantado frente al sendero se vio coronada de fusiles. Lynch frenó su caballo gritando a sus hombres:

—¡Alto!… ¡Replegarse al amparo del portezuelo!

Dominando la confusión de los caballos que se revolvían y chocaban entre ellos, se oyó claramente la sucesión de estampidos de una descarga de fusilería.

—¡Nos están dando el alto, mi general! —advirtió uno de los ayudantes al comandante en jefe, y como éste volviera hacia el lugar de donde habían partido los disparos, miró también y se quedó estupefacto. Los defensores del montículo habían enarbolado una banderola y ésta mostraba los tres colores y la estrella del emblema chileno.

—¡Por Cristo, son chilenos! —exclamaba en ese instante el contralmirante.

Desconcertados por la sorpresa, quedaron como atontados espiando las reacciones del contralmirante, pero como éste se mostrara tanto o más aturdido que ellos, concluyeron por hacer señas con los brazos, llamando a gritos a sus compatriotas, hasta que, por último, uno discurrió agitar en lo alto de una lanza su gallardete de caballería. Instantáneamente fueron reconocidos por los hombres del montículo, quienes respondieron a sus saludos con otros no menos alborozados.

Sólo entonces reaccionó Lynch.

—¡No es el ejército de Cáceres! —reflexionó con amarga decepción—. ¡Es la división del coronel Gana!

Las dos fuerzas se mezclaron en la entrada de Chicla y las manifestaciones de regocijo rompieron la unidad de la formación.

Por su parte, el coronel Gana, avisado con premura, salió al encuentro del comandante en jefe y sus jinetes. Éste avanzó hasta él con una expresión de honda ansiedad y le preguntó a quemarropa:

—¿Y el ejército de Cáceres, coronel Gana?…

Soló ahora comprendió el coronel la razón de la ansiedad del recién llegado y le costó darle una respuesta. Pero tuvo que hacerlo.

—Pasó por Chicla hace doce horas y se remontó a la sierra, señor contralmirante —le informó, con pesadumbre.

Patricio Lynch pareció que se iba a derrumbar del caballo. Una palidez cerúlea le destiñó el rostro, las mandíbulas se le contrajeron furiosamente y se desencajó de un golpe. Con los ojos salientes de las órbitas bramó dolorosamente:

—¡Nos ganó por doce horas!… ¡Lo perdimos por unas horas de retraso!… ¡Maldita sea mi suerte, todo el tremendo sacrificio de mis soldados ha sido inútil!…

Nadie se atrevió a pronunciar una palabra y durante unos segundos el contralmirante permaneció doblegado sobre su

montura, con los puños crispados apegados a la frente.

El coronel Gana sintió compasión del desastre interior de su jefe e intervino con mesura:

—No ha sido inútil el sacrificio, señor. El enemigo se ha retirado a sus cubiles de la montaña, es cierto; pero lo hace deshecho, rota toda cohesión en sus batallones. Para poder movilizar a sus tropas y sacarlas de la tenaza en que nosotros las íbamos a atrapar, Cáceres ha tenido que recurrir a las medidas más brutales: el chicote, la bayoneta, el arreo a punta de sable. Y para sofocar la rebelión que se produjo como consecuencia, tuvo que fusilar a montones de hombres. Sin embargo, no consiguió evitar las deserciones en masa, el desbande de la montonera. En el trayecto de Chosica hasta acá pudimos ver cómo el camino está sembrado de muertos y lleno de fugitivos que vagan idiotizados. Le aseguro a usted que el ejercito de Cáceres, en estos momentos, no es más que un tropel de gente aterrada que huye, como puede, hacia la banda opuesta de la cordillera occidental.

—¡No basta!… ¡No basta! —porfió Lynch, todavía presa de sus nervios—. ¡Había que liquidarlos! Lancé a nuestros hombres en esta empresa agotadora confiando en que el exterminio total de los enemigos justificaría el sacrificio. Pero se nos han escapado una vez más.

—Todavía no lo sabemos, señor —le objetó el coronel—. Aún se está jugando una ultima carta.

—¿Qué quiere usted decir, coronel? —exclamó Lynch.

—Que mis tropas han ocupado también Casapalca, el pueblo inmediato y más adentrado en la cordillera. En él nace el sendero que sube a las cumbres por las que atravesará Cáceres. Así que ordené al mayor Manuel Jarpa que siguiera avanzando con un piquete de sus cazadores hasta alcanzar la retaguardia del enemigo y averiguar si se dirige hacia algún lugar donde podamos atacarlo.

Lynch meneó la cabeza con escepticismo.

—Tras este cordón montañoso se extiende el valle de Junín —expresó— y tiene centenares de senderos que serpentean por entre las quebradas. El ejército de la breña se nos escurrirá siempre, como un chorro de azogue.

El coronel Gana aparentó aceptar la reflexión de su jefe; no obstante, agregó:

—Mantengamos un poco de confianza. A Cáceres lo apodan «El Brujo de los Andes», pero en estos momentos tiene también en su contra el clima endiablado de la alta puna. Y las fuertes tormentas. Si no logra vencerlas antes de alcanzar el paso de Antícona, se verá obligado a regresar a Casapalca; y entonces veremos qué ocurre.

—Bien —se sometió el contralmirante, resignado—, esperemos entonces. Vamos a su alojamiento, coronel, y convídeme un trago fuerte, mientras me rinde cuenta de sus operaciones.

Después de conocer las atinadas medidas que había tomado el coronel Gana en su trayecto desde Lima, Lynch comprendió que resultaba innecesario el viaje del resto de su división desde Canta. Las tropas de Gana habían reparado la vía férrea y la línea del telégrafo, conectando al campamento de Chicla con la capital. Además, las fuerzas con que ocupaba Chicla y Casapalca bastaban para contener cualquier ataque sorpresivo de Cáceres. Ordenó, en consecuencia, que partiera un mensajero a encontrar al resto de su división y participara al comandante Wenceslao Castillo que regresara por la quebrada de Carampoma a Lima, sin rendir más a sus hombres en una travesía inútil hasta Chicla.

Se disponía, enseguida, a subir a Casapalca para tomar noticias de la operación del mayor Jarpa, cuando el coronel Gana le exhibió un telegrama que acababa de llegarle de la capital. Lo enviaba el ministro plenipotenciario Jovino Novoa y en él solicitaba ubicara al contralmirante Lynch para informarle que se lo necesitaba en Lima con toda urgencia. La razón era que se había presentado en el Palacio de Gobierno un emisario del general Piérola con la misión de obtener el permiso de las autoridades chilenas para que el exdictador entrara a la capital.

—¡Caramba! ¡Eso sí que es interesante! —exclamó Lynch al enterarse—. Algunas conversaciones con el hombre que tanto nos ha dado que hacer en los dos últimos años de guerra pueden ser de gran utilidad.

Como estaba ordenado que partiera un tren cargando a los heridos a la mañana siguiente, el contralmirante decidió regresar a Lima en él. Transfirió el mando total de la campaña al coronel Gana y, en las horas que siguieron, pareció olvidarse deliberadamente del plan de acción que quedaba inconcluso, por lo que el coronel creyó necesario consultarlo a ese respecto.

—¿Seguiremos persiguiendo a Cáceres más allá de la cordillera, señor contralmirante?

—No lo creo posible, coronel —le respondió Lynch con pesimismo—. En fin, esperemos los resultados del avance del mayor Jarpa tras la retaguardia del enemigo. De los informes que él traiga podremos desprender nuestra conducta futura. Manténgame al tanto.

Fue mientras esperaba, en una camilla, que lo subieran al tren de los heridos cuando el capitán Manuel Aguirre dejó de delirar y tuvo unos momentos de lucidez. Durante las últimas terribles horas de marcha desde Asunción de Huanza su estado habría empeorado y no habría llegado vivo a Chicla de no haber sido por los cuidados constantes de los tenientes Del Solar y Santa María. El doctor Matías Aguirre, lejano pariente suyo, que lo atendió a la llegada al campamento confirmó con su diagnóstico lo que ya había expresado el enfermo a sus camaradas: tenía los dos pulmones comprometidos por una neumonía.

Y cuando amaneció, los tenientes comprendieron que al capitán le quedaba poca vida ya. Cariacontecidos, lo acompañaron cuando los camilleros vinieron a buscarlo para llevarlo al tren. Iban a los costados de la camilla con la misma expresión que si escoltaran un ataúd. Adivinaban que su camarada no soportaría las ocho horas de viaje hasta Lima.

Para agravar aún más la situación, el embarque de los enfermos y heridos se hizo muy lentamente, porque eran muchos y los vagones no reunían las condiciones para ese tipo de transporte. El capitán Aguirre tuvo que permanecer a la fría intemperie durante más de media hora. Fue tal vez por efecto del aire helado que dejó de delirar unos instantes y reconoció a sus amigos.

¡Alberto!… ¡Martiniano!…

—Ten un poquito de paciencia, Manuel —le rogó Del Solar, atribulado—. Pronto te van a subir al tren y te llevarán a Lima, bien cuidado.

—¿Crees que me devolverán a Chile después, Alberto?

—¡Seguro, pues, mi viejo querido! Para ti ya se acabaron los

sinsabores de la guerra, volverás a ver a tu familia, a tus amistades…

Del Solar tuvo que volver el rostro para que el enfermo no percibiera su congoja, precaución inútil porque el capitán ya estaba un poco ausente.

—Me hubiera gustado despedirme de mi compañía —decía—. Tengo la sensación vergonzosa de abandonar la campaña por la puerta falsa.

—¡Qué puerta falsa ni qué cuatro cuartos, Manuel! —saltó ardorosamente Santa María, demasiado ingenuo para fingir—. Tú hiciste la guerra completa y con más brillo que todos nosotros. La prueba es que ya tienes los galones de capitán.

—Nosotros apenas llegamos a tenientes —bromeó Del Solar, en apoyo de los argumentos de su compañero, pero de nuevo volvieron a nublársele los ojos.

Una voz anunció en el andén:

—¡Atención, el comandante en jefe!

Todos se cuadraron y saludaron al contralmirante Lynch. Éste pasó rápidamente, envuelto en su capote oscuro, y cuando ya iba a trepar al primer vagón reparó en el grupo que formaban el enfermo y los dos tenientes. Reconociéndolos, se acercó a ellos y los saludó.

Quiso reconocer al ocupante de la camilla, pero no le fue posible, tan demacrado estaba el capitán.

—¿Quién es el enfermo? —preguntó.

—Mi capitán Manuel Aguirre Peña y Lillo —le informó Del Solar.

Al jefe le tembló la barbilla y tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar traslucir su impresión.

—¿Cómo se siente, capitán? —le preguntó, compadecido.

—Por ahora, mal, señor —le respondió Aguirre, sofocando la tos que le producía el esfuerzo de hablar—. Sin embargo, confío en llegar vivo a Lima.

Lynch se volvió discretamente hacia Del Solar y le consultó en voz baja:

—¿Qué tiene, teniente?

—Bronconeumonía, señor —le respondió el interrogado en el mismo tono.

El comandante en jefe, preocupado, se volvió hacia los

enfermeros que estaban más próximos.

—¡A ver, dos de ustedes suban a este enfermo al primer vagón! Quiero que vaya conmigo, para cuidar que se lo atienda en la mejor forma.

—Lo ayudaremos con todos nuestros recursos, capitán. Despreocúpese —le dijo Lynch.

—Gracias, señor —alcanzó a contestarle Aguirre, y se lo llevaron, sin que tuviera tiempo de despedirse de sus camaradas.

Cuadrados ante el contralmirante, los dos tenientes lo vieron alejarse. Lynch comprendió que era preferible evitarles la impresión de aquella despedida y no los autorizó para moverse. Sólo después les dijo:

—Hasta la vista, tenientes. El batallón «7.º de Línea» va de regreso a Lima y no pasará por este campamento. Ustedes, los ciento cincuenta esmeraldinos que me acompañaron, quedarán aquí hasta nueva orden. Cuídense para que no enfermen como el capitán Aguirre.

—Gracias, señor —le respondieron ambos en voz baja y el comandante en jefe giró sobre sus talones y subió ágilmente al tren.

A través de las ventanillas del primer vagón alcanzaba a ver retazos de lo que ocurría en el interior.

—Presiento que no veremos nunca más a Manuel —dijo Del Solar a su compañero y su voz parecía la de otro hombre, mucho más viejo.

—Yo también, Alberto —le contestó Santa María y hurtó el rostro para que Del Solar no viera que tenía los ojos llenos de lágrimas. Pero prosiguió, tratando de hacerse el fuerte—: Vamos quedando pocos del grupo que partimos juntos, ¿eh, Alberto?

Del Solar añadió, como un sonámbulo:

—Como cuando dimos sepultura a José Antonio, se me vienen otra vez a la mente los versos de nuestro himno, que dicen: «Volverán no todos los que fueron, faltarán aquellos que murieron»…

—¡Por favor, Alberto, no sigas! —Martiniano Santa María no había podido contener más su emoción y escondía la cara entre los puños vuelto hacia la pared del vagón—. ¡Tengo miedo a morir! —balbuceaba—. Me aterra pensar que un día pasen lista y un compañero tenga que responder por mí, como lo hacemos nosotros

por los camaradas muertos.

Del Solar lo aferró de un brazo y lo remeció lentamente.

—Vamos a nuestra tienda y nos pegamos un buen trago de aguardiente, Martiniano. Nos sentará bien; hace frío. Vamos, compañero.

Caminaron lentamente a través del campamento, sorteando los grupos y las carpas. Santa María fue recuperándose, poco a poco, a medida que andaban y terminó por levantar nuevamente la cabeza. Entonces miró a su amigo y le dijo con cierto aire de reproche:

—Bebes demasiado este último tiempo, Alberto. Has convertido el aguardiente en tu panacea para todos los males.

Del Solar se levantó de hombros y rió con un rictus amargo.

—Cuando se llevan tres años de guerra, tres años en que, matando y defendiéndose, uno ha pisoteado los sentimientos y los ideales, entonces descubre que en el fondo de la cantimplora está el mejor consuelo. Cuando menos, duermes como un fardo.

El pito del tren anunció la partida del convoy de heridos.

—Ahí se va Manuel Aguirre Peña y Lillo, otro de los «pijes» de la calle Dieciocho, que hacían alegres las fiestas santiaguinas —comentó Santa María acongojado.

—No te vuelvas, ni le digas «adiós» —murmuró Del Solar, al borde del llanto—. Persígnate, si quieres, que eso es más adecuado.

Aquel mismo día, a media tarde, llegó al campamento de Chicla el mayor Manuel Jarpa al frente de su piquete de exploradores. El informe que rindió al coronel Gana fue breve y conciso:

—Transmonté la cordillera por el paso de Piedra Parada, mi coronel, y, pese a la tormenta, al frío y a la nieve, logré llegar con mis veinticinco cazadores al caserío de Yauli. El ejército de Cáceres había salido en la mañana hacia Oroya. Impuse a los escasos pobladores una contribución en animales, para la alimentación de mi vivac en Casapalca, y seguí penetrando en la zona enemiga. Llegué a Pachachaca a las 3.30 A. M., para descubrir que la retaguardia enemiga había abandonado ese lugar hacía pocas horas.

—Corren como conejos, ¿eh? —comentó el coronel Gana.

—Así es, mi coronel, pero el ejército se les va despedazando por

el camino. Interrogando a los habitantes de Pachachaca, me enteré de que Cáceres se dirigía a Tarma con no más de mil ochocientos hombres. Me arriesgué entonces por el camino a Oroya, llegando hasta muy cerca de ese pueblo. Desde una altura alcancé a divisar al ejército enemigo. Marchaba en bloque, desordenadamente, pero formando una masa compacta. Consideré que no era cuerdo acercarme más y exponer a mis hombres, cuyas cabalgaduras estaban demasiado agotadas. Emprendí, pues, el regreso. Pero deseando investigar si era posible que la infantería pasara la cordillera, volví por otra ruta, por la del mineral de Morococha.

—¿Y a qué conclusión llegó, mayor? —le inquirió el coronel con ansiedad—. ¿Puede pasar la infantería?

—Puede hacerlo perfectamente, mi coronel. La ruta de Morococha es relativamente fácil y no está cubierta por las nevazones.

—¡Espléndido! Eso era lo que necesitaba saber.

El mayor Jarpa lo observaba desconcertado.

—Perdón, mi coronel —se atrevió, por fin, a expresarle—, pero no entiendo lo que ocurre. Al regresar a Casapalca me he encontrado con un comunicado suyo ordenándome regresar a Chicla con toda mi gente.

—Ahora todo es distinto, mayor. Esa orden fue dada pensando en que era imposible continuar más allá de la cordillera y que sería preciso esperar una estación más benigna. Pero los informes que usted trae varían completamente la situación. ¡Mantenga usted su campamento en Casapalca, en tanto telegrafío al contralmirante Lynch a Lima! La respuesta no tardará más de una hora en llegar. Espere usted aquí, en Chicla, y sabremos qué pasos daremos.

La contestación que esperaba Gana llegó, efectivamente, antes de una hora, pero no la firmaba Lynch sino el jefe del Estado Mayor, y su contenido era totalmente contrario a lo que el jefe de la campaña imaginaba.

Gana se sintió anonadado. El Estado Mayor no sólo prohibía que se mantuviera el dominio de Casapalca, sino que rechazaba la continuación de la campaña al otro lado de la cordillera occidental hasta la próxima primavera, hasta que cesaran las lluvias y tormentas.

—Pero si yo he comprobado que se puede cruzar la cordillera

por la ruta de Morococha, pese a las lluvias. Ésta será la única oportunidad que tendremos de caer sobre el enemigo desmoralizado y deshecho.

—¡Lo sé!… ¡Lo sé! —vociferó el superior—. Pero ¿cómo hacer comprender eso a los jefes del Estado Mayor? Desde aquí es imposible. La única solución que cabe es que usted tome el tren que baja mañana a Lima y vaya a explicar todo lo que sabe a los miembros del Estado Mayor. —Baje usted a Lima, mayor Jarpa.

5

Una multitud polvorienta y maloliente de indios e indias se apiñaba en las graderías de la plaza de postas de Tarma, en espera de las carretas que hacían el tráfico desde Oroya, cuando tres mulas cansadas, que cargaban a dos mujeres y un hombre, hicieron su aparición en la desembocadura del camino y entraron al pueblo.

Nadie hubiera reconocido en aquellas mujeres, ojerosas por la tierra y el cansancio, con los mantos y el calzado grises de suciedad, a Leonora Latorre y a su compañera Elcira. El propio Belisario Barriga, por naturaleza oscuro de tez, parecía un auténtico mulato, por efectos de la larguísima travesía que habían hecho desde la costa. Diecisiete días duraba el viaje. El coche en que partieron las mujeres fue vendido en Sisicaya ante la imposibilidad de continuar en él por los escabrosos y angostos caminos serranos. El resto del trayecto lo hicieron a lomo de mulas. En tan penosas condiciones fueron subiendo y bajando las altísimas montañas, victimas del soroche, del frío y de la lluvia; pernoctando en los sucios caseríos indios, alimentándose con la comida extraña de las aldeas. Diez días cabalgaron desde Sisicaya, por la ruta de Negro Bueno, Acolla, Oroya, hasta Tarma.

Las dos chilenas llegaban enfermas de extenuación a este último lugar y apenas se tenían en pie cuando desmontaron junto al abrevadero de la plaza para que bebieran las bestias.

Belisario Barriga las contemplaba con el ceño fruncido. Su carácter se había tornado más y más violento a medida que el cansancio del viaje lo afectaba a él también. Así, remeció a Elcira por un hombro.

—¡Basta ya! —le observó con acritud—. Está bueno. Yo estoy tan sucio como ustedes, pero sé que debemos buscar alojamiento. Es

suerte que hayamos llegado en momento en que cesó la lluvia, pero no tardará en volver a caer. Y buena cosa sería que nos caláramos otra vez por culpa de ustedes.

Elcira se desprendió de su mano con un brusco tirón y le gruñó por lo bajo:

—Como vuelva a zamarrearme, pedazo de bruto, voy a armarle un escándalo que se va a oír hasta en el cementerio.

—¡Andando, andando!… ¡Hay que buscar hospedaje, qué caray! —insistió el hombre.

Ninguna de las dos mujeres se movió de su sitio; sólo Leonora levantó hacia él su rostro y le rogó cansadamente:

—Vaya usted solo, Barriga. Nosotras necesitamos descansar un poco. Lo esperaremos aquí. Podrá moverse más rápidamente sin nuestro estorbo.

—Bastante han estorbado ya, es cierto —masculló el hombre—. Regresaré tan pronto encuentre un alojamiento. —Pero antes de alejarse, les advirtió en voz baja—: Y no hablen con nadie, ¿eh? En esta tierra no es bien visto que las mujeres hablen con extraños; además, tendrían que hacerlo en quechua y ¡maldito lo que entienden ustedes la lengua de la sierra!

Las dos mujeres lo vieron alejarse con alivio. Leonora parecía la encarnación del desamparo y del abatimiento. Elcira la tomó de los hombros y la echó suavemente hacia atrás, para que apoyara la espalda en el bebedero.

No se preocupe por la facha, mi niña —le rezongó con maternal autoridad, al observar que la joven no se ponía cómoda por cuidar de su apariencia—. Para semejar auténticas indias tenemos que mostrarnos desaliñadas y flojas.

Leonora se abandonó a los manejos de su compañera, quien le acomodó el manto, para abrigarle el cuello y el rostro.

—¿Cómo se siente, mijita? —le dijo con ternura.

—Muy mal, vieja —suspiró Leonora sin alzar los párpados—. Creo que me voy a enfermar de veras si no consigo tenderme en una cama y descansar durante dos días, por lo menos. Ha sido demasiado.

La mujer aprobó con un gruñido. Había sido demasiado, bien lo sabía.

—Ojalá ese cholo mal nacido encuentre dónde alojarnos —

reflexionó con rencor mientras la acunaba—. Duérmase, Leonorcita. Yo cuidaré de que no le pase nada —le decía acariciándole la frente —. Descanse, mi niña, descanse.

Comenzaron a correr los minutos con insoportable lentitud. Leonora se había dormido con el rostro escondido en el regazo de su abnegada compañera. Ésta la miraba con triste ternura y volvía de vez en cuando los ojos hacia la callejuela por donde había desaparecido Belisario Barriga. Encontrados pensamientos cruzaban por su ruda cabeza. Hubiera querido arrancarla de los trabajos que venían a realizar y llevársela al momento a Chile, pero comprendía la imposibilidad de tal deseo. Ya no podrían salir de Tarma hasta que el ejército chileno se abriera camino hasta allí y nadie podía precisar el tiempo que tardaría en ocurrir eso.

Absorta en sus reflexiones, no se percató de cuándo empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Sólo vino a darse cuenta de aquella calamidad cuando los goterones se convirtieron en un súbito aguacero. Presurosa, envolvió mejor a Leonora, cubriéndola con su propio rebozo, y apegó su cuerpo al de ella para traspasarle su calor. Pero la lluvia arreciaba y era una locura mantenerse en aquel lugar. Desesperada, buscó con la vista algún reparo próximo. El único que existía era el alero de la casa de postas, ocupado por las indias que se habían refugiado a su amparo, alineadas contra el muro.

Siguió esperando, corriéndole la lluvia en hilillos por el rostro. Leonora, vencida por el agotamiento, dormía totalmente indefensa. Elcira comprendió que si continuaban allí inmóviles, a más de llamar la atención de toda la gente, concluirían por enfermarse. Se decidió a despertar a su señora. Pero, cuando iba a remecerla, vio venir por la callejuela a Barriga. Éste llegaba agitando los brazos y renegando como un condenado.

—El único hotel que existe en el pueblo está atestado por la gente que ha llegado huyendo de la zona recientemente ocupada por los chilenos —rezongó el hombre con mal humor no disimulado.

—Pero alguna casa habrá donde acepten alquilar un par de habitaciones —consideró la chilena con ansiedad.

—¡No hay! ¡No hay! —negó rabiosamente Barriga—. He preguntado en todas partes. ¡Maldita sea! Y esta lluvia que arrecia.

Es estúpido esperanzarse en que va a pasar pronto. Las lluvias de las sierras duran, por lo menos, tres horas sin amainar. Nos quedan pocos caminos para elegir. Nos aguantamos aquí hasta que deje de llover, ganándonos una pulmonía segura, o nos vamos a pedir albergue a las bodegas del obispo Del Valle, destinadas a alojar a los fugitivos de guerra.

—¿Qué inconveniente habría en que nosotras nos cobijáramos en esas bodegas? —le interrumpió Elcira.

Barriga lanzó una carcajada despectiva.

—Ustedes que son tan remilgadas, ¿podrían dormir, comer, convivir en todo con los indios de los poblachos de las sierras, con las mulatas, con las cholas o con las chinas que han huido de sus inmundos caseríos como bestias despavoridas? —preguntó con insolente ironía.

Elcira movió la cabeza negativamente y la doblegó sobre su dormida compañera.

—Leonorcita ha soportado excesivas pruebas —murmuró—. ¿En qué otra posibilidad pensaba usted?

—Doña Justa Dorregaray viuda de Cáceres posee una gran casona junto a la parroquia. En ella le sobran habitaciones y las ha dedicado a enfermería de heridos de guerra. Pero, en ocasiones especiales, da albergue a personas que huyen de los chilenos.

La mención del nombre de aquella señora hizo encenderse una leve luz en el fatigado cerebro de la chilena. No del todo segura de haber oído bien, pidió a Barriga que le repitiera el nombre.

—Doña Justa Dorregaray de Cáceres —dijo otra vez el peruano.

La mujer se quedó contemplándolo con extrañeza. Doña Justa Dorregaray era, sin duda, la persona a quien más les convenía acercarse para el cumplimiento de la misión que traían.

—Esa señora es la madre del general Cáceres —le explicaba innecesariamente el peruano—. A su casa llegan todos los jefes militares y los personajes importantes del bando rebelde: diputados, alcaldes, hacendados, jefes de guerrillas y los políticos que huyen de Lima.

Elcira imaginó el peligro que representaría para ellas entrar en esa casa tan llena de combatientes activos, recelosos de todo.

—¿Actualmente hay muchos de esos señores en la casa de la madre del general? —consultó a su acompañante.

—¡Cómo quieres que lo sepa, por un cuerno! —renegó el peruano, enfadado por la ingenuidad de la pregunta.

Su voz hiriente tuvo la propiedad de intranquilizar a Leonora, dentro de su sueño.

—Elcira, tengo frío —se quejo débilmente, sin despertar.

—Quédese tranquilita, mi niña —la reconfortó la mujer, cubriéndola más con su cuerpo—. Ya vamos a encontrar donde acostarla.

La situación desamparada de su ama y su evidente desvalimiento fueron suficientes para que Elcira se sintiera decidida a todo con tal de socorrerla.

—¿Cree que podrá convencer a la señora Dorregaray de que nos conceda alojamiento aunque sea por una noche?…

—Nuestro cuento del matrimonio que viene a la sierra porque la esposa está enferma y necesita clima de altura convencería al individuo más duro de alma —dijo el peruano, con una mueca sardónica— y la viuda de Cáceres es famosa por su nobleza de espíritu.

—Bien. Ni una palabra más. ¡Vamos allá altiro! —determinó resueltamente Elcira.

—Debo advertirle que es posible que encontremos allí hasta al propio general Cáceres —le hizo ver Barriga.

—En este momento lo único que me importa es que Leonorcita encuentre un lecho donde descansar y reponerse —le replicó categóricamente la chilena—. Bien, vamos andando, Leonorcita.

La joven no tenía ánimos para atender a nada de lo que la rodeaba y caminaba arrastrando los pies, que se le iban poniendo cada vez más pesados por el barro que se adhería a sus zapatos.

Elcira, consciente de la zona peligrosa en que estaban, se había corrido el manto hacia la nuca y se dedicaba a observarlo todo, sin importarle que la lluvia le corriera por el rostro. Gracias a eso, pudo formarse una idea aproximada del pueblo en que se introducían. Éste estaba compuesto por unas ocho manzanas de casas de piedra y barro, techadas con paja de Ichu. En el centro se abría una pequeña plaza cuadrada, a uno de cuyos costados se alzaba una antigua iglesia de piedra, con aguzada torre de madera. En el costado contrario de la plaza se extendía un portal de horcones toscamente labrados, que servía a los pobladores para guarecerse del sol y de la

lluvia.

Por el flanco izquierdo del templo corría una calle ancha, bordeada de tapias altas, por sobre las cuales asomaba la abigarrada arboleda de las quintas.

Barriga se encaminó hacia una de éstas, contigua a la casa parroquial. Marchaba delante de las dos mujeres, nervioso y malhumorado. Tomó la soga de la campana con mano vacilante y tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para decidirse a tirarla.

Transcurrió más de un minuto antes de que en el interior dieran manifestaciones de vida, tiempo que aprovechó Elcira para examinar el frontis de la quinta. Además del arco de entrada, hacia ambos lados, sólo se veía la tapia de adobones, alta y hostil.

«Una fortaleza o una cárcel —pensó la mujer—. De ella no se podrá salir sin la autorización de su dueña».

Con ruido inesperado, porque no se habían oído pasos, se abrió una pequeña mirilla ubicada en uno de los batientes del portón, y a través de las delgadas varillas de hierro que la enrejaban, se entrevió el rostro de un mulato viejo.

Barriga le mencionó el nombre de doña Justa Dorregaray y le hizo ver que eran viajeros que buscaban la hospitalidad de la casa. Esperaron algunos minutos, mientras el criado iba a transmitir el recado. Por fin, se oyeron voces, sofocadas por el ruido de la lluvia, y el portón se abrió, con arrastrar de trancas y correr de cadenas.

Ante los viajeros apareció una mujer alta y gruesa, de cabello cano ensortijado. A pesar de su cutis pálido, algo había en el gesto de la señora, en la inmutabilidad de sus rasgos, en la extática dignidad con que mantenía alzada la cabeza, que hacía pensar en una india principal, de antigua estirpe.

Leonora apenas pudo formarse una idea de su apariencia, debido al velo que el agotamiento tendía sobre sus ojos.

—Vuestra merced es, sin duda, doña Justa Dorregaray de Cáceres —le pareció oír a Barriga; y luego, la voz lenta y grave de la dueña de casa respondiéndole afirmativamente y preguntando, a su vez, sobre la identidad de ellos.

—Mi nombre es Belisario Barriga, señora —contestó el peruano —. Me acompañan mi esposa Rosario y su doncella. Venimos marchando desde la costa, habiendo dejado Lima hace diecisiete días. Hemos realizado un viaje muy duro y lleno de contratiempos,

el menor de los cuales fue el haber sido espectadores obligados del asesinato del
sacerdote-coronel
don Eugenio Ríos.

—¡Qué bien muerto está! Y Dios me perdone este encono —sentenció la señora con aspereza, desconcertando al hombre.

En ese instante Leonora dejó escapar un involuntario quejido, provocado por el quebrantamiento de su cuerpo.

—Esta niña viene enferma —observó entonces doña Justa, mirando a la joven.

—Mi pobrecilla esposa sufre de debilidad al pulmón desde hace más de un año, señora —terció Barriga, que empezaba a interpretar su farsa, y agregó enseguida con aire de arrepentimiento y culpabilidad—: Cometí la candidez de traerla conmigo a la sierra, con la esperanza de que el aire puro de la altura la repusiera. Pero…

—Ha sido un disparate, señor —le interrumpió la anciana, autoritaria—. La sierra no es, en el momento actual, un lugar adecuado para una mujer enferma. —Sólo ahora pareció recordar que la lluvia caía en forma inclemente y terminó de abrir completamente la hoja del portón, para que pudieran ampararse bajo el macizo arco de piedra, pero no se manifestó dispuesta a invitarlos a entrar. No obstante, murmuró—: Excúsenme ustedes por haberlos demorado a la intemperie; no imaginaba que la señora viniera enferma.

—Es por ella, por mi pobrecita Rosario, que nos hemos atrevido a venir a molestarla, señora —balbuceó Barriga, con expresión contrita.

—Me colocan ustedes en una situación difícil —murmuró con franqueza—. Corrientemente tengo espacio para albergar a los viajeros necesitados. Pero ahora todos los cuartos que destino a los huéspedes están atestados de oficiales enfermos.

Barriga no pudo evitar una contracción de alarma en su rostro. Encontrarse con los oficiales de Cáceres representaba para él un peligro al ser reconocido.

—El azote del tifus se ha descargado sobre el ejército de mi hijo, como una maldición —seguía explicando la dueña de casa—. Durante las últimas semanas, casi un centenar de oficiales ha

contraído la temible plaga. Y entre los soldados el estrago ha sido mayor aún.

Pero algún rinconcito libre habrá en una casa tan grande donde se pueda cobijar mi amita —le expresó Elcira, en una sincera súplica—. Le prometo que no la molestaremos en nada. Yo misma me preocuparé de todas las necesidades de ella.

—No será preciso, mujer —le respondió la señora decidiéndose —. Tengo todos los cuartos de huéspedes repletos de oficiales enfermos, pero puedo hacer un hueco en la casa grande para que alojen ustedes. —Se hizo a un lado y los invitó a entrar a su morada, al tiempo que ordenaba al mulato—: Baltazar, ocúpate de las mulas y dales pienso. —Luego, se volvió a los viajeros diciéndoles—: Sean bien venidos a esta casa. Dispongan de ella todo el tiempo que estimen necesario.

Mientras cruzaban el sendero enarenado, en dirección a la vetusta casona, Barriga iba desgranando un rosario de hipócritas zalamerías.

—Su nobleza confirma las muchas opiniones que hemos oído sobre la hidalguía de los Cáceres, señora. Le agradecemos hondamente lo que hace por nosotros y le aseguro que no la molestaremos por mucho tiempo, apenas el necesario para encontrar albergue en una fonda o en casa de alguna familia que quiera alquilarnos un par de cuartos.

La anciana no le respondió.

Minutos más tarde, los viajeros quedaban instalados en dos habitaciones pequeñas ubicadas en el ala derecha de la casona.

Sin preocuparse más de la dueña de casa ni de Barriga, que quedaron conversando en el corredor enladrillado, Elcira ayudó a su señora a entrar a la primera de las habitaciones y la sostuvo hasta dejarla tendida en un lecho que allí había. Enseguida se dio a la tarea de buscar mantas, las que encontró en un enorme ropero antiguo. Cuando se acercó al lecho a cubrir a Leonora, ya ésta dormía profundamente, rendida por el cansancio. Entonces unos golpes discretos en la puerta anunciaron la presencia de Belisario Barriga.

—¿Duerme ya tu señora? —preguntó en voz baja, reparando en el cuerpo tendido en la cama.

—Duerme como un leño —le respondió Elcira con aspereza,

molesta porque el hombre se hubiera atrevido a entrar en la habitación.

—Tendrá que instalarse en la pieza vecina —le expresó, anticipándose a su propósito.

Barriga levantó los ojos, contrariado, y negó tercamente con la cabeza.

—¡No puede ser! —dijo—. Despertaríamos de inmediato las sospechas de la viuda. No se ha visto que marido y mujer alojen en distintos cuartos.

—Así será, pero usted va a dormir en la pieza del lado. Nadie lo notará, porque las habitaciones están comunicadas por una puerta, de modo que mañana usted podrá salir por esta habitación.

El peruano no parecía dispuesto a aceptar la imposición de la mujer, pero no tuvo tiempo de seguir argumentando, porque los sones alborotados del campanario de una iglesia próxima vinieron a cortar la discusión.

Barriga, presa nuevamente de una intensa nerviosidad, se abalanzó hacia la puerta del aposento y salió al corredor. No tuvo que indagar mucho: En el corredor frontero se hallaba doña Justa Dorregaray y a través del jardín se oían sus voces ordenando a un criado que corriera a prevenir al señor Del Valle.

Simultáneamente con la salida del mulato, Barriga cruzó el jardín y se encaminó hacia la dueña de casa.

—Perdóneme, doña Justa, pero creo entender que ocurre algo alarmante. ¿Sucede algo especial, señora?, —le inquirió, vacilante —. Excuse usted mi curiosidad, pero… en estos tiempos de guerra…

—Puede usted enterarse, señor —le contestó doña Justa volviéndose hacia él, después de comprobar que su criado ya había traspuesto el portón de entrada—. Lo que ocurre es que mi hijo, el general Cáceres, viene en retirada, con todo su ejército, y perseguido de cerca por los enemigos.

—¡Gran Dios! —dejó escapar el renegado, trastornado por el miedo—. Pero ¿cómo ha podido producirse eso? El señor general estaba a las puertas de Lima con tropas suficientes para contener cualquier… —calló intimidado por la mirada llameante de la anciana.

—Así se pensaba que sería —expresó ella entre dientes—. Pero ha intervenido un factor con el que mi hijo no contó: el tifus. La

plaga maldita se ha ensañado con el ejército de Andrés. Sus soldados vienen muriendo a razón de diez o doce por cada día. Ésa fue la causa de que no se pudiera hacer frente a los enemigos, cuando se conoció su avance. Además, esos bellacos urdieron atacar a los nuestros por dos puntos contrarios, para envolverlos. Así, pues, el general Cáceres ha tenido que emprender una dramática retirada, arrastrando a sus enfermos lo más aprisa posible, con la esperanza de cruzar por Chicla antes de que los enemigos se posesionen de ese pueblo.

—¿Y consiguió hacerlo? —le inquirió Barriga sin poder disimular su intensa ansiedad. En el fondo de sí mismo imploraba al cielo que la respuesta de la señora fuera negativa. La llegada del general con su ejército representaba para él la muerte ineludible ante el pelotón de fusilamiento.

—Eso no podemos saberlo todavía; el mensajero sólo estaba en condiciones de informarme que nuestras tropas se hallaban próximas a Chicla, pero mantenían al enemigo a sus talones.

—¡Qué terrible situación, señora! —se lamentó Barriga, retorciéndose las manos. Luego, le inquirió—: ¿Qué haremos, doña Justa?… ¿Qué haremos?

—¿Y lo pregunta usted?… ¡Defendernos, por supuesto! Apoyar con todos nuestros recursos a las tropas de mi hijo, a fin de impedir que los enemigos transmonten la cordillera y entren a este valle.

—Sí, por cierto… Defendernos —balbuceó—. Pero ¿y las mujeres?… Tiemblo al imaginar la suerte que puede correr mi pobrecita esposa, enferma como está.

—Por ella no tiene usted que preocuparse —le expresó la anciana vigorosamente—. Mis criadas y yo velaremos porque nada le ocurra. Pero usted, en cambio, nos prestará el apoyo de su fuerza de hombre. ¿Sabe manejar un fusil?

El renegado se estremeció, empavorecido hasta en sus fibras más íntimas, y balbuceó algo confuso, bailándole los ojos huidizos.

—¿Yo?… Por supuesto… No en forma brillante, pero puedo dar en el blanco a cincuenta pasos —dijo más claramente después.

—¡Magnífico! —aprobó la anciana—. En el momento oportuno le entregaremos un arma y le indicaremos en qué lugar serán útiles sus servicios.

Barriga acató las indicaciones de la señora, tartamudeando, y,

desde ese momento, su único propósito fue el de escabullirse cuanto antes de allí, hurtando el cuerpo a la comprometida situación.

—Vaya usted y calme a su esposa —lo autorizó—. No debemos pensar que estamos perdidos. Mi hijo conseguirá cruzar la cordillera con sus tropas.

El único pensamiento que cabía en el cerebro de Barriga era huir. Acicateado por aquel propósito, volvió a colarse en el dormitorio de sus compañeras e intentó acercarse al lecho de Leonora. Pero ante él se interpuso la figura decidida de Elcira. El peruano intentó inútilmente hacerle comprender la razón de su pánico; la mujer negaba con terquedad y seguía interceptándole el paso hacia el lecho.

—Pues la van a fusilar sobre dormida —le vaticinó Barriga exasperado—. El general Cáceres está a punto de llegar a Tarma y yo soy un desertor de su «Ayudantina». ¿Me entiendes?

—Ya me lo imaginaba —se limitó a responderle Elcira, sin abandonar su actitud desafiante.

—Pero el caso es aún peor, testaruda —le espetó el renegado y, perdido ya el control, terminó por confesarles la traición que cometió con el comandante peruano Ordóñez, a quien acompañó a Lima y entregó a las fuerzas chilenas, semanas atrás.

Elcira hizo una mueca de desprecio y esto terminó de elevar su exasperación hasta el paroxismo.

—Di cuantos insultos te vengan a la lengua, descarada —le gritó en sordina—, pero no olvides que esa traición la cometí en beneficio de los chilenos y que en estos momentos la suerte de tu ama y la tuya están encadenadas con la mía. Si Cáceres y su ejército entran a Tarma, seré reconocido de inmediato y sometido a consejo de guerra. ¿Qué les ocurrirá a ustedes entonces?… ¿No comprendes, estúpida, que la señora Dorregaray revelará que Belisario Barriga viaja acompañado por su esposa y una criada?

—¿Y qué hay con eso? —quiso saber Elcira, sin descubrir adónde pretendía llegar el peruano.

—Que para ingresar en la «Ayudantina» del general Cáceres es requisito indispensable ser soltero. Si a mí me acusan de traición, ¿qué pensarán de las dos mujeres que me acompañan, a una de las cuales hago pasar por mi esposa? Sólo una palabra se les vendrá a los labios: espías.

Sólo ahora pareció que Elcira medía la magnitud del peligro. Su rostro se tornó más hosco y se le aceleró el ritmo de la respiración.

—Usted tiene la culpa de este enredo —lo acusó sordamente—. ¿Qué cree que podemos hacer ahora?

—¡Huir, pues! Solamente eso: huir.

—¿Ahora mismo?…

—En cuanto dejen descuidada la puerta de salida.

Elcira observó el sueño de Leonora y movió la cabeza.

—Es imposible —resumió—. La señorita no podría llegar muy lejos. Si es forzoso arrancar, lo haremos mañana.

Barriga sintió que su desesperación llegaba al máximo. Variando entre la súplica y la cólera, comenzó a explicarle que el caudillo serrano podía llegar aquella misma noche.

Su interlocutora se aferraba a la idea de que Cáceres no conseguiría arrancarse de los chilenos y, esperanzada en ello, se negaba a despertar su ama.

—Es disparatado confiarse en esa posibilidad —le insistió el peruano—. Los guías de Cáceres y él mismo conocen los pasos de la cordillera como sus propias manos. Conseguirán escabullirse y llegar a Tarma.

Elcira no se resignaba a aceptar las razones del hombre. Consideraba que aun cuando los hechos ocurrieran como él los presentaba, todavía podían disponer de algún tiempo. Eso daría tiempo a Leonora para descansar y reponerse. Y como Barriga volviera a exasperarse, acalló sus protestas plantándose ante él con determinación irreductible.

—Mire, don Belisario —le espetó—, me doy cuenta clara del peligro, pero veo también que de esta casa no podremos salir con luz de día. Faltan unas tres horas para que oscurezca. Así es que, si le parece conveniente, vaya aprestando las mulas, que yo ordenaré entretanto nuestras bolsas de viaje. Pero a la señorita la vamos a dejar dormir hasta cerrada la noche.

Barriga procedió con las alas que le prestaba el miedo. Ocultando sus movimientos, se deslizó hasta la pesebrera, ubicada a un costado de la casona y provista de una salida independiente a la calle. Observó que las bestias en que habían llegado estaban bien alimentadas y que los aparejos se hallaban colocados sobre varas horizontales. Llegado el momento, sería cuestión de pocos minutos

ensillarlas y sacarlas por el portón. Tranquilizado a ese respecto, se lanzó a la calle.

El pueblo estaba profundamente conmovido por las noticias que llegaban de la cordillera. Unos decían saber que el general había dejado muy atrás a los chilenos y que venía acercándose a Tarma rápidamente; otros hablaban de una feroz batalla que se estaría librando en las cumbres mismas, y había unos terceros que hasta aseguraban que el ejército de la breña había aplastado totalmente a los chilenos.

Pero hubo algo que hizo estremecer a Barriga. Fue ver pasar varios grupos de hombres armados desfilando hacia los linderos del pueblo. Consiguió enterarse de que eran milicianos organizados por el señor Del Valle, el hacendado más poderoso de la región, sobrino del obispo del mismo apellido que regía la diócesis de Huánuco. El renegado adivinó la misión que estaban empezando a cumplir esos milicianos y, a toda prisa, regresó a la casa. Comprendía que si pensaban poner en práctica el propósito de fugarse, tendrían que salir de Tarma antes de que los milicianos cortaran todas las vías de escape.

A paso vivo cruzó el portón de la pesebrera que habían dejado entreabierto, y fue deslizándose sigilosamente por los corredores en dirección al aposento donde estaban Elcira y Leonora.

Entraba ya al pasadizo del segundo patio cuando le salió al encuentro la propia señora Dorregaray. Ésta llevaba en la diestra un fusil y en la otra mano un cinturón con cartucheras en que tintineaban las balas.

—Supuse que salió a la calle a inquirir noticias, pero que regresaría pronto. Estaba, pues, esperándole —le dijo la dama.

El traidor inclinó varias veces la cabeza, sometiéndose, desesperadamente, a las disposiciones de la anciana. Ésta siguió hablando, sin reparar en la cohibición del hombre.

—No tenemos tropas —decía—. Las de Arequipa y del Cuzco, que debieran estar aquí para cubrir riesgos como el que estamos corriendo, no vendrán nunca. Las envidias y las mezquindades de quienes las comandan harán que esos falsos patriotas prefieran el sacrificio de mi hijo y de sus hombres. Pero para suplir la falta de aquellos traidores existen en este pueblo peruanos de corazón bien templado. Tarma no debe caer en poder de los enemigos; el ejército

de Andrés tiene que ser reforzado para resistir el embate.

—Pero… ¿se sabe que el general Cáceres necesitará ayuda? —aventuró débilmente Barriga.

—Entre mi hijo y yo ha existido siempre una comunicación espiritual muy curiosa; y ahora siento que él viene acercándose y que nos necesita. Créame que no me equivoco, señor Barriga. Tome usted este fusil y estas balas y vaya a presentarse en la casa del señor Del Valle, al lado de la parroquia. Ahí se está dando destino a los milicianos.

—¿Pero qué podremos hacer los milicianos sin organización, señora? —intentó oponer el renegado, como última objeción, pero la anciana acalló su protesta sin darle tiempo a explayarse más. La milicia estaba siendo organizada apresuradamente por hombres experimentados, que, aunque viejos, actuarían en calidad de oficiales.

—Bien, señora, le obedezco —se resignó el hombre—. Pero no adivino qué tareas podré cumplir.

—Por el momento, cooperar en la que están realizando los demás desde hace dos horas.

—¿Cuál, doña Justa?…

—Cercar el pueblo con un cordón de hombres armados para que no se puedan fugar los cobardes que tienen miedo de empuñar las armas en favor de la causa de la patria.

Barriga volvió a encogerse, como un delincuente en descubierto, y observó a la señora, temeroso de que ella hubiera logrado penetrar en su pensamiento. Pero, afortunadamente para él, la anciana estaba demasiado absorbida por los suyos propios para reparar en la actitud de su interlocutor.

—Mañana vamos a organizar un batallón completo —decía—. En él formarán todos los criados de las casas y los peones de las haciendas, sin distinción de edades. Desde este momento en adelante nadie podrá entrar o salir de Tarma, y aquel que lo intente será fusilado, para escarmiento de los demás.

Sin agregar otras palabras, la señora se separó del hombre y se perdió en la penumbra que envolvía al corredor.

Belisario Barriga quedó anonadado. Se daba cuenta de que el pueblo de Tarma se había convertido en una trampa mortal para él. Los acontecimientos, encadenados con toda celeridad, apenas le

habían dejado tiempo para vislumbrar el peligro y ya todas las posibilidades de huida le estaban negadas. En la confusión que los hechos creaban en su cerebro, el panorama que se presentaba ante él se reducía a dos factores: los milicianos habían tendido un cerco en torno a Tarma y fusilarían a quien intentara romperlo; por otro lado, el ejército serrano llegaría directamente a Tarma, si lograba eludir a los chilenos. Así, pues, la única remota posibilidad de salvación que se le presentaba residía en que el ejército de Chile consiguiera batir al de Cáceres. Pero si esto no ocurría, el caudillo serrano o cualquiera de los miembros de su «Ayudantina» lo encontraría encerrado en el pueblo, como en una ratonera. Eso significaba para él el fin de los traidores, la muerte ante un piquete de fusilamiento.

Desde ese momento, Belisario Barriga dejó de pensar en las dos mujeres que habían sido confiadas a su custodia, para atender, desesperadamente, a su propia salvación. Pensó que un hombre solo, provisto de un buen fusil, podría esfumarse en la oscuridad de la noche. Y se sintió dispuesto a huir de la trampa en que se hallaba encerrado, aunque tuviera que abrirse paso matando a cuantos compatriotas se le pusieran por delante.

Aferrado febrilmente a su propósito, no intentó siquiera prevenir a sus acompañantes. Deslizándose hasta la pesebrera, aparejó una mula y la sacó a la calle tirándola del ronzal. Después de cerciorarse de que nadie lo observaba, montó sobre ella y se alejó en dirección a los cerros del sur. Confiaba en hacerse pasar por miliciano que iba a ocupar un puesto de observación en las márgenes del pueblo; y si, a pesar de todo, intentaban detenerlo, dispararía sin piedad.

Al trote rápido de la mula descansada, se perdió en la noche.

Elcira se había quedado adormilada en una silla, velando a su ama y esperando el regreso de Barriga. Despertó bruscamente al ruido de unos golpes secos en la puerta del dormitorio. Se incorporó sobresaltada y confusa, sin poder precisar el lugar en donde se hallaba y el tiempo que llevaba durmiendo, pero el aspecto de la vela, ya muy consumida, le permitió calcular que habían pasado varias horas.

La repetición de los golpes terminó de despertarla y de volverla a la realidad. Cuando abrió la puerta, sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. Era doña Justa Dorregaray. La altiva señora estaba inmóvil y observaba hacia el interior con pupilas duras e inquisidoras.

—¡Despierta a tu ama! —le ordenó autoritariamente—. Necesito hablarle al momento.

Elcira, desconcertada y asaltada por inquietantes presentimientos, se volvió hacia el lecho y sintió una especie de alivio al observar que Leonora estaba sentada entre las mantas y contemplaba a la dueña de casa con semblante tranquilo y despejado.

—Hágame el favor de entrar, señora Justa —dijo la agente con suavidad—. Estoy despierta, como usted ve.

Desde el momento mismo en que Leonora había visto aparecer la figura alta y severa de la viuda Dorregaray y distinguió su rostro ensombrecido, adivinó que estaba ocurriendo algo muy grave. El descanso que había disfrutado durante varias horas la había repuesto casi por completo; su cerebro, ya despejado, respondía con la agilidad de siempre. Calculó que debían ser las dos de la madrugada y dedujo que la presencia de la austera señora en la habitación a hora tan tardía no podía obedecer sino a una causa muy poderosa.

Mientras la anciana se aproximaba al lecho, clavando en ella sus ojos penetrantes, la joven discurrió seguir escudándose en su ficción de enferma. Volvió, pues, a dejarse caer sobre la almohada y entornó los párpados, con aire de desfallecimiento.

La madre del general Cáceres se detuvo junto a la cabecera de la cama y habló secamente.

—Excúseme por turbarles el sueño a medianoche —dijo con severa cortesía—, pero ha ocurrido algo que es tan extraño como grave. —Como Leonora hiciera ademán de incorporarse nuevamente la detuvo con un movimiento majestuoso de su diestra sarmentosa y prosiguió—: He venido exclusivamente a hacerle una pregunta: ¿Dónde está su marido, señora?

La agente se sintió cogida totalmente por la sorpresa.

—¿Mi esposo?… Duerme en la habitación vecina. ¿No es así, Elcira?

La criada, igualmente perpleja, pero presintiendo que se ocultaba algo inesperado tras la pregunta de la señora, trató de tantear el terreno:

—Como mi niña venía agotada y necesitaba descansar tranquila, el señor determinó dormir en el cuarto del lado y…

La anciana no la dejó proseguir.

—¡Pues no es así! Y lo que vengo a indagar de usted, señora —agregó volviéndose a la supuesta enferma—, es la razón por la cual no es así.

Leonora agitó la cabeza con desazón, manifestando no entenderle.

—Sus preguntas, sin explicaciones, no hacen más que confundirme, doña Justa —le decía en tono lastimero—. Mi esposo ocupó la habitación vecina, como afirma Elcira, y yo no puedo saber más. —Debatiéndose en el lecho, se dirigió a su compañera—: Por favor, mujer, golpea la puerta y cerciórate de su…

—¡Es inútil, señora! —la atajó la anciana con sequedad—. Su esposo no está allí.

—Pues ¿dónde está entonces? —musitó apenas, terriblemente consternada.

—¡Ha sido apresado cuando intentaba huir de Tarma! —declaró.

Leonora se llevó la diestra a los labios, como si intentara sofocar un grito. Le temblaba la barbilla y parecía imposibilitada para articular palabra. Por fin, habló balbuceando:

—¡Apresado!… ¿Intentaba salir de Tarma sin decirme nada?… ¿Para qué?…

—Razón muy poderosa debe haberlo impulsado, ya que trató de abrirse paso a tiros, cuando se le dio el alto —prosiguió doña Justa sin quitarle los ojos de encima—; y sólo dejó de resistir al ser alcanzado por una bala de los milicianos que lo interceptaron.

La agente dejó escapar un gemido, como si aquella información la tocara muy cruelmente en sus sentimientos.

—¿Lo hirieron?… ¿De gravedad, señora? —le inquirió, demostrando una profunda aflicción, para ganar tiempo y pensar mientras desarrollaba su farsa.

—Lo hirieron como a los cobardes que tratan de huir: en una pierna —le explicó la anciana con desprecio—. Ahora está preso. Al ser interrogado, declaró que alojaba en mi casa y por eso vinieron a

participarme su arresto.

—¡Señora, por Dios! —balbuceaba dolorosamente—. No sé qué encierra todo esto. Mi esposo nunca me participa sus determinaciones.

—El señor apenas habla con mi niña —acotó Elcira, adivinando el curso que la joven iba a darle a la escena.

El llanto de Leonora y el acento sordo con que se expresó la criada ablandaron la rigurosidad de la anciana. Observó:

—Pero ¿qué clase de hombre es que abandona a su mujer enferma en pueblo extraño, en casa ajena? ¿Qué laya de peruano es que, en una situación de peligro como la que estamos viviendo, responde a un llamado a sus sentimientos de patriota tratando de fugarse?…

—Belisario ha sido siempre extraño —musitó Leonora afligida—. Nunca me he quejado, porque lo acepté por esposo ante Dios; pero bien sabe el cielo que no lo entendí jamás.

—El matrimonio ha sido una cárcel llena de sombras para mi niña —agregó Elcira en un murmullo lleno de rencor—. Y mal está que yo me meta a decirlo, pero la pobrecita ha soportado un calvario.

—Pues si no habla ella, hazlo tú —le exigió imperiosamente doña Justa—; explícame por qué ese hombre defraudó mi hospitalidad y enlodó su patriotismo.

—Porque es un cobarde, nada más. Porque es valiente y colérico sólo ante la debilidad de su esposa.

—¡Elcira, por la Virgen, es mi esposo! —gimió la joven dolorosamente.

—… entonces se encoge como el cobarde que es —insistió la mujer, sin hacer caso de la protesta de su ama—. Desde que empezó la guerra ha vivido escondiéndose. Mi pobre niña enfermó porque él no tenía el coraje de salir a la calle a ganarse el sustento por miedo a que lo ingresaran en las filas.

Elcira calló bruscamente y se quedó con la cabeza gacha. Sin alzar el rostro, concluyó en voz baja:

—Eso es todo, mi señora doña Justa.

—¡Desertor por miedo! ¡Qué asco de hombre! La compadezco, niña —replicó la anciana.

Leonora levantó el rostro de la almohada y fijó en la viuda sus

ojos arrasados en lágrimas.

—¿Qué será de Belisario, señora?… ¿Y de nosotras?

La anciana las abarcó a ambas en una profunda mirada y luego les dijo, ya sin enojo:

—Usted no tiene nada que temer. En cuanto a él, será entregado al arbitrio de mi hijo, el general Cáceres, cuando llegue a Tarma. Y si no viene, lo juzgarán las autoridades de este pueblo.

Rápidamente abandonó la estancia y cerró la puerta con un golpe.

De inmediato la actitud de las dos mujeres cambió en forma radical. Leonora se incorporó vigorosamente en el lecho.

—¡Cobarde, miserable! ¡Intentar fugarse dejándonos abandonadas aquí! —farfulló Elcira.

Leonora no dijo nada, pero la expresión de su rostro hablaba claramente de la celeridad con que trabajaba su cerebro. Comprendía que Belisario Barriga trataría de ganarse la clemencia de sus jueces confesando todo lo que sabía, y lo primero sería que sus acompañantes pertenecían al servicio secreto chileno. Sin embargo, consideraba que aún les quedaba tiempo para planear una forma de evadirse, puesto que el renegado seguramente no las había delatado todavía; no le convenía hacerlo. Hasta ese momento sólo se lo acusaba de desertor. Pero cuando llegaran los hombres de Cáceres y lo identificaran como el traidor que vendió al comandante Ordóñez, entonces su suerte se definiría frente a un pelotón de fusileros. Al tener que arrostrar la sentencia de muerte, el traidor se decidiría a confesarlo todo, para obtener clemencia.

Las dos chilenas, sin necesidad de comentarlo entre ellas, comprendían que sus vidas estaban pendientes de un remoto azar que mantendría sellados los labios del renegado.

—Sólo veo una posibilidad de salir de esta trampa —reflexionó Leonora, al cabo de varios minutos de ardua meditación—. Mientras Cáceres no logre llegar a Tarma, no estaremos corriendo un verdadero peligro. Barriga será acusado de desertor, pero le sobrarán argucias para dilatar la sentencia; pero si el general Cáceres cruza la cordillera, la acusación será de traidor a su patria y su sentencia nos envolverá también a nosotras. No obstante, en la misma llegada del ejército de Cáceres veo nuestra única posibilidad de salvación. Los breñeros vienen en fuga, desorganizados,

arrastrando con ellos una masa confusa de enfermos; es lógico imaginar que entrarán a Tarma en gran desorden. Durante las horas que tarden en establecerse en este pueblo imperará una gran confusión. Es en esos momentos caóticos en los que yo veo nuestra oportunidad para escabullirnos fuera de Tarma. ¿Me has comprendido? —concluyó Leonora.

Elcira afirmó con un gesto grave, pero agregó:

—Como comprendo también que nos vamos a jugar la vida en la fuga, señorita.

—Sin duda —le confirmó su compañera—. Pero quedarnos aquí representa la muerte sin alternativa. Tendremos que arriesgarnos a intentar el cruce de la cordillera occidental para llegar hasta las líneas chilenas.

Elcira cerró los ojos. Imaginaba, con pavor, lo que representaría para dos mujeres solas el cruce de la cordillera nevada, azotada por las tormentas de esa estación. Sin embargo, comprendía, al igual que su ama, que no les quedaba elección posible.

—¿Y mientras tanto qué haremos? —se limitó a consultarle.

—Continuar en esta comedia que estamos representando. Yo seguiré fingiéndome enferma y tú me cuidarás como si lo estuviera y muy grave. Pero nos iremos preparando para la fuga. Mañana mismo te encargarás de observar dónde están nuestras mulas y de averiguar en la calle, en forma muy discreta, cuáles son las rutas que trasmontan la cordillera. Por ahora trataremos de seguir durmiendo para estar bien descansadas cuando llegue el momento de entrar en acción.

—¡Cualquiera duerme en estas circunstancias! —gruñó Elcira; pero como su ama volviera a acomodarse en el lecho y a envolverse en las mantas, se decidió a imitarla.

Muy de madrugada comenzaron los trajines en la casa de la señora Dorregaray. Poco después de las siete, una chola llevó el desayuno a las dos chilenas y, mientras lo tomaban, se presentó en la puerta del dormitorio la dueña de casa. Sin entrar a la habitación inquirió por el estado de Leonora y se dispuso a marcharse al momento. Elcira la retuvo para preguntarle a qué horas se oficiaba la primera misa. Era el pretexto que quería dar para salir a la calle. Gracias a eso no encontró inconvenientes cuando lo realizó media hora más tarde. Envuelta en su manto negro avanzó por el pueblo

hasta la plaza. Ésta se veía llena de gente, destacándose los milicianos por el fusil que portaban y los terciados que les cruzaban el pecho. Había gran conmoción y muchos jinetes iban y volvían desde el camino del este.

La espía se introdujo en la multitud y fue escuchando los comentarios.

—De modo, pues, que nuestro ilustre general viene ya, ¿verdad? —les dijo Elcira a dos cholos fingiendo el tono arrastrado y monocorde de las indias.

—Nada podemos saber de segurito, pues, chola —le respondió uno de ellos—. Aquí estamos aguantando las bestias de los señores, que van a salir a ver por sus propios ojos.

—¿Y las gentes de Oroya y de los poblachos de la cordillera no han bajado con novedades, pues? —siguió indagándoles la chilena.

—Han bajado, pero no se ponen de acuerdo, ¿sabes? —rió el otro—. Unos dicen que el ilustre general cruzó la cordillera por el paso de Piedra Parada anoche y descendió por el mineral de Morococha hasta Oroya. Pero otros aseguran que divisaron a la columna pasando por La Galera, en dirección a Yauli, para bajar a Pachachaca.

Elcira abrió la boca, en un gesto de cómica sorpresa.

—¿Y cuántos caminos hay entonces para venir a Tarma, Virgen Santa? —exclamó.

—Esos dos no más, pues, mujer —le respondió uno de los sirvientes, pero el otro se apresuró a corregirle, con risa boba.

—No, cuñado. También el benemérito general puede sacarles el cuerpo a los bandidos chilenos tomando por la ruta de Marca Pomacocha.

—Es cierto que existe esa ruta, pero es muchísimo más larga —le observó el interpelado—. El ilustre general, que anda con sus tropas muy cansadísimas, no iba a cometer…

No concluyó su reflexión, porque en ese instante sonó una corneta en el extremo poniente del pueblo y, casi simultáneamente, se vio entrar al galope por la callejuela principal a un grupo de jinetes.

—Ahí llegan nuevos exploradores. Segurito que traen novedades de peso —exclamó uno de los cholos y se alejó a toda prisa, imitado por su compañero.

La muchedumbre se disolvió vertiginosamente, abalanzándose hacia la iglesia, donde se habían detenido los jinetes.

Elcira se disponía a mezclarse otra vez con los curiosos, cuando la sensación punzante de unos ojos clavados sobre ella la obligó a volver un tanto la cabeza, y lo que entonces vio la hizo cubrirse de sudor helado. A pocos metros de ella, interponiéndose apenas unas cuantas personas dispersas, se erguía un viejo señor, de cabello canoso y penetrantes ojos azules. Aunque vestía ropas de civil y se cubría con un sombrero de ala, la chilena lo reconoció al instante. Era el general Juan Buendía.

Elcira sintió como una puntada en mitad del pecho, y se zambulló en la muchedumbre. En un cruce a través de aquel mar humano, pese a su nerviosidad, alcanzó a oír voces alborozadas y algunos vivas al Perú. Sin detenerse a averiguar la causa de aquel regocijo, atenta sólo a no ser seguida por el viejo general, se introdujo en la callejuela más próxima, orientándose enseguida hacia la casona de la señora Dorregaray.

Acababa de entrar en ella y cruzaba el primer patio, cuando escuchó las campanas de la parroquia echadas a vuelo. Casi al mismo tiempo un jinete traspuso el portón al galope y frenó su caballo frente a las habitaciones de la dueña de casa.

—¡Señora doña Justa! —gritaba el jinete—. ¡Mi señora doña Justa, se ha salvado el ejército de la breña! ¡Salga a celebrar con todos!

Una puerta se había abierto a las voces del explorador y en ella apareció la figura austera de la señora Dorregaray. Sus ojos brillaban por la alegría y su voz hacia patente su emoción.

—¡Se salvó mi hijo! ¡Gracias, Dios mío!

Tardó algunos segundos en reponerse y sólo después tuvo aliento para inquirir mayores detalles.

El general Cáceres había entrado aquella mañana en Oroya y proseguiría su marcha hacia Tarma, después de conceder un breve descanso a sus tropas. El mensajero calculaba que llegarían al pueblo a medianoche o al amanecer del día siguiente.

Elcira, que escuchaba desde la arcada que conducía al segundo patio, doblegó la cabeza como golpeada por un mazazo. Mientras las campanas repicaban, se escabulló a toda prisa hacia el dormitorio de Leonora.

Apenas abrió la puerta se dio cuenta de que su señora adivinaba lo ocurrido, interpretando el batir de la campanería.

—Se salvó el ejército peruano, ¿no es así? —le dijo Leonora desde su lecho.

—Está ya en Oroya —le explicó mientras iba guardando ropas atolondradamente en las bolsas de viaje—. Dicen los exploradores que el general Cáceres y su gente entrarán a Tarma esta noche o mañana al amanecer.

Leonora saltó de la cama ágilmente y empezó a vestirse.

—Preparémonos a partir nosotras entonces —iba diciendo—. Aún podremos disponer de bastantes horas para escabullirnos de Tarma y alejarnos. ¿Averiguaste las rutas que podemos tomar?

Elcira le explicó que las rutas eran tres, pero nadie sabía hasta ese momento cuál habría de ser la que ocupara Cáceres en su regreso.

—Lo sabremos muy pronto. La propia madre del general nos la indicará —reflexionó Leonora:

—¿Se lo preguntará usted?

—Si viene a vernos y me da la oportunidad. De lo contrario, lo indagaremos en la calle.

Elcira agitó la cabeza desconsoladamente. Acababa de recordar el encuentro que había tenido no hacía muchos minutos.

—A la calle no podremos aventurarnos, sino de noche —dijo acongojada—. Acabo de encontrar, frente a la iglesia, al general Buendía.

—¡Juan Buendía! —musitó Leonora impresionadísima, con la mirada clavada en el vacío—. Si me encuentra aquí, o me dispara su propia pistola o me hace arrestar al momento.

—¿Qué vamos a hacer, mi niña? —le consultó Elcira, afligida.

—Esperar, esperar sin movernos de este cuarto —le respondió tensa, con voz ronca—. ¿Están las mulas en un sitio donde podamos hallarlas fácilmente?

—Sí, señorita.

—Bien. Mantengamos la calma a todo trance. Esperemos confiadas en la suerte que hasta ahora nos ha acompañado. Trata de dormir durante el día, porque esta noche velaremos. En cuanto oigamos que entra el ejército de Cáceres desapareceremos del pueblo aunque sea sin rumbo preciso. Quedarnos aquí hasta

mañana es exponernos a que nos apresen, ya sea porque Barriga nos delate o porque nos descubra el general Buendía. En ambos casos, el resultado será el mismo: el fusilamiento. Esta campaña no es como las anteriores. La sentencia será verbal y cumplida de inmediato.

—Así me lo imagino —concordó Elcira en tono fatalista—. ¿Se acuerda usted de rezar, Leonorcita? Pues, recítese unos padrenuestros y unas avemarías, que falta nos van a hacer para reconfortarnos mientras esperamos.

No fueron fáciles las horas de aquella mañana. Después, a media tarde, volvieron a oírse las campanas y el clamoreo del pueblo. Seguramente anunciaban que hacían su entrada a Tarma soldados de la vanguardia de Cáceres. Desde ese momento en adelante, intermitentemente siguieron oyéndose galopes de caballos que llegaban al primer patio de la casona y volvían a marcharse a toda prisa.

Cuando oscurecía, volvió la quietud al pueblo. Entonces la viuda Dorregaray se presentó en la habitación. Venía transfigurada por la alegría, y la tensión nerviosa del día le fijaba una sonrisa rígida en el rostro aceitunado. Se acercó al lecho de Leonora con expresión casi tierna.

—Debemos alegrarnos, hija —le expresó.

Leonora hizo un débil signo de asentimiento, dando a entender que ya estaba enterada de los hechos que regocijaban a la anciana. Ésta siguió hablando con una locuacidad que parecía extraña en ella.

—No tuvieron bastante coraje los chilenos para perseguir a Andrés a través de las nieves —añadió—; se quedaron en Casapalca, allende las cumbres. ¡Oh Dios santo, estoy enferma de alegría! Y ustedes también deben alegrarse, porque en hora tan solemne como ésta el corazón nos inclina a la clemencia.

—¿Qué quiere usted decirme, doña Justa? —dijo Leonora.

—Que pediré a mi hijo Andrés que, en reconocimiento a los poderes divinos que lo protegieron en tan duro trance, sea clemente cor tu esposo, que le dé la oportunidad de volver al ejército y que olvide su deserción.

La agente musitó palabras de agradecimiento, y después preguntó a la señora en un susurro:

—¿Dónde está mi esposo, doña Justa?

—En un calabozo del cuartel de policía. Mañana será puesto en presencia de Andrés y éste le devolverá la libertad, a cambio de que se comprometa a reingresar en las filas.

—¿Mañana?… —La joven trataba de disimular la inquietud que le producía el anuncio, pero tenía que hacer un gran esfuerzo—. ¿Cuando cree usted que llegará su hijo entonces?

—A las dos o tres de la madrugada. Mensajeros míos ya se han puesto en contacto con él. Dejó Oroya al mediodía y marcha hacia acá desde hace horas. Podré abrazarlo esta misma noche, antes que luzca el sol. —La anciana se quedó unos segundos en silencio, paladeando su propio gozo. Después volvió a fijarse, sonriente, en la enferma—. Bien, te dejo, hija —dijo y se encaminó apresuradamente hacia la puerta—. Tengo que preparar lo necesario para recibir a mi hijo, que viaja acompañado por su esposa Antonia y mis tres nietecillas.

No terminaba de cerrarse la puerta, cuando Elcira exclamó con resentimiento:

—¡Sólo eso nos faltaba, que llegase también doña Antonia. En cuanto el general tenga bajo sus ojos al traidor Barriga, lo condena a muerte y, si no ocurre así, bastará que su esposa me eche una mirada encima para que me reconozca como la chilena que rondó su casa de Lima durante varias semanas!

Leonora ya había pensado en lo mismo.

—Disponemos apenas de las horas que restan hasta que el general entre en esta casa para poder escapar —reflexionó.

—O sea, hasta las tres de la madrugada.

—Pues a esa hora nos iremos —determinó resueltamente la joven.

Las cosas ocurrieron con precisión cronométrica. En las primeras horas de la madrugada cayó un fuerte chubasco, que limpió totalmente la atmósfera; después la temperatura bajó en forma notoria, acallando a los insectos nocturnos. De tarde en tarde, se oían voces lejanas de centinelas pasándose consignas.

Serían aproximadamente las tres y media de la mañana cuando el silencio del pueblo fue roto por un ruido sordo y confuso. Poco a poco aquel rumor fue tomando características precisas. Leonora lo sintió venir, sentada en el lecho; cuando ya no le cupo duda sobre su procedencia, se volvió hacia su compañera y le preguntó muy

quedamente:

—¿Duermes, vieja?

—No, Leonorcita —le respondió Elcira soñolienta—. Estaba traspuesta no más. ¿Qué pasa?

—Escucha.

La mujer se sentó en la cama y aguzó el oído.

—Debe ser la descubierta del ejército de Cáceres —musitó—. ¿Nos vamos ya?

Leonora le hizo señas de que no. Tendrían que esperar a que las calles estuvieran llenas de soldados y de gentes que salían a recibirlos. Eso les daría tiempo para preparar sus bultos.

El ruido de la caballada se hacía más nítido y cercano; seguramente los jinetes ya estaban en el centro del pueblo.

Elcira miró a su ama con ansiedad, esperando su decisión.

—Salgamos al patio ya —determinó la joven y se echó una de las bolsas sobre la espalda.

Salieron silenciosamente del aposento y cruzaron el corredor sumido en sombras profundas.

—¿Sabrás llegar a la pesebrera a oscuras? —musitó Leonora a su compañera. Ésta le respondió con un gesto y la tomó de una mano para guiarla.

Hacía un frío penetrante y Leonora, cargada como iba, no conseguía envolverse bien el rebozo. Se detuvo un segundo para hacerlo y entonces vio que se encendía una luz en una de las habitaciones ubicadas al otro lado del jardín. Atrapando a Elcira por un brazo, la retuvo a su lado. Ésta se percató de la razón de su alarma y le susurró, casi sin voz:

—Es el dormitorio de la viuda. Seguramente ya ha sentido el ruido y se está levantando.

—¡Apura entonces! Salgamos antes de que despierte a los mozos —le secreteó la joven, empujándola con nerviosidad.

Fuera ya del sector habitado de la casa, pudieron moverse con más libertad. Pisando descuidadamente sobre la tierra en barbecho, que apagaba el ruido de sus pasos, llegaron hasta el lugar donde estaban las mulas, aparejadas por Elcira en la hora del crepúsculo. La mayor dificultad que tuvieron fue la de quitar la pesada tranca que cerraba el portón. Las dos mujeres fueron por las mulas y las colocaron detrás de los batientes. Sólo entonces Leonora se decidió

a asomarse a la calle. Estaba totalmente desierta, pero en dirección a la plaza se veían numerosas sombras moviéndose.

Leonora terminó de abrir un lado del portón y sacó su mula afuera, imitada por Elcira.

—Aléjate con las bestias hasta la próxima esquina —susurró a su compañera, señalándole en sentido opuesto a la plaza—. Cierro el portón y te alcanzo.

Leonora cerró el portón lentamente. Terminando de juntar los batientes, echó a correr por sobre el polvo suelto.

—*Agora* sí que estamos en las manos de Dios, Leonorcita —le susurró Elcira, cuando la tuvo a su lado—. O conseguimos salir del pueblo o nos fusilan mañana.

La joven la hizo callar y le indicó que montaran en las mulas. Después, espoleó a su cabalgadura y la dirigió hacia las montañas del oriente. Poco más tarde, tal como lo había imaginado Leonora, sintieron el paso apresurado de los milicianos que regresaban al centro de Tarma, atraídos por el ruido del ejército que estaba llegando y por las fogatas que se encendían en la plaza. Amparadas a la sombra de una hilera de árboles frondosos, aguardaron unos minutos más. Por fin, habiendo calculado que ya no quedaban más centinelas en esa margen del poblado, reiniciaron la marcha, apremiando a las mulas hasta hacerlas trotar. En pocos instantes se encontraron cruzando la campiña por un ancho sendero que se dirigía ondulando hacia las montañas próximas. No cambiaron palabras hasta encontrarse sobre las primeras lomas. Allí se detuvieron unos momentos para mirar hacia atrás. A la luz de las numerosas hogueras encendidas se veían retazos de los batallones serranos que iban llegando al centro del pueblo.

—¡Gracias a Dios, ya hemos salvado la primera parte del peligro! —reflexionó Leonora exhalando un hondo suspiro—. Ahora marcharemos hacia el norte, hasta encontrar un sendero que cruce la sierra occidental y nos conduzca a Casapalca, donde están las líneas chilenas.

—¿Y si no encontramos un camino o nos perdemos entre las cumbres nevadas? —observó Elcira en tono pesimista.

—Entonces… ¡Será mala suerte nada más, mi vieja! De todos modos, es preferible a ser ajusticiadas mañana. Cerremos la boca y alejémonos confiadas en los designios de Dios.

6

El ejército de Cáceres llegaba a Tarma en el estado más deplorable; de su primitivo contingente de tres mil quinientos hombres, apenas entraban unos mil ochocientos. Mil setecientos había perdido en la dramática fuga que terminaba de realizar. Centenares fueron los que se desbandaron, y muchos murieron fusilados cuando el general debió sofocar las rebeliones. Pero el mayor número lo causó el tifus, que se ensañó con la expedición desde antes que ésta emprendiera la retirada de Chosica a Chicla. Eran innumerables los enfermos que, como lastimosa y amenazadora retaguardia, traía la columna al entrar a Tarma. Éstos marchaban a rastras, alentados solamente por el instinto de conservación, ya que sabían que el que cediera a la debilidad quedaría botado, sin esperanza de socorro. Ellos fueron los últimos en pisar Tarma y se los aisló, en forma despiadada, en la plazuela frontera a la casa de postas.

El mayor Rodríguez sabía con certeza que estaba contaminado por el mal y sus esfuerzos por disimularlo lo agotaban tanto como la misma enfermedad. Temía al delirio de la fiebre, durante el cual seguramente se delataría. Por otra parte, deseaba con todas las fibras de su ser entrar a Tarma para averiguar la situación de Leonora; no olvidaba que el motivo que lo había impulsado a filtrarse en las huestes de la sierra era sacar a las dos agentes de aquella región convulsionada.

Atontado por la fiebre, siguió a la soldadesca y a los montoneros en su entrada a Tarma y, mezclado con ellos, asistió a la bulliciosa recepción que se tributó al «Brujo de los Andes».

Al terminar las manifestaciones de júbilo el general reclamó el descanso de sus tropas. Rodríguez se tumbó, apegado a su mula, en

un costado de las graderías de la parroquia. Desfallecido como se hallaba, no tardó en dormirse.

Despertó totalmente desorientado al ruido de una multitud que gritaba con exaltación. El sol estaba alto y debía promediar la mañana. Estremecido por la fiebre, hizo un esfuerzo al darse cuenta del mundo en que se hallaba. La debilidad lo obligaba a afirmarse en un flanco de su mula, a la que mantenía atada con una soga que se enroscaba en su propia cintura.

Una densa muchedumbre de soldados, montoneros e indios, todos de pie, contorneaba la plaza, cuyo centro se veía lleno de desperdicios y de excrementos del ganado. A través del espeso velo de la fiebre, el explorador entendió que los gritos de la multitud se debían a un extraño cortejo que llegaba al centro de la plaza en ese momento: lo formaban un hombre arrastrado de los brazos por dos negros, a los que seguía un pelotón de fusileros. El preso pugnaba por zafarse y sus alaridos de pavor se destacaban por sobre los gritos de la soldadesca.

Fue llevado a un punto frente al cual el oficial chileno vio al general Cáceres y a algunos miembros de su «Ayudantina».

Rodríguez se inclinó hacia un soldado en cuya compañía había hecho gran parte de la marcha, granjeándose su amistad.

—¿Qué es lo que pasa con ese hombre, hermano? —le dijo.

—Lo van a fusilar, pues —fue la respuesta—. Es un traidor o un espía; algo así he oído decir.

—Un chileno entonces, ¿no es verdad? —aventuró el explorador.

—No, es peruano —le contestó el soldado—. Es uno de esos cerdos que traicionan por dinero. Hacen bien fusilándolo.

Una sospecha quemante cruzó por el cerebro de Rodríguez.

—¿Ha visto, camarada? —comentó, tratando de sonsacar más detalles al soldado—. Venía con nosotros y no nos dimos cuenta.

—No, no, hermanito; lo pescaron aquí en Tarma —le corrigió el soldado—. Lo tenían preso por desertor y la propia madre de nuestro general lo hizo presentar al Estado Mayor, solicitando clemencia para él. La bondadosa señora no sospechaba que nuestro general lo conocía como un traidor que entregó a los chilenos al comandante Ordóñez. Lo peor ha sido lo que el mismo renegado confesó después —añadió el peruano—. Dicen que se arrojó a las rodillas del general Cáceres y le imploró a gritos que le perdonara la

vida, ofreciéndole, en cambio, revelarle un secreto. Ahí confesó que había venido a Tarma con dos espías chilenas.

Rodríguez no necesitó mayores datos para adivinar que el condenado era Belisario Barriga y el temor por la suerte de sus acompañantes lo angustió.

—¡Dos mujeres chilenas! —balbuceó, olvidando fingir el acento serrano, por causa de la impresión.

—¡Mujeres chilenas, sí! —repitió con desprecio el soldado—. Y el muy miserable las había hecho alojar en la propia casa de la madre del general Cáceres.

—¡Gran Dios, qué cinismo! —profirió, tratando de afirmar su voz—. Habrán arrestado a esas mujeres, sin duda…

—Dicen que no. Cuentan que cuando las fueron a prender, las muy ladinas se habían escapado —le aclaró el soldado, sin mucho interés en la conversación—. Pero no pueden estar lejos y, como andan jinetes buscándolas por todas partes, no tardaremos en verlas ahí, en el centro de la plaza, gritando como ese cobarde.

Belisario Barriga ya estaba atado al poste. El renegado clamaba con desesperación, y sus voces, lejos de ablandar a la multitud montonera, la exasperaban más.

—¡Alojarlas en la casa de la propia madre del general! ¡Qué desplante! —comentó Rodríguez alzando la voz. Necesitaba hallar el hilo inicial de la madeja para tomar el posible rastro de las dos agentes. Por eso se arriesgó a preguntarle al soldado la dirección de la casa de doña Justa aprovechándose de lo absorto que se encontraba contemplando el espectáculo.

—La casa de la madre del general queda detrás de la parroquia, siguiendo esa calle —le contestó el hombre, señalándole vagamente hacia la izquierda.

El explorador iba a retirarse en la dirección indicada, cuando comenzaron a redoblar los tambores de la ejecución.

—¡Piedad!… ¡Piedad!… —gritaba despavorido—. ¡No me maten! ¡Ellas son las culpables!… ¡Perdónenme la vida y les revelaré los secretos de los chilenos!

Las carcajadas hirientes de los montoneros ahogaron sus súplicas y la voz del oficial que mandaba el pelotón de fusilamiento apenas llegó a los oídos de Rodríguez:

—¡Apunten!… ¡Fuego!…

La descarga estruendosa de los ocho fusileros tronchó un largo grito del traidor. Simultáneamente la muchedumbre reventó en un regocijado alarido de triunfo.

Plegado en varios dobleces, colgado de los brazos del poste de la ejecución, quedó el cadáver de Belisario Barriga.

Poco después, los soldados y montoneros volvieron a sus ocupaciones rutinarias, indiferentes al ajusticiado, que fue dejado allí para vergüenza pública.

El general Cáceres se alejó seguido por sus ayudantes y los miembros de su Estado Mayor. Tenía muchas medidas urgentes que adoptar. Los chilenos se hallaban en el estribo opuesto de la Cordillera Blanca, en Casapalca, y podían intentar cruzarla en cualquier momento. Pese a que había dejado las cumbres y los pasos sembrados de centinelas, se dispuso a limpiar su ejército de elementos que lo entrababan. Envió mensajeros hacia el sur, con destino a los pueblos ribereños del río Mantaro: Jauja, Apata, La Concepción, Huancayo Pampas, Huancavelica y Ayacucho. Llevaban la misión de prevenir a las autoridades provinciales para que estuvieran dispuestas a recibir al ejército breñero en una posible retirada a esos lugares. Enseguida, mandó detrás a todos los enfermos, protegidos por un piquete de montoneros montados, siendo los más graves transportados en angarillas cargadas por indios. Para fabricar estas camillas fue preciso requisar todas las cañas, picanas, sábanas y cortinajes del vecindario.

Mientras daba curso a sus disposiciones, se presentó en el cuartel uno de los criados de su madre, quien le informó que la señora deseaba celebrar su arribo con un banquete, al que había invitado a las autoridades lugareñas y a los principales jefes militares.

El general llegó algo retrasado al almuerzo y se excusaba ante los demás comensales, cuando se quedó con la vista fija en un caballero alto, vestido de civil, que lo observaba con cierta reserva, indeciso de acercarse.

—¡Cómo! ¿El general Buendía aquí? —le comentó al coronel Morales Bermúdez.

—Sí, señor —le ilustró el coronel—. Me acaban de informar que llegó a Taima con el general Piérola, pero se abstuvo de seguir acompañándolo en su viaje hacia Lima. —El jefe del Estado Mayor

bajó un tanto la voz intencionadamente—: No creo que se haya atrevido a presentarse en esta casa por iniciativa propia: seguramente lo invitó doña Justa.

«Sean cuales fueren las circunstancias que nos separaron —reflexionó Cáceres, con nobleza—, él fue mi jefe en otros tiempos y ahora es huésped en la casa de mi madre; voy a saludarlo».

Encaminándose hacia el veterano conductor de las campañas anteriores, se cuadró cortésmente ante él y le extendió su diestra con una sonrisa amable.

—¡General Buendía!

El interpelado volvió el rostro e hizo sonar también sus tacones y luego estrechó la mano que se le tendía, visiblemente azorado.

—¡General Cáceres!

—Es una sorpresa para mí hallarlo en Tarma —le expresó el caudillo, cordialmente—. Pensé que nuestro encuentro debió producirse en Matucana, donde se incorporaron a mi ejército los efectivos que acompañaban al general Piérola, después que aquél presentó su dimisión.

—Yo renuncié a mi puesto de jefe del Estado Mayor antes que él dimitiera —le aclaró Buendía—. Le solicité que, como último acto de gobernante, me concediera el retiro de las fuerzas armadas.

—No es ésta una hora oportuna para que los jefes experimentados abandonen la defensa de la patria, general Buendía —le expresó Cáceres y su frase envolvía un leve reproche.

El veterano desvió la mirada abatido.

—¿Debo recordar a usted que ya rendí holgadamente mi cuota de sacrificios en las penosas jornadas de Tarapacá, general? —replicó sin mirar a su interlocutor y añadió en voz más baja—. Estoy viejo. Hay muchos hombres jóvenes y capaces, como usted, que deben seguir en la brega.

El general Cáceres frunció el ceño, no tanto por enojo como por una vaga compasión.

—¿Usted no volvería a empuñar las armas si le ofreciera nuevamente su grado en mi ejército?

—Mi grado lo conservaré mientras viva, por derecho ganado a través de cuarenta años de servicios, general. —Sostuvo la mirada fuerte de su interlocutor y luego volvió a su aire abatido—. No volveré a empuñar la espada —agregó—. Si he de serle totalmente

sincero, le condeso que no veo otra esperanza para el Perú que la paz.

Cáceres se había puesto rígido y duro.

—Yo seguiré luchando contra los invasores, mientras me acompañe un hombre y pueda disparar un fusil.

El general Buendía esbozó una sonrisa pálida.

—Ya ve usted cuán imposible es que me incorpore a su ejército —le dijo con cierta tristeza—. He venido a esta casa solamente porque la señora Justa Dorregaray tuvo la gentileza de invitarme y también para saludar a ustedes y desearles el triunfo. Cumplido ese deber, creo preferible retirarme.

Cáceres sacudió enérgicamente la cabeza y la dureza desapareció de su rostro, dando paso a una expresión serena y cordial.

—De ningún modo, general Buendía —le objetó, asiéndolo amablemente de un brazo, a tiempo que lo encaminaba hacia el interior de la casa—. Es usted nuestro invitado. Sírvase acompañarme al comedor.

Buendía le agradeció y ambos se dirigieron a una gran sala, en cuya puerta los aguardaba la austera dueña de casa. El caudillo ocupó la cabecera de la mesa, teniendo a su diestra a su anciana madre y concediendo al general Buendía la distinción de ocupar el lugar de su izquierda.

Al término del banquete, después de consumidos los postres, el mayor Florentino Portugal, jefe de la «Ayudantina», se levantó de su asiento y alzó su copa en dirección al general Cáceres.

—¡Señores, brindemos por la victoria del ejército de la breña! —propuso con ardor.

Todos los invitados se pusieron impetuosamente de pie y vaciaron sus copas con cierta solemnidad.

Cuando hubieron vuelto a sentarse, habló el caudillo desde su sitio.

—He brindado con ustedes, porque mi esperanza es la victoria —expresó gravemente—. Pero estimo que ella no será ganada con brindis ni palabras ardorosas, sino con sacrificios, con astucia, con valor desmesurado, con la habilidad necesaria para hacer de la naturaleza hostil de las montañas una aliada que abrume a nuestros adversarios, sin restarnos fuerzas a nosotros.

—Perdón, señor general —terció respetuosamente el capitán Castellanos, desde un punto alejado de la mesa—. Pero tenemos muchas ventajas a nuestro favor. Primero, el cabal conocimiento de nuestra tierra, a cuyas inclemencias estamos hechos; segundo, que nos mantenemos continuamente enterados de los movimientos y de los planes del enemigo. De no haber sido así, nos hubieran copado en la retirada de Chosica a Chicla.

El general Cáceres alzó su mano extendida, acallándolo con autoridad paternal:

—La impulsividad de su juventud lo hace expresarse con tanta confianza, capitán Castellanos. No recapacita usted en que los enemigos también están enterados de nuestras maniobras —afirmó y continuó con énfasis—: Hasta mujeres espías logran introducir en nuestros campamentos. Hasta en esta casa, la de los Cáceres, la mía, han vivido dos espías chilenas.

El rostro más sorprendido era, sin duda, el del general Buendía. La revelación parecía herirlo íntimamente. Cohibido de expresar su impresión en voz alta, se inclinó hacia doña Justa y le preguntó, por encima de la mesa:

—¿Dos espías chilenas? ¿Cómo ha sido posible, señora?

—Es la verdad, general Buendía —le contestó la anciana con cierta vergüenza—. Yo, que me precio de tener buen ojo para calificar a la gente, jamás hubiera sospechado de esas dos mujeres que alojé en esta casa. Sin embargo, eran espías. Lo confesó el traidor Barriga, que viajaba con ellas.

—Excuse mi curiosidad, doña Justa, pero ¿cómo eran esas mujeres? ¿Podría usted describírmelas?

La anciana entrecerró los ojos, como atrayendo a su memoria las imágenes de las dos mujeres.

—Una, la criada, era más bien baja, de huesos anchos, cuarentona, de cabello oscuro tomado en un moño, y sus ojos eran pequeños y vivaces.

—¿Y la otra?… —dijo, temblándole los labios, Buendía—. ¿Era una mujer joven, de unos treinta años, de rostro atrayente y muy pálido, de grandes ojos verdes?…

—Sí, era exactamente como usted la describe, general —reconoció doña Justa en el colmo del asombro—. ¿Acaso las conoce usted?

Buendía no le respondió al instante, sino que se echó sobre el respaldo de su silla y permaneció con los ojos cerrados, mudo y taciturno. Ya todos los comensales se habían callado y esperaban sus palabras con expectación.

—Tengo que confesar que sí, que las conocí hace dos años —murmuró el veterano abriendo los ojos.

En la ola de murmullos y comentarios que inundaba la sala se oyeron algunas voces destacadas pidiéndole que se explicara con mayores detalles.

Buendía vaciló un momento, afirmó su voz y dijo:

Quiero que éste sea mi último acto de ayuda a los que defienden la patria. Creo que mis palabras pueden ser útiles. Ellas dos contribuyeron en forma decisiva a la derrota de nuestros ejércitos en las campañas de Tarapacá, Tacna. Arica y Lima. Los informes que entregaron al servicio secreto enemigo fueron siempre de vital importancia.

Doña Justa oprimió su diestra contra sus labios.

—¡Gran Dios, y yo las tuve alojadas en esta casa sin sospecharlo! La más joven era tan suave, parecía tan desamparada y débil.

—Es la mujer más fuerte y más hábil que he conocido —declaró Buendía y luego musitó con aire desolado—: Y cómo sabe utilizar su encanto subyugador.

—Entonces debemos pensar que la presencia de ellas en nuestra región representa un peligro real —manifestó Cáceres, desviando el curso de la conversación.

—Si ellas consiguen escapar, den ustedes por cierto que el comando recibirá una información completa sobre las fuerzas y flaquezas del ejército de la breña; sobre sus rutas, sus planes, sus movimientos todos —dijo Buendía—. Ellas constituyen el arma más eficaz del servicio secreto chileno —concluyó y pareció dispuesto a no hablar más, como si aquella revelación lo dejara abrumado.

Pero nadie reparó en el estado anímico del general, porque todos comenzaron a exigir la captura inmediata de las dos espías y su fusilamiento sumario. Así, Cáceres, llamando al mayor Portugal, le ordenó:

—Mayor, usted es el comandante de mi «Ayudantina», la que se ha juramentado a morir por nuestra causa. A usted y a los cincuenta jinetes que la componen encomiendo buscar a esas dos espías y

traérmelas. No dejen rincón alguno sin registrar, pero encuéntrenlas.

En el revuelo que provocó la salida de los oficiales, doña Justa reparó en el abatimiento que había hecho presa en el general Buendía.

—Reanímese, general —le dijo confidencialmente y, buscando reconfortarlo, añadió—: los oficiales de la «Ayudantina» sabrán hallar a esas espías y tendrá la oportunidad de ver vengadas todas las maldades que cometieron.

El veterano fijó en la señora sus ojos notoriamente húmedos; las facciones se le habían desencajado y las comisuras de los labios le caían formando un arco de amargura.

—No, doña Justa —murmuró roncamente—. No quiero presenciar ese espectáculo. Estoy cansado de violencias y de muertes. Permaneceré encerrado en mi alojamiento, sin oír nada, sin ver a nadie, hasta que pueda regresar a Lima.

Enseguida se excusó con frases vagas y abandonó la sala. El general Cáceres y sus oficiales lo observaron con asombro, pero nadie intentó retenerlo. Más bien, en sus rostros se insinuaban sonrisas despectivas.

Apenas los disparos de los ocho fusileros arrancaron la vida a Barriga, el mayor Rodríguez se escurrió lejos de la plaza. Caminaba apenas, estremecido por la fiebre y cubierto de sudor. En el trayecto de la plaza a la casona de doña Justa Dorregaray tuvo que detenerse en dos ocasiones, para soportar, apoyado en su mula, violentas arcadas.

Ya frente a la residencia, observó el terreno tratando de imaginarse la fuga de las dos agentes. Sus pensamientos eran turbios y tenía que hacer esfuerzos para ordenarlos. Dedujo que la huida debió haberse realizado a medianoche, antes de la entrada del ejército serrano y por el lado contrario del pueblo, o sea, por el este. Pero al observar el paredón de montañas que respaldan a Tarma por el oriente, sus razonamientos se estrellaban contra el insalvable obstáculo que representaba para dos mujeres aquel muro montañoso. Por fin, pensó que ellas tenían que haber escogido una

ruta hacia el norte o hacia el sur, faldeando la cordillera.

Después de llegar a esta conclusión, montó difícilmente en su mula y la encaminó hacia las montañas. Aferrado a los pellones de su montura, se encumbró hasta la cima del primer montículo que domina a Tarma. Allí se detuvo a observar.

Jadeando en forma muy penosa, encorvado sobre la montura, por los dolores de su vientre lacerado por el tifus, trataba de encontrar rastros que le sugirieran la dirección tomada por las agentes. Pero la mente se le iba nublando más y más. Pensaba que el ejército de Cáceres había copado dos de los pasos cordilleranos, el de Piedra Parada y el de Antícona. En consecuencia, sólo les quedaba un paso libre: el de Carhuacayán.

—No, no podrán hacer solas esa terrible travesía —divagaba—. Tendrían que subir hasta Junín y doblar en ángulo recto hacia la cordillera. Es demasiado largo…, no resistirían…

Una honda desesperación lo estremecía, disminuyendo aún más las últimas energías con que se mantenía sobre su bestia.

«¡Leonora, Leonora! ¿Cómo adivinar dónde estás, amor mío?», se decía angustiosamente, a tiempo que los ojos se le nublaban por el desfallecimiento.

Comprendió que iba a perder el sentido y su único pensamiento fue aferrarse al cuello de la mula. Sus dedos se enredaron en las crines de la bestia, y ésta, igual que si comprendiera, se puso en movimiento y descendió del cerro, desandando el camino a Tarma.

Se acercaba al centro del pueblo, cuando aparecieron dos indios en la calle desierta; viendo al jinete venir desmayado lo descabalgaron, dejándolo tumbado en la tierra, y se alejaron a toda prisa llevándose al animal. Horas más tarde un piquete de exploradores lo encontró y comprobó que no estaba muerto todavía.

—¿Tiene alguna herida? —preguntó el oficial que comandaba el grupo a un indio que se acercó a examinar al hombre yacente.

—No, señor. Por el aliento podrido, lo que tiene es «tifo», teniente.

Los jinetes separaron prudentemente sus caballos del caído.

—Más vale arrastrarlo fuera del pueblo con una soga y dejarlo morir donde no contagie a otro —sugirió un soldado.

—¿Te gustaría que hicieran eso contigo? —le inquirió el oficial, malhumorado.

—Es que hay demasiados tifosos en la plaza, señor teniente —se justificó el soldado.

—Dentro de un par de horas los echarán en carretas, para llevarlos al sur, creo que a Jauja —reflexionó el oficial—. Si éste llega vivo allá, será cosa de Dios. Pero nosotros obraremos como cristianos si le damos la posibilidad de salvarse.

Minutos más tarde el cuerpo de Rodríguez, totalmente laxo y empapado en los sudores de la fiebre, era echado sobre un montón de enfermos que habían sido apretujados en una carreta. Luego el rústico carromato se ponía en marcha, formando parte de una larga hilera de vehículos semejantes que iban hacia el sur, repletos con la apestosa carga.

Como lo había deducido Rodríguez, Leonora y Elcira tomaron el camino hacia el norte. Durante cuatro horas y media mantuvieron a sus mulas al trote rápido y al amanecer cruzaron la única callejuela de una aldea india tendida junto al camino.

Leonora, considerando que mientras no surgiera el sol les sería imposible orientarse, detuvo su mula frente a la primera choza y, sin desmontarse, golpeó a la puerta de cañas. Tuvo que insistir varias veces antes que ésta se entreabriera, dejando ver una franja del rostro de una india vieja. La agente le solicitó que le vendiera queso y leche, pero la nativa fingió no entenderla. Leonora le mostró entonces varios soles repitiéndole la petición.

A la vista de las monedas, la vieja pareció entender.

—Sí, algo tiene —masculló guturalmente—. Todos esos dineros por leche y queso. Espera.

Mientras la india desaparecía en el interior de su choza, Elcira señaló a Leonora dos caminos que se abrían más allá del pueblo; uno se dirigía rectamente hacia el norte y otro se desviaba hacia el oeste.

—Pregúntale a la india hacia dónde llevan —le sugirió.

Poco después, salió la nativa de su casucha. Traía en sus manos oscuras un trozo de queso negruzco y un cántaro con leche.

Leonora le agradeció y le entregó las monedas. Antes de que la india desapareciera le consultó.

—¿Adónde llevan esos caminos, mujer?

—Derecho, derecho a Acabamba, al lado del río Chanchamayo.

Leonora hizo ademán de comprender. Aquélla era la ruta a Junín.

—¿Y el otro camino adónde va? —le preguntó.

La india indicó hacia las cumbres de la cordillera Blanca que cerraba el paisaje con el oeste.

—Va al llano de Leticia y al Paso de Las Vegas —respondió.

—Gracias —dijo Leonora—. Nosotros vamos hacia el norte, a Junín; tomamos por el que va derecho. Adiós y el Señor te guarde.

Espoleó a su mula y siguió por la callejuela en la dirección indicada. Elcira la contempló con asombro, pero no dijo nada.

—No era conveniente que la india supiera adonde vamos —explicó Leonora—. Cuando nos busquen, preguntarán en esta aldea. Pero, en realidad, torceremos por el camino de la izquierda, en dirección a la cordillera, cuando estemos lejos del caserío. Si logramos llegar al Paso de Las Vegas, antes que nos alcancen, podremos respirar más tranquilas.

Siguieron cabalgando rápidamente y cuando llegaron a la bifurcación de los caminos se detuvieron para mirar hacia la aldea. Nadie las estaba observando. Entonces tomaron la senda que torcía hacia la cordillera occidental.

A medida que ascendían, ésta se fue haciendo más abrupta al mismo tiempo que ascendía en pronunciado gradiente. La vegetación decreció de tamaño en forma progresiva y las arboledas de cedros y acacias fueron reemplazadas por grupos de delgados follajes y por espinos floridos. Luego, cuando la altura fue mayor, aparecieron las enanas chachacomas y el quisguar u olivo silvestre. Por último, los cerros por donde ascendía el sendero se exhibieron desnudos de arbustos y adornados por las yerbas coloridas de la altura: el marku, la yerba del cáncer, el amancay con sus flores amarillas, emblema de los incas, y la cantuta, rojo capullo sagrado del imperio altiplánico.

Más arriba aún, el aire insustancial de los tres mil quinientos metros de altitud torturó los pulmones de las dos mujeres e hizo jadear a las bestias. Sólo entonces midieron en toda su magnitud la temeridad que significaba el intento de cruzar la cordillera occidental ellas dos solas, por un paso situado a cinco mil metros de

altura.

Promediaba la tarde y ya llevaban trece horas de marcha sin interrupción, sin más alimentos que el queso y la leche que compraran en la última aldea, cuando, vieron surgir en el fondo de la hondonada un pueblo de pequeñas dimensiones. Aguijoneadas por la fatiga y el hambre, se arriesgaron a descender hacia él, confiadas en que la suciedad que las cubría bastaría para disfrazarlas.

Las mulas, extenuadas, se internaron por la callejuela principal. Las dos mujeres, no menos agotadas, se daban maña, sin embargo, para que nada escapara a sus ojos perspicaces.

Por fin, un letrero escrito con carbón sobre la puerta de una casa de muros descascarados movió a Leonora a detenerse. El letrero rezaba: «Hospedería Milán».

—Aquí nos quedaremos, Elcira —decidió—. Este albergue tiene que ser de un italiano. No desconfiará de lo que le contemos. Desmonta y apóyame, que traigo las piernas tullidas.

La abnegada mujer descendió penosamente y tomando por la cintura a su compañera la ayudó a deslizarse al suelo, pero también era tanta su fatiga que se le doblaron las rodillas y cayó sentada sobre el polvo, a los pies de la joven. Comenzaba a levantarse, entre rezongos y quejidos, cuando a sus espaldas resonó una fuerte carcajada.

Elcira volvió furiosamente la cabeza y contempló el rostro sano y apacible de un hombre de cierta edad que las miraba con jovial compasión, desde la puerta de entrada de la hospedería. Sus facciones estaban destacadas por unos enormes mostachos entrecanos, que le daban cierto aire patriarcal y picaresco al mismo tiempo.

—¿De dónde vienen ustedes con tanta fatiga? —les preguntó el hombre.

La joven compuso un poco su aspecto y le respondió, de acuerdo a una historia que había imaginado mientras entraban al pueblo:

—Venimos de Acobamba, señor.

El extranjero las observó estupefacto.

—¿De Acobamba?… ¿Ustedes solas?…

—Nos acompañaba mi hermano Asdrúbal —siguió inventando Leonora—, pero él tuvo que volverse desde Pomachaca, porque nos

informaron que han llegado a Tarma las montoneras del general Cáceres y no conviene dejar la finca sola.

Su interlocutor alzó y bajó los hombros varias veces.

—¡Bah, da lo mismo, señora! —observó con aire escéptico—. Con o sin la autorización de los dueños, los montoneros entran y se llevan todo lo que encuentran. —Hizo una morisqueta cómica y agregó regocijado—: Por fortuna, a Leticia vienen poco. Está muy lejos de los demás pueblos. Pero ¡qué tonto soy! Ustedes deben venir muy fatigadas. Síganme, por favor. Haré que un cholo entre las mulas a la cuadra.

—¿Podremos alojarnos en su casa esta noche? —le consultó en un momento en que el italiano interrumpió su charla.

—Esta y todas las que necesiten, señora. Pero ¿adónde van tan de prisa dos mujeres solas?

—Tenemos que llegar hasta Canta —le respondió la joven.

El italiano se detuvo en seco y volvió hacia ellas su rostro profundamente extrañado.

—¡Ah! ¿Hasta Canta ha dicho usted? —exclamó—. Eso es absurdo.

Leonora agachó la cabeza y murmuró fingiendo la mayor aflicción:

—La mala suerte se ha ensañado con nosotras, señor. Mi esposo murió de tifus hace apenas dos semanas. Había venido a revisar una huerta que poseemos en los alrededores de Canta y se contagió con el mal que diezma a las montoneras. Hace apenas tres días que me informaron de su fallecimiento. Así que tengo que ir a recoger sus cosas y los papeles de la propiedad.

El italiano hizo una mueca compungida y murmuró una frase de pésame. Él también era viudo y comprendía su dolor.

—Pero permítame que le diga que en esta época no les será posible cruzar la cordillera por la ruta a Canta —concluyó—. Es una locura.

Leonora suspiró e insistió con acento monocorde:

—Quiero ver la tumba en que descansa mi desdichado esposo.

El dueño de la hospedería carraspeó, incómodo por la patética situación.

—Descansen primero y después hablaremos —dijo a las mujeres.

Siguió internándose en la casa, dándoles detallados informes

sobre los mil inconvenientes que hacían imposible la empresa en esos momentos.

—Es que mi señora tiene miedo de las montoneras también —terció Elcira, rengueando tras él—. Nos han dicho que pronto va a haber guerra en esta región.

El italiano lanzó una breve carcajada. Según él, a Leticia no llegaban las guerras.

—Pueden descansar tranquilas y esperar a que pase la estación de las lluvias. En un mes pasan las lluvias y queda libre la ruta por Las Vegas y Corpacancha.

Habían llegado a un corredor al que desembocaban varias habitaciones y el italiano abrió una de las puertas.

—Aquí podrán descansar tranquilas, sin temor a las montoneras ni a la guerra. Me servirán de compañía, porque vivo muy solo en este pueblo de indios. —Recorría la habitación, con diligencia, abriendo los postigos de las ventanas para que entrara la luz. Cuando terminó esa faena, miró a las dos mujeres con expresión afectuosa y les ofreció—: En caso de que vengan los hombres del ejército, las protegeré diciendo que son parientas mías y, por lo tanto, están bajo la salvaguardia de la bandera de Italia.

Las dos chilenas le agradecieron con sinceridad. Apenas hubo desaparecido, Leonora se tendió sobre una de las camas y estiró sus miembros con doloroso alivio. Elcira, cogiendo una manta, le cubrió los pies, al mismo tiempo que le decía:

—Descanse tranquila, mi niña. Gracias a Dios, hemos salido bien de la primera parte de esta aventura. Le juro que nunca creí que íbamos a salvarnos de esta tremenda serranía.

7

El mayor Jarpa, comandante de la vanguardia de cazadores que cruzara la cordillera por el paso de Piedra Parada y se arriesgara hasta las proximidades de Oroya tras las huellas del ejército de Cáceres, llegó a Lima en el atardecer del 14 de enero, y, de acuerdo a las instrucciones que había recibido del comandante en jefe de la expedición, se presentó de inmediato ante el contralmirante Lynch, que estaba en Lima desde el día anterior. La entrevista que sostuvo con él fue acalorada y de resultados negativos. El contralmirante se negó a disponer que la expedición cruzara la cordillera para acosar a Cáceres en el valle de Jauja. Sin embargo, se avino a consultar la opinión de los dos plenipotenciarios chilenos, Altamirano y Novoa, que representaban al presidente de Chile.

Éstos escucharon atentamente el informe de Jarpa y lo hicieron repetir varias veces los detalles de la travesía que había hecho con sus cazadores, hasta convencerse de que estaba en lo cierto al afirmar que la infantería podría cruzar la cordillera con relativa facilidad.

Pero Lynch no parecía dispuesto a dejarse ablandar y seguía oponiendo objeciones.

—¿Cuál es la altitud mayor por la que debe cruzarse? —indagó al oficial.

—No puedo precisarlo exactamente —le respondió éste—, pero junto al monte Meiggs el paso debe estar a cinco mil metros, aproximadamente.

—¿Oyen ustedes eso, caballeros? —exclamó Lynch, volviéndose hacia los plenipotenciarios—. Marchar por esa altura significa que se apunará la mitad del ejército.

—No, señor, si se toma la precaución de que la mayor parte de

los infantes crucen a caballo —dijo Jarpa con respeto.

El jefe superior lo miró con dureza, lo que movió al oficial a explicarse con mayor claridad. El coronel Gana tenía pensado realizar la travesía con su tropa dividida en dos secciones y a caballo; una mitad de los batallones en un viaje y la otra en una segunda marcha. Confiaba en conseguir, de este modo, que el cruce fuese más rápido y con menor riesgo, ya que el soroche se agrava cuando los hombres tienen que ir haciendo esfuerzos.

A pesar de que los plenipotenciarios aprobaban la inteligente medida, Lynch volvió a oponerse, aunque ya con menos tenacidad.

—Bien —aceptó—, pero ¿en qué ganado cabalgarán?

Jarpa también tenía una respuesta a esa objeción. Gana pensaba que era fácil recolectar doscientas bestias en la campiña del interior, unas trescientas cincuenta mulas y unos cien burros en las haciendas cercanas a Lima. El resto del ganado necesario estaría formado por los seiscientos caballos de la artillería, regresada de Canta.

Lynch los sumó mentalmente y gruñó:

—Mil doscientas cincuenta cabalgaduras. No alcanza.

Jarpa tenía otra opinión. Según él, aquel número de animales, haciendo dos veces la travesía, podría acarrear a dos mil quinientos infantes hasta el valle de Junín.

—Cantidad sobrada de soldados para la campaña que se piensa realizar —terminó por afirmar rotundamente.

Los plenipotenciarios se miraron entre ellos y se consultaron en voz baja, mientras Lynch se sobaba el mentón, meditabundo.

—Si lo que el mayor Jarpa asegura es realizable, señor contralmirante —expresó Jovino Novoa—, estimamos que no hay razón para oponerse a la campaña. —Como Lynch hiciera un gesto afirmativo, prosiguió—: No olvidemos que los deseos precisos del Gobierno chileno son que se persiga a Cáceres hasta su último reducto y se extermine totalmente a sus tropas.

El «Príncipe Rojo» se puso de pie y expresó con firmeza:

—Bien, señores. Si es posible que los infantes, transportados en cabalgaduras, crucen la cordillera, pese a las tormentas de nieve y de lluvia, asaltaremos el valle de Junín. Los espero en este mismo despacho mañana, para indicarles cómo y con cuáles batallones se realizará esa nueva campaña.

Lynch trabajó hasta avanzadas horas aquella noche, seleccionando las tropas indispensables para la empresa. Su plan de campaña era preciso. El asalto al elevado valle donde se había amparado el ejército de Cáceres sería practicado por los batallones que ya estaban en Chicla, a los que se agregarían otros de refresco, enviados desde Lima. En esta forma, los atacantes debían ser: el «2.º de Línea», mandado por el teniente coronel Estanislao del Canto; el «Chacabuco», «6.º de Línea», bajo las órdenes del teniente coronel Marcial Pinto Agüero, y el batallón movilizado «Lautaro», dirigido por el coronel graduado Eulogio Robles. La artillería estaría compuesta por doce piezas de montaña y algunas ametralladoras.

La caballería la integrarían el regimiento «Carabineros de Yungay» y cincuenta jinetes del «Cazadores». La expedición contaría también con secciones de Bagajes. Intendencia, Sanidad y Estado Mayor, continuando el Comando en Jefe en las manos del coronel José Francisco Gana.

La dotación de la columna sería de dos mil cuatrocientos hombres, a los que, en caso de emergencia, se deberían sumar el contingente del «Buin» y de una compañía del «7.º de Línea», que quedarían en Casapalca.

Las tropas saldrían de Lima el 18 de enero, es decir, tres días más tarde. Se calculaba que el 19 estarían en Casapalca, pasando a formar la retaguardia de los demás cuerpos, que habrían comenzado a cruzar la cordillera occidental el día anterior. De ese modo no podrían estorbarse.

El contralmirante Lynch calculaba que el ejército expedicionario debía estar dentro del valle de Junín el 22 o 23 de enero, dando comienzo en ese momento a una implacable cacería del ejército del general Cáceres.

En la fecha y hora exactas, el batallón «Chacabuco», «6.º de Línea», esperaba la orden de partida en la estación de Monserrate, cuando se detuvieron frente al andén dos trenes en que regresaban los soldados que Lynch dejara en Asunción de Huanza, en la anterior expedición. Entre ellos venían las compañías del «7.º de Línea». Mientras esperaban que se desengancharan las locomotoras de los convoyes que llegaban para ponerlas al tren que debía partir nuevamente en ascenso a la sierra, los soldados que volvían agotados platicaron con los que estaban por emprender la marcha.

Agobiados bajo el peso de sus equipos, descendieron de un vagón varios oficiales del «7.º de Línea»: entre ellos venían el capitán Jacinto Holley y el teniente Pedro Ureta, seguidos por el soldado Gaspar Acosta, que caminaba con aire de desamparo.

Los dos oficiales caminaron paralelamente a la ristra de vagones en donde los soldados del «Chacabuco» hacían un bullicio infernal. Ambos menearon la cabeza, como si coincidieran en el mismo pensamiento: aquella desbordada alegría se les convertiría en un rictus desesperado cuando trasmontaran la cordillera por el paso de Piedra Parada.

—Ésos al menos van a combatir —comentó Ureta en un rezongo —. Nosotros en cambio nos desgastamos sin siquiera haber visto el culo a los soldados de Cáceres.

El capitán Holley manifestó su acuerdo. De pronto reparó que junto a uno de los estribos del tren se hallaba detenido un oficial bajo de estatura, enteco de carnes y de cabeza notablemente voluminosa.

—¡Mira, el teniente Ignacio Carrera Pinto!

Quien gritaba era Ureta, que también lo había divisado. Luego exclamó:

—¡Eh, «Mocho»!

Carrera Pinto volvió bruscamente la cabeza y sus pupilas brillaron con una naciente cólera, pero al observar el aspecto maltratado de los dos esmeraldinos, su rostro se dulcificó y avanzó hacia ellos con las manos extendidas. Los dos oficiales le devolvieron sus saludos con sincera efusión.

Mientras Carrera Pinto formó en las filas del regimiento «Esmeralda» se había hecho querer por sus compañeros, pese a los arrebatos de cólera que le sobrevenían cuando bebía, cosa que hacía con bastante frecuencia.

—¿Dónde estuviste metido todos estos meses? —le indagó el capitán Holley, después que terminaron los saludos.

—Aproveché una licencia de un mes para ir a Chile a abrazar a los míos. Pero he vuelto, ¿eh? —respondió Carrera haciendo un guiño—. No podía abandonar a mis viejos camaradas. Volví para desquitarme —siguió explicando Carrera Pinto—. ¿Cómo uno de mi sangre iba a quedarse sin combatir, siendo que todos ustedes continúan en la brega? No, señores. Aunque tenga que irme solo a

buscar a los montoneros de Cáceres en sus madrigueras de las sierras, tengo que hacer mi parte.

Ureta iba a explicarle que la empresa no era tan fácil y rápida como él la imaginaba, pero se le interpuso una voz desaliñada que habló desde un costado suyo. Era la del soldado Acosta.

—Mi capitán Holley, permiso para hablar —decía, parpadeando aceleradamente; y sin esperar a que el superior lo autorizara, se volvió hacia el teniente Carrera Pinto—: Mi teniente, quiero *na* más que preguntarle si hay un huequito *pa* mí en su compañía.

El oficial lo observó con risueña extrañeza.

—¿Qué tontería está diciendo, soldado? —exclamó—. Viene bajando de la sierra hecho un guiñapo y quiere subir de nuevo.

—Así es, mi teniente. Necesito volver a la sierra altiro. Porque allá arriba tengo extraviado a mi batallón —le respondió el soldado con aire triste.

Los tres oficiales lo miraron asombrados.

—Pero tú estás loco —le expresó Holley—. Ningún batallón ha entrado a la sierra todavía.

—Es que el mío… —comenzó a decir Acosta—…, mi batallón está formado por dos hombres no más, mi capitán. Uno soy yo y el otro es mi mayor Manuel Rodríguez.

Los oficiales sonrieron bondadosamente y Carrera Pinto, que no estaba enterado de la notable pareja que formaban el jefe de los exploradores y su ordenanza, le preguntó, mirándolo de hito en hito:

—¿Y se puede saber qué batallón es ése, soldado?

—¡El «Cazadores del Desierto», mi teniente! —proclamó, pero enseguida bajó la voz y aclaró—: Lo disolvieron; cuando ya habían muerto casi todos y no quedamos más que nosotros dos.

—¿Y dónde está actualmente tu jefe? —consultó Carrera Pinto.

El ordenanza contrajo su rostro flaco y le explicó, con desesperanza:

—Se me fue mezclado con los montoneros de Cáceres y, por primera vez, me dejó solo. Y *agora* me siento como perro huacho, lleno de recelos y *too desasosegao*. Es por eso que tengo que volver a la sierra *pa* ver qué es lo que le está pasando a mi mayorcito. ¡Mi teniente, *usté* es hombrazo y tiene que entenderme! ¡Consiga que me dejen irme con su compañía!

Carrera Pinto frunció el ceño, meditabundo.

—Capitán Holley, ¿cree usted que es posible?… —dijo, solicitando el consejo de su antiguo compañero.

El interpelado asintió y explicó a su interlocutor que Acosta no estaba agregado a ningún batallón, añadiendo:

—Entiendo que el mayor Rodríguez y su ordenanza tienen libertad de acción para moverse por iniciativa propia. ¿No es así, Acosta?

—Así *mesmito, pue*. Yo no tengo más jefe que mi mayor Rodríguez. Por ahora estamos asimilados al servicio secreto, pero seguimos siendo libres.

—Pues, si es así, podría usted irse con nosotros hasta Casapalca y allí tomar algún camino que lo conduzca hasta donde está su jefe —discurrió Carrera resueltamente—. Dígame, ¿conoce bien la sierra? ¿Ha estado en el valle de Junín?

—Clarito, *pus*, mi teniente. Con mi mayor hemos recorrido *toíta* esta región y la conocemos palmo a palmo.

—¡Ajá, entonces la cosa puede ser más fácil! —observó Carrera —. Nosotros vamos a entrar al valle de Junín y no creo que mi comandante Pinto Agüero lleve muy buenos guías.

Un estridente pitazo de la locomotora enganchada frente al rosario de vagones interrumpió su raciocinio. Al mismo tiempo las voces de los ayudantes de la comandancia del «Chacabuco» se oían imperiosas, ordenando la subida de todos los oficiales al convoy.

Carrera Pinto estrechó rápidamente las manos de los dos oficiales del «Esmeralda» y corrió hacia uno de los estribos del convoy, que ya se ponía en movimiento.

—¡Hasta la vuelta, «Mocho»! —le gritó el teniente Ureta a sus espaldas, agregando con una carcajada—: ¡Qué logres darle satisfacción a tu sangre y te toque un buen combate!

Gaspar Acosta se había quedado de pie en medio del andén, con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos.

—¡Ven, pues, hombre!… ¡Ven, embarca conmigo! —le gritó Carrera Pinto.

El oficial del «Chacabuco» se aferró del pasamanos y le estiró la diestra. Luego, de un violento tirón, lo subió al tren.

Los centinelas del «7.º de Línea» en el campamento de Chicla fueron los primeros en avistar el convoy a su llegada a la estación terminal de la línea férrea. Ochenta de los ciento cincuenta esmeraldinos que habían quedado en aquel pueblo tenían por misión mantener una constante vigilancia en torno al campamento chileno, aislado por la nieve y acechado desde las cumbres próximas por los montoneros, que, pese a la retirada del ejército de Cáceres, rondaban la quebrada, igual que espíritus maléficos.

Apostados en las dentadas cimas que dominan al viaducto de Infiernillo, los vigías del «7.º de Línea» advirtieron la aproximación del tren y comunicaron la noticia al campamento de Chicla, por medio de señales de humo.

No obstante, el convoy demoró bastante más de lo calculado en cruzar aquel laberinto de gargantas y cadenas montañosas. Las dos locomotoras que lo arrastraban no tuvieron fuerzas para elevarlo, por lo sobrecargados que iban los vagones, y la mitad de los hombres se vio precisada a bajar a tierra.

El batallón «Chacabuco», «6.º de Línea», continuó el ascenso sobre el tren; el «Lautaro» debió proseguir repechando a pie.

A media tarde, el convoy se detuvo jadeando en la estación de Chicla y los oficiales y soldados del «Chacabuco» desembarcaron en medio de los saludos de la tropa que permanecía en el pueblo desde la fracasada expedición anterior.

Alberto del Solar y Martiniano Santa María observaban la llegada del nuevo contingente, aguantando el viento huracanado protegidos por sus gruesos capotes. No hacía frío todavía, pero la experiencia les había enseñado que, al igual que en todos los crepúsculos, no tardaría en descargarse la agresiva tempestad serrana.

Los dos veteranos, pese a su corta edad, contemplaban el arribo de los refuerzos sin interés y se habrían marchado de regreso a sus tiendas, de no escuchar las voces que profería el teniente Carrera Pinto desde el costado de un vagón.

Se volvieron hacia él con rostros inexpresivos y sólo entonces, al reconocerlo y observar el entusiasmo con que manoteaba saludándolos, sus rostros se iluminaron con expresiones de contento.

Los tres oficiales se reunieron en un punto separado de la masa

de soldados que comenzaba a tomar formación en el terreno. Se saludaban con afectuosas expresiones de cariño, cuando una nueva voz vino a distraerlos.

Era la del ordenanza Acosta, que se mantenía a la zaga del teniente Carrera Pinto.

—Vengo a buscar a mi jefe, mi teniente Del Solar —explicó el soldado—. Por eso me he acercado a ustedes *pa* que me digan qué han sabido de mi mayor.

Los dos esmeraldinos se miraron entre sí y expresaron no saber nada del oficial.

—Mi mayor y yo nos separamos aquí *mesmito* —siguió repitiendo Acosta— y yo tuve que partir hacia Canta para llevarles un mensaje a ustedes. Él debía seguir con las tropas de Cáceres *p'al* otro *lao* de la cordillera. Después no volví a saber más de mi jefe.

Una corneta del batallón «Chacabuco» llamaba «a lista» y el teniente Carrera Pinto se aprestó a reunirse con su compañía.

—Después conversaremos de algo triste —dijo a sus amigos y se volvió hacia dos oficiales muy jóvenes, que estaban a pocos metros —: ¡Subtenientes Pérez Canto y Cruz Martínez, a sus puestos! —les ordenó.

Del Solar y Santa María se quedaron mirándolo, intrigados, tratando de adivinar cuál podría ser aquella triste noticia que les había ofrecido. Los sacó de su abstracción la voz quejosa de Gaspar Acosta.

—Bueno, yo también me voy con el «Chacabuco» —dijo—. ¡Permiso *pa* retirarme!

—Pero ¿no iba a hablarnos del mayor Rodríguez? —lo atajó Santa María.

Acosta sonrió con desgano.

—Ya sé que ustedes están menos enterados que yo, así es que mejor me marcho. Me huelo que mi mayor no está bien; de lo contrario, ya se habría comunicado conmigo. Quedamos de juntarnos aquí, en el término de cuatro días, y hace ya siete que nos separamos.

Los oficiales lo autorizaron a retirarse. Del Solar le ofreció alzando la voz:

—¡Si a los del «7.º» nos mandan al valle de Junín, te llevo en mi

compañía!

Acosta le agradeció volviendo apenas el rostro y siguió caminando cabizbajo en pos de los del «Chacabuco». De súbito, una forma pardusca, tocada con un ancho sombrero sucio, se le interpuso en el camino y lo detuvo atrapándolo de un brazo.

—¿Soldado Acosta? —le dijo, entre pregunta y afirmación.

El interpelado lo miró con cara agresiva y, durante unos instantes, no lo reconoció.

—¿Quién *soi* vos? —le indagó desconfiado—. En alguna parte he visto esa carota, aunque con menos mugre que *agora*.

—¡Toribio Jerez, del batallón «Bulnes»! —le respondió el otro, entrechocando los tacones con el ademán maquinal de los antiguos soldados de línea—. ¿No me recuerda? Estoy al servicio de la señorita Latorre.

No había terminado su explicación, cuando su imagen se había hecho clara en la memoria de Acosta.

—¡Reflauta! —exclamó—. ¡El ordenanza de la señorita Leonora! Oiga, compañero, entonces usted tiene que saber noticias de mi mayor Rodríguez —le inquirió ansiosamente.

Jerez meneó la cabeza desalentado.

—Cuando lo vi a usted, creí que me iba a poder informar sobre su paradero —le aclaró—. Hace una semana que estamos esperando que reanude su contacto con nosotros. La cadena quedó rota al perderse la conexión con el mayor Rodríguez. ¿No recuerda que iba él a servir de enlace entre las señoras y yo? Por nuestro lado todo estaba listo. Yo aquí, en Chicla; don Gastón Dupré, en Matucana; El Profesor, en Chosica. Pero nos fallaron ustedes.

El ordenanza Acosta se engalló y negó rotundamente.

—Nosotros no fallamos nunca. Mi mayor se fue entre las tropas del enemigo *pa* poder entrar en Oroya. Pero algo se descompuso. Yo tuve que llevar un mensaje al contralmirante Lynch, que subía por Canta, y

d'hei

no volví a saber más de mi jefe.

Toribio Jerez se rascó la barba y permaneció unos instantes desconcertado.

—Vamos a tener que restablecer el contacto con él —resolvió por fin.

—Eso *mesmo* es lo que quiero, pus, compañero —le expresó Acosta con impaciencia—. *Pa* eso me *hei venío* con el «Chacabuco» y voy a cruzar la cordillera en busca de mi jefe.

—No haga nada todavía, hasta que nos comuniquemos con El Profesor. Ya está arreglado el telégrafo y en un periquete tendremos instrucciones de él.

—Bueno, comuníquese *usté* con El Profesor —aceptó Acosta de mala gana—. Pero si no lo ha hecho cuando parta el «Chacabuco», de todos modos me voy.

El campamento de Chicla estaba atestado de soldados. Los que acampaban allí desde antes habían ocupado todos los sitios guarecidos y los que llegaban no tenían dónde ampararse. Afortunadamente, la cotidiana tormenta de nieve no fue muy intensa esa tarde, lo que hizo menos dura la pernoctada.

Los soldados del «Chacabuco» se amontonaron en los abiertos corredores que contorneaban la estación, pero no todos cupieron y unos cincuenta se vieron obligados a vivaquear a campo raso, aguzando el ingenio para guarecerse en carpas y ramadas.

Ya oscurecido, llegó una avanzada del «Lautaro», para anunciar que aquel batallón había acampado a mitad de camino, en el fondo de un desfiladero protegido por aleros de rocas.

El teniente Carrera Pinto terminaba de inspeccionar las condiciones en que reposaba su compañía, cuando lo hallaron los tenientes Santa María y Del Solar. Los tres buscaron acomodo en un rincón de la barraca ferroviaria. Del Solar echó mano de su cantimplora y le quiso brindar un trago de aguardiente a Carrera Pinto, sabedor de lo muy aficionado que el oficial era a la bebida.

—No, gracias —le rechazó nuevamente el chacabuco—. No volveré a beber hasta que termine la guerra.

—Zámpate un trago, hermano —le insistió Del Solar, deseoso de tener la ocasión para hacerlo él también—. Así tendrás fuerzas para darnos la triste noticia de que nos hablaste esta tarde.

—No es necesario —reflexionó melancólicamente el oficial—. Con aguardiente o sin él la noticia es triste. Se trata del capitán Manuel Aguirre Peña y Lillo.

Martiniano Santa María se estremeció dentro de su capote. A la sola mención del capitán, había adivinado la noticia. Por su parte, Del Solar también la presumió.

Carrera agachó la cabeza y se explicó, sin mirarlos:

—Sí. Manuel Aguirre murió hace siete días, en el hospital «2 de Mayo». Cuando lo bajaron del tren en Lima ya estaba agonizante.

Los dos séptimos sintieron un escalofrío. Santa María plegó los brazos sobre las rodillas y sepultó la cabeza en ellos. Sus anchas espaldas se estremecían denunciando su llanto, y se lo oía murmurar desconsoladamente:

—¡Pobre Manuel!… ¡Pobre Manuel!…

Del Solar se echó hacia atrás y apoyó la nuca contra la pared de la barraca. Tenía los ojos muy abiertos y balbuceaba con voz quebrada:

—Vamos quedando menos. Unos se fueron heridos; otros, mutilados; otros, muertos. Tan confiados que partimos a la guerra y, sin embargo, ya han tenido que inyectar sangre nueva al «7.º de Línea».

—Patricio Larraín se llevó a su hermano Luis y apenas alcanzó a llegar hasta Valparaíso con él. Se le desangró al desembarcar —agregó Santa María en el mismo tono fúnebre de su compañero.

—Otros salvaron mejor —continuó Del Solar—. Alberto Cobo perdió un brazo. A Juan Evangelista Otero se le heló un pie y tuvieron que cortárselo. Quien mejor suerte tuvo fue mi capitán Florencio Baeza; lo mandaron a Chile custodiando al presidente provisional García Calderón.

—Me escribió hace unos días —acotó Carrera Pinto—. Me cuenta que vuelve al Perú.

Del Solar levantó la cabeza y miró al chacabuco con expresión atónita.

—¿Vuelve a… esto? —exclamó incrédulo—. ¡Qué loco!

—Viene a morir, como nos ocurrirá a todos —redobló Santa María con acento agorero.

Carrera Pinto se revolvió incómodo, e hizo un esfuerzo por sacudirse la atmósfera depresiva que los envolvía.

—¡Caramba, muchachos, no están ustedes muy optimistas esta noche!… ¡Arriba los corazones, compañeros, que no se han fundido todavía las balas que han de matarnos!

—Yo tengo la certeza de que no vuelvo a Chile —afirmó Santa María monótonamente.

—¡Vaya, Martiniano, ya esto resulta fastidioso! —prorrumpió

Carrera Pinto con cierto enojo—. Si se sienten ustedes tan abrumados, deberían pedir que los den de baja y regresar a Chile. Nadie les haría un reproche; bastante bien han cumplido durante tres años de campaña ininterrumpida.

—No, no es para tanto —rechazó Del Solar, prefiriendo no debatir más el asunto—. Lo mejor para capear los pensamientos tristes es zamparse un buen trago —filosofó.

—Ahí ves tú otra manera de morir, Ignacio —dijo Santa María, señalando a su compañero que bebía echado hacia atrás, sin medida —. Del Solar se mata tomando.

Minutos más tarde, se oyó la llamada a reunión de oficiales.

—Mi coronel Gana ha tomado muy a pecho su ascenso a comandante en jefe de la fuerza que asaltará el valle de Junín — comentó Del Solar con acre ironía—. Como si al otro lado de la cordillera, cuando los montoneros nos corten la cabeza para ensartarlas en sus lanzas o nos saquen el cuero para clavarlo con tachuelas en las puertas de sus cochinas casuchas, valieran de algo los galones y las charreteras.

Carrera Pinto se puso de pie, enojado, y se quedó mirando al oficial semiborracho, con expresión reprobatoria.

El amonestado pareció avergonzarse. Con movimientos pesados volvió a tapar su cantimplora y se puso de pie dificultosamente, apoyándose primero sobre los codos y las rodillas.

Lentamente se encaminaron hacia una luz lejana que señalaba el despacho de campaña del jefe de la expedición.

El coronel Gana estaba sentado ante una tosca mesa, sobre la que brillaba una vela de sebo. Lo rodeaban los comandantes Estanislao del Canto y José Miguel Alcérreca, detrás de los cuales estaba también el mayor Manuel Jesús Jarpa. Los capitanes y tenientes de los diversos cuerpos se alineaban, apegados a los muros de la habitación.

Cuando entraron Del Solar, Santa María y Carrera Pinto, el jefe de la expedición terminaba de explicar que los había reunido para darles a conocer las instrucciones generales para la campaña que se iba a emprender.

El coronel informó que el avance se haría dentro de las próximas horas.

En medio del asombro de todos los reunidos siguió explicando

que comenzaría la operación el mayor Jarpa con trescientos cuarenta y cuatro hombres montados del «Lautaro», que acababan de llegar. La infantería debería trasmontar la cordillera un día después, pues era preciso esperar que el mayor Jarpa devolviera las bestias que iba a usar en su travesía.

—Es decir —resumió el coronel— que toda la división deberá estar dentro del valle de Junín el 23 de enero en la tarde. ¿Comprendido?

Los jefes y oficiales aprobaron con un murmullo colectivo y el coronel Gana ordenó entonces a su ayudante que diera lectura a las instrucciones emanadas del Estado Mayor General.

«1.º. La operación militar tiene por objeto perseguir a las fuerzas del general Andrés A. Cáceres y ocupar todo el valle de Jauja —comenzaban las instrucciones—. De esta manera se impide la formación de montoneras que, con el pretexto de amagar a nuestras tropas, se ocupan de imponer requisiciones, como si fueran enemigos de los propios pobladores peruanos. Deben aprovecharse los recursos del valle para la mantención del ejército y contribuir a los gastos de la ocupación.

»2.º. Es importante regularizar la situación, para obtener de ello todo el provecho posible. El mejor medio consiste en la conducta que nuestra tropa observe con las poblaciones, para que se palpe el contraste con la observada por sus conciudadanos»…

Los jefes y oficiales que habían participado en las anteriores entradas a la sierra escuchaban atónitos la larga exposición.

En contraposición al comportamiento que habían tenido tanto los comisionados de Piérola como los de Cáceres, los chilenos debían proceder con la máxima corrección, respetando los derechos de todos y, en forma especial, los de los indios. A ellos había que convencerlos de que más les valía ayudar a los invasores que oponerse a ellos.

Los veteranos meneaban la cabeza con escepticismo al escuchar aquellas ideas. Y cuando el ayudante leyó el último párrafo de las instrucciones enviadas por el contralmirante Lynch, muchos de ellos no pudieron evitar sonrisas sarcásticas.

«Depende de la confianza que inspire nuestra ocupación que esos valles entren en el trabajo y en la explotación de las riquezas de sus suelos, que puedan contribuir al bienestar de las tropas ahí

acantonadas y refluya en el beneficio del estado general de nuestras rentas, que así tendrán un aumento. De modo que estamos vivamente interesados, por el honor del ejército y nuestra propia conveniencia, en dar eficaz garantía a la vida, propiedad e intereses de los habitantes y, especialmente, en el acarreo de sus productos».

Cuando el ayudante terminó su lectura, el coronel José Francisco Gana se puso de pie y paseó su mirada por los rostros de los asistentes.

—¿Hay alguna duda que aclarar, señores? —preguntó. Como nadie emitiera opinión alguna, volvió a inquirirles—: ¿Ninguno de ustedes tiene alguna observación que hacer a estas instrucciones?

Todos guardaron un pesado silencio. De súbito se oyó una voz estropajosa que, surgiendo de uno de los rincones más alejados de la pieza, decía:

—¿Me permite, mi coronel?

Era Alberto del Solar que, envalentonado por los vapores del aguardiente, se atrevía a expresar su pensamiento, olvidando su condición de simple teniente.

—Excúseme por la observación que voy a hacer —continuó después de ser autorizado—, pero tuve la ingrata suerte de estar en la sierra en la campaña anterior. Creo que en corto tiempo las crueles experiencias que tendremos que sufrir van a mostrarnos como muy cándidas las buenas intenciones que refleja el documento que se nos acaba de leer.

Un murmullo contenido acogió su mal enhebrada explicación. Los jefes y oficiales se mostraban sorprendidos por la audacia de que hacía gala el joven oficial al enfrentarse con el irascible coronel Gana. Éste se alzó sobre las puntas de los pies para observar bien al que había hablado y le inquirió secamente:

—¿Tiene algo más que decir, teniente?

El oficial hizo una mueca de cansancio y agachó la cabeza.

—No, mi coronel; sólo que ojalá me equivoque.

—Despreocúpese, teniente —le respondió el superior, frunciendo los labios con fastidio—. Su opinión no va a ser tomada en cuenta. Si lo hiciéramos, nos veríamos obligados a castigarlo por irrespetuoso. —Volvió entonces la cabeza y expresó a los demás en forma concluyente—: Señores jefes y oficiales, ya están instruidos. El asalto al valle de Jauja comenzará a las tres de la madrugada.

Una hora antes del momento de la partida, el mayor Manuel Jesús Jarpa salió a revisar el ganado con que él y sus hombres iniciarían la travesía de la cordillera. Secundado por los cinco mariscales, que el día anterior habían terminado el herraje de las bestias, las fue examinando una por una. Pese a la prisa con que lo hizo, terminó su inspección cuando faltaban apenas quince minutos para las tres. Apresuradamente, ordenó a los dos capitanes que habrían de actuar como ayudantes suyos que despertaran a los trescientos cuarenta y cuatro hombres del «Lautaro» que formaban su sección. A las tres en punto, la sección estaba presta para partir y se encaminaba al corral vecino a la estación, donde se había encerrado a las bestias.

En esos mismos momentos comenzaba a sonar el receptor en la caseta del telégrafo, transmitiendo un mensaje proveniente de Lima. El telegrafista de guardia abandonó el catre de campaña en que yacía y empezó a descifrar los signos. Al lado de la mesa de recepción dormían dos hombres más: los soldados Gaspar Acosta y Toribio Jerez, que esperaban una respuesta de El Profesor al mensaje que le habían cursado hacía siete horas.

Al ruido del telégrafo despertaron también y escuchaban ansiosos las palabras que iba dejando caer el telegrafista, a medida que descifraba el mensaje. Éste decía:

> *Notifique soldados Gaspar Acosta y Toribio Jerez, asimilados servicio secreto, presentarse mañana estación, esperando primer tren. No abandonar Chicla hasta conectarse Gastón Dupré.*
>
> *PROFESOR.*

Acosta se puso bruscamente de pie y empezó a abrocharse el cuello de la guerrera, con ademán decidido.

—Aunque firmara ese telegrama el *mesmísimo* contralmirante, yo no espero hasta el primer tren de mañana —declaró.

Jerez lo contempló estupefacto y trató de detenerlo:

—Tiene que obedecer, Acosta. Ni usted ni yo conocemos los planes generales del servicio y…

El soldado lo atacó con un gesto despectivo.

—Mi único servicio es acompañar a mi mayor Rodríguez —

señaló enfáticamente—. La misión que nos dieron fue pasar al otro *lao* de la cordillera y la estamos cumpliendo. Mi mayor está allá; falta entonces que vaya yo también. Y lo haré altiro, en *cuantito* rompan la marcha los lautaros que van con mi mayor Jarpa.

Sin dilatar el cumplimiento de su decisión, agarró su quepis y se dirigió a un rincón para recoger su fusil y su morral.

Toribio Jerez tuvo que doblegarse ante la obstinación del soldado y sólo atinó a oponerle:

—¿Entonces cómo vamos a comunicarnos con ustedes, me digo yo?

Acosta meditó un instante, rascándose la nuca.

—¿Ese Gastón Dupré que menta el telegrama es hombre de agallas? —indagó, y como Jerez hiciera un gesto afirmativo le indicó—: Entonces que se vaya con la infantería que partirá mañana 23 de enero y nos juntamos en Tarma. Así me doy un día de ventaja *pa* averiguar qué ha sido de mi mayor y vamos adelantando algo. ¿Le parece bien?

En ese preciso instante, una corneta tocaba «adelante la marcha» y se divisaba, entre las sombras espesas, la columna del mayor Jarpa que empezaba a ponerse en movimiento. El ordenanza echó a correr en dirección a la masa de jinetes que se dirigía hacia el oriente.

Las tropas del «Lautaro» soportaron estoicamente las primeras horas de marcha, en suave ascenso, hasta Casapalca. Pero cuando emprendieron francamente la ascensión de la cadena más abrupta y encumbrada de la cordillera, comenzaron a sentir los efectos aniquiladores del soroche. Para colmo de dificultades, la nieve caía arremolinada por un ventarrón frío que traspasaba los huesos.

En las proximidades del monte Meiggs, que alza su pico majestuoso hasta cinco mil quinientos metros, fueron los animales los más afectados. Los caballos se iban hinchando, como enormes odres, y terminaban por reventar, igual que globos pinchados por una aguja.

Hubo varios soldados que se desmontaron para intentar ganar algún calor con el movimiento. Pero bastaba que asentaran los pies en el suelo y caminaran una decena de pasos para que cayeran, imposibilitados de volver a trepar sobre sus bestias.

—No olviden las cabezas de ajo que se les dieron —se oyó decir

en un momento a uno de los ayudantes de Jarpa—. Si sienten que se van mareando y que les duele la cabeza, masquen lentamente un diente de ajo.

Pero eran vanos los consejos, que no servían para mitigar los padecimientos de los soldados, ni siquiera para consolarlos. Un hombre se retorció, de súbito, terminando por doblegarse sobre el cuello de su mula.

—¡Mi capitán, me ahogo! —gritó y se puso a gemir.

—¡Aguántese, carajo, y no grite, que se fatiga más! —le replicó el mayor Jarpa, que se acercaba iracundo—. Si se queda tranquilo encima de su cabalgadura, llegará vivo a Morococha. —Luego, dirigiéndose a todos agregó—: Lo único que tienen que hacer es aguantar un poco más. Pronto vamos a pasar el punto más alto de esta cordillera: después descenderemos.

El ayudante, que venía aconsejando a los soldados, emparejó su caballo al del mayor Jarpa y le consultó en voz baja:

—¿A qué altura está el paso del monte Meiggs, mi mayor?

—A cuatro mil novecientos metros, capitán —le contestó Jarpa en el mismo tono y le advirtió enseguida—: Ojalá nosotros dos logremos pasarlo sin caer reventados como las mulas. Cuídese lo más que pueda… Uno de los dos siquiera… tiene que llegar con aliento al otro lado.

Ocho horas demoró el ascenso hasta el punto más alto de la cordillera. Cuando los soldados entraron al elevado desfiladero que contornea al monte Meiggs, iban con la tez enrojecida, los rostros demacrados, como si estuvieran a punto de morir. A veintidós de ellos, así como también a dos oficiales, había sido preciso atarlos sobre sus cabalgaduras.

Los ayudantes iban realmente asustados, pero el mayor Jarpa se mantenía sereno en apariencia. Afortunadamente, en cuanto se insinuó el descenso, la tranquilidad fue volviendo a su ánimo…

A media tarde, la expedición entraba en el caserío minero de Morococha, punto equivalente a Casapalca al lado oriente de la cordillera. Los soldados fueron sintiéndose algo mejor, pero aun así era imposible seguir adelante. El mayor Jarpa detuvo a la columna en la estrecha explanada abierta entre las casas del mineral y buscó alguna persona que le proporcionara auxilio. Pero todo el mundo había evacuado la población. Por fin, ubicó la residencia del

administrador de los yacimientos y golpeó en su puerta, sin bajarse del caballo, por temor a caer al suelo sin aliento. En su viaje anterior el mayor se había enterado de que los directores de aquellas minas eran extranjeros y confiaba en que alguno permanecería allí amparado por su neutralidad. Después de golpear largo rato, una voz con acento germano les respondió desde el interior. Se presentó como Hermann Welzel, administrador de las minas de Morococha. Era un hombre afable, que declaró estar radicado en aquella región desde hacia dieciocho años.

—Puedo ofrecerles café caliente, señores oficiales —dijo.

El mayor Jarpa le rechazó el ofrecimiento, con verdadero sacrificio.

—Lo que necesito, señor Welzel, es que me haga el favor de recibir a veintidós soldados y dos oficiales que traigo afectados por la altura —le pidió.

El germano no opuso inconvenientes, sino que, por el contrario, abrió de par en par su puerta.

—Mi casa es amplia y mantengo siempre un buen fuego. Además, conozco los remedios para el mal de altura. ¿Cuántos hombres trae usted consigo?

El mayor Jarpa lo miró con desconfianza y se negó a revelárselo. Pero aminoró su rudeza, argumentando que seguía su marcha al momento.

—¿Qué distancia nos separa de Pachachaca? —preguntó a su turno al alemán.

—Veinticuatro kilómetros, señor oficial.

Jarpa contempló el sendero que culebreaba hacia el oriente en descenso pronunciado y juzgó que los caballos podrían recorrerlos en un par de horas. Llegarían, pues, a Pachachaca alrededor de las nueve de la noche.

—¡Perfecto! —exclamó y, volviéndose hacia su primer ayudante, le ordenó—: Capitán, haga traer a los enfermos a esta casa.

La columna reinició su marcha después de haber dejado a sus enfermos en la
casa-administración
de Morococha. A la diez de la noche, arribaron al poblado de Pachachaca.

Éste se encontraba desierto también, pero fue menos

inhospitalario para los soldados, porque los techos de paja de sus chozas les sirvieron para encender sus fogatas. En ellas se preparó un rancho caliente de emergencia y a las once de la noche las cornetas tocaron «silencio». Los hombres se tumbaron aniquilados por la fatiga, mientras diez de ellos salían en exploración, acercándose al pueblo de Oroya, distante apenas unas pocas leguas.

A las dos de la madrugada, todo el contingente reposaba sumido en el sueño pétreo del cansancio, cuando tres jinetes de la descubierta regresaron al caserío, con dos prisioneros.

El mayor Jarpa fue despertado de inmediato. Tratando de mantenerse fuerte, enfrentó a los exploradores y a sus cautivos. Estos últimos eran dos míseros indios empavorecidos por la situación en que se hallaban.

El informe del jefe de los exploradores fue breve. Los habían sorprendido durmiendo bajo un alero de rocas en el camino a Oroya, y, al ser interrogados, declararon haber pasado el Mantaro justamente en los momentos en que un pelotón de soldados del general Cáceres se disponía a cortar el puente que cruza el río en esa parte.

Aquél era el único puente que podía usar el ejército chileno para atravesar el Mantaro en esa región; y siendo el río absolutamente invadeable, el corte de aquella vía significaba dejar a las tropas expedicionarias inmovilizadas en la ribera poniente.

El oficial enfrentó a los cautivos y los interrogó, ceñudo.

—¿A qué hora cruzaron ustedes el puente del Mantaro?

—A las oraciones, señor.

—¿Cuántos soldados estaban en la orilla del río?

El arriero que contestaba miró a su compañero, consultándolo, pero el otro prefirió no intervenir.

—Un medio centenar, señor —contestó, pero se notaba su inseguridad—. No nos detuvimos a contarlos, señor, porque… porque siempre es mejor ponerse lejos de los soldados. Nos obligan a entrar en sus filas y si uno se resiste… lo fusilan, señor.

—¿Qué los hizo pensar que tenían intenciones de cortar el puente?

—Estaban socavando los pilares, señor, y también cortaban las sogas de las pasarelas.

El mayor Jarpa les volvió la espalda; no necesitaba saber más.

Profundamente preocupado regresó al centro del campamento.

Luego de permanecer abstraído varios minutos, se encaminó hacia el oficial de guardia, que esperaba sus órdenes.

—Capitán Armijo —le expresó—, voy a ordenarle algo que le va a parecer insensato, pero ¡qué diablos, hay que hacerlo! Haga tocar «generala». Tenemos que proseguir la marcha al momento.

El oficial se quedó mirándolo con la boca abierta. Le parecía descabellado despertar a la tropa que apenas había descansado tres horas. Su vacilación no hizo más que aumentar la nerviosidad del jefe de la columna.

—¿No hablo en castellano, capitán? —le gritó—. ¿No se da cuenta de que si los enemigos cortan el puente, nuestra expedición se quedará a este lado de río y necesitaremos una semana para improvisar otro? ¡Haga tocar «generala» y sigamos marchando! Tenemos que llegar a la orilla del Mantaro antes de la aurora.

El son de las cornetas trizó la noche, como el restallar de un látigo que se abatiera sobre la tropa dormida. En las tres horas que llevaban durmiendo apenas comenzaban a reponerse de la tremenda travesía de las altas cumbres; la mayor parte de ellos estaban bajo el quebranto del soroche, atormentados por mareos y con el corazón batiéndose.

Diez largos minutos costó poner en pie a toda la tropa, y cuando el mayor Jarpa pasó revista a la formación, los hombres se bamboleaban, como siluetas borrachas.

Los cincuenta cazadores ocupaban un extremo de la fila y hacia ellos se dirigió el jefe de la expedición. El capitán Belisario Amor, comandante de los bizarros jinetes, se veía, como siempre, despabilado y dispuesto a la acción.

—¡Capitán, sus cazadores vendrán conmigo al momento! —le ordenó Jarpa—. Llevaremos también una pieza de artillería.

El capitán Amor pudo haber objetado que sus caballos se encontraban muy fatigados, pero acató la orden:

—¿Cuál es el objetivo que atacaremos, mi mayor? —preguntó.

—El puente del río Mantaro que da paso hacia Oroya. Tenemos que llegar a él antes de que los enemigos alcancen a destruirlo.

El capitán Rómulo Correa quedó a cargo del campamento de Pachachaca, con la orden de enviar al puente ciento veinticinco infantes, bajo el mando del capitán Vargas, al amanecer; y la

partida de cazadores emprendió el descenso al galope, en busca del río Mantaro.

Envueltos en la nube de vaho que emanaban los cuerpos en su movimiento, cabalgaron hasta el filo del amanecer. Cuando la oscuridad comenzaba a diluirse, el mayor Jarpa contuvo a sus jinetes. Los dos exploradores que marchaban de avanzada venían al galope de regreso hacia el piquete, para comunicar que tras de un último recodo del camino se veía el puente.

—¿Entero todavía? —les preguntó Jarpa con ansiedad.

—Así parece, mi mayor —le respondió uno de ellos—, pero se avista a una veintena de hombres destruyéndolo.

—¿Se dejaron ver ustedes?

—No, mi mayor; los observamos desde el recodo.

—Pues los cogeremos por sorpresa.

El mayor Jarpa desenvainó su largo sable y lanzó el grito de «a la carga».

El pelotón de cazadores descendió el último tramo de la pendiente como una luz que se precipita. Los soldados enemigos que destruían el puente levantaron el rostro, sorprendidos primero y aterrados después, al oír el estruendo de la caballería y el ulular vibrante del clarín. Habían alcanzado a quitar los tablones en una extensión de unos cinco metros y desclavaban los durmientes, cuando sobrevino el ataque. Ninguno de ellos pensó en oponer resistencia y huyeron por el puente a saltos. Los cazadores y sus jefes llegaban desenfrenados, sin advertir la trampa mortal abierta en el comienzo del puente. Estaba a pocos metros, cuando el capitán Amor se percató del peligro. Simultáneamente con sentar a su caballo de un violento tirón de riendas, lanzó un alarido de aviso:

—¡Alto!… ¡El puente está roto!

Pero era tarde para frenar al tropel. Dos de las primeras bestias se hundieron en el negro precipicio, confundidos en una masa informe con sus jinetes.

El mayor Jarpa contempló, alelado, aquel desastre irremediable.

Entretanto, el capitán Amor, más sereno, ordenaba a sus soldados extenderse a lo largo de la orilla y fusilar a los enemigos que corrían por el puente. Pero era malgastar estérilmente la munición; la penumbra impedía dar en el blanco.

El mayor Jarpa se revolvió furioso y ordenó cesar el fuego. Distinguiendo la casucha del cuidador del puente a un costado del camino, discurrió que diez de los cazadores arrancaran la puerta y la tendieran sobre los travesaños desnudos, mientras otros volvían a su sitio los tablones que los enemigos habían desclavado.

Apenas se hizo esto, ordenó al teniente Ilabaca que entrara al puente con diez jinetes y emprendiera una batida contra los fugitivos. Mientras se realizaban la persecución y el arreglo del puente, hizo recoger las armas que habían abandonado los peruanos.

Media hora más tarde, se oyó a lo lejos el son de una corneta del «Lautaro», anunciando la aproximación del resto de la columna que quedara en Pachachaca. Mientras esperaban su arribo, regresó el teniente Ilabaca con sus hombres y varios prisioneros.

—Perseguimos a los fugitivos hasta darles caza —informó al mayor Jarpa—. Eran quince, mandados por dos oficiales. Nueve quedaron muertos y traemos prisioneros a todos los restantes. Con ellos viene el alcalde de Oroya —le explicó el teniente Ilabaca—. Él ordenó que se destruyera el puente.

A requerimientos del jefe chileno el hombre se acercó tembloroso.

—Yo no soy hombre de guerra, señor comandante —trató de marginarse, cuando sintió sobre él las pupilas fieras del mayor Jarpa.

—No lo es y, sin embargo, hace destruir un puente como medida militar para que no pase nuestro ejército —le objetó Jarpa con ironía.

—Recibí órdenes perentorias, señor —se justificó el alcalde—. No podía desobedecerlas.

—¿Ordenes de quién?…

—Del general Andrés Cáceres, señor.

—¿Está en Oroya? —quiso saber el jefe chileno.

—No, señor.

—¿En Tarma, entonces?…

—Tampoco, señor; abandonó Tarma ayer en la tarde.

El mayor Jarpa lo observó con desconfianza. No concebía que aquellos dos pueblos hubieran sido abandonados tan fácilmente. Preguntó entonces al alcalde si había allí alguna guarnición militar.

—Solamente en Tarma, señor, en donde están los batallones «Zepita» y «Lima».

—¿Cuántos hombres suman esos batallones?

—Seiscientos.

El rostro del mayor Jarpa se iluminó con una sonrisa de satisfacción y de triunfo. Cáceres huía hacia el fondo del valle, dejándoles libre el paso del Mantaro, abierta la entrada a su dominio, que parecía inexpugnable. En tales circunstancias, sólo les quedaba aguardar la llegada del coronel Gana con el grueso de la expedición para apoderarse de Oroya y Tarma y desparramarse enseguida por la altiplanicie serrana.

El 23 de enero terminó de cruzar la cordillera el batallón «Chacabuco». En la tarde del mismo día lo hicieron el «2.º de Línea», el resto del «Lautaro» y el «Carabineros de Yungay». Todos llegaron a Pachachaca, destrozados por el titánico esfuerzo y con gran cantidad de soldados afectados por el soroche. Sin embargo, el coronel Gana siguió marchando con el «Chacabuco» y parte de la caballería en busca del puente de Oroya, temeroso de que el mayor Jarpa pudiera ser atacado por la retaguardia de Cáceres. Al anochecer de aquel mismo día, tomaba contacto con el Mantaro, en cuya margen derecha había establecido su campamento la avanzada.

El mayor Jarpa, que marchó al encuentro de su jefe superior, observó, con estupor, que el capitán Belisario Amor discutía con dos frailes franciscanos, jinetes en sendas mulas.

—¿Quiénes son estos religiosos? —consultó a su subalterno.

—Fueron arrestados cuando intentaban cruzar el puente —le respondió el capitán, saludando, al mismo tiempo, al coronel Gana —. Dicen que viajan de Jauja a Lima.

El coronel Gana, que era un católico fervoroso, les inquirió cortésmente la razón de su viaje a la capital.

—Cada seis meses llevamos las cuentas de nuestros conventos a la Casa Mayor de San Francisco, en Lima, señor —le informó el más viejo de los frailes, con expresión de beatitud—. Aislados en nuestro convento de Ocopa, poco sospechamos de la guerra, por lo que nos decidimos a emprender viaje, como de costumbre, y henos aquí, estupefactos, por haber sido aprisionados.

—No, padres; no están prisioneros y pueden continuar su viaje

libremente —se apresuró a tranquilizarlos Gana—. Se les ha demorado solamente para hacerles algunas consultas.

Los dos religiosos inclinaron las cabezas.

—Disponga de nosotros, señor coronel —se ofreció uno de ellos.

—He sido informado de que el general Cáceres evacuó Tarma con su ejército, marchando en dirección al sur. Todo hace suponer que se detendrá en Jauja, que es el próximo pueblo. ¿Ha sido así?

—Efectivamente, señor; el general Cáceres está en Jauja.

—¿Con su ejército completo?

—Con gran parte de él. En Tarma quedaron dos batallones: el «Zepita» y el «Lima».

—¿Cuántos soldados, más o menos, acompañan al general, padres? —quiso saber el coronel.

Los dos religiosos se consultaron entre ellos y terminaron por declarar que eran mil seiscientos hombres.

El coronel Gana les agradeció las informaciones, repitiéndoles que podían proseguir libremente su viaje a Lima, pero cuando ya habían vuelto a montar en sus mulas, les hizo una última pregunta:

—¿Saben ustedes si el general Cáceres piensa hacerse fuerte en Jauja?

Los religiosos meditaron un momento y el más viejo de ellos expresó:

—He oído decir que seguirá alejándose hacia el sur. Don Andrés Cáceres es de Ayacucho y en esa ciudad hay una numerosa tropa al mando del coronel Panizo.

Los franciscanos espolearon sus mulas y comenzaron a alejarse.

El coronel Gana volvió a pensar en sus asuntos. En Tarma sólo había dos batallones enemigos, los que serían fáciles de derrotar. Pero, al mismo tiempo, recordaba que desde Oroya nacían dos caminos, uno dirigido hacia Tarma y el otro que descendía directamente hacia el sur, hacia Jauja. La expedición podría tomar el segundo y caer sobre el refugio de Cáceres; no obstante, era peligroso dejar en la retaguardia a seiscientos enemigos, máxime cuando eran soldados de línea. Resultaba imprescindible eliminarlos primero.

—Mañana al alba me pondré en movimiento hacia Tarma con el grueso de la expedición —indicó el mayor Jarpa—, mientras usted con cincuenta cazadores se aproximará a Jauja y explorará ese

sector. Después que yo haya batido a los batallones de Tarma, nos reuniremos en la entrada de Jauja y cargaremos contra el ejército de Cáceres.

Los dos jefes se introdujeron luego en el puente, para ir a examinar la otra banda del río.

La tropa del batallón «Chacabuco» permanecía detenida en la margen derecha, esperando las indicaciones del Comando en Jefe. Los soldados habían sido autorizados para descansar y se diseminaron en torno a la cabecera del puente.

El teniente Carrera Pinto se encaminaba hacia la casita del guarda, cuando oyó que lo llamaban al pasar. Era Gaspar Acosta.

—Quiero pedir a usted que le transmita a mi coronel Gana un secretito que yo sé. Usted comprende; no me atrevo a hablarle sin autorización y es capaz de no creerme.

—¿De qué se trata, Acosta?

El ordenanza se limitó a señalarle con la diestra a los dos franciscanos que iban repechando la montaña.

—¿Se fijó en que dijeron que venían de su convento de Ocopa? —comenzó a explicarle—. Pues sepa usted que ese convento de Ocopa es nada menos que la residencia de un personaje muy curioso, de un arzobispo que se llama monseñor Del Valle. Él es el hombre que maneja a toda la sierra, el dueño de la haciendas más grandes del altiplano y el peor enemigo de Chile. —Como el oficial dejara escapar un exclamación de sorpresa, el ordenanza prosiguió —: Es el que ordena los levantamientos de los indios y mueve a los montoneros, valiéndose de los curas serranos. Toditos los párrocos son sus espías. ¿Me entiende *usté*?

Ignacio Carrera Pinto frunció el ceño sin saber qué resolución adoptar.

—¿Entonces cree usted que venían a espiarnos? —le inquirió.

—¡Más que seguro, mi teniente! —afirmó el soldado en forma rotunda—. Toca la coincidencia de que el arzobispo Del Valle es el mejor amigo aliado del general Cáceres. ¡Ah, mi teniente Carrera Pinto!, si algún día llega *usté* por La Concepción, va a comprobar que el arzobispo Del Valle tiene convertido al convento de franciscanos de Ocopa en una verdadera fortaleza.

El oficial se quedó mirando a los dos jefes que llegaban ya al otro extremo del puente y se alzó de hombros, impotente. Estaba el

coronel Gana demasiado lejos para trasmitirle la advertencia y no se atrevió a obrar por iniciativa propia, haciendo arrestar nuevamente a los frailes.

El 24 de enero, al alba, la expedición chilena cruzó el puente de Oroya y entró al valle serrano, extendido entre las cumbres de la sierra, desde Cerro de Pasco hasta Ayacucho. En aquella franja de altiplano, vergel encajonado entre dos cordones de cordillera, se nutría el poderío del general Andrés Cáceres.

Ansioso de medir sus fuerzas con el jefe serrano, el coronel Gana lanzó sus tropas a toda prisa contra Tarma, primer pueblo guarnecido que se oponía a su avance. A diez kilómetros de allí cincuenta enemigos abrieron fuego desde los flancos de una estrecha garganta. Treinta hombres del «Carabineros de Yungay» los pusieron en fuga. Fue la primera advertencia. Consciente del peligro que encerraba esa zona, el jefe chileno dividió sus fuerzas. Llevando consigo al «Lautaro» y a la mitad de la artillería, tomó un camino por la izquierda. El «Chacabuco» fue por el derecho con el resto de los cañones y el «2.º de Línea» quedó atrás, guardando la retaguardia. Pero antes que todos ellos marchó en descubierta el comandante Alcérreca con el «Carabineros de Yungay».

El punto de cita era la hacienda Aillabanda. En las faldas del cerro Huaribalque, el «Carabineros de Yungay» fue atacado sorpresivamente: sucesivas ráfagas de fusilería les llegaron desde unas colinas levantadas a la derecha de la senda.

Alcérreca detuvo a sus jinetes y vio que los fusilaban desde el parapeto de unas pircas.

—¡Cincuenta carabineros a tierra y asalten la colina! —ordenó resueltamente—. ¡Desalojen a los enemigos y que no escape ninguno para contar el cuento!

Uno de los oficiales se acercó a Alcérreca y se atrevió a decirle ingenuamente:

—Mi comandante, las instrucciones dicen que se debe proceder con mesura y no causar mortandad sino cuando…

—¡Cuando me disparan a matar, ayudante, me cago en las instrucciones! —barbotó el jefe de los carabineros.

El «Carabineros de Yungay» se abrió paso a sangre y fuego. Cuando sus fieros jinetes llegaron a la hacienda Aillabanda, dejaban tras ellos un sembrado de muertos.

Apenas todos los batallones estuvieron reunidos allí, el coronel Gana envió a uno de los empleados de la hacienda con un mensaje dirigido al alcalde de Tarma, en que se prevenía que su misión era de paz y de protección a los pueblos del centro. Pero aquel acto resultó sarcástico y contraproducente, porque al mismo tiempo llegaba a los tarmeños la noticia de la matanza efectuada por los carabineros.

Al amanecer del día siguiente, en los momentos en que el coronel Gana organizaba sus tropas para lanzarlas al asalto de Tarma, se presentó ante él una delegación de cónsules extranjeros, la que le entregó una nota, diciendo que:

> … *«Esta población se halla desocupada de las fuerzas que en ella existían ayer, y desde luego, indefensa y tranquila.*
> *»Asimismo, dicha comisión tiene también el encargo de pedir a V. S. las garantías de la civilización y la humanidad acuerdan a la vida, a las propiedades y al honor de estas poblaciones, que no pueden hacer resistencia de ningún género».*
> *Dios guarde a V. S.,*
>
> *ALBINO CARRANZA.*
> *Alcalde.*

El coronel Gana leyó la nota con toda parsimonia y preguntando después quién presidía la comisión, dijo a la persona indicada:

—Señor Garibaldini, regrese con sus acompañantes a Tarma y diga al señor alcalde que, desde este momento, la población tarmeña queda bajo la salvaguardia de la bandera de Chile y que se respetarán la vida, el honor y las propiedades de los pobladores. En cambio, solicito de los vecinos que nos proporcionen cuartel, alojamiento para los jefes y oficiales, potreros para nuestra caballada y, desde luego, rancho para el personal de esta expedición.

Inmediatamente después de que los delegados neutrales emprendieron el regreso a Tarma, el jefe chileno ordenó al

comandante Eulogio Robles que rompiera la marcha con su batallón «Lautaro» y que tomara posesión del pueblo, advirtiéndole que él iría a su retaguardia con la artillería.

Sentado sobre su montura, el coronel Gana dictó a su ayudante, teniente Galo Irarrázaval, algunas ideas para la redacción de un bando que pensaba publicar tan pronto llegara a Tarma. El bando fue:

> *1.º Queda restablecido el comercio entre este departamento y los pueblos de la costa o donde no hubiere fuerzas enemigas.*
>
> *2.º Para ejercer este derecho, todo ciudadano que salga del departamento se proveerá de un pasaporte expedido por este Cuartel General, que servirá ante las autoridades chilenas en su tránsito y su punto de destino.*
>
> *3.º Se prohíbe, bajo severas penas, la comunicación con el enemigo, tratándose como espía al que se sorprendiere en ella.*
>
> *4.º Ordeno a los vecinos de este departamento que pasen a este Cuartel General a entregar las armas y municiones que tuvieran en su poder, en el término de 48 horas, bajo la pena de pagar tres veces el valor del arma que se encontrara en su poder a más del castigo a que se hicieren acreedores.*
>
> *5.º La persona que denunciare la existencia de armamento recibirá el valor de la multa impuesta en el artículo anterior.*
>
> *6.º A fin de que todos los ciudadanos que hayan prestado servicios en el ejército enemigo puedan contraerse a sus trabajos ordinarios, se presentarán a este Cuartel General para ser inscritos y recibir un salvoconducto, y el que no lo hiciere será considerado como espía.*
>
> *Los que faltaren a cualquiera de las prescripciones del bando que antecede, serán castigados con la pena que señala la ley militar chilena, que es la de muerte.*

Inmediatamente que este bando fue leído en los puntos principales de Tarma, un abundante número de vecinos se presentó en el cuartel a solicitar el pasaporte indicado.

El coronel Gana iba firmando los documentos, uno tras otro, ilustrado sobre la categoría de los solicitantes por el propio alcalde de Tarma. Sin embargo, le esperaba una sorpresa. Su ayudante Galo Irarrázaval se presentó ante él y le dijo, con semblante impresionado:

—Mi coronel, acaba de llegar a pedir un salvoconducto el personaje más inesperado y que, por su importancia, he creído debe hablar con usted: el general Juan Buendía.

El jefe chileno se puso de pie, con estupor. Era en verdad una sorpresa encontrarse allí con el antiguo general en jefe del ejército perú-boliviano.

El coronel Gana le indicó que lo hiciera pasar de inmediato, y mientras el oficial salía, pidió al alcalde de Tarma que abandonara la habitación.

La figura alta y delgada del general Buendía permaneció inmóvil en la puerta, esperando.

—Buenas tardes, general Buendía —lo saludó cortésmente el jefe chileno y lo invitó a pasar—. Sabía que estaba en la sierra, general —siguió diciéndole el coronel Gana—; pero no me imaginé que iba a tener la suerte de encontrarlo. Supuse que se habría marchado acompañando al general Piérola.

—El general Piérola ha bajado a Lima por el camino de Canta, coronel. Decidí separarme de él, cuando presentó su dimisión —le respondió el anciano gravemente.

—¿Para seguir apoyando al general Cáceres? —le inquirió el jefe chileno.

—No, señor, para retirarme a la vida tranquila, dentro de mi casa de Lima —le contestó el general—. Para mí la guerra ha terminado. Así mismo se lo dije al general Cáceres.

—Supongo que ese general no pensará igual que usted —aventuró Gana.

—No, él pretende continuar la guerra hasta sus últimos extremos.

—¿Cree usted que podrá resistir mucho más?

El general Buendía no contestó, sino que se quedó mirando a su interlocutor con cansada fijeza y terminó por decirle fríamente:

—Perdóneme, pero no he venido a este cuartel a exponer mis opiniones ni a discutir las del general Cáceres. Considéreme un

simple civil que no quiere saber más de la guerra y que solicita el salvoconducto ofrecido por ustedes para poder viajar a Lima.

El coronel Gana se sintió cogido en falta y le replicó secamente:

—Le será concedido, señor. Pero le advierto que no intente viajar hacia el sur valiéndose de su salvoconducto, porque de todas maneras sería considerado como un espía y yo me vería obligado a ordenar que se le aplicara de inmediato la pena de muerte.

El general Buendía sonrió con desgano.

—Lo sé. Como sé también que tendría que ser un insensato quien viajara hacia el sur ahora, sabiéndose que ustedes van a lanzarse sobre todas las poblaciones que existen en esa dirección.

—Justamente —reconoció Gana—. Comenzando por Jauja, en donde se encuentra en la actualidad el general Cáceres. Y nuestro avance contra su ejército no demorará más allá de mañana.

—Mi salvoconducto, por favor, coronel —dijo al cabo de unos segundos el general Buendía.

—Se lo haré llevar a su alojamiento —le respondió Gana—. ¿Dónde está hospedado?

—En la casa de doña Justa Dorregaray viuda de Cáceres.

—¿Parienta del jefe rebelde? —preguntó el coronel Gana.

—Es su madre. —El general Buendía sonrió irónicamente al agregar—: Pero no se afane en buscarla; abandonó Tarma junto con el general, de modo que no podrán usarla como rehén. —Como el coronel Gana enarcara las cejas con enojo, se apresuró a justificarse —: Ésa fue la razón que movió al general Cáceres a llevársela. No hago más que repetirla.

El jefe chileno puso punto final a la conversación, sin disimular su disgusto.

—Espere el salvoconducto en su alojamiento, señor.

El general Buendía hizo una ligera venia y se encaminó hacia la puerta.

—Lo haré escoltar hasta las estribaciones de la cordillera —lo alcanzó Gana con su voz—. ¿Viaja solo?

El veterano se volvió lentamente y respondió con cierta tristeza:

—Solo, coronel. Un simple ciudadano no necesita ordenanza, ni tampoco escolta. Le agradezco, pero sabré hacer el camino solo, para llegar hasta Chicla, en donde tomaré el tren a Lima.

El general Buendía abandonó la estancia erguido y a pasos

mesurados; pero cuando estuvo en el exterior, pareció envejecer bruscamente.

El arzobispo Del Valle contrajo en una mueca de satisfacción su rostro empequeñecido por la edad. Se hallaba en la mansión que su sobrino poseía en Jauja y acababa de obtener una gran victoria sobre los propósitos del general Cáceres. Todos los presentes en la amplia sala, entre los cuales estaban los principales jefes del ejército de la sierra y también la madre y la esposa del general, comprendían que era un triunfo del anciano prelado. Inclinado sobre la enorme mesa en que el doctor Ibarra, secretario del ejército, había escrito los dos documentos que terminaban de discutirse, Andrés Cáceres se disponía a firmar los dos comunicados trascendentales. Uno era el acta de reconocimiento del contralmirante Lizardo Montero como legítimo sucesor de don Francisco García Calderón en el Gobierno Provisional. La otra nota era una carta oficial dirigida al ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, Stephen Hurlbut, en la que se le informaba haber seguido su consejo de reconocer al contralmirante Montero como presidente del Perú. La victoria del arzobispo residía en el hecho de que el general los hubiera aceptado.

El general Cáceres estampó su firma en ambos documentos y, dejando la pluma sobre el escritorio, contempló a los que lo rodeaban.

—Señores, debemos congratularnos por haber asistido a este acto de tan significativo valor —proclamó el arzobispo—. El reconocimiento por parte del general Cáceres del Gobierno del contralmirante Montero representa la unificación de todos los peruanos bajo una sola bandera: la de la dignidad y la resistencia.

En medio de las muestras de aprobación de todos los concurrentes, el caudillo serrano se puso de pie y explicó con gravedad:

—Quiero que se entienda bien qué impulso me ha llevado a firmar estos documentos. Durante muchos meses me he resistido a aceptar al Gobierno Provisional, pese a que esgrimía como su principal propósito no aceptar la negociación con Chile de una paz

que tuviera como condición *sine qua non* la entrega del territorio de Tarapacá. Hoy me avengo a reconocer a ese Gobierno, presidido por el contralmirante Montero, únicamente porque ello nos gana el apoyo de los Estados Unidos. —Alzó la voz para sobreponerse a los murmullos que se levantaban congratulándolo—. Quiero que sepan también que guardo otra razón, igualmente poderosa y que ha influido en mi ánimo. Ella es que, mediante este reconocimiento, espero unificar a todos los ejércitos que existen disgregados en el Perú. Es decir, el de Arequipa, que comanda el coronel La Torre; el de Ayacucho, que está bajo las órdenes del coronel Panizo, y el de Cajamarca, que obedece directamente al contralmirante Montero.

—El de Ayacucho ya está con nosotros, señoría —saltó entusiasmado el coronel Morales Bermúdez.

—Lo sé —afirmó Cáceres—, y he escrito a Panizo ordenándole que suba desde Ayacucho para unirse con nosotros en Huancayo. Pero confío en engrosar mucho más nuestras fuerzas sumándoles los otros dos ejércitos mencionados. Cuando haya conseguido eso, me sentiré lo suficientemente fuerte como para tomar la ofensiva y expulsar por la violencia a los invasores.

La enorme sala de la mansión en donde se hallaban resonó con los aplausos y aclamaciones entusiastas de los jefes y oficiales. El arzobispo Del Valle tuvo que abandonar su sillón de alto respaldo y adelantarse hasta el centro de la estancia para hacerse oír y proponer un brindis.

Mientras los sirvientes entraban con bandejas y copas, el coronel Morales Bermúdez se acercó al general Cáceres para consultarle sobre la fecha de llegada del ejército ayacuchano.

—El coronel Panizo me decía en su comunicado —respondió el caudillo— que arribaría a Huancayo muy pronto, dándose tiempo solamente para hacer unos pagos a los proveedores de su ejército.

Los dos jefes iban a seguir discurriendo sobre aquel tema, cuando los interrumpió la súbita aparición del alcalde de Jauja. Hendiendo la masa de concurrentes, éste se acercó al general Cáceres, llamándolo a voces.

—¡Señor general, le traigo una noticia del porte de un puño! —le espetó cuando estuvo a su lado.

—¡Dígalo de una vez por todas!

—He traído de las orejas a dos cholos que llegaron al

ayuntamiento hace unos minutos, general —se explicó la autoridad provincial—. Fueron a informarme que acababan de ser prisioneros del ejército chileno.

—¿Y en qué sitio estuvieron prisioneros? —preguntó Cáceres al alcalde.

—Nada menos que en la hacienda Jauja, a las puertas mismas de esta ciudad —respondió.

Su declaración sonó como una siniestra campanada de alarma. Tanto las mujeres de la casa, como los criados y también algunos de los oficiales de las milicias se revolvían en el salón, comentando en voz alta.

—¡Silencio, señores! ¡No es el momento para malgastar tiempo en alharaca! —rugió el general Cáceres. Una vez que hubo logrado restablecer el orden, se dirigió al alcalde, exigiéndole perentoriamente—: Dígame, ¿dónde están los chilenos que apresaron a esos cholos?

—En la hacienda Jauja, señor general. Desde ese lugar me enviaron a los dos presos para que me transmitieran un mensaje verbal: «Digan ustedes al alcalde de Jauja que le ordeno preparar alojamiento y rancho para tres mil hombres del ejército chileno de operaciones, que entrará a ocupar esa ciudad hoy mismo».

Un silencio sobrecogido siguió a las palabras del alcalde y todos los rostros se volvieron hacia el general Cáceres. Los principales jefes serranos se acercaron más a él, esperando sus órdenes.

Justamente en ese momento, dos soldados aparecieron en la puerta empujando a los cholos de que había hablado el alcalde.

A empellones fueron llevados frente a Cáceres, ante quien esbozaron un ademán servil de arrodillarse.

—¡De pie! —les ordenó el caudillo con voz tajante—. Los hombres no tienen por qué humillarse ante otros hombres. Respondan con claridad. ¿Cuántos soldados componían la fuerza chilena que los aprisionó? ¡Vamos, habla tú! —dijo al mayor de los «pongos».

Amedrentados por hallarse entre tanta gente importante, no atinaban sino a decir que habían tenido mucho miedo.

—Tú, que eres más joven y debes haber sentido menos miedo —preguntó entonces Cáceres al otro cholo—, ¿no pudiste darte cuenta de cuántos eran los enemigos?

—También tuve susto, taita Cáceres, pero creo que no serían más de cinco veces mis dedos.

—¡Cincuenta! ¿Todos a caballo?

—Todos, taita.

—General Cáceres, solicito para la «Ayudantina» el honor de salirles al encuentro y terminar con ellos —terció impetuosamente el mayor Portugal.

—Podemos agregar también a mi escuadrón de «Cazadores del Perú» —saltó, a su vez, el mayor Osambela—. Dispongo de doscientos jinetes. General Cáceres, no desperdiciemos esta oportunidad de castigar la insolencia de los bellacos que se atreven a venir a desafiarnos.

El caudillo los observó calmosamente y terminó por acceder:

—Quedan ustedes autorizados. Pero antes nos cercioraremos de que tras ellos no viene el ejército chileno en su totalidad. Para ello saldrá al momento uno de nuestros jinetes más hábiles y explorará desde las cumbres.

Entre la algazara que promovieron los jóvenes oficiales ofreciéndose para la arriesgada empresa, quedó designado el capitán Federico Porta y Gil.

—No es necesario que pierda tiempo en regresar aquí —le advirtió Cáceres—. La «Ayudantina» y los cazadores saldrán quince minutos después que usted y recibirán su informe en mitad del camino. Si los jinetes enemigos no traen tras ellos a su ejército, cargarán y los aniquilarán; de lo contrario, deben volver a todo escape a traernos la noticia, para adoptar otras medidas.

El pueblo de Jauja se llenó con los sones vibrantes de la «Ayudantina» y el de los cazadores. Hasta que abandonaron las calles del pueblo, los sones desafiantes fueron rebotando en las montañas.

Entretanto, el capitán Porta y Gil galopaba hacia el norte, en demanda de la hacienda Jauja.

Por su parte, el jefe del piquete chileno se había adelantado hasta tres cuadras de la hacienda y esperaba con sus jinetes en un ancho portezuelo. En las cumbres de los cerrillos que flanqueaban el abra, había ocultado sendos vigías, que oteaban atentamente en dirección al pueblo.

El capitán Porta y Gil avanzaba confiado en que los chilenos

estaban en la hacienda Jauja. Esperaba llegar al último recodo del camino para desmontar y acercarse por las cumbres de los cerros, amparado por los matorrales. Iba tan sin recelos que la primera noticia que tuvo de que algo andaba mal, fue el zumbido del lazo que voló desde un costado del camino y enseguida el violento tirón que lo arrojó al suelo, por la cola de su cabalgadura. Se revolvía aún en el polvo, cuando se plantó a su lado un gigantón.

—¡No te muevas o te dejo seco de un balazo! —lo amenazó el hombre que sostenía el lazo, el sargento Murillo.

El mayor Jarpa obligó a su caballo a saltar fuera de la zanja y se allegó al sitio donde estaban captor y cautivo.

—¡Ajá, es nada menos que un elegante oficial el que hemos cazado! —comentó riendo, y haciendo señas al caído de que podía levantarse le indagó—: ¿Quién es usted, oficial?

—Capitán Federico Porta y Gil, del Estado Mayor del Ejército del Centro.

—¡Caramba la suerte nuestra! —exclamó Jarpa—. Esto equivale a incautarse de todos los documentos del enemigo. Mi coronel Gana sabrá sonsacarle cuanto necesita saber…

Volviéndose entonces a Murillo, que aún trincaba el lazo, le ordenó que amarrara las manos del cautivo y lo volviera a colocar sobre el caballo, montando él mismo al anca.

No bien terminaba el sargento de echar al prisionero sobre el caballo, cuando los otros centinelas de los cerros comenzaron a hacer frenéticas señales, avisando la aparición de una numerosa fuerza enemiga.

—Lo mejor que pueden hacer es dejarme en libertad y permitirme que interceda por ustedes —interpuso el cautivo—. Los que llegan son más de doscientos de los mejores jinetes del Perú.

—¿Ah, sí? ¡Pues ahí veremos qué pasa! —se limitó a replicarle el mayor Jarpa, con desdeñosa ironía.

Mientras el piquete tomaba formación, en el centro del camino, el vigía del cerro de la izquierda abandonaba su puesto, señalando con su banderola hacia el norte.

—Vienen más fuerzas por ese lado —reflexionó Jarpa—. Nos han preparado una encerrona.

El mayor resolvió que era imprudente resistir el choque de las dos fuerzas enemigas en aquel lugar y ordenó a sus hombres

galopar en busca de un terreno más abierto. Recordaba que frente a la hacienda Jauja, el sendero se ensanchaba, convirtiéndose en un llano. Picando espuelas a su caballo, encabezó el galope hacia la hacienda. Poco después, los centinelas le explicaron la gravedad de la situación. Tal como él lo había supuesto, los jinetes enemigos avanzaban por dos direcciones opuestas; un grupo reducido, por el sur, viniendo directamente de Jauja; el otro, en número cercano a doscientos, había dado la vuelta por Chunán y corría a interceptarles la retirada a Tarma. El jefe chileno escuchó el informe sin que se le crispara un músculo del rostro… De súbito, lanzó un prolongado grito:

—¡Alto!…

El grupo más numeroso de enemigos cerraba el camino por el norte, a no más de quinientos metros de distancia. Pero el agitado galope que habían hecho les impedía controlar aún a sus bestias.

El mayor Jarpa comprendió que, si querían pasar, tendrían que intentarlo antes de que se organizaran y se pusieran en condiciones de recibirlos con una granizada de balas. En ese momento sólo podían disparar los que estaban en primera línea, y la estrechez del camino les impediría desplegarse rápidamente.

Alzándose sobre los estribos, el jefe chileno lanzó entonces el grito de la caballería nacional:

—¡Los ponchos a la cintura!…

Con un gesto maquinal, los cazadores se desterciaron sus mantas, envolviéndose con ellas las caderas, para proteger sus órganos sexuales contra los golpes de las lanzas enemigas.

—¡Los sables desenvainar!… ¡Por Dios y Santa María, adelante la caballería!… ¡A la carga, galope… mar!…

No es lo mismo recibir el choque de la caballería a pie firme que hacerlo sobre el galope del caballo. Ésa fue la desventaja de los jinetes de Cáceres. Jamás ninguno de ellos había presenciado una carga de la caballería chilena y la visión del torrente que se les venía encima los paralizó. El choque fue despiadado. Fue imposible contenerlos. Los cincuenta cazadores pasaron como un ariete a través de la masa enemiga, abriendo en ella un surco sangriento. La escena había durado menos de cinco minutos, pero los muertos y heridos entre los peruanos se contaban por decenas. El piquete de cazadores chilenos, entretanto, se perdía al galope rítmico rumbo a

Tarma, limpiando la sangre que escurría de sus sables en el pelaje de la grupa de los caballos.

El general Cáceres se desencajó al conocer el resultado del encuentro. No esperó a que se le rindiera cuenta de las bajas habidas, sino que dispuso el inmediato abandono de Jauja. Pero no era fácil movilizar a un ejército gastado por la prolongada fuga y estorbado por la mucha impedimenta. En la organización de la partida se perdieron horas preciosas y amaneció el día siguiente sin que fuera posible dar la voz de marcha. Cuando, por fin, el ejército estuvo formado en la plaza del pueblo, saltó a la vista el principal inconveniente: los enfermos. Eran más de doscientos atacados por el tifus y unos treinta, por la viruela. Resultaba imposible llevarlos hasta Huancayo; la distancia era muy larga y los caminos escabrosos. Constituirían un estorbo que permitiría a los enemigos darles alcance.

El general Cáceres estaba resuelto a llegar a Huancayo como fuese; tenía que cerciorarse de si el coronel Panizo había llegado a esa ciudad y allí lo esperaba. De lo contrario, estarían forzados a seguir retirándose hasta Ayacucho. Confiaba en el valor estratégico del puente de Izcuchaca, único lugar donde podría resistir el choque de un ejército de tres mil hombres, como creía era el de sus perseguidores.

—¡Qué infortunio nos ha cogido entre sus garras! —participó al coronel Morales Bermúdez con rabioso desaliento—. De no haber sido por estas horrendas pestes habría equilibrio en las fuerzas. En Matucana disponía de tres mil quinientos soldados, ahora me quedan menos de dos mil.

—Permítame una sugerencia, general —le insinuó Morales Bermúdez—. El mismo infortunio que nos ha perseguido lo podemos usar ahora en contra de nuestros enemigos. —Como Cáceres lo contemplara extrañado, sin entenderle, le aclaró—: El tifus y la viruela han debilitado a nuestro ejército. Pues bien, lancemos sobre los enemigos esas mismas plagas.

El coronel titubeó, avergonzado por lo que iba a proponerle, pero prosiguió:

—¡Dejémoslos en este pueblo y en sus inmediaciones! Ellos, los desdichados, se encargarán de contagiar a los soldados enemigos.

El general Cáceres se quedó como si hubiera recibido un golpe

en la mitad del pecho.

—¡No, no! —protestó desolado—. Emplear las pestes en la guerra es una indignidad, coronel.

—No las empleamos, general —se justificó Morales Bermúdez con tenacidad—, pero tampoco se las evitamos a los enemigos. A la mayoría de los enfermos los han acogido las familias de Jauja. Nosotros no podemos cargarlos en nuestra retirada. Que queden, pues, en donde se albergan. Y si Dios o el demonio dispone que los enemigos se contagien con ellos, hágase su voluntad.

El general Cáceres lo escuchaba con los ojos dilatados por la impresión, pero cuando terminó de hablar, agachó la cabeza lentamente. Cuando volvió a alzarla mostraba en sus pupilas una turbia resignación.

—Tiene usted razón, coronel —aceptó roncamente—. Que los enfermos queden donde están. ¡Y que los habitantes de Jauja nos perdonen! Ordene la iniciación de la marcha, coronel Morales Bermúdez.

Las noticias obtenidas por el mayor Jarpa encontraron a los jefes de la expedición chilena reunidos en Tarma. Tomaron conocimiento de ellas el coronel Gana, los tenientes coroneles Estanislao del Canto, comandante del «2.º de Línea»; Eulogio Robles, del «Lautaro»; Marcial Pinto Agüero, del «Chacabuco», y José Miguel Alcérreca, del «Carabineros de Yungay». Inmediatamente después deliberaron sobre los próximos pasos que daría el ejército. Primeramente, descontaron las bajas que habían tenido los batallones en la travesía de la cordillera. El «Chacabuco» tuvo un muerto y treinta y nueve enfermos de soroche; el «Lautaro», también un muerto y cuarenta y cuatro apunados; el «2.º de Línea» dio de baja a veintidós hombres, víctimas del soroche, y recogió a todos los rezagados de los demás cuerpos. Por su parte, el «Carabineros de Yungay» no sufrió pérdida alguna.

El coronel Gana tenía un plan. Éste consistía en apoderarse de todos los pueblos establecidos en hilera desde Cerro de Pasco, por el norte, hasta Huancayo, por el sur. Esta larga línea pensaba guarnecerla con las siguientes tropas: cuatrocientos treinta soldados

del «3.º de Línea», con sesenta y seis del «Carabineros de Yungay», en Cerro de Pasco; en el pueblo de Junín, un oficial con treinta plazas; en Tarma, dos compañías del «3.º de Línea» con sesenta carabineros más; en Jauja, una compañía del «Chacabuco»; en La Concepción, otra compañía del mismo cuerpo; y en Huancayo, el resto del ejército.

El plan del coronel Gana contemplaba la dominación completa del sur y el exterminio de las fuerzas de Cáceres; por eso había pensado concentrar el grueso de sus tropas veteranas en Huancayo. Para penetrar en los poblados situados aún más al sur, se pidió a Lima el envío del batallón «Santiago» y, a Casapalca, la venida apresurada de los ciento cincuenta hombres del «7.º de Línea» que aguardaban allí.

Un intenso ajetreo militar conmovió a Tarma en la madrugada del 28 de enero. El ejército de operaciones chileno se disponía a desbordarse sobre los valles altiplánicos en persecución de las tropas del general Cáceres que se replegaban hacia el fondo del callejón regado por el río Mantaro.

Actuando siempre como ariete, el mayor Manuel Jesús Jarpa había partido antes del amanecer, al frente de cincuenta carabineros, para hostigar la retaguardia de Cáceres y estorbar su retirada. Mediante este sistema, el comandante en jefe chileno confiaba en demorar a los enemigos lo suficiente como para alcanzarlos. Entretanto, sus correos galopaban hacia el lado poniente de la cordillera para reclamar la venida de los batallones de refuerzos.

Pero la primera orden de marcha que dio el coronel Gana fue destinada al batallón «Chacabuco», que debía avanzar hasta La Concepción, ubicado a mitad del camino a Huancayo. Los seguiría el «Lautaro», que tenía por misión apoderarse de esa última ciudad y batir a Cáceres, si lograba encontrarlo.

Antes de abandonar Tarma, el teniente Ignacio Carrera Pinto conversaba con sus dos subalternos, los subtenientes Arturo Pérez Canto y Luis Cruz Martínez, mientras repasaban sus armas, cuando se les acercó Gaspar Acosta.

—¿Todavía anda usted vagando como un alma en pena? —le preguntó Carrera Pinto—. ¿No aparece el mayor Rodríguez?

El ordenanza meneó la cabeza desalentado. Había buscado a su

jefe en todo Tarma, sin que nadie pudiera darle noticias de él.

—¿Y adónde supone usted que puede haber ido el mayor? —le consultó Carrera Pinto.

Gaspar Acosta se rascó la cabeza.

—No lo sé, pero pensándolo mucho, creo que no ha podido ir a ninguna otra parte sino a donde van las tropas de Cáceres. Por eso quiero partir para el sur con el primer batallón que se ponga en marcha.

Carrera Pinto lanzó una breve carcajada. Comprendía la razón que había tenido el ladino soldado para acercarse a él. Ya estaba enterado de que era el «Chacabuco» el que partía primero.

—Mi tenientito lindo, *usté* me va a seguir llevando, como hasta *agora*, ¿no es cierto? —preguntó el ordenanza.

Carrera Pinto meneó la cabeza sonriente, declarándose incapaz de oponerse a las marrullerías de aquel hombre.

En ese mismo instante, el corneta de órdenes del batallón llamaba «a formar» y los soldados del «Chacabuco» corrían a tomar sus puestos en la fila.

Pérez Canto y Cruz Martínez miraron a su jefe y echaron a correr. Carrera Pinto fue tras ellos, aunque con más mesura, respetuoso de su rango.

—¡Aguántese, pus, mi teniente! —le gritó Acosta—. Yo también soy de la partida.

—¡Corra entonces! —se volvió a gritarle Carrera Pinto—. ¡Colóquese a la cola de la fila!

Más o menos a la misma hora en que este batallón rompía la marcha hacia Jauja, el mayor Manuel Jesús Jarpa terminaba de rehacer el camino que explorara el día anterior. En el lomo de la colina que domina la entrada de Jauja los esperaban los exploradores avanzados. Uno de éstos se volvió hacia el mayor y, pasándole sus anteojos de campaña, le indicó una nube de polvo al otro lado de Jauja.

Jarpa observó atentamente aquel detalle.

—El ejército enemigo nos va cediendo el campo sin resistencia. Mejor así —reflexionó.

—Si mi coronel Gana no se apura en avanzar, el enemigo se nos escapa por el otro lado del valle —razonó el explorador que le había llamado la atención.

—¿Existe alguna salida practicable por el sur de este valle? —le consultó el oficial.

El explorador asintió categóricamente.

—El boquete por donde se precipita el río Mantaro y que está cubierto por un puente muy antiguo que se llama de Izcuchaca.

El mayor Jarpa recordó haber oído mencionar aquel puente como una obra indestructible construida por los conquistadores españoles y a la que la leyenda exhibía como una posición inexpugnable que un puñado de hombres podía defender. Sin perder tiempo, llamó a su ayudante, y le ordenó regresar a Tarma al momento.

—Comunique al coronel Gana que Jauja ha sido evacuada y que el ejército de Cáceres se retira hacia el sur, con poquísimas horas de ventaja. Adviértale también que, en espera del rápido avance de nuestras tropas, tomaré posesión de este pueblo y aquí lo aguardaré.

Los soldados chilenos habían adquirido ya la costumbre de entrar a pueblos rendidos, pero la entrada a Jauja fue totalmente distinta. Lejos de contemplar a mujeres, niños y ancianos estacionados en las veredas o espiándoles por las junturas de las ventanas, y a los ciudadanos extranjeros luciendo distintivos con los colores de sus banderas, vieron una ciudad completamente desierta. Ni un alma transitaba por las calles y parecía que todo estaba muerto.

El mayor Jarpa cabalgaba adelante, escoltado por uno de sus exploradores, y se sentía realmente estupefacto. Su ojos escudriñaban uno y otro lado de la calle tratando de descubrir la razón de aquel abandono. De repente, reparó en un detalle que se repetía innumerables veces: toscas cruces negras trazadas con carbón en las puertas de algunas casas. Jarpa observó que aquellas cruces estaban estampadas en muchas casas, casi una por medio. Una escalofriante sospecha se le clavó en el cerebro justamente en el momento en que el explorador que llevaba a su lado, exclamaba:

—Mi mayor, ¿qué diablos significarán esas cruces?

—¿No se le ocurre? —le replicó Jarpa en tono confidencial—. Cada una de ellas indica que en la casa que señala hay tifus o una plaga peor: viruela.

—¡Por mi madre, el pueblo está lleno de apestados!

—¡Cállese, imprudente! —le silenció Jarpa, alarmado—. Por

ningún motivo deben darse cuenta de esto los soldados…, cuando menos hasta que haya llegado mi coronel Gana con el grueso del ejército. Nosotros, entretanto, nos mantendremos en el centro de la plaza, alejados de las casas donde existe el contagio.

La entrada del coronel Gana a Jauja fue penosa. La habitual tormenta serrana se había descargado con furia sobre la expedición y todos sus componentes llegaban al pueblo calados por la lluvia. La visión de los centenares de cruces negras que exhibían las casas, como fatídica amenaza, concluyó con las fuerzas del coronel. Llevaban tres años y medio de campaña, lo agobiaba el cansancio, una fatiga irrecuperable. Al desfilar por la calle jalonada de fúnebres cruces, su sistema nervioso se tronchó.

Tan pronto como Gana estuvo instalado en una de las casas principales de Jauja, llamó al comandante Estanislao del Canto y le espetó sin preámbulos:

—Comandante, regreso a Lima.

El jefe del «2.º de Línea» lo miró con incredulidad.

—No le entiendo, mi coronel —murmuró asombrado—. Estamos empezando la campaña.

—Abandono la campaña —exclamó Gana con desesperación y añadió enseguida, con tono confidencial y suplicante—: Compréndame, amigo mío, por favor. Ya no doy más.

Estanislao del Canto volvió a observarlo. Efectivamente, el aspecto del coronel era deplorable. Sin embargo, no quiso deprimirlo:

—Es el cansancio de la marcha nada más, mi coronel —le dijo sin convicción—. Ya mañana se sentirá bien de nuevo.

El comandante en jefe se le aproximó y le puso una mano en un hombro.

—No, Estanislao, no —le expresó, usando un tono más íntimo—; no es sólo cansancio. Se trata de algo mucho más hondo. Es el agotamiento máximo del espíritu; es el instinto de conservación que me grita en el pecho reclamando reposo. Tengo el presentimiento de que si doy un paso más, adentrándome en esta tierra maldita, llena de riscos, de precipicios y de aire insustancial, me voy a caer muerto de repente. ¡No doy más, Estanislao! Créamelo, estoy enfermo. —Hizo una pausa y concluyó profundamente acongojado —: Así no puedo seguir comandando este ejército. Cedo, pues, el

mando a otro jefe más joven y que esté menos quebrantado que yo.

—Pero, mi coronel, ¿quién puede tomar el mando ahora, cuando estamos comenzando la campaña? —intentó objetarle Del Canto, pero el coronel no lo dejó seguir. Y le expresó categóricamente:

—Usted, comandante. Usted conoce perfectamente todo el plan de ataque y es el jefe de mayor antigüedad. Por eso lo he llamado a mi presencia, para advertirle que mañana mismo expediré un decreto transfiriéndole el mando del ejército de operaciones.

Del Canto caminó unos pasos por la habitación y pareció pesar la responsabilidad que le caía encima. Por fin se volvió a su jefe con expresión resuelta y le dijo:

—Está bien, mi coronel. Tomaré el mando. Pero le advierto que no voy a seguir la misma modalidad suya. Aceleraré las acciones, lanzaré al ejército de frente contra el enemigo, apresuraré las marchas hasta acorralar a Cáceres en sus reductos. He de terminar la campaña pronto, aunque tenga que sacrificar a la mitad de mi ejército.

El coronel Gana agachó la cabeza y no hizo comentarios. Pensaba que el comandante del «2.º de Línea» temía ser abrumado por el tiempo, como lo había sido él.

Estanislao del Canto tomó el mando. El «Chacabuco» prosiguió su marcha hacia La Concepción y, en cuanto llegó a ese pueblo, diseminó sus hombres hasta ocupar los caseríos de Cajas y San Jerónimo, ubicados en la ruta a Huancayo, ciudad en donde se refugiaba el ejército de Cáceres. El batallón «Lautaro» recibió orden de avanzar a marchas forzadas hacia la madriguera del caudillo serrano y el 3 de febrero, al alba, este batallón llegaba al puente de Huaripampa y hacía un breve alto antes de cruzarlo. Era éste un puente de cimbra de factura incaica, tendido sobre gruesos cables de Manila. Abajo, a cincuenta metros de profundidad bramaba el río Mantaro.

En una pequeña explanada abierta en la cabecera del puente los soldados improvisaron un vivac, para preparar su rancho, mientras llegaba el comandante Eulogio Robles.

En la margen contraria existían dos haciendas, llamadas San

Miguel y La Mejorada. En esta última abrió los ojos por primera vez después de muchos días un hombre moreno, de cabello crespo, que, pese a su extrema delgadez, aparentaba haber sido recio y corpulento en otros tiempos.

Junto al lecho en que yacía, una anciana alta y magra observaba con ansiedad al enfermo.

—Gracias a Dios que recupera usted los sentidos, hijo —musitó al verlo entreabrir los párpados—. Hace cinco días que lo trajeron en una camilla y lo dejaron aquí, arrebatado por la fiebre, delirando nombres que no he logrado entender.

El enfermo aún era víctima de la fiebre y la escuchó con extrañeza, totalmente desorientado.

—¿Qué lugar es éste, señora? —le consultó débilmente.

—La hacienda La Mejorada, hijo. Como los oficiales que lo trajeron vieron que yo estaba sola, que todos mis peones habían huido por temor a los chilenos, me lo dejaron aquí sin decirme más que: «Cuídelo, tiene tifus».

—¿Qué día es hoy, señora? —preguntó el enfermo a la anciana, tratando de orientarse.

—Creo que 3 de febrero —le respondió ella, insegura—. Ya ni sé de fechas.

—¡3 de febrero! —repitió el hombre quedamente. La única fecha que venía a su memoria era la del 17 de enero, cuando entró con las tropas de Cáceres a Tarma. Con pavor, calculó que llevaba catorce o quince días fuera de la realidad—. ¡Dios Santo! ¿Y Leonora?… —dejó escapar involuntariamente.

—Ese nombre lo ha repetido usted una y otra vez en su delirio —le explicó la anciana—. ¿Es su esposa?

El enfermo negó en forma ambigua y, en lugar de responderle, le preguntó:

—¿A qué distancia estamos de Tarma?

La señora se encogió de hombros y dijo con acento pueril:

—No lo sé. Las viejas no nos interesamos por las distancias. Lo que puedo informarle es que nos encontramos cerca de Jauja. Me parece que no hay más que atravesar el río y tomar el camino hacia el norte. Pero ahora —hizo un gesto de amargura— ya no será posible cruzar el puente de Huaripampa en mucho tiempo. Y es el único medio para atravesar el río. Justamente ahora lo van a cortar

los guerrilleros de la vecina hacienda San Miguel; los Peñaloza; ¿sabe usted?

—¿Y para qué van a destruir ese puente, señora? —le inquirió el hombre.

—Esta mañana pasaron por aquí dos de los capataces de su hacienda —prosiguió la anciana deshilvanadamente—. Llevaban a una cincuentena de indios. Me explicaron que iban a cortar las cuerdas que sostienen el puente. Dijeron, riéndose, que dejarían unas dos en buen estado, para que el puente se viera aparentemente firme. Pero cuando el batallón enemigo esté cruzándolo, con unos golpes de hacha cortarán esas cuerdas también y los chilenos caerán al fondo del río, que es aquí un torrente arrebatado.

El enfermo trató desesperadamente de incorporarse, pero apenas logró levantarse sobre los codos.

—¿Y van a cortar el puente ahora?

—Así me dijeron. Los espías que Teodoro Peñaloza tiene desparramados por la región le informaron que hoy pasaría por el puente Huaripampa un gran batallón enemigo, que se dirige a Huancayo, persiguiendo al general Cáceres.

—¿Mencionaron ellos el nombre de ese batallón, señora? —Me parece que se lo oí mentar. Déjeme que haga memoria. Era algo así como Yantaro… o Mantaro.

—¿No sería «Lautaro»? —aventuró el enfermo.

La anciana asintió con un gesto vivaz.

El enfermo crispó su diestra en la manta al mismo tiempo que preguntaba afanosamente:

—¿Está muy lejos el puente?

—Oh, sí, a unas doce o quince cuadras —le informó la anciana, pero al ver que el hombre sacaba las piernas por un costado del lecho, se apresuró a acudir a su lado y le impidió su intento—. ¿Cómo se le ocurre que va a levantarse, hijo? Ha estado mucho tiempo enfermo.

—¡Tengo que hacerlo! —se obstinó el hombre, rechazándola débilmente—. Debo avisar a los jefes de ese batallón que no crucen el puente.

Su desesperación y su afán suicida de prevenir a los chilenos hicieron bruscamente la luz en el cerebro de la hacendada.

Frunciendo el arrugado ceño en una expresión de pesadumbre y

sorpresa, exclamó:

—¿Cómo?… ¿Acaso es usted…?

—Sí, señora, soy chileno; soy un oficial chileno. Y por eso debo ir a prevenir a mis compatriotas —le reveló el enfermo, haciendo nuevos esfuerzos para abandonar el lecho. Pero todo fue en vano y concluyó por derrumbarse sobre la almohada.

—Es inútil, hijo —le observó la mujer compasivamente—. Su organismo está agotado por la enfermedad. Si yo consintiera en dejarlo salir de esta casa, caería en el camino antes de avanzar muchos pasos. No crea que intento detenerlo por el hecho de ser chileno. No. Si pudiera, yo misma evitaría la catástrofe, que hará tantas víctimas en ese batallón. Pero ya es tarde. Nada podemos hacer ya por evitarlo. Lo único que nos queda es rezar por la salvación de sus almas.

Cubriéndose la cabeza con el manto que tenía en los hombros, se arrodilló junto a la cama y posó una de sus manos pálidas en la enflaquecida diestra del enfermo.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le susurró suavemente.

—Manuel…, Manuel Rodríguez, señora —balbuceó el enfermo, a punto de desvanecerse de nuevo.

El comandante Robles había llegado ya al lugar donde descansaba su batallón y quiso conceder unos minutos de reposo a los oficiales de su escolta. Todos venían marchando desde Jauja y no era prudente que los soldados llegaran cansados a la otra ribera del Mantaro, en donde se sospechaba había montoneros ocultos en las arboledas. Pero a las diez, y considerando que la detención se prolongaba demasiado, ordenó seguir la marcha.

Mientras los soldados volvían a la formación, se le acercó el jefe de la sección de artillería que acompañaba al batallón.

—¿Cree usted que el puente resistirá el peso de las seis piezas? —le consultó.

—No tenga cuidado, capitán Correa —lo tranquilizó el comandante—. Estos puentes del Mantaro fueron construidos por los indios, siguiendo instrucciones de los españoles, y por ellos han pasado los cañones de los conquistadores y los del ejército de Simón

Bolívar. ¡Y ésos sí que pesaban! —comentó riendo.

Luego dispuso:

—Pasarán primero la banda de músicos y la artillería, después, lo harán las compañías en el orden natural.

Segundos más tarde, la cabeza del batallón ascendía la rampa inicial y ponía pie en el antiguo puente de cimbra.

Era éste un pasadizo de cuatro metros de ancho, con piso de gruesas cañas firmemente atadas entre sí y tendido sobre seis calabrotes de dos pulgadas de grosor atados a troncos profundamente hundidos en la tierra de ambas orillas. El puente contaba también con firmes pasamanos de cuerdas.

El coronel Robles, en la orilla, acompañado por su ayudante y por el capitán Rómulo Correa, cuidaban de que la tropa no se atropellara al entrar al puente colgante.

La banda de músicos estaba por llegar a la otra orilla, la sección de artillería se movía lentamente en el centro del puente y la primera compañía acababa de entrar en él, cuando desde lo alto de los cerros de la misma orilla, donde estaba el grueso del batallón, surgieron nutridas descargas de fusilería.

Durante unos segundos se introdujo el desconcierto entre los soldados. Algunos de los que estaban aún en tierra firme respondieron al tiroteo, siguiendo las órdenes del comandante, pero los que iban cruzando el puente se detuvieron sin saber qué hacer.

—¡Qué tontería! —exclamó el comandante Robles y se dio a gritar—: ¡Apresuren el cruce!… ¡Rápido, a la otra orilla!

Pero en ese instante el capitán Rómulo Correa vio que de entre los matorrales de la margen opuesta surgían cuatro indios armados de hachas y se abalanzaban velozmente sobre los calabrotes que sustentaban el puente.

—¡Malditos, lo van a cortar! —bramó el comandante, prevenido por el oficial, y volviéndose a los soldados les ordenó frenéticamente—: ¡Apunten todos sobre esos indios! ¡Mátenlos, antes de que hachen las cuerdas!

Los lautaros comenzaron a disparar todo lo aprisa que les era posible, pero la masa de compañeros que iba cruzando el puente les impedía apuntar en forma efectiva.

Desesperado, el coronel corrió hasta el borde mismo del cajón y gritó a los hombres que iban cruzando:

—¡Corran, soldados! ¡Azoten a las mulas de la artillería!… ¡Pónganse a salvo en la otra orilla!

Mientras los lautaros le obedecían, lanzándose a la carrera sobre la movediza peana, los cuatro indios hachaban por parejas dos de las tres cuerdas que aún sostenían al puente. Súbitamente, uno de ellos cayó, tumbado por las balas de los chilenos, pero, al mismo tiempo, una de las cuerdas laterales se cortó. El puente sufrió una sacudida y se inclinó sobre el abismo por el lado en que le falló el sostén. Los músicos llegaban en ese momento a la orilla opuesta y sus disparos eliminaron a otro de los indios. Pero, como si se obedeciera a una ordenación teatral, simultáneamente se cortó la segunda de las sogas. El puente empezó a bailotear sobre el tajo del río, sujeto por un solo hilo: una cureña se desvió del centro y cayó al abismo, rompiendo el pasamanos y arrastrando a sus mulas y a dos de sus sirvientes. Las otras piezas pudieron ser equilibradas y sacadas hasta la rampa de la orilla. Los músicos habían caído como una jauría sobre los indios que seguían hachando y los acribillaron a bayonetazos. Pero la última cuerda no fue bastante fuerte para soportar el peso de los soldados de la primera compañía. Con prolongado crujido se deshilachó y la larga peana de cañas se desprendió del borde. Poco más de la mitad de los soldados de la primera compañía consiguieron saltar a tierra firme; los restantes quedaron en el vacío y se precipitaron al cajón del río con un coro de alaridos.

El coronel Robles contempló aterrado el espectáculo.

Unos cuarenta hombres habían caído al río y se veían las manchas azules de sus uniformes entre las espumas revueltas. Muchos de ellos habían quedado ensartados en las rocas y otros flotaban zarandeados por la corriente.

—¡Hay que sacarlos antes de que el río los arrastre demasiado lejos! —clamó el veterano, desesperado.

Los oficiales descubrieron en la mitad de la corriente un pequeño islote de roca.

—¡Déjense arrastrar hasta el islote, muchachos! —les gritó el coronel, haciendo bocina con las manos, y comenzó a correr por el borde del precipicio.

—¡Ay de los que tendieron esta trampa! —rugía el coronel rechinando los dientes—. ¡Que nunca llegue yo a saber sus

nombres!

Corriendo siempre por el borde del abismo, había logrado colocarse frente al islote, al que ya empezaban a aferrarse algunos de los nadadores. A gritos, exigió que se unieran todas las cuerdas que poseía el batallón y también las correas de las cureñas.

—Las baterías están en la otra orilla, mi coronel —le recordó, descorazonado, el capitán Correa.

«Eso sólo faltaba —pensó el jefe—, que los montoneros ataquen a la artillería y a los músicos que están sin protección en la margen opuesta». Pero en la urgencia del momento, decidió concentrar toda su atención en salvar a los soldados que eran arrastrados por las aguas. Afortunadamente, varios de ellos habían conseguido treparse al islote y ayudaban a subir en él a los compañeros que pasaban cerca.

Pero pronto se vio que no cabrían todos; varios de ellos quedaban con medio cuerpo sumergido en el agua, resistiendo el embate de la corriente a fuerza de músculos.

—No podrán mantenerse mucho rato así —reflexionó Robles—. La corriente irá arrancándolos uno a uno. Hay que sacarlos pronto.

Comprendía que existía sólo un recurso para realizar el salvamento, pero no se atrevía a expresarlo. Mas acicateado por el apremio, se volvió hacia los soldados:

—¿Hay alguno que nade tan bien como para arriesgarse a entrar al río llevando el extremo de una cuerda?

Los soldados escudriñaron hacia el fondo del cajón y luego se miraron entre ellos, irresolutos.

De pronto, de entre la masa de soldados se adelantó un hombre.

—¡Yo me arriesgaré, mi coronel!

El coronel Robles lo observó con asombro. Se trataba de un miembro del servicio secreto que el coronel Gana había agregado a su batallón. Con un esfuerzo, recordó su nombre: Gastón Dupré.

—He sido nadador toda mi vida —le explicaba el agente—. En los comienzos de la guerra tuve que cruzar la bahía del Callao nadando y creo que aquello no era más fácil que esto.

El coronel seguía mirándolo, indeciso.

—No puedo hacerme responsable de lo que le ocurra.

—Eso no importa —le replicó el agente con resolución y pidió a los soldados—: Tráiganme una cuerda larga. Me la ataré a la cintura

y ustedes me bajarán hasta la superficie del agua. Después nadaré hasta el islote, en tanto que ustedes sostienen el otro extremo de la soga. Ella servirá de puente para que los soldados crucen la corriente. —Volviéndose al coronel le inquirió—: ¿Me autoriza usted?

Un largo grito surgido del islote les avisó que uno de los hombres había sido arrastrado por la corriente.

—¡La cuerda!… ¡Pronto, la cuerda! —rugió desesperadamente el coronel.

Un sargento y varios hombres se habían preocupado de recoger y atar los cordeles que poseía el batallón, y en unos segundos estuvieron junto a Dupré. Éste se amarró un extremo de la ristra de sogas en torno a la cintura y comenzó a descender.

Cuando se sumergió en el agua hasta el pecho, los soldados que sostenían la soga la dejaron escurrirse entre sus manos.

Dupré fue atrapado por la corriente. Comenzó a nadar con poderosas brazadas, pero, pese a su empeño, el agua lo llevaba vertiginosamente hacia abajo, más allá del islote.

Durante quince minutos luchó febrilmente. Había llegado ya a un metro y medio de los sobrevivientes, cuando los de la orilla lo observaron levantar la cabeza y gritar algo a los que se apretujaban en el islote.

Dos de los sobrevivientes concibieron la idea salvadora. Uno se aferró de las rocas y el otro se deslizó a lo largo de su cuerpo, y tomándose de las piernas de su compañero, ofreció sus propios pies a Dupré. Éste los atrapó de un manotón desesperado y luego se abrazó de ellos. Lo vieron quedarse inmóvil un instante, con el rostro semihundido en el agua. Después, poco a poco, fue trepando por los cuerpos de los dos soldados, hasta quedar de bruces sobre las piedras.

Así se tendió la cuerda que salvó a los veinticinco hombres que estaban en la mitad del río. Gastón Dupré fue izado el último, vencido por la fatiga. Cuando estuvo en la orilla, el jefe del «Lautaro» se acercó a él y le oyó pedir un sorbo de aguardiente.

—Se tiene ganado todo lo que pida —exclamó el coronel Robles, aún estremecido por la nerviosidad—. Denle hasta mis charreteras, si las quiere.

El saldo de la tragedia fue conocido enseguida. Dieciséis

soldados habían muerto ahogados o reventados en las rocas.

—¡Por Cristo! ¿Con qué van a pagarme los montoneros esas vidas? —rugió el coronel—. ¡Ni aunque fusilara a cien de ellos me sentiría satisfecho!

Pero en aquel instante lo primordial era pensar en la artillería que se hallaba, sin protección, en la otra orilla. A gritos comunicó a su jefe que marcharían paralelamente por ambas riberas hasta encontrar un sitio adecuado para vadear el río. Mientras practicaban aquella maniobra de inseguros resultados, el coronel Robles iba pensando en que no descansaría hasta hallar la madriguera de los montoneros que les habían tendido aquella emboscada.

Una hora más tarde encontraron el vado que buscaban y el batallón se reunió completo en la margen derecha del Mantaro.

Estaba oscureciendo, cuando la anciana dueña de la hacienda La Mejorada volvió a entrar en la habitación donde yacía el mayor Rodríguez. Caminaba a pasos lentos y todo su aspecto denotaba pesadumbre.

—¿Duerme, hijo? —preguntó al oficial en voz baja.

—No, señora; pienso. ¿Ha sabido algo de lo que ocurrió al cortarse el puente?

La mujer se desplomó en una silla próxima y sepultó el rostro entre las manos huesudas. Tiritaba de frío por haber permanecido horas en la torre de su casa oteando hacia el río.

—Las casas de la hacienda San Miguel están ardiendo desde hace mucho rato —declaró con voz sorda.

Rodríguez recordó que aquélla era la hacienda de los Peñaloza, que ordenaron cortar el puente.

—Eso significa que los soldados chilenos consiguieron cruzar el río —murmuró, aliviado.

—Y que vendrán hacia acá incendiando cuanto encuentren a su paso —agregó la señora con acento sombrío—. También esta casa.

El explorador la contempló con afecto.

—No, señora; a esta casa no la tocarán —le afirmó.

La hacendada lanzó un suspiro y se puso de pie, mirando al

enfermo.

—No haré nada por impedirlo —dijo—. Hace un momento, salí al camino para ver si alguien rondaba la casa y ofrecerle refugio en ella. Pasó corriendo como loco un peón de la hacienda San Miguel. Me dijo que en el entretecho de la casa de sus amos estaban escondidos mi sobrino Teodoro Peñaloza, mi vieja prima Andrea Arauco y Peñaloza y una indiecita que les servía de doncella.

—Ese Teodoro Peñaloza fue el que organizó la emboscada; tenía que morir —declaró rotundamente Rodríguez.

—Sí, pero también murieron quemadas vivas las dos mujeres, que eran inocentes —concluyó la señora con amargura infinita y doblegó la cabeza sobre el pecho.

Durante un largo rato el mayor Rodríguez no se atrevió a decir nada; por fin, se aventuró a balbucear, con labio tembloroso:

—Son las represalias de la guerra, señora. Seguramente murieron muchos soldados en el río.

—¡La guerra!… ¡La guerra! —exclamó roncamente la señora—. ¿Hasta cuándo se matan. Dios mío?

Lejos vibró un son apagado de corneta y el mayor Rodríguez reconoció el toque de «alto la marcha» del ejército chileno.

—¡Ahí llegan! ¡Señora, no se mueva de mi lado! —rogó a su protectora—. Tendrá que ayudarme a llegar hasta la ventana, para detener a mis compatriotas antes de que prendan fuego a esta casa.

—No, hijo; lo siento por usted. No haré eso. Me voy al oratorio a rezar. Si está en los designios de Dios que esta casa y nosotros mismos perezcamos por las llamas, hágase su voluntad. Adiós, hijo. —Y se alejó lentamente, cerrando la puerta tras ella.

Rodríguez hizo un esfuerzo por salir de la cama, mas no le fue posible y cayó sobre la almohada, jadeando y con el cuerpo cubierto de transpiración. Sintió que todo le giraba en torno y temió desmayarse una vez más. Concentrando todas sus energías, esperó hasta recuperarse. Reuniendo sus precarias fuerzas, empezó a avanzar en cuatro pies hacia la ventana. Cuando topó el muro, tuvo que ovillarse en el suelo, incapaz de alzarse. Voces de mando le llegaban a los oídos como sentencias de muerte.

—¡Préndanle fuego por los cuatro costados!… ¡Que no quede en pie ni un pilar de esta casa!… ¡Y también incendien las bodegas y las dependencias!

El mayor Rodríguez creyó reconocer en aquella voz la del coronel Eulogio Robles, comprendiendo que sus órdenes iban a cumplirse de inmediato. Haciendo un esfuerzo titánico, se puso de rodillas primero y luego alzó su cuerpo hasta asomar la cabeza por el cuadro inferior de los vidrios.

Frente a él, se adivinaba la masa confusa del batallón «Lautaro».

Rodríguez gritó desesperadamente, pero su voz se ahogó tras el vidrio.

Con loca decisión, cerró los ojos y quebró el vidrio con un golpe de su frente. Luego sin consideración a su propio daño, metió la cabeza y el cuello por la rotura.

Al ruido, el coronel Robles y sus ayudantes alzaron los rostros y vieron su cara asomada arriba.

—¡Alto, compañeros! ¡Soy el mayor Manuel Rodríguez! —les gritó el explorador, acopiando sus últimas fuerzas.

El jefe del «Lautaro» lo contempló espantado, y, reconociéndolo, gritó frenéticamente a sus ayudantes:

—¡Detengan a los soldados! ¡Que no incendien la casa!… ¡Deténganlos, hombres, por Dios!

La presteza con que actuaron los oficiales impidió que los soldados cumplieran la orden de incendiar la casa de la hacienda. Los fulgores de las llamas que consumían un cobertizo de madera sirvieron para que los ayudantes pudieran guiarse mejor dentro de la casona principal y llegar a la habitación donde estaba el mayor Rodríguez.

Éste había logrado retirar la cabeza del hueco del vidrio y estaba tumbado en el suelo, con el dorso apoyado en la pared.

Los primeros en llegar junto a él fueron el capitán José Miguel Vargas y Gastón Dupré. Entre ambos lo alzaron en vilo, tendiéndolo nuevamente en el lecho. Rodríguez sólo atinaba a pensar en la anciana dueña de la casa y les suplicaba que la respetaran, explicándoles que le debía la vida.

—No se preocupe, mi mayor, daré el aviso al momento —lo tranquilizó el capitán Vargas, y asomándose a la ventana, repitió al coronel Robles la petición del explorador.

Entretanto, Gastón Dupré atendía solícitamente al enfermo.

—Cálmese, mayor —le decía—. Lo importante es que lo hemos encontrado, por fin. Nos ha tenido inquietos a todos con su

desaparición. Mi venida a la sierra obedece exclusivamente a la necesidad de encontrarlo.

El explorador sólo entonces pareció prestarle atención. Observándolo cuidadosamente, le preguntó:

—¿Quién es usted?

—¿No me reconoce?

—Oigo su voz muy lejana y está demasiado oscuro.

—Soy Gastón Dupré, el ayudante de El Profesor.

Rodríguez se estremeció por causa de la sorpresa y consiguió incorporarse un poco sobre la almohada. Una pregunta impetuosa le vino a los labios, instantáneamente, al reconocer al agente secreto. Pero en ese momento se acercaba al lecho el capitán Vargas y no se atrevió a formularla en presencia de él. En cambio, inquirió a Dupré:

—Dígame, por favor, ¿ha tenido noticias de mi ordenanza?

El agente sonrió tranquilizador, sabiendo el afecto que unía al explorador con su subalterno.

—No se preocupe por él —le dijo—. Nuestro agente Toribio Jerez lo encontró en Chicla. Estaba desesperado por hallar el rastro de usted y se vino a la sierra con los soldados del «Chacabuco», así que todavía debe andar con ellos.

Los pasos ruidosos del coronel Robles entrando a la habitación lo interrumpieron. El jefe del «Lautaro» se manifestó sinceramente inquieto por su estado y quiso saber cómo había llegado a ese lugar. Rodríguez le narró cuanto recordaba hasta el momento en que lo venció la fiebre en Tarma y lo que ocurrió después de que recobró el conocimiento en la hacienda, rogándole nuevamente que se respetara a la anciana que lo había cuidado.

El coronel se lo prometió y le aseguró que se preocuparía de dejar alimentos a la señora para que pudiera mantenerse durante una semana, por lo menos.

—Gracias, mi coronel —le expresó Rodríguez, agregando enseguida—: Deseo pedirle algo más, don Eulogio. Lléveme hasta La Concepción. Allí debe estar mi ordenanza, quien sabrá cuidarme mejor que nadie.

Robles se lo acordó, complacido.

—Se respetará su deseo, mayor —le dijo—. Pero, por ahora, permanezca tranquilo y descanse. Discúlpeme si no me quedo más

rato con usted, pero tengo muchas cosas a que atender y usted no debe cansarse conversando.

Dicho esto, llamó al capitán Vargas y juntos abandonaron la habitación.

Observando que los ojos del enfermo estaban a punto de cerrarse, Dupré quiso imitarlos, pero Rodríguez entreabrió los párpados y lo contuvo con un débil ademán.

—Un momento, Dupré. Quiero hacerle una pregunta —le dijo—. ¿Supieron ustedes algo de Leonora?

El agente lo observó extrañado y le contestó gravemente:

—Hasta el momento nada. Investigando en Tarma, me enteré de que el hombre que acompañaba a las dos agentes fue fusilado…

—Lo sé. Estuve presente en el ajusticiamiento —lo interrumpió el explorador—. Y supe también que ellas lograron huir, pero, por mucho que las busqué, no conseguí descubrir ni un rastro que me indicara la ruta que tomaron. No podían haber ido sino hacia el norte o hacia el sur; no tenían otros caminos.

—Si se dirigieron hacia el sur, solas y sin recursos, no podían alejarse más allá de Jauja —razonó Dupré, añadiendo con acento sombrío—: Y por ese pueblo pasó Cáceres con su ejército desmoralizado.

Rodríguez se mordió los labios. Bien sabía él que las huestes desordenadas del caudillo serrano habían invadido todos los pueblos en donde las dos mujeres pudieron buscar un refugio y que los montoneros y la soldadesca iban ocupando y cometiendo indescriptibles tropelías.

—Sólo existen dos posibilidades —resumió Dupré—; o han sido aprisionadas o, cuando huyeron de Tarma, lo hicieron hacia el norte.

—¡Y yo sin fuerzas para ir a buscarlas! —se lamentó Rodríguez entrando poco a poco en el sopor del desfallecimiento.

—Lo haré yo, mayor —afirmó el agente—, ésa es mi misión. Marcharé hacia el norte y exploraré hasta Cerro de Pasco, buscándolas. No será difícil, porque en estos momentos mismos deben estar desparramándose tropas chilenas en esa dirección.

—¡Menos mal! —susurró el explorador con los ojos cerrados—. Eso las ayudará…, si es que no les ha ocurrido algo antes.

—Tengamos confianza, mayor —lo alentó el agente—. Leonora y

Elcira tienen experiencia sobrada y han salido de trances igualmente peligrosos.

—¡Dios lo oiga, Dupré! —susurró Rodríguez con un hilo de voz y su respiración se hizo pausada y profunda.

8

El batallón «Lautaro» entró a La Concepción a las cuatro de la tarde siguiente. Durante la fatigosa marcha, pasaron por los pueblos de Huamalí, San Lorenzo, Apata y Matahuasi, en todos los cuales se advertía el tránsito alocado del ejército de Cáceres, por la profusión de enfermos que había ido dejando en innumerables casas.

Poco después de abandonar Matahuasi, los guías del batallón descubrieron a lo lejos la columna del «2.º de Línea», que iba también hacia La Concepción. Cuando el «Lautaro» entró al pueblo, la plaza se veía llena con los soldados del «2.º de Línea» y algunos del «Chacabuco», que habían arribado dos días antes.

El ayudante de campo del comandante en jefe, capitán Galo Irarrázaval Zañartu, que no olvidaba su antiguo oficio de periodista, dibujaba un croquis del pueblo, sentado sobre una piedra. En la parte superior de la hoja de papel había escrito: «La Concepción, cuatro mil habitantes». Luego, dibujó las cuatro manzanas dobles que se agrupaban en torno a la plaza.

En el costado oriente de la plaza, la iglesia con sus dos torres y la casa parroquial, de adobes y techumbre de paja.

Junto a la casa parroquial, un edificio de dos pisos, donde vivía don Ambrosio Salazar, cacique de la región; detrás, sirviendo de respaldo a las casas, el cerro del León, que se fundía con las faldas de las montañas. En el costado poniente, un portalillo viejo, donde colocaban sus mercancías los vendedores que bajaban a las ferias. En los otros dos costados, varias residencias de comerciantes extranjeros. En una esquina, la morada del doctor francés Luis M. Journés; y en la del frente, la del médico peruano Ramón Tello, con el distintivo de la Cruz Roja.

El capitán Irarrázaval fue interrumpido por el capitán José

Antonio Luco, que venía a llamarlo de parte del comandante Del Canto. El comandante en jefe había sido informado de que el general Cáceres, no sintiéndose seguro en Huancayo, estaba preparándose para continuar su fuga más al sur.

—No pensará mi comandante Del Canto que sigamos persiguiéndolo inmediatamente —discurrió Irarrázaval—. La tropa está sin resuello, después de recorrer treinta kilómetros por caminos infernales.

Confirmando sus sospechas, sonó en ese instante una corneta llamando a formación.

Galo Irarrázaval se guardó el croquis en un bolsillo y echó a andar hacia el sitio donde estaban formándose los batallones.

Los mil ochocientos soldados que los componían escucharon con atención las palabras del comandante Del Canto, que se había plantado frente a ellos.

—Soldados, el ejército enemigo está a muy corta distancia —dijo —. Pretendo darle alcance con mis hombres del «2.º de Línea». A ellos, pues, me dirijo ahora. —Hizo una pausa y volviendo el rostro resuelto hacia los hombres de su antiguo batallón, les gritó—: «¡Soldados del "2.º de Línea"! Si os encontráis capaces de seguir al enemigo con energía, creo que lo alcanzaréis; si os atrevéis a hacerle "la cruza", podréis distraeros un rato; por lo que hace a la victoria, yo os la prometo, porque conozco vuestro arrojo y de lo que sois capaces en el campo de batalla».

Un griterío delirante animó las filas de los fieros veteranos, que seguían al recio comandante Del Canto con la misma fidelidad con que habían obedecido al difunto Eleuterio Ramírez. El jefe de la expedición los contempló con ruda terneza y culminó:

—¡Una hora de descanso y avanzamos sobre Huancayo!

El mayor Rodríguez yacía ya en un cómodo lecho, en una de las piezas interiores de la casa parroquial, escogida para cuartel de la guarnición chilena. Amodorrado, no sintió el ruido que hizo la puerta del cuarto al abrirse. Dos figuras se recortaban en el umbral. Una de ellas avanzó exclamando:

—¡Mi capi! ¡Mi capitancito, por la vida!

Aquella voz era inconfundible. Rodríguez la habría identificado entre miles.

—¡Acosta! ¡Por fin, hombre, por Dios!

El ordenanza se hallaba junto a él y, olvidado de la jerarquía, lo remecía apasionadamente de un hombro, a tiempo que murmuraba casi sin control:

—¡Mi capitancito lindo, por la madre! Pero ¿qué brutalidad le han hecho esos bellacos, que me lo devuelven más *desinflao* que un odre de chicha *aportillao*? ¿*Onde* diablos ha *estao*, mi mayor?

—Bueno, ya estamos juntos de nuevo, hombre —respondió el oficial.

—Si no es por el subteniente Benavides, del «Lautaro», tampoco me entero de que me lo habían traído en una camilla, como a una parturienta, mi capi.

Pese a su deplorable estado, el mayor Rodríguez no pudo reprimir una carcajada. Además, contribuía a entonarle el ánimo el tener otra vez a su ordenanza junto a él.

—Lo mismo que a una parturienta —le confirmó—, porque yo también tengo para cuarenta días sin hacer fuerzas.

El soldado se enderezó con ademán decidido y lo miró, como un escultor a los materiales con que va a construir su obra.

—¡Déjese de leseras, mi mayor! —exclamó—. Yo me lo resucito en diez días, aunque tenga que robarle los huevos a un águila *pa* hacerle dieta. Tiene que recobrar las *juerzas* prontito, *pa* que salgamos de nuevo a tener aventuras.

La sonrisa se borró del rostro del oficial.

—Sí, Acosta —dijo—, para que salgamos de nuevo a buscar a… —se interrumpió para preguntar a su ordenanza—: Dime, ¿tú tampoco has tenido noticias de Leonora?…

El soldado frunció los labios y negó lentamente con la cabeza. La locuacidad se apagó de inmediato en ambos y durante un rato se quedaron en silencio, atendiendo involuntariamente al ruido de las tropas que se ponían en marcha.

Luego de intercambiar algunas frases, oficial y soldado se contemplaban, con muestras de sincero afecto y de verdadero regocijo por haber vuelto a encontrarse.

Los ciento cincuenta hombres del «7.º de Línea» que se congelaban en Casapalca habían visto pasar a los mensajeros que el comandante Del Canto enviaba a Chicla para pedir la venida urgente de los batallones «Santiago» y «3.º de Línea» desde Lima. Desconfiaban ya de que se los relevara de la función de enfermeros que estaban desempeñando en el caserío hundido en el flanco cordillerano, cuando llegó el portador de la orden de marcha, el 5 de febrero. Aquella misma tarde, los ciento cincuenta hombres, con sus ocho oficiales, cruzaron el altísimo paso de Antícona, bajo el mando del mayor Saturnino Retamales. En esta ocasión no encontraron tormentas en las cumbres, pero el intenso frío y el mal de altura postraron a cuatro soldados. A pesar de todo, el destacamento pudo continuar la marcha y arribar a Oroya a las doce meridiano. Allí los esperaba una contraorden. Ya no debían descender hacia el sur para reforzar la línea de Jauja, sino que se les indicaba ir hacia el norte, para establecerse en Cerro de Pasco y guarnecer aquella zona hasta que pudieran tomar el control de ella los soldados del «3.º de Línea» y del «Santiago», que vendrían de Lima.

El mayor Retamales estudió concienzudamente su itinerario. Excesivas penurias había sufrido el batallón cuando recorrió aquella zona formando parte de la expedición Letelier. Dio descanso a sus hombres hasta la madrugada del 7 de febrero y, junto con surgir la aurora, ordenó romper la marcha.

Durante cuatro horas la columna fue ondulando por entre los montes hostiles.

El día estaba silencioso y plácido, pero a mitad de la ruta hacia Junín se descargaba una de las funestas tempestades serranas que transforman el día en noche.

El mayor Retamales dio el alto y se estacionaron en el camino, en espera de que los guías se pusieran de acuerdo con el jefe.

—No podemos seguir así, ¿no les parece? —les expresó éste a los exploradores.

—Sería arriesgarnos a caer en un precipicio, mi mayor —le respondió uno de ellos—. Estas lluvias ponen los senderos jabonosos y a veces los cortan.

El jefe del batallón requirió las opiniones de sus oficiales. Todos estuvieron de acuerdo en que, no estando obligados a cumplir

ninguna misión urgente, bien podrían buscar refugio en algún pueblo de las hondonadas interiores.

Uno de los guías expresó que le parecía recordar que, hacia la izquierda, existía un pueblo de buenas casas al que les sería posible llegar.

—¿Cree usted que podrá dar con él, a pesar de la tormenta? —le inquirió el jefe de los séptimos, y como el guía le respondiera afirmativamente, le hizo seña de reemprender la marcha—. Guíenos hacia ese pueblo. Tome la delantera.

La amedrentante tempestad estival azotaba las casas del pueblo de Leticia.

Leonora y Elcira se habían refugiado en el penumbroso vestíbulo de la hospedería italiana donde alojaban.

Repentinamente, la puerta de calle se abrió en forma brusca, y el señor Garibaldini irrumpió en el vestíbulo con el semblante alterado.

—¡Señoras, por Dios! —exclamó al verlas—. Acabo de saber una novedad terrible. —Y al ver que no reaccionaban, agregó—: ¡Van a tener que huir inmediatamente!

Leonora y Elcira lo observaron, estupefactas, primero, y alarmadas, después, pesando lo que les significaría abandonar aquel refugio y salir a la tormenta.

—¿Huir?… ¿De quién, señor Garibaldini? —le preguntó, por fin, la joven.

—¡De los chilenos, señorita! —le espetó el italiano, asustadísimo —. ¡Vienen hacia Leticia! Acaban de avisarnos los vigías que mantiene el señor alcalde en los montes. Dentro de media hora esos hombres habrán ocupado este pueblo.

Las dos mujeres se quedaron con el aliento contenido y el dueño de la pensión creyó necesario repetirles la noticia.

Leonora, que hacía grandes esfuerzos para disimular el contento que sentía, pareció despertar entonces y se apresuró a responder al italiano.

—¡Oh, sí, señor Garibaldini, ya le hemos oído! Pero ¿está completamente seguro de que son tropas chilenas?

El italiano refunfuñó que no había forma de equivocarse, ya que no quedaban tropas peruanas por esos contornos, ni siquiera las del general Cáceres, que se habían retirado hacia el sur.

Al oírle aquella información, Elcira no puso sofocar un suspiro de alivio, que motivó el asombro del italiano.

—¿Cómo es eso? ¿Acaso se alegra usted?…

Elcira tartamudeó, tratando de ocultar sus verdaderos sentimientos:

—No…, no es que me alegre. Pero, si no hay tropas peruanas por aquí, no habrá lucha. Simplemente entrarán los chilenos y, al no hallar enemigos, volverán a marcharse.

—¡Calle, calle, incauta! Ya aprenderán ustedes a probar el sabor amargo de la guerra, cuando los chilenos entren en nuestras casas.

Leonora se interpuso entre el dueño de la fonda y su compañera para evitar que ésta prolongara peligrosamente la discusión.

—¿Y qué piensan hacer ustedes? —inquirió al italiano, envolviendo en su pregunta a todos los vecinos de Leticia.

El italiano se encogió de hombros desorientado.

—¡Ah! No lo sé. Por mi parte, voy a poner la bandera de Italia muy alto sobre mi puerta. Yo soy neutral y lo haré presente desde el primer momento.

—¿Y qué actitud adoptarán las autoridades del pueblo? —insistió la agente—. Supongo que no cometerán la temeridad de oponer resistencia…

—No lo sé —repitió el hombre—. Ahora, lo único que me interesa es salvar lo mío.

Unos golpes precipitados en la puerta vinieron a interrumpir el nervioso coloquio. Pero el sonido de la voz del que golpeaba le devolvió algo de tranquilidad.

—¡Eh, señor Garibaldini, abra usted, qué demontre! —gritaba afuera un hombre, con marcado acento español.

—¡Caramba, ya abro, señor Echazarreta! —le respondió el italiano, y franqueó la entrada al español.

—¡Por un cuerno, qué modo de esconderse, señor Garibaldini! —le reprochó el recién llegado, y añadió apresuradamente—: Acaban de llegar dos jinetes de la columna chilena y entregaron al señor alcalde una conminación perentoria. En ella dicen que van a apoderarse del pueblo, que alojarán aquí y que no sólo no se les

oponga resistencia, sino que se les tenga preparado un rancho caliente. ¿Ha visto usted qué desfachatez?

El italiano doblegó la cabeza con fatalismo.

—Pues habrá que tenerles ese rancho caliente, sí, señor. ¿O qué?… ¿Se atrevería usted a negarse?

El español hizo un gesto rabioso y simuló escupir por un costado de la boca.

—¡Si estuviera en mi tierra, sería distinto! —gruñó—. Lo que es aquí, hasta mi mujer les daba si… —lanzó una carcajada ladina— …, si fuera casado, que, a Dios gracias, no lo soy.

—¡Vaya ocasión para chanzas, señor! —le reprochó el italiano.

—¿Y qué quiere usted?… ¿Qué nos echemos a llorar, como está a punto de hacerlo el alcalde?… ¡Pues, no, señor! Somos ciudadanos extranjeros y neutrales. Nos embutiremos nuestras ropas de ceremonia y saldremos al linde del pueblo a recibir a los invasores, aunque atrapemos una pulmonía. Para ello es que me han mandado venir a buscarlo. Los demás extranjeros están reunidos ya en la casa del señor Simeón Bafalluy.

—¡Bien, vamos entonces! —exclamó el dueño de la fonda. Pero antes de salir advirtió a las dos mujeres—: Señoras, mantengan esta puerta herméticamente cerrada y no la abran sino a mí.

Las chilenas le contestaron con una inclinación de cabeza.

Pero apenas el batiente se cerró, Elcira dejó escapar la tensión en que se mantenía:

—¡Uf! ¡Trabajo me costó aguantarme y no pegar un grito de contento cuando supe que venían nuestros compatriotas!

L'hei

de confesar que he estado todos estos días temiendo que aparecieran los montoneros de Cáceres y nos apresaran.

Leonora reconoció que ella había temido lo mismo, pero contrariamente a lo que pensaba su compañera, en lugar de salir a la calle para encontrar a los chilenos, se sentó, meditabunda, en una silla.

—¿Qué vamos a hacer, señorita? —le consultó Elcira, extrañada.

—No sabemos qué batallón es el que llega —se limitó a responderle Leonora—. En la calle no podríamos explicar quiénes somos y por qué estamos aquí. Si el jefe nos es desconocido, tendrá perfecto derecho para desconfiar de nosotras. Esperemos que entren

al pueblo. En el momento oportuno nos haremos presentes ante el jefe y le revelaremos nuestra identidad en forma discreta.

No tuvieron que esperar mucho. Una media hora después se oyó el ruido de una profusa caballada. Elcira y Leonora se quedaron observando ansiosamente hacia el exterior por un postigo entreabierto.

Cuando el repicar de los cascos se hizo más próximo, Leonora entreabrió el otro postigo de la ventana y apegó su rostro a los vidrios opacados por la lluvia. Su compañera la miró con una sonrisa picaresca:

—Parece una chiquilla *asomá* al balcón *pa* mirar un desfile militar —le comentó con cariñosa burla—. ¿Qué es lo que quiere *usté,*
m'hijita
: ver o que la vean?

—Alguien tiene que haber salido a buscarnos después que dejamos de enviar noticias nuestras —le respondió la joven, sin cuidarse de lo que decía, atenta sólo a la aproximación de las tropas —. ¿Quién te dice si ha sido…?

—El *mesmísimo* mayor Rodríguez —le completó la criada con intención.

—Él… o cualquier otro —se esquivó Leonora.

La columna de soldados llegaba ya y sus siluetas entraban, borrosas, en el campo visual de las dos agentes. A pesar de la atmósfera gris, era posible distinguir sus rostros. Ninguno de aquellos hombres les era conocido. Leonora fijó entonces su atención en el estandarte que portaba el abanderado; se destacaba en él un detalle que no escapó a la observación de las mujeres. Era una gran estrella que brillaba en medio de la bandera.

—¡La estrella dorada! —exclamó Leonora—. ¡Elcira, es el estandarte del «7.º de Línea»! ¡Son los compañeros de Alberto! ¡Acabo de ver pasar a los tenientes Santa María y Del Solar! —continuó diciendo mientras se dirigía hacia la puerta.

—¡Deténgase, Leonorcita, no haga locuras! —la atajó Elcira—. Tendríamos que seguir con ellos bajo la lluvia. Piense en que tendrán que entrevistarse todavía con las autoridades y que, si volviéramos solas a esta casa después de haber hablado con esos oficiales, los peruanos nos acuchillarían por traidoras.

Leonora reconoció que su compañera tenía la razón.

—Es verdad —murmuró—. Perdóname, fue un arrebato irreflexivo. Lo mejor es que esperemos a que ellos vengan a esta casa. No han de tardar mucho.

Un rato después de que se apagó el ruido del paso de las tropas, alguien llegó a llamar en la puerta de la hospedería.

—¡Señoras, ábranme, que me manda el señor Garibaldini! —decía la voz queda de un hombre—. ¡Ábranme al momentito, por favor!

Las agentes se consultaron con la mirada y Leonora hizo señas a su compañera para que diera entrada al recién llegado.

Se trataba de un peón indio, quien no hizo ademán de entrar, sino que recitó precipitadamente:

—Manda decir el señor Garibaldini que se escondan en su cuarto ahorita mismo, porque viene con varios oficiales enemigos que se van a alojar en la pensión. —Y musitando un apresurado «Dios las proteja», se esfumó entre las sombras de la calle.

Las chilenas obedecieron la advertencia del italiano y se encerraron en su habitación, pero se mantuvieron escuchando todos los ruidos del exterior.

Al cabo de unos instantes, fastidiada por no poder identificar a ninguno de los que conversaban al otro lado de la puerta, Elcira empezó a observar por el agujero de la llave. No tardó en reconocer al hombre que llevaba la voz cantante:

—Es el mayor Saturnino Retamales, segundo del batallón.

Leonora movió la cabeza decepcionada. No lo conocía sino de nombre.

—¿No está ahí Del Solar o el teniente Santa María? —le consultó en un murmullo.

Elcira negó con un movimiento y siguió observando.

Mientras los oficiales y Garibaldini discutían sobre la comida, Leonora tomó una decisión y le dijo a su compañera:

—Me había prometido no volver a relacionarme con el teniente Del Solar, pero no nos queda otro remedio para hacernos presentes. Cuando el dueño de la pensión se marche hacia la cocina saldrás al vestíbulo y, dirigiéndote al mayor Retamales, le dirás que haga llamar al teniente Alberto del Solar, comunicándole que está aquí Leonora Latorre. Recomiéndale también que proceda con

discreción. No agregues ni una palabra más y vuelve a este cuarto.

Esperaron aún unos minutos. Elcira aguardó hasta que se perdieron los pasos del italiano y, abriendo la puerta, hizo su teatral aparición ante los oficiales chilenos.

Minutos más tarde, el teniente Del Solar estaba en el vestíbulo de la hospedería de pie ante Leonora y movía la cabeza sin poder dar crédito a sus ojos. Aun cuando ya había explicado al mayor Retamales quiénes eran las dos mujeres, seguía inmóvil ante ellas, observando a la joven con ojos desencajados.

Por su parte, el mayor Retamales se rascaba la cabeza contemplando a las mujeres que habían surgido ante él como verdaderas apariciones.

—Realmente, no logro explicarme cómo es que están ustedes aquí, señorita —dijo a Leonora.

Ésta sonrió levemente al responderle.

—Lamento no poder darle explicaciones completas, mayor Retamales; sólo me es permitido expresarle que estábamos cumpliendo una misión, al igual que ustedes, cuando nos vimos obligadas a refugiarnos en este pueblo.

—Estoy…, estoy patitieso —reiteró el jefe de la expedición—. Lo único que se me ocurre pensar es que…, que nosotros reanudamos nuestra marcha mañana, y ¿qué va a ser de ustedes entonces? Por mucho que hayamos procedido con la máxima discreción, no creo que sea posible dejarlas en este…

Leonora le expresó que de ningún modo se quedarían en el pueblo después de la partida del batallón. Su propósito era salir de Leticia, para regresar a Chicla a la brevedad posible. Le explicó que formaban parte de un grupo de funcionarios y que estaban en el deber de continuar su trabajo. Además, suponía que debía haber varias personas buscándolas y exponiéndose a peligros por hallarlas.

Al oír aquellas últimas palabras, el teniente Del Solar se dio un golpe en la frente. Acababa de recordar su encuentro con el ordenanza del mayor Manuel Rodríguez, en Casapalca, y el relato que Acosta le hiciera de su peregrinaje en busca del oficial de exploradores. A medida que Del Solar iba narrándole que el mayor Rodríguez se hallaba perdido en la zona ocupada por el enemigo. Leonora se iba tornando cada vez más pálida. Cuando el teniente terminó de hablar, los ojos de la joven lo contemplaban con ansiosa

mirada interrogante.

—¿Y nada han sabido de él?

Del Solar negó con la cabeza y, al ver reflejarse en las pupilas de la agente una honda congoja, se apresuró a decir:

—Pero Acosta me explicó que él lo buscaría por todas partes. Suponía que había marchado hacia el sur, tras las huellas de ustedes. Pero admitía también la posibilidad de que estuviera prisionero o enfermo.

Leonora doblegó la cabeza sobre el pecho y permaneció así durante unos segundos.

Pero bruscamente volvió a la realidad y, levantando el rostro con decisión, enfrentó al jefe de la columna chilena.

—Mayor Retamales, es posible que trastorne sus planes con la petición que voy a hacerle, pero no puedo vacilar —le dijo—. Le ruego que me proporcione escolta para dirigirme hacia Oroya o Tarma.

El jefe de los séptimos reflexionó un par de segundos y luego le expresó:

—Proporcionarles cabalgaduras y algunos soldados no altera mis planes, señorita; ellos se reincorporarán al destacamento más tarde. Vamos a Cerro de Pasco y toda esta región está en calma. Por otra parte, detrás de nosotros deben venir los batallones «3.º de Línea» y «Santiago»; o sea, la ruta que ustedes seguirán para regresar al sur estará protegida por soldados chilenos.

—Si es así, proporciónenos solamente una escolta de dos soldados. Lo que importa es que lleguemos a Oroya cuanto antes.

El mayor Retamales accedió, advirtiéndoles que intentar el cruce de la cordillera occidental en esa época de tormentas era difícil hasta para los soldados veteranos.

—Si no podemos cruzarla, esperaremos en Oroya hasta el tiempo seco —le aseguró Leonora.

—¿Cuando desea partir, señorita? —preguntó el mayor.

—En cuanto cese la tormenta.

El jefe del destacamento sonrió, admirado del temple de la joven.

Aquella noche Leonora compartió la cena con la plana mayor del destacamento, haciendo que los oficiales olvidaran por algunas horas las asperezas de la guerra.

Cuando Elcira y su joven señora abrieron los ojos a la mañana siguiente, la tormenta había pasado.

A la puerta de la hospedería las aguardaban dos soldados y un oficial. Era el teniente Alberto Del Solar.

Leonora no pudo evitar un gesto de contrariedad. Pensaba en la irreflexiva declaración que el oficial le hiciera unos meses atrás en Lima y calculaba lo difícil que le sería evitar, durante la larga marcha hacia el sur, que aquello se repitiera.

El oficial comprendió su pensamiento y trató de tranquilizarla:

—Quiero tener la seguridad de que lleguen ustedes sanas y salvas al cuartel general chileno. No me guarde rencor y tenga confianza en mí.

Leonora no le respondió y concluyó por alzarse de hombros, a tiempo que expresaba:

—No hay más que hablar, teniente. Partamos al momento. Afortunadamente, el cielo está claro y dispondremos del día entero para marchar hacia Oroya.

Durante todo el día 4 de febrero, el pequeño grupo fue subiendo y bajando por las montañas, en dirección al sur. A través de esa larga jornada, los tres militares pudieron comprobar el temple extraordinario de aquellas mujeres, que ni aun a cuatro mil metros de altura, dieron muestras de desfallecimiento. No obstante, los efectos del soroche se retrataban en sus rostros, tornándolos demacrados y cianóticos.

El teniente Del Solar mantuvo su caballo constantemente emparejado al de Leonora y, cada vez que la joven miraba hacia el lado opuesto, se embebía contemplándola. Hubiera querido conversar con ella. Pero no se atrevía, lo intimidaban el enérgico dibujo de la boca de la joven y su barbilla altiva. Se resignaba entonces a hacer suposiciones sobre los hechos que debía haber soportado Leonora en el destino riesgoso que había escogido. ¿Cuántos hombres se habrían cruzado en su camino intentando imponerle sus deseos, apoyados en las oportunidades que ofrecía la guerra? Recordaba los comentarios que corrieron sobre ella y el general Buendía, pero ¿existieron otros hombres? ¿Qué lazo la unía con el mayor Manuel Rodríguez, que a la sola mención de que podía estar en peligro, ella se había decidido de inmediato a partir? ¿Qué lugar ocupaba en su alma Alberto Cobo?

La magnética personalidad de la joven lo fascinaba. No obstante, comprendía que nunca podría expresarle nuevamente su profunda admiración. Tan sólo en una oportunidad estuvo a punto de traicionarse. Leonora iba adormecida sobre su caballo y éste tropezó. El sacudón estuvo a punto de derribarla de la silla. Del Solar la sujetó de un brazo, descabalgó de un salto y la ayudó solícitamente a acomodarse mejor en la silla. Cuando lo hacía, levantó los ojos y la miró al rostro con indisimulada pasión. La joven pareció no reparar en su gesto y se quedó mirando hacia el camino que desembocaba en el estrecho valle de Oroya. En sentido contrario, se veía venir un gran número de soldados a caballo y a pie.

—¿Qué batallón es el que se aproxima? —consultó al teniente sin mirarlo.

Del Solar tendió la vista hacia el frente.

—Debe ser el «Santiago», o el «3.º de Línea», que han cruzado ya la cordillera y ascienden hacia el norte, para ocupar Junín y Cerro de Pasco.

Leonora espoleó su cabalgadura, obligándola a acelerar la marcha.

—Teniente, consulte con alguno de los que vienen sobre las condiciones en que se encuentra el paso de la cordillera —dijo autoritariamente al oficial.

Alberto del Solar cumplió la orden cuando toparon con la cabeza del batallón. Éste era el «3.º de Línea», y lo comandaba el coronel José Antonio Gutiérrez. Del Solar le hizo señas al ayudante capitán Leandro Fredes y le sometió la consulta de Leonora.

Según Fredes, era totalmente imposible cruzar la cordillera en esos momentos, por dos razones. La primera, las imprevistas tempestades que se desataban en las alturas en esa época; la segunda, que el sendero, estrecho de por sí, venía lleno de soldados, carros con bagajes, artillería, etcétera.

—Marchar en sentido contrario está prohibido porque estorba el tránsito de los elementos vitales para la campaña que se está desarrollando en el sur —concluyó el ayudante del «3.º de Línea».

—¿Acaso se ha conseguido acorralar ya al «Brujo de los Andes»? —le preguntó Del Solar con entusiasmo.

—Parece que sí, teniente. Lo que yo sé es que el batallón

«Santiago», que debía venir con nosotros hacia el norte, ha recibido contraorden y va a marchas forzadas hacia el sur. Parece que la lucha está por comprometerse en los alrededores de Huancayo.

En ese momento, Leonora interrumpió a los oficiales preguntando a Fredes:

—Capitán, dígame, por favor, ¿es posible encontrar alojamiento para varios días en Oroya?

El oficial negó sonriéndole galantemente.

—Totalmente imposible, señorita. Oroya está convertido en un campamento; en ese pueblo acantonan por lo menos trescientos soldados, que se han apoderado de todo sitio donde sea posible dormir.

—Tendremos que ir a Tarma entonces Leonora —terció Del Solar.

—No, teniente —replicó la joven sin vacilaciones—. Desde Oroya nacen dos caminos: uno que va a Tarma y otro que conduce rectamente a Jauja.

—Perdóneme, señorita —intervino el capitán Fredes con suave ironía—, pero Jauja está muy al sur, e instalarse en ese pueblo es entrar en el territorio que en pocos días más será campo de batalla.

—Lo sé, capitán, y le agradezco su advertencia.

Del Solar la contempló, desagradado por su obstinación temeraria, y se aventuró a inquirirle:

—¿En verdad, piensa usted que sigamos hasta Jauja? ¿Es por…, por saber noticias del mayor Rodríguez?

Apenas hubo lanzado su imprudente reflexión, se arrepintió de haberlo hecho. Leonora lo contempló con franco desprecio. Después, se limitó a advertirle:

—Si no le es posible acompañarnos más allá, teniente Del Solar, no se preocupe; Elcira y yo podemos seguir solas.

El oficial enrojeció y tartamudeó, agachando la cabeza:

—De ningún modo, señorita. Supongo que el capitán Fredes no tendrá inconveniente en avisar a mi jefe, en Junín, que sigo escoltándolas un poco más hacia el sur, pero que regresaré tan pronto las deje en lugar adecuado.

El ayudante del «3.º de Línea» se apresuró a asegurarles que así lo haría y se alejó al galope de su caballo. El pequeño grupo reinició su marcha hacia el sur.

9

Estanislao del Canto estaba resuelto a enfrentar al ejército enemigo en el plazo más breve que le fuera posible y a combatirlo de inmediato, cualesquiera fueran las circunstancias en que se produjera el encuentro. Dos razones poderosas lo forzaban a proceder así: una, la constituían las epidemias de tifus y viruelas que el general Cáceres les había dejado como enemigo solapado e imbatible; la otra, la distancia cada vez más crecida de sus centros de aprovisionamiento. Del Canto comprendía claramente que mientras más al sur persiguiera a su enemigo, más difícil le sería satisfacer las necesidades de su ejército; la única fuente para renovar su parque de artillería, las municiones para la tropa y aun sus hombres mismos quedaba atrás, en el lejano paso de Piedra Parada, frente a Oroya. En caso de un revés, su retirada sería pavorosa, pues tendría que recorrer longitudinalmente el largo valle de Jauja, acechado desde los montes de ambos flancos por decenas de miles de indios agresivos.

Por eso proseguía su penetración en territorio enemigo, más al sur de La Concepción, exigiendo a sus soldados el máximo de rapidez, pese al cansancio de la jornada anterior. Confiado en la resistencia extraordinaria que habían exhibido los hombres del «2.º de Línea» durante tres años de continuo guerrear, los azuzaba sobre las huellas del «ejército de la breña», sin darles tiempo para reparar en los obstáculos.

Desde que abandonara La Concepción, la columna marchaba azotada por un huracán salvaje. La lluvia cegaba a los hombres, el viento les arremolinaba los capotes, enredándoselos en las piernas, y el frío les arañaba los pulmones al respirar. Sin embargo, mantuvieron aquel tren de marcha hasta las cuatro de la tarde, hora

en que entraron al caserío de Cocha, en donde hicieron un breve descanso. Desde aquel lugar, el comandante envió a cuatro carabineros, con la misión de investigar si todavía estaba en aquella ciudad el ejército de Cáceres.

A las cuatro y media, la columna reanudó la marcha y una hora más tarde entraba en el tambo de Paca, situado a tres kilómetros al norte de Huancayo. En ese momento regresaban los cinco exploradores a cargo del teniente Villota.

—¡El ejército enemigo abandona en estos mismos momentos Huancayo, mi comandante! —le espetó Villota a Del Canto.

El comandante se rascó con fuerza el cuero cabelludo. No concebía que el ejército enemigo abandonara su
ciudad-refugio,
cuando la luz del día estaba por acabarse. Pero luego dedujo que el general Cáceres se arriesgaba a practicar aquella fuga nocturna porque sus espías le habían noticiado de la aproximación de las fuerzas chilenas.

—¡Por un cuerno, se nos escapa otra vez! ¿Qué ventaja nos lleva, teniente?

—Calculo que unos seis kilómetros, mi comandante.

Del Canto se quedó pensativo unos instantes, miró a la formación de soldados y luego se volvió hacia el mayor Dañin, segundo comandante del batallón.

—Si apuramos el tranco un poco más, podemos caerles encima durante la noche.

El mayor Dañin lo contempló atónito, como si no entendiera bien la reflexión del comandante.

Del Canto lo miró como si le extrañara su estupefacción.

—Si es preciso, caminaremos hasta el amanecer, mayor —afirmó —. ¿De cuántos hombres se compone aproximadamente el ejército de Cáceres, teniente Villota?

—Es imposible precisarlo, mi comandante —le contestó el interrogado—. Pero, por la extensión de la columna, calculo que no pasan de dos mil hombres.

El comandante emitió un gruñido de desagrado. Arremeter con sus escasos cuatrocientos noventa y un hombres contra dos mil enemigos era una locura.

—Mayor Dañin —expresó a su segundo—, envíe dos mensajeros

a los comandantes del «Lautaro» y del «Chacabuco» con la orden de forzar la marcha y darnos alcance. Entretanto, nosotros proseguiremos nuestra ruta también a paso acelerado, hasta pillarle la cola a Cáceres.

El mayor Dañin se separó para ir a cumplir la orden, y Del Canto llamó con un gesto al corneta. Por su parte, el teniente Villota le advirtió:

—Huancayo ha quedado desguarnecida, mi comandante. La tropa podrá pernoctar en ella, si es necesario.

—Eso lo veremos cuando estemos allá. Por el momento, proseguimos. —Y ordenó al corneta tocar «adelante la marcha».

Los setenta y cinco carabineros, precedidos por el propio comandante Del Canto, fueron los primeros en entrar a la antigua ciudad de Huancayo. En la casa municipal, ateridos por la lluvia y el terror, los esperaban las autoridades lugareñas y los comerciantes extranjeros. Ellos corroboraron lo afirmado por el teniente Villota: el ejército de la sierra había salido hacía apenas una hora.

Del Canto ordenó al teniente Villota que, acompañado de cuatro carabineros, fuera a apostarse en la salida sur de la ciudad.

Después, volvió a preocuparse de las autoridades del lugar, pero para exigir al alcalde que le señalara un recinto cubierto donde pudieran capear la lluvia sus soldados y que hiciera preparar caldo y café para quinientos hombres.

—Todo debe estar listo en media hora, que será el tiempo que tarda en llegar la infantería —agregó.

El mayor Dañin se aproximó a Del Canto y le dijo:

—Mi comandante, ¿procedo ya a armar el campamento?

El jefe observó a su segundo con no disimulado fastidio.

—¿Es que no me ha entendido usted, mayor Dañin, o resulta que es usted un porfiado? He dicho que seguiremos detrás de Cáceres hasta alcanzarlo y así lo haremos, apenas la tropa se haya reconfortado con unos sorbos de caldo y de café.

Poco después ingresaron a la ciudad los cuatrocientos hombres del «2.º de Línea» y grupos de pobladores le llevaron grandes marmitas llenas de caldo humeante y tarros con café.

Después que se hubo completado la repartición de alimentos, el alcalde se acercó al comandante Del Canto para inquirirle si estaba satisfecho por la forma en que se los había atendido.

Del Canto respondió afirmativamente y desvió su atención hacia dos jinetes que venían del sur, trayendo entre sus caballos a un hombre totalmente vestido de blanco. El jefe identificó en ellos a su ayudante Villota y a uno de los carabineros que lo había acompañado.

—Dígame, señor alcalde, ¿quiénes usan uniformes blancos en esta zona? —preguntó a la autoridad huancaína.

El interrogado tuvo una leve vacilación y luego le contestó con cierta vergüenza:

—Los oficiales y soldados del ejército del general Cáceres, que han visto destrozarse sus uniformes, debiendo aceptar los que la gente de esta ciudad confeccionó con sábanas y sacos, señor comandante.

Del Canto hizo una mueca de estupor ante la revelación de tan extremada pobreza, pero no alcanzó a hacer comentario alguno, porque en ese momento el teniente Villota detenía su caballo frente a él.

—Sorprendimos a este oficial enemigo que volvía a Huancayo para recoger electos personales que se le quedaron olvidados —le informó el oficial, y luego agregó, con sonrisa irónica—: Al menos, ésa es la explicación que él nos dio, pero, en mi opinión, no es más que un desertor que tuvo miedo de seguir con el ejército serrano y…

El prisionero saltó como si lo hubieran abofeteado.

—¡No tiene usted derecho a insultarme así! —se defendió airadamente.

—¡Silencio! —lo interrumpió el comandante Del Canto—. ¡Identifíquese con su nombre, grado y ubicación en el ejército de Cáceres!

El peruano se irguió y contestó altivamente:

—Capitán Félix Costa, oficial del Estado Mayor del Ejército del Centro del Perú.

—Bien, capitán Costa, no me importan las causas que lo impulsaron a volver… Lo que sé es que está usted en nuestro poder y que ahora mismo va a explicarme, con pelos y señales, cuáles son los planes del general Cáceres. ¿Me ha entendido?

El oficial peruano le sostuvo la mirada y expresó con amarga resignación:

—Nuestro general ha dispuesto que el ejército pernocte esta noche en Pucará.

El comandante chileno tuvo que hacer un esfuerzo de memoria para recordar la ubicación de aquel punto. El pueblo de Pucará se levantaba diez kilómetros más al sur. Pero recordó también que, a mitad de camino, existía un pequeño caserío denominado La Punta. Este detalle hizo que germinara en su cerebro un nuevo propósito. Dirigiéndose otra vez al prisionero, le consultó:

—¿A cuántos ascienden los efectivos del general Cáceres?

—A poco menos de dos mil hombres, señor.

—¿Y la artillería, eh? ¿Pretende comérsela usted?

El oficial peruano enrojeció y se apresuró a declarar:

—La artillería ha avanzado más rápido que el ejército, y sus jefes tienen orden de no detenerse hasta haber pasado el puente de Izcuchaca.

Del Canto tuvo que consultar a su ayudante Villota sobre la ubicación de aquel puente.

—Ése es el último punto por donde se puede cruzar el río Mantaro, mi comandante —le explicó el oficial—. En el puente Izcuchaca termina el valle; desde ahí, el camino se angosta en desfiladeros y se pierde en los recovecos de las montañas.

—El puente de Izcuchaca es entonces una defensa natural —razonó Del Canto.

—Es inexpugnable, señor comandante —le acotó irónicamente el prisionero.

—¿Ah, sí? Pues ya la romperemos nosotros a cañonazos.

Ésas fueron las últimas palabras que Del Canto cambió con el prisionero; después, hizo señas a los exploradores para que se lo llevaran y volviéndose al mayor Dañin le participó su plan:

—Como el ejército de la sierra estará esta noche en Pucará y sin artillería, nosotros dormiremos a media distancia, en el caserío de La Punta, y caeremos sobre él antes de que raye el alba. De modo que ordene que se forme nuevamente el destacamento, porque reanudaremos la marcha ahora mismo.

El segundo comandante hubiera querido oponerse. Eran las siete de la tarde, quedaba apenas una hora de luz y llovía torrencialmente. Pero no se atrevió. Por su parte, Del Canto seguía hablando, como si adivinara su pensamiento:

—En una hora recorreremos la distancia que nos separa de La Punta y ahí dormiremos.

Un minuto después, los sones del corneta llamaban a los soldados a la formación.

El mayor Enrique del Canto, valiéndose del parentesco que lo unía con el jefe, se atrevió a observarle:

—Aún no tenemos noticias de los batallones «Lautaro» y «Chacabuco». Tal vez sería prudente restablecer el contacto con ellos antes de emprender este avance.

Pero el jefe del destacamento no estaba de humor para escuchar razones.

—¡Ni una palabra más, Enrique! —se limitó a decirle—. Enviará mensajeros a los comandantes del «Lautaro» y del «Chacabuco», para conminarlos a apresurar su marcha, indicándoles que deben pernoctar esta noche en Huancayo y ponerse en marcha hacia La Punta a las cuatro de la mañana. Lo que se refiere a nosotros ya está establecido.

Estaba completamente oscuro cuando la columna entró al mezquino caserío de La Punta. Los exploradores sabían cuál era el único lugar en donde los soldados podrían ampararse durante la noche para capear el temporal. Era la capilla poblana. El comandante Del Canto la examinó a conciencia y comprendió que la superficie de su suelo no era suficientemente extensa como para que los hombres cupieran tendidos.

Dio orden entonces de que la columna se disgregara en filas de a uno en fondo y así fueron entrando a la capilla y ordenándose, hilera con hilera, como sardinas en lata. A pesar de todo, de los cuatrocientos noventa y ocho soldados unos veinte quedaron fuera y tuvieron que envolverse en sus mantas, al reparo del estrecho atrio. Los que estaban en el interior del templo se acomodaron sentados, espalda contra espalda, con las piernas encogidas y el fusil, vertical, entre las manos.

Estanislao del Canto se ubicó en el umbral, sentado sobre su silla de montar, y apoyando la espalda en uno de los soportales de la puerta, se dispuso a dormir. Sin embargo, a medianoche lo despertó el ruido que hacían el capitán del bagaje Feliciano Encina y cuatro hombres cargados con grandes olletones de hierro, que depositaron en el atrio.

—No hagan ruido innecesario —oyó que decía el capitán Encina a sus hombres—. Ya bastante complicado será dar rancho a los soldados, despertándolos por turnos.

El comandante se levantó del sitio en que se había arrinconado y fue a oler las ollas que contenían un guiso de cuatro carneros.

Del Canto silbó por lo bajo ante la exigüidad de aquel rancho que había que repartir entre quinientos hombres.

El reparto de aquel mísero rancho demoró casi hasta la aurora; aunque los soldados eran despertados por grupos, el ruido de sus pasos en la sonoridad de la capilla y el entrechocar metálico de las jarras y de los cucharones en los fondos con caldo impidieron el sueño de los demás.

Por último, a las cinco de la mañana, el son de la diana terminó de despertar a todo el destacamento.

Los hombres fueron saliendo de la capilla adoloridos por la posición encogida en que habían reposado.

La tormenta había pasado y la atmósfera lavada estaba traslúcida como el cristal. Sobre los charcos de barro, los encargados del rancho tenían instalados sus olletones de hierro y una buena cantidad de carne humeaba vapores en el frío del amanecer.

Los soldados devoraron con avidez las porciones que les correspondieron y consiguieron recuperar en parte los bríos y el calor.

A las cinco y media se llamó a formación y, minutos más tarde, la columna estaba otra vez en marcha. Ahora avanzaba precedida por una vanguardia de veinte jinetes, a los que guiaba el mayor Roberto Bell. Encabezando la columna iban las cuatro piezas de artillería, bajo el mando del mayor Rafael González. La infantería marchaba inmediatamente detrás a paso de carga.

El comandante Del Canto seguía pensando que era una temeridad lanzar sus quinientos soldados contra los dos mil del enemigo, pero se obligaba a fiar en el empuje de sus hombres y en el oportuno auxilio que le prestarían los batallones «Lautaro» y «Chacabuco», que venían detrás.

A las seis y media, la cabeza de la columna coronaba un pequeño morrillo y desde su cumbre avistaba los picachos nevados que dominan Pucará.

Adivinando la proximidad del enemigo, el comandante Del Canto ordenó a uno de sus mejores jinetes que galopara hacia la retaguardia para decir al comandante del «Lautaro» que acudiera a toda prisa a reforzarlos, pues estaban a punto de trabarse en batalla, cuando regresaron dos de los exploradores que precedían la columna.

—¡Mi comandante Del Canto —le comunicó el de mayor grado —, avistamos al ejército enemigo! Se encuentra formado en la calle central de Pucará y se dispone a movilizarse hacia la garganta de Marcavalle.

El jefe de la expedición dio un respingo.

—¡Hay que detenerlo antes de que se ponga en movimiento! — exclamó nerviosamente, y repitió al jinete que esperaba a su lado que partiera a escape en busca del batallón «Lautaro». Comprendía que si el enemigo se internaba en la garganta, se perdería la posibilidad de batirlo.

—Hay que cargarles altiro, mi comandante —insistió el explorador que había regresado de Pucará—, porque parecían a punto de partir.

Del Canto se restregó la barba, buscando una forma de demorarlos.

—Tenemos que distraerlos mientras avanza la infantería y sólo se me ocurre una manera de conseguirlo. ¡Explorador, regrese a la vanguardia y diga al mayor Bell que se acerque lo más que pueda a Pucará y abra fuego sobre el enemigo, pero sin comprometerse seriamente!

Apenas el explorador se perdió en dirección sur, la infantería comenzó a trotar encabezada por el mayor Dañin. Mientras, el comandante Del Canto daba alcance a la artillería e indicaba al mayor Rafael González que azuzara a las mulas de arrastre, a fin de emplazar las cuatro piezas sobre distintas alturas que dominan el pueblo.

El primer disparo del mayor González estalló justamente en medio de la plazuela de Pucará. Para los reclutas serranos, que componían la mayor parte del ejército de Cáceres, el tronar del cañón era algo nuevo y aterrador; apenas los formidables estampidos llenaron la oquedad de la hondonada, se desparramaron despavoridos en todas direcciones, como tropel de conejos que

busca zarzas donde esconderse. Y el desbande fue más alocado cuando una de las gruesas balas arrancó de cuajo la torre de la pequeña iglesia.

Sin embargo, el general Cáceres logró reorganizar sus filas al otro lado del río Pucará y las aprestó para la resistencia. Justo en ese momento, la infantería chilena asomaba al llano y avanzaba hacia el río transversal que les cerraba el paso al pueblo.

Después de ordenar a los artilleros que siguieran disparando sobre Pucará hasta que la infantería salvara el cauce y que después desatrancaran las ruedas de las cureñas y las lanzaran cerro abajo, el comandante Del Canto bajó al galope a reunirse con los soldados del «2.º de Línea».

Éstos llegaban jadeantes a la orilla del río y se tumbaban a saltos entre los matorrales, disparando en el momento mismo de tocar el suelo.

Los enemigos, parapetados tras unas pequeñas dunas de la otra orilla, contestaban al fuego con igual denuedo.

Del Canto metió su caballo tras una roca y juzgó la situación de una ojeada, formando su plan. El mayor Enrique del Canto debería cargar sobre el ala izquierda del enemigo con tres compañías del batallón; el mayor Eleuterio Dañin, con las otras tres, asaltaría el ala derecha. El coronel Eulogio Robles, que recién llegaba al frente del «Lautaro», entró como un ariete en el centro de la línea y, sin detenerse, se lanzó con sus tropas a vadear el río.

Simultáneamente, el comandante Del Canto descubrió que el enemigo había dejado sin guarnecer un cerrillo a su izquierda y ordenó a su ala derecha que lo ocupara a toda prisa, para fusilar desde allí a los adversarios. Mientras la cuarta, quinta y sexta compañía del «2.º de Línea» se abalanzaban a la corriente del Pucará, hizo avanzar con él a la primera, segunda y tercera compañía, que formaban el ala izquierda.

Fue un espectáculo de fiera belleza aquel que el comandante Del Canto pudo contemplar desde lo alto de su caballo. Los soldados que vadeaban el río junto a él eran los veteranos del mismo famoso «2.º de Línea» del difunto Eleuterio Ramírez que iniciara la guerra con su asalto a Calama, los mismos que se desangraran en Tarapacá, que resistieran el choque del ejército aliado sobre el cerro San Francisco, los mismos, en fin, que soportaran todas las campañas.

Con orgullo contemplaba Del Canto a esos soldados encanecidos en la lucha lanzándose al codiciado choque con el último ejército peruano: el de la breña. La artillería en tanto cubría a los infantes con un protector arco de fuego.

Las compañías de la derecha, que mandaba el joven mayor Enrique del Canto, fueron las primeras en asentar pie en la orilla opuesta y el fuego de sus fusiles de repetición anonadó a los serranos. El general Cáceres observó con espanto cómo el ala amagada era partida en dos, produciéndose el desbande. El valiente caudillo se lanzó al galope tendido por detrás de sus posiciones, gritando a sus comandantes que concentraran todos los batallones en el centro. Pero el coronel Francisco de Paula Secada lo detuvo y le demostró que si obedecía aquella orden iban a ser envueltos irremediablemente, pues las tropas chilenas del ala contraria y las del centro ya terminaban de cruzar el río.

El «Brujo de los Andes» meditó apenas un segundo y cambió al momento su plan.

—Entonces, usted y el coronel Tafur retiren a retaguardia los batallones «Junín», «América» y «Huancayo» y apóstenlos en el cuello de Marcavalle, sobre las alturas, para ofrecer allí la segunda resistencia. Yo retiraré del fuego, lentamente, a los batallones que ya están comprometidos, antes de que los aplasten los chilenos.

El choque de los soldados del «Lautaro» fue tan violento como el de sus compañeros del «2.º de Línea». Embravecidos por ese ejemplo, los lautaros entraron al combate cuerpo a cuerpo, antes de que sus adversarios del «Tarapacá» y del «Zepita» pudieran iniciar el lento repliegue que deseaba Cáceres. La matanza fue terrible. Los peruanos se arremolinaron desconcertados, y, durante unos minutos, pareció que iban a ser envueltos por la ola enemiga. Pero la voz del general Cáceres los condujo otra vez al orden. Obedientes, se replegaron aprisa hasta las pircas que rodeaban al pueblo y buscaron parapeto tras ellas.

El dominio de los chilenos se hizo entonces más lento, porque debieron ir apoderándose de la improvisada trinchera palmo a palmo.

El comandante Del Canto, que los observaba desde un altozano, se estremecía de vanidad al verlos combatir.

Después de dos horas y media de lucha, quedó vencida la última

parte de la trinchera de pircas. Tras ella, quedaba una ancha hilera de desangrados cadáveres serranos, abiertos por las bayonetas. Saltando por sobre ellos, los indomables segundos y lautaros se abalanzaron al pueblo. Casa por casa fueron desalojando a los enemigos, los que arrancaban hacia las nuevas posiciones que el «Junín», el «América» y el «Huancayo» habían tomado en las primeras alturas de la garganta de Marcavalle.

Se produjeron entonces unos cortísimos minutos de pausa en el enconado combate. Pero éste se reinició más ruidoso, cuando el mayor Roberto Bell vio agitarse en las manos del comandante Del Canto la bandera roja que le indicaba su oportunidad. Alzándose sobre los estribos, se volvió a sus jinetes del «Carabineros de Yungay» e hizo restallar sobre ellos el grito tradicional de la caballería chilena.

Los setenta y cinco jinetes partieron como centellas, cruzando el llano a galope tendido. Entonces el mayor Dañin reparó en un detalle que no habían observado ni el comandante Del Canto ni el jefe de los jinetes:

—¡Mi comandante, la caballería se va a desbarrancar en el tajo de la Quebrada Honda!

Del Canto observó con ojos desorbitados la línea oscura que trazaba la quebrada. Comprendió que la caballería, embravecida, iba derecho a precipitarse en la profunda zanja.

—¡En esos momentos no oirían a Dios si les gritara desde lo alto! —consideró escalofriado—. Sólo queda la esperanza de que el mayor Bell repare en el peligro y los frene a tiempo.

Bell no había reparado en la honda grieta del terreno y conducía a sus hombres a galope desenfrenado. La visión del peligro fue simultánea a toda la primera hilera de carabineros. El mayor frenó su caballo en seco y levantándolo sobre los cuartos traseros, lanzó un alarido desesperado:

—¡Altoooo!…

Jamás como entonces quedó de manifiesto la extraordinaria maestría de los jinetes chilenos. Ninguno rodó a la Quebrada Honda. Pero la persecución terminó allí. El comandante Del Canto tuvo que reconocerlo.

—Los enemigos se han escapado por un milagro —reflexionó—. Si no es por esa hendidura de la tierra, estarían todos con las

cabezas partidas por los sables de los carabineros.

—Este contratiempo da a los enemigos la oportunidad de concentrarse en las alturas del cuello de Marcavalle, mi comandante —le hizo ver el mayor Dañin, con encono.

—Pues allá iremos a ofrecerles combate, mayor Dañin; y sin tregua, sin descanso. Tenemos que exterminarlos antes de que se nos escabullan por el desfiladero. Nos queda todavía una segunda parte de la batalla de Pucará.

El comandante Del Canto sobreestimaba la capacidad de resistencia de su tropa. Al ordenar el avance desde Pucará hasta la garganta de Marcavalle olvidó que los soldados traían sobre sus hombros la fatiga acumulada durante dos días de marcha, una noche casi sin dormir y cinco horas de combate. A medida que la columna avanzaba por la pendiente que ascendía hacia la boca del desfiladero de Marcavalle, el tranco de los soldados iba siendo más pesado y difícil. El comandante, ocupado exclusivamente en estudiar las posiciones enemigas, no reparó en el desfallecimiento de la tropa. Alzado sobre los estribos, observaba con profunda atención los dos altos paredones de piedra, sobre los cuales el general Cáceres había distribuido a sus hombres. En la parte más alta, los batallones «Junín», «América» y «Huancayo»; a media falda, los batallones «Tarapacá» y «Zepita»; y en los declives, diseminadas sin orden, las bandas indias, con sus hondas y montones de galgas.

Cegado por el ímpetu irreflexivo, Del Canto confiaba en apoderarse de las altas posiciones enemigas a filo de bayonetas. Grande fue su desilusión cuando el comandante del «Lautaro» le comunicó con semblante demudado.

—¡Mi comandante, el ataque que usted pretende es imposible! Vuelva los ojos y observe a la tropa. Los soldados vienen cayéndose de fatiga. Vea cómo ralean las filas.

Del Canto detuvo su caballo con un violento tirón de bridas y volvió el rostro. El espectáculo, lejos de impresionarlo compasivamente, lo enfureció.

—¿Qué significa esa flojera? —rugió a los hombres que se habían tumbado en el sendero—. ¡Levantarse todos al momento!

Pero el comandante Robles interfirió la dirección de su mirada cruzando su caballo frente a él.

—No pueden hacerlo, mi comandante; no pueden dar un paso más —le dijo ansiosamente—. Los ha vencido el cansancio y sería inhumano obligarlos a entrar en batalla en tales condiciones.

—¿Qué está usted diciendo? ¡Nunca oí un disparate semejante! La batalla está por trabarse y tienen que sacar fuerzas aunque se estrujen la médula de los huesos —bramó Del Canto.

Entonces el coronel Eulogio Robles exhibió la integridad de su carácter y el cariño acendrado que sentía por sus hombres. Con calma, pero de modo inflexible dijo:

—Me opongo a que se empuje a la muerte, en forma irracional, a mis soldados. El batallón «Lautaro» no dará un paso más adelante.

El comandante Del Canto iba a replicar con toda la violencia que la actitud de su subalterno exigía, cuando una nutrida descarga de los fusiles enemigos distrajo su atención. La compañía cacerista se descolgaba del paredón de la derecha y descendía al fondo de la garganta.

—¡Carajos! —barbotó—. Vea cómo nos provocan. ¿Y vamos a dejar sin castigar esa bravata?

—Lo que intentan es atraernos hasta la boca del desfiladero, para fusilarnos desde arriba, mi comandante —le aclaró el jefe del «Lautaro»—. Y con las tropas en el estado en que se hallan, avanzar es suicida.

El comandante del destacamento movió la cabeza violentamente, negándose a aceptar el argumento, pero no alcanzó a expresar sus propósitos, porque vino a interrumpirlos el ayudante Hurtado, quien traía un mensaje del mayor Dañin:

—Mi comandante —gritó entrecortadamente—. El comandante del «2.º de Línea» me manda a prevenir a usted que es imposible seguir. La tropa viene cayéndose y acaba de morir un hombre de fatiga.

Con atroz remordimiento, el comandante comprendió el despotismo cruel que había ejercido sobre sus hombres.

—¡Por la vida! —profirió tartamudeante—. ¡Que el corneta toque el «alto»! ¡Alto la marcha, santo Dios!

—¡A tierra todos! —gritó nervioso Del Canto—. ¡Tenderse y disparar desde el terreno! Los soldados obedecieron la orden y comenzaron a responder al fuego que les enviaban los enemigos ya descendidos al llano.

—Es demasiado lo que se ha exigido a la tropa, mi comandante —repitió Robles a Del Canto, tratando de mostrarse tranquilo—. Las órdenes del general en jefe dicen que nos apoderemos del valle de Jauja y exterminemos o ahuyentemos al ejército de Cáceres. Eso ya se ha conseguido. La misión está cumplida. Demos, pues, descanso a nuestros hombres, que bien se lo merecen.

Estanislao del Canto agachó la cabeza, convencido al fin.

—Sea —aceptó—. Dejaremos en este lugar a la caballería, para que custodie Pucará, y replegaremos la infantería y la artillería al caserío de Zapallanga, en donde está el campamento con los bagajes y los víveres.

El coronel Robles le agradeció y se puso frente a sus lautaros, a fin de que hicieran volver a los enemigos a sus altas madrigueras. Pero aquel resultado no habría de obtenerse tan fácilmente.

En esos precisos instantes, en las líneas enemigas, el mayor Ambrosio Navarro, el mismo intrépido oficial que había actuado como enlace entre el ejército de la sierra y el Comité Patriótico de la Resistencia, se acercó al general Cáceres y le dijo, febrilmente:

—¡Los enemigos están tumbados en el suelo, señor general, sin ánimos para continuar su avance contra nuestras posiciones! Autoríceme para descender al galope y tomar el mando de la compañía que ha bajado al llano.

Al ver reflejada en él la más firme decisión, Cáceres lo autorizó con un gesto categórico.

—Limítese, sin embargo, a provocar más a fondo a los chilenos, sin comprometer verdaderamente a la compañía. Lo que necesitamos es atraerlos a la boca del desfiladero.

Navarro lo saludó con un ademán ampuloso y se lanzó vertiginosamente hacia abajo. Mientras descendía iba gritando a los soldados que se movían en el fondo de la quebrada.

—¡Adelante, valientes del «Zepita»!… ¡A estrechar la distancia con el enemigo!… ¡Picar sus filas con vuestros disparos!… ¡Adelante!

El mayor peruano era víctima en ese momento del frenesí bélico y sin medir el peligro empezó a galopar frente a las líneas chilenas, desafiante, tratando de alentar con su ejemplo a sus soldados. Pero éstos lo observaron, pasmados de su locura, y, lejos de avanzar tras él, se inmovilizaron en sus sitios. El oficial quedó solo, ofreciendo

un blanco perfecto a los fusileros chilenos.

Navarro se volvía por última vez hacia sus hombres, llamándolos, cuando resonaron dos disparos. El mayor lanzó los dos brazos al aire, y rodó enseguida sobre la grupa de su caballo. Desprendido de la montura después, por los saltos del corcel, cayó a tierra y allí quedó, cara a las nubes.

La compañía del «Zepita» retrocedió espantada y alocadamente trepó los paredones del cuello de Marcavalle, buscando otra vez refugio en las alturas.

Los jefes chilenos observaron, sobrecogidos. Pero pasado el primer momento de impresión, dieron la orden de retirada y el destacamento se replegó lentamente en busca del caserío de Zapallanga, en donde los esperaban los hirvientes fondos con caldo de carne, frangollo y papas. Pero cuando llegaron a su destino, ninguno de los soldados tuvo ánimo para comer. Hubo que esperar que descansaran media hora antes de que se avinieran a recibir el rancho.

Del Canto se preparaba para partir con su Plana Mayor hacia Huancayo, cuando los centinelas dieron paso a dos carabineros que regresaban de Pucará. Uno de ellos le recitó el parte que traían, sin apearse del caballo:

—Mi mayor Bell informa que ha tomado treinta y ocho prisioneros, incluso dos oficiales. El jefe enemigo abandonó el desfiladero de Marcavalle, tomando la dilección sur, para buscar refugio más allá del puente de Izcuchaca. La desmoralización del ejército serrano es total y los oficiales se han visto obligados a contener a tiros el desbande de los guerrilleros indios.

—Bien. Regresen a Pucará y digan al mayor Bell que se mantenga en esa plaza hasta nueva orden y envíe exploradores hacia el puente de Izcuchaca.

No bien los emisarios hubieron partido, Del Canto se volvió hacia los miembros de su Estado Mayor y les expresó con una sonrisa radiante, que era traicionada por algunas sombras de decepción:

—Nuestra misión está completa, señores. Los valles de Junín y de Jauja, desde Cerro de Pasco hasta Izcuchaca, están en nuestro poder. El ejército de la sierra se va extinguiendo solo y ya ni merece ese nombre. ¡Le hemos quebrado el cuello al «Brujo de los Andes»!

El general Andrés Cáceres se retiraba hacia el sur, solitario a la cabeza de su hueste, sombrío el ánimo, extenuado el cuerpo. El hálito de desastre helaba el alma del caudillo de la sierra. Del ejército de tres mil quinientos hombres con que partiera de Matucana le restaban apenas ochocientos, y éstos, agotados, a pie desnudo, casi sin armas.

A la salida del desfiladero de Marcavalle, en el caserío de Ñahuimpuquio, se había visto forzado a reconcentrar a los indios de sus guerrillas a fuerza de tiros y de golpes. Ahora marchaban todos tras él, pero con las cabezas gachas y las pupilas torvas. Sin embargo, el caudillo confiaba en rehacerse en el valle de Ayacucho, abierto más allá del paso de Izcuchaca. Alentado por esa esperanza, marchaba hacia el puente de ese nombre.

El río Mantaro es allí un torrente impetuoso de quince metros de ancho y ocho de profundidad. Sus aguas vertiginosas se precipitan con estruendo por debajo del puente de cal y ladrillo, de un solo arco, protegido en su entrada por una enorme torre de piedra. Frente a ella, un muro de bloques graníticos, de metro y medio de altura, guarda la ribera como un formidable parapeto. En la otra orilla está el pueblo, también defendido por un fuerte muro, que corre paralelo al río y que domina el camino del norte en su descenso hacia el puente. Un centenar de fusileros apostados allí bastan para contener a un ejército.

El general Cáceres sintió verdadero alivio cuando su caballo cruzó el puente y asentó las pezuñas en la calle central de Izcuchaca.

Aquella misma noche, reunió en torno suyo a los jefes sobrevivientes de su ejército y trató de insuflarles su propia conformidad ante el desastre. Pero sus argumentos sonaban falsos en aquel ambiente de decepción y de miseria.

—Señores, hemos perdido los territorios extendidos desde el Cerro de Pasco hasta Marcavalle, es cierto, pero sólo temporalmente —les decía—. Dentro de él quedan vivos el espíritu de la resistencia y la oposición viril de los pueblos, que estarán dispuestos a combatir de nuevo, cuando nosotros se lo pidamos.

Los oficiales movían la cabeza con expresión sombría y no se

atrevían a contradecirlo; todos ellos sabían que, sin tropas regulares que las encauzaran y dirigieran, las guerrillas indias no tenían valor alguno.

—No hemos cruzado el puente de Izcuchaca con el objeto de huir, sino llevando como meta lograr la incorporación a nuestras fuerzas del ejército que el coronel Arnaldo Panizo retiene en Ayacucho. Ése está formado por mil setecientos soldados de línea, con armamento completo —insistía Cáceres.

El secretario del ejército, doctor Ibarra, se atrevió entonces a contradecirle, basado en la estrecha amistad que los unía. Por su propia mano había escrito al coronel Panizo conminándolo a marchar desde Ayacucho y unirse a ellos. Y éste no había obedecido.

El general Cáceres no halló un argumento bastante fuerte para oponerle. También había escrito numerosas notas al coronel Panizo. Incluso había llegado a ordenar al administrador de sus bienes en Ayacucho, Tomás Patiño, que hipotecara o vendiera una de sus dos haciendas, con el fin de proporcionar al ejército de Panizo los medios necesarios para que ascendiera hacia el norte. No obstante, después de recibir aquel dinero, el coronel Panizo siguió negándose a obedecer. A la última nota que le envió el general, con fecha 8 de enero, el jefe ayacuchano respondió diciéndole que el pronunciamiento del general Cáceres en favor del Gobierno Provisional del contralmirante Lizardo Montero había producido un cisma de opiniones en el ejército de Ayacucho: que los jefes se habían dividido en bandos antagónicos. Y terminaba su nota pidiéndole que lo liberara de la responsabilidad del comando de ese ejército y del cargo de prefecto de Ayacucho. Tentando un recurso desesperado, el general Cáceres invistió con esos cargos al coronel Remigio Morales Bermúdez y lo envió hacia Ayacucho. Aunque los días habían transcurrido sin recibir noticias de ese jefe, el caudillo seguía aferrándose a la esperanza de que cumpliría exitosamente su misión.

—Es en esta confianza que he dispuesto la retirada hacia el sur —terminó diciendo a los jefes que lo acompañaban—. Considero indispensable que el resto de nuestro ejercito llegue hasta Ayacucho, para que allí nosotros mismos procedamos a la fusión de las dos fuerzas. Así podremos volver al norte a dar la contraofensiva

a los chilenos. Comprenderán entonces que no tenemos nada más que hacer en Izcuchaca. Dejaremos aquí una guarnición protegiendo el puente y todos los demás nos encaminaremos mañana mismo hacia Ayacucho.

Pese a la seguridad con que trataba de expresarse el general Cáceres, sus subalternos advertían en su acento un cierto dejo de inquietud. Sin embargo, nadie le opuso reparos; sabían que era estéril mantenerse en Izcuchaca.

La marcha hacia el sur era excesivamente lenta, por causa del cansancio y de la desorganización que reinaban en las filas, y sólo el 18 de febrero empezaron a repechar hacia las empinadísimas alturas de Julcamarca, pueblo asentado en la cumbre de la cuesta del mismo nombre. Pero la ruta estaba cortada por las lluvias y la jornada se tornó terrible. Sólo al oscurecer, la tropa estaba al pie de la imponente cuesta.

Mascando la sempiterna bola de coca de la que arrancaban sus fuerzas, los soldados iniciaron la repechada. Durante tres horas ininterrumpidas subieron sin descanso. Faltaba un tercio de la pendiente cuando uno de los jefes de guerrillas, arriesgando precipitarse al abismo, se deslizó por el costado de la columna y emparejó su caballo con el del caudillo. En voz baja, para no sembrar la alarma, le participó:

—¡Señor general, se nos viene encima una tormenta!

Cáceres le lanzó una mirada furibunda:

—Ya me he apercibido de eso.

El comandante de guerrillas guardó silencio, pero comprendía perfectamente que era inútil callarse. Los indios conocían todas las manifestaciones de su cielo; y los montoneros que marchaban en la retaguardia habían presentido el advenimiento de la tormenta hacía bastante rato. Y por los temores que manifestaban, daban a entender que la venteaban muy recia.

El general Cáceres también pensaba lo mismo. Pero no estaban en situación de elegir; nada podían hacer para evitar la amenaza. El sendero que aún les restaba por recorrer era sumamente estrecho; detenerse significaba permanecer en equilibrio sobre el abismo hasta que pasara la tormenta y ella podía durar muchas horas.

—Lo único que nos cabe es seguir marchando lo más aprisa que podamos —participó en voz baja al jefe guerrillero—. Nuestra sola

posibilidad de salir con bien de este trance estriba en llegar a Julcamarca antes de que la tormenta se convierta en un diluvio. El terreno que vamos pisando es demasiado escurridizo. Si el agua cae fuerte y continuada, el suelo se nos irá desmoronando bajo los pies.

—¡Gran Dios! —dejó escapar el oficial y miró con ojos empavorecidos hacia el precipicio de centenares de metros de hondura por cuyo borde iban caminando.

—Nada podemos hacer, capitán —le dijo Cáceres con acento fatalista—; sólo apresurar la marcha y confiar en la divina providencia.

Siguieron caminando un poco encorvados sobre los cuellos de sus cabalgaduras. De súbito, aunque sin sorprender a nadie, resonó en la lejanía el estampido bronco de un trueno.

—¡La tormenta!… —exclamó en un susurro el jefe guerrillero.

—Ya comienza su cañoneo —agregó Cáceres y recordó entonces haber sabido cuando niño de un pueblo entero de indios que fue arrastrado al abismo por una tormenta semejante, que los sorprendió marchando a una festividad religiosa.

Repentinamente, un batallón de nubes negras cubrió el cielo. Junto con asomarse sobre las cumbres, comenzó el fantasmagórico bombardeo de sus truenos y rayos. Apenas los oscuros nubarrones estuvieron a plomo sobre las cabezas de los caminantes, la lluvia torrencial se descargó como una inmensa cascada.

Los indios se detuvieron en seco y desordenaron la formación. Algunos se echaron de hinojos, murmurando alocadas oraciones; otros se apegaron al paredón de la montaña y, encogidos como animales inermes, se cubrieron las cabezas con los antebrazos.

El general Cáceres se persignó involuntariamente y murmuró:

—¡Ave María Purísima!…

Pero, reaccionando de inmediato, recuperó la serenidad y el raciocinio.

—¡Nadie rompa la fila, ni alborote! —gritó—. ¡No es ésta la primera vez que la tormenta se descarga sobre los serranos! ¡Hay que apurar el paso y nada más! ¡Apéguense a la pared del cerro y caminen lo más aprisa que puedan!

Los oficiales, reconfortados por la calma del jefe, fueron repitiendo sus palabras a lo largo de la columna. Los soldados y montoneros, musitando atribuladas quejas, se encorvaron hacia el

suelo y siguieron marchando, como manada sumisa que confía en su pastor.

Cuando la tormenta se descargó con toda su furia, los indios levantaron los ojos a las cumbres nevadas que rodeaban la alta meseta en donde se encajonaba Julcamarca. Aquellos picachos eran para ellos los Jircas, dioses andinos, benéficos o temibles. Vencidos de antemano por lo que ellos juzgaban un azote sobrenatural, seguían avanzando resignados a la muerte.

Entretanto, la tormenta alcanzaba relieves de verdadero cataclismo. La lluvia iba socavando el estrecho sendero, arrastrando con sus aguas pedazos del suelo. Las quebradas, convertidas en torrentes, se vaciaban sobre la ruta abriendo anchas grietas transversales, en las que caían hombres y bestias, cegados por la oscura cortina pluvial. En los sitios en que el desagüe de las montañas no arrancaba la superficie plana del sendero, se formaba un barro jabonoso y escurridizo; ni las mulas lograban hincar las duras pezuñas en él y rodaban aparatosamente hacia el abismo.

El general Cáceres comprendió que el peligro era mayor que lo que él había imaginado, y desmontó. Confiado en la pericia instintiva de su caballo, lo obligó a marchar delante suyo y se aferró de su cola. Su voz, alterada por la nerviosidad, apenas alcanzaba a llegar hasta los oficiales más próximos, los que preocupados de su propio riesgo no se cuidaban siquiera de contestarle.

—¡No permitan que la tempestad los descontrole! —gritaba el caudillo—. ¡Estos torbellinos no pueden durar mucho rato!… ¡Los que no tengan vista para sondear el sendero a la luz de los relámpagos, deténganse y apéguense a la pared del monte! ¿Me han oído?…

Sólo le respondían voces que oía como murmullos confusos; en cambio, sí percibía claramente los alaridos de muerte de los hombres que rodaban al vacío. Desazonado, sujetó a su caballo y se detuvo. Durante unos segundos se sintió por completo solo en medio de aquel caos, pero, inmediatamente después, una sombra vaga apareció detrás suyo. Era el coronel Cavero, que le gritó plañidero:

—¡No se detenga, general, que los que vienen más atrás se estrellarán con nosotros!

Un lejano grito de espanto sonó en la retaguardia,

interrumpiendo al coronel.

—¡Los hombres se desbarrancan, general! —exclamó éste, desesperado—. ¿Qué debemos hacer, por Dios?

—¡Sigan, sigan! —profirió Cáceres, empujando de nuevo a su caballo—. Es lo único que puedo decirles. ¡Ay del que se detenga!

Un nuevo factor de desastre vino a sumarse a la hecatombe. La lluvia desenfrenada había minado la base de las enormes rocas suspendidas en las alturas y éstas rodaban por los declives. Aquellos hombres, acostumbrados al ruido que producían las galgas que arrojaban sobre los enemigos, comprendieron al instante la magnitud del peligro.

—¡Apegarse a la pared del monte! —vociferó Cáceres, enloquecido, pero su advertencia se perdió ahogada por el horrísono rebotar de las rocas y por los alaridos de dolor de los hombres que eran alcanzados por ellas.

Después que pasó la primera andanada de peñascos, el ruido de la tormenta pareció casi un silencio. El coronel Cavero clamó entonces por Cáceres.

El general respondió que estaba bien y preguntó:

—¿Cuántos hombres rodaron?

—Detrás de mí, no distingo a nadie.

—Grite hacia atrás preguntando —le insistió Cáceres.

El coronel Cavero le obedeció sin entusiasmo. Al cabo de unos minutos una voz le respondió débilmente, desde algunos metros más atrás:

—Hemos perdido casi todas las mulas con municiones —decía en forma vaga—. Los hombres de la retaguardia parece que han desaparecido todos.

—¿Y los soldados?… ¿Los soldados?… —clamó Cáceres, ansiosamente.

—Sólo sé de los que vienen junto a mí —contestó la voz lejana —. A los demás no los veo ni los oigo. ¡Es una maldición del cielo, señor! ¡Una maldición!

Un nuevo aluvión de rocas interrumpió el deshilvanado diálogo y otra vez se oyeron los alaridos de muerte.

—¡General Cáceres, vamos a perecer todos aquí! —le expresó afligido Cavero—. ¡Vamos a morir, don Andrés!

—¡No!… ¡No, coronel! ¡Conserve la calma!… ¡Tenemos que

llegar a Julcamarca! Ya no puede quedar mucho camino. ¡Grite hacia atrás que no se detengan!

Cavero se volvió hacia el lugar donde suponía estaban los sobrevivientes de la columna y empezó a lanzar voces. Pero nadie respondió.

«Quizás se han detenido por haberse cortado el sendero» —razonó el caudillo, desesperado.

—¿Qué ha ocurrido a la columna?… ¡Respóndame quien sea! ¡Llama el general Cáceres! —gritó. Pero sólo le contestó el arrebatado zumbido del viento…

Mucho después, respondió una voz acongojada y jadeante:

—Seguimos subiendo, señor general —decía—. Se angostó el sendero y hay que pasar un trecho a gatas, hundiendo las uñas en la tierra. ¡Las bestias no podrán cruzar!

—¡Arrójenlas al abismo, para que no formen taco! —le aconsejó el caudillo, despiadado en su angustia—. ¡Qué se salven los hombres!

Golpeando en las ancas de su caballo, que se estremecía de terror, volvió a iniciar la marcha. Nuevamente la tormenta había ahogado toda manifestación humana detrás del coronel Cavero y fácil les era pensar que todo el resto de la columna se había desbarrancado.

Mordiéndose los labios con desesperación, el general continuaba ascendiendo, mientras trataba de dar alientos a su compañero:

—¡Ya nos falta poco, coronel!… ¡Aunque sólo quedemos los dos, llegaremos a Julcamarca!

Durante una larga media hora los dos jefes marcharon tras el corcel del general, sin que se oyera otra cosa que los destrozados balbuceos de la oración.

De pie en el borde de la alta meseta en la que desembocaba finalmente el sendero, el general Cáceres era una silueta patética. La tormenta comenzaba a disminuir, a la luz de los relámpagos el caudillo iba viendo emerger por el camino de la cuesta a los últimos sobrevivientes de su ejército. Cuando terminaron de aparecer sombras agobiadas comprobó, con enorme desaliento, que las

pérdidas habían sido superiores a cuanto podía imaginar. Abrumado por el peso del desastre, guió a los hombres hasta las luces mortecinas que delataban en la lejanía al pueblo de Julcamarca.

Afortunadamente, dos de los exploradores que habían marchado anticipados al ejército salvaron también y su impresionado relato tenía a los pobladores conmocionados. Antorchas agitadas bajo los viejos portales de la plaza guiaron a los caminantes, y pronto el general Cáceres y sus hombres estaban ante los ojos alarmados del alcalde, de su esposa y de algunos vecinos.

¡Señores…, auxilio para mis soldados! —les imploró el general profundamente quebrantado.

—¡Virgen Santa, qué tragedia!… ¡Qué tragedia, señor! —murmuró el alcalde.

El caudillo hizo un esfuerzo y logró sobreponerse a su agobio.

Lamentémonos después —expresó—. Ahora lo que urge es enviar gente hacia la cuesta para que vaya a buscar a los soldados rezagados.

El alcalde meneó la cabeza desoladamente y volviéndose hacia su esposa y los vecinos, les consultó con la mirada. Éstos también negaron con ademanes agoreros.

—Descender la cuesta ahora es ir a la muerte, señor general —le contestó, por fin—. Nadie se atrevería a hacerlo. Tormenta igual no sufríamos desde hace quince años y en la pasada ocasión perecieron todos los viajeros que venían por la cuesta.

El general apretó las quijadas y pareció pronto a descargar su furia sobre el alcalde, pero la esposa de éste se interpuso rogándole con acento respetuoso y tímido:

—Crea usted a mi esposo, señor general. Él quisiera ayudar a sus soldados, pero nadie puede hacerlo. El Altísimo lo ha dispuesto así, señor general —agregaba la mujer—. Conformidad.

—¡Conformidad! —exclamó sordamente Cáceres—. Mis soldados representan el esfuerzo de muchos meses, sacrificios, esperanzas… ¡No, no puedo resignarme! Si no van ustedes, iré yo con mis comandantes a rescatar a los soldados. —Y volviéndose hacia los escasos hombres que lo rodeaban, llamó—: ¡Coronel Secada, comandante Alvariño!… ¡Por todos los cielos! ¿Dónde están ustedes que tampoco responden?

El coronel Cavero murmuró lúgubremente a su lado:

—Ninguno de ellos ha llegado, señor.

Cáceres dejó caer los brazos y agachó la cabeza.

—Ya lo ve, señor; sólo cabe esperar —le dijo compasivamente la mujer del alcalde, y mostrándole hacia la puerta iluminada de su casa, lo invitó—: Venga, téngase compasión. Permita que lo atendamos con un poco de caldo y ropas secas.

El general movió la cabeza tercamente.

—No, señora, gracias. Si mis hombres están sufriendo el azote de los elementos, mi deber es compartir con ellos el infortunio. Los aguardaré aquí, bajo la lluvia.

El «Brujo de los Andes» cumplió lo dicho. De pie, en medio de la plaza, aguardó la noche entera, calándose con la lluvia inclemente.

A la luz plomiza del amanecer, el coronel Cavero pasó lista a los sobrevivientes y quedó trémulo de espanto. Faltaba más de la mitad del ejército; de ochocientos soldados, sobrevivían solamente trescientos sesenta y ocho. ¿Qué podía hacer con aquel puñado de hombres, sin armas ni municiones? La conclusión le golpeó el cerebro como un mazazo: su ejército no existía; se acababa la resistencia en la sierra. Era el fin…, el fin.

10

Sucias por el polvo del camino, Leonora y Elcira, siempre escoltadas por el teniente Del Solar y los dos jinetes del «7.º de Línea», entraron a la calle principal de Jauja.

Desconocedor del pueblo, el oficial detuvo, en las primeras cuadras, a dos soldados del batallón «Santiago» acantonado allí y les consultó si existía en el lugar algún hotel decente donde se pudieran hospedar las señoras.

—Los dos hoteles del pueblo están repletos con la Plana Mayor y la oficialidad, mi teniente —le informó uno de ellos y se quedó contemplando con extrañeza a las dos mujeres, especialmente a Leonora, cuyo rostro fino constituía una visión inusitada en aquel lugar tan próximo al foco de las guerrillas.

—No importa que sea una casa modesta, soldado —intervino Leonora, sintiéndose mirada—. Lo único que nos interesa es comer y descansar.

Encogiéndose de hombros, el informante respondió:

—Si es así…, hay una hospedería de un gabacho en la Plaza Mayor. Haciendo valer su condición de extranjero, se ha negado a dar hospedaje a los clases. Supongo que no se negará a alojar a dos señoras —dijo y miró a su compañero con expresión extrañadamente maliciosa—. Pero será mejor que las señoras no salgan de día —agregó—. Ustedes comprenden…; el pueblo está convertido en un campamento y los soldados que llevan meses de campaña suelen tentarse con las mujeres bonitas y…

—¡Basta, soldado!… —lo interrumpió el teniente Del Solar—. ¿Dónde queda esa hospedería francesa?

El soldado reprendido se había reportado de golpe a la voz del oficial y respondió concisamente, señalando una casa roja

incrustada en el portalillo que corría al otro lado de la plaza.

Del Solar cruzó la plaza, enfurruñado, guiando al pequeño grupo, y fue a desmontar frente a la hospedería; luego ofreció su mano a Leonora, sin una palabra, para ayudarla a descabalgar también. Uno de los soldados escoltas auxilió a Elcira, que se quejaba de traer las piernas tullidas, y el otro se hizo cargo de los caballos.

Espérenme un momento mientras hablo con el dueño del albergue —pidió el teniente a Leonora.

Se encaminaba ya hacia la puerta de doble batiente de la cantina que existía en el piso bajo de la casa, cuando una voz llamando desde la distancia lo hizo detenerse en seco.

—¡Leonora!… ¡Leonora!… ¿Es posible?… —exclamaba el personaje que inesperadamente aparecía en escena.

—¡Es don Gastón Dupré, señorita! —dejó escapar Elcira, señalando a un hombre que avanzaba a grandes zancadas desde la plaza.

—¡Gracias a Dios, al fin volvemos a encontrarnos con nuestra gente! —exclamó la joven, yendo al encuentro del recién llegado.

Dupré estrechó las dos manos que le tendía la agente y no dejaba de contemplarla, estupefacto.

—¿Qué milagro es éste, mi querida amiga? —balbuceaba—. Después de haberla buscado con tanto inútil afán, venir a encontrarla aquí, por casualidad. Pero ¿de dónde salen ustedes?

Elcira, ajena a consideraciones de jerarquía, lo palmoteaba alegremente.

—Venimos de un pequeño pueblo situado al norte de Tarma, Gastón —lo ilustró Leonora, al cabo de unos instantes—. Hemos corrido algunos riesgos Elcira y yo. Pero ¿cómo es que está usted aquí, mi amigo?…

El teniente Del Solar, mantenido un poco aparte, escuchaba con expresión hosca las explicaciones del agente, envidioso del afecto con que sus acompañantes lo recibían.

—El Profesor estaba vivamente preocupado por ustedes —decía Dupré—. Hemos llegado a suponerlas… perdidas.

La reticencia con que terminó la frase hizo que Elcira adivinara lo que él no se había atrevido a decir.

—Fusiladas, ¿eh, don Gastón? —acotó con picardía.

—¿Por qué negarlo? No sólo nosotros temíamos eso. El mayor Rodríguez, que también ha estado ocupado en buscarlas…

Leonora palideció al oír aquel nombre.

—¡Manuel Rodríguez! —repitió la joven en un susurro y, sin poder contenerse, inquirió ansiosamente a su informante—: ¿Dónde está el mayor, Gastón? —Luego, comprendiendo que su ansiedad la vendía, trató de justificarse—: Usted sabe…, estaba… acordado que debíamos establecer contacto con él.

Dupré chasqueó la lengua, pesarosamente.

Enseguida les contó de su encuentro con el ordenanza Gaspar Acosta y la información que éste le dio sobre la forma como el mayor Rodríguez se infiltró entre las montoneras del general Cáceres, perdiéndose, desde ese momento, todo contacto con él.

—Pero ¿lo hallaron? —le inquirió ansiosamente Leonora. Dupré hizo un signo afirmativo, pero su rostro expresaba una notoria reticencia al agregar—: Lo encontramos, por casualidad, en una hacienda cercana al río Mantaro. Está gravemente enfermo de tifus, señorita.

El rostro de Leonora se desencajó súbitamente al oír aquella revelación. Por su imaginación pasó la figura recia del explorador derrumbada en un sucio camastro, solitaria y abandonada, y no pudo resistir preguntarle a su informante:

—Dígame usted, Gastón, ¿lo cuida alguien?

El agente sonrió tranquilizador.

—Ahora lo atiende su inseparable ordenanza Gaspar Acosta; no se preocupe.

Pero aquellas afirmaciones consoladoras no bastaron a la joven.

—¿Dónde está en estos momentos? —le insistió ansiosamente—. ¿Siempre en esa hacienda?

—No, mi amiga, lo sacamos de allí. En estos momentos se halla en el pueblo de La Concepción, en mitad de la sierra.

Leonora suponía, con buenos antecedentes, que en La Concepción se estaba combatiendo ya.

—No es posible que el comandante Del Canto haya dejado enfermos en esa localidad —le replicó nerviosamente—. Ahí se lucha en estos momentos, Gastón.

El agente esbozó un gesto vago y se encogió de hombros.

—No lo sé, Leonora —reconoció—; lo único que puedo

informarle es que los enfermos estaban ahí hace dos días, bajo la protección de dos compañías del batallón «Chacabuco».

La joven guardó silencio durante unos instantes y pareció reconcentrarse en sus pensamientos, pausa que aprovechó el teniente Del Solar para acercarse al grupo y saludar a Gastón Dupré. Apenas habían alcanzado a cambiar algunas palabras, cuando Leonora los interrumpió, con expresión resuelta:

—¿A qué distancia está La Concepción? —preguntó.

Los dos hombres la observaron con extrañeza y Dupré le respondió, sin entender la razón de tal consulta:

—A unos treinta kilómetros de aquí.

Por su parte, Del Solar la contempló con una acre sonrisilla y le preguntó a su vez:

—¿Acaso piensa usted ir a La Concepción?

Leonora no le respondió al punto, sino que se quedó con la mirada fija en el vacío, cual si estuviese hondamente ocupada en pensar en otro asunto. Por fin, le dijo lentamente:

—Sí, Alberto. Estimo que debo ir.

Una mayor estupefacción se retrató en el rostro de Dupré al escucharla.

—Es posible que allí se esté combatiendo ahora —le advirtió, tratando de disuadirla, pero el gesto terco de la joven le demostró que era un intento inútil.

—No importa, Gastón —concluyó Leonora—. Iré de todos modos. Iremos, Elcira, ¿no crees tú?

—Usted es la que decide, Leonorcita —dijo la criada—. Yo obedezco.

Aquella noche que pasaron en la hospedería francesa de Jauja fue decisiva para Leonora Latorre. Pese a su enorme cansancio, no pudo conciliar el sueño.

Elcira, satisfecha con la confortante cena que les sirvieron, se quedó profundamente dormida tan pronto se acostó. Pero alrededor de la medianoche, despertó al sentir un leve choque del jarro con agua contra el borde del lavatorio, que estaba sobre una tosca cómoda. Entreabrió los ojos y una sola mirada le bastó para adivinar el torbellino que agitaba a Leonora. Desazonada por la expresión atormentada de su compañera, se decidió a analizar francamente el asunto que la torturaba y le preguntó

maternalmente:

Leonorcita, ¿de veras piensa que hacemos bien yendo a La Concepción?

La joven no le contestó, sino que cruzó el cuarto lentamente y fue a sentarse en el borde de la cama de Elcira. Había en sus ademanes tanta congoja y fatiga, que la mujer le tomó una mano y acariciándosela suavemente, le aconsejó:

—Usted debería regresar a Chile cuanto antes, mi niña. Todavía es tiempo. Después que lleguemos a La Concepción y que veamos al… —vaciló, como si no juzgara prudente mencionar el nombre de Rodríguez, y continuó—…, al enfermo, va a ser muy difícil.

Leonora agachó la cabeza y dijo, en un susurro:

—Ya es muy difícil, Elcira. Tú tienes que haberlo comprendido.

La criada esbozó una sonrisa pálida y bondadosa.

—El día que deje de entender lo que ocurre detrás de esa frente tan pálida, mi niña, tendré que encerrarme en un asilo para ciegos. Si a usted me la conozco como si la hubiera llevado en las entrañas. Por eso mismo es que no quiero que vaya a La Concepción.

La joven se oprimió las sienes y permaneció muda durante un largo rato. Después comenzó a hablar, sin cambiar de actitud, como si temiera mostrar los ojos a su auditora.

—Hay cosas, mi vieja querida, que están por sobre los convencionalismos y los principios que una bebió junto con la leche materna; hay sentimientos que van prosperando en forma oculta, pero con fuerza tan poderosa que van destruyendo todos los obstáculos que se les oponen. Y llega un momento en que han ganado tal magnitud que basta un estímulo cualquiera, para que se manifiesten crecidos, desbordantes, avasalladores.

Elcira meneó la cabeza en desacuerdo.

—¡Palabras, palabras, señorita! A mí háble me en forma simple y soy capaz de comprender y justificar hasta las acciones más retorcidas. En mi cabeza rústica sólo existe esta verdad: usted está casada y con el hombre que fue el único amor de su vida. Sé también que jamás pasó por su mente el pensamiento de que podría haber otro después.

—Sí, tienes razón —reconoció Leonora—. Y en circunstancias normales habría sido rígidamente así; nunca hubiera mirado a otro hombre con ojos de mujer. —Lentamente quitó las manos de sus

párpados y fijó en su compañera sus pupilas húmedas de lágrimas —. Pero ¿acaso no te das cuenta, Elcira, que desde hace cinco años venimos viviendo en forma totalmente fuera de lo normal? Es absurdo pensar que somos iguales a las dos mujeres que éramos antes de la guerra; ya no pensamos como antaño, y nuestros ideales son diferentes y nuestra manera de mirar a la vida y a los hombres también lo son; nuestros conceptos han sufrido un vuelco completo. Esto es lo que me ha pasado a mí, sin darme cuenta, sin buscarlo. Cuando Alberto se separó de mí por la primera vez en 1876, él encarnaba ante mis ojos lo perfecto. Pero cuando él decidió regresar a Chile solo, sin despedirse de mí, no sentí ni dolor ni desesperación y eso me hizo comprender que mi ideal antiguo había muerto y que Alberto ya no significaba para mí lo mejor. Mi sufrimiento de aquella época no fue tanto por su ausencia como por darme cuenta de que me había quedado vacía, que la guerra había secado mi alma. Pero después…

—Después comprendió que eso no era verdad, ¿no es así? — completó Elcira.

—Sí. Me di cuenta de que otra emoción se había venido abriendo cauce dentro de mi espíritu. Al principio, no quise ahogarla de golpe, porque la consideré un sentimiento legítimo; la llamé amistad, gratitud, admiración…

—¿Y ahora cómo la llama?…

Leonora se debatió afligida.

—No lo sé —murmuró—. No me acoses, Elcira. No quiero darle nombre; no me atrevo a mirar cara a cara la verdad.

Elcira hizo una mueca reprobatoria y suspiró profundo.

—¡Pobre niña mía! No permita que un arrebato la arrastre hacia lo imposible. Con guerra o sin ella, por muy anormales que sean las circunstancias, ante todo el mundo y ante su propia conciencia, usted está casada, tiene un destino marcado y un compromiso irrompible: la fidelidad. Regresemos cuanto antes a Chile, hijita. Podemos esperar aquí, en Jauja, hasta que el camino de la cordillera quede despejado de soldados y en la primera oportunidad nos vamos a Lima. Una vez allá, nos será fácil embarcarnos.

La joven asintió sin palabras y después dijo casi para sí misma:

—Sí, volvamos a Chile y tratemos de borrarnos de la mente todo lo ocurrido en estos años…, si es posible.

Elcira contempló compasivamente a la joven durante unos instantes y, por ultimo, decidió con enternecida autoridad:

—Acuéstese, Leonorcita. Le hace falta dormir.

Dormía profundamente cuando la despertó el suave remezón de una mano. Abrió los ojos y miró en torno suyo. Inclinada sobre ella contempló el rostro sonriente de Leonora. Ésta se hallaba totalmente vestida y su tez se veía fresca y rozagante por la acción del agua fría con que acababa de lavarse.

—¡Despierta, floja! —le decía jovialmente, mientras seguía remeciéndola—. Ya van a ser las ocho de la mañana.

Elcira la observó doblemente extrañada; por verla en pie tan temprano y por el extraordinario buen ánimo que manifestaba.

—¿Está despejado el camino de la cordillera? —le inquirió Elcira.

—No vamos hacia la cordillera —le contestó Leonora.

Elcira frunció el ceño y sólo entonces comenzó a sospechar lo que pensaba su ama.

—¿Y adónde vamos entonces? —le averiguó con recelo.

—Hacia La Concepción.

Leonora se enderezó y siguió hablando rápidamente:

—Tenemos un deber ineludible que cumplir: el de la lealtad —le dijo—. Esta mañana me enteré de que las epidemias de tifoidea y viruela han recrudecido en los pueblos de las orillas del Mantaro y que en los campamentos militares establecidos en el sur no hay servicios sanitarios suficientes para cuidar a los enfermos. Son muchos los que están muriendo por falta de atención adecuada.

Elcira agitó la cabeza lentamente.

—Es el mayor Rodríguez siempre —sentenció.

Leonora la miró con firmeza.

—Es amigo nuestro, le debemos hasta la vida —le recordó en tono casi desafiante—. Él nos rescató de Pisagua, cuando íbamos a ser fusiladas; nos ha ayudado siempre con noble desinterés, y ahora…, ahora está gravemente enfermo, como consecuencia de haber venido a la sierra con el propósito exclusivo de auxiliarnos nuevamente. ¿Podemos abandonarlo, siendo que estamos apenas a

veintisiete kilómetros de distancia?…

—No —reconoció Elcira opacamente y agregó con fatalista resignación—: Y aunque estuviéramos a cien kilómetros, usted iría a cuidarlo de todos modos.

Leonora le dio la espalda y se quedó vuelta hacia la ventana, pero ausente de lo que sus ojos veían en la plaza de Jauja.

—Partiremos dentro de una hora, incorporadas a un destacamento formado por oficiales del «Lautaro» que estaban convaleciendo en Lima y que ahora van a reintegrarse a su batallón.

El grupo que marcharía hacia el sur practicaba una última revisión al equipo de sus caballos en mitad de la plaza, cuando Leonora salió a la puerta de la hospedería francesa. El agente Dupré acomodaba el equipaje de las señoras sobre las mulas en que viajarían, y frente al cuartel se divisaba al teniente Del Solar conversando con el comandante de una compañía del batallón «Santiago», con quien regresarían a Junín él y sus dos hombres. Al ver a la joven se desprendió del grupo de soldados y cruzó la plaza en dirección a ella.

—Ya está todo listo, Leonora —le dijo no bien estuvo a su lado y añadió con cierto disgusto—: Las cosas se están haciendo como usted lo ha querido. Confío en que ha pensado serenamente su determinación.

—Sí, Alberto —le respondió la joven calmosamente—. He averiguado que en La Concepción viven numerosas señoras extranjeras e incluso una de ellas posee un pequeño hotel en el centro del pueblo. Allí nos alojaremos Elcira y yo.

—Las epidemias están convirtiendo todos los pueblos del sur en verdaderos lazaretos —le observó el oficial, tentando disuadirla de su propósito—; además, las montoneras indias son una amenaza constante.

Leonora no manifestó impresionarse.

Del Solar se mordió los labios, más contrariado aún. Después, humanizando su mirada, dijo a la joven en tono de ruego amistoso:

—Leonora, ¿no hay forma de convencerla de que desista de tan descabellado viaje, que va a traer consecuencias irreparables para su vida futura? ¿No conseguiría nada hablándole en nombre de Alberto Cobo, que fue mi mejor camarada y…?

El gesto altivo que endureció el rostro de la señora acalló al

oficial.

—Usted no desea hablarme en nombre de mi marido, teniente.

Del Solar enrojeció bruscamente, pero al instante volvió a enfrentar su mirada.

—Es verdad —aceptó—. Quiero hablarle en el mío propio. No puedo aceptar la idea de que usted va a juntarse con…

—¡Cállese! —lo atajó coléricamente la joven—. No permita que su ofuscación lo lleve a decir frases que romperían para siempre toda amistad entre nosotros.

El oficial se puso pálido y le temblaron los labios. Permaneció así durante largos segundos, expresando en sus ojos violentos los reproches que no se atrevían a decir. Después, se obligó a relajarse e hizo una ruda venia a la señora.

—Que tenga buen viaje. Con su permiso, me retiro.

Gastón Dupré, que había observado desde lejos la escena, con expresión ambigua, dejó pasar aún un par de minutos y luego se acercó tirando a las mulas de sus ronzales.

—Estamos listos para partir, Leonora —le dijo—. Llame a su compañera.

La joven respiró hondo y entró a la hospedería en busca de Elcira. Un cuarto de hora más tarde, los tres agentes secretos abandonaban Jauja, acompañados por los oficiales del «Lautaro», y tomaban el camino hacia La Concepción.

Sólo al amanecer del 18 de febrero pudo el general Cáceres apreciar en toda su magnitud las desastrosas consecuencias de la tempestad sobre el resto de su ejército. En la única calle de Julcamarca formaban los sobrevivientes del desastre. Se los veía abrumados por el cansancio, el miedo y el infortunio. En la cuesta de Julcamarca habían desaparecido cuatrocientos veintidós de sus compañeros, y casi todas las cabalgaduras, las bestias de carga con el bagaje y las municiones.

El general escuchó el recuento sin pronunciar una palabra y, luego, demudado y sombrío, entró a la casa que el alcalde había habilitado para él. Quitándose a tirones el uniforme arrugado y sucio, se tumbó en un lecho y se cubrió hasta la cabeza con las

mantas.

Despertó horas más tarde, al llamado respetuoso de su ayudante, el mayor Florentino Portugal.

Las penalidades del caudillo de la sierra no habían terminado; Portugal le avisó que habían llegado al campamento dos grupos de hombres procedentes de Ayacucho. El grupo que llegó primero estaba compuesto por dos oficiales y una pequeña escolta de soldados. Venían enviados por el comandante de la división de Ayacucho, coronel Arnaldo Panizo, y traían al general Cáceres un mensaje personal del jefe del sur. El otro grupo estaba formado por tres amigos del caudillo de apellidos Ruiz, Espinoza y Moore.

El general tuvo un rapto de alegría al imaginar que los enviados de Panizo le traían el aviso de que el jefe del sur se había decidido, por fin, a secundarlo con su ejército.

—¡Caray, que esperen mis amigos! —exclamó nerviosamente—. Lo primero es saber qué me manda decir el coronel Panizo.

Acto seguido se echó fuera del lecho y buscó su uniforme, que había dejado obre una silla. Pero las ropas estaban aún empapadas y esta circunstancia lo colocaba en la grotesca situación de no tener con qué vestirse para recibir a los mensajeros del sur.

—¡Que miren lo que se les antoje! —exclamó rabiosamente el general—. Por ahora, lo único que me interesa es encontrar ropas, mayor. Pida al alcalde que me proporcione ropas —ordenó al mayor Portugal.

El oficial no hizo ademán de salir y se quedó contemplándolo con aire cohibido.

—No existe ningún uniforme en Julcamarca, señor —se atrevió a revelarle, finalmente.

—¡Que sean ropas de cualquier especie! —bramó Cáceres, enfurecido por su impotencia—. ¿No comprende que necesito vestirme para salir de esta inmunda choza?

El ayudante abandonó la casa a toda prisa.

—¡Cuando termine con los militares, atenderé a mis amigos! —lo alcanzó con su voz el general.

Aproximadamente una hora más tarde, el mayor Portugal recibió orden de llevar a presencia del caudillo a los tres caballeros venidos de Ayacucho. Éstos entraron a la casucha, deseosos de saludar alegremente a su antiguo amigo, pero ante él las sonrisas se

les helaron en los labios. Vestía Cáceres una vieja levita verdusca, una camisa demasiado estrecha para su robusto cuello, y los pantalones le quedaban alzados hasta la mitad de la caña de las botas. El general estaba de pie junto a una mesa rústica, pálido y con el rostro contraído por la ira. En el mueble acababa de depositar una nota arrugada.

Junto con saludarlos con una terca venia, el general espetó a sus visitantes:

—¡Panizo me ha traicionado! Se declara en contra mía. En esta maldita nota dice que su ejército ha repudiado mi acto de reconocimiento del Gobierno Provisional, que actualmente detenta el contralmirante Montero. Que ninguno de sus hombres quiere combatir a mi lado, porque consideran que he traicionado a la causa del Perú.

Uno de los visitantes, Moore, se acercó a Cáceres y le dijo en tono confidencial:

—Ha sido el propio coronel Panizo quien sembró la cizaña, don Andrés. Eso era precisamente lo que veníamos a contarle. Panizo desea ser solamente él quien se destaque en primer plano y teme que usted se erija en director del Perú.

—¡Canalla! —barbotó el general—. ¡Pues iré a Ayacucho para arrebatarle las tropas y aplicarle el castigo que se merece!

—Piénselo bien, don Andrés —le aconsejó Ruiz, otro de los visitantes—. El coronel Panizo comanda una guarnición de mil setecientos hombres; usted dispone apenas de cuatrocientos. Y los suyos, general… ¡Dios Santo, me he quedado sin aliento al verlos!

Cáceres hurtó el rostro, como si se avergonzara del estado deplorable de su tropa. Pero se sobrepuso y volvió a enfrentar a sus amigos con expresión digna.

—No es con ellos que pienso dominar a Panizo, señor Ruiz —aclaró al que le había hablado—. Sería insensato intentarlo. Es indispensable que oculten la situación en que me encuentran. Invoco a la amistad estrecha que siempre nos ha unido, al pedirles este favor. Al regresar a Ayacucho propalen ustedes que mi ejército está intacto y en perfectas condiciones para combatir.

Los tres personajes volvieron a mirarse entre ellos.

—¿Y qué conseguirá con eso, general? —le consultó Moore.

—Primero que Panizo no se sienta tentado de dejarse caer sobre

mí con su ejército y, segundo, que los pobladores de Ayacucho y, muy especialmente, los pueblos indios de Carmenca y Rocón se sientan alentados a ayudarme.

El caudillo de la sierra comenzó a pasearse lentamente por la habitación, exponiendo su pensamiento. Había hecho recoger las armas de todos los soldados que vino perdiendo en su retirada desde Matucana. Aunque gran parte de esas armas se había extraviado en la noche anterior, todavía conservaba unos doscientos fusiles disponibles.

—Quiero que ustedes los repartan entre los indios de Rocón y Carmenca —dijo a los ayacuchanos—. Toda mi juventud la pasé en esa región, preferentemente en esos pueblos indios, que quedan dentro de la heredad de mi padre. Sus alcaldes y caciques me quieren y respetan; sé que puedo contar absolutamente con ellos.

Los tres caballeros vacilaron bajo la mirada escrutadora del general. Medían perfectamente el riesgo que representaría para ellos ser descubiertos por las patrullas del coronel Panizo portando esas armas. Pero ninguno se atrevió a negarse. Solamente Ruiz buscó esquivar aquella responsabilidad, observándole:

—¿Ha pensado, general, que lo que se propone es llegar a un combate entre hermanos, el que sólo servirá para disminuir aún más los dos únicos ejércitos que restan al Perú para oponer a los chilenos?

El caudillo se mordió los labios y guardó silencio unos segundos. Después, declaró sordamente:

—Trataré de evitar la lucha hasta el último momento, señores. Pero si el coronel Panizo me ataca, me defenderé, tratando de ganar la victoria mediante astucia y sin incurrir en desmesurado derramamiento de sangre.

En la semana siguiente al combate de Marcavalle, Del Canto había completado la dominación de los valles andinos tendidos entre Cerro de Pasco e Izcuchaca y revisaba, secundado por su ayudante MacCutcheon, el plano de distribución de sus tropas a lo largo de la extensa línea. Comenzando por el sur, mantenía en Ascotambo a ochenta y seis jinetes del «Carabineros de Yungay»,

mandados por el mayor Roberto Bell; en Ñahuimpuquio, como reserva, tenía una compañía del «Chacabuco», «6.º de Línea»; en Huancayo, acantonaban tres compañías del «2.º de Línea», cuatro del «3.º de Línea», tres del «Chacabuco» y cinco del «Lautaro», dos baterías de artillería de montaña y el resto del «Carabineros de Yungay»; en La Concepción estaban la segunda y quinta compañía del «Chacabuco», y mandadas por el mayor Quintavalla, en Jauja, una compañía del «3.º de Línea»; en Tarma y Oroya, otra compañía del «3.º de Línea»; y entre Junín y Cerro de Pasco se movían el batallón «Santiago» y los ciento cincuenta hombres del «7.º de Línea».

La manutención de todos aquellos hombres hasta ese momento se había hecho fácil por medio de contribuciones de alimentos impuestas a las poblaciones. Pero en los últimos días se estaba produciendo algo anormal en aquel sistema.

—Los alcaldes encargados de imponer la contribución alimenticia —decía MacCutcheon al comandante— tienen miedo a los terratenientes de los valles, especialmente a los frailes, dueños de las más grandes haciendas, y descargan todo el peso de ellas sobre los pobladores indios.

—Bien, vamos a apretarles los tornillos a los alcaldes —reflexionó Del Canto—. Y, si es preciso, enviaremos patrullas nuestras a requisar ganado y cereales en esas grandes haciendas, cuyas puertas no se atreven a golpear. Por último, si se nos resisten, les impondremos la ley marcial a los frailes.

En ese instante el capitán Galo Irarrázaval entró en el despacho del jefe y le explicó que acababan de regresar dos de los espías pagados que se habían introducido a Ayacucho.

—¿Cómo?… ¿Tan pronto? —razonó el comandante sorprendido.

—La noticia que captaron justificaba su inmediato regreso, mi comandante —le aclaró el ayudante—: ¡Las tropas del general Cáceres se han batido con las del coronel Panizo en un cerro frente a Ayacucho!

Del Canto se puso de pie con una sonrisa triunfal.

—¡Diablos, se balearon entre ellos! —exclamó regocijado—. ¿Y quién venció, capitán?

—El general Cáceres, mi comandante; pero usando la estratagema más denigratoria para un militar. Cuando vio que tenía

la batalla perdida, hizo que la mayor parte de sus oficiales y de sus tropas de línea se acercaran a las de Panizo con las culatas de sus fusiles hacia arriba, en señal de rendición. Panizo ordenó a esos oficiales y soldados pasar a su retaguardia, y no quiso desarmarlos por no imponerles una vejación mayor. Pero llegado cierto momento, las indiadas de Carmenca y Rocón se metieron entre las tropas de Ayacucho gritando «¡viva el taita Cáceres!». Y los militares rendidos volvieron a empuñar sus armas, apresando a Panizo y a su Estado Mayor. Ésta fue la forma en que Cáceres se apoderó de Ayacucho, incorporó a sus filas a todos los soldados de Panizo y convirtió esa ciudad en su cuartel general.

—¿Cuartel general?… ¿Para qué?…

—Para lanzar la contraofensiva sobre este valle —le explicó enfáticamente el capitán Irarrázaval—. Está reclutando gente con toda urgencia, para caer de nuevo sobre nosotros. Se propone asaltar, en primer término, a Huancayo y La Concepción.

El grito de contraofensiva lanzado por el general Cáceres después de su deslucida victoria sobre las fuerzas del coronel Panizo, pregonado a los cuatro vientos por los adeptos del caudillo, estremeció nuevamente a los serranos en todo el sector sur del curso del Mantaro. Los chasquis ayacuchanos fueron corriendo por las crestas de los montes, propagando el llamado a las armas que hacía el «Brujo de los Andes». Una sorda efervescencia quedaba fermentando tras el paso de tales mensajeros. Aunque muchos de ellos terminaban tumbados en los senderos, cazados al vuelo por los centinelas chilenos, otros venían enseguida a reemplazarlos, repitiendo el mismo mensaje de guerra.

El comandante Del Canto recibía diariamente informes detallados sobre esa campaña. No obstante, comprendía que ella no perseguía otro fin que el de mantener viva la esperanza del desquite, ya que era absurdo imaginar que intentara una contraofensiva con los restos desmoralizados de su ejército. Pero no considerándolo así, y para evitar el ciego levantamiento de las masas indias, comenzó a mover sus tropas a lo largo de la extensa línea que mantenía entre Tarma y Marcavalle, tratando de hacerla más homogénea y resistente en todos sus puntos.

Así, a fines de febrero, todos los caminos y senderos de Jauja al sur contenían un flujo permanente de tropas, que vivían de acuerdo

con la ley de la guerra «sobre el terreno», es decir, procurándose víveres, forraje y alojamiento por sus propios medios.

Ésta fue la situación que encontró Leonora Latorre cuando entró en la zona circundante del pueblo de La Concepción, en compañía del grupo de oficiales convalecientes del «Lautaro». Cruzaban el caserío de Matahuasi, el último antes del punto de destino, cuando un grupo de centinelas les interceptó el paso.

—Buenas tardes, mi teniente —dijo uno de los soldados apostados allí al jefe de los reemplazos del «Lautaro»—. Está cerrado el paso al sur a los civiles y vemos que lleva usted algunos en su destacamento.

—Las dos señoras y el señor que las acompaña prestan servicios en el ejército le explicó el teniente Arturo Benavides, extrañado por la disposición.

—¡Ah, si es así, pueden pasar!

—¿Y cuál es la razón para impedir el paso de los civiles, soldado?

El centinela se volvió hacia el macizo andino que se destacaba hacia el oriente y le explicó:

—Se están revolucionando los pueblos indios de la región de Comas, mi teniente. Se teme que bajen a los caminos por las quebradas vecinas a La Concepción. Por otra parte, varios grupos de «soldaderas» y «camaradas» de los hombres que guarnecen ese pueblo y Huancayo, se filtraron a esta comarca y se teme por ellas. Se ha ordenado cerrar este camino precisamente para impedir que las mujeres de los soldados se acerquen a la zona de peligro.

—¿Y el levantamiento de los indios de Comas es cosa seria, soldado? —le consultó entonces Gastón Dupré.

—Por ahora, lo que se sabe de cierto es que los innumerables pobladores de esa comarca están muy levantiscos y celebran a diario sus ceremonias de guerra —contestó el interpelado.

Los componentes del destacamento miraron con recelo hacia los lejanos montes del sur. Sin embargo, otro de los centinelas, menos aprensivo, los tranquilizó diciéndoles que no creía que los indios se atrevieran a bajar ya que el mayor Quintavalla, que estaba con la segunda y quinta compañía del «Chacabuco» en La Concepción, hacía ostensibles aprestos para darles una escarmentadora batida que los sosegara.

De todos modos, el teniente Benavides decidió proseguir la marcha tomando las mayores precauciones y destacó dos exploradores de avanzada y uno a cada flanco del destacamento. Además, instruyó a sus acompañantes para acelerar la marcha cuanto fuera posible.

Entretanto la columna avanzaba a paso acelerado. Muy pronto llegaron al centro de la zona peligrosa, el desfiladero.

—¡Hay que acelerar el paso! —los acuciaba el teniente Benavides—. ¡Pronto va a ser de noche! ¡Redoblar la marcha!

Había oscurecido completamente cuando llegaron a La Concepción. Como en Matahuasi, un grupo de centinelas interceptaba el paso en el comienzo de la callejuela principal y el teniente Benavides tuvo que repetir la identidad de su gente para que se le franqueara la entrada.

Tres cuadras más allá se abría la plaza del pueblo, y a la primera ojeada sobre ella se advertía que reinaba el estado de alerta. Numerosas fogatas alumbraban todo su contorno y en el centro montaba guardia una compañía del «Chacabuco».

El jefe de la guarnición no tardó mucho en presentarse y el teniente Benavides le rindió cuenta de la misión que llevaba y de su destino. De pronto, el comandante se acercó al grupo y se quedó mirando con asombro a las dos mujeres. El teniente Benavides quebró la embarazosa situación, haciendo las presentaciones.

—Éstas son las señoras de quienes acabo de hablarle, mi mayor —dijo al superior, y volviéndose a Leonora, le explicó—: Mi mayor, don Pedro Julio Quintavalla, comandante de la guarnición. Las señoras…

—Leonora Latorre y Elcira Carrasco —se apresuró a dar los nombres Gastón Dupré.

El mayor Quintavalla hizo una venia a las dos mujeres y apartando apenas los ojos de ellas, inquirió:

—¿Y usted quién es, señor?

—Gastón Dupré, mayor —le respondió el agente sin inmutarse por el dejo de desconfianza del oficial, y le agregó bajando la voz—: Si nos permite hablar a solas con usted, podremos proporcionarle mayores detalles.

El jefe de la guarnición accedió, intrigado y receloso, y los condujo al interior del improvisado cuartel.

La explicación que le dieron los agentes dejó al mayor Quintavalla desconcertado.

—Creo que los jefes del servicio secreto han caído en un error de apreciación al enviar señoras a cumplir una misión en esta zona —discurrió molesto—: esto es un hervidero. Cuando menos lo esperemos, se va a producir una hecatombe aquí.

—Nuestra permanencia en La Concepción será breve —se apresuró a terciar Dupré— y las señoras no se expondrán, puesto que no han de salir de los límites del pueblo. Solamente yo haré un viaje a Santa Rosa de Ocopa y sus alrededores.

Quintavalla se quedó mirándolo como si hubiera pronunciado un desatino.

—¿A Santa Rosa de Ocopa? —gruñó—. No pensará ir al Colegio de Misiones de Santa Rosa de Ocopa, ¿verdad?

—Sí, mayor; justamente es a ese convento que tengo que ir —le confirmó Dupré.

El militar frunció los labios.

—Sé que no debo entrometerme, señor Dupré —le observó ásperamente—, pero le prevengo que ni las propias autoridades peruanas se atreven a subir a esas comarcas, en pleno tiempo de paz. Por dos razones. La primera, porque en el convento de Ocopa tiene su… su «trono» el temible arzobispo de Bérito, monseñor Manuel Teodoro del Valle. Y segundo, porque los indios que pueblan estas serranías son los más levantiscos y belicosos que hay en toda la breña. En tiempos de paz, lodos los agentes de impuestos que se arriesgaron a subir a Comas para cobrar las contribuciones fueron muertos. Imagínese cómo serán las cosas ahora que estamos en guerra y que el arzobispo Del Valle fanatiza a los indios y los maneja con voluntad de déspota.

Lejos de asustarse, el agente escuchó la exposición atentamente y cuando concluyó dijo:

—Justamente, mi misión tiene relación directa con ese prelado y con sus actividades en el convento de Santa Rosa de Ocopa. El Comando Superior de Lima tiene fundadas sospechas de que el arzobispo Del Valle es quien dirige la insurrección india y, al mismo tiempo, el que mantiene, por medio de sus curas y frailes, el enlace con el Comité Patriótico de la Resistencia, escondido en la capital. Mi labor consiste en investigar cuáles son los medios que emplea.

El mayor Quintavalla sonrió sarcásticamente.

—Pues ha llegado usted atrasado en unas horas, señor —informó a Dupré—. A media tarde pasó un destacamento de infantes montados del «2.º de Línea», al mando del teniente Ildefonso Álamos y guiados por un francés de Huancayo, en dirección a Comas.

Dupré frunció levemente el ceño, pero no pareció dispuesto a abandonar la partida. Por su parte, Leonora preguntó al militar.

—¿También van a investigar las actividades del arzobispo Del Valle?

Quintavalla la contempló sonriendo, pero en sus pupilas brillaba una chispa despectiva.

—Los militares no nos ocupamos de eso, señorita. Lo que ocurre es que monseñor Del Valle se ha encastillado en sus haciendas y se niega a cubrir la contribución de alimentos que mi comandante Del Canto impuso a los hacendados de la zona, para alimentar al ejército. Ante esa porfiada negativa, mi comandante, sabedor de que en la hacienda Huitacancha, de propiedad del prelado, existen unos doscientos caballares de silla, mandó al destacamento del teniente Álamos a requisarlos.

—Creo que obtendré resultados más positivos si entro solo a los dominios del arzobispo. Me será más fácil pasar inadvertido —repuso Dupré.

El comandante de la guarnición se encogió de hombros.

—Bien. ¿Cuándo piensa subir al convento de Ocopa, señor Dupré?

—Posiblemente mañana. Quiero hacerlo en momentos en que haya quietud en el ambiente.

Quintavalla rió por lo bajo.

—Creo que va a tener que esperar varios días, entonces —dijo socarronamente y se volvió enseguida a las dos mujeres, suspirando con preocupación—. ¿Y qué voy a hacer con ustedes, señoras? Les confieso que tenerlas aquí es para mí un compromiso muy serio. Ni siquiera sé cómo podremos alojarlas. Las condiciones de vida son muy rústicas en este pueblo… Esperen… —expresó, de pronto, entrecerrando los ojos—. En un costado de la plaza tiene su casa un italiano, un señor Muzzio. Es una buena construcción y supongo que debe tener habitaciones disponibles. Como ustedes van a

permanecer aquí sólo unos pocos días, creo que podremos conseguir que las alojen.

El mayor llamó a uno de sus ayudantes y, en tanto éste llegaba, aconsejó a Gastón Dupré que se instalara en cualquiera de las dependencias del cuartel. Estaba dando la orden a su ayudante para que hablara con Muzzio, cuando Leonora le dijo en voz baja:

—Mayor Quintavalla, quiero hacerle una consulta. El mayor Manuel Rodríguez está aquí, ¿no es verdad?

El oficial la observó intrigado.

—Sí, está aquí —le afirmó—. Pero enfermo.

—Lo sabía. ¿Y cuál es su estado?

Quintavalla meneó la cabeza con pesadumbre.

—Poco satisfactorio, señorita —le explicó—. Lo trajeron muy afectado desde una hacienda del otro lado del Mantaro y el viaje no le sentó bien. Además, en La Concepción no hay recursos para cuidar a nadie. Usted comprende…, el pueblo está lleno de enfermos.

—¿Dónde está ahora? —le inquirió Leonora con ansiedad no disimulada.

Quintavalla hizo una indicación vaga hacia la derecha.

—En la casa vecina a este cuartel —dijo—. ¡Es el único edificio de dos pisos! —Luego, reflexionó como si hablara consigo mismo—: Si algún día los montoneros serranos deciden atacarnos, ésa será la primera casa que incendien. Pertenece a uno de los hacendados que comandan las guerrillas serranas y, tal vez, el que más odia a los chilenos.

Leonora se quedó un momento silenciosa. Por fin, pareció tomar valor y dijo al mayor Quintavalla:

—¿Es posible que pase a ver al mayor Rodríguez, mientras su ayudante y mi compañera arreglan lo de nuestro alojamiento?

El militar negó con un gesto.

—Está bien —se resignó la joven—. Lo veré mañana entonces.

Por primera vez desde hacía bastante tiempo, Leonora durmió tranquila. Sentía como si hubiera llegado a un punto de su destino.

Aliviada por la esperanza de ver a Rodríguez al día siguiente y atormentada al mismo tiempo por el convencimiento de que se estaba dejando arrastrar en forma irremediable por esa atracción, se quedó dormida.

Despertó bruscamente al seco estampido de un disparo y terminó de despabilarla el son estrepitoso de una corneta dando la alarma y la vocinglería de los soldados instalados en la plaza.

Elcira había saltado del lecho y atisbaba por la juntura de la ventana hacia el exterior, iluminado por las luces del amanecer. Un pelotón de jinetes iba entrando a la plaza, cargando varios de ellos a compañeros heridos sobre el anca de sus cabalgaduras. También traían a varios soldados muertos cruzados sobre las monturas.

Leonora dedujo quiénes podían ser los componentes de aquella partida.

—¡La expedición que marchó a Comas! —exclamó.

Numerosos vecinos habían salido a la plaza, alarmados por el ruido, y los soldados de la guarnición los obligaban a entrar nuevamente a sus casas a fuerza de culatazos.

—Tal vez vienen los montoneros detrás de esos soldados —reflexionó Leonora nerviosamente—. ¡Vistámonos, Elcira! Nos iremos a la casa de dos pisos, donde están los enfermos.

Elcira se opuso al comienzo, imaginando que los soldados no la dejarían salir, pero la joven se manifestaba dispuesta a abrirse paso en cualquier forma. El pensamiento de que Rodríguez pudiera ser atacado por los indios, inerme como se hallaba, le daba fuerzas para desafiar cualquier riesgo.

Tal como lo había supuesto Elcira, los soldados que patrullaban la calle les negaron la salida. Por boca de los soldados que les cerraban el paso, las dos mujeres se enteraron de que los recién llegados eran los componentes del destacamento del teniente Álamos que fue a Comas. Los indios les habían tendido una emboscada, en la que perecieron tres soldados y quedaron heridos de gravedad otros seis. Igualmente, el destacamento perdió gran cantidad de sus caballos, además de armas y equipo. Por otra parte, se temía que los montoneros, envalentonados, vinieran persiguiendo a la partida y pudieran atacar, en cualquier momento, a La Concepción.

Leonora consiguió hacerse oír por uno de los sargentos que comandaban las patrullas callejeras y le exhibió el pase que le otorgara el mayor Quintavalla.

—Está bien, salgan —aceptó el suboficial, pero agregó—: Si hay balacera y les toca a ustedes un proyectil, no le echen la culpa a

nadie.

Las dos mujeres caminaron rápidamente por la acera de tierra apisonada. Grupos de soldados corrían de un lado a otro, para cubrir las entradas del pueblo, mientras un pelotón de jinetes salía a escape en dirección al sendero por donde había llegado el piquete de Álamos. El mayor Quintavalla, de pie en medio de la plaza, distribuía sus tropas a gritos y hacía ocupar las torres de la iglesia y los tejados de los edificios más altos.

Frente a la casa del montonero Salazar no había nadie. Leonora y su compañera se colaron en el antiguo edificio, y apenas dieron los primeros pasos en su interior, se quedaron heladas de impresión. El recinto estaba totalmente lleno de enfermos; se los veía tumbados por todas partes. Los menos graves habían abandonado las esteras en que yacían y se vestían trabajosamente, con la intención de participar en la defensa.

Las dos mujeres iban preguntando a todos los que podían responderles, por el mayor Rodríguez.

Por fin, uno de los enfermos les dio una indicación.

—Está en la última pieza del corredor de la derecha, señoritas.

Recorrieron el largo pasillo enladrillado, hasta enfrentar la pieza que les habían señalado. La oscuridad del interior les impidió ver nada, y el tufo acre y caliente de los cuerpos enfermos las detuvo como una masa consistente. Una vez pasado el umbral, sus ojos lograron captar la escena interior. La habitación, de tamaño regular, estaba llena de esteras alineadas junto a las paredes. En el centro despejado había un soldado de pie, con el fusil en ristre. Leonora lo reconoció al momento: era el ordenanza Acosta. Junto a él, en la estera más cercana, yacía un hombre cubierto por una manta y un capote inconfundible para la joven: el largo dormán del Cazadores del Desierto. Sólo un oficial de aquel cuerpo ya disuelto lo usaba en el ejército de Chile: el mayor Rodríguez. Leonora se quedó rígida, con las manos extendidas y los codos pegados al cuerpo.

—¡Manuel!… —dejó escapar en un murmullo incontenible, y luego repitió, casi en un grito, con la voz quebrada por la emoción —: ¡Manuel!…

Al oír aquella voz, el enfermo se quedó mirándola con los ojos desorbitados. Del fondo de su ser brotó un grito sordo y emocionado:

—¡Por Dios santo…, Leonora!…

Sacudido por la violenta impresión, apoyó ambas manos sobre la estera en que yacía y se incorporó apoyando los hombros y la nuca contra el áspero muro de adobes.

Leonora avanzó precipitadamente hasta los pies del camastro. En la penumbra de la habitación divisaba su rostro enflaquecido, hasta marcarle los huesos en la piel, y su pecho que se adivinaba esquelético a través de la sucia camisa, adherida al cuerpo por la transpiración. Tenía el cabello crecido y apelmazado por el polvo y el sudor; la barba descuidada le teñía de manchas negruzcas las mejillas y el mentón: los ojos febriles se le veían agrandados y hundidos en las cuencas; los labios, antes llenos y sonrientes, estaban ahora amarillos y le temblaban lastimosamente por causa de la debilidad y la emoción.

Leonora experimentó una sensación cálida al ver desalentado e inerme al hombre que jamás desfalleció. Borradas las barreras de la reflexión, se dejó caer de rodillas junto al enfermo, y luego, sin intentar contenerse, se sentó apegada a él y con ambos brazos le atrajo la cabeza contra su pecho, manteniéndolo así, por largos segundos, con su mejilla contra la frente del explorador, sintiendo la boca de él musitar su nombre en el hueco de su cuello y oyéndose a ella misma llamarle una y otra vez, con los labios apretados a su sien sudorosa.

—¡Leonora!… ¡Leonora de mi vida!… —repetía Rodríguez.

—¡Manuel!… ¡Ya estoy aquí!… ¡Ya estoy aquí!… —murmuraba ella con pasión.

Elcira y Acosta contemplaban el inesperado desborde sin atreverse a hablar.

Los gritos lejanos de un oficial que venía recorriendo las piezas rompieron la atmósfera de emoción.

—¡No alarmarse!… ¡No alarmarse! —se le oía repetir—. Ya está conjurado el peligro; no hay nada que temer. Vuelvan todos a sus lechos. —Y alejándose agregaba—: los doctores vendrán en unos momentos más. Quédense tranquilos, que ya pasó el peligro.

Leonora pareció volver a la realidad al conjuro de la voz del oficial y se separó delicadamente del enfermo. Avergonzada, hurtaba los ojos de los demás y permaneció de rodillas junto al camastro.

Elcira, penetrando los pensamientos de su señora, hizo una pregunta al azar para cubrir su embarazo.

El ordenanza carraspeó forzadamente, sintiéndose de más en aquella escena.

—Oiga, mi capi —murmuró turbado—, ¿necesita algo?

El oficial se sintió confundido por haber tenido como testigo de su arranque sentimental al subalterno.

—Síii… —tartamudeó—. Sal a la plaza y averigua qué es lo que ha ocurrido. Pero mi le demores demasiado.

Los tres personajes restantes permanecieron un largo rato en silencio. Después, el explorador empezó a hablar lentamente, en tono apenas audible.

—Jamás, Leonora…, jamás soñé que usted iba a aparecer aquí. Esta enfermedad me ha sido insoportable, por el temor que tenía de que les hubiera ocurrido algo grave.

Leonora era incapaz de articular palabra y fue Elcira quien le explicó.

—Nosotras no teníamos idea de que usted había subido a la sierra en busca de nosotros.

Con la cabeza gacha, sin mostrar los ojos, Leonora agregó roncamente:

—Nunca dudé de que usted trataría de ubicarnos; especialmente, después de que Belisario Barriga fue apresado.

—Presencié el fusilamiento de aquel hombre y comprendía el peligro en que ustedes estaban envueltas —siguió Rodríguez—. ¡Por Dios, Leonora, no sabe usted qué angustias pasé!…

Había extendido su diestra temblorosa y pareció que iba a posarla sobre un brazo de la joven, pero no se atrevió y dejó su ademán inconcluso. Leonora comprendió el sentimiento del hombre y cerró los ojos, atormentada.

—¡Calle, por favor! Cálmese, Manuel —musitó—. Desde ahora, Elcira y yo vamos a cuidarlo. Le debemos demasiados favores. Es lo menos que podemos hacer.

Por su parte, el mayor Rodríguez, sin sospechar la existencia de otros sentimientos, más que los filiales, le respondió:

—Gracias, mi amiga. Pero será preferible que abandone este lugar. En cualquier momento puede desencadenarse una verdadera tragedia sobre La Concepción.

—Nos iremos cuando usted se encuentre en estado de defenderse —le rebatió Leonora—. No hablemos más de esto. Permítanos que nos preocupemos un poco de usted. La situación en que se hallan los enfermos aquí es deplorable.

El explorador asintió con un gesto en el que había un poco de vergüenza, y trató de ocultar sus ropas cubriéndolas con el dormán. Pero Leonora le sujetó la mano y le preguntó jovialmente:

—¿Cuánto tiempo hace que no se muda esa camisa, Manuel?

Un leve tinte de rubor asomó en las mejillas del enfermo.

—Desde que salí de Lima, hace dos meses —le contestó sonriendo compungido.

La joven hizo un gesto escandalizado.

—Elcira, sal al patio y consigue un tiesto cualquiera lleno de agua —ordenó a su compañera.

Ésta sonrió ampliamente y agregó:

—Y también un trapo grande *pa'* refregarlo bien fuerte.

El explorador se quedó mirando a Leonora con sorpresa y con susto, y en su rostro había una expresión de niño cohibido.

—No, Leonora —balbuceó, adivinando el propósito de la joven —. ¿Qué piensa hacer?

—Tenemos que limpiarlo, Manuel; no es posible dejarlo con el sudor de la fiebre.

—Ya no tengo fiebre —se defendió el explorador, confundido.

—Mejor así. Una vez limpio, se sentirá más aliviado y su recuperación andará más rápido. Permítame.

Leonora se había inclinado sobre él y sus manos se extendían para quitarle el dormán que lo cubría. El explorador se encogió en el camastro y retorció el cuerpo, ovillándose contra el muro. Sus ojos miraban a la joven con verdadero espanto. Acongojadamente le rogó:

—Por caridad, Leonora, no me avergüence. Que lo haga Elcira, si es preciso. Compréndame.

Sólo entonces la agente cayó en la cuenta de los rubores del oficial y sonrió cariñosamente, desistiendo de su propósito.

Sí, lo hará Elcira. No se aflija. Entretanto yo iré a conseguirle ropas y una autorización para trasladarlo a otro sitio.

El explorador habló entonces en un murmullo apesadumbrado, como si lo hiciera consigo mismo.

—En mi vida anterior no fui más que un simple adiestrador de caballos de raza —dijo con tristeza—. La guerra me elevó hasta el grado de sargento mayor del ejército, pero… cuando retorne la paz…

—Conservará usted su rango del ejército; pertenece a las tropas de línea —le aseguró Leonora con firmeza. Pero enseguida se encogió de hombros y añadió con indiferencia—: Además, todo esto no importa, no debe afligirlo.

Pero Manuel Rodríguez, durante los últimos meses, había sentido pesar como un lastre su origen y su posición.

—Me aflige, Leonora —lo confesó dolorosamente—. Usted es la mujer más fina que he conocido y cuando estoy a su lado y la oigo hablar u observo sus manos blancas y delicadas, siento que…

La joven extendió la diestra y la puso suavemente sobre los labios del explorador, acallándolo.

—Manuel, todo eso pudo tener alguna significación en otros tiempos —le expresó. Ahora y en este lugar… usted y yo no somos más que una mujer y un hombre. Y en mi caso, una mujer con la obligación de ayudarlo, en pago a la mucha lealtad con que usted me ha apoyado siempre.

El explorador atrapó la mano que se mantenía cerca de su boca y trató de incorporarse un poco.

—Olvide eso —le dijo con sinceridad—. Jamás esperé recompensa. Sin embargo, ahora que la veo a mi lado, después de tanto tiempo, le estoy pidiendo al cielo, con el remordimiento del que comete un sacrilegio, que me confirme que esto es cierto, que no es otra fantasía del delirio.

Leonora dejó estar su diestra entre las palmas febriles del enfermo y hasta se inclinó un poco más hacia él.

—Estoy aquí, Manuel —le aseguró con sencillez—. También vine como arrastrada a cometer un sacrilegio, y procediendo a sabiendas. Pero, en igual forma, me iré, cuando sea preciso.

—¿Se irá?… —la voz del oficial temblaba al hacer la pregunta —. ¿Siempre ha de ser así?…

Leonora movió cansadamente la cabeza.

—No —murmuró, pero había firmeza en su acento—. Ésta será la última vez que me marcharé de su lado. Después de dejarlo regresaré a Chile y no volveremos a vernos nunca más.

El explorador soltó lentamente la mano de la joven y apoyó la nuca contra el muro.

—Tiene razón —reconoció en un susurro—. Pero, de todos modos, gracias por haber venido. Se lo agradezco con toda mi alma.

Quedaron en silencio. Fue un alivio para ambos el regreso de Elcira que venía cargada con un balde y rezongando.

—¡Por Santa Bárbara! —decía—. Conseguir un balde con agua aquí es más difícil que hallar un cáliz de iglesia en una cantina. Pero encontré este en la sala de guardia y se lo arrebaté al centinela, por más que me gritaba que era *pa'* apagar los incendios.

Leonora se puso de pie, cediendo su sitio a su compañera.

—Elcira —le dijo—, preocúpate del mayor, mientras yo salgo a conseguirle ropa y a ver modo de trasladarlo a la casa del señor Muzzio.

—¡Ya está, pus, señorita! —aceptó la mujer.

Leonora abandonó la habitación, compadecida del rubor del oficial.

Al sentirla alejarse, Elcira interrumpió su labor y dijo a Rodríguez, sonriendo con picardía:

—¿Ha visto usted mujer igual, mi mayor?

Rodríguez suspiró profundamente y negó con un gesto categórico:

—Nunca, Elcira… y jamás volveré a encontrar otra semejante.

La mujer chasqueó la lengua con expresión fatalista y reflexionó a tiempo que comenzaba a refregar el pecho del oficial:

—¡Qué lástima que en Chile no exista eso que los gringos llaman divorcio!

El enfermo volvió a suspirar cansadamente y cerró los ojos.

—Aunque existiera, mujer —murmuró—. Yo no soy más que un simple maestro de caballos.

—¡Usted es mayor del ejército y déjese de leseras! ¡Usted es uno de los verdaderos hombres que han ganado la guerra! —le rebatió acaloradamente Elcira.

La calma había vuelto al pueblo, pero los soldados se mantenían en estado de alerta. Leonora, imposibilitada en los primeros

momentos de hablar con el mayor Quintavalla, aprovechó el tiempo para convencer a Muzzio para que recibiera al enfermo en otra habitación de su casa. El italiano estaba amedrentado por el amago de asalto reciente y quería congraciarse con las tropas que ocupaban el pueblo. Obtenida su conformidad, la agente se encaminó otra vez al cuartel. En esa ocasión pudo hablar con el mayor Quintavalla, que la recibió sorprendido, como si hubiera olvidado su presencia en La Concepción.

Mientras la conducía a la sala de la comandancia, le iba narrando los pormenores de lo ocurrido hacía unas horas.

—Los montoneros de Comas tendieron una emboscada al teniente Álamos y al piquete de veintinueve hombres del «2.º de Línea» que llevaba consigo. Los dejaron pasar con fingida manifestación de amistad y llevaron su cordialidad hasta proporcionarles un guía para que los condujera a la hacienda Huitacancha, en donde el arzobispo Del Valle tenía doscientos caballos. Pero ese guía los extravió en unas en serranías abruptas y repentinamente desapareció, dejándolos abandonados en un valle reseco y solitario, encajado dentro de la hacienda Runatullo, propiedad de los hermanos Valladares. Éstos son unos millonarios despóticos y feroces que tienen su casa aquí, al otro lado de la plaza —aclaró Quintavalla—. Por fortuna, el piquete iba acompañado por un ciudadano francés, Fernando Germain, que se había hecho amigo del teniente Álamos en Huancayo y que conocía un poco la región. Éste los sacó del atolladero y logró guiarlos hasta la hacienda del arzobispo. Allí requisaron seiscientas cabezas de ganado vacuno, algunos caballares y unas cargas de mantequilla y queso. Pero cuando los soldados regresaban a Comas y entraban al desfiladero abierto al pie de la cuesta de ese nombre, fueron aplastados por una lluvia de galgas y acribillados por nutridas descargas de fusilería. Germain murió reventado bajo una roca, el teniente Álamos, alcanzado por un cascote, rodó al suelo aturdido, mientras su caballo se precipitaba al abismo. Pero los soldados lograron recuperarse y practicaron un contraataque, ahuyentando a los indios y a los montoneros, después de causarles numerosas bajas. Entretando, el teniente Álamos recobró el sentido y retomó la dirección de las acciones. Ascendiendo a la cumbre de la cuesta comprobó que los indios habían cortado el puente por el que

cruzaba el camino, impidiéndoles la retirada. Irritados hasta la exasperación, los soldados volvieron sobre el pueblo de Comas y se apoderaron de él a sangre y fuego. Sin embargo, los montoneros, que se habían replegado a los cerros circundantes, empezaron a fusilarlos desde las alturas. Viendo caer a varios de sus hombres, el teniente Álamos decidió abrirse paso a cualquier costo. Prendió fuego al pueblo e inició su retroceso, llevando a sus heridos atados sobre las monturas. A filo de sable hendieron las masas indias que les cerraban los caminos, hasta conseguir aproximarse al convento de Ocopa. Tan pronto estuvieron a la vista de la fortaleza franciscana, cesó la persecución, como por encanto. Y en su acelerada marcha hasta La Concepción, no volvieron a divisar a sus perseguidores.

—¡Otra vez el convento de Ocopa! —comentó Leonora.

—Ahí está la fuente de la insurrección, señorita —la ilustró Quintavalla—. Pero ya tomaremos medidas contra el arzobispo que se entroniza en él. Como primera providencia, he hecho un llamado a mi coronel Del Canto. Él dispondrá lo que estime conveniente, pero, por mi parte, estimo que mientras no barramos al convento de Ocopa y a su arzobispo, estaremos siempre amenazados.

Habían entrado al despacho de la comandancia y el oficial la invitó a expresarle lo que deseaba de él.

—Mayor, he venido a pedirle dos favores en beneficio de uno de sus compañeros de rango —le expresó Leonora.

Quintavalla recordó que la joven se había interesado en la tarde anterior por el mayor Rodríguez, y le preguntó:

—¿Cómo está el mayor?

—Fuera de peligro, pero convalece difícilmente, por la falta de cuidado. Para empezar, es preciso que se le proporcionen ropas limpias y, después, que me autorice para sacarlo de donde está y trasladarlo a la casa del señor Muzzio, que ha aceptado recibirlo.

El jefe de la guarnición sonrió admirativamente.

—No es usted mujer que se arredre por los obstáculos —comentó—. Concedida la autorización, desde luego.

Leonora le agradeció con efusión y se disponía a marcharse, cuando el mayor Quintavalla la retuvo cortésmente preguntándole:

—Señorita, sáqueme de la curiosidad y perdóneme si soy entrometido. ¿Usted es… novia del mayor Rodríguez?

Leonora palideció, terriblemente confundida, miró al oficial con azoramiento y le respondió apenas con un hilo de voz:

—No, mayor. Hago esto solamente por…

La brusca aparición de un soldado vino a salvarla.

—Mi mayor, acaba de llegar un emisario de mi coronel Del Canto —anuncio—. Viene a notificar que mi coronel está en marcha hacia La Concepción y que no tardará en llegar aquí al frente de un escuadrón del «Carabineros de Yungay».

—¡Menos mal que se ha dado prisa en venir! —celebró Quintavalla frotándose las manos con satisfacción. Y, olvidado de su pregunta, se inclinó ante Leonora, excusándose por tener que dejarla.

El coronel Del Canto llegó una hora más tarde, y, de inmediato, hizo que el mayor Quintavalla lo informara ampliamente de todo lo ocurrido.

—Éste es otro género de guerra, mayor Quintavalla —opinó después de oír al oficial—. Ahora es el ejército propio del arzobispo Manuel Teodoro del Valle el que nos ataca. Debemos esperar de ellos toda clase de barbaridades.

El mayor Quintavalla sonrió para sus adentros.

Del Canto era alto dignatario de una de las logias masónicas más antiguas de Chile y no tenía inclinación amistosa de ninguna especie por los hombres de sotana.

—El convento de Ocopa está muy cerca de La Concepción, mi coronel —le dijo intencionadamente—. Nos sería fácil realizar una campeada por sus alrededores y terminar, de una vez por todas, con la amenaza.

Del Canto emitió un gruñido antes de replicar.

—Mayor, se olvida de que el enemigo es nada menos que Su Señoría Ilustrísima el arzobispo de Bérito, monseñor Del Valle —le dijo marcando exageradamente aquellos títulos—. Reducido por medio de las armas, significaría echarnos encima a todo el mundo católico y, especialmente, a las naciones que hasta ahora se han mantenido neutrales. Nuestra única manera de anularlo consiste en pillar a sus huestes con las manos en la masa.

—Se cuidarán muy bien de ponerse a tiro nuestro —razonó Quintavalla—. Sólo atacarán cuando tengan la certeza de que la victoria les está asegurada. En consecuencia, sus víctimas serán las

guarniciones pequeñas.

—Esta guarnición será siempre la más amenazada —reflexionó Del Canto—. No es el sitio más adecuado para mantener a los enfermos, de modo que los haremos evacuar del pueblo a la brevedad posible. En Huancayo las epidemias no han tomado mucho cuerpo todavía y el clima es mejor. Hoy mismo haremos salir a los enfermos y también a todas las soldaderas que se han venido detrás del ejército.

—¿También hacia Huancayo?…

—No, mayor. Las mujeres tienen que regresar a Lima. ¿Qué monos pintan aquí?… Si los curas siguen predicando la insurrección entre los indios, en muy corto plazo todo el valle va a ser una hoguera. Las mujeres están de más y estorban la movilidad del ejército. Las mandaremos a todas a Oroya, para que crucen la cordillera en cuanto esté despejado el camino.

Sobándose las manos y con una sonrisa aviesa, Del Canto agregó:

—Cuando no quedemos aquí más que soldados en estado de combatir, vamos a hacer «una visita de cortesía» el arzobispo Del Valle, en su convento o fortaleza de Santa Rosa de Ocopa.

Las órdenes de evacuación de los enfermos y las mujeres pusieron una nota de urgencia en el pueblo.

La disposición comprendió también a las dos agentes, que no tenían una función visible que cumplir en La Concepción. Leonora intentó resistirse a la orden, pero no se atrevió a ir personalmente a enfrentarse con el comandante Del Canto y envió en su lugar a Dupré.

—Lo siento, Leonora —le informó éste al regresar—, pero el comandante Del Canto apenas me ha concedido permiso para que me quede en La Concepción, atendiendo al trabajo que tengo que hacer en el convento de Ocopa. Pero al solicitarle su autorización para que usted acompañara a los enfermos a Huancayo, me ha dicho categóricamente: «Si no autorizo a las esposas de los soldados a marchar con ellos, ¿cómo podía hacer una excepción con esa señora? ¿Siquiera va su marido entre los enfermos?…». Y como le respondiera que no, se limitó a recalcar su orden: «Deberá regresar con las demás mujeres a Oroya».

La joven no intentó luchar más.

—Es cosa del destino. Tal vez sea mejor así —musitó resignada y se dirigió hacia la casa de dos pisos, donde aún permanecía el explorador.

Los enfermeros que habían venido con el escuadrón del «Carabineros de Yungay» ya estaban sacando a los enfermos en camillas y parihuelas y los iban acomodando en dos carretas, que esperaban en mitad de la calle.

Cuando Leonora entró a la habitación donde yacía el enfermo, el ordenanza Acosta había terminado de mudarle la ropa que enviara el mayor Quintavalla. Rodríguez se veía más débil y quebrantado; ya estaba al tanto de las disposiciones del comando y comprendía que la aparición de la joven era solamente para decirle adiós. Acosta se apartó discretamente y aguardó al lado afuera de la puerta. La joven se acercó.

—Ya ve, Leonora —murmuró roncamente el explorador—; soy un hombre sin suerte. Pero, a pesar de todo, le estoy agradecido a la providencia, porque me ha permitido ver la luz durante unas horas siquiera.

Ella lo acalló suavemente, hablándole sin mirarlo.

—No nos lamentemos, Manuel. ¿A qué decirnos nada si ambos sabíamos que esto era imposible? Además, los dos sabemos que es mejor así.

El explorador agitó la cabeza negando porfiadamente.

—¿Cómo puedo creer que la separación y el adiós es mejor para mí? —protestó apasionadamente—. ¡No, Leonora! Nunca he hablado ni volveré a hablar de esto que ha sido mi secreto durante tanto tiempo. Pero estimo que tengo derecho a decirlo, a gritarlo siquiera una vez. Después, ya nunca más volverá a presentárseme la oportunidad. ¡Leonora, escúcheme!…

Se incorporó en el camastro y buscó su mirada para confesarle la intensidad de sus sentimientos. Pero Leonora cerró los ojos y agitó la cabeza con angustia.

—¡No, Manuel, no! ¿A qué revelar lo que existe sin necesidad de que lo nombremos?… Callémoslo mejor. Permanezcamos tranquilos, sin pronunciar palabras, hasta que vengan a llevárselo.

Ella misma extendió sus manos y las trenzó con las del explorador. Su mirada profunda y triste envolvió el rostro demacrado del hombre y un velo húmedo, apenas perceptible, fue

inundando sus pupilas.

Rodríguez fue incapaz de mantener la serenidad que ella le exigía; se dobló sobre sus manos y se quedó con los labios oprimidos contra una de sus palmas. Después, oyeron los pasos uniformes de los camilleros y la voz de Acosta anunciando roncamente:

—Mi mayor, ya es hora. Vamos a sacarlo.

Leonora le soltó las manos y se apartó un poco. Los camilleros envolvieron al oficial en su dormán y en su manta y, levantándolo de las axilas y los pies, lo depositaron en una camilla.

—Vamos ya —dijo uno—. La carreta espera.

Rodríguez clavó su mirada angustiada en la joven.

—¡Leonora! —exclamó.

—¡Adiós! —musitó ella cerrando los ojos y volviéndose contra el muro. Y oyó entonces la voz lejana del oficial, quebrada en un sollozo incontenible:

—¡Adiós, mi vida!…

La joven apoyó la frente contra la pared y, ya sin testigos, se abandonó al llanto.

El cielo se había nublado y una garúa deprimente envolvía a La Concepción cuando el grupo de soldaderas se puso en marcha, escoltado por uno de los piquetes móviles del «3.º de Línea». Componían el pelotón de mujeres las esposas de los soldados, tres cantineras y algunas camaradas, que siempre vagaban con los batallones, sin que se les conociera hombre fijo.

Eran en total dieciséis, incluidas Leonora y Elcira, y debido a la escasez de cabalgaduras, montaban de a dos en un borrico.

La pequeña recua iba dentro del montón de caballos de los terceros. Leonora cabalgaba en la grupa del animal que conducía Elcira e iba totalmente cubierta por su rebozo; sin embargo, volviendo hacia atrás la cabeza, podía contemplar a la columna de carretas que se alejaba hacia el sur portando a los enfermos.

El coronel Del Canto había resuelto permanecer veinticuatro horas más en La Concepción, confiado en que dentro de ese plazo quedaría restablecida la normalidad. Después de cerciorarse de que

quedaba dispuesta una gran guardia en torno al pueblo, se disponía a dormir una siesta en la comandancia del cuartel, cuando su ayudante Galo Irarrázaval vino a perturbar sus propósitos. El periodista-soldado comunicó la llegada al pueblo de catorce jóvenes procedentes de Huancayo. Todos ellos habían sido muy amigos del joven comerciante francés Fernando Germain y querían subir a Comas para recoger el cadáver de su amigo. Con este objeto, solicitaban del comandante Del Canto un permiso de tránsito para subir a Santa Rosa de Ocopa.

—¿Están locos? ¿Desean que los indios los maten también? —exclamó Estanislao del Canto, fastidiado. Y se hubiera negado categóricamente a concederles tal autorización de no haberle informado Irarrázaval de que los muchachos aseguraban conocer bastante a los jefes de las montoneras de Comas. El ayudante había anotado los nombres mencionados por los jóvenes y éste fue un dato muy valioso para el comandante Del Canto, que los oyó con el ceño contraído. La anotación registraba a Bell, capitán de milicias; Ambrosio Salazar, propietario de la casa de dos pisos vecina al cuartel; al alcalde Luis Chávez, del síndico Francisco Valdés y los gobernadores indios Baltasar Chávez y Nazario Valero. Otro factor pesó en el comandante: los huancaínos habían ofrecido recoger los cadáveres de los chilenos muertos en la emboscada, lo que, al principio, provocó en Del Canto una sonrisa despectiva, porque, conociendo las prácticas salvajes de los indios, presumía que esos cuerpos ya habían sido decapitados y descuartizados. Sin embargo, fingió aceptar la expedición en vista de aquella oferta, pensando que ese viaje le serviría admirablemente para hacer llegar hasta el convento de Ocopa al agente Dupré, mandado a la región por el contralmirante Lynch para investigar las actividades del arzobispo Del Valle.

—En verdad —reflexionó el capitán Irarrázaval—. Pero ¿cree usted que los jóvenes huancaínos no lo delatarían?

—Si pudieran identificarlo, no hay duda de que lo harían —le aclaró Del Canto—. Pero si les proporcionamos cabalgaduras y mandamos para que las cuide a un arriero, entonces no desconfiarán.

Antes de conceder el permiso solicitado, el comandante hizo

llamar a Dupré y le explicó su plan, agregándole que le sería necesario hacerse acompañar de otro chileno, para que regresaran con los caballos después de que él se hiciese el perdido en la montaña.

—Tengo quién me secunde, mi comandante —le afirmó Dupré —. Es otro agente del servicio secreto, que vino conmigo a la sierra y a quien mantengo destacado en San Jerónimo.

Acordados todos los detalles del plan, el comandante Del Canto hizo una última reflexión al agente.

—He cumplido con los deseos del contralmirante Lynch, proporcionándole un medio para subir hasta el convento de Ocopa. Pero no me responsabilizo de nada más.

Dupré rió con aplomo.

—Descuide, mi comandante —lo tranquilizó—. Trataré de volver con la piel entera.

—¡Ah, pase a verme en Huancayo, tan pronto averigüe algo! —le dijo cuando el agente ya abandonaba la comandancia—. Recuerde que a quien más le interesa conocer las actividades ocultas de ese condenado arzobispo es a mí.

El grupo de jóvenes huancaínos comenzó a trepar la abrupta montaña a las primeras luces del día siguiente. Precediéndolos, vestidos con harapos indios, marchaban a la vanguardia Gastón Dupré y Toribio Jerez. Los catorce jóvenes los seguían parloteando y jactándose de su amistad con el comandante Salazar y los demás jefes de la montonera serrana. Tan sólo cuando mencionaban al arzobispo Del Valle, todos bajaban la voz respetuosamente.

Culebreando en zigzag, ascendieron el estrecho sendero del cerro del León. Durante tres horas desfilaron por cornisas de vértigo, hasta trasponer las cumbres más elevadas de la cadena cordillerana. Por fin, desde un portezuelo abierto entre dos picachos, avistaron una pastosa hondonada. Por un costado corría un torrente bramador y, en el costado opuesto, construido sobre la cumbre de una colina redonda, se veía el Colegio de Misiones de Santa Rosa de Ocopa.

Dupré se detuvo y observó cuidadosamente el vetusto edificio. Era un recinto amurallado, de vastas proporciones, que contenía en su interior varios edificios, destacándose en el centro de ellos, majestuoso e imponente, su templo gigantesco.

Los huancaínos se persignaron al divisar el reducto del arzobispo, y desde ese momento dejaron de hablar. Iban llegando al borde del torrente cuando los obligaron a detenerse los estampidos de numerosos disparos surgidos de los matorrales de la otra margen.

Los catorce jóvenes se echaron inmediatamente abajo de sus monturas y se apegaron al suelo, estremecidos de espanto.

Gastón Dupré, que comprendía que los disparos lanzados desde la orilla opuesta difícilmente llegarían a alcanzarles, no pudo menos que reír ante la actitud acobardada de sus acompañantes.

—¿No dijeron que eran amigos muy íntimos de los jefes de la montonera? —les comentó con acento burlón.

—¿Y cómo vamos a hacerles comprender que somos sus amigos desde esta distancia? —le respondió el que parecía encabezarlos.

—Gritándoles, pues. Agitando los pañuelos o informándoles a gritos quiénes son ustedes.

Los muchachos le agradecieron el consejo y agitaron sus pañuelos en el aire, aunque sin levantarse del suelo, hasta que en el bando opuesto se alzó también un trapo blanco.

Inmediatamente después, desde la distancia les llegó una voz potente que les preguntaba quiénes eran y a qué venían.

—¡Venimos de Huancayo a suplicarles que nos permitan recoger el cuerpo de nuestro amigo Fernando Germain, que ayer murió aplastado por las galgas! —le contestó el joven que llevaba la voz cantante.

—¡Nada tienen que hacer aquí! —les replicó la voz lejana—. ¡Los cuerpos de los bandidos chilenos los echamos al río! ¡Y a los peruanos que tienen tratos traidores con los enemigos los recibiremos a tiros! ¿Me han entendido? ¡Váyanse al momento o los fusilaremos a todos!

Confirmando la advertencia, una nube de balas pasó rozando las cabezas de los muchachos.

Apagado el chisporroteo de los disparos, volvió a alzarse la voz amenazadora en la otra orilla:

—¡Es la primera advertencia! ¡Si no han desaparecido en cinco minutos, los haremos cazar y morirán fusilados!

Abandonando sus mulas y corriendo a gatas por entre los matorrales, los jóvenes se alejaron precipitadamente por el mismo camino que habían traído. Detrás de ellos siguió Toribio Jerez,

arreando los animales. La fuga enloquecida no se interrumpió hasta que el grupo traspuso el borde superior de la primera cuesta. Protegidos ya por el cuerpo de la montaña, los catorce jóvenes se detuvieron e hicieron un recuento de ellos mismos.

—¿Estamos todos? —inquirió el que los mandaba, tembloroso todavía.

—Si —le respondieron varios de ellos después de observar el grupo.

—¿Y los guías?…

Toribio Jerez llegaba en ese instante con las mulas.

—Aquí estoy yo, mis señoritos —se presentó.

—¿Y tu compañero?…

—¡Ay, no sé, pues! Dejé de verlo cuando se le taimó su bestia —se limitó a responder.

—¿Crees que se ha desbarrancado?

—No lo sé, pues. Lo único que me interesa es que salgamos cuanto antes de aquí. Con los montoneros del comandante Salazar más vale no jugarse, señoritos.

Todos estaban perfectamente de acuerdo en eso y no perdieron tiempo en averiguar qué había ocurrido con el otro guía. Recuperando cada uno su mula, las chicotearon hasta hacerlas galopar de regreso a La Concepción.

El coronel Del Canto había pensado volver a Huancayo aquel mismo día, pero tuvo que desistir de su propósito, cuando al mayor Quintavalla se le expuso la situación de las tropas que guarnecían La Concepción. Nadie quería pagar la contribución de alimentos para la tropa. Del Canto tuvo un rapto de cólera y ordenó a su ayudante el capitán MacCutcheon que se lanzara a los campos vecinos, al mando del escuadrón del «Carabineros de Yungay» que lo había escoltado y que trajera los víveres necesarios para la tropa, a cualquier precio.

El capitán era un oficial rígido y temerario. Cumplió la orden sin dejarse amilanar por escrúpulos de ninguna especie, y, finalmente, como los resultados de la requisa eran pobres, terminó por obligar a los pobladores de los caseríos a sacar a la calle sus canastos y cajones.

Caía ya la noche cuando el destacamento de MacCutcheon regresó a La Concepción, con un magro botín:

—Tres sacos de harina, cinco de fréjoles, dos novillos y dos ovejas, mi coronel.

—¿Cómo es eso? —protestó airadamente Del Canto—. ¿Y aves de corral…, y cabríos…, y hortalizas?…

—Nada más que lo dicho, mi coronel —explicó al jefe. Estanislao del Canto se quedó pasmado.

Quintavalla se compadeció de la vergüenza que demostraba el capitán MacCutcheon.

—Esto tiene una explicación, mi coronel —le dijo—. Y se puede resumir en tres palabras: arzobispo Del Valle.

—Exactamente —reconoció MacCutcheon—. Lo menos diez de los indios en cuyas tierras entramos nos confesaron lo mismo. El arzobispo ha dado orden a los párrocos de que obliguen a los indios a ocultar sus cosechas y ganados. Les han ofrecido la purificación de todos sus pecados, a cambio de negar los víveres a los chilenos.

Extenuado por la actividad que se había visto obligado a desarrollar en los últimos días, el comandante en jefe intentó dormirse temprano, pero tampoco le fue posible. Hacía apenas unos minutos que había logrado conciliar el sueño, cuando entró a despertarlo Galo Irarrázaval:

—Acaba de regresar de Santa Rosa de Ocopa el agente secreto Dupré —expresó.

Del Canto se echó abajo de su catre de campaña de un salto.

—¡Por mil diablos, logró volver vivo ese ladino! —exclamó—. ¡Tráigalo aquí al momento!

Dupré estaba aniquilado por el cansancio, pero sonreía triunfalmente al rendir su informe.

—Me dejaron vagar por Santa Rosa de Ocopa no sé por qué, mi coronel, y logré salir ileso de aquel avispero, sin explicarme cómo. Porque tengo la certeza de que a los centenares de frailes que habitan en el convento no se les escapa ni el vuelo de una mosca. No obstante, tengo la sospecha de que me dejaron saber sólo lo que a= ellos les convenía. Cada vez que me acerqué a un poblador de esa comarca, tuve la presunción de que había un fraile espiándome.

—¿Y qué investigó?

—Que el arzobispo Del Valle es algo así como un dios que maneja a todos los habitantes de la sierra a su arbitrio. Dirige a su grey desde el Colegio de Misiones de Santa Rosa de Ocopa, en

donde se agrupan doscientos veinte monjes que le obedecen ciegamente. Además, tiene bajo sus órdenes a cuarenta y un curatos distribuidos a lo largo de toda la sierra, y estos curatos son atendidos por noventa y seis sacerdotes, entre párrocos, ínteres y capellanes. Casi todos ellos son dueños de grandes extensiones y mandan sobre millares de indios. Por último, puedo asegurarle que la voluntad del arzobispo Manuel Teodoro del Valle es la única ley que obedece el mundo serrano.

El curtido veterano emitió un sordo gruñido de comprensión. Gracias a los informes de Dupré pudo medir, con honda inquietud, la fuerza del encubierto enemigo que podía oponerse a sus tropas, cuando el clérigo lo ordenara. Simultáneamente, pensó que atacar las huestes del arzobispo, compuestas por tan crecido número de religiosos, era lanzarse contra la Iglesia, lo que provocaría protestas mundiales y, posiblemente, hasta la intervención del Sumo Pontífice. El problema no podía ser más delicado y, después de pensarlo durante mucho rato, tomó la decisión de bajar a Lima para consultar el asunto directamente con el general Lynch. Al saber esta determinación, Quintavalla meneó la cabeza con aire descontento.

—Va a tener que darse prisa en resolver este asunto y regresar, mi comandante —refunfuñó—. Recuerde que ya es casi imposible conseguir víveres para la tropa. Por otra parte, no estoy dispuesto a permitir que pasen hambre. Antes los echo al campo para que se coman vivos a los indios y a los frailes que los azuzan.

—No hará nada, mayor, hasta que yo regrese de Lima —lo conminó el coronel.

Pero Estanislao del Canto no pudo satisfacer sus propósitos de partir cuanto antes. Sorpresivamente se presentó aquella tarde en La Concepción un viejo fraile franciscano. Sonriendo mansamente se acercó a los centinelas y pidió hablar con el jefe del ejército expedicionario.

—Sírvase esperar un momento —le dijo el ayudante Villota—. Mi coronel Del Canto va de viaje y no tardará en pasar por aquí.

—Lo que vengo a rogar al señor coronel es que no salga de viaje en la dirección que piensa hacerlo, oficial —le aclaró el fraile con aire inocente.

Villota lo contempló, asombrado.

El fraile sonrió beatíficamente y miró a los ojos de su

interlocutor.

—Todo se sabe por aquí, hermano —le expresó suavemente—: Hágame el favor de entrar a decir al señor coronel que traigo para él una invitación especial de Su Señoría Ilustrísima, monseñor Del Valle.

Caupolicán Villota se quedó pasmado, con la boca abierta, al oír tan insólita declaración. E igual actitud adoptó el coronel Del Canto cuando el oficial se la repitió.

Y más intrigado y receloso se puso cuando el franciscano le reiteró que el arzobispo lo invitaba a visitar el Convento de Ocopa, para sostener una conferencia con él, a fin de que la paz volviera a reinar en aquel valle. No le respondió al momento. Pero, pensándolo bien, decidió arriesgarse.

—Diga a monseñor Del Valle que acepto su invitación. Iré al convento de Ocopa mañana mismo.

—Sin tropas armadas, señor coronel —le advirtió el fraile.

—¡Ah, no! En eso no transijo —protestó Del Canto—. Iré con mi escolta acostumbrada, pero la dejaré esperándome en la cuesta que domina la hondonada de Santa Rosa de Ocopa.

—Si es así, está bien —sonrió con notoria hipocresía el franciscano, y agregó levemente mordaz—: Lo importante es recordar que a las casas de Dios no se entra con armas.

A media mañana del día siguiente, la escolta del coronel observó al jefe alejarse al trote de su caballo, seguido por su ayudante Caupolicán Villota y un ordenanza.

Reinaba un silencio absoluto en el escondido valle y no se veía alma viviente, pero era fácil presumir que la montonera de Ambrosio Salazar y las bandas indias tenían que estar escondidas en lugares próximos, espiando todos los movimientos de los chilenos.

El coronel Del Canto iba nervioso al acercarse al recio portón que servía de entrada al convento.

Apenas el ayudante tocó la campana, se abrió una pequeña mirilla enrejada recortada en uno de los batientes y asomó el rostro barbudo de un fraile montañés. Éste abrió al instante el enorme portón y rogó a los recién llegados que aguardaran en el zaguán. Al cabo de unos minutos, asomó una ceremoniosa comitiva por el sendero de grava que ondulaba en el tupido jardín. En medio de ella y cubierto por un amplio quitasol de dos puntales que

suspendían sobre su cabeza otros tantos frailes, a modo de palio, venía el arzobispo Del Valle. A una distancia de unos diez metros del jefe chileno, la comitiva se detuvo y el prelado se adelantó solo unos pasos más, alzó la cabeza y contempló con desdén a sus visitantes. Hablando con voz tajante y seca, preguntó:

—¿Hablo con el señor coronel Del Canto?

—Exactamente, Señoría Ilustrísima —le respondió el interpelado tanteando el terreno.

El prelado se acercó un poco más y dijo entonces, con aire sentencioso y anatematizante:

—Yo tuve dos amigos chilenos: Francisco de Paula Taforó y José Miguel Orrego; ambos falaces y traidores, muy cariñosos en presencia y por demás desleales en ausencia; daban el beso de Judas y al abrazar clavaban el puñal por la espalda. Todos los chilenos deben ser iguales a estos dos que se me daban por amigos.

Del Canto tuvo que sofrenar la violenta reacción que le produjeron estas expresiones. Su ayudante Villota esbozó el movimiento de montar a caballo para alejarse de allí al momento y se vio obligado a sujetarlo de una manga. Después, respiró hondamente y miró desafiante al religioso.

—«He sido citado, Ilustrísimo señor, para una conferencia —le contestó—; pero, a juzgar por esta actitud, debo decirle que conozco muy bien la historia de los Papas y que, si a todos los juzgara por los hechos y procederes de Paulo III, Sixto IV y Alejandro VI, y si todavía hiciese deducciones para venirlas a aplicar con el calificativo que merece un arzobispo de Huánuco, prófugo de su diócesis y refugiado y guardando incógnito en un convento de extranjeros, creo que no habría palabras ni términos bastante duros en el diccionario para poderlas aplicar debidamente».

El prelado lo escuchó en inamovilidad absoluta, y cuando Del Canto esperaba verlo estallar en cólera, prorrumpió en una seca carcajada, que tenía tanto de ladrido como de risa.

—«¡Miren qué huaso tan zorro, que se enoja por tan poca cosa! —exclamó tratando de parecer divertido. Luego le tendió los brazos en un falso gesto de cordialidad—. ¡Déjeme abrazarlo e invitarlo a mis habitaciones privadas para que conversemos! Tenga la bondad de seguirme y hablaremos».

Estanislao del Canto miró al prelado y a la cincuentena de sacerdotes que lo escoltaban, cuadró los hombros y entró.

Sólo después de un largo preámbulo y cuando ya el sol llegaba al cénit, el obispo pareció recordar el objetivo de la conferencia y desvió la conversación hacia las misiones del convento.

—Nuestra vida se desliza en la quietud y la pobreza —expresó —. Nuestras parroquias, créamelo, señor coronel, son muy, pero muy pobres y en eso radica su grandeza: poder dar a los demás, arrancándonos el pan de nuestra propia pobreza.

Del Canto no pudo evitar una mueca sardónica.

—Vuelva a la realidad, monseñor, no está predicando en el púlpito —le observó.

—Perdóneme, pero es una verdad que debo repetir siempre y que hoy adquiere matices de mayor patetismo, porque estoy exponiéndosela a usted…, al hombre que exige a nuestras parroquias terribles contribuciones que ellas no pueden cubrir.

—Yo no soy quien impongo las contribuciones —le opuso Del Canto con cautela, tratando de adivinar qué perseguía el sacerdote.

—Aunque afirme lo contrario, sé que de usted provienen las órdenes —insistió Del Valle con aspereza, que se apresuró a corregir adoptando un aire suplicante—. Es por eso que me he honrado en recibirlo en nuestro convento, para suplicarle que tenga la generosidad de rebajar a la mitad las cuotas de alimentos que nos han asignado los alcaldes de Tarma, Jauja, La Concepción y Huancayo.

El jefe militar lo miró de frente al rostro, sin disimular el desagrado que le producía la farsa que su interlocutor estaba desarrollando. Después de una larga pausa, le respondió:

—No puedo, monseñor.

El rostro del prelado se petrificó y perdió todo vestigio de la humildad que había fingido.

—¿Ha meditado bien su respuesta, coronel? —dijo.

—Perfectamente, monseñor —le contestó el coronel en son de desafío, pero sin perder la serenidad—. No puedo rebajarles las cuotas, como no podría hacerlo ni aun el general en jefe de nuestro ejército, porque ése es un asunto de la exclusiva competencia de los alcaldes de los pueblos. Nosotros exigimos a ellos víveres para nuestras tropas, ellos los reclaman a quienes saben que los poseen.

El arzobispo se puso de pie con extremada lentitud y miró con odio al coronel.

—Luego, ¿se niega usted a disponer que se nos disminuyan las insoportables contribuciones de guerra? —le dijo con acento silbante.

Del Canto permaneció deliberadamente sentado y le contestó sin inmutarse:

—Simplemente, me declaro incompetente para intervenir en ese asunto.

—También podría yo declararme incompetente para evitar ciertas situaciones peligrosas…, como podría ser un levantamiento indio, por ejemplo.

Entonces sí que el jefe chileno se puso de pie y enfrentó al prelado.

—Los levantamientos indios los atajaremos nosotros mismos, sin llegar a pedirle ayuda a su Señoría Ilustrísima —le replicó, altanero.

Durante unos segundos pareció que el religioso iba a dar rienda suelta a su carácter despótico, pero se reportó y puso término a la entrevista.

—Coronel, no quiero molestar su atención ni un instante más. He oído su respuesta y la recordaré. Deseo que usted también recuerde lo que yo he dicho en esta conferencia. Mi secretario, el padre Benvenuto, lo acompañará hasta la puerta del convento. ¡Vaya con Dios!

Pese a la seguridad que había demostrado en el curso de la entrevista, el coronel Del Canto regresó a La Concepción profundamente preocupado. Por precaución, aquella noche hizo doblar la guardia que envolvía al pueblo y personalmente efectuó una ronda a medianoche y otra en la madrugada. Al día siguiente, llamó a su presencia al mayor Quintavalla y lo previno contra una posible sorpresa venida de las montañas; enseguida, reunió a su escolta y emprendió viaje de regreso a Huancayo. Ya no se atrevía a bajar a Lima, dejando acéfala la división que operaba en la sierra.

Al mediodía, entró en Huanhuas. Apenas echó pie a tierra advirtió que la aldea estaba totalmente abandonada. Se volvía hacia sus ayudantes MacCutcheon y Villota cuando, sordo y lejano, empezó a oírse el redoblar de ásperos tambores.

Tanto el coronel como los integrantes de su escolta levantaron

las miradas hacia el filo de los cerros y quedaron paralizados. Las crestas de los cerros de todo el contorno se veían llenas de indios, extendidos en un largo rosario que circundaba la aldea.

«¡La amenaza del arzobispo! —pensó Del Canto—. Ya todos los pueblos de esta comarca deben haber recibido su orden de levantarse en armas».

Al saberse observados, los millares de indios comenzaron a brincar, agitando sus lanzas.

—Desde la altura, tienen que haberse dado cuenta de que somos casi una compañía completa y no se atreverán a atacarnos —Del Canto tranquilizó a sus acompañantes—. En cambio, las que pueden correr peligro son las patrullas pequeñas que recorren los caminos. Hay que apresurarse a prevenirlos y ordenarles que se acojan al amparo de las guarniciones numerosas. ¡Todo el mundo a caballo nuevamente! ¡Vamos a Huancayo al galope!

Desde el momento en que el retumbar de los tambores sorprendió al coronel Del Canto en Huanhuas, la sierra entera a lo largo de la línea de ocupación pareció entrar en erupción. El levantamiento indio se hacía sentir en todas las guarniciones. Pero el primer ataque no se produjo en las proximidades de La Concepción, como lo temiera Del Canto, sino que afectó a una de las guarniciones menos numerosas de la línea, la que custodiaba el puente de Huayucachi, doce kilómetros al suroeste de Huancayo.

Eran las nueve de una noche oscura y lluviosa, y el jefe del cantón, capitán Alejandro Guzmán, había autorizado al piquete de hombres que estaban bajo sus órdenes para que se recogiera a dormir. El asalto fue inesperado y extremadamente violento. Los soldados despertaron al estrépito infernal de nutridas descargas de fusilería, mezcladas con el estridente chillerío de los indios.

El capitán Guzmán salió inmediatamente al exterior, seguido por sus hombres. Los fulgores de los fogonazos le permitieron ver que había una numerosa masa de indios en la cabecera opuesta del puente e iba a dar orden a sus hombres de cargar contra ellos, cuando advirtió también que bajo el puente se veían moverse grandes luces. Uno de sus hombres dio la alarma:

—¡Están incendiando los machones para cortar el puente!

Los puntales no empezaban a arder aún, de modo que el puente seguía siendo transitable.

—¡Hay que barrer a los enemigos antes de que logren incendiarlo! —rugió Guzmán y, desenvainando su sable, avanzó gritando—: ¡Calar bayoneta y a la carga! ¡Que no quede ninguno de esos macacos sobre el puente!

Cuatro veces cargaron los soldados del «2.º de Línea», guiados por su capitán, y en cada uno de sus asaltos el puente quedaba sembrado de muertos. Eran las doce de la noche cuando se restableció la calma. El capitán Guzmán y sus hombres volvieron cautelosamente a la casucha levantada en la cabecera oriente. Allí estaban los dos heridos, no habiendo muerto ninguno de los combatientes.

El capitán Guzmán caminaba meditabundo por el puente.

Pensaba en la extraña conducta que había observado en los indios: los nativos avanzaban alocadamente contra los fusileros, como si buscaran la muerte en forma deliberada. De igual manera, los heridos se echaban a rodar por el puente, de modo notorio, suicidándose en el río. Pero existía otro detalle que quiso confirmar, consultando al sargento que caminaba a su lado.

—A ver, sargento, sáqueme de una duda —le dijo—. ¿Vio usted a un blanco dirigiendo a los indios?

El suboficial hizo un gesto afirmativo.

—Un fraile, ¿verdad? —aventuró el oficial.

—Un franciscano, capitán. Lo juraría.

Súbitamente surgieron unos gritos de socorro en la casucha donde habían quedado los dos heridos: una sombra salía de manera precipitada del recinto y echaba a correr, alejándose hacia los cerros.

—¡Mire, mi capitán! —alcanzó a gritar el sargento, señalándolo —. ¡*Hey* va el cura! ¿Lo tumbo de un balazo?

El oficial alcanzó a bajarle el cañón del fusil, que ya había enfocado sobre la sombra que huía.

—¡No, es un sacerdote! ¡Persíganlo y tráiganmelo vivo!

Todos los soldados echaron a correr tras el fugitivo, conminándolo a detenerse.

La figura envuelta en flotantes hábitos se alejó a saltos diluyéndose en la oscuridad. Los soldados organizaron la persecución diseminándose por la orilla del río, de modo de abarcar el mayor terreno posible, mientras el capitán Guzmán entraba a la

casucha para ver si los heridos habían sido dañados. Retiró el farol de la puerta y examinaba a los dos hombres, cuando, a través de las mal ensambladas tablas de la choza, advirtió un súbito y amplio fulgor rojizo en la cabecera del puente sobre la otra orilla.

De un salto estuvo fuera de la casucha y avanzó corriendo por los maderos, confirmando sus sospechas. Un muro de llamas surgía del cabezal del puente, abarcándolo en toda su anchura. Detrás de ellas se veían moverse a numerosísimos indios. El capitán levantó su pistola y disparó contra los más visibles. Pero comprendió que él solo no conseguiría ahuyentarlos. Llamó a gritos a sus hombres, pero fueron inútiles los esfuerzos que hicieron para sofocar las llamas con sus mantas. Éstas habían tomado demasiado incremento y devoraban las bases del puente. Un primer crujido de los puntales les advirtió el peligro que corrían en aquel lugar y corrieron como desalados hacia la tierra firme. Apenas habían alcanzado a llegar hasta la orilla del río, cuando la armazón de maderos se hundió.

Al día siguiente, el coronel Del Canto recibió el informe correspondiente. El capitán Alejandro Guzmán se había visto obligado a replegarse con sus hombres al pueblo del Huyacachi, desde donde envió al teniente Maluenda a rendir cuenta del hecho y a pedir refuerzos. Lo que más impresionó al comandante del ejército expedicionario fue la frase final del parte redactado por Guzmán: «Las bandas indias, según nos pareció a varios, iban mandadas por un sacerdote».

Al día siguiente, el teniente Francisco Benavides partía con una compañía del «Lautaro» a reforzar a un destacamento del «Chacabuco» atacado por una montonera en la aldea de Pasos. Después de tres horas de marcha, cerca de Ñahuimpuquio, los exploradores que precedían a la columna dieron la alarma. Los cerros que bordeaban el camino estaban coronados de largas hileras de indios. Pero hubo un detalle que atrajo especialmente la atención del teniente Benavides, quien al principio no quiso dar crédito a sus ojos y requirió la ayuda de sus prismáticos de campaña. En el extremo más próximo de la hilera central de indios, se observaba una figura alta, cubierta por flotantes vestiduras de color marrón. Era, sin lugar a dudas, un fraile franciscano.

—¡Adelante, lautaros! —alentó el teniente a sus soldados, y añadió—: ¡Una mención especial en su hoja de servicios para quien

capture a ese cura que guía a los indios!

Horas más tarde, el coronel Del Canto recibió el parte sobre la acción. El teniente Benavides con su compañía había deshecho a la montonera de doscientos cincuenta hombres emboscada en la cuesta de Pasos. Y, como en el caso anterior, este oficial agregaba: «Perseguido muy de cerca por mis hombres, el que comandaba a la montonera se escabulló por las asperezas de la montaña, montando en un macho de gran alzada. En nuestra opinión, se trataba de un sacerdote».

Una ininterrumpida sucesión de comunicados, venidos de distintas regiones colindantes con Huancayo, empezó a abrumar al coronel Del Canto.

El día 8 se recibió en el cuartel general de Huancayo un parte que explicaba por qué en algunos casos los indios vestían uniformes chilenos. Un convoy de bagajes había sido asaltado durante el cruce de la cordillera cerca de Oroya, por una montonera dirigida por un jinete que parecía ser un fraile franciscano.

La sierra estaba ardiendo en todo el contorno de Huancayo, especialmente en las cercanías del puente de Izcuchaca, posición extrema del ejército de Cáceres. El mayor Roberto Bell, encargado de las custodias de los pueblos Ñahuimpuquio y Acostambo, ubicados en esa comarca, mantenía a sus carabineros constantemente sobre las armas. Al anochecer del 10 de marzo, cuando regresaba con la mitad de su escuadrón de explorar los contornos de Ñahuimpuquio, descubrieron que los montes que envolvían al caserío de Acostambo estaban llenos de indios. Como el intrépido oficial había dejado en aquel punto a la otra mitad de su escuadrón, ordenó una carga a la desesperada, para reunir la totalidad de su fuerza. Fue aquélla una matanza horrible, como lo explicó en el parte que pasó al día siguiente al coronel Del Canto. Tres mil indios aproximadamente se descolgaron sobre Acostambo, y un menos de cuatrocientos de ellos iban vestidos con uniformes chilenos. Aquello demostraba que los montoneros habían conseguido apoderarse de otro convoy de bagajes en la cordillera occidental.

Los carabineros del mayor Bell estuvieron en un gravísimo aprieto, pues los indios luchaban como suicidas. La refriega duró cuatro horas, durante las cuales los carabineros y los chacabucos

que acudieron después dispararon hasta que los cañones de sus armas les quemaban las manos. Finalmente, cuando consiguieron poner en fuga a los atacantes, por boca de un prisionero supieron la razón del ardor suicida de los indios. Ese día era Viernes Santo y los curas les habían prometido que los que murieran irían directamente al cielo.

—¡Miserables! —barbotó Del Canto—. ¿Y se consiguió atrapar a alguno de los que mandaban el ataque?

—Sí, mi coronel; esta vez sí. Mataron a uno de ellos —le respondió el enviado del mayor Bell—: el cura párroco de Ñahuimpuquio. Mi mayor Bell me ordenó traer el cadáver cruzado sobre una mula. Sírvase mirar por la ventana y lo verá, mi coronel.

Del Canto obedeció la indicación. Frente a la puerta del cuartel había una mula, rodeada por impresionados soldados. Sobre la bestia se veía cruzado un bulto negro.

—¡Un fraile! —exclamó escalofriado.

Aquel hecho fue la rotunda comprobación del papel directivo que el clero serrano había tomado en el levantamiento indio y obligó a decidirse al coronel Del Canto. La insurrección era cada vez más notoria en las proximidades del puente de Izcuchaca, más allá del cual montaban guardia las fuerzas del general Cáceres, que se suponían en reorganización. Era forzoso hacer algo definitivo antes de que el «Brujo de los Andes» se sumara al levantamiento.

—Las guarniciones de Ñahuimpuquio, Acostambo y Tongos están viviendo con las vidas prestadas, mi coronel —le había informado el coronel Robles hacía unas horas—. No pueden abandonar el fusil ni de día ni de noche.

Del Canto tuvo que reconocer que era la estricta verdad. Y todo le hacía suponer que el ataque general debía producirse muy pronto. Su decisión fue acortar la línea para poder resistir el choque. Ordenó que las guarniciones de Acostambo y Ñahuimpuquio se replegaran sobre Pucará y Huayacachi, y pidió a Lima el envío urgente de más batallones. Al mismo tiempo, determinó que el batallón «Santiago» y los ciento cincuenta hombres del «7.º de Línea» que guarnecían Junín descendieran al sur a marchas forzadas. Su propósito, expresado en una junta de comandantes, era atacar el foco de la insurrección; es decir, la madriguera del arzobispo Del Valle. Por boca de algunos

prisioneros, sabía que el prelado se hallaba en esos días en su hacienda Huari, ubicada al sureste de Huancayo, frente a Marcavalle.

Los comandantes quedaron profundamente impresionados al oírle expresar su plan. Varios eran fervientes católicos y consideraban un sacrilegio atacar a tan alto dignatario de la Iglesia. Pero el comandante en jefe mantuvo su resolución.

—Como no deseo cargar la conciencia de ninguno de ustedes —expresó—, he entregado al azar determinar cuál deberá comandar la expedición punitiva.

El ayudante Irarrázaval había escrito los nombres de todos los comandantes en trozos de papel y los revolvió dentro de una caja. El comandante del «Chacabuco», Marcial Pinto Agüero, fue encargado de sacar uno. Los rostros de los demás estaban tensos cuando leyó el nombre escrito en el papel.

—Comandante Manuel Barahona.

El jefe artillero tragó aire varias veces antes de poder sacar la voz.

—Mi coronel…, soy católico… —intentó protestar.

—Lo siento, Barahona. Debe pensar que el arzobispo ha dejado de presentarse como jefe de la Iglesia serrana para convertirse en el caudillo de las bárbaras montoneras indias. Pero, para tranquilidad suya, le diré que su misión consistirá en respetar la vida del prelado, si lo encontrara; deshaciendo, en cambio, sus casas y las montoneras que se amparan en la hacienda Huari.

El comandante Barahona tuvo que someterse. Partió al día siguiente hacia la montaña sureste con una compañía del «Chacabuco», otra del «2.º de Línea», una tercera del «Lautaro» y un escuadrón del «Carabineros».

—Rodee y extermine a todas las huestes del arzobispo, aunque tenga que arrasar pueblos enteros —fue la drástica orden del coronel Del Canto.

El jefe superior acababa de enterarse de que el levantamiento indio abarcaba ya la zona norte, comprendida entre La Concepción y Oroya.

El mayor Rodríguez abandonó su catre de campaña al oír el paso de las tropas por el costado de la plaza de Huancayo. Su ordenanza lo halló minutos más tarde vistiéndose con dificultad y mirando por la ventana.

—No soporto más esta inactividad, Acosta —le dijo.

—¿Y acaso cree que va a poder ir a *peliar*, mi capi? ¿No se ha visto lo flaco y «ñecla» que está? Hace apenas unos días que se le fue la fiebre y ya quiere montar a caballo. ¡Habráse visto!

Pero el oficial no quería escuchar sus razones.

—¿Adonde marchaban esos batallones? ¿Al norte?…

—No, mi capi; al sur, a combatir a las montoneras del arzobispo.

El explorador decidió regresar al camastro. Su anhelo era ir hacia el norte.

—¡Qué majadería! —exclamó, tumbándose malhumorado—. ¡Tener que aguantarme aquí sin noticias!

—¿Noticias de dónde, mi capi?

El oficial adivinó que Acosta sabía algo que no se atrevía a desembuchar.

—De Jauja, de Tarma, de Oroya —le especificó, espiando sus ojos.

—Hoy llegaron informaciones de esos pueblos, mi mayor —le confesó el soldado con pravedad—. Pero no le van a gustar *na* a *usté*. Se levantaron los indios entre La Concepción y Jauja. Tuvo que salir a batirlos mi coronel Juan Antonio Fuenzalida con tres compañías del «3.º de Línea» y cincuenta carabineros.

—¡Ojalá Leonora haya logrado pasar más allá de Jauja! —dejó escapar Rodríguez con ansiedad.

—También se levantaron los indios más al norte, mi mayor.

—¿Qué estás diciendo?…

El explorador se sentó rígidamente en la cama y aferró al soldado de un brazo.

—El teniente Figueroa, con una compañía del «3.º de Línea», se vio envuelto por los guerrilleros entre Jauja y Oroya. Tuvo que luchar una hora para abrirse paso de regreso a Jauja. Pero hay algo peor. Las bandas indias que han estado asaltando a los convoyes de bagajes obligaron al jefe de la guarnición de Oroya a suspender el tránsito por la cordillera hacia Lima.

—¿Entonces… el pelotón de soldaderas con las cuales viajaban

Leonora y Elcira…?

El ordenanza desvió el rostro:

—De seguro que han tenido que quedarse en este lado de la cordillera, refugiadas en Oroya, Tarma o Jauja, mi mayor —contestó.

Rodríguez no dijo nada, pero pensó en la posibilidad más cierta: que las mujeres hubieran caído en poder de los montoneros, como les ocurrió a los convoyes de bagajes.

Pero el pelotón de soldaderas había escapado a esa suerte por un capricho del destino. Los burros que las cargaban, quebrantados por el maltrato de las largas campañas, hicieron el recorrido en el doble tiempo que lo calculado. Cruzaban apenas la aldea de Huanchac, cuando se difundió la noticia de que el paso de la cordillera estaba interceptado por las montoneras indias. La corta hilera de mujeres cubiertas de polvo estaba detenida junto a un abrevadero cuando se vio venir, desde el sur, a un piquete de caballería, que avanzaba al galope rápido. El sargento que comandaba la escolta de las mujeres no tardó en reconocer al coronel Juan Antonio Gutiérrez, jefe de los infantes del «3.º de Línea». Y se puso en el medio de la calle, con la esperanza de detener a los jinetes que se dirigían a cruzar la cordillera y poder hacerlo en su compañía. No era plato agradable para él trasmontar las cumbres con tantas mujeres y con apenas diez hombres para protegerlas. Pero las primeras palabras que cruzó con el coronel Gutiérrez fueron suficientes para matar su esperanza.

—Tendrán que recogerse a toda prisa en el pueblo más cercano donde haya una guarnición fuerte. El paso cordillerano está cortado por los montoneros. Hay orden de que nadie se aventure por él. Sólo lo cruzarán los destacamentos militares que vayan poderosamente armados.

La información provocó agitado revuelo entre las cantineras y camaradas que, después de verse separadas de sus hombres, temían quedar abandonadas a mitad del camino. Todas rodearon el caballo del coronel, protestando con términos gruesos, aprendidos en la convivencia con los soldados.

¡Silencio, señoras! —las acalló duramente el jefe—. ¡No están ustedes en sus casas, ni dirigiéndose a sus hombres, a los que pueden gruñirles hasta cansarse! El asunto es uno y bien claro: no pueden cruzar la cordillera, porque los indios están apostados en los

desfiladeros y asaltan a todo el que se atreve a pasar. Ya han saqueado a dos convoyes militares, que transportaban uniformes y municiones.

Leonora, que se había mantenido a cierta distancia, descubrió su rostro y habló al coronel serenamente:

—Perdone usted, pero la situación en que vamos a quedar es difícil, señor. ¿Cómo y dónde podremos refugiarnos?…

El jefe de los terceros la observó con extrañeza, pero no disponía de tiempo para averiguar qué hacía esa dama entre esas mujeres rudas.

—Si me piden mi opinión, les aconsejo ir a Tarma. Allá encontrarán más tranquilidad y mejores posibilidades de subsistir.

—¡Claro! ¡Fácil es aconsejar! —saltó frenéticamente una de las soldaderas—. Pero de qué vamos a vivir, díganos usted.

—¡Déjeme terminar, por los mil demonios! —bramó otra vez el coronel—. Iba a informarles que existe el propósito de trasladar a Tarma a los heridos y enfermos que están en condiciones de viajar y también en ese pueblo se establecerá una parte de la Intendencia para dedicarse a la fabricación de vendas, uniformes y ojotas para los soldados que luchan en el sur. Si ustedes van allá a confeccionar camisas, calzoncillos, calcetines y ojotas de cuero de buey, la Intendencia les dará alojamiento y rancho.

Las mujeres siguieron refunfuñando, aunque ya algo apaciguadas. Leonora aprovechó esa pausa para preguntar al coronel:

—¿Realmente no existe ninguna posibilidad de cruzar la cordillera, aprovechando el viaje de algún destacamento, señor?

—Ningún soldado la cruzará en el sentido que a ustedes les conviene, señorita. Todo lo contrario, mi coronel Del Canto está pidiendo urgentemente que le manden más tropas desde Lima.

—En ese caso, no nos queda más que resignarnos y buscar refugio en Tarma.

—Y lo más pronto posible, señorita. El alzamiento indio es cada día más intenso; ya se nos aparecen por todos los caminos y no queda sitio libre de peligro. Den media vuelta y encamínense rápidamente a Tarma. Usen la ruta más corta que va por Casa Blanca hasta Chiquishuari.

—Eso haremos, mi coronel —acató el sargento, que había

escuchado la indicación, y se movilizó ordenando a sus hombres que rehicieran la formación.

El coronel indicó a sus jinetes que reemprendieran la marcha hacia Oroya y se despidió de las soldaderas, deseándoles suerte.

Apenas el piquete se perdió hacia el norte, las mujeres volvieron a montar en sus borricos y el sargento las guió hacia el sur.

—Parece cosa de la fatalidad, Leonorcita —comentó Elcira, una vez en marcha—. No vamos a llegar a Lima, como era su deseo. Aunque, pensándolo bien, se me ocurre que usted no tiene deseos sinceros de alejarse de la sierra, y a mí…, a mí me da lo *mesmo*.

Leonora se alzó de hombros con cansada resignación.

—Después de tantas emociones, también a mí me da igual, mujer. Lo único que anhelo es hallar un poco de paz en Tarma.

Después, siguieron cabalgando en silencio.

Hacía media hora que descendían hacia el sur, cuando las agentes observaron que los soldados de la escolta iban quedándose atrás y comentaban entre ellos con aspectos preocupados. Por fin el sargento pareció tomar un partido y condujo a las bestias fuera del camino deteniéndolas tras unos matorrales. Con ademanes perentorios, obligó a las mujeres a guardar silencio y esperó, espiando el camino a través de las ramas. No pasó mucho rato sin que las agentes descubrieran el motivo que había preocupado a los hombres. Éste era una numerosa tropilla de jinetes que ocupaba la ruta ahora, viniendo en sentido contrario. Con gran alivio, comprobaron, cuando el destacamento estuvo más próximo, que los jinetes eran soldados chilenos.

El sargento, habiendo distinguido además el estandarte escarlata con una gran estrella dorada al centro, no siguió cuidándose de esconderse. Lejos de eso, se asomó al camino diciendo:

—No hay cuidado, se trata de una compañía del «Batallón de los Pijes».

Las soldaderas salieron del amparo de los matorrales refunfuñando, molestas. Al oír mentar al «7.º de Línea», Elcira guió al borrico que montaban Leonora y ella hasta el borde del camino. Tenía la esperanza de ver pasar a algún oficial conocido.

—Cuando los encontramos en Leticia, iban hacia Junín —recordó Leonora—. Deben ser los mismos que ahora regresan al sur.

Observando cuidadosamente a través de la juntura de los mantos

que les envolvían las cabezas, esperaron el paso de los ciento cincuenta séptimos. Al primero que reconocieron fue al teniente Santa María, que cabalgaba sobre un mampato terroso. Detrás venía el capitán Pinto Concha y enseguida el teniente Vicente Calvo.

—¡Adiós, adiós! —les gritó Elcira, agitando la diestra.

—¡Adiós!… —le respondieron, sin reconocer a ninguna de las dos.

Finalmente vieron a Alberto del Solar, que cabalgaba con su bestia emparejada a la de un capitán. Leonora se abrió un poco el rebozo y lo llamó por su nombre. El oficial abrió desmesuradamente los ojos al reconocerla y no atinó a saludarla, sino que les gritó apresuradamente:

—¡Salgan de esta comarca! ¡Los indios se están revolucionando!

—¿Adónde van ustedes? —alcanzó a preguntarle la joven.

—¡A reforzar las tropas de La Concepción! —le contestó el teniente volviéndose sobre su montura.

¡No se rezague, teniente! —le advirtió el capitán.

Del Solar hizo un gesto de impotencia, vuelto hacia las mujeres.

¡Refúgiense en Tarma y, por Dios santo, no se alejen del cuartel militar! —les gritó.

Las dos agentes agitaron sus diestras con tristeza, despidiéndose del oficial.

La columna de los séptimos se alejaba por el camino y pronto no fue más que una nubecilla de polvo la que se vio en la distancia.

La escolta de terceros volvió a echarse sobre la senda y el pelotón de mujeres partió al trote en busca del camino a Tarma. Afortunadamente, no tuvieron ningún mal encuentro y entraron al pueblo cuando caían las primeras sombras.

11

Con el levantamiento de las tribus indias vecinas a los pueblos de Jauja, Tarma y Oroya, se completaba la insurrección total de la sierra. En consecuencia, el ejército expedicionario del coronel Del Canto quedaba encerrado en el angosto valle que se extiende entre Izcuchaca y Oroya, pues todo hacía presumir que las dos salidas estaban copadas por el enemigo.

El jefe chileno no temía por sus fuerzas, por el momento, pero calculaba que la prolongación de ese estado de cosas conduciría al aniquilamiento paulatino del ejército.

El coronel Del Canto mantenía una última esperanza: que la expedición que había mandado a la hacienda Huari, de propiedad del arzobispo Del Valle, consiguiera destruir ese foco de montoneras, y, si era posible, apresara al prelado rebelde. Pero aunque aguardó durante cuatro días el regreso del comandante Manuel Barahona con su destacamento, ni siquiera recibió noticias de ellos. Su inquietud creció a tal extremo que no fue capaz de contenerse más y empezó a mandar partidas exploradoras sobre la ruta de Huari, exponiendo a los soldados a caer en emboscadas. Afortunadamente, los exploradores fueron regresando en forma intermitente, pero coincidiendo todos en la misma información. Habían avistado a la distancia a numerosas bandas de indios armados, que desfilaban por ambos flancos de Huancayo, en dirección al oeste.

—¿Y a dónde van esos indios? —fue la pregunta capital que hizo Del Canto a todos sus informantes.

La respuesta era una sola: los indios se encaminaban a cruzar el río Mantaro, para regresar a sus antiguos pueblos, ubicados al lado derecho del río.

El jefe chileno se devanaba el cerebro tratando de adivinar el significado de aquel éxodo en masa. ¿Terminaba la insurrección, o después de haber aniquilado a la columna de Barahona, regresaban los nativos a esconderse en sus pueblos, satisfechos de la victoria? Nadie supo darle una explicación definitiva.

—¿Qué pueblos hay al otro lado del Mantaro? —consultó el coronel a uno de ellos.

—Existen docenas entre los montes de la margen opuesta, mi coronel —lo ilustró el interrogado—. La ribera derecha del río, desde Jauja al sur, ha sido siempre señorío de los indios.

Tampoco este dato dio claridad a Del Canto, y siguió sumido en conjeturas.

El jefe del ejército expedicionario sufrió dos días más de angustia, y en la noche del segundo se paseaba enervado por su pieza del cuartel, cuando entró como una tromba su ayudante Galo Irarrázaval.

—¡Mi coronel, acaba de regresar a Huancayo el destacamento del comandante Barahona! —le participó precipitadamente.

—¿A esta hora?… ¿Por qué han marchado de noche?…

—No sé responderle, mi coronel. Los centinelas han venido a comunicar solamente la llegada de la división.

Del Canto esperó en la comandancia mordiéndose los nudillos, y cuando tuvo ante él a Barahona, lo abrumó a preguntas que el cansado jefe de artilleros apenas alcanzaba a responder.

—Han jugado con nosotros, mi coronel, una astucia verdaderamente increíble —comenzó diciéndole.

—¿Cómo así, Barahona? ¿No hallaron en la hacienda de Huari al arzobispo y sus montoneros?

—No encontramos a nadie, mi coronel. Estaban todos, sin duda, pero nosotros no pudimos ver jamás a ninguno.

—Pero ¿cómo diablos es eso?

Barahona fue narrándole despaciosamente la extraña aventura que habían vivido. Los invisibles enemigos los dejaron internarse hasta las grandes casas de la hacienda, pero cuando estaban ya a una distancia de dos kilómetros de ellas, las vieron arder por los cuatro costados. Y al llegar junto a las armazones humeantes, no distinguieron por los contornos ni a un ser humano, ni a un bicho siquiera que se moviera. Igual cosa les ocurrió cada vez que se

acercaron a bodegas, galpones, corrales o simples cobertizos que existían dentro de la inmensa hacienda. Ardían todas, sin que jamás pudieran advertir qué manos ocultas les prendían fuego. Después, cuando se internaron en los rincones más lejanos de la estancia, lo que ocurrió fue peor: cubrieron de llamas las sementeras, los cercos de zarzas y hasta los bosquecillos.

—Ahogados por el calor de los incendios, muy pronto nos agobió la sed —prosiguió Barahona—, y cuando buscamos agua, no la hallamos por parte alguna. Otras manos invisibles habían desviado los arroyos y secado los pozos. En las charcas que no pudieron enjutar, sobrenadaban animales muertos. Me vi obligado a prohibir a los hombres que bebieran allí, por temor a que las aguas estuvieran envenenadas.

—¿De modo que su expedición fue un fracaso completo, que el condenado arzobispo se burló de ustedes? —preguntó Del Canto.

—No alcanzó a ser un fracaso por una verdadera casualidad —se defendió el comandante—. Me disponía a dar la orden de regreso cuando uno de mis exploradores descubrió las huellas de un gran número de animales y logró dar con un pequeño valle totalmente cerrado entre los montes al que se entra por un angosto paso. Allí dentro había unos doscientos vacunos y unos cuatro mil carneros.

—¿Solos? ¿Sin nadie que los cuidara?…

—Si había arrieros pastoreándolos, también supieron hacerse invisibles a nuestros ojos —confesó el comandante algo avergonzado; y concluyó en voz baja—: hemos traído los animales; ellos son el único resultado de nuestra campeada.

—¡Es absurdo, increíble! —discurrió Del Canto con rabia—. ¡Un arzobispo que hace pases mágicos sobre millares de indios y los convierte en seres invisibles! ¡Oh comandante Barahona! ¿No le parece excesivo para las entendederas de un hombre civilizado?

Barahona sintió la afrenta. Hablando con vehemencia, se arriesgó a revelar al coronel cosas que no le había dicho.

—Aunque sea duro de tragar, todo fue peor que lo que le cuento. Estábamos solos, comprobadamente solos, y, sin embargo, apenas nos cubría la oscuridad y encendíamos las fogatas del vivac, los montes parecían llenarse de enemigos, que acribillaban las hogueras con sus disparos. Tuve que reducirme a no encender más fuegos nocturnos, para que no nos hicieran harneros.

—¿Y esos indios dónde están ahora, dónde viven o se albergan, si es que incendiaron sus casas, sus sementeras, todo lo que poseían? —preguntaba incrédulo Del Canto.

—Allá no han podido seguir viviendo, lo arrasaron todo —se limitó a decir el comandante.

Fue entonces cuando el coronel recordó los extraños informes que le habían venido dando sus exploradores en los días recientemente pasados.

—¡Las bandas indias que han estado cruzando a la otra orilla del Mantaro! —exclamó poniéndose de pie. Los indios y montoneros que incendiaron la hacienda del arzobispo se habían trasladado a la otra orilla del río, regresando a sus antiguos pueblos.

—Pues bien, si ellos se han marchado allá, nosotros iremos a buscarlos a sus madrigueras —dijo como hablando para sí mismo—. Esta situación no puede seguir. —Alzando el rostro hacia Barahona, agregó con los ojos brillantes de excitación—: Daremos una arremetida con todos los elementos de nuestro ejército sobre los pueblos de la otra orilla. Los asaltaremos desde el norte, el centro y el sur; y no dejaremos ni un montonero, ni un indio vivo. Tendrá que ser la carga más despiadada y sin cuartel. Limpiaremos la ribera derecha del Mantaro a sangre y fuego. Es la única solución.

Pero, a pesar de las exasperadas órdenes del coronel, éstas no pudieron ser puestas inmediatamente en práctica por el desconocimiento absoluto de la comarca allende el Mantaro. Era aquélla una franja de terreno vedada para el hombre blanco, en la cual, desde tiempos inmemoriales, prevalecían los indios. Sus pueblos se escondían entre desfiladeros y hondonadas abiertas en lo más áspero de la cordillera occidental. Por otra parte, durante la retirada del general Cáceres hacia Ayacucho, éste había ordenado que los puentes que franqueaban el paso sobre el Mantaro hacia el territorio indio fueran destruidos. La primera preocupación del coronel Del Canto debió ser, pues, la reparación de los puentes claves: el de Huaripampa, al norte; el de Chongos, al centro, y el de La Mejorada, en el sur. Encargado de reparar el primero de ellos fue el jefe de la guarnición de Jauja, coronel Gutiérrez, al mando del batallón «3.º de Línea». El del centro lo compondría el comandante Manuel Barahona, con sus artilleros. Y el del sur sería rehecho por los hombres del «Lautaro», bajo la dirección de su comandante,

Eulogio Robles.

El simplísimo plan que el coronel Del Canto pensaba poner en práctica fue explicado en pocas palabras a los diversos comandantes y comenzó a realizarse al pie de la letra. Aguzando el ingenio al máximo y exigiendo los mayores esfuerzos a sus soldados, los tres comandantes encargados de la operación ocuparon sus puntos de partida en los sitios donde estaban los restos de los puentes vitales. El coronel Gutiérrez logró remachar nuevamente las siete cadenas del de Huaripampa, pese a la fusilería sostenida de los montoneros, y cruzó el Mantaro el 7 de abril. El comandante Barahona no logró reparar el puente de Chongos, pero descubrió un vado para atrapar a su gente. Entró en territorio enemigo el 8 de abril. El comandante Robles hizo cruzar el río a nado a un cabo y un soldado; luego les envió el extremo de un cordelillo atado al cuello del perro mascota del «Lautaro», y prendido a ese hilo, pasó un cable de Manila de dos pulgadas y media y dos cables de alambre. Tensados éstos, se los utilizó como andarivel resbaladizo, por el que, mediante un aro metálico, pasaron los lautaros, uno tras otro, seguidos por cincuenta hombres del «Carabineros», cuyos caballos atravesaron el torrente a nado. El 9 de abril, esta fracción se encontraba también en tierra enemiga. Y comenzó entonces la terrible batida contra los serranos. Avanzando los batallones del sur y del norte, arrasaron todos los poblados, les prendieron fuego y empujaron a los pobladores hacia el centro, en donde esperaban el «2.º de Línea» y los artilleros de Barahona.

Coica, Huacrapuquio, Chongos Bajos, Iscos, Chupaca, Alhuac, Ocrotuna, San Jerónimo, Aco y Mito fueron los pueblos devastados por el sur. Huaripampa, Moquiyauyo, Huancani y Sincos quedaron reducidos a cenizas en el norte, al golpe frenético de los jinetes chilenos.

Como turba enloquecida de pavor, los pobladores de toda la extensa región se amontonaron en el centro. Ahí cayó sobre ellos el golpe aplastante de los batallones de Barahona. Mientras éstos los exterminaban sin piedad, el coronel Gutiérrez atrapaba a tres importantes personajes del enemigo; el comandante Vicente Samaniego, jefe de la montonera «Libertad», y sus dos ayudantes, Enrique Rosado y Tomás Putano. Habiendo sido apresados cuando disparaban sobre la columna, la sentencia de Gutiérrez fue

inmediata y rotunda:

—¡Sáquenlos a la calle y fusílenlos al momento!

Como los condenados intentaran pedir clemencia, los acalló, furioso:

—¡A estos bandidos hay que fundirlos de un golpe! ¡Fusílenlos, he dicho! Seguiremos nuestra marcha en diez minutos más.

La nutrida descarga que abatió a los sentenciados sirvió como señal para que la columna reemprendiera su avance. El procedimiento de las fuerzas de Gutiérrez se repitió igual, una y otra vez.

No fue menos drástico el coronel Robles, que avanzaba desde el sur, en sus procedimientos. Estando ya muy cerca de Chongos, cayeron en su poder siete guerrilleros enemigos, dos de los cuales eran blancos y cabecillas. Sin esperar orden alguna, los ayudantes de Robles colocaron a los siete cautivos contra un paredón frente al pelotón de fusilamiento.

Sin embargo, cuando Robles los observó, atrajo su atención la soberbia actitud de los dos jefes blancos.

—¡Hum!, sería interesante enterarnos de la identidad de esos hombres, antes de pasarlos por las armas, ¿no cree usted? —consultó con su ayudante. Y señalando con la diestra al más insignificante de los prisioneros, que en forma notoria se estremecía de miedo, le ordenó—: Tráigame a ese cholo.

El montonero se acercó con el rostro plomizo por el miedo e intentó arrodillarse a los pies del comandante.

—Por piedad, perdóname la vida —le suplicó—. No soy más que un hombre que ha obedecido órdenes. Señor, castígame en cualquier forma, pero no me hagas fusilar —gimió el indio—. Entraré al servicio de ustedes, les daré toda clase de informaciones, pero perdóname la vida.

—Bien, vamos a pensarlo. Por el momento, comienza por decirme quiénes son ustedes.

—Somos de la montonera de Quillca, señor. Tú sabes, ese pueblo está cerca del puente de Izcuchaca.

—¿Y cómo es que se encuentran ustedes tan lejos de su comarca?

—Hemos venido mandados por los dos señores que están ahí —respondió el prisionero señalando a los dos blancos.

—¿Y quiénes son ellos para mandarlos con tanta autoridad?

—Son… —el preso vaciló un momento y le costó declararlo—. Son capitanes del ejército del general Cáceres, señor.

Robles frunció el ceño, realmente sorprendido. Nadie hubiera imaginado que oficiales del ejército de Cáceres mandaran a los montoneros que operaban en ese valle.

Como si entendiera su estupefacción, el cautivo siguió informándolo, con la esperanza del perdón:

—El benemérito general ha enviado a oficiales de su ejército a todas partes, para mandar las montoneras y formar nuevas guerrillas.

—¿A todas partes?…

—Sí, señor, al valle de Jauja, al de Junín, a las quebradas de Canta y Huarochirí, también hacia la costa, a los valles de Cañete, Chincha alto y bajo, y hasta Tambo de Mora.

El coronel Robles se volvió hacia sus ayudantes, con expresión intrigada.

—¿Será posible que Cáceres se haya puesto de nuevo en condiciones de entrar en campaña? —les dijo, aunque hablando más para sí mismo.

—Ha reunido otro gran ejército, señor, de cuatro a cinco mil hombres —contestó el prisionero y prosiguió—: El benemérito general es hijo de Ayacucho y allí lo quieren y obedecen. Además, el benemérito general habla todas las lenguas de la sierra y se dirige a los indios en el idioma de ellos. Por eso, y también por ser descendiente de la princesa incaica Catalina Huanca, los nativos lo consideran y respetan tanto como sus antepasados reverenciaban a los antiguos reyes incas. Ahora, taita Cáceres llamó a los indios a la guerra y lo han seguido los pueblos enteros. Pidió a los jefes comuneros que enviaran a las muchachitas indias más hermosas a los pueblos ocupados por los chilenos y los jefes enviaron a las niñas para que enamoraran a los soldados, los engañaran y los arrastraran a desertar.

Robles manifestó su admiración por la magnitud del influjo que el caudillo serrano ejercía sobre su temple. Pero no atinaba a descubrir por qué razón Cáceres mandaba sus oficiales a dirigir las montoneras, privándose así de elementos que le eran sumamente necesarios. Como se lo preguntara al prisionero, éste respondió:

—Porque el asalto de las montoneras es la parte inicial de su plan de ofensiva, mi señor. Después que las guerrillas agoten a ustedes, los chilenos, el benemérito general lanzará a la carga a su ejército ayacuchano.

La astucia de la estratagema de Cáceres abrumaba a Robles, máxime cuando pensaba que toda aquella operación se había realizado sin que un jefe chileno la sospechara siquiera.

Se hizo el propósito de informar a toda prisa a Del Canto y dio la orden correspondiente al oficial que le servía de secretario.

—Me perdonará la vida, ¿verdad señor? —le imploró el prisionero.

—Sí, pero quedarás prisionero y al servicio de nuestra columna —le respondió el coronel.

Daba la espalda para alejarse, preocupado por el informe que acababa de recibir, cuando un ayudante le consultó sobre el destino de los demás prisioneros. El coronel los miró por encima de un hombro, y la expresión altanera y desafiante que se observaba en los rostros de los dos cautivos blancos terminó por decidirlo.

—Fusílenlos ahora mismo —dijo fríamente—. Averigüe usted los nombres de esos dos y anótelos en el acta correspondiente.

—Son don Ramón Padilla y don Emiliano Hurtado, señor —se apresuró a informar el delator, con una sonrisa boba, dichoso por haber salvado la vida.

A medida que las tres columnas chilenas iban completando su batida general por el territorio indio, las informaciones sobre los planes de ataque de Cáceres llegaban más frecuentes y completas al cuartel general de Huancayo, induciendo a Del Canto a temer que el avance del ejército de Ayacucho se produjera en cualquier momento. Esto lo impulsó a poner en práctica su propósito de marchar a Lima. Dispuso su partida para el 15 de abril, pero hizo llamar al teniente coronel José Miguel Alcérreca, segundo en el mando. Como éste se manifestara espantado al conocer su intención de alejarse en aquellos momentos, le expresó sus temores en forma descarnada.

—Es preciso que vaya ahora a Lima, comandante —le dijo—. Demorar más tiempo puede conducirnos a un descalabro brutal. El ataque del ejército enemigo puede producirse cuando menos lo esperemos. ¿Y qué fuerzas podemos oponerle? ¿Los centenares de

enfermos que tenemos repartidos entre Huancayo y La Concepción?… Nuestro ejército de operaciones está demasiado a maltraer para resistir acciones de envergadura. Las epidemias de tifus y viruela se han acrecentado: cada mes los hombres afectados no bajan de seiscientos; es decir, una cifra equivalente a un tercio del ejército, lo que es pavoroso. Además, la tropa no posee uniformes adecuados para los rigores de la sierra; no tiene calzado, los calamorros se les han gastado hace ya muchas semanas, y casi todos los soldados han debido fabricarse ojotas con cuero de buey. Tampoco poseen buenas mantas para dormir y nos hemos visto obligados a despojar de los techos de paja a las chozas indias para que los hombres armen esteras en donde tumbarse. Todo esto, sin contar el factor principalísimo de la escasez de víveres. La consecuencia inmediata del alzamiento de los indios ha sido el no pago de la contribución de alimentos con que manteníamos a la tropa. Si antes era difícil organizar el rancho, ahora es casi imposible. ¿Sabe usted que hoy, sin ir más lejos, disponemos apenas de cuatro vacas, de dos sacos de sal y de cuatro fanegas de maíz para preparar el rancho de mañana?…

Alcérreca inclinó varias veces la cabeza, con aire sombrío, y siguió escuchando a su superior.

—¿Estamos en situación de oponer resistencia al ejército de Cáceres, cuando avance? —decía éste—. Por supuesto que no. Eso es lo que quiero comunicar al general en jefe en Lima. Me siento en el deber de decirle que nuestra posición en la sierra es insostenible y que debemos evacuarla. O, en último caso, que nos autoricen para reducir la longitud de nuestra línea, limitándonos a ocupar la zona comprendida entre Tarma y La Concepción.

Alcérreca reconoció que las palabras del coronel Del Canto reflejaban la estricta verdad y no opuso más objeciones a su partida.

Al día siguiente, Del Canto emprendió el viaje a lo largo del valle, protegido por una fuerte escolta de caballería. Marchando de noche para no despertar sospechas llegó hasta Oroya y trasmontó, también de noche, la cordillera por el paso de Piedra Parada. Tres días después de su partida, descendía en la estación de los Desamparados, en Lima, y se presentaba ante Lynch.

El general en jefe lo escuchó exponer sus puntos de vista, con profunda atención, y cuando concluyó, asintió con enérgicos

movimientos de cabeza. Todo lo que el coronel le decía lo sospechaba desde hacía bastante tiempo. Su propia experiencia en la sierra le dejó el convencimiento de que realizar campañas de pequeña envergadura sólo conducía a la extenuación de la tropa. Lamentablemente el Gobierno de Santiago y, en especial, su representante en Lima, Jovino Novoa, no pensaba así. Ellos consideraban que retirar las tropas era dejar el campo libre a Cáceres, para que volviera a robustecerse, alejando las perspectivas de imponer la paz.

—Posiblemente tengan razón, señor contralmirante —le opuso Del Canto—. Pero considero que, por sobre esos intereses, debe prevalecer la preocupación por los soldados de Chile, a quienes se expone a la muerte. Puedo probar a los señores del Gobierno con certificados del jefe del servicio sanitario de la división, doctor Justo Pastor Merino, que en la actualidad tenemos una cifra media de seiscientos enfermos por mes, sin contar los muchos centenares de convalecientes.

Lynch esbozó un gesto de desaliento y tomó en sus manos los documentos que el coronel le traía. Con ellos se encaminó a hablar con Jovino Novoa y los miembros del Estado Mayor.

Pero, tal como él lo había pronosticado, el representante del Gobierno se opuso categóricamente a la desocupación de la sierra. Aún más, Novoa envió por su propia cuenta a un doctor amigo suyo a las guarniciones serranas, con la misión de practicar una investigación privada. Éste regresó una semana más tarde horrorizado por las condiciones sanitarias en que vivían los soldados y recomendó el inmediato retiro de las tropas. El representante gubernamental tuvo que convencerse de la efectividad del peligro, pero no cedió en su apreciación general del problema.

—No estimo que el remedio radique en evacuar la sierra. Si los lugares donde se encuentran las guarniciones son tan insalubres y perniciosos, lo indicado es mudarlas de sitio, trasladándolas a ciudades de ambiente más sano. Me he informado de que Huancavelica podría ser una de ellas.

Lynch se enardeció ante la terquedad del plenipotenciario. Sus informes le indicaban que Huancavelica era tan insalubre como los demás pueblos de la sierra; las epidemias estaban igualmente

difundidas allí y las montoneras eran más numerosas y mejor armadas.

Sin embargo, don Jovino Novoa se negó a echar pie atrás. Y fue inútil que el coronel Del Canto le recordara el riesgo en que se hallaba el ejército de operaciones ante el inminente ataque de las fuerzas de Cáceres.

—Lo siento, coronel —le expresó fríamente—. Pero no puedo echar sobre mis hombros la responsabilidad de autorizar el abandono de las posiciones ganadas con tantos gastos y sacrificios, dando así el carácter de fracaso a la expedición en que hemos malbaratado cuatro meses. La resolución sobre esa materia tiene que venir de La Moneda, aunque eso tarde varios días.

Del Canto no era un hombre de paciencia cuando esgrimía la razón y se le contrariaba; pero, militar por escuela y experiencia, guiaba su vida por dos principios esenciales: la disciplina y el amor por sus soldados. En aquellos días aciagos que debió permanecer en Lima, esos dos sentimientos tuvieron que ponerse en pugna, determinando en él un desastroso estado de ánimo. Todas las mañanas se presentaba en el Palacio de Gobierno con la esperanza de que hubiera llegado la resolución del Ministerio de la Guerra, y regresaba a su cuartel descorazonado, para volver a repetir en la tarde su inútil visita.

En una de aquellas oportunidades, al atravesar la Plaza Mayor de Lima, le salió al encuentro su antiguo camarada, el coronel Adolfo Holley. El comandante del «7.º de Línea» traía una expresión tan sombría como la del coronel Del Canto. Apenas se hubieron estrechado las diestras, le preguntó de sopetón:

—¿Qué ha sido de mis muchachos, Estanislao?

—Allá están, Adolfo, también en el pudridero —le respondió—. Ellos igualmente esperan a que los civiles del Gobierno se dignen resolver sobre sus destinos. Para su capote, he de confiarle que apenas disponen de víveres para mal subsistir, que sus uniformes están en harapos y están rodeados por miles de indios belicosos y con la amenaza de un ataque sorpresivo por parte del ejército de Cáceres.

Las palabras exaltadas del coronel Del Canto iban cayendo en un terreno abonado por el disgusto que le producía a Holley haberse separado de esos ciento cincuenta hombres de su batallón.

—Lo más cuerdo sería evacuar la sierra —opinó con excitación —. ¿A qué mantener una ocupación así, que ni siquiera contribuye a debilitar la soberbia de Cáceres?

—Es lo que pienso, Adolfo, es lo que me repito a cada instante —afirmó Del Canto, con malhumor—. Pero los señores que dirigen la guerra desde sus despachos en Santiago, como jamás han tenido que sufrir los rigores de la campaña, se mantienen inflexibles. Según ellos, la ocupación de la sierra debe mantenerse a todo trance; pero se olvidan de aprovisionar convenientemente a la división expedicionaria y se niegan a creer que la sierra ha sido totalmente esquilmada, primero por los recaudadores de Piérola; después por los de Cáceres, y, por último, por nuestras propias exigencias. Me explicaría su obstinación si prosperara alguna negociación de paz pendiente. Pero me he enterado de que los esfuerzos de la Misión
Trescot-Blaine,
que envió Estados Unidos, han fracasado ruidosamente.

Holley afirmó con ademán terco.

—Los señores Trescot y Blaine abandonaron el Perú decepcionados —le relató—; no pudieron entenderse con nadie, ni con el jefe peruano, Lizardo Montero, ni con el general Cáceres, ni mucho menos con el contralmirante Lynch. Además, como si aquello fuera poco, dos días después de comprobado el fracaso de la misión, el ministro plenipotenciario norteamericano, Stephen Hurlbut, murió de una apoplejía fulminante, causada por el desagrado que le produjo verse desautorizado por los miembros de la misión. Así, pues, todas las negociaciones de paz se han derrumbado.

La apasionada conversación de los dos coroneles no tuvo otro resultado que el convencimiento de que era necesaria la evacuación de la sierra y, puestos de acuerdo, decidieron enfrentar juntos a Lynch, hasta conseguir ordenar el regreso de la división que operaba en las montañas. Ambos podían imaginar los riesgos a que estarían expuestos en esos mismos momentos los soldados que habían quedado ocupando los valles altos.

No se engañaban en sus pesimistas suposiciones Del Canto y Holley, porque el teniente coronel José Miguel Alcérreca estaba viviendo diariamente en una constante zozobra en su cuartel general de Huancayo; sus exploradores y espías le informaban sobre los progresos de la insurrección india y del acercamiento del ejército de Cáceres a la zona ocupada. Sus batallones se mantenían en continua alerta, especialmente de las guarniciones de Pucará y Marcavalle. Y como el coronel Del Canto no regresaba ni se recibían instrucciones sobre la evacuación o el acortamiento de la línea, una rabiosa desesperanza iba invadiendo al jefe subrogante.

—Somos los batallones olvidados —decía amargamente al jefe del «Chacabuco», Pinto Agüero—. Parece que a nadie le importa un bledo el sacrificio de los tres mil y tantos soldados que mantenemos en este lodazal maldito.

—Eso es, comandante Alcérreca —le confirmaba su interlocutor —: Sólo nos recordarán cuando les llegue la noticia de que el ejército de Cáceres, combinado con las indiadas bárbaras, han acuchillado a varios centenares de nuestros hombres.

Sin embargo, estaban errados en su pesimista apreciación. Lynch no se había olvidado de los combatientes. Sofrenando su temperamento, para no provocar un choque con el ministro Novoa, enviaba cable tras cable a Santiago, urgiendo al Gobierno. Por fin, cuando Del Canto y Holley se presentaron ante él, tenía en sus manos una respuesta del Ministerio de la Guerra.

Éste había aceptado reducir la zona de ocupación a los lugares en donde los batallones pudieran mantenerse sin apremios imposibles de sobrellevar.

—¡Menos mal! —exclamó Del Canto—. ¿Y cuáles serán las zonas que seguiremos manteniendo en nuestro poder, señor almirante?

—Los pueblos principales ubicados entre La Concepción, por el sur, y Tarma, por el norte. También se mantendrá una guarnición fuerte en Cerro de Pasco.

Los dos coroneles se miraron reconfortados. Pero Holley seguía pensando en los ciento cincuenta hombres de su batallón atrapados en la sierra.

—Se los autorizará para regresar en cuanto las circunstancias lo permitan, coronel Holley —lo tranquilizó Lynch.

—A mi batallón «2.º de Línea» debe liberárselo también de

continuar la campaña —intervino Del Canto—. Ha sido el cuerpo más maltratado y el que ha prestado un servicio más largo. Las bajas son de un orden del 25 %.

—Se le reemplazará con el batallón «Miraflores» —le acordó Lynch, enterado de esos detalles—. El «2.º de Línea» regresará a Lima, para descansar y que se le repongan sus efectivos.

—Gracias, señor contralmirante —expresó Del Canto—. Ya puedo volver más tranquilo a la sierra para ordenar el repliegue de las tropas a sus nuevas posiciones.

Pero Patricio Lynch deseó verlo una vez más antes de que volviera a tomar el mando de la expedición, y la entrevista que sostuvieron, cuando ya el coronel estaba con el pie en el estribo, fue para recomendarle que mantuviera las instrucciones en la más estricta reserva, sin darlas a conocer siquiera a los demás comandantes.

—La experiencia nos ha enseñado que los serranos atacan siempre sobre las retiradas —le dijo Lynch—. Por eso, todas las demás órdenes que se le envíen serán cruzadas en clave, a fin de que no se enteren de su contenido los espías peruanos, que están pendientes de la línea del telégrafo que comunica con la sierra.

Del Canto emprendió rápida y sigilosamente su regreso a Huancayo. Protegido por la misma escolta con que había bajado a Lima, volvió a cruzar la cordillera y se internó en el valle de Jauja. Sin detenerse en los pueblos intermedios, avanzó a marchas forzadas hacia el sur. Pero tuvo que hacer un alto en La Concepción, solicitado por el mayor Quintavalla. Éste le volvió a hacer presente el mal estado en que se hallaban la segunda y quinta compañía del «Chacabuco», acantonadas allí. Comprobada la necesidad de solucionar aquel problema, Del Canto postergó la prosecución de su marcha hasta el día siguiente. Doce horas más tarde continuaba hacia el sur. La única solución que se le había ocurrido para aliviar el quebranto de las compañías que guarnecían La Concepción, era la de trasladarlas a Jauja, reemplazándolas por la tercera compañía del «Chacabuco», que estaba en Huancayo al mando del capitán Alberto Nebel.

Se había alejado apenas cinco kilómetros del pueblo, cuando le dio alcance mi estafeta que venía desde Oroya. Éste entregó al coronel un mensaje recibido en el terminal del telégrafo de Chicla.

—Recíbalo, teniente Villota —dijo Del Canto a su ayudante—, y descífrelo en la primera parada que hagamos.

El oficial movió la cabeza con asombro. Tenía el mensaje desplegado ante sus ojos y éste no aparecía redactado en clave, sino en lenguaje corriente.

—¡Qué extraño! —comentó el coronel—. Debe ser entonces una información de rutina del jefe de la guarnición de Chicla. Léamela, ayudante.

Villota leyó pausadamente lo que sigue:

> *Telégrafo del Estado. Oficial. Oficina de Chicla.*
> *Junio 20 del 1882. Recibido de la oficina de Palacio.*
> *Dirección:*
> *Coronel Del Canto.*
> *Apure US. su marcha a Huancayo, para que llegando a ese punto haga desocupar la guarnición que lo cubre, conforme a lo ordenado. La marcha del «2.º de Línea» procure llevar a cabo cuanto antes. Espero que US. tomará todas las medidas que estime convenientes a la salubridad de la tropa, conciliable en lo posible con las operaciones militares.*
>
> *GANA.*

Del Canto estaba apoplético de ira. Y no era para menos. Se le había exigido mantener las instrucciones en la mayor reserva, y luego se le enviaba una repetición de ellas por el telégrafo público y en un lenguaje que entenderían hasta los indios de la sierra.

—¡Éste es el disparate más estúpido que he conocido! —estalló el coronel.

—Seguramente ha sido un descuido del subalterno encargado de cursar el mensaje, quien se olvidó de ponerlo en clave —trató de aplacarlo su ayudante. Pero fue para peor.

—¡Un descuido tan dañoso como una traición! —bramó el jefe —. Esta torpeza nos pone en descubierto ante todos los enemigos. Tenga usted la seguridad de que la noticia de nuestra retirada va volando ya hacia los oídos del general Cáceres.

Efectivamente, los espías del ejército breñero habían llevado de inmediato una copia del mensaje al caudillo ayacuchano.

—Se retiran, ¿eh? —murmuró extendiendo el documento al coronel Morales Bermúdez—. Pues yo creo entender algo más que lo que dicen esas líneas. Tras ellas palpita el anhelo de proceder a la evacuación total de la sierra, señores.

Todos los jefes y oficiales que lo acompañaban asintieron, como si oyeran un dogma de fe.

—Sea como fuere, señores comandantes —concluyó Cáceres—, el repliegue o retirada del enemigo nos brinda la oportunidad para iniciar ventajosamente nuestra contraofensiva. Ellos tendrán que transportar a una masa enorme de enfermos y heridos y les hemos quitado todos los recursos que necesitarán en su prolongada movilización hacia el norte. La providencia nos ofrece esta magnífica ocasión para caer sobre ellos durante la marcha y destrozarlos.

Sin pérdida de minuto, el caudillo citó a consejo de guerra para el día siguiente a las ocho de la mañana y se dio a la tarea de fraguar el plan más dañoso a los chilenos.

Amanecido el nuevo día, antes de acudir a la cita con sus comandantes, Cáceres realizó una rápida revista de los batallones que mantenía acantonados en Ayacucho. Satisfecho con su inspección, se encaminó al cuartel minutos antes de los ocho. Mientras cabalgaba por las calles recordaba con orgullo que había prometido a los pobladores de su ciudad natal lanzarse a la contraofensiva a más tardar el 1.º de julio. El encadenamiento fortuito de las circunstancias lo colocaba en situación de poder cumplir su promesa. Contribuían también a acrecentar su buen humor las noticias de las acciones que realizaban las montoneras al norte del puente de Izcuchaca. Éstas habían iniciado una serie de asaltos contra las guarniciones extremas de los chilenos establecidas en Marcavalle y Pucará; teniendo con aquellos ataques seriamente quebrantados a los chilenos.

Por estas razones, la voz del caudillo breñero vibraba de optimismo cuando expuso minutos más tarde su plan a los comandantes y miembros de su Estado Mayor.

—Tenemos al enemigo extendido como una culebra a lo largo de los valles que conectan a Oroya con Marcavalle —comenzó diciéndoles—. Todos sabemos que estos valles se conectan uno tras otro, formando un largo cañón abierto por los dos extremos. Pues

bien, si deseamos exterminar a los invasores, nuestro primer cuidado será cerrar las dos aberturas por las cuales pueden escabullírsenos. Una de estas ya está en nuestro poder, es el extremo abierto por Izcuchaca. La otra, que es la salida hacia los caminos de la cordillera, para llegar al terminal del ferrocarril en Chicla, está aún expedita para los chilenos. Nuestra tarea inicial ha de ser, pues, cortarles ese paso. Una vez conseguido esto, y ya encerrados los enemigos dentro del valle, debemos descolgar batallones desde las cumbres laterales sobre sus guarniciones más débiles, a fin de aplastarlos en su retirada.

Un plan tan acertadamente concebido no podía hallar sino la más clamorosa aprobación, e inmediatamente se empezó a estudiar la forma de llevarlo a la práctica.

Cáceres había discurrido, para cortar la retirada de los chilenos por Oroya hacia el paso de Piedra Parada, poner en actividad a todas las montoneras de las comarcas vecinas. Para cumplir tan sigilosa maniobra encargó a su fiel ayudante, José Miguel Pérez.

—Escuche usted —le dijo—. Tomará de mi «Ayudantina» a los diez oficiales más fuertes y experimentados, llevando a todas las montoneras que se mueven por los costados del valle mi orden de hostilizar sin descanso a los enemigos, especialmente cuando vayan a retirada, cargados con sus enfermos y heridos. Cuando llegue al camino cordillerano que nace en Oroya, torcerá con su piquete hacia la costa, para buscar al comandante Ricardo Bentín, jefe de las montoneras de Huarochirí. Está esperando órdenes mías para entrar en acción. Le dirá usted que ha llegado el momento y que su misión consiste en cortar los caminos que descienden de la sierra hacia Lima por las quebradas de Huarochirí y Canta. Para ello deberán volar los puentes de Uruguay, Verrugas e Infiernillo; como asimismo cortar el telégrafo en diversos puntos y levantar los rieles del ferrocarril que une a Chicla con la capital. Ello tiende a impedir que el comando chileno pueda enviar rápidos refuerzos a su división de la sierra y, a la inversa, que esa división abandone el valle de Jauja, cruce la cordillera y se nos escape hacia la costa.

La parte medular del plan de Cáceres, expresada en términos generales, consistía en atrapar a las guarniciones chilenas en una tenaza que las cercara y triturara. Con este fin haría avanzar hacia el norte dos fracciones de su ejército. Ambas columnas irían a

encontrarse en Oroya. Una de ellas volaría el puente que cruza el Mantaro en esa altura y la otra se descolgaría sobre Jauja. Ambas fracciones se reunirían en aquel pueblo, para descender, sumadas sus fuerzas, hacia el sur. Llegado aquel momento, el grueso del ejército ascendería por el fondo del valle hacia el norte, para atrapar al enemigo entre dos fuegos.

Entre entusiastas manifestaciones se procedió a designar inmediatamente a los comandantes que tomarían la responsabilidad de las diversas operaciones.

—El coronel Tafur, con un batallón de línea y los quinientos montoneros de Sánchez Toledo, atacará a la guarnición de Oroya y cortará el puente —dictaminó el general Cáceres—. El coronel Juan Gastó, con los seiscientos soldados de línea que suman los batallones «Pucará», «Libres de Ayacucho» y «América», además de mil quinientos guerrilleros mandados por los jefes Domingo Cabrera, Francisco Segura y el comandante de los indios de Comas, Ambrosio Salazar, desfilará por las cumbres del oriente, soslayando Huancayo y La Concepción, para ir a instalarse en las alturas de Apata. Allí, sobre el terreno mismo, estudiará si puede derrotar a la guarnición chilena de Jauja, y si no lo estima una operación segura, asaltará la plaza de La Concepción.

Un jefe alto y corpulento, de cabellos rubios y ojos claros, se desprendió del grupo y fue a estrechar la diestra del general, en actitud agradecida. Era el coronel Juan Gastó.

El caudillo recibió con indiferencia la efusiva manifestación del comandante y siguió completando su plan:

—Operada la conjunción de las fuerzas de los coroneles Tafur y Gastó, el resto del ejército avanzará de sur a norte, en una embestida vertiginosa. Nuestra consigna ha de ser: ¡Guerra a muerte, sin cuartel, ni prisioneros! ¡O exterminamos a todos los enemigos o moriremos todos nosotros en la lucha!

Después de la delirante exaltación de Cáceres, la máquina de guerra armada en aquella reunión entró en movimiento en forma sigilosa, manejada con la astucia propia de los serranos. El flamante ejército del «Brujo de los Andrés» partió de Ayacucho, despedido con una solemne ceremonia popular.

Después de detenerse unos días en Huancavelica, el ejército breñero levantaba campamento frente al histórico puente de

Izcuchaca y sus banderas asomaban otra vez en el desfiladero de Marcavalle, que servía de portada monumental a la sucesión de valles andinos ocupados por los chilenos.

Cáceres inmovilizó su ejército en Izcuchaca, para dar tiempo a que las columnas de Tafur y Gastó hicieran su recorrido y cumplieran sus misiones. Pero, entretanto, envió órdenes a las montoneras de Tongos, Pasos y Acostambo, de reiniciar sus hostilidades contra la guarnición chilena de Marcavalle, extremo de la línea defensiva de Del Canto.

En esos mismos días Del Canto regresaba a Huancayo, animado por el propósito de devolver inmediatamente a Lima al «2.º de Línea» y de organizar el repliegue de las guarniciones del sur hacia La Concepción. Pero las noticias que le tenía el comandante subrogante Alcérreca eran agobiadoras. La manutención de las tropas se había hecho realmente imposible. Los carros con provisiones eran asaltados en los caminos. Resultaba impracticable proporcionarles escoltas permanentes, porque eso significaba debilitar aún más a las guarniciones. Por otra parte, tampoco había dinero para pagar a los proveedores. El rancho en Huancayo costaba 50 959 soles mensuales y la recaudación de guerra apenas llegaba a 25 000. En La Concepción, Jauja y Tarma ocurría algo semejante. Ya no era posible recurrir al viejo expediente de salir a los campos a conquistar la comida a sablazos, porque las caballerías estaban inservibles por el hambre. Para mantener vivos a los caballos se los había alimentado con la paja de los techos del rancherío indio. Además, los indios, aleccionados por sus párrocos, se habían alejado de los pueblos, llevándose sus frutos.

—Dígame, mi coronel, ¿cómo sacamos gente a los campos si tenemos cerca de quinientos enfermos? —agregó afligido Alcérreca —. En las semanas que usted ha estado en Lima se nos han muerto doscientos treinta y siete soldados por causa del tifus, aparte de algunos oficiales y personal sanitario.

El coronel Del Canto cerró los ojos. Pero Alcérreca no le daba tregua y continuó:

—Fuera de éstos, hemos sufrido la pérdida de setenta y tres

hombres, víctimas de las balas del enemigo.

—Comenzaremos a replegarnos sobre La Concepción —dijo Del Canto.

—No será suficiente hacerlo sobre La Concepción, mi coronel. Allá las epidemias azotan tan fuerte como aquí y la posibilidad de conseguir víveres es aún menor.

—Entonces…, ¿qué sugiere usted, Alcérreca?

—Evacuar todo el sur de la sierra y concentrarnos en Tarma, mi coronel.

—No puedo hacerlo, comandante. Las órdenes que tengo sólo me permiten retirarme hasta La Concepción.

Alcérreca hizo un gesto exasperado y, saliéndose un tanto del respetuoso tono oficial, dijo a su superior con vehemencia:

—Hay ocasiones, mi coronel, en que las circunstancias exigen a los jefes obrar por iniciativa propia. Reúna un consejo de guerra y verá usted que los demás comandantes son de mi mismo parecer.

El coronel Del Canto se negó con un ademán categórico, pero él mismo no estaba convencido de obrar atinadamente. No podía olvidar una prescripción de la Ordenanza General del Ejército, que en el título LIX, del artículo 27, expresaba:

> *«El general en jefe de un ejército no podrá disculpar su conducta con el parecer de sus subalternos; y lo mismo se entenderá con todo oficial que mandara un cuerpo o destacamento. Los consejos o juntas de guerra sobre operaciones militares exponen el secreto y desunen los ánimos con la variedad de dictámenes»…*

Pese a su terminante negativa, Estanislao del Canto siguió pensando en la proposición de Alcérreca durante toda aquella noche y, al día siguiente, olvidándose de la Ordenanza General, citó a consejo de guerra a los comandantes de batallones acantonados en Huancayo.

Las conclusiones a que se llegó en aquella entrevista fueron las que aseguraba Alcérreca y que temía Del Canto. Ellas quedaron estampadas en un acta formal que, aunque redactada por ellos mismos, dejó helados a los comandantes, cuando el secretario Isidoro Palacios le dio lectura.

En Huancayo, a nueve días del mes de junio de 1882, reunidos en junta de guerra los señores: coronel jefe de la división, don Estanislao del Canto; coronel don Eulogio Robles, tenientes coroneles don José Miguel Alcérreca y don Marcial Pinto Agüero, teniente coronel graduado don Eleuterio Dañin, sargentos mayores don Domingo Castillo, don Emilio Contreras, don Rafael González y el secretario de la división, licenciado don Isidoro Palacios, acordaron reconcentrarse en la ciudad de Tarma, por las consideraciones siguientes:

1.º Por no existir en la infantería más municiones que las necesarias para la reconcentración;

2.º por estar interceptadas todas las vías de comunicación, y porque la situación es verdaderamente insostenible, a consecuencia de la epidemia de tifus que aflige al ejército;

3.º porque estando reducida la esfera de acción del ejército solamente a las pequeñas poblaciones circunvecinas, y no teniendo éstas recursos para sus propios habitantes, la manutención de la tropa es completamente insostenible;

4.º porque para la provisión del ejército no existe en el día de hoy sino un quintal de café, un barril de grasa, ocho sacos de papas, quince quintales de sal, cuarenta sacos de cebada y cerca de cien animales vacunos, alimentos deficientes para rancho de un solo día;

5.º porque existiendo en La Concepción y Jauja guarniciones de sólo una compañía y no pudiendo reforzarse esos destacamentos a consecuencia de la escasez de víveres, quedan expuestos a ser asaltados por fuerzas superiores;

6.º porque necesitando reforzar las guarniciones de Oroya y obtener una comunicación expedita desde Chicla, se hace indispensable la reconcentración para no dejar puntos expuestos a ataques;

7.º porque se hace difícil por ahora, y en pocos días más imposible, el forraje para la caballada y para las mulas de la artillería;

8.º porque la división está en lamentable estado de salubridad: hay cuatrocientos setenta y tres enfermos, haciendo notarse que ha habido doscientas treinta y siete defunciones a causa de la epidemia y setenta y tres muertos por el enemigo, sin contar las defunciones de oficiales e individuos del cuerpo sanitario.

En fe de que éste es nuestro modo de pensar, suscribimos la presente.

Terminada la lectura del acta, los comandantes no hicieron comentarios; daba la impresión de que temían ahondar en el problema.

Alcérreca solicitó la venia del jefe superior para remitir inmediatamente el documento al coronel Gana, jefe del Estado Mayor General.

—Bien —lo autorizó Del Canto—, que aproveche para solicitarle que nos envíe municiones lo más aprisa que pueda, como también víveres y forraje. Pero recuérdele que todo debe venir en convoyes muy protegidos.

Con esto, se dio por terminado el consejo de guerra y los jefes empezaron a abandonar la sala. Entonces el coronel Robles se acercó a Del Canto:

—Mi coronel, de tanto discutir no llegamos a establecer cuál será la fecha de nuestra concentración en Tarma —le dijo.

—No la he pensado todavía. La calcularé pronto y se la comunicaré en el momento oportuno. Mientras tanto, mantenga usted su batallón listo, como si fuera a emprender la marcha dentro de media hora.

Sin embargo, no era verdad. Del Canto deseaba mantener la fecha como un secreto, hasta el último momento. Temía que llegara a conocimiento del enemigo.

En las horas que siguieron volvió a hacerse patente la riesgosa situación en que se encontraban los chilenos en Huancayo. A la hora del crepúsculo, se oyó retumbar un cañón disparado a la distancia. Alcérreca lo identificó como la pequeña pieza de montaña que confiara al capitán José Ríos, encargado de la defensa de Marcavalle. Ríos contaba apenas con una compañía del batallón «Santiago» y 95 hombres del «Chacabuco», bajo el mando del subteniente José Domingo Briceño.

Sabiendo que la montonera que había atacado a esa misma guarnición a comienzos del mes sumaba más de dos mil hombres, Del Canto ordenó que saliera otra de las compañías del «Santiago» desde Pucará hacia Marcavalle y exigió al ayudante de aquel batallón que alcanzara personalmente hasta la zona de fuego y le trajera un informe de las acciones que se estaban desarrollando en el extremo sur de la línea chilena.

El teniente Castro, que recibiera la orden, regresó al cuartel general cinco horas más tarde y rindió su cuenta a Del Canto. La guarnición de Marcavalle había combatido durante ocho horas contra las montoneras de Pasos y Tongos. Las fuerzas chilenas de Pucará salieron a las once de la noche, para reforzar a las de Marcavalle. Eran noventa infantes del «Santiago», provistos de una pieza de artillería, y bajo las órdenes del capitán Diógenes de la Torre Gómez. Llegaron al campo de batalla a las tres de la madrugada. El capitán De la Torre apenas operó su conjunción con las tropas de Marcavalle, tomó disposiciones apresuradas. Cuando amaneció, los montoneros, en número de tres mil, se lanzaron al ataque, creyendo encontrarse con los mismos adversarios del día anterior. El capitán De la Torre los recibió a cañonazos, que aventaron a los indios por docenas; y luego hizo cargar a la infantería. En pocos minutos, la montonera se desbandó y los soldados chilenos la persiguieron hasta el pueblo de Pasos. Pero cuando estaban dentro del caserío, se encontraron cercados por unos dos mil montoneros, a los que sus jefes habían reorganizado.

Afortunadamente, el comandante accidental del «Santiago», mayor Domingo Castillo, había tenido la previsión de salir con el resto del batallón desde Pucará y llegó oportunamente a Pasos. Viendo el peligro en que se hallaba la fuerza del capitán De la Torre, cargó con sus infantes montados, realizando una carnicería entre los enemigos. La montonera fue destrozada, pero varios centenares de hombres lograron escabullirse por los montes. Restablecida la calma, se comprobó que todos los soldados del «Santiago» hechos prisioneros en los comienzos de la lucha habían sido decapitados.

Del Canto escuchó el informe, aprobándolo con un gruñido. Pero, en su fuero íntimo, llegaba a la conclusión de que aquellas matanzas no lograrían mermar en forma notable el número de los

enemigos.

Obsesionado por el pensamiento de que las montoneras y las bandas indias iban cercándolos cada vez más y que intentarían romper la línea chilena en sus guarniciones más débiles, el 3 de julio llamó a su presencia al comandante Pinto Agüero. Hacía doce días le había impartido la orden de trasladar al pueblo de La Concepción a la tercera compañía de su cuerpo, para que relevara a las dos que mantenía allí el mayor Quintavalla. Esa compañía debía estar ya en su nuevo destino, bajo las órdenes del capitán Alberto Nebel, y constituía, sin duda, el punto más débil de la línea.

—¿Cuántos soldados tiene la compañía de Nebel? —hizo que le informara Pinto Agüero.

—Noventa y nueve, mi coronel.

Del Canto meneó la cabeza, disconforme.

—No basta…, no basta —murmuró—. ¿De cuál compañía de su batallón podría usted echar mano ahora mismo? —inquirió al jefe del «Chacabuco».

—De la cuarta, que manda el teniente Ignacio Carrera Pinto.

Del Canto hizo una mueca pesimista. No consideraba que un teniente fuera suficientemente apto para una misión semejante.

—¿Qué tal jefe es Ignacio Carrera Pinto? —consultó.

—Muy esforzado y resuelto, mi coronel. Es un oficial de fibra, que, llegada la oportunidad, se lucirá.

—Bien. ¿Y quiénes lo secundan en el mando de la cuarta compañía?

—Los subtenientes Arturo Pérez Canto y Luis Cruz Martínez.

—¿Eficientes?

—Aunque son apenas unos niños, ambos figuraron en la Orden del Día, por su bravura en la batalla de Chorrillos. Pérez Canto tiene diecisiete años; Cruz Martínez, apenas dieciocho.

El rostro del coronel reflejó el pesar que le causaba sumir en aquel riesgo a dos muchachos tan jóvenes. Pero no le quedaba otra alternativa.

El 5 de julio, en la madrugada, emprendieron la marcha los sesenta y seis soldados de la compañía del batallón «Chacabuco» que mandaban el teniente Carrera Pinto y los subtenientes Pérez Canto y Cruz Martínez.

Desde aquel mismo día reinó en la guarnición de Huancayo una

actividad febril. Numerosos mensajeros salieron del cuartel general, galopando a toda prisa hacia el norte, y los ayudantes del coronel Del Canto reunieron, en la tarde del día 6, a todos los comandantes de batallones en la sala principal.

—Señores comandantes —dijo Del Canto a los jefes—, ha llegado el momento de comunicarles la fecha de nuestro abandono de Huancayo. No he querido preocuparlos antes, por no añadir más pesadumbre a las penalidades que les está ofreciendo la campaña. No podremos mantenernos por más de tres días en esta ciudad; las provisiones se han agotado casi por completo y es imposible reponerlas. Además, las municiones que nos quedan son apenas las estrictamente necesarias para defendernos en caso de que nos ataquen durante nuestra retirada.

—Debemos entender que el repliegue será practicado entonces… —aventuró el coronel Robles.

—El día 8, coronel, o sea, pasado mañana —le especificó Del Canto—. He mandado órdenes para que se desocupen los dos hospitales que tenemos en Jauja y Tarma, a fin de trasladar allí a nuestros numerosos enfermos.

—¿Y cómo haremos para trasladar a los enfermos, mi coronel? —intervino Pinto Agüero.

El comandante en jefe explicó brevemente las disposiciones que había tomado al respecto. Los encargados del bagaje estaban improvisando camillas con cueros de vacuno y pértigas arrancadas de las casas. Estas rudimentarias parihuelas serían transportadas por indios prisioneros, los que marcharían atados con correas por los tobillos, formando colleras, para impedir su fuga. Cada camilla sería cargada por dos colleras de indios y un soldado llevaría en el puño los extremos de las correas que sujetaban los pies de éstos. Por las noches los portadores dormirían atados y con vigilancia cercana.

—Usted debe comprender que la marcha de los batallones será entorpecida por esa columna de portadores de camillas atados —le objetó Robles.

—No podemos hacerlo en otra forma —se justificó Del Canto.

—¿Y si nos ataca el ejército de Cáceres durante el trayecto? —terció Alcérreca.

—Nos defenderemos como mejor podamos —le respondió el jefe —. Y en caso de mucho apremio, para evitar que los indios

prisioneros se aprovechen de la ocasión para atacarnos por la espalda, habrá un pelotón de fusileros para que los ejecuten con la mayor rapidez.

Los jefes de batallones se miraron horrorizados por la crueldad que encerraba tal disposición.

—Señores comandantes —se defendió Del Canto con exasperada desazón—, debo pensar solamente en salvar a mis hombres. Nuestra situación es demasiado comprometida y no me voy a detener ante nada, con tal de sacar a mis soldados de este atolladero.

Y con esta expresión categórica puso término a la conferencia, ordenando a los comandantes se aprestaran a abandonar Huancayo.

Pese a su actitud hermética, Pinto Agüero se atrevió a abordarlo después de que sus colegas abandonaron la comandancia.

—Esta mañana he recibido un comunicado del jefe de la tercera compañía de mi batallón, capitán Nebel —le dijo—. Me informa que tiene numerosos enfermos y que, además, permanecen en La Concepción unos quince soldados de otros batallones, que fueron dejados allí por estar contagiados de tifus. Me consulta qué debe hacer.

—Respóndale que evacúe a todos los enfermos, enviándolos al hospital de Jauja —le expresó Del Canto— y que los lleve bajo el cuidado de toda su compañía.

—Eso significará dejar solo al grupo que comanda el teniente Carrera Pinto —le observó el jefe del «Chacabuco».

El coronel hizo una mueca de desagrado, y luego le inquirió:

—¿Cuántos hombres tiene la cuarta compañía?

—Sesenta y seis, incluidos los tres oficiales.

Del Canto aspiró hondamente el aire, resolviendo:

—Pocos son, pero, en fin, se trata de que permanezcan sólo apenas dos días. Pasado mañana todos los batallones que tenemos aquí pasarán por La Concepción y los recogeremos para llevarlos con nosotros hasta Tarma.

—Confiemos en que en esos dos días no les ocurra nada a esos niños.

El estafeta encargado de llevar la orden a Nebel partió pocos minutos después y en la tarde de aquel día, la tercera compañía del «Chacabuco» comenzaba a prepararse para abandonar La Concepción, llevándose a los enfermos. El capitán Nebel había

dispuesto que los que se sintieran con fuerzas viajarían montados de a dos por cada animal y los que estaban más graves serían llevados en camillas por indios prisioneros.

Pero cuando la columna estaba ya casi totalmente organizada, surgió un problema que Nebel no supo resolver. Se trataba de tres mujeres chilenas que se negaban a marcharse.

—Son tres soldaderas que están en La Concepción desde hace más de un mes le explicó su ayudante—. Y he de advertir a usted que una de ellas tiene un niño de cinco años y otra está en avanzado estado de gravidez.

El jefe de la tercera compañía se mostró contrariado.

—Dicen que han seguido a sus hombres a través de toda la guerra y que no los abandonarán ahora que ellos se encuentran enfermos.

Nebel se sorprendió y el subteniente tuvo que explicarle que en la casa vecina al cuartel deberían quedarse once soldados, que estaban demasiado graves para ser trasladados a Tarma.

—Bien, creo que esto es de la incumbencia de Carrera Pinto —dijo, tratando de esquivar la responsabilidad—. Voy, pues, a discutirlo con él. Siga usted preocupándose de la acomodación de los enfermos.

Cabizbajo y contrariado. Nebel se encaminó hacia el cuartel.

Entre el grupo de enfermos que había salido de la casa de dos pisos vecina al cuartel caminaba el mayor Rodríguez, apoyado en un tosco bastón que le había hecho su ordenanza Acosta. Este último marchaba junto al oficial, tratando de ayudarlo a tenerse en pie.

—¡Déjate de exageraciones, hombre! Hace cuatro días que estoy levantándome.

Pero el soldado insistía en sus cuidados.

—Ojalá aguante el viaje hasta Tarma como buen soldado del «Cazadores del Desierto». Le he conseguido una mula grandota de esas de pasos suaves, *pa* que nos lleve a los dos. No está la cosa como *pa* regodearse. Muchísimos van a tener que tranquear con sus propias patitas.

—Nos iremos en la condición que sea —aceptó Rodríguez—. Lo único que me interesa es llegar pronto a Tarma.

—El caso es que no sabemos si nos llevan a Tarma o nos dejan

en Jauja, mi capi. Pero de todos modos a Tarma tenemos que llegar, porque dicen que ésa es la retirada general.

—Si te he de decir la verdad, Gaspar, a mí ya no me importa cuál sea esa maniobra. La guerra terminó por fastidiarme completamente; no es como la que hicimos en años anteriores. Anhelo salir pronto de esta condenada serranía y llegar a Lima a pedir mi baja definitiva. Pero antes pasaremos por Tarma —agregó • el oficial, y se quedó mirando soñadoramente hacia el norte—. Allá debe estar Leonora —agregó suspirando.

—¡En fin! —exclamó resignadamente Acosta—. *Usté* sabrá lo que hace. Pero me parece haber oído decir a la señorita Leonora que no quiere verlo más…

El son vibrante de una corneta interrumpió el diálogo y los dos hombres miraron hacia el centro de la plaza, en donde comenzaba a formarse la tercera compañía.

—Apurémonos para que no se retrase la partida —dijo Rodríguez, y ambos se encaminaron hacia los animales designados a transportar a los enfermos.

Pero Nebel no salía aún del cuartel, porque estaba discutiendo el asunto de las tres mujeres con Carrera Pinto. Este último terminó por decidir:

—Si ellas se empecinan en no moverse de aquí y no se dispone de cabalgaduras para llevarlas, es preferible dejarlas, mi capitán.

Nebel manifestó que aceptaba la solución. Si había intentado llevárselas era con el solo objeto de no dejar a Carrera Pinto el pesado deber de cuidarlas.

Carrera Pinto lo tranquilizó sonriendo. Según él, estarían solos apenas cuarenta y ocho horas.

—Cuando pase la columna de mi coronel Del Canto, embarcaré a estas mujeres en los carros de bagajes y asunto concluido —determinó—. Lo mismo haré con los once enfermos que usted me deja.

—Me marcho, entonces. Le deseo que no tenga contrariedades, teniente —le dijo Nebel, extendiéndole la mano.

—Gracias, mi capitán. Que lleguen ustedes bien a Jauja.

La pequeña columna de la tercera compañía del «Chacabuco» se puso en marcha, acomodando su paso al de los burros y mulas que transportaban a los enfermos.

Carrera Pinto los contempló desfilar desde la entrada del cuartel y respondió con un saludo a las señas de despedida que le hizo Manuel Rodríguez al pasar frente a él. Éste le gritó además algo que el joven oficial no logró entender.

—¿Qué dice usted, mi mayor? —le preguntó en voz alta.

—Que tenga cuidado —le respondió el explorador, volviéndose un tanto sobre su mula que se alejaba—. Recuerde que el convento de Ocopa está apenas a seis kilómetros dentro de la montaña, y más atrás queda el caserío indio de Comas.

—¡Lo tendré presente, mi mayor! ¡Qué llegue bien a Jauja!

Después que la columna se perdió en los cerros del norte, Carrera Pinto ordenó a su subalterno Pérez Canto que hiciera formar a la compañía.

—Pasaremos lista y distribuiremos las guardias —le dijo—. Quiero saber quiénes son los soldados convalecientes que han quedado con nosotros y cuáles los que están graves en sus camas. Disponga que los que puedan tenerse en pie formen a la cola de la fila.

La corta hilera de soldados quedó extendida como un reguero de hormigas a la casona parroquial que funcionaba como cuartel. Eran sesenta y tres soldados, dos subtenientes y el jefe de la guarnición; en total, sesenta y seis. A continuación de la cuarta compañía formaban nueve hombres más, a medio vestir, desgreñados, con los rostros enflaquecidos por la enfermedad. Eran los convalecientes del tifus, a quienes se había hecho abandonar sus camastros por unos momentos. Los había de todas las compañías del «Chacabuco».

Carrera Pinto sabía que en la casa vecina al cuartel quedaban todavía dos más; el subteniente Julio Montt Salamanca y un soldado del batallón «Lautaro», llamado Pedro González. Ambos habían sido dejados allí casi agónicos, hacía más de dos meses, y se estaban recuperando en forma inexplicable.

Sumados sanos y enfermos, alcanzaban a setenta y siete hombres. Pero, además, estaban las tres mujeres y el hijo de una de ellas. Se las veía en la puerta del cuartel, destacándose una que vestía todavía algunas prendas del uniforme de cantinera.

Pero lo que más impresionó a Carrera Pinto fue el avanzadísimo estado de gravidez en que se hallaba la otra de ellas.

«Va a dar a luz en cualquier momento», pensó el oficial y meneó

la cabeza, desazonado.

La tercera «camarada», que era al mismo tiempo la de más edad, no debía tener más de veintiocho años y mostraba un rostro impávido, aunque la forma como mantenía aferrado a su hijo de la mano delataba su inquietud interior. El niño debía tener unos cinco años y observaba a los soldados con sus pequeños ojillos saltones desmesuradamente abiertos. A Carrera Pinto se le ocurrió que debía estar tiritando de miedo. Profundamente afectado, quitó la vista del pequeño grupo y contempló a sus hombres y a los subtenientes.

Todos estaban mudos y esto hacía que fuera más notorio el silencio que envolvía al pueblo. Impresionado, Carrera Pinto echó una mirada circular por los contornos.

La plaza estaba completamente solitaria y su cuadrilátero desnudo se veía encharcado por la lluvia caída durante la noche. Sabía que en las casas que rodeaban la plaza había centenares de ojos observándolos; no se atrevía a calificarlos de enemigos, porque todos los pobladores de La Concepción se habían comportado pacíficamente hasta entonces, pero bien instruido estaba sobre la conveniencia de desconfiar siempre. Lamentó no haber interrogado a Nebel sobre la calidad de la población y decidió averiguarlo con alguno de los enfermos más antiguos. Se encaminó hacia el extremo de la formación que ocupaban los enfermos y preguntó en voz alta:

—¿Algunos de ustedes me puede informar quiénes viven en las casas frente a la plaza?

Un hombre se destacó de la fila, tambaleándose un poco, y se acercó al oficial. Dio primero su nombre:

—Soldado Lorenzo Jofré, mi teniente.

—Dígame quiénes viven en las casas próximas. Comience por la vereda del cuartel.

—Bueno, este cuartel es la antigua casa del cura, como usted sabe, mi teniente —dijo—. A la izquierda tiene la iglesia; a la derecha, la casa de dos pisos del comandante de montoneros Ambrosio Salazar, muy *mentao* por acá. Es uno de esos ricachos que nosotros en Chile llamamos caciques.

Carrera Pinto hizo un guiño de comprensión.

—¿Quiénes viven en el costado norte de la plaza? —le preguntó.

Jofré fue indicando los nombres de los dueños de los edificios, ordenadamente, casa por casa. En la primera, almacén en la planta

baja, vivía un italiano de apellido Gamba; en la siguiente, otro individuo de la misma nacionalidad, denominado Muzzio; y en el extremo final de la cuadra, poseía un hotel un tercer italiano, de nombre Nícola Giolfi. La hilera de casas del costado poniente tenía los siguientes dueños: la primera era de unos latifundistas millonarios, los hermanos Valladares.

—Son dos hombres más malos que el natri —los describió el soldado en su pintoresco lenguaje—. Tienen muchos fundos y una hacienda ganadera que se llama Runatullo. Nos odian más que al maldito.

La casa vecina era habitada por un caballero muy tranquilo y considerado, según el soldado Jofré. Obedecía al nombre de Luis María Duarte. Terminadas las tapias de la casa de aquel caballero, cerraba la cuadra una botica, ubicada en la esquina, perteneciente a dos alemanes de apellidos Schaft y Krignes.

Carrera Pinto observó hacia el único costado que aún no describía su informante, el del poniente. Allí, a lo largo de toda la cuadra, se extendía un portal de arcos aún en construcción.

—En ese portal no vive *naiden* —lo ilustró Jofré—. Pero los indios lo ocupan para instalar su feria, cuando bajan de la sierra.

Carrera Pinto inclinó la cabeza, dándose por informado, pero aún le hizo una última pregunta:

—¿Existe algún otro personaje importante, fuera de los nombrados?

—Claro, mi teniente. Están el doctor Ramón Tello, un peruano muy caballero, que tiene en la puerta de su casa una bandera de la Cruz Roja; y también el doctor francés Luis María Journés.

El jefe de la guarnición dio muestras de haber entendido. Caminó para poder observar bien los contornos. Sus ojos se fijaron primero en los cerros llamados del León, que levantaban sus cumbres pedregosas por encima del techo del cuartel, cuyas tapias estaban apegadas a su falda. Mirando con atención, pudo ver el angosto sendero que ascendía por ellos y conducía a la hondonada de Ocopa y al valle de Comas. Recordó entonces la advertencia que le hiciera Rodríguez al partir. Al término de aquel sendero se hallaba la fortaleza del feudal arzobispo Del Valle, que manejaba a los montoneros de la sierra, y también el caserío de los feroces indios de Comas, que encabezaban la insurrección.

«Por ahí nos vendrá el asalto, si es que se nos descuelgan encima ahora que estaremos solos», pensó, y volviéndose al subteniente Pérez Canto, le ordenó:

—Mantenga dos centinelas permanentes observando los cerros del León.

Luego, marchó hacia el costado de la plaza donde se alzaba el portal inconcluso y observó a lo largo de la calle que corría por el costado izquierdo de la iglesia. Ésta empalmaba en el camino que subía a la cuesta llamada Alto de La Concepción, para seguir hasta Huancayo.

«Por aquí debe llegar la columna de mi coronel Del Canto pasado mañana», calculó el oficial. Por unos segundos pasó por su mente la idea de que esa vía sería la única que podrían usar, en caso de una retirada forzosa. Pero la desechó de inmediato, prometiéndose no dar un paso fuera del pueblo, cualesquiera fuesen las circunstancias que debieran enfrentar.

Regresando rápidamente a la puerta del cuartel, ordenó al sargento Rosas, encargado de la guardia:

—Cerciórese de que las drizas de la bandera estén bien firmes, para que no se nos baje ni un jeme del tope del mástil.

12

Los designios misteriosos del destino tenían fijada una fecha exacta para desencadenar sobre la sierra peruana una tempestad de sangre, de crueldad y de heroísmo inolvidables. Ese momento culminante, marcado con franjas de luto y luces de gloria en el calendario de la fama, era el 9 de julio de 1882.

La fecha señalada aparecía escrita en el libro de órdenes del caudillo serrano Cáceres, subrayada con lápiz rojo y seguida por esta información: «Ataque de conjunto al ejército chileno: por la quebrada del Rímac, por Oroya, por Jauja o La Concepción, y por Huancayo».

En el legajo de partes del comandante en jefe de la división chilena aparecía también esta fecha, pero precedida de otra. Se leía en el documento correspondiente: «8 de julio, evacuación de Huancayo, 9 de julio, ingresó a Jauja de todas las guarniciones del sur».

Si un ser superior, contemplando el valle andino desde la altura, hubiera podido leer las órdenes de los jefes de ambos bandos, habría pensado sin duda: los chilenos escapan al golpe del destino por un día, partirán veinticuatro horas antes de que se descargue sobre ellos el ataque envolvente de sus enemigos. Pero los hados Invisibles que manejaban la escena mantenían escondida una última carta, que jugarían en el momento oportuno, dando un violento desenlace a la dolorosa trama.

Entretanto, los protagonistas esperaban, escrutando con ojos ansiosos el áspero escenario. Todos ellos iban moviéndose ciegamente a ocupar los lugares exactos que les estaban señalados. Los peruanos, envolviendo a los chilenos en un cerco que empozaba al valle. El capitán José Miguel Pérez, con los montoneros de

Bentín, interceptaba la quebrada del Rímac. El coronel Tafur, con sus tropas de línea y huestes indias, se apostaba en las alturas que dominaban Oroya. El coronel Juan Gastó llegaba con sus dos mil quinientos combatientes a los montes de Apata, situados entre Jauja y La Concepción. Y el propio Cáceres, al frente de su ejército, asomaba en el puente de Izcuchaca, dispuesto a dar el salto sobre Huancayo, para seguir arrollando hacia el norte a todas las guarniciones chilenas establecidas en el fondo y a lo largo del valle.

Por su parte, los chilenos, ignorantes de la trampa en que iban siendo encerrados, se enervaban aguardando el momento de iniciar su repliegue sobre Tarma.

Cerrada ya la noche del 6 de julio y después de haberse cerciorado de que parejas de centinelas vigilaban las cumbres circundantes y una patrulla recorría el pueblo, Carrera Pinto entró a la sala que servía de comandancia y, a tientas, buscó la lámpara para alumbrarse, pero ésta no tenía combustible. Llamó entonces a su ordenanza, Lorenzo Aceitón.

El hombre no tardó en presentarse y le ordenó que echara parafina a la lámpara.

—Se acabó, mi teniente —le contestó el soldado—. Denantes le eché las últimas gotas.

—Pues vaya a conseguir entonces. ¿Cómo vamos a quedarnos a oscuras?

—El almacén del bachicha Gamba está *cerrao*, mi teniente; y me *hai* dicho mi sargento Clodomiro Rosas que en este pueblo no le abren a *naiden* después de *escurecío*. Pero me le ocurre que si va al almacén de Gamba mi subteniente Cruz Martínez, capaz que le abra —aquí sonrió maliciosamente el soldado—. Esta tarde lo vi de plática con la hija del italiano y parecían muy amigados, ¿sabe *usté*?

—Bien. Diga usted al subteniente Cruz Martínez que vaya a conseguir la parafina —dijo sin hacer ningún comentario.

Cuando el soldado salió a cumplir su orden, Carrera Pinto abandonó la comandancia y fue a sentarse a un escaño de los que bordeaban el patio. En esos momentos se le acercó Arturo Pérez Canto y se sentó a su lado.

—Linda noche, ¿no es cierto? —le comentó—. Menos mal que no hay luna; me pone un poco triste.

El teniente sonrió con jovialidad.

—A mí me gusta —dijo—. Crucé tantas veces la cordillera arreando ganado a la luz de la luna.

—Es curioso, pero me parece haberle oído decir alguna vez que era empleado de la intendencia de Santiago antes de la guerra, mi teniente —le observó Pérez Canto.

—Lo fui, es verdad. Hasta el año 1871, tuve negocios de ganado. Lo compraba en Mendoza. —El rostro del teniente se ensombreció al recordar el pueblo en donde fueron fusilados su abuelo, José Miguel Carrera, y los hermanos de éste, Juan José y Luis.

—¿Y cómo fue posible que usted, siendo un Carrera, se ganara la vida arreando vacunos? —le preguntaba su subalterno.

—Es muy sencillo. Nunca fui rico. Mi padre, don José Miguel Carrera y Fontecilla, murió cuando yo tenía doce años. Ni mi hermano ni yo fuimos muy amantes de los estudios y cuando cumplimos dieciocho nos pusimos a trabajar. Como siempre me crié en el campo y me gustaban los animales, me gané la vida traficando con ellos. Iba a comprar vacunos a la Argentina y los vendía en Chile. Después tuve una rodada a caballo en la cordillera y me vi obligado a buscar un trabajo más quieto. Fue entonces cuando un amigo de mi familia me colocó en la intendencia de Santiago. Pero no aguanté mucho tiempo tras un escritorio y volví a trabajar el campo.

Carrera Pinto se quedó pensativo, apesarado por un recuerdo que no se atrevió a expresar; la verdadera causa de su salida de la intendencia de Santiago: la ruda vida de arriero cordillerano y la pobreza que su orgullo lo había obligado ocultar le habían inculcado un vicio: la bebida, del que sólo lograron liberarlo las penalidades de la guerra y la disciplina del ejército.

—Estaba trabajando en el fundo de una familia amiga, cuando estalló la guerra y me alisté en el batallón «Carampangue». Éste se transformó después en el regimiento «Esmeralda», que hoy se llama «Séptimo de Línea», y el comandante, el famoso «manco» Amengual, me ascendió a sargento. Por último, después de la toma de Tacna, me pasé al «Chacabuco», y aquí estoy.

Pérez Canto sonrió candorosamente y su rostro se vio aún más infantil.

—Resulta en cierto modo impresionante estar bajo las órdenes

de un Carrera —comentó—. Lo hemos conversado varias veces con Cruz Martínez. Bueno…, usted sabe que Lucho es un chacotero…, es natural, ya que tiene apenas dieciocho años…

—¿Y acaso usted tiene más? —lo interrumpió Carrera Pinto riendo.

—Tengo diecisiete, mi teniente —afirmó el muchacho con gravedad.

El superior recordó entonces que el tercer subteniente, Julio Montt, tenía veinte años.

«Podrían ser hijos míos —se dijo—. Tengo treinta y un años».

—Como le decía —prosiguió Pérez Canto—. Lucho tiene ideas particulares sobre usted y suele llamarlo «Don José Miguel» y a veces «mi general Carrera».

El teniente rió en forma afectuosa.

—Honor que le agradezco —dijo, y añadió suspirando—: ¡Cómo quisiera tener el temple de mi abuelo!

—Ya tendrá usted la oportunidad de demostrarlo, mi teniente.

—Si se presenta esa oportunidad, todos seremos iguales —afirmó Carrera Pinto—. El único temple de que podremos hacer gala será el del pueblo chileno, nada más.

—Eso es lo que le digo siempre al subteniente Cruz Martínez, pero no hay forma de hacérselo entender —expresó Pérez Canto—. Mi compañero tiene un problema antiguo que lo hace sentirse inferior a los demás. Es un muchacho raro, a veces de una timidez enfermiza, y en otras ocasiones, de una audacia increíble.

—¿Y eso por qué?…

Pérez Canto le explicó en tono confidencial:

—Entiendo que es por situación familiar, mi teniente. En el batallón se ha comentado el asunto. Un compañero que lo conoció cuando ambos se alistaron en el batallón cívico «Curicó», reveló que Luis Cruz Martínez es hijo de padres desconocidos.

—Es una bajeza comentar la situación del muchacho —dijo Carrera Pinto.

Pérez Canto asintió, un tanto avergonzado, y trató de justificarse.

—Varias veces le he dicho a Cruz Martínez que no debe concederle importancia al hecho, y él me ha contestado siempre que no lo afecta, pero me parece que no dice la verdad. Hace unos

meses, me contó que fue adoptado por una señora de Curicó, llamada doña Martina Martínez de Franco. Él estaba recién nacido y todo lo que ha alcanzado en su vida se lo debe a esa dama. Cuando, hace dos años, se alistó en el ejército, cursaba cuarto año de humanidades en el Liceo de Curicó.

—De esta situación del subteniente Cruz Martínez no debe volver a hablarse, ¿me entiende usted? —conminó el teniente a Pérez Canto—. Para todos nosotros, el muchacho debe ser siempre un oficial tan digno como cualquier otro.

—De acuerdo, mi teniente. Yo lo considero uno de mis mejores camaradas.

En ese momento cruzaba el zagúan el soldado Aceitón, con la lámpara encendida. Ambos oficiales abandonaron el escaño y se encaminaron a la sala de guardia. El subteniente sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a Carrera Pinto.

—¿No pita usted, mi teniente?

—No, gracias; he dejado el tabaco.

El muchacho se apresuró a guardar los cigarrillos y tampoco fumó. Había recordado, súbitamente, algo que era motivo de muchos comentarios en el batallón: el vicio que Carrera Pinto había contraído del alcohol cuando trabajó como arriero en la cordillera. Se afirmaba que su ingreso al batallón «Chacabuco» había sido condicional, que el comandante lo aceptó previa su promesa de no volver a embriagarse. Pero lo que más se comentaba, dando pábulo a una profunda admiración por el oficial, era la rigurosidad con que había cumplido aquella promesa. Nadie volvió a ver a Carrera Pinto bebiendo una gota de vino, ni en las comidas oficiales del batallón.

Pérez Canto dejó a su jefe enfrascado en el estudio de un croquis del pueblo, que había dejado el capitán Nebel, y salió en busca del subteniente Cruz Martínez, que venía atravesando la plaza.

—¿Y cómo te fue con la italianita? —le preguntó al pequeño subteniente.

El rostro de Cruz Martínez resplandeció con infantil regocijo.

—¡Requetebién! Alcancé a platicar con ella unos cinco minutos, mientras su padre iba a buscar la parafina. —Alzó los ojos al cielo y suspiró teatralmente—. ¡Es linda como un jazmín! ¡Hummmm! Pero ¿sabes?, parece que Montt ya tuvo palabreos con ella. La chiquilla me averiguó sobre la salud de él.

Pérez Canto se encogió de hombros. Aquello era posible. Montt estaba en La Concepción desde hacía más de un mes y, seguramente, alcanzó a relacionarse con algunos vecinos antes de caer contagiado por el tifus.

—Voy a conversarlo con Julio —dijo lealmente Cruz Martínez. No sea cosa que le esté arrebatando la chiquilla a un compañero, y que, para más, está enfermo. Voy a hacerlo ahora mismo. Después te cuento.

Dicho esto, dio media vuelta y se encaminó a la casa de dos pisos, a la derecha del cuartel. Pérez Canto se entró, dispuesto a dormir.

La quietud nocturna envolvía al pueblo. Los centinelas que vigilaban los montes se arrebujaban en sus mantas, y con las manos ateridas en sus fusiles, bostezaban, contagiados por el sosiego de la noche.

En otro lugar de la sierra dos mensajeros enviados desde las avanzadas de Cáceres corrían por el perfil de las cumbres. Uno de ellos, terminando su carrera antes del amanecer, llegaba hasta el alojamiento del «Brujo de los Andes», en el pueblo de Izcuchaca. Justificando la premura con que había hecho el largo camino, exigió ser introducido inmediatamente a presencia del general. Éste lo recibió envuelto en una manta india y sus ojos relumbraban de impaciencia. Al ser informado de que el chasqui venía del último campamento del coronel Tafur, inquirió, lleno de presentimiento:

—¿Qué ha ocurrido?… ¿Algún contratiempo?

—El señor coronel Tafur atacó hace tres días a la guarnición chilena que custodiaba el puente de Oroya, señor general —le comunicó el mensajero.

El rostro curtido del caudillo se tornó plomizo por la ira que le produjo saber que Tafur se había anticipado en sus acciones, rompiendo la armonía del plan general.

—¡Qué disparate imperdonable! —barbotó Cáceres—. Estábamos de acuerdo en que el ataque general se realizaría simultáneamente en todos los puntos el día 9 de julio, o sea, pasado mañana. ¿Qué movió al coronel Tafur a obrar por iniciativa propia?… ¿Cuáles fueron los resultados de tan desatinada maniobra?

El chasqui indio respondió en voz baja y agachado hacia el

suelo:

—La columna del señor coronel Tafur fue derrotada, taita Cáceres.

El general estaba rígido, petrificado por la enorme magnitud de su rabia. Aunque dentro de él sentía que ni con su vida podría Tafur enmendar su falta, no lo dijo. Hablando enronquecido y con dificultad, se limitó a preguntar al indio:

—¿Dónde está ahora ese coronel con el resto de su gente?

Según el mensajero, había tenido que trasmontar la cordillera en dirección a la hondonada de Casapalca, perseguido muy de cerca por la caballería chilena. Es decir, había marchado hacia el oeste, en lugar de hacerlo hacia el este, como eran las órdenes de Cáceres. La justificación era que había emprendido esa maniobra con el propósito de cortar los suministros que enviaban los chilenos de Chicla a Casapalca.

—¡Qué importan los suministros, por un cuerno! —estalló el caudillo—. Ésos los cortará el comandante Bentín con las montoneras de Huarochirí. Lo que tenía que hacer Tafur era juntarse con las fuerzas de Gastó, para caer sumados sobre Jauja o La Concepción. Su estúpida iniciativa frustra nuestros planes. Ya no podrá agregarse a Gastó y éste tendrá que atacar con sólo sus fuerzas.

Cáceres apenas durmió en lo que restaba de la noche, tanta era su irritación. Pero a la mañana siguiente había logrado dominarse y persistía en ejecutar su plan tal como lo había concebido.

—Daremos nuestro ataque mañana, 9 de julio —dijo al coronel Secada—. Después de la victoria, cobraré cuentas a Tafur.

Pero, así como un chasqui había llevado la noticia al caudillo serrano, un estafeta chileno galopó llevando la información a Del Canto. Aquél detuvo unos instantes su carrera en La Concepción y participó las noticias a Carrera Pinto sin desmontarse de su caballo.

La acción en Oroya se había producido tres días atrás. El teniente Francisco Meyer, del «3.º de Línea», que estaba a cargo del puente de Oroya, con cincuenta infantes y un pelotón de caballería, había sido atacado durante la noche por un batallón de tropas de línea y quinientos montoneros. Afortunadamente, los centinelas dieron la alarma a tiempo y los infantes se batieron como leones, protegidos por la oscuridad. Después de una hora de combate a la

distancia, cargaron a la bayoneta, abriendo profundas brechas en las líneas atacantes. Por último, el piquete de caballería terminó de desbandar a los adversarios, a golpes de sable. Pero mientras la lucha se cargaba hacia una orilla del río, otra ola de montoneros atacó por la margen opuesta. Como previsoramente Meyer había dejado escondidos tras una pirca a veinte infantes y en mitad del puente a cinco soldados más, éstos contuvieron el avance de los indios que se precipitaban a cortar el puente y los desviaron de su objetivo. No obstante, alcanzaron a incendiar dos bodegas con forraje y con lana. La luminosidad del incendio fue, sin embargo, su perdición, pues facilitó la carga de los jinetes de Meyer, quienes terminaron de destrozar a la montonera.

—¿Lograron capturar a los jefes peruanos? —quiso saber Carrera Pinto.

—No, mi teniente; se escabulleron hacia las cumbres de la cordillera. Pero mi coronel Barahona, comandante de la guarnición de Tarma, mandó al teniente Tristán Stephen, con treinta jinetes del «Carabineros», a perseguirlos por los pasos que van a Casapalca.

El estafeta no conocía el resultado de esa persecución y poco más podía informar a Carrera Pinto sobre los movimientos del enemigo en la zona que había recorrido para traer su mensaje.

—Lo único que vi fue grupos de indios armados semiescondidos en las alturas que rodean a los montes de Apata, a catorce kilómetros de aquí —terminó de informar.

En conocimiento de que llevaba a Del Canto otros despachos sellados, recogidos en Tarma y Jauja, el jefe de La Concepción no quiso demorarlo más y le dio orden de reiniciar su galope. El estafeta llegó a Huancayo al amanecer del día 8 y entregó la valija con la correspondencia oficial en manos del propio coronel Del Canto. Minutos más tarde, éste hacía llamar al comandante Pinto Agüero y lo recibía con un documento extendido entre sus manos.

—Comandante Pinto —le confió—. El correo militar acaba de traerme un comunicado que me causa mucha preocupación. Me informa el jefe del servicio sanitario que los hospitales de Jauja y Tarma no han podido ser desocupados todavía y que no están en condiciones de recibir a nuestros enfermos hasta el día 9.

El rostro del comandante del «Chacabuco» se ensombreció y su desazón fue visible más aún cuando Del Canto agregó:

—Esto nos obliga a retrasar nuestra marcha un día más. Tendremos que salir de Huancayo el 9.

—¡Un día más! —reflexionó Pinto Agüero, notoriamente preocupado—. Eso representa dejar sola veinticuatro horas = más a la compañía que está en La Concepción.

Sin mayores comentarios, el comandante en jefe se sentó ante su escritorio y empezó a escribir un mensaje para el jefe de la guarnición de La Concepción.

Disponga a sus fuerzas para incorporarse a esta división el 9, que pasaremos por La Concepción. Redoble la vigilancia.

ESTANISLAO DEL CANTO.

A media mañana de aquel mismo día, Carrera Pinto observaba desde la puerta de su cuartel a un centenar de indios que recogían sus canastos y el resto de los productos que durante todo el día anterior habían vendido en la habitual feria de los viernes. Según lo había informado el soldado Domingo Rojas Trigo, desde hacía un mes en el pueblo, los indios levantaban siempre sus ferias el sábado, para no marchar en la oscuridad por los empinados senderos de regreso a sus aldeas montañesas.

El oficial contemplaba con una mezcla de asco y compasión a las indias que cargaban sobre sus espaldas sus sucios bártulos y sus críos, cuando le llamó la atención la figura de un europeo que, vestido con unos viejos pantalones de montar y una estrafalaria chaqueta de lana, había cruzado la plaza y estaba detenido frente al cuartel, en actitud indecisa. En esos momentos un soldado de espesa barba, salido de la casa vecina al cuartel, se le acercó respetuosamente.

—Permiso, mi teniente.

—Diga, soldado. Usted no es de mi compañía, ¿no es así?

—No, mi teniente; soy de la sexta y me llamo Zenón Ortiz. Quiero pedirle permiso *pa* algo, mi teniente.

—¿De qué se trata, soldado? —dijo examinándolo.

Ortiz era un hombre de unos cuarenta años, bajo y ancho, típico veterano curtido en todas las campañas de la guerra. Pero a pesar de que el tifus había hecho una mella profunda en su organismo, sus pupilas seguían reflejando una vitalidad inquebrantable.

—Hace veintiocho días que estoy *tumbao* aquí, mi teniente —se decidió por fin a decir—. Y conmigo anda mi mujer que está por tener guagua, mi teniente. —Como el oficial lo mirara con expresión reprobatoria, siguió hablando en forma atolondrada—: ¿Qué voy a hacerle, mi teniente? No puedo dejarla botá.

—¿Y cómo se le ocurrió traer a su mujer a la guerra, hombre?

—¡Si yo no la traje, mi teniente! Ella era la esposa de Tiburcio Mella, soldado del «3.º de Línea»; ellos vivían en Pisagua cuando comenzó la guerra. Los peruanos les quitaron la casa, entonces Mella se alistó en el ejército y tuvo que venirse con la mujer *pa'l* Perú.

—¿Y cómo es que anda usted con ella entonces? —le preguntó Carrera confuso.

—Tiburcio Mella era mi amigo y lo mataron en la batalla de Miraflores. ¿Cómo iba a dejar botá a su mujer? Y ahora está por tener una guagua, mi teniente.

—¿Ahora mismo? —le inquirió alarmado el oficial.

—*Güeno*, altiro no creo que vaya a ser. Pero me decía hace poco rato que está sintiendo unos dolorcitos raros. —Rió el soldado al agregar—: Pero ella cree que son aires no más, mi teniente.

Carrera Pinto se agitó, desazonado, y no atinó a darle una solución.

—¿Qué diablos quiere usted que haga, soldado? No se imaginará que me desempeñe como partero.

—No, no, mi teniente —rió el soldado, divertido—. Lo que quiero es que me dé permiso *pa* hacer que la vea un *dotor* del pueblo. Es un peruano que se llama Ramón Tello y que tiene un dispensario detrasito del hotel.

A Carrera Pinto no le pareció bien permitir el acceso de un peruano a la enfermería donde estaban sus hombres.

—Haga que la atiendan las otras dos mujeres, mientras tanto —le ordenó—. Ya veremos cómo proceder cuando se acerque el parto. —Como viera que el europeo lo observaba desde la plaza le preguntó al soldado—: ¿Conoce usted a ese señor?

Ortiz le echó una ojeada y contestó al punto:

—Sí, mi teniente. Es un francés medio raro, que vive al otro lado de la plaza, junto a la botica de los alemanes. Se llama Luis María

Journés.

El teniente recordó entonces al médico francés de quien le hablaron el día que llegó a La Concepción. Y como viera que seguía esperando al otro lado de la calle, dedujo que quería hablarle a solas.

—Retírese —dijo discretamente al soldado—. Y vuelva dentro de una hora para que decidamos qué haremos con su señora.

Tan pronto el soldado se marchó el europeo atravesó la calle y se detuvo frente a Carrera Pinto. Su ademán denotaba nerviosidad y apuro.

—Necesito hablar urgentemente con usted —le dijo en voz baja —. Soy el doctor Luis María Journés. Ciudadano francés.

—Ya lo sé, señor. ¿Qué tiene usted que decirme?

—Soy neutral, comandante; no quiero saber nada de la guerra, pero deseo evitar una matanza bárbara —comenzó diciendo el doctor—. Respeto por igual a los dos bandos combatientes, aunque vivo desde hace diez años en el Perú.

—Lo comprendo. ¿Y bien?…

—Esta mañana descubrí que habían echado una hoja de papel por debajo de mi puerta. Deduje que habían sido los indios que vinieron a la feria, y al leerla me molestó que me mezclaran en cosas de la guerra.

Los indios no saben escribir —le acotó Carrera, interrumpiéndolo.

—No lo ignoro, comandante. Pero el papel estaba escrito y, después de leerlo, consideré que debía venir a verlo a usted. Lo hago solamente para evitar calamidades que afectarán a todos los extranjeros que viven en La Concepción.

—¿Y qué decía ese papel, doctor Journés?

—Era una advertencia, señor oficial. Decía algo así, más o menos: «*Prepárense a huir o a morir, porque el pueblo va a ser atacado por más de seis mil hombres*»; eso es todo, comandante, y me parece que basta.

—Le agradezco que se haya tomado la molestia de prevenirnos, doctor —dijo el oficial serenamente al francés—. Pero creo que esa nota no es más que una bravata para atemorizarlo. Ya en ocasiones anteriores la guarnición de este pueblo recibió parecidos anuncios de parte de los indios de Comas.

—Ahora soy yo quien le recuerda que los indios no saben escribir, comandante le acotó el francés en tono imperioso.

—En cambio, los monjes del convento de Ocopa, sí. ¿No es eso? —dijo el oficial limándolo al fondo de las pupilas.

Journés hizo un gesto ambiguo, desentendiéndose del asunto.

—He cumplido con un deber de humanidad al traerle el aviso, comandante —le expresó—. Después de esto no volveré a intervenir. Y si se produce un asalto a La Concepción, tendré buen cuidado de esconderme en el rincón más oculto de mi casa. Conozco demasiado la crueldad de los indios de estas serranías. Con su permiso, me retiro. Que tengan ustedes buena suerte.

El médico hizo una corta venia y se alejó en dirección a su vivienda. Carrera Pinto entró al cuartel y su semblante mostraba la preocupación que había ocultado al europeo.

Horas más tarde, antes del rancho del mediodía, la guarnición practicó los ejercicios de rutina, que Carrera Pinto imponía celosamente dos veces en cada jornada. Al compás del tambor se realizaron marchas y carreras, despliegues en guerrillas y esgrima de bayoneta.

Sentados en uno de los escaños del patio, observaban las evoluciones los subtenientes Pérez Canto y Cruz Martínez, terminada ya la parte que les correspondía. Fumaban poco interesados en el espectáculo rutinario, cuando, inesperadamente, apareció por el zaguán del cuartel el subteniente Montt. Caminaba dificultosamente, apoyándose en un palo, pero se acercaba a sus compañeros con aire triunfal.

—Pero, compañero, ¿qué locuras has hecho? —le espetó Pérez Canto.

—Por lo que se ve, tú quieres morirte —le expresó Cruz Martínez, a su vez—. ¿Para qué diablos dejaste tu cama, hombre?

—Ya estoy bastante recuperado, muchachos —les respondió el enfermo con irreflexiva petulancia—. Desde anoche no tengo fiebre. Además, no podía seguir aguantando estar tumbado como un costal.

—Estás transparente como una hostia, Montt —le observó Pérez Canto—. Mejor harías volviendo a tu cama.

—Tengo que irme acostumbrando a tenerme en pie. El grueso de la división va a pasar por aquí mañana y no quiero que me lleven en camilla.

—Tienes razón —aceptó Cruz Martínez, aunque no convencido del todo—. Quédate un rato levantado y te vuelves a acostar antes de que te entre frío. Siéntate aquí con nosotros.

Montt tomó ubicación en un extremo del escaño y los tres se absorbieron, durante unos segundos, en la contemplación de los ejercicios. De pronto, Cruz Martínez pareció recordar algo:

—¿Sabes, Julio, que has resultado más conocido en este pueblo que las cucarachas en un basural? —le dijo con aire malicioso.

—¿Por qué dices eso?

—Ayer estuve platicando con la hija del italiano Gamba en la feria y me preguntó por tu salud. Después, me presentó a una amiga suya, una de las señoritas que viven en la casona grande del otro lado de la plaza, la de los hermanos Valladares.

—Sí, la conozco —lo interrumpió Montt—; me parece que se llama Aída.

—El caso es que esa señorita también me preguntó por ti —prosiguió Cruz Martínez, con socarronería— y también por tu hermano gemelo. Parece que tú andas contando tus asuntos por todas partes.

—No digas tonterías, Lucho —rió suavemente el enfermo.

Era muy comentado en la división que operaba en la sierra el parecido que existía entre los dos hermanos Montt, que se asemejaban uno al otro como dos gotas de agua. El otro, llamado César, era subteniente del «Carabineros de Yungay».

—Mi hermano César hace unos meses estuvo también en este pueblo y conoció a esas señoritas —se explicó Montt—. Él fue quien les contó que somos gemelos y que nos arrancamos del liceo de Valparaíso, donde estudiábamos, para venirnos a la guerra.

Los tres muchachos rieron gravemente, como veteranos que recordaran tiempos muy lejanos. Los tres habían integrado el ejército en igual forma, aventando sus libros de estudios y colándose a escondidas en los transportes de soldados que navegaban hacia el Perú.

Arturo Pérez Canto había sido instruido también por los relatos de guerra que mandaba a su casa materna su hermano mayor, cirujano del batallón «Chacabuco». Como Arturo apenas había cumplido los 16 años, no lo recibieron en ningún cuartel y tuvo que embarcarse «de pavo» en el buque carbonero *Matías Cousiño*. Igual

cosa había hecho Montt en el *Amazonas*. Sin embargo, pese a sus escasos años, al producirse las batallas de Chorrillos y Miraflores, los tres muchachos fueron mencionados en las Órdenes del Día por la bravura con que combatieron.

Recordando que a los tres sus comandantes habían querido dejarlos en la retaguardia, al cuidado de los equipos de los soldados, los subtenientes reían de buena gana, cuando se les aproximó Carrera Pinto, concluidos los ejercicios.

—¿Cuál es el motivo de tanta risa? —empezaba a preguntarles, cuando vio al enfermo—. ¿Qué hace usted en pie, subteniente Montt?

—Se me pasó la fiebre, mi teniente —se justificó el interrogado.

—¡Qué ignorante es usted, mocito! ¿Es que se ha imaginado que cuando se tiene tifus basta que baje un poco la fiebre para dejar la cama, sin más ni más?

—Es que tengo que irme entrenando para…

—¡Usted se va a entrenar en la cama, y se acabó! —lo conminó categóricamente el jefe—. ¡Habráse visto tamaña imprudencia…! ¡Subteniente Montt, a la enfermería!

Mientras Montt se alejaba tambaleándose por el corredor, Carrera Pinto se volvió hacia los dos muchachos y los fulminó con la mirada.

—¡Y ustedes, par de ignorantes, a lavarse muy bien las manos y la boca! —les ordenó rigurosamente—. Y pidan después en la cantina un buen trago de aguardiente. ¡Lo único que falta es que se les pegue el tifus de Montt!

Los subtenientes aguantaron el chaparrón y se retiraron con las cabezas gachas.

Una tarde más transcurrió en la engañosa calma del valle jaujeño. Carrera Pinto, afectado por el aviso de Journés, doblaba los puestos de centinelas del lado oriental de La Concepción, precaviéndose contra un ataque nocturno de los indios de Comas o de los frailes del convento de Ocopa, cuando otro chasqui de las montoneras se presentaba en el campamento que aún mantenía Cáceres junto al puente de Izcuchaca.

El caudillo estaba preparado para recibirlo, sabedor de que los chasquis se movían preferentemente de noche. Oyó el mensaje sin que se alterara un músculo de sus facciones aun cuando la

información era nada menos que un anuncio de victoria.

Según el mensajero, el capitán Pérez y los oficiales de la «Ayudantina» habían establecido contacto con la montonera del coronel Bentín en la provincia de Yauyos. Siguiendo las instrucciones de Cáceres, que les ordenaba atacar a las guarniciones enemigas establecidas junto a la línea del ferrocarril de Lima a Chicla, Bentín organizó un grupo de soldados de línea de cien hombres y se lanzó a cumplir la misión, escoltado además por quinientos montoneros. Simultáneamente, consiguió que otras montoneras se acercaran a la línea enemiga por el lado opuesto. En esta forma, pudo atacar a la estación de Chicla con sus propias fuerzas mientras otra montonera cargaba sobre San Mateo, para destruir el puente de Infiernillo, y una tercera caía sobre San Bartolomé, con el propósito de botar el puente de Las Verrugas.

El ataque sobre Chicla logró ser neutralizado por los chilenos, sumando a la guarnición de ese punto la de Casapalca. Pero entretanto las otras dos montoneras destruyeron los puentes de Infiernillo y Las Verrugas.

Cáceres se irguió con aire triunfador y volviéndose a los miembros de su Estado Mayor, les expresó, ufano:

—Del informe traído por este mensajero podremos desprender una grande y valiosa verdad, señores comandantes. ¡Tenemos a los enemigos encerrados en el valle superior! Ahora sólo nos falta conocer el resultado de la misión encomendada al coronel Gastó.

—También puedo informarle algo sobre las actividades del coronel Gastó, señor general —dijo a Cáceres el mensajero—. Tuve la suerte de encontrarme con algunos de sus exploradores, los que me participaron que el destacamento del coronel se halla ya establecido en las alturas de Apata, entre Jauja y La Concepción.

Cáceres comprobaba que, aparte del traspié dado por Tafur, todos sus otros elementos se habían movilizado con la precisión de piezas de ajedrez movidas por un experto jugador. Le faltaba solamente saber cuál sería el próximo paso de los batallones del oriente.

—¿Le informaron los exploradores cuál era el objetivo escogido por el coronel Gastó? —inquirió al mensajero.

—No lo sabían aún, señor general.

—Esperaremos hasta mañana las noticias del coronel Gastó —

participó a sus comandantes—. Si no las recibimos, daremos por sentado que atacará Jauja, como estaba planeado; entonces nosotros avanzaremos contra las guarniciones enemigas de Marcavalle, Pucará y Huancayo.

El coronel Gastó efectivamente había llegado con sus fuerzas de línea, reforzadas por los indios de Comas, hasta la meseta de los montes de Apata, situada a cuatro kilómetros del camino central que unía a Jauja con La Concepción. Sus espías enviados a Jauja y La Concepción fueron regresando, uno tras otro, en la tarde del 8 de julio. El informe que le trajeron los que lograron introducirse en Jauja terminó de decidirlo. La guarnición de Jauja había sido muy reforzada por una columna de jinetes que había llegado protegiendo a un convoy de enfermos. Y los espías estaban de acuerdo en que gran parte de estos últimos se hallaban en posición de tomar parte activa en una defensa.

—Sumados a la guarnición permanente, los jinetes y los enfermos hábiles, alcanzan a unos quinientos defensores —completó uno de los informantes.

—¡Son excesivos para arriesgarnos a atacarlos! —dedujo Gastó, y volviéndose hacia otro de sus espías, le consultó—: ¿Cuántos soldados dijo usted que forman la guarnición de La Concepción?

—Entre setenta y ochenta, señor coronel.

—La elección no admite dudas —dijo lentamente, dirigiéndose a los jefes de sus batallones—. Caeremos sobre La Concepción mañana 9 de julio y exterminaremos a todos los enemigos que la guarnecen. Dispongan a todos sus soldados de línea, a los montoneros y a las bandas indias, señores.

Mientras los jefes se alejaban para cumplir sus órdenes, Gastó montó a caballo y fue a situarse sobre un promontorio que dominaba a su propio campamento. Allí se aglomeraban, aunque sin mezclarse, los quinientos soldados de línea de la división «Vanguardia», que lo acompañaran desde Izcuchaca, y que correspondían a doscientos hombres del batallón «Pucará», bajo las órdenes del comandante Ponce de León; a doscientos hombres del batallón «Libres de ayacucho», mandados por el jefe Pedro José Carrión, y cien hombres del batallón «América». Próximos a ellos, esperaban con ruidosas manifestaciones mil quinientos montoneros, cholos e indios, difícilmente controlados sus jefes, los comandantes

Domingo Cabrera y Francisco Segura. En otro extremo de la hondonada, totalmente aislados, huraños e intratables, estaban los ciento cincuenta indios. Componían una partida de los feroces indios de Comas, que eran colocados distantes, para que pudieran dar curso a sus sucias costumbres. Gastó, deliberadamente, se había opuesto a que el personaje que los comandaba, coronel Ambrosio Salazar, incorporara a su misión a todos los indios que le obedecían, que alcanzaban a seis o siete mil. Pensaba recurrir a ellos únicamente en caso de extrema necesidad.

El coronel dio por terminada su observación solitaria y descendió al campamento. Hizo acudir entonces a su lado a los jefes de la fuerza y se dispuso a dar con ellos los últimos toques al plan definitivo. Dominando a los demás con su alta estatura y su tipo de gran señor, les expresó:

—He pensado que debemos tomar ciertas medidas precautorias antes de lanzarlos sobre La Concepción, señores. No es que tema que la compañía de soldados chilenos que guarda a ese pueblo pueda oponernos resistencia; no, todo lo contrario. Estimo que se rendirán en cuanto se aperciban de nuestro número. Pero sí temo que hagan algunos disparos y ésos bastarán para que los montoneros y los indios se enfurezcan y avancen a paso de carga contra las casas de La Concepción. Deseo evitar el derramamiento de sangre entre los pobladores. Ya saben ustedes que cuando los serranos se abalanzan, no es fácil contenerlos.

El comandante de los indios de Comas, Ambrosio Salazar, se irguió ufano, comprendiendo que era a su hueste a la que se aludía.

—En ello reside la efectividad de mis hombres —dijo, con ojos satánicos—. El único cuidado que es preciso tener es dirigirlos rectamente contra el objetivo que se desea destruir. Constituyen una fuerza incontenible, pero ciega —agregó riendo.

El coronel Gastó asintió con disgusto. Bien lo sabía él.

El comandante Carrión preguntó si existía alguna forma discreta de avisarles a los pobladores de La Concepción del ataque, a fin de que salieran del pueblo oportunamente.

Por supuesto que hay un modo de darles el aviso —le respondió Salazar—. Bastará con que nos comuniquemos con los sacerdotes del convento de Ocopa. Ellos enviarán a un fraile a La Concepción, para que avise a las familias, una por una. Mañana es domingo;

fácil les será a los santos padres organizar una procesión o peregrinaje fuera del pueblo.

El coronel Gastó aprobó en silencio.

—Dando por resuelto ese problema —dijo entonces—, deseo utilizar alguna estratagema para impedir que los soldados enemigos rompan fuego, cuando nos asomemos sobre el pueblo. Es mi deseo evitar una matanza inútil.

—Tal vez se conseguiría un atontamiento de las tropas enemigas si se las privara de sus jefes —sugirió Carrión—. Sin tener quién les dé órdenes en el momento de nuestra aparición, no atinarán a iniciar el fuego. Lo que acabo de decir puede parecer un despropósito, pero se me acaba de ocurrir que… —Tomó aliento entonces y trató de explicarse mejor—: Vean ustedes. Los chilenos no han estado muy abundantes de rancho y no pueden jactarse de la variedad de sus comidas. Lógico es suponer entonces que si se les tienta con un suculento almuerzo no van a despreciar la ocasión. ¿No les parece?

Todos los jefes improvisados y aun los de línea contemplaron a Carrión con miradas burlonas. Solamente Gastó fue capaz de penetrar en el fondo de la idea que éste no había alcanzado a completar.

—Tiene usted razón, amigo mío —le dijo—; sería un medio eficaz para separar a los oficiales de la tropa. Porque me imagino que el convite sería sólo para los jefes —comentó dando por aceptada la idea y preocupándose ya de discernir quiénes se encargarían de organizar el almuerzo.

—Espere usted —le expresó Salazar rascándose la hirsuta cabellera, cortada casi al rape—. Déjeme recordar quiénes permanecen aún en La Concepción y no son sospechosos a los chilenos. Preferible será usar a los hombres viejos —fue deduciendo —. Mi tío, don Pedro Salazar, por ejemplo; don Ramón Cortés Valladares, primo de los dueños de la hacienda Runatullo; el cura párroco, el señor Nícola Giolfi, dueño del hotel, en donde también podría servirse el almuerzo…

—¿Dispone usted de algún hombre de confianza para que vaya a instruir a esos señores? —lo interrumpió el jefe de la división.

—Uno de mis lugartenientes, coronel Gastó. Lo enviaré al momento con un mensaje verbal para mi tío. Éste, a su vez, se

encargará de ilustrar a los demás comensales.

—¿Podremos contar entonces con que esos señores tendrán en su mesa en el almuerzo de mañana a los oficiales enemigos? —le inquirió el coronel.

—Delo usted por seguro, don Juan —le afirmó Salazar—. Mi tío es un hombre a quien los años no han apagado la decisión.

—¡Perfecto! —aprobó Gastó—. Entonces nuestra llegada a La Concepción será entre una y dos de la tarde, cuando los jefes enemigos estén entretenidos almorzando. Cuando se den cuenta de nuestro ataque, ya nos habremos apoderado de los puntos vitales del pueblo.

Minutos más tarde partía un mensajero al convento de Ocopa, para pedir al arzobispo Del Valle que sacara a los pobladores de La Concepción, organizando un peregrinaje fuera del pueblo, y al mismo tiempo uno de los subalternos de Salazar se deslizaba hasta el pueblo con la misión de notificar al viejo Pedro Salazar sobre el almuerzo que se había proyectado.

Después de cumplir aquellas dos labores, Ambrosio Salazar se acercó al coronel Gastó preguntándole:

—¿Será preciso que llame al resto de mis bandas indias de Comas?

—Por el momento no lo estimo necesario. Si se produjera algo inesperado y precisáramos más combatientes, se lo haré saber con tiempo, para que los haga acudir a marchas forzadas —le respondió el jefe, sin mirarlo.

Ignacio Carrera terminaba de inspeccionar los puestos de centinelas de los cerros en los contornos de la plaza y de echar un vistazo al cuerpo de guardia apostado en el zaguán de la casa parroquial. Satisfecho de ver a todos los hombres en sus puestos y perfectamente despiertos, se fue al cuarto de banderas, en donde se encontraba Pérez Canto, encargado del primer cuarto de guardia. Éste escribía con gran concentración. Al sentir a su jefe a su lado, levantó la cabeza y se excusó por no haberse puesto de pie oportunamente.

—No lo sentí llegar, mi teniente; perdón.

—Ojalá no le ocurra lo mismo si se presentan enemigos.

El muchacho se turbó. Después dijo, como solicitando autorización para hacerlo:

—Termino al instante de escribir y me voy a la sala de guardia. Estoy contestándole a mi madre, que me mandó una carta llena de presentimientos tristes. La pobre conoce la situación en que nos encontramos en la sierra y teme que me ocurra una desgracia.

Carrera Pinto lo miró intensamente y luego le advirtió con gravedad:

—Lo que es muy probable, Arturo.

El subteniente movió la cabeza de arriba abajo, certificando que lo sabía perfectamente.

—Por eso le respondo en forma que, si algo me ocurre, no la tome desprevenida. —Y como su jefe le aconsejara no alarmarla demasiado, le leyó lo que había escrito—: «Si, como usted lo teme, algo llegara a sucederme, querida mamá, haré que mi muerte vaya acompañada de fúlgidos destellos de gloria, que más bien que sentimientos lleven a usted, junto con mi beso de eterna despedida, el justo orgullo y la satisfacción de haber engendrado un hijo que supo morir por su patria».

Carrera Pinto sintió que se le humedecían las pupilas, pero se esforzó en sonreír y dijo todo lo contrario de lo que pensaba:

—¡Hum! Como muestra de vanidad no está mal. En fin, es usted apenas un muchacho y se le puede perdonar ese tono fanfarrón. Buenas noches, subteniente, no descuide la guardia. —Y se alejó por el corredor en busca de su dormitorio.

Pérez Canto siguió escribiendo unos instantes hasta que el sargento Rosas entró a interrumpirlo.

—¿Qué hay, Rosas?

—En la puerta del cuartel está un sirviente de la casa de don Pedro Salazar —le advirtió el suboficial—. Dice que trae un *recao* para mi teniente Carrera.

—Mi teniente está en la cuadra, acostándose. ¿Dijo el sirviente cuál es su recado?

—Sí, mi subteniente; que su amo desea invitar a los oficiales de la guarnición a un almuerzo, que les ofrecerá mañana en el hotel.

Pérez Canto hizo una morisqueta de asombro y se puso de pie. Dobló la carta y se la guardó en la bocamanga de su guerrera.

—Dígale que espere. Voy a consultar a mi teniente.

Carrera Pinto manifestó similar sorpresa ante la inusitada invitación. Pero, después de comentarla con Pérez Canto, y

considerando que el día siguiente era domingo y que no les vendría mal almorzar en forma más suculenta que de ordinario, decidió aceptar.

—Seguramente celebra a algún «santo» mañana —reflexionó—. Diga a ese criado que, en principio, aceptamos el convite, pero que ruego a don Pedro Salazar venga a verme mañana temprano, para que me explique el motivo del almuerzo y quiénes serán los otros comensales.

—A su orden, mi teniente. Así le diré. Buenas noches.

Era ya la medianoche cuando el soldado Efraín Encina percibió algo que lo hizo sacudir la cabeza y refregarse los ojos con la manta que lo envolvía. Volvió a mirar, taladrando la oscuridad, pero el costado de la plaza por donde le había parecido ver deslizarse una sombra estaba solitario. A pesar de eso, se mantuvo alerta. Durante largos minutos la plaza continuó en la quietud más absoluta, y ya volvía a dominarlo el sopor bajo el amparo tibio de su manta, cuando volvió a ver un bulto escurriéndose por delante de las casas fronteras al cuartel. Inmóvil en la oscuridad. Encina siguió con la vista los trajines de la sombra movediza. Ésta se deslizó en silencio por delante de la casa de los Valladares, pasó frente a la del señor Luis Manuel Duarte y se detuvo ante la botica de los almacenes Schaft y Krignes. Entonces no esperó más. Moviéndose agazapado y tan silencioso como su presa, se trasladó al costado sur de la plaza, escondiéndose en el portal en construcción que allí existía. Fundido con uno de los arcos, esperó. A la luz de las estrellas, que se filtraba por entre las arquerías, vio acercarse a la sombra. Sus flotantes vestiduras le hicieron creer que se trataba de una mujer; pero era una mujer que se escondía, y eso bastaba. Con el fusil tomado de ambos extremos, para cruzarlo frente al pecho de quien fuere, aguardó rígido por la tensión.

—¡Alto!… —gritó Encina interponiéndose de un salto.

La sombra sofocó su grito y quedó encogida frente al soldado. Su sobresalto fue tan grande que le resbaló hacia la espalda el capuchón que le cubría la cabeza. Entonces el chileno comprobó con asombro que se trataba de un fraile franciscano.

—¡Por la vida! —exclamó sorprendido—. ¿Quién es usted?

El aparecido, observando que el soldado no lo recibía con violencia, le expresó con la astucia en los ojos.

—Soy un humilde religioso, soldado.

—¿Qué hace usted a esta hora rondando por el pueblo? —le preguntó sin perder del todo el recelo, pero en tono respetuoso ante el fraile octogenario.

—Partí temprano de nuestro convento de Ocopa; pero como soy demasiado viejo, medí mal mis fuerzas y he llegado al pueblo muy tarde. Ahora caminaba desconcertado, buscando alguna casa caritativa que quisiera alojarme.

La actitud humilde y quejumbrosa del sacerdote iba engañando al soldado, pero recordó entonces que todos los pobladores de la comarca debían usar un salvoconducto cuando transitaran de noche y se lo pidió.

—¿Sal… salvoconducto? —tartamudeó—. ¿Qué es eso, hermano?

—¿Acaso los religiosos de Ocopa no saben que para moverse en esta zona es preciso contar con un permiso firmado por el comandante de nuestra guarnición?

—Es posible que mis… mis superiores lo sepan —siguió balbuceando el anciano—, pero salí mandado con tanta prisa que olvidaron dármelo.

—¿Y a qué venía usted tan apurado a La Concepción? —le interrogó Encina, sintiendo renacer sus recelos.

El fraile traía sus argumentos preparados y no vaciló al exponérselos.

—Mañana es San Feliciano. Todos los años se oficia en nuestro convento de Ocopa una misa especial, a la que concurren en peregrinación las familias principales de este pueblo. Mi misión consiste en recordarles ese oficio, soldado.

Efraín Encina era fervorosamente católico, como la mayor parte de los soldados chilenos, y la explicación le pareció muy aceptable.

—¡Ah, si es así, puede usted seguir su marcha! Pero debe recogerse inmediatamente en alguna casa. Mañana podrá seguir visitando a los vecinos para recordarles la peregrinación.

El fraile le agradeció con exagerada reverencia y cubriéndose nuevamente la cabeza se alejó por el portal, escondiéndose en el

capuchón la sonrisa sardónica de su boca desdentada. Por su parte, Encina volvió a sentarse a la plaza, convencido de que había hecho una buena obra.

A la mañana siguiente, cuando los señores Pedro Salazar y Nícola Giolfi entraron al cuartel, Carrera Pinto se hallaba con un estafeta que acababa de llegar por la ruta de Jauja y tuvieron que esperar a que se desocupara.

El correo no había traído ninguna noticia especial para la comandancia de La Concepción, y su viaje obedecía a la necesidad de informar a las autoridades de Huancayo de la evacuación de los hospitales de Tarma y Jauja.

—¿Se restableció el tránsito hacia Lima? —le consultó Carrera Pinto.

El estafeta no tenía esa información, pero le parecía haber oído decir que aún estaba cortado por las montoneras. No teniendo más que preguntarle, el oficial se dispuso a dejarlo partir, pero antes llamó al subteniente Cruz Martínez, para dictarle una respuesta al oficio que le había mandado el coronel Del Canto, el día anterior. Luego se encaminó a atender a los dos caballeros que lo aguardaban.

Luis Cruz Martínez dobló la nota sellada y la entregó al estafeta, que ya estaba sobre su caballo. En el momento en que éste la guardaba en la valija pareció recordar algo y le dijo al oficial:

—Mi subteniente, me olvidé de participarle un asunto a su jefe. Es que me pareció sin importancia. Pero pienso que es mejor que se entere. Ocurre que cuando pasé por San Gregorio, que está apenas a una legua hacia el norte, me encontré con el caserío completamente abandonado. Y perdóneme, mi subteniente, pero me tengo *aprendío* que cuando un caserío está abandonado es porque andan cerca las montoneras. Y hay otra cosa más sospechosa, mi subteniente. El caballo en que ando *agora* me lo encontré allá, *amarrao* a un árbol y solo o cuando menos no se *veída* al dueño por parte alguna.

Luis Cruz Martínez frunció el entrecejo sin entender todavía del todo.

—¿Cree usted que el dueño se *encondió* al ver su uniforme?

—Eso *mesmo* sospecho, mi subteniente. Y cuando venía galopando
pa'cá,

caí en la cuenta de que los arreos de la bestia son *melitares*, mi subteniente, y no de los que usa nuestra caballería.

El joven oficial examinó a la cabalgadura con detención. No cabía duda de que los arneses que llevaba eran de la caballería peruana.

—Tiene que haber sido de un oficial del ejército de línea del *mentao* general Cáceres —dijo el estafeta.

Cruz Martínez se sintió preocupado. La presencia de un oficial de Cáceres cerca de La Concepción era asunto de cuidado.

Por su parte, el estafeta, participadas sus sospechas, se sentía ya tranquilo y dispuesto a reanudar su cabalgata.

Cruz Martínez se quedó mirando al jinete que se alejaba camino de Huancayo y una duda lo asaltó en forma tardía: debía haberlo dejado partir después de comunicar a Carrera Pinto la información que le diera. Tal vez el jefe de la guarnición hubiera juzgado conveniente mandar un comunicado al cuartel general de Huancayo, participando esa novedad sospechosa. Pero ya era tarde, la guarnición no disponía de ninguna cabalgadura para dar alcance al correo. Cuando Cruz Martínez regresó al interior del cuartel, Carrera Pinto salía de la comandancia en compañía de Pedro Salazar y Nícola Giolfi. Alcanzó a oír las expresiones de agradecimiento por la invitación a almorzar.

—No podremos asistir todos los oficiales, señor Giolfi, porque uno de ellos, el subteniente Julio Montt, está convaleciente del tifus, pero iremos los tres restantes.

—Perfectamente, señor comandante —le respondió el italiano, dueño del hotel—. Los esperamos entonces a la una de la tarde.

Después que los señores se marcharon, Carrera Pinto se aproximó a Cruz Martínez.

—Cuando menos hoy vamos a almorzar decentemente —le participó riendo—. Ya estoy aburrido de comer carne asada en el almuerzo y carne cocida en la noche.

—Y sin más aliño que un puñado de sal…, cuando la hay —le acotó el muchacho.

—Bien, transmítale lo del convite a Arturo Pérez y dispónganse a arreglarse lo mejor que puedan. Pónganse el mejor uniforme que les quede. Ordenaré al sargento 1.º Manuel Jesús Silva que tome a su cargo el cuartel mientras dura el almuerzo y enseguida me

prepararé para presentarme en la mejor forma. Es posible que nos acompañen a la mesa las señoritas Gamba y Valladares, subteniente —mintió Carrera para entusiasmar al muchacho.

—¡Caramba, mi teniente! —exclamó radiante—. Entonces hay que mostrarse como príncipe. ¡Buen trabajo de aguja voy a tener que hacer con mi guerrera! —y salió al trote hacia su dormitorio.

Una hora más tarde, Carrera Pinto se encontraba en mangas de camisa en la comandancia, esperando que su ordenanza Aceitón terminara de afirmarle los botones de la guerrera, cuando se presentó ante él Pérez Canto.

—Se encuentra en la guardia un comerciante francés que viene de Tarma con destino a Huancayo y ha pedido que se le vise su pasaporte.

—¿Y por qué no se lo visó usted? —le replicó el teniente fastidiado.

—Es que ese señor se ha empecinado en que tiene que firmárselo usted en persona, mi teniente —le aclaró Pérez Canto—. Y hay en su insistencia un dejo misterioso que me ha decidido a seguirle el juego. Por eso he venido a molestarlo.

Ante aquella afirmación, Carrera Pinto se decidió a atenderlo. El francés era uno de esos faltes típicos, que recorrían los pueblos y caseríos vendiendo baratijas a los lugareños. Después que el teniente le hubo firmado y sellado su salvoconducto, se dio maña para decirle en el oído:

—¿Podría hablar con usted un par de segundos…, aparte de los soldados?

Carrera Pinto lo miró de soslayo y le hizo una leve seña para que lo siguiera hasta el corredor.

—*Monsieur le commandant*, me juego la vida en esto que hago —le susurró rápidamente—. Soy comerciante y recorro siempre esta región. Y sé que mi condición de neutral me protege, pero si los montoneros llegaran a enterarse de que le doy este aviso, en el primer camino me ensartarían en sus lanzas y clavarían mi piel con estaquillas en los muros de sus casas.

—Abrevie entonces, señor. ¿Cuál es el aviso que quiere darme?

—*Monsieur le commandant*, por favor, créame usted. Saque inmediatamente a sus tropas de La Concepción. *Mais vite, vite*! Sáquelas antes de que el polvo levantado por mi caballo haya vuelto

al suelo.

—¿Y por qué quiere sacarlas tan aprisa?

El francés miró a hurtadillas hacia todos los lados y luego le espetó afiebradamente:

—¡Porque ustedes van a ser atacados antes de tres horas, *mon commandant*!

Hizo ademán de marcharse, pero el oficial lo retuvo aferrándolo de un brazo.

—¿Cómo lo sabe usted?

El francés vaciló un instante, pero los dedos del oficial engarbados en su brazo hablaban claramente de su energía.

—Vendo ropas a la gente de esta región —terminó por decirle—; acabo de pasar por Apata y San Jerónimo para comerciar con oficiales del ejército de la sierra. A ellos los oí comentar que avanzaban sobre La Concepción.

—¿Cuánto tiempo hace que los encontró?

—Una hora, *monsieur*.

—¿Cómo es que usted ha llegado antes?

La presión de la mano de Carrera sobre el francés lo obligó a seguir explicándose.

—Porque yo vine por el camino. Ellos hablaban de asomarse a este pueblo por el cerro del León.

—¿Cuántos hombres vio usted?

El francés hizo un leve intento de zafarse, pero la presión de la diestra del oficial fue mayor.

—Soldados de línea, unos seiscientos o setecientos, armados con buenos fusiles y vestidos con uniformes blancos —declaró el francés —. Y montoneros habría unos dos mil.

—¿Quién manda a los soldados de línea?

—El coronel Juan Gastó —dijo y sacando un voluminoso reloj de plata que marcaba las once cuarenta, se llevó las manos a la cabeza espantado—: ¡Caerán sobre La Concepción alrededor de las dos de la tarde!

Al oírle mencionar aquella hora, bruscamente saltó en la memoria del oficial la invitación a almorzar que le habían hecho los vecinos del pueblo y apretó duramente el ceño al comprender el engaño que ésta contenía.

—Se retirarán ustedes inmediatamente, ¿verdad? —le inquirió el

francés.

—No, señor —le dijo fríamente—, mi deber es conservar esta posición.

El francés lo miró como a un loco.

—¡Es un suicidio, *monsieur le commandant*! ¡Van a atacarlos miles de hombres!

El oficial lo miró con expresión serena y esbozó una sonrisa.

—Los recibiremos, señor. Nadie nos hará movernos de aquí —le declaró y le estrechó la mano agradeciéndole el aviso.

El francés volvió a contemplarlo espantado, dio media vuelta y se marcho a toda prisa.

Minutos más tarde, Carrera Pinto y sus dos oficiales subalternos, reunidos en la comandancia, decidían asistir de todos modos al almuerzo.

—Bien alimentados se combate mejor, muchachos —les había dicho el superior; y a la reflexión que éstos le hicieran de que el convite no era más que una emboscada, les respondió—: por eso mismo quiero que vayamos. Comeremos y beberemos lo que nos den; pero iremos bien armados y, si se produce el ataque, nuestros anfitriones nos pagarán su traición con sus vidas. Por otra parte, antes de salir dejaremos todo dispuesto, de modo de practicar la defensa rápidamente.

—Según el informe de ese francés que acaba de irse, los atacantes serán miles le recordó Pérez Canto.

Carrera Pinto sonrió ante la observación y le recordó, a su vez:

—Mi coronel Estanislao del Canto tiene que haber salido esta madrugada de Huancayo con sus batallones y pasará por La Concepción más o menos a la una de la tarde —sonrió astutamente al ver que se iluminaban los rostros de sus subalternos y agregó—: de modo que es posible que los asaltantes se encuentren con la poca grata sorpresa de enfrentarse con el grueso de nuestro ejército.

Aquel detalle fue más que suficiente para disipar los temores de los dos subtenientes y, restregándose las manos con satisfacción, los tres se dispusieron a encaminarse al hotel a la hora convenida.

Un cuarto para la una de la tarde, habiendo tomado todas las medidas para repeler una sorpresa, abandonaron el cuartel y echaron a andar por el medio de la plaza. En esos instantes salían de la iglesia las principales familias de La Concepción, encabezadas

por varios frailes franciscanos, que sustentaban una cruz y apilaban campanillas e incensarios. Era la procesión en honor de San Feliciano, que habían urdido los frailes de Ocopa para sacar al vecindario del pueblo. Carrera Pinto había dado su autorización aquella mañana, muy temprano, sin sospechar ni remotamente la conexión que podía existir entre aquel peregrinaje y el almuerzo al que iban invitados. Pero en aquellos momentos lo comprendió todo, mas ya era larde para adoptar una resolución. Por lo demás, el italiano Giolfi y Pedro Salazar los esperaban en la puerta del hotel y les hacían señas amistosas. Carrera Pinto cuadró los hombros e infló el pecho, en un ademán decidido.

—Adelante, oficiales —susurró a sus compañeros—. No dejemos traslucir ni la menor sombra de inquietud.

La partida de los batallones que guarnecían Huancayo estaba fijada para las seis de la mañana del 9 de julio, pero inconvenientes inesperados ya la estaban retrasando en dos horas. Las camillas se habían hecho escasas para el número de enfermos, aumentado en los últimos dos días. El coronel Del Canto estaba exasperado y descargaba su enojo sobre los oficiales encargados de los bagajes. Por fin, aguzando al máximo el ingenio, lograron hallar el remedio. Éste consistió en improvisar nuevas camillas con los mástiles de todos los edificios públicos y cuernos de vacunos. Pero esta faena tardaría, en el mejor de los casos, una hora.

—¡Una hora más! —bufó el coronel, pero se resignó pensando que podía aprovechar aquel lapso para hacer replegarse sobre Huancayo a las compañías del «Santiago», que montaban guardia en las posiciones extremas de Marcavalle y Pucará.

—¡Teniente Caupolicán Villota! —gritó al ayudante, que estaba embalando la documentación—: ¡Deje usted eso y galope con un pelotón hasta Marcavalle, para ordenar a las tres compañías del «Santiago» que se nos unan a toda prisa, con el fin de partir juntos hacia el norte!

En Marcavalle estaba el capitán Diógenes de la Torre con la cuarta compañía y en Pucará, el capitán ayudante Pedro Pablo Toledo, con la segunda y tercera. Villota partió de inmediato

portando la orden de replegarse.

Pero ya era tarde.

El general Cáceres había coronado las alturas de Marcavalle a las siete cuarenta y cinco de la mañana. Jinete en su caballo, «El Inmortal», contemplaba a su espalda a su ejército escalonado en perfecto orden. Frente a él, emergía de las brumas matinales el pueblo de Marcavalle y al norte divisaba la franja verde, al oeste de la quebrada que servía de cuenca al pueblo de Pucará.

Ya una vez el «Brujo de los Andes» había estado en esa altura contemplando bajo sus ojos a las odiadas tropas chilenas. Entonces, él iba en fuga, arrastrando a un ejército diezmado por las pestes de la sierra y perseguido por la división del coronel Del Canto, intacta y fresca. Ahora se habían invertido los papeles.

Cáceres respiró con ansias y arrestos el aire de la mañana. Su plan se venía cumpliendo con precisión matemática. Volviéndose a los comandantes de los batallones «Zepita» e «Izcuchaca», que lo escoltaban, les expuso con orgullosa satisfacción la fisonomía general de los hechos:

—En este momento mismo, el coronel Juan Gastó debe estar atacando con sus fuerzas Jauja o La Concepción. Es, pues, el instante en que nosotros debemos entrar en batalla también. El coronel Tafur no logró cortar el puente de Oroya, pero Bentín con sus montoneras de Huarochirí y de Canta rompieron la línea del tren de Lima y cubrieron los boquetes de la cordillera, cerrando, en esa forma, la retirada a los enemigos. Podemos, pues, vanagloriarnos de tenerlos embotellados en estos valles, a donde su ambición los condujo. Nuestro primer zarpazo será sobre Marcavalle; luego caeremos sobre Pucará; de ahí saltaremos a Huancayo y podremos considerar que todo estará terminado. El ejército de Chile jamás podrá reponerse de la enorme pérdida que le ocasionaremos.

—No habrá paz entonces —concretó Justo Segura con expresión radiante.

—Jamás he pensado en ella —le replicó altivamente el caudillo —. Seguiremos guerreando hasta llegar, arma al brazo, a Lima. Y cuando eso ocurra, no tendrá el enemigo fuerzas suficientes para impedir que lo arrojemos al mar.

—¡Así sea! —sentenció gravemente Chávez.

El «Brujo de los Andes» levantó el rostro hacia las nubes con soberbio ademán y permaneció extático durante unos segundos. Después se volvió hacia su ejército que esperaba sus órdenes.

—Es la hora, señores comandantes —les dijo en forma categórica a los que lo acompañaban, los que se marcharon a ocupar sus puestos frente a sus batallones.

En el flanco derecho se distribuyeron los batallones «Zepita», «Izcuchaca» y las columnas de guerrilleros de paso, Tongos y la mitad de los Pampas. En el izquierdo, el batallón de línea «Huancayo», con las columnas guerrilleras de Ascoria, Calesbamba, Huando, Acostambo y Pillichaca. Y el centro lo ocuparon los batallones más aguerridos, mandados por los coroneles Francisco de Paula Secada y Manuel Cáceres: el «Tarapacá», «1.º de Línea», el «Artillería N.º 1», con sus dos piezas rayadas, la montonera de Huambamba y la segunda mitad de los guerrilleros de Pampas.

Cáceres se dispuso a dirigir el ataque desde el ala derecha, llevando como escolta al escuadrón «Cazadores del Perú» y cuatro piezas de artillería de retrocarga. Hizo agitar altivamente al viento la bandera del Perú y, al son vibrante del bronce, picó espuelas a su corcel y se lanzó cerro abajo a galope tendido, gritando estentóreamente:

—¡Adelante, hijos de la sierra!

La masa de combatientes serranos se abalanzó hacia el norte y entró al valle con un clamoreo ensordecedor. Pero, pasados los primeros minutos de entusiasmo, obedeciendo las instrucciones del general Cáceres, los oficiales impusieron silencio a la tropa y el ejército siguió aproximándose a Marcavalle sin que se oyera más que el ruido de los pies sobre la tierra.

La cuarta compañía del «Santiago» en Marcavalle con su jefe, Diógenes de la Torre, sabedor de la inminencia de un ataque, había colocado de centinelas al teniente Demetrio Venegas con ocho soldados, en el mirador llamado La Garita, excavado sobre un alto terraplén a ocho cuadras al sur del campamento. Uno de estos vigías fue el primero en apercibirse de la proximidad del enemigo. Desde lo alto de una elevada roca, gritó a los que se movían entre la camanchaca:

—¡Alto!… ¿Quién vive?…

La respuesta fue una descarga de fusilería, que picoteó la roca

bajo sus pies.

—¡Carajo, los cholos! —exclamó el soldado saltando de su observatorio al lugar donde estaban sus compañeros—. ¡Mi teniente Venegas, los enemigos llegan en tropel!

El oficial observó por un costado de la roca y, comprendiendo que tenía que ganar tiempo para que Marcavalle preparara su defensa, dio orden de abrir fuego y mantenerse en la posición.

La sorpresa estaba frustrada. El retumbar de los disparos puso al capitán De la Torre sobre aviso, y las luces del alba le permitieron comprobar la gravedad de su situación. El frente y los dos flancos del pueblo se veían cuajados de enemigos que avanzaban paso a paso, cubriendo con una granizada de balas al teniente Venegas y sus ocho soldados. Cuando este oficial ingresó a Marcavalle, confirmó los temores de su jefe.

—Es el ejército de Cáceres completo, mi capitán. No podemos pensar en mantener esta posición.

—Tenemos que aguantarnos hasta que un mensajero nuestro logre dar el alerta a mi general Del Canto, para que prepare su defensa —dijo De la Torre.

—¿Y en qué forma podremos resistir, mi capitán? —le preguntó ingenuamente Venegas, lo que provocó una carcajada del interrogado, pese a la gravedad de la situación.

—No dejándonos matar de un golpe, teniente. Cinco kilómetros a nuestra espalda están la segunda y tercera compañía del batallón, y siete kilómetros más al norte aún, en Zapallanga, se halla todo el resto, con la Plana Mayor. Nos iremos retirando lentamente, sumándonos a esos compañeros durante el trayecto.

No había tiempo para más deliberaciones. Los enemigos se descolgaban sobre el valle por ambos flancos y amenazaban con cortar la retaguardia de la compañía. El jefe de la guarnición chilena apenas alcanzó a ordenar a un sargento que corriera a Pucará, para avisar al capitán Toledo que se aprestara a reforzarlos con sus dos compañías, cuando pasaran por ese lugar. De inmediato tuvo que empezar a disparar, como ya lo estaban haciendo todos sus hombres. Además, el general Cáceres pronto emplazó sus baterías en montículos y comenzó a cañonear Marcavalle.

De la Torre se percató de que los indios, que envolvían como una masa confusa a las tropas de línea de Cáceres, ostentaban en las

puntas de sus lanzas las cabezas de soldados chilenos caídos en otros combates.

—¡Cuiden a los compañeros que caigan heridos! —gritó a sus hombres—. ¡Que ninguno quede atrás o será decapitado! ¡Repleguémonos con serenidad, sin precipitarnos! ¡Debemos retroceder cinco kilómetros y llegar vivos a Pucará!

Estanislao del Canto esperaba hacía ya una hora y media el regreso de su ayudante Villota, y su retardo le tenía exasperado al máximo. Las ochenta camillas con los enfermos estaban alineadas hacía mucho rato frente al cuartel, y los indios, acollerados por los pies y atados en una larga fila por una soga que los unía por los cuellos. Igualmente, los doscientos ochenta enfermos menos graves estaban ya sobre las mulas y burros que habrían de transportarlos hasta Jauja. Por su parte, los batallones «2.º de Línea», «Chacabuco», «Lautaro» y «Carabineros» esperaban en formación en medio de la plaza. Pero el batallón «Santiago» no hacía su aparición. Entonces se vio regresar a Villota a galope desenfrenado. Todos comprendieron que ocurría algo grave.

La noticia del avance total del ejército enemigo electrizó a la división. Más aún, cuando se supo que la cuarta compañía del «Santiago» había logrado replegarse sobre Pucará con la pérdida del teniente José del Carmen Retamal, el subteniente Elías Garay y catorce soldados. Pero eso no era todo. Después de lograr la conjunción con las otras dos compañías en Pucará y de enviar el aviso al mayor Domingo Castillo, que estaba con el resto del «Santiago» en Zapallanga, aquel puñado de hombres soportó durante cuatro horas el peso del fuego enemigo. Afortunadamente Castillo logró llegar a tiempo con sus compañías y treinta jinetes del «Carabineros», mandados por el mayor Fernando Pérez. Una carga frenética de aquella caballería contuvo durante unos minutos a los atacantes y el mayor Castillo consiguió sacar a los heridos y a las compañías comprometidas en Pucará.

—¿Y dónde se realiza la lucha ahora? —preguntó Del Canto a Villota.

—En la ruta a Zapallanga, mi coronel. Los nuestros se repliegan

ordenadamente, pero acosados por miles de enemigos.

Del Canto midió la imposibilidad de que un solo batallón pudiera contener a todo el ejército serrano.

—¡Los batallones «Lautaro» y «Chacabuco» partan inmediatamente hacia Zapallanga! —gritó a los comandantes, y Pinto Agüero y el coronel Robles corrieron a ponerse al frente de sus cuerpos.

—¡Las compañías presentes del «Carabineros de Yungay» marcharán conmigo! seguía ordenando Del Canto—. ¡El batallón «2.º de Línea» y las compañías del «3.º de Línea» que están aquí se encargarán de la defensa de Huancayo!

Montaba ya a caballo, cuando se le acercó un oficial de sanidad para inquirirle que haría con los enfermos.

—¡Qué diablos! —exclamó nerviosamente el coronel—. Tendrán que volver a sus alojamientos. ¡Se posterga la partida de la división! ¡Se posterga indefinidamente!

Eran las cuatro de la tarde cuando el coronel Del Canto asomó al escenario donde se batía el «Santiago». Los maltrechos soldados se habían parapetado en las casas y pircas del pueblo y resistían, bala sobre bala. Las tropas del ejército serrano eran también visibles, coronando todos los cerros y empezando a derramarse sobre el llano, para envolver a los del «Santiago». La aparición de los jinetes del «Carabineros» bastó para frenarlos, y cuando esa caballería se abrió en dos alas y cargó sobre las primeras filas peruanas, las tropas de Cáceres empezaron a retroceder, repechando nuevamente las faldas de los cerros.

Se produjo entonces una pausa que permitió a Del Canto tomar cuenta del estado del batallón «Santiago». Treinta y un muertos había tenido la cuarta compañía en su retroceso desde Marcavalle, y la retirada desde Pucará a Zapallanga había significado cuarenta bajas más.

Según el mayor Castillo, el ejército atacante sumaba cuatro o cinco mil hombres y estaba provisto de artillería de montaña.

—Por el momento se mantiene en las cumbres, pero me atrevería a asegurar que bajarán al valle otra vez —concluyó el comandante del «Santiago».

Pero el examen de la situación en la mente del coronel Del Canto producía otro temor. Éste era que, viéndolos los enemigos

reunidos en tan gran número allí, dedujeran que habían dejado sin protección a las guarniciones menores ubicadas más al norte.

—Pueden aprovechar la noche, que ya se avecina, para correrse por los montes e ir a caer sobre Huancayo o La Concepción —calculó.

—De todos modos, ¡es inconveniente mantenernos aquí, mi coronel! —le observó el comandante del «Lautaro», mostrándole lo desamparado que era el pueblo.

Del Canto estuvo de acuerdo con la atinada observación. Era forzoso que se replegaran al momento sobre Huancayo y que emprendieran la retirada hacia Tarma sin pérdida de tiempo.

El retroceso de la división fue tan rápido y precipitado que en el cuartel de Zapallanga quedaron la caja con la documentación del «Santiago» y el vestuario de repuesto de dos de sus compañías. La premura impidió también recoger los fusiles de los muertos y equipo variado de los carros del rancho.

Mientras los batallones marchaban cansadamente de regreso a Huancayo, Del Canto iba fraguando en su cerebro la declaración que haría figurar en la Orden del Día. El ímpetu de los efectivos del ejército de Cáceres le hacía vislumbrar las dificultades que su división tendría que vencer durante la larga retirada hacia Tarma. En previsión, consideraba conveniente preparar el ánimo de sus soldados; por eso fue que, en cuanto llegaron a Huancayo, hizo leer la siguiente Orden del Día ante los batallones:

> *En la mañana de hoy el enemigo atacó a la compañía del batallón «Santiago», «5.º de Línea», que estaba de avanzada en Marcavalle, y le hizo veintinueve bajas de tropas y dos de oficiales. Los jefes chilenos están acostumbrados a decir siempre la verdad; y es por esto que este hecho de armas se da en la Orden del Día. El número de tropas que atacó a la compañía del «Santiago» fue diez veces mayor; y en estos casos es cuando el chileno se pone de pie, invoca el nombre de la patria y sabe morir a la sombra de su bandera.*
>
> *¡Soldados del Ejército del Centro!*
>
> *Confianza en vuestros jefes y oficiales, y serenidad en la acción. Os lo pide el que suscribe, para que veáis vengada la sangre que hoy han vertido los nuestros.*

No terminaba de extinguirse el redoble de los tambores que enmarcaba la lectura, cuando se presentó ante el coronel el oficial de sanidad encargado de los enfermos. Siguiendo la orden dada por el jefe en la mañana, había devuelto a éstos a sus alojamientos, y a los indios portadores, a los corrales donde se los mantenía encerrados. El oficial deseaba saber qué nueva disposición dictaba el comando respecto a ello.

—Que permanezcan donde están hasta mañana a las cinco de la madrugada —le respondió Del Canto.

—¿No dejaremos hoy Huancayo, mi coronel? —dijo con asombro.

—No, capitán. No podemos marchar de noche con tantos enfermos y en circunstancias que los enemigos nos rodean. Acabo de dar una nueva orden de partida. Véala usted: «10 de julio, a las cinco de la madrugada». Desdichadamente, hemos perdido todo el día —agregó Del Canto.

La división de Huancayo se retrasaba veinticuatro horas más. La compañía de Carrera Pinto estaba definitivamente sola.

Había sol afuera, pero en el interior del hotel hacía frío. Un vientecillo helado caído desde las cumbres se colaba al pueblo por el callejón de la quebrada de Comas traspasando los delgados uniformes de los soldados. Carrera Pinto, que observaba por las ventanas del hotel hacia la plaza de La Concepción, se distrajo un momento pensando en las tibias primaveras chilenas y sintió piedad por sus soldados, estacionados en la puerta del cuartel y en las cuatro esquinas de la plaza. Aun cuando todos ellos aparentaban estar simplemente tomando el delgado sol serrano, su jefe se daba cuenta de que se mantenían alerta, como él se lo había ordenado. También lo estaban los dos subtenientes que asistían con él al almuerzo a que los invitaron los principales vecinos del pueblo. Aunque conversaban con soltura, se advertía en sus rostros cierta tirantez, fruto de la tensión que los dominaba.

Los tres oficiales sabían que el pueblo iba a ser atacado de un momento a otro por fuerzas enormemente superiores a la que ellos disponían. Pero habiendo aceptado la invitación por orgullo y confiados en que pronto vendría a reforzarlos la división de Huancayo, comían y conversaban, escuchando con sonriente

atención la charla que, nerviosamente, trataba de hilvanar Nícola Giolfi, el anfitrión.

Pero a medida que corrían los minutos un embarazoso silencio se fue apoderando de todos los comensales. A los primeros a quienes traicionaron sus nervios fueron los dos criados que servían, los cuales desaparecieron tan pronto depositaron los postres sobre la mesa.

Carrera Pinto observaba a sus contertulios con una leve chispa burlona en las pupilas. Se sentía en posesión de un secreto que le daba confianza: que la división de Huancayo llegaría poco antes, durante o inmediatamente después de iniciado el ataque de las fuerzas de Gastó; y, en consecuencia, la sorpresa sería al revés.

Cuando ya eran casi las dos de la tarde, la tensión nerviosa de los comensales se hizo insoportable. El cura párroco fue el primero en levantarse y, tartamudeando una excusa, se retiró. Cortés Valladares lo siguió de inmediato, pretextando que había olvidado decir algo urgente al sacerdote. Los que quedaban en el comedor se miraban a hurtadillas.

Cinco minutos antes de las dos, se levantaron al mismo tiempo Pérez Canto y Cruz Martínez. Obedecían la orden anterior de Carrera Pinto, y se dirigieron pausadamente al cuartel, para no denotar intranquilidad; pero sus ojos no se despegaban del cerro del León.

Carrera Pinto quedó a solas con Giolfi y el viejo Pedro Salazar. El primero hablaba sin cesar, atolondradamente, tratando de no delatar la creciente inquietud que lo invadía. Salazar bebía sucesivas copas de vino, moviendo sus ojos saltones de una ventana a la otra, como si temiera ver de pronto los rostros horripilantes de los indios de Comas. Súbitamente, cuando ya eran las dos y pocos minutos, no pudo soportar más y se puso de pie con nerviosidad.

—Excúseme usted, señor oficial —tartamudeó—. Algo de lo que he comido… me ha caído mal al estómago. Vuel… vuelvo en unos minutos. Con… con su permiso. —Y se alejó hacia una puerta que conducía hacia el interior del hotel, por la que desapareció precipitadamente.

Al verlo partir, el italiano se demudó y no fue capaz de sobrellevar la situación comprometida en que quedaba. Levantándose con brusquedad, cruzó atropelladamente la

habitación llamando en voz alta a Salazar.

—¡Espéreme usted, don Pedro! Seguramente necesitará algún remedio.

Entonces lo paralizó la voz de Carrera Pinto.

—¿Qué significa esto, señor Giolfi? Me invitan ustedes a almorzar y se marchan todos. No me parece correcto.

—Es cosa de un minuto nada más, señor oficial; un minutito solamente. El señor Salazar se siente enfermo, y como es un hombre viejo… —dijo aterrado.

—¡Basta, señor Giolfi! ¡Vuelva usted a su asiento! —le ordenó Carrera.

El conminado vaciló unos segundos, pero en ese instante preciso sonó un tiro en la calle, al que respondió una cerrada descarga lejana. El italiano se precipitó por la puerta gritando.

Carrera Pinto se plantó de un salto en medio de la pieza, desenfundando la pistola, pero ya todos los comensales se habían hecho humo.

—¡Miserables traidores! —exclamó y salió rápidamente del hotel.

A grandes zancadas llegó hasta la plaza y de una ojeada comprobó que todos sus hombres se mantenían en perfecto orden frente al cuartel. Volvió los ojos hacia los cerros vecinos y los vio cubiertos de enemigos. Por el este, tapizando la cumbre del cerro del León, se extendía una densa masa de combatientes vestidos con uniformes blancos, los que aguardaban con una rodilla en tierra, pero sin volver a disparar: eran los batallones de línea de Gastó.

Por el norte, centenares de indios desbordaban por las faldas de los cerros agitando lanzas, cachiporras y lanzando enormes piedras con sus mortíferas hondas. Por el sur, descendiendo de los Altos de La Concepción, se divisaba una masa confusa de cholos y mulatos, con apariencia de bandoleros, que corrían hacia los suburbios del pueblo. Sólo quedaba libre el flanco del este, pero toda retirada por allí era imposibilitada por el invadeable río Mantaro.

Carrera Pinto comprendió que el cerco de la población había sido realizado con extremada habilidad. También lo entendían así los soldados del «Chacabuco».

—Mi teniente, en unos minutos más los montoneros y los indios se nos habrán metido dentro de la plaza —le advirtió nerviosamente

Pérez Canto.

—Tenemos que impedírselo. ¿Falta algún hombre?

—Estamos todos, menos el subteniente Montt, que no puede levantarse.

Pero la afirmación de Pérez Canto era inexacta. Contradiciéndolo, salía entonces de la casa de dos pisos Montt Salamanca. No había tenido fuerzas para vestirse por completo y, sobre el pantalón y la camisa, lucía un viejo capote de soldado. Al salir se apoyaba en un palo, pero, contemplando la escena, lo arrojó lejos y corrió a la fila, gritando:

—¡No me quiten el lugar que me corresponde! También puedo disparar un fusil.

Carrera lo recibió con emoción y orgullo.

—¿De veras se siente usted con fuerzas para combatir?

—Aunque no me sintiera, mi teniente. Aquí vamos a tener que pelear todos. Son millares los que se nos vienen encima.

—El subteniente Montt tiene razón —expresó Carrera a los soldados en voz alta—. Tendremos que pelear todos. Pero con sensatez. Ocuparemos las cuatro esquinas de la plaza y esperaremos hasta que los atacantes se acerquen. Apenas disponemos de cien tiros por cabeza y no es lógico desperdiciarlos. Sólo se abrirá el fuego cuando yo baje mi sable. ¿Entendido?

Setenta y seis voces roncas le respondieron, e inmediatamente Carrera Pinto comenzó a distribuir las fuerzas:

—Usted, Pérez Canto, con los veinte primeros hombres de la fila, ocupe la esquina del norte. Usted, Cruz Martínez, con otros veinte, la esquina del noroeste. Y usted, Montt, con veinte más, la del sureste. Yo me ubicaré, con los dieciséis restantes, en la del suroeste. Si no podemos resistir el choque, nos replegaremos ordenadamente sobre el cuartel. —Hinchando el pecho y desenvainando el sable, les gritó—: ¡A sus puestos…, carrera mar… y viva Chile!

—¡Viva Chile! —respondieron todos en un grito fervoroso y corrieron a ocupar las cuatro esquinas de la plaza.

Los enemigos se aproximaban gritando a los lugares donde esperaban los soldados chilenos, con el ojo derecho en la mira del fusil y un dedo en el gatillo.

Carrera Pinto, que era el único que permanecía de pie junto al

grupo más cercano a la puerta del cuartel, veía correr a los indios desordenadamente por las laderas de los cerros, precipitándose a la hondonada como un alud. Descendían por el norte y por el sur. Carrera Pinto giró la cabeza en dirección a las tropas de Gastó y las vio inmóviles en sus puestos, como esperando que se produjera el primer choque de las montoneras, antes de entrar ellas mismas en batalla. Pero no tuvo tiempo de seguir preocupándose de ese flanco; las hordas indias llegaban ya al terreno plano y acrecentaban su griterío a medida que corrían en demanda de las calles del pueblo.

Súbitamente, se vio a varios jinetes que se adelantaban a los nativos y cruzaban ante ellos al galope vertiginoso. Las órdenes que gritaban no alcanzaban a llegar a los oídos de los chilenos, pero por la forma de maniobrar se entendía que estaban deteniendo a la hueste enardecida. Un silencio opresivo se enseñoreó entonces de la hondonada.

Los setenta y siete chacabucos comenzaron a agitarse en sus posiciones, enervados por aquel silencio. Carrera Pinto tenía vueltos los ojos hacia el cerro del León, calculando que de allí vendría la explicación a la extraña maniobra. Efectivamente, así fue. Un jinete se desprendió de los soldados de blanco y comenzó a descender portando una amplia bandera blanca. El teniente lo siguió con la mirada, lo vio perderse tras la mole de la iglesia, y minutos más tarde lo vio aparecer por la esquina del templo. Como Carrera Pinto lo esperara erguido, el parlamentario guió a su bestia hacia él y desmontó a pocos pasos de distancia.

—¿El señor comandante de esta guarnición? —le preguntó con helada cortesía, y como el oficial le respondiera afirmativamente le extendió un comunicado—: Sírvase leer esta nota que le envía nuestro jefe, el señor coronel Juan Gastó.

Carrera Pinto recibió el papel, pero antes de leerlo hizo señas a Pérez Canto para que se aproximara.

—Subteniente —le dijo—, escuche usted el contenido de esta nota, para que lo recuerde en caso de que yo desaparezca y pueda informar sobre ella. —La leyó entonces en voz alta para que la oyera su subalterno:

> *Ejército del Centro. Comandancia General de la División Vanguardia. Concepción, julio 9 de 1882.*
> *Al jefe de la guarnición chilena de La Concepción.*

Presente.
Contando, como usted ve, con fuerzas muy superiores en número a las que usted tiene bajo su mando y deseando evitar una lucha imposible, intimo a usted rendición incondicional de sus fuerzas, previniéndole que, en caso contrario, ellas serán tratadas con todo el rigor de la guerra.
Dios guarde a usted.

JUAN GASTÓ.

Carrera Pinto hurgó en los bolsillos de su guerrera buscando elementos para responder la nota, y como no los hallara, se los pidió a Pérez Canto. Éste tenía solamente un lápiz.

—Señor oficial —dijo entonces Carrera Pinto al parlamentario—, sírvase usted rogar a su jefe que me excuse corresponderle en el mismo papel en que viene escrita su nota. Lo haré en el trozo en blanco que queda en la parte inferior de la hoja.

Enseguida se puso a escribir rápidamente, y al terminar entregó la nota a Pérez Canto para que la leyera y se grabara su contenido.

En la capital de Chile, y en uno de sus principales paseos públicos, existe inmortalizada en bronce la estatua del prócer de nuestra Independencia general don José Miguel Carrera, cuya misma sangre corre por mis venas, por cuya razón, comprenderá usted que ni como chileno, ni como descendiente de aquél, deben intimidarme ni el número de sus tropas, ni las amenazas del rigor.
Dios guarde a usted.

IGNACIO CARRERA PINTO.

Apenas el parlamentario hubo leído también aquella contestación, miró asombrado a los dos oficiales y dijo a Carrera Pinto:

—Señor comandante, me permito advertir a usted que su determinación importa el exterminio de todos sus hombres. Observe que están completamente rodeados.

El teniente chileno se limitó a expresarle:

—Ya está dada mi respuesta, señor oficial. Llévela usted a su jefe. Dispone de cinco minutos para abandonar el pueblo y ponerse fuera del área de peligro.

El parlamentario lo saludó ceremoniosamente llevándose la diestra al quepis y montó en su caballo. Picó entonces espuelas y se alejó sin prisa, hasta perderse al costado de la iglesia.

—¡Bravo, teniente! —dijo entusiasmado Pérez Canto.

Carrera Pinto no hizo caso del halago y le ordenó volver a su puesto. Enseguida participó en voz alta a los soldados:

—¡Muchachos, han venido a ofrecerme la vida de todos nosotros, a cambio de la rendición incondicional! ¡La he rechazado! ¡Atentos todos a la señal de mi sable, para disparar la primera descarga!

La orden de ataque vino apenas el parlamentario llegó hasta el pueblo donde estaba el coronel Gastó con su Plana Mayor. Fue un toque largo y ululante, repetido enseguida por numerosas cornetas en distintos lugares.

La hueste bárbara avanzó desbocada hacia las calles del pueblo, estremeciendo la atmósfera sutil con su griterío.

Ignacio Carrera Pinto la observó, impávido, girando lentamente sobre sus talones para dominar las cuatro esquinas de la plaza. Sus soldados estaban con las manos agarrotadas en el cañón del fusil, el ojo derecho clavado en la mira y un índice encogiéndose milímetro a milímetro sobre el gatillo. Los tres subtenientes, rodilla en tierra, esperaban su señal. Cuando el vocerío de los indios se oía apenas a una cincuentena de metros y ya las piedras de sus hondas zumbaban sobre las cabezas de los soldados, el jefe de la guarnición levantó el sable. La masa de montoneros llenaba las cuatro calles y avanzaba apretujada hacia la plaza. Con frialdad absoluta, Carrera Pinto bajó su brazo armado.

El estampido de los setenta y seis fusiles fue simultáneo y atronador. Las primeras hileras de los montoneros cayeron como segados por gigantescas guadañas, en las cuatro calles. Pero los que venían detrás brincaron sobre los cuerpos caídos y continuaron su avance.

Carrera Pinto ordenaba al corneta el toque de «fuego a discreción». Los fusiles de repetición de los chilenos siguieron vomitando metralla sobre la muchedumbre que intentaba

arrollarlos. Los asaltantes apenas soportaron unos minutos aquella granizada de balas y sus líneas terminaron por romperse. Se los vio chocar entre ellos con los hombres que venían más atrás y, en medio del mayor desconcierto, concluyeron por huir hacia el exterior del pueblo. Los chacabucos los regaron con balas hasta que el jefe les ordenó cesar el fuego.

—Los atajamos, mi teniente —rió nerviosamente el sargento Rosas, mostrando la acumulación de cadáveres y heridos dejados por los indios.

Carrera Pinto tenía conciencia de que aquélla sólo era una escaramuza inicial y se preocupaba de que sus hombres se aprestaran para resistir al segundo choque. No se había producido ninguna baja en su pelotón, pero uno de los soldados le advirtió que en el grupo del subteniente Montt había caído un hombre con la cabeza abierta por una pedrada.

—Es el primero —lamentó el jefe, pero no tuvo tiempo de hacer mayores comentarios, porque otro soldado llamaba su atención hacia el cerro del León. Las tropas de línea de Gastó descendían rápida y ordenadamente por las laderas.

«Ésos van a intentar entrarse al cuartel por la tapia trasera», pensó Carrera Pinto y ordenó al sargento Silva que tomara diez soldados y fuera a parapetarse en la tapia, que siendo alta y firme era fácil de descender. Y como aquella dispersión de fuerzas debilitaba su pelotón hizo que el corneta fuera a pedir cinco hombres de repuesto a Pérez Canto y otros cinco a Cruz Martínez.

Como los soldados enemigos ya se encontraban a tiro de fusil y abrían fuego sobre la plaza, el teniente ordenó a sus hombres que los contestaran, apuntándoles de preferencia a los oficiales, que, viniendo a caballo, eran más visibles. Pero los jefes de las montoneras habían logrado reorganizar a su hueste y la lanzaban nuevamente al interior del pueblo, azuzándola a rebencazos.

—Olvídense de los soldados de blanco que están lejos todavía —ordenó Carrera Pinto—. Preocúpense solamente de los indios; que no logren entrar en la plaza. ¡Fuego rápido!

Los montoneros llenaban otra vez las cuatro calles de acceso con su bestial griterío, cuando llegaron los soldados de refuerzo que había pedido Carrera a sus lugartenientes.

—¡A tierra, muchachos, y túmbenme a esos tunantes al vuelo! —

les gritó el oficial.

Los fusiles hicieron oír otra vez su *stacatto* mortífero, abriendo enormes brechas en la masa atacante. Pero los fuegos de las tropas de línea de Gastó eran también más próximos y certeros. Una bala dio en la nuca del soldado Américo Olguín y lo lanzó de bruces a los pies de Carrera Pinto. Éste apenas tuvo tiempo de mirarlo. Era el segundo en morir.

Por espacio de una hora los montoneros se arriesgaron en cargas sucesivas, pero los hombres del «Chacabuco» los contenían siempre, destrozando sus líneas, sin moverse de sus posiciones. Las cuatro calles estaban sembradas de muertos e innumerables heridos se retorcían en convulsiones agónicas. Poco antes de las cuatro de la tarde, como los montoneros se retiraron con mayores daños que en los ataques anteriores, el jefe chileno creyó llegada la oportunidad de despejar el campo. Levantando su sable, gritó:

—¡Soldados, calar bayonetas y a degüello!…

Los chacabucos le obedecieron con un chivateo feroz y su carga fue despiadada. Los cuatro pelotones, con las bayonetas en ristre, cayeron sobre las bandas indias en fuga. Sin embargo, traspasando a los enemigos por la espalda, añadieron gran numero de muertos a los que yacían en tierra. El pueblo volvió a quedar limpio de enemigos. Pero casi enseguida vino el contraataque, ejecutado ahora por los soldados de línea de Gastó. Sus descargas barrían las calles, desde el exterior hacia la plaza. El corneta tocó a replegarse y los chacabucos regresaron a sus posiciones primitivas. Estaban otra vez en la plaza, cuando un factor inesperado terció en la batalla. Fue el agudo silbido de un= proyectil, seguido por el grito de muerte del soldado Estanislao Jiménez, lo que los puso sobre aviso. El afectado yacía con el pecho perforado por la bala y sobre la casa de los Valladares aún se mantenía suspendida una nubecita de humo.

El cabo Juan Ignacio Bolívar fue el primero en establecer la relación.

—¡Por la vida, ahora nos están disparando también los pobladores desde sus casas! —anunció con rabia.

—¡Nos van a acribillar como a conejos, sin que podamos verlos! —reflexionó el soldado Pérez al ver que en varias casas asomaban fusiles.

A una orden de Carrera Pinto, el corneta tocó «replegarse», y el jefe hizo señas a sus hombres de reunirse frente al cuartel. Los chacabucos empezaron a retroceder desde las cuatro esquinas de la plaza, disparando algunos, mientras los demás cargaban a los heridos.

En tanto se llevaba a efecto aquella lenta maniobra. Carrera Pinto observaba con extrañeza que los soldados de línea enemigos no se apresuraban a invadir la plaza que les estaban dejando libres, sino que se mantenían disparando parapetados tras los ángulos de las casas. Los heridos fueron entrados rápidamente al cuartel y los cuatro oficiales se participaron sus bajas. El pelotón de Carrera Pinto había tenido seis muertos, el de Pérez Canto dos, el de Julio Montt otros dos y el de Luis Cruz Martínez ninguno, pero sí, seis heridos. Mientras procedían al recuento, cayó junto a ellos el cabo Pedro Méndez, haciéndoles comprender el blanco vulnerable que ofrecían frente al cuartel. Pero Carrera Pinto no quiso dar la orden de cubrirse dentro del edificio, por no exhibirse atemorizados, lo que envalentonaría a los soldados enemigos que no se atrevían aún a invadir la plaza. Pero no dejaba de asombrarse ante el hecho de que, siendo tan numerosos, no se decidieran a avanzar. La explicación de aquel retardo en el combate la tuvo muy pronto cuando comenzaron a verse soldados con uniformes blancos sobre los techos de todas las casas de los contornos.

—¡Nos van a fusilar de mampuesto! —alcanzó apenas a reflexionar Pérez Canto, cuando brotaron nutridas descargas de las techumbres y azoteas.

—¡No podemos mantenernos aquí! —razonó Carrera Pinto—. ¡Repleguémonos al interior del cuartel! ¡Rápido, al cuartel, muchachos!

Los sobrevivientes le obedecieron a toda prisa y se distribuyeron por grupos de a diez hombres en cada una de las ventanas que miraban a la plaza. Otros diez quedaron en el zaguán con Carrera Pinto y una de las hojas del portón fue cerrada. Pero entonces cesó bruscamente todo fuego en el exterior y un silencio extraño se apoderó del pueblo.

Carrera Pinto se asomó a la juntura del portón y miró intrigado. Los indios habían sido alejados y no se divisaba alma viviente en los contornos.

«Seguramente se están organizando en las calles atravesadas», pensó Carrera Pinto, y decidió aprovechar la tregua para revistar a sus hombres.

Dejando al sargento Rosas a cargo de la defensa del portón, pasó a las piezas de los costados y fue indicando a los hombres que trataran de economizar al máximo las municiones. Después ordenó a Cruz Martínez que fuera a inspeccionar al grupo de soldados del sargento Silva que defendían la tapia posterior y, mientras se cumplía esta orden, pidió a Montt que hiciera un recuento de las municiones que quedaban a los soldados. El resultado de este examen fue desconsolador. Enardecidos por la lucha, los fusileros habían procedido sin previsión y no les quedaban más de cuarenta tiros por hombre. El rostro de Carrera Pinto se ensombreció al calcular que eran las seis de la tarde y aún tendrían que batirse durante varias horas.

—Pero las tropas de mi coronel Del Canto tienen que llegar de un momento a otro —le recordó Montt, aferrándose a esa esperanza.

—¿Llegarán hoy, pues?… —dijo en forma indefinible.

—¿Y si no llegan antes de la noche?… preguntó Montt inquieto.

—Dios dirá —le respondió Carrera.

Aquel trance de incertidumbre y sombríos presentimientos vino a ser agravado por la aparición del soldado Zenón Ortiz.

—¿Dónde estaba metido usted? —le inquirió Carrera ceñudamente.

—En la cocina, mi teniente —articuló apenas el soldado—. *Hei* están las tres mujeres y el niño.

Entonces recordó el oficial la presencia de aquellos cuatro seres indefensos en el cuartel.

—¡Por la Virgen, qué terrible compromiso es tenerlos con nosotros!

El soldado Ortiz logró sacar el habla y con impotente aflicción le dijo:

—Mi teniente, está pasando algo peor todavía… Mi mujer, señor…, *usté* sabe…, está embarazada.

—¡Ortiz, no me diga usted que ahora…, ahora…! —tartamudeó casi sin respiración.

—Sí, mi teniente. La pobre ñata está con todos los dolores del

parto.

Los dos oficiales sintieron como si se les volcara encima una montaña.

—¡Dios Santo…! —fue todo lo que pudo articular Carrera Pinto.

En ese instante, surgía en forma repentina otra vez la gritería india y los fusiles del cuartel reanudaban su informal repique. Los dos oficiales saltaron a la abertura del portón y examinaron el exterior. Una enorme muchedumbre de montoneros estaba invadiendo la plaza, y detrás de ellos, avanzaban también los soldados de linea de Gastó.

Era el ataque general presentido.

—¡Barran la plaza a balazos! ¡Hay que contenerlos antes de que logren llegar junto al cuartel! —rugió Carrera Pinto y fue dando el ejemplo.

Las cuatro ventanas y la puerta del cuartel vomitaban chorros de proyectiles sobre el cuadrilátero lleno de enemigos. Pero, a su vez, la enorme muchedumbre de atacantes regaba al refugio de los chilenos con plomo y metralla.

La oleada humana que se abalanzaba por la plaza sentía muy duramente los efectos de las balas chilenas. Las líneas de atacantes se rompían en muchas partes, los indios que iban adelante caían arrollados por los de más atrás. Otros, cogidos por los proyectiles en plena carrera, saltaban por el aire y rodaban revolcándose; constituían una mísera carne de cañón, que el coronel Gastó derrochaba. Cuando el riego de las balas acumuló tantos muertos frente a ellos, nada pudo contenerlos en la desanimada fuga. Los chilenos observaban cómo los jefes peruanos trataban de contenerlos a gritos, cómo les echaban encima sus caballos y les sacudían latigazos. Pero todo fue inútil. Los indios, empavorecidos, se escurrieron alocadamente por las calles atravesadas. Entonces los disparos de los defensores del cuartel empezaron a hacer estragos en las tropas blancas del coronel Gastó. A la primera docena de hombres caídos, también volvieron las espaldas y buscaron amparo en las calles vecinas. La plaza quedó totalmente vacía de hombres vivos, pero repleta de muertos.

El teniente Carrera Pinto exhaló un hondo suspiro y cerró el portón con sus propias manos, y ordenó a sus hombres cesar el fuego.

—Pueden tomarse un descanso —les dijo—. Que permanezca sólo un hombre en cada ventana vigilando hacia el exterior.

Los soldados respiraron con alivio y fueron sentándose en el suelo. Se secaban los rostros sucios de transpiración y de tizne de pólvora y se soplaban las manos quemadas por los cañones recalentados de sus fusiles.

—Les hemos dado una buena paliza y van a dejarnos tranquilos por un rato —razonó Montt, que se había ovillado en el suelo, vencido por la debilidad. Transpiraba copiosamente y estaba intensamente pálido.

Carrera Pinto sacó su reloj y miró la hora. Eran las seis y media.

—Pronto va a oscurecer —observó—. De noche será más difícil impedir que lleguen hasta los contornos del cuartel.

—¿Y las tropas de mi coronel Del Canto, mi teniente? —le consultó Luis Cruz Martínez en tono infantil, como si necesitara que lo alentaran con una respuesta esperanzada.

—No sé por qué no han llegado. Tenía la confianza de que se presentarían temprano. Tiene que haberse interpuesto algún contratiempo grave.

—¿Y si no llegan pronto?… —le insistió el muchacho.

Carrera le respondió paternalmente.

—Nos defenderemos mientras nos quede un hombre, subteniente. Pero, de todos modos, deseo avisar a mi coronel Del Canto sobre nuestra situación, para que nos envíe refuerzos. Somos demasiado pocos… y nos quedan escasísimas municiones.

El silencio en que habían caído los soldados fue interrumpido entonces por una escalofriante sucesión de gritos de mujer.

Carrera Pinto se quedó alelado, vuelto hacia las habitaciones interiores.

—Debe ser la «camará» de Ortiz, que está teniendo su guagua, mi teniente —le explicó el sargento Rosas, turbado y afligido.

El oficial se tapó los oídos con las manos, tratando de que no llegaran a su cerebro los gemidos taladrantes de la mujer. Había logrado mantener la serenidad hasta aquel momento, pese al peligro en que se hallaban, y estuvo a punto de perderla entonces.

—¡Que la atiendan las otras mujeres! —gritó enervado—. ¡Que la mejoren pronto para que no tengamos que oír sus lamentos!

Nadie se atrevía a ir a la cocina para interceder, y el cabo

Bolívar, que era el más próximo a aquel lugar, expresó nerviosamente:

—Hay que sacar de la cocina al chiquillo que está con ellas; tiene apenas cinco años.

—¿Traer aquí a esa criatura, cuando se están cruzando las balas a cada instante?… ¡No, por Dios! —profirió Carrera Pinto.

El sargento Rosas discurrió entonces una medida salvadora.

—Tumbaré el escritorio y haré con él un esquinero aquí, en el rincón. El niño estará a cubierto de las balas.

—Haga lo que mejor le parezca, sargento —dijo el jefe, vencido —. Pero que cierren herméticamente la puerta de la cocina para que no nos lleguen los gritos de esa pobre mujer.

El sargento se fue a la cocina y el resto de los soldados quedó en un silencio deprimente.

Carrera Pinto se asomó al exterior, tratando de recuperar la calma. Estaba disminuyendo la luz y los contornos de las casas se hacían vagos.

—Decía usted que pensaba mandar un aviso a mi coronel Del Canto —le recordó Cruz Martínez, parándose a su lado—. ¿Cómo cree usted que es posible hacerlo?

El teniente lo empujó con suavidad hasta el borde del portón y le mostró con un brazo el costado poniente de la plaza.

Vamos a hacer una salida, acometiendo sobre el flanco izquierdo hasta parapetarnos en el portal en construcción. Guareciéndonos en los arcos, lograremos llegar hasta la calle que empalma el camino a Huancayo. Si nos es posible, cargaremos hasta el comienzo mismo del camino y, una vez allí, soltaremos a un sargento y dos soldados para que intenten escabullirse por las quebradas y llegar hasta mi coronel Del Canto.

—Es una misión suicida la que pretende encomendarles usted, mi teniente —dijo Cruz Martínez, desaprobándola.

—Hay que intentarla —insistió Carrera en voz baja—. De ella dependen las vidas de todos los demás.

—¿Va a pedir voluntarios?

El teniente hizo un gesto afirmativo y volvió con lentitud al centro del zaguán.

—¡Atención, muchachos! —les expresó gravemente—. Necesito tres voluntarios para cumplir una arriesgadísima misión. —Hizo

una pausa, como si le costara explicarla—. Se trata de atravesar las líneas enemigas y llevar aviso de nuestra situación a mi coronel Del Canto.

Sus palabras quedaron vibrando en silencio durante varios minutos, como si a los hombres les hubiera resultado difícil comprender su contenido. Pero después todos se fueron levantando, difícilmente, porque los dominaba el cansancio. No obstante, no hubo ninguno que no se ofreciera para aquella misión suicida.

—Gracias, muchachos. No puedo arriesgar a más de tres hombres —les dijo emocionado y paseó su mirada por sobre los grupos eligiendo a los que le parecieron más aptos—. Irán… usted, sargento Manuel Jesús Silva, y los soldados… Avelino Olguín y Rafael Otárola.

Los tres designados recogieron sus fusiles y se reunieron en el centro del zaguán.

—¿Cuál será el mensaje que daremos a mi coronel Del Canto, mi teniente? —le consultó serenamente el sargento.

—Sólo puede ser uno, sargento, y usted lo sabe. Estamos completamente rodeados por miles de enemigos y que apenas unos pocos, muy ayudados por la suerte, podrán llegar vivos al alba de mañana. Que nos mande refuerzos y municiones.

Los tres hombres se cuadraron silenciosamente y fueron a colocarse detrás del portón.

Carrera Pinto dispuso entonces la forma en que se haría la salida. Montt y Cruz Martínez quedarían a cargo del cuartel, mientras él mismo, secundado por Pérez Canto y al frente de veinte hombres, se arriesgaría en la desesperada maniobra.

Fueron separados los veinte hombres más fuertes y se les ordenó calar bayonetas. Formados detrás del portón, esperaron la orden.

Carrera Pinto se afirmó el quepis con el barbiquejo, revisó su pistola y avanzó hasta la puerta. Pero antes de salir por ella, se volvió hacia Montt y le expresó:

—En caso de que el pelotón que va conmigo sufriera un revés y no regresáramos ni Pérez Canto ni yo, usted tomará el mando y defenderá este cuartel hasta la última hora.

El enfermo no tuvo fuerzas para responder, pero se cuadró en señal de acatamiento.

Entonces el teniente abrió el portón con su propia mano y salió.

La plaza se veía desierta, pero se divisaban algunos montoneros en la bocacalle de la esquina suroeste.

—Justamente en esa esquina desemboca el camino de Huancayo —indicó Carrera Pinto a sus hombres—. Ésa es la vía que vamos a despejar. Prepárense para salir, cruzar la plaza a la carrera y cargar a la bayoneta contra los montoneros. El sargento Silva y los otros dos voluntarios irán dentro de nuestro grupo.

Los soldados esperaron, con todos los músculos en tensión y las pupilas afiebradas. El teniente observó el campo durante unos segundos y, de repente, sin una palabra, abrió del todo el portón e indicó a los hombres que le siguieran. Los veintitrés soldados y sus dos oficiales emprendieron una carrera enloquecida a través de la plaza.

Montt y Cruz Martínez los vieron correr frenéticamente hacia la esquina del suroeste, con las bayonetas tendidas a la altura del pecho.

Durante aquellos segundos no se oyó ningún disparo; pero, de súbito, la plaza pareció reventar como una granada. Varios de los hombres que seguían a Carrera Pinto se retorcieron como tirabuzones y rodaron por el suelo. Los techos de las casas de los tres costados de la plaza ajenos al cuartel estaban coronados con un viso de pompas de humo.

Montt fue el primero en comprender con qué fría astucia los soldados de línea de Gastó habían esperado hasta que el destacamento chileno estuvo en medio de la plaza, ofreciéndoles un blanco totalmente vulnerable.

—¡Van a acribillar a nuestros compañeros! —gritó Cruz Martínez y esbozó un movimiento hacia la plaza, pero Montt le sujetó de un brazo.

Al mismo tiempo, el cabo Villarroel y varios de los soldados propusieron hacer una salida en defensa de sus compañeros, pero Montt los contuvo alzando los brazos.

—¡No, muchachos, sería quemarnos todos! ¡Disparen hacia los techos! ¡Cubran con sus fuegos la retirada de mi teniente Carrera y los compañeros!… ¡Rápido, soldados, disparen sin cesar!

Los chacabucos comenzaron nuevamente a regar balas, ahora sobre los techos, sin economizar munición. Las vainillas vacías saltaban de los cerrojos de los fusiles, calientes como si salieran de

un horno.

Carrera Pinto y sus hombres habían llegado, a pesar de todo, hasta la bocacalle del suroeste. Pero allí los aguardaba un muro compacto de enemigos, y desde la parte alta del portal en construcción, así como también desde el techo de la botica de los alemanes, fusileros de Gastó los acribillaban sin piedad. Les fue imposible seguir adelante. Viendo caer a varios de sus hombres, el teniente chileno dio la orden de retirada. Sin embargo, tres de ellos no lo hicieron. Eran el sargento Silva y los dos voluntarios. Poniéndose de acuerdo con gestos y palabras sueltas, los tres aferraron más firmemente sus fusiles con la bayoneta calada y se lanzaron como una tromba sobre la masa de montoneros que cerraban el paso al camino de Huancayo. Los espectadores del cuartel no los vieron más.

Entretanto, Carrera Pinto y sus hombres se aproximaban ya al portón, que sus compañeros abrían para permitirles la entrada. Fue cuando estaba a unos diez metros de distancia que Carrera dio una voltereta en el aire, y cayó al suelo retorciéndose. Pugnaba por ponerse de pie, cuando salieron del cuartel Montt y el cabo Villarroel, quienes lo llevaron casi en vilo al amparo del pórtico. Sólo después que el portón volvió a cerrarse, cubriéndolos de los proyectiles enemigos, se pudo conocer el estado del teniente. Una gruesa bala de fusil Peabody le había perforado el brazo izquierdo cerca del hombro.

El oficial se mordía los labios, para sofocar las expresiones de dolor, mientras el sargento Rosas le quitaba la guerrera para contenerle la sangre.

—¡No es nada, no es nada! —rugía sordamente—. ¡Subteniente Montt, ocúpese de la defensa mientras me vendan!

El sargento Rosas le había descubierto la herida y extraía con los dedos las hilachas de paño que habían quedado introducidas en ella. Mientras realizaba su faena, preguntó a los soldados próximos, con increíble humor:

—¿Algunos de ustedes tienen calor?

—Toditos, mi sargento —le respondió riendo nerviosamente uno de los soldados.

—Bien, sáquese usted la camisa entonces para hacerle una venda a mi teniente le ordenó el suboficial.

—Altiro, mi sargento. Mejor se pelea «calato».

Carrera quiso saber del sargento Silva y los dos voluntarios, pero nadie pudo darle una respuesta. Después tuvo que dejar de hablar porque el sargento Rosas le apretaba fuertemente las vendas para interrumpir el flujo de sangre.

—El brazo le va a quedar colgando, porque tiene el músculo hecho hilachas —le observó el sargento, a tiempo de hacer un torniquete, que provocó dolores terribles al oficial.

—Para lo que vendrá, me basta con el brazo derecho —murmuró entre quejidos.

En ese instante Montt lanzó un grito de horror junto al portón. Carrera se desprendió de las manos de Rosas y, mediante un esfuerzo desesperado, se puso de pie y corrió junto al joven oficial. Éste mostraba hacia la plaza. Un grupo de indios salidos del rincón suroeste brincaban salvajemente en torno a tres bultos que habían sacado a rastras y dejaron botados en el suelo.

Eran los cuerpos desnudos del sargento Silva y los dos voluntarios, y a todos ellos les faltaba la cabeza.

Todos los chilenos contemplaban con espanto el macabro espectáculo. Tres indios corrían por la plaza y en las puntas de sus lanzas iban clavadas las cabezas de los tres decapitados, con los quepis aún puestos.

—¡Túmbenme a esos salvajes!… ¡Fuego sobre ellos!… ¡Que no quede con vida ninguno de esos inmundos bárbaros! —gritó Carrera estremecido.

Los soldados comenzaron a disparar con rabia y desesperación, barbotando atroces maldiciones algunos, otros con los ojos llenos de lágrimas. Y los tres indios fueron cayendo, uno tras otro, como muñecos de feria.

Aquella endemoniada escena fue lo último que los defensores del cuartel alcanzaron a ver en la penumbra de la noche que cerraba. Después cayó la oscuridad como un sudario negro sobre el escenario del martirio.

Junto con enseñorearse la noche del pueblo se produjo una larga tregua de silencio. Parecía que los atacantes habían sido tragados por la tierra. Por mucho que los soldados aguzaban la mirada no veían moverse ni siquiera una sombra en la plaza oscura.

El jefe de la guarnición, pese a la debilidad en que lo tenía su

herida, recorría la casona parroquial reorganizando la defensa. Habiendo practicado un nuevo recuento de las municiones, comprobó que no había ni veinte tiros por cartuchera. Sin embargo, ni uno de los rasgos de su rostro endurecido dejaba traslucir el desaliento; sólo se alteró al divisar al pequeñuelo de cinco años durmiendo en el hueco triangular que formaba el escritorio tumbado en un rincón de la sala de guardia. En cambio, sí se demudó cuando se asomó a la cocina y vio a dos de las mujeres que, con los rostros desencajados y las rodillas en el suelo, oprimían el vientre a la tercera de ellas, que se retorcía por obra de los dolores lacerantes de un parto entorpecido por el pánico.

Regresó a las salas exteriores tambaleándose y con los labios temblorosos. No se atrevió a contar a sus soldados, pero la acumulación de cuerpos inertes a lo largo de los muros le hizo comprender que ya había perdido a más de la mitad de su compañía. Se sentó entonces al lado de una de las ventanas, con el dorso afirmado en la pared. En su mente cabía un solo pensamiento. No llegarían auxilios. Estaban solos, definitivamente solos.

Entretanto, en una casa ubicada detrás de la residencia de los Valladares, en la esquina nordeste de la plaza, los jefes peruanos celebraban consejo, sentados en torno a una mesa iluminada por una vela. Estaban Juan Gastó, los comandantes Ponce de León y Carrión y el jefe de las bandas indias, Ambrosio Salazar. Este último era quien llevaba la voz cantante.

—Si no los aplastamos pronto, señor coronel, los chilenos se salen con su porfía —participaba a Gastó—. Los indios comienzan a dejarse invadir por sus temores supersticiosos. Ya se han dado a pensar que los enemigos están protegidos por un Dios poderoso y que es esa divinidad la que los destruye a ellos cuando avanzan al ataque. Si no les encauzamos la imaginación en otro sentido, dándoles un espectáculo distinto que los enardezca, se arrancarán a sus montañas en el momento menos pensado.

El coronel Gastó lo contempló de reojo, con expresión torva.

—Hay un elemento que obra más poderosamente sobre los indios, comandante Salazar, y de él están abusando desde hace rato: el alcohol.

Todos los jefes callaron. Para envalentonar a los indios ellos habían exigido de los vecinos que les entregaran todo el licor que

tenían almacenado. Pero, posteriormente, las montoneras habían abierto a viva fuerza las picanterías, entregándose a comer y a beber como unas bestias.

—No pasará mucho rato sin que comencemos a oír sus gritos y el rabioso retumbar de sus tambores —reflexionó Salazar.

—Cuando los indios estén embriagados, querrán seguir bebiendo y no habrá poder suficiente para despegarlos de los toneles —dijo Gastó con disgusto.

—¿Qué es lo que estima usted que debe hacerse, comandante Salazar? —consultó Carrión al jefe de los indios.

Éste lo contempló con una sonrisa maligna antes de responder:

—Aprovechar los primeros ardores que les da el alcohol, tentándolos a saciar sus instintos feroces en una escena infernal. Eso los fascinará y los llevará a arrasar con el reducto enemigo.

Gastó se quedó sobrecogido, sin atreverse a pedirle una aclaración sobre lo que él denominaba «una escena infernal». Sobradamente conocía la mentalidad morbosa y despiadada de Salazar. Pero éste ya tenía trazado un plan personal y se explayaba por propia iniciativa:

—La negrura de la noche nos permite ya acercanos al cuartel enemigo por todos lados —decía—. Éste se halla ubicado entre la iglesia y mi casa. El templo tiene dos torres altas que dominan el techo del cuartel. Desde mi casa de dos pisos también se domina igualmente el reducto enemigo. Pero lo más importante es que en los almacenes, en mi casa y también en la de los Valladares, hay buena existencia de tambores llenos de kerosene…

Gastó retrocedió involuntariamente su silla y contempló a Salazar con los ojos desorbitados.

—¡No ponga usted esa cara, señor coronel! —le expresó ásperamente—. Bien sabemos todos con qué saña los chilenos han hecho destrucción y mortandad en los pueblos de la sierra. ¡Tenemos que aplastarlos ahora empleando el método que sea! ¡Yo les propongo uno rápido: el fuego!

El coronel Gastó dejó escapar una exclamación de horror.

—¡Es el medio más rápido, señores! —insistió Salazar, imperativo—. Si no concluimos este asunto antes del alba, caerá sobre nosotros la división chilena de Huancayo. ¡Comprenda usted que tengo la razón, coronel Gastó! —dijo enfrentando al jefe de las

fuerzas. Y les insistió autoritariamente—: ¡Dé la orden, señor coronel!

—¡Sea! —murmuró, vencido—. Procédase como usted propone, comandante Salazar.

Varios de los soldados del «Chacabuco», que se habían quedado adormecidos en las dos salas encharcadas de sangre, despertaron sobresaltados cuando un ruido sordo y retumbante rompió el espeso silencio que envolvía La Concepción.

Carrera Pinto, con su brazo destrozado, se levantó rápidamente de su lugar junto a una ventana y se asomó al exterior. Los soldados que servían de centinelas se restregaban los ojos tratando de penetrar en la densa oscuridad. Pero sólo les quedaba el son creciente de los tambores indios.

El cabo Juan Ignacio Bolívar arriesgó una explicación que a todos pareció acertada.

—Los indios han saqueado las cantinas para emborracharse. Por eso hemos tenido tregua durante una hora. Ya están completamente embriagados y se nos vendrán encima como perros rabiosos.

Carrera Pinto recomendaba a los centinelas que no descuidaran la vigilancia, cuando resonó en las piezas interiores del cuartel un espantoso alarido de mujer. Era un grito taladrante que crispaba los nervios.

—¡Dios Santo, esa pobre mujer que no puede dar a luz! —se lamentó Cruz Martínez.

—¡Cálmese usted! —lo reprendió suavemente Carrera Pinto—. No se deje llevar por los nervios. Que el marido de esa mujer vaya a verla y que diga a las otras dos que…, ¡en fin, que le apresuren el parto!

Pero nadie respondió. Es más, los soldados agacharon las cabezas.

—¿Dónde está el soldado Ortiz, que no obedece ni responde? —insistió el oficial.

El sargento Rosas le mostró un bulto tirado en un rincón.

—Ahí está, mi teniente. Terminó de desangrarse hace un ratito.

Carrera Pinto desvió la vista y trató de aparentar indiferencia, pero los movimientos convulsivos de su garganta y el temblor de sus labios traicionaban su quebranto. Salió al zaguán y se apoyó desmayadamente contra la parte interior del portón. Así

permaneció largo rato hasta que llegó al zaguán una de las soldaderas.

—¿No hay una balde con agua por aquí? —preguntó la mujer con expresión atontada.

—No, no hay agua —le respondió el oficial—. ¿Cómo sigue la mujer?

—Ya pasó…, ya pasó el trance —dijo vagamente la cantinera—. Acaba de tener un varoncito.

Al oír aquella revelación, los soldados se agitaron en los lugares donde descansaban y, olvidados inconscientemente del peligro, celebraron con expresiones alegres aquel acontecimiento.

Carrera Pinto tragaba saliva sin hallar cómo expresar su impresión, pero se oyó decir, como si fuera otro el que hablara:

—Vuelva junto a la parturienta, señora, y dígale…, dele los parabienes de toda la… —se corrigió y dijo—… de los que restan de la compañía.

—Gracias, mi teniente —respondió la cantinera sin emoción y se alejó. Los soldados quedaron comentando en voz baja y, entre los murmullos, se oyó a uno que decía:

—¡Chitas que va ser difícil encontrarle un nombre a la criaturita! Yo creo que sería bueno ponerle Ignacio, como mi teniente.

Carrera Pinto sonrió cansadamente ante la ingenua sugerencia, pero su sonrisa se convirtió en un rictus amago al considerar las remotas posibilidades de supervivencia que tenía el recién nacido.

De pronto, Rosas se llevó los dedos de la diestra a la frente y se observó las yemas con extrañeza.

—¡Bah, qué raro! —consideró—. Juraría que está lloviendo. Oí algo así como que caía agua en el techo y después sentí que me golpeaba una gota en la frente. No terminaba de hablar, cuando extendió ambas palmas y recibió en ellas gotas de un líquido. Al mismo tiempo, varios otros confirmaron que el techo estaba goteando.

Carrera Pinto observó el envigado y la parte inferior de las tejas, con recelo.

—¡Silencio, soldados! —exigió a sus hombres—. Parece que estuvieran baldeando el tejado.

Todos tendieron el oído hacia el techo, pero no era posible

distinguir si caían nuevas goteras en otros sitios.

—Sargento Rosas, salga al patio y trate de ver qué ocurre sobre el techo —le estaba ordenando el teniente al hombre que tenía a su lado, cuando volvió a oírse el ruido blando de una gran cantidad de líquido que caía sobre las tejas y simultáneamente el de un tarro metálico que cayó sobre ellas y rebotando fue a dar a la calle. Entonces no les cupo duda alguna.

Una gota golpeó la mano de Carrera, éste se la llevó precipitadamente a las narices y la olió con atención. Cuando volvió a mirar a sus hombres que espiaban sus actos, su rostro estaba crispado.

—¡Ésta es parafina! —exclamó sordamente y agregó profundamente alterado—: ¡Muchachos, los serranos están bañando el cuartel en parafina para incendiarlo!

Los soldados insinuaron un movimiento para salir del cuartel, pero el teniente los contuvo, tratando de impedir que se desorganizaran.

—La mitad salga al patio y fusile a los enemigos que deben estar en la torre de la iglesia. ¡Rápido antes de que lancen fuego sobre la parafina!

Los hombres obedecieron como impulsados por un resorte, guiados por el sargento Rosas.

Pero Montt, que había permanecido junto a una de las ventanas de la fachada, lanzó entonces un grito, señalando la plaza. Ésta se estaba llenando de indios que se aproximaban a toda carrera, portando innumerables antorchas.

—¡Por la vida, nos van a quemar vivos! —barbotó el cabo Villarroel. Y el resto de los soldados comenzó a disparar aceleradamente.

Dejando a cargo de la defensa de ese lado a Montt, el jefe de la guarnición corrió hacia el interior y se colocó en el marco de la puerta que daba al patio. Desde ahí podía ver al sargento Rosas y a sus hombres que disparaban hacia la torre de la iglesia. Ésta se veía iluminada interiormente por largas lenguas de fuego.

—A los cholos que estaban en la torre se les comenzó a incendiar la parafina a ellos mismos —le aclaró Rosas desde lejos.

No pasó mucho rato sin que volvieran a asomarse algunos hombres provistos de antorchas. Los soldados volvieron a disparar y

los serranos retrocedieron, pero uno de ellos, seguramente herido, quedó tambaleándose en la ventana de la torre y concluyó por tumbarse sobre el techo del cuartel. Junto con él cayo también la antorcha encendida, que fue a quedar atascada en la canaleta de las aguas lluvias, que estaba llena de parafina. En pocos segundos ésta ardió y un encaje de llamas fue levantándose, como un reguero, por todo el contorno interior del techo.

Ya era imposible evitar el incendio; más aún cuando a espaldas de los soldados comenzaron a caer antorchas lanzadas desde el piso alto de la casa de Salazar.

«¡Estamos perdidos! —pensó Carrera Pinto—. ¡Ya nadie podrá impedir que nos asen vivos!».

Para colmo de males, en la preocupación por el incendio habían descuidado la vigilancia de la tapia posterior y ésta se fue llenando silenciosamente de soldados vestidos de blanco, los que a la luz del incendio pudieron apuntar impunemente sobre los soldados que se movían en el patio. Su primera descarga tumbó a dos hombres, que murieron en forma fulminante. Los chilenos apenas tuvieron tiempo de darse vuelta y hacer algunos disparos sueltos, cuando les vino la segunda ráfaga. Cayeron tres más y algunos quedaron tambaléandose por causa de las heridas.

—¡Replegarse al interior del cuartel! —les gritó Carrera Pinto y empujó a los hombres hacia la puerta que daba al patio.

Afortunadamente, los enemigos no alcanzaron a cargar otra vez sus fusiles antes de que ellos entraran al edificio y cerraran la puerta con un madero. De inmediato, se distribuyeron en dos pequeñas ventanas que existían sobre el patio y empezaron a disparar sobre el centenar de enemigos que lo estaban invadiendo. Éstos se detuvieron en mitad del terreno descubierto, temerosos de acercarse al edificio en llamas, y optaron por retroceder y parapetarse nuevamente detrás de la tapia.

Los soldados chilenos pudieron tomarse un brevísimo respiro, pero ya el fuego se filtraba por las junturas del tejado.

Segundos después, se vio pasar a las mujeres gritando con las ropas y el cabello tachonados de chispas y pequeñas brasas. Varios soldados las ayudaron, apagándoles el fuego a manotones.

La situación era insostenible. Hundido el techo de paja de la cocina, se creaba un foco inextinguible de incendio dentro del

edificio mismo y el calor y el humo asfixiaban a los defensores. Para mayor desconcierto, las mujeres corrían de una habitación a otra, dando gritos histéricos al ver que las llamas comenzaban a apoderarse de las vigas que sustentaban el techo.

Fue entonces cuando el cabo Bolívar se acercó a Carrera Pinto y lo retuvo de un brazo.

—Perdóneme, mi teniente —le dijo—, no es que me esté entrando miedo, pero no vamos a poder seguir aquí adentro.

El oficial hizo un gesto indicándole que comprendía.

—¡Vamos a salir de aquí ahora mismo! —gritó a los chacabucos —. ¡Vamos a morir peleando afuera y no asados como corderos! ¡Nos abriremos paso a bayoneta limpia, allá en la plaza!… ¡Arrastren a los heridos hasta el pórtico de entrada! Esa parte del edificio es de piedra y aguantará más rato, sin que la afecte el fuego. ¡Prepárense todos para salir detrás de mí!

El cuartel ardía, y las llamaradas iluminaban la plaza casi por entero. Carrera hizo abrir el portón y ordenó una última descarga hacia el exterior, para limpiar de enemigos la zona próxima. Pálido, desgreñado y sin guerrera, con el brazo izquierdo colgándole como un guiñapo ensangrentado, esgrimía, sin embargo, con fiereza el sable en su mano derecha. Durante unos segundos observó al mar humano que se agitaba en la plaza y los ojos le brillaron con más terca determinación. No había en sus rasgos ni una contracción que denotara temor. Comprobando que los enemigos volvían a la carga y estaban ya a una cincuentena de metros, se volvió a sus hombres y les indicó:

—No gasten sus balas. Un tiro al salir y luego ¡a la bayoneta! — les recomendó, e irguiéndose totalmente, se lanzó hacia afuera gritando—: ¡A morir por la patria, soldados!…, ¡a la carga!…

Salieron todos los que aún podían sostener el fusil. Los heridos y las mujeres los contemplaron con ojos dilatados de ansiedad cómo se alejaban en su desesperado intento.

El grupo, de no más de veinte soldados, hizo una pausa en su carrera, disparó sus fusiles y, agachando las cabezas, cargó a la bayoneta con sublime locura. El muro de atacantes se rompía en todos los sitios donde cargaban los chacabucos, pero los huecos volvían a llenarse de inmediato con centenares de hombres de repuesto.

Carrera Pinto cortaba cabezas con su sable, como si fueran tallos. Cuando se percató de que la línea enemiga cedía, lo invadió una alegría salvaje.

—¡Otro esfuerzo, muchachos! ¡Persigámoslos hasta el otro lado de la plaza!… ¡Pérez Canto…, Montt!… Ábranse hacia derecha e izquierda, para que no nos…

Un grito ronco de dolor le cortó la palabra bruscamente y rodó al suelo, como fulminado por un rayo. Montt, que estaba a pocos pasos de él, saltó a su lado. Tenía el pecho perforado justamente sobre el corazón y apenas alcanzó a murmurar:

—Montt…, el mando.

Estaba muerto. En su boca había quedado estampado un gesto resuelto, como si aún hiciera un esfuerzo por animar a sus hombres. Montt y Cruz Martínez pensaron en recoger su cuerpo y llevarlo al cuartel, pero los soldados de línea de Gastó llegaban a la plaza con la intención de cerrarse detrás de los chilenos y aislarlos del reducto en llamas.

Pérez Canto se percató de la maniobra y ordenó la retirada.

—¡Al cuartel!…, ¡resistiremos en el pórtico!…

Los indios recobraron los ánimos, al sentirse apoyados por las tropas de línea, y avanzaron nuevamente. Como una ola devastadora, pasaron por sobre los cadáveres de los chilenos y sus lanzas iban clavándolos, una y otra vez. El cuerpo de Carrera Pinto recibió más de treinta heridas.

Pero los defensores sobrevivientes, con increíble empeño, habían vuelto a hacerse fuertes en el pórtico del cuartel y, parapetados tras el marco de piedra y los batientes del portón, seguían disparando. Una vez más lograron hacer tregua.

Mientras las mujeres alejaban a los heridos del excesivo calor del incendio. Montt reunió a los otros subtenientes en torno suyo.

—¿Cuántos vamos quedando?… —preguntó al azar.

—¡Qué importa ya! —le respondió Pérez Canto—. De todos modos tendremos que…

—Somos apenas dieciséis, Julio —intervino Luiz Cruz Martínez.

—¿Y municiones?…

—A casi todos se les han acabado ya —le contestó el mismo subteniente.

Julio Montt se afirmó cansadamente en el marco del pórtico.

—Los que tengan balas todavía, colóquense en primera fila —les dijo—. Los demás, manténganse dispuestos a cargar a la bayoneta, en caso de que los enemigos lleguen hasta aquí mismo.

Un largo y siniestro crujido interrumpió sus palabras. Era el techo del cuartel que se derrumbaba en su totalidad. Todos los sobrevivientes se amontonaron bajo el pórtico para no ser aplastados por la armazón de vigas consumidas. Cuando cesó el derrumbe tosían lamentablemente y varios tenían que sujetar a las mujeres que pugnaban por arrancar hacia la plaza. Tardaron mucho en recuperar algo semejante a la calma. Cuando pudieron respirar algo mejor, Montt murmuró difícilmente:

—Este derrumbe viene a protegernos, muchachos. Las habitaciones han quedado llenas de maderos ardiendo; nadie podrá atacarnos por el interior del edificio.

—Y si conseguimos mantenernos unas horas más, el incendio se consumirá ahí dentro y terminará por apagarse. ¡Entonces podremos volver a refugiarnos entre los muros de piedra! —acotó Pérez Canto.

Una sorda explosión lejana vino a distraerlos. Con asombro, vieron elevarse una luz de Bengala en un extremo del pueblo.

—¿Qué podrá significar? —se preguntaron unos a otros.

—Tiene que ser una señal o una orden —discurrió Montt.

Y aunque no lo comentaron entre ellos, todos adivinaron que los enemigos estaban pidiendo refuerzos.

Efectivamente, ésa era la verdad. Aquélla era la señal convenida entre el comandante Salazar y los frailes del convento de Ocopa; la luz de Bengala indicaría a los religiosos que bajaran con más indios del caserío de Comas.

La tregua siguió prolongándose en espera de la llegada de los refuerzos. Sin embargo, no era un descanso quieto. Gastó recibía continuamente informes sobre las fatalidades que estaban cometiendo los indios en las residencias de La Concepción. El almacén del súbdito italiano Gamba había sido asaltado. Los indios saquearon totalmente el negocio. Apoderándose del licor y de los comestibles, se entregaron a una violenta borrachera, con muertos y varios heridos.

En la riña, uno de ellos estrelló una lámpara contra el suelo y provocó el incendio del edificio. Acosado por las llamas, Gamba se

lanzó a la calle por la alta ventanilla del desván, y habría sido despedazado por la turba embriagada, de no haber pasado un grupo de oficiales por la calle. Aun así, libró en estado casi agónico.

Este hecho y otros sirvieron de índice a Gastó para calcular la magnitud que alcanzarían las tropelías cuando llegara al pueblo la totalidad de los indios de Comas. Comprendiendo que entonces nadie podría considerarse a salvo en La Concepción, decidió apresurar las acciones, a fin de no verse necesitado del apoyo de aquellos bárbaros. Vino a afirmarlo en su resolución la presencia de otro de los pobladores italianos, el señor Muzzio, que había sido encontrado por los soldados de línea dentro de una cueva junto al río. La patética aventura de aquel hombre era muy semejante a la que relatara Giácomo Gamba. Los indios se habían introducido en su casa por las tapias traseras, ultrajaron a las dos sirvientas y dieron muerte al padre de una de ellas. Muzzio apenas alcanzó a huir antes de que los salvajes destruyeran todos sus muebles y se robaran cuanto objeto de valor cayó ante sus ojos.

Gastó no pudo soportar por más tiempo aquella situación. Buscando al comandante Salazar, lo encaró con irritación apenas contenida:

—Si no le es posible controlar a sus indios, comandante, ocúpelos en algo que los arranque del saqueo y la matanza de los vecinos del pueblo.

Salazar estaba envalentonado por la inquietud que producían los indios de Comas entre sus propios aliados, pero hizo un esfuerzo para mantenerse dentro de la disciplina.

—Estamos perdiendo tiempo inútilmente en esperar a que llegue el resto de mis fuerzas desde Comas, cuando bien podemos, por nuestros medios actuales, reducir a los cuatro mentecatos que siguen haciéndose fuertes en las ruinas del cuartel.

—Si usted cree posible abreviar esta batalla, lo autorizo para lanzarse con sus indios contra los chilenos —le expresó fríamente—. Pero estimo que provocará la muerte de muchos de sus hombres.

—No seré tan estúpido como para lanzarme de frente contra los fusiles —dijo Salazar—. Mi casa es vecina a la que los enemigos ocupan como cuartel. Pues bien, meteré a los indios por la calle transversal y luego los armaré de barretas para que abran forados en el muro que separa a los dos edificios. Así podré atacar a los

chilenos, simultáneamente, desde el interior de su cuartel y desde la plaza.

Gastó hizo un gesto categórico, dando a entender que no le interesaba la forma en que los indios procedieran.

—Lo único que deseo —dijo— es que sus hombres no sigan saqueando y asesinando a los vecinos.

La primera en escuchar los golpes de barreta fue una de las tres mujeres, la más joven, la viuda del soldado Casimiro Olmos. Estaba sentada en el suelo, bajo el pórtico, y el golpear de los chuzos lo sintió primero en la espalda, que mantenía apoyada al marco de piedra. Al principio no prestó atención al estremecimiento del muro, pero como éste continuara, tuvo que reparar en ello. Apoyó un oído contra las piedras y se quedó escuchando. De súbito, se levantó y fue hacia el grupo de soldados parapetados tras el portón.

—¡Mi subteniente Montt, alguien está golpeando contra las murallas! —comunico al oficial enfermo. Enseguida, lo guió hacia el punto donde ella había sentido los golpes y lo hizo escuchar.

—Se siente como si alguien estuviera dando con un hacha contra los adobones —aventuró Montt, después de escuchar atentamente.

Fue el sargento Rosas quien discurrió cuál podía ser la causa de aquellos golpes.

—¡Mi subteniente!… —exclamó con la respiración entrecortada —. ¿No estarán abriendo forados esos malditos?…

El oficial se quedó alelado durante unos segundos, y enseguida se asomo temerariamente al exterior del cuartel. No se veía a nadie embistiendo la fachada. Volviéndose al sargento Rosas, le ordenó precipitadamente:

—¡Tome tres hombres y métase adentro del cuartel! Esquiven las vigas incendiadas y vayan a averiguar en qué sitio de la pared lateral están abriendo el forado. Lo siguieron los soldados Sandoval. Jiménez y Jofré por entre las vigas ardiendo.

Montt no pudo seguir preocupándose de ellos, porque en ese instante Cruz Martínez lo tomó de un brazo y le señaló la parte alta de la torre de la iglesia.

—Los montoneros que se hallan en la torre están preparando

algo —susurró el muchacho a su compañero.

—Vigílalos continuamente —le dijo Montt, y se volvió hacia Pérez Canto, que acababa de atraer su atención—: Mira hacia los arcos del portal —le participó al oficial que vigilaba desde el portón —. Se ven deslizarse muchas sombras. Observa. Deben ser centenares de indios, que se escurren para atacarnos de nuevo.

—Creo que nos van a atacar desde el portal y desde la iglesia —les dijo Montt—. Vamos a distribuirnos así: ocho hombres defendiendo el portón, bajo mis órdenes; cuatro vigilarán hacia el patio y los dos últimos, con Pérez Canto, se encargarán de impedir que nos fusilen desde la puerta y la torre de la iglesia.

Antes de que terminara de hablar, se escucharon dos o tres disparos a cierta distancia. Creyendo que se trataba del ataque anunciado, los hombres corrieron a ocupar sus puestos. Pero comprobaron con asombro que la plaza se veía desierta.

Fue entonces cuando les llegó la voz afligida del sargento Rosas, desde el interior de las ruinas.

—¡Los enemigos abrieron un forado! ¡Vengan!

Luis Cruz Martínez corrió impulsivamente por entre las filas, seguido por la voz de Montt que le recomendaba:

—¡Baleen a todos los que se asomen por el hoyo! ¡Y si se les acaban los tiros, destrócenlos a bayonetazos! ¡Pero que no se cuele ninguno!

Los tiros habían tenido la virtud de provocar conmoción entre los montoneros escondidos en el portal y los decidieron a iniciar su ataque. Corriendo como lobos enfurecidos, abandonaron su escondite y avanzaron contra el cuartel.

—¡*Hei* vienen! —avisó el soldado Bernardo Jake y enristró su fusil.

Pero Montt no permitió que ninguno de sus hombres abriera fuego.

—No disparen hasta que los tengamos a veinte metros. Después, ¡adelante, a la bayoneta!

Los segundos que esperaron les parecieron horas; y llegó un momento en que los enemigos estaban tan próximos que les pareció insensato mantenerse inactivos. Afortunadamente, Montt daba la orden de fuego entonces y los fusiles descargaron violentamente su metralla. Pero eran demasiado escasos y no consiguieron detener a

los asaltantes.

—¡Fuego!… —volvió a gritar Montt.

La segunda descarga hizo titubear a los primeros asaltantes, y aquella vacilación dio tiempo a los chilenos para ordenarse en el pórtico y emprender su carga a la bayoneta en forma organizada.

Ocho fueron los soldados que salieron de las ruinas tras el subteniente Montt y cargaron en la penumbra rojiza contra la desordenada hueste india. Pero habían olvidado en su ardimiento a los fusileros enemigos escondidos en la iglesia. Éstos abrieron un fuego impune sobre ellos, y aunque Pérez Canto y el soldado Pedro Moncada disparaban sin cesar hacia la torre, no lograban neutralizarlos.

Julio Montt alcanzó a practicar una salida de unos cincuenta metros sobre la plaza. Lo favoreció el hecho de que todos sus atacantes estaban bestialmente embriagados y agitaban de modo ineficaz sus lanzas tratando de desviar los golpes de bayonetas que llovían sobre ellos. En los primeros instantes, los chilenos lograron penetrar en la muchedumbre en un pequeño sector. Pero pronto los indios que estaban en los flancos se dieron cuenta del escaso número que sumaban y comenzaron a cerrarse, para embolsarlos.

Julio Montt alcanzó a comprender la maniobra en el último instante y dio la orden de replegarse. Al iniciar, sorpresivamente, aquel intento, los ocho soldados y el oficial quedaron perfectamente visibles para los fusileros ocultos en la iglesia. La primera descarga de éstos sonó a espaldas de los chilenos.

Montt se percató tarde de aquel peligro.

—¡Replegarse a la carrera! —alcanzó a gritar a los soldados, cuando un proyectil le dio de lleno en el pecho, traspasándolo. El soldado Morán quiso recogerlo, pero el soldado Maldonado se lo impidió.

—¡Está muerto! —le advirtió a gritos—. ¡Vuelve al cuartel, Morán!

Pero éste había enloquecido al ver caer al subteniente. Enceguecido de furor, se hundió frenéticamente en la marejada humana, que se le vino encima arrollándolo.

Pero los escasos segundos que demoró su sacrificio bastaron para que sus compañeros sobrevivientes volvieran a parapetarse tras el pórtico y reanudaran la desesperada defensa. El soldado

Maldonado estaba como loco y disparaba bala tras bala, solo al lado de afuera del pórtico.

Rayando en lo increíble, una vez más la porfiada bravura de los defensores contuvo a los atacantes. En varias oportunidades éstos llegaron hasta tocar la fachada del cuartel, pero los chilenos salían de sopetón, distribuyendo tajos y mazazos.

En medio de la refriega se produjo un nuevo derrumbe y el resto del techo cayo con estrépito, envolviendo a los que luchaban en nubes de humo y chispas. Este accidente asustó a los montoneros, que se retiraron en forma atropellada lejos del área del incendio y no volvieron a acercarse, creyendo que los chilenos habían quedado sepultados bajo los maderos ardientes.

Pero el arco de piedras que sustentaba al zaguán y al pórtico había resistido y, a su amparo, sobrevivían algunos de los defensores.

Pérez Canto los contempló, jadeando penosamente. Eran apenas un puñado. Once, calculó, incluyendo a los que habían ido a cubrir el forado con Cruz Martínez. Pero muy pronto vio que estaba en un error. Caminando difícilmente por entre las ruinas apareció Luis Cruz Martínez. Traía los restos de su uniforme chamuscado, los ojos se le desencajaban en las órbitas.

—¡No entraron… no entraron, compañeros! —dijo en forma incoherente.

—¿Pudieron cerrar el forado? —le consultó Pérez Canto.

—Lo dejamos taconado con los cuerpos de los que intentaron entrar por él —le explicó el muchacho, y agregó con un rictus amargo que le torció la boca—, y también con los cadáveres de nuestros compañeros. Fusilaron a los tres soldados desde la torre de la iglesia.

—¿Y Rosas? —le inquirió ansiosamente Pérez Canto.

—Estaba herido en el vientre, pero se mantenía en pie, ayudándome, cuando vino el derrumbe del techo…, ¡quedó debajo de las vigas incendiadas!… ¡No pude sacarlo! ¡No pude sacarlo! —gimió acongojadamente el joven oficial.

El silencio engañoso volvió a caer sobre el cuartel y la plaza. Sólo se oía el crepitar de las llamas que consumían la casa de dos pisos de la familia Salazar.

Los enemigos se habían alejado nuevamente, no se les divisaba

en parte alguna, y, así, invisibles, se mantuvieron durante mucho rato, obligando a los chilenos a permanecer en una agobiante e inútil vigilancia. Cuando estos últimos comprendieron que no había nadie cerca, se recostaron contra el portón y vieron modo de descansar.

Transcurrido un tiempo impreciso, que bien pudo haber sido de una hora como de tres, Pérez Canto rompió el mutismo en que estaban sumidos.

—¿A quién le quedan balas? —consultó.

Los hombres fueron negando con la cabeza, uno tras otro, hasta que el soldado Juan Ferra levantó una mano con sólo un dedo extendido.

—A mí me queda una —dijo—, una sola.

No volvieron a hablar del asunto y casi de ninguna otra cosa por espacio de mucho rato. El silencio absoluto en que se mantenían y su inmovilidad terminaron de convencer a los observadores enemigos de que estaban todos muertos. Pero Gastó hizo confirmarlo y envió a uno de sus ayudantes a explorar las proximidades del cuartel.

Fue una de las mujeres quien lo vio. Chistando suavemente, llamó la atención del soldado Ferra.

—Ése viene a catear si estamos muertos todos —razonó Ferra, y se hizo rodar por el suelo hasta quedar de barriga frente a la abertura del portón.

—Parece cosa del destino que a usted le quede una bala —le dijo Pérez Canto, reptando a su lado.

Los soldados se movieron sigilosamente para poder presenciar lo que iba a suceder. Juan Ferra iba acomodando el cañón de su fusil lentamente, a ras del suelo, para que no lo viera el que se acercaba.

—No le yerre, compañero —le musitó el soldado Gutiérrez, apretando los dientes—. Mire que ese oficial será el último que nos llevaremos con nosotros

pa'l

otro mundo.

Juan Ferra seguía esperando y los nervios de sus compañeros parecía que iban a romperse.

El oficial enemigo estaba a diez metros de distancia y ofrecía un blanco perfecto, cuando Ferra oprimió el gatillo, a tiempo que

gritaba salvajemente:

—¡*Pa* tu *agüela*!

El oficial peruano se irguió de súbito, inmediatamente después del estampido, lanzó los brazos al cielo y cayó de espaldas, sin un gemido.

—¡Medio a medio en la calabaza! —celebró Gutiérrez, delirante, coreado por sus compañeros que palmoteaban la espalda de Ferra.

Pero aquella muerte sirvió de señal para un nuevo ataque. Los enemigos avanzaron enfurecidos. Los chilenos se pusieron de pie a saltos y aferraron sus fusiles con las bayonetas hacia adelante.

—Esperémoslos hasta que estén a unos cinco metros del portón y entonces salimos todos de golpe —les ordenó Pérez Canto.

Ya se veían las caras de los atacantes, cuando Pérez Canto abrió el portón de un puntapié y lanzó el grito de a la carga:

—¡Adelante, valientes del «Chacabuco»!…

Era un compacto muro de hombres el que enfrentaba al cuartel cuando salieron los infantes chilenos e hincaron sus agudas bayonetas en los cuerpos más próximos. Su avance fue tan rabiosamente desesperado, que hendieron a los de la primera fila, en el espacio correspondiente a la anchura del portón. En la caótica confusión en que se debatían, alcanzaron a darse cuenta de que estaban luchando contra los soldados de línea del coronel Gastó, porque sus uniformes blancos se teñían con grandes florones rojos cada vez que hundían la bayoneta.

Luis Cruz Martínez sintió, de pronto, que su fusil se quebraba como una paja, incrustado entre las costillas de un enemigo. Retrocedió unos pasos para buscar otra arma y en esos segundos alcanzó a captar una visión del horripilante espectáculo que se estaba desarrollando cerca de él. Los chacabucos que iban en la delantera, con Pérez Canto a la cabeza, habían sido envueltos por un enjambre de enemigos, y la enfurecida hueste asaltante se cerraba sobre ellos, aplastándolos. Entonces no se vio más que una profusión de lanzas y de sables que se clavaban verticalmente hacia el suelo. Luis Cruz Martínez recogió un fusil caído, y se percató de que al lado suyo luchaban libremente cuatro chacabucos. Con un grito los llamó a su lado, y los cinco cargaron juntos contra la muchedumbre que envolvía a sus compañeros. Machacando cráneos, perforando espaldas, diseminaron a los asaltantes. Éstos,

confundidos por la obscuridad y engañados por sus propios movimientos, creyeron que los chilenos que sobrevivían eran todavía muchos y se alejaron a la carrera del lugar de la lucha.

Cruz Martínez y sus soldados quedaron frente al cuartel, contemplando con ojos desorbitados el picadillo sanguinolento a que habían sido reducidos Pérez Canto y sus compañeros.

De los setenta y siete componentes de la cuarta compañía del «Chacabuco» no quedaban más que cinco, y dos de ellos sangrando por numerosas heridas. Retrocediendo doblegados por el cansancio, retornaron al pórtico y allí permanecieron, inconscientes del tiempo que pasaba.

A la luz de la aurora, Luis Cruz Martínez podía contemplar el que había sido campo de batalla durante diecisiete horas. La plaza de La Concepción aparecía socavada y picoteada por los miles de pies que la habían hollado durante la noche, por los golpes de lanza y bayoneta y por los centenares de proyectiles que se habían incrustado en su suelo.

A una veintena de metros estaba Ignacio Carrera Pinto, tendido de espaldas; en mitad de la plaza, junto a un hacinamiento de cadáveres amontonados unos sobre los otros, se veía al subteniente Julio Montt; hacia la izquierda, y muy próximo al portón, yacía Arturo Pérez Canto. Apiñados, como si la muerte los hubiera sorprendido en una tertulia, se distinguían los soldados Tiburcio Chandía, Amador Gutiérrez, Pedro Nolasco Zúñiga, Pablo Ortega y Avelino Olguín. El último jefe de la guarnición hubiera podido pasarles lista, observándolos por la estrecha abertura del portón. Pero sus ojos se nublaban de dolor y de rabia al contemplarlos tan despedazados. Con un movimiento laxo se volvió a los últimos sobrevivientes que lo acompañaban. Éstos eran Manuel Rivera, Bonifacio Lagos, Manuel Jesús Núñez y Estanislao Rosales. En un rincón interior del pórtico se apelotonaban, ateridos de miedo y de frío, las tres mujeres, el niño de cinco años y la criatura nacida durante la noche. El joven oficial sintió una desgarradora compasión por ese manojo de vidas que dependía de él; e impulsado justamente por la compasión, decidió que todos debían morir con él. Sabía demasiado bien la suerte que les esperaba de caer en poder de los indios que seguían como jauría salvaje a las tropas del coronel Gastó. Hincando emocionadamente una rodilla en tierra,

dijo a las mujeres:

—Señoras, ayúdennos, por favor. Vamos a rezar por la salvación de nuestras almas.

La madre del chico de cinco años asintió, trémula, luchando por contener las lágrimas, e hizo arrodillarse a su lado a su pequeño hijo. El niño se prendió de sus polleras y la miró con sus pupilas cándidas aliviadas de temor.

—Ya se terminaron los balazos, mamita —le expresó con su vocecita tímida.

La mujer apretó los párpados y dos gruesas lágrimas escurrieron por las cuencas de sus ojos cansados.

Los cuatro soldados y las dos mujeres restantes cayeron también de hinojos y, durante largos minutos, sólo se oyó el bisbiseo atormentado de sus oraciones.

Juan Gastó se restregó los ojos con un ademán rudo y se quedó mirando hacia las montañas. Por un sendero que se imaginaba oculto en las quebradas, descendía al trote rápido una inmensa poblada de indios, batiendo sus lanzas y hondas. A los costados del camino que recorría la hueste bárbara y como arreándola, galopaban cinco frailes en sus mulas. El coronel Gastó agachó la cabeza, presa de remordimientos.

El comandante Carrión, que estaba a su lado, hizo una mueca de disgusto.

—¡Ah, señor coronel, cómo desearía hallarme lejos de este escenario! Dentro de unos minutos vamos a presenciar la más repulsiva matanza.

—¡Ojalá sean pocos los enemigos que quedan en las ruinas del cuartel y mueran al primer choque! —expresó Gastó apesadumbrado—. Si algunos de ellos cayera vivo en poder de los indios de Comas… ¡No quiero ni pensar en la suerte que correría!

El comandante Salazar se les acercó, con aire ufano, para participarles que llegaba el resto de su montonera.

—Y bien, ¿qué ordena usted que haga con ellos?… —le dijo a Gastó.

—Ordéneles descender hasta los contornos de la plaza y que

formen un semicírculo frente al cuartel, pero a distancia prudente —le expresó con severidad—. Y que ninguno de ellos avance ni un paso sin mediar mi orden. ¿Comprendido, comandante Salazar?

—¿Qué piensa usted hacer, señor coronel? —quiso saber con disgusto.

—Intimar la rendición a los enemigos que aún se atrincheran en las ruinas de la casa parroquial, ofrecerles una última oportunidad de salvar sus vidas, a cambio de la sumisión incondicional.

Salazar contrajo su rostro en una mueca despectiva.

—¡Perdonarles la vida! —masculló ásperamente—. Han matado a centenares de nuestros hombres. ¿Para qué ser clemente ahora?

El coronel Gastó le enfrentó entonces su rostro noble, con expresión desafiante.

—Una victoria con el perdón de las vidas de los últimos combatientes es más meritoria y más digna, comandante Salazar —le dijo, y añadió autoritariamente—: ¡Contenga a sus indios en torno a la plaza y déjeme hacer a mí!

El heroico grupo de sobrevivientes de la cuarta compañía del «Chacabuco» no pudo ver la llegada de los refuerzos de Comas, pero su ensordecedor chivateo y el estruendo de sus *pututus* y tambores los hizo adivinar su crecido número.

Cruz Martínez llamó a su lado a sus cuatro hombres y juntos se apostaron tras la abertura del portón.

—Creo que llegó nuestra hora, soldados —los previno en voz baja.

Tras ellos, comenzó a sollozar suavemente la menor de las mujeres.

—¿Qué va a ser de nosotras, del niño y del recién nacido? —balbuceaba.

Cruz Martínez se volvió hacia ellas con expresión de pasmosa serenidad y su rostro ya no parecía el de un muchacho de apenas dieciocho años.

—Ustedes no tienen por qué temer —las tranquilizó cariñosamente—. Los enemigos que nos atacan vienen mandados por jefes civilizados; además, en las casas que rodean la plaza viven mujeres blancas que intercederán por ustedes. ¡No, señoras, no tienen ustedes por qué asustarse! —les repitió.

La mujer que lloraba dobló la cabeza y siguió sollozando, sin

convencerse; las otras dos agitaron las suyas denotando que tampoco creían en sus misericordiosas palabras.

El soldado Rosales atrapó al oficial por una manga y le señaló hacia el exterior.

—¡Ya han entrado a la plaza esos satanases!

Efectivamente, los millares de indios, que empezaban a distribuirse en torno al espacio descubierto, venían vestidos con sus trajes de fiesta y con las lanzas adornadas con cintajos de colores.

Luis Cruz Martínez se dispuso a cargar cuando los enemigos se acercaran, pero éstos no parecían dispuestos a hacerlo, contentándose con extenderse a lo largo de tres costados de la plaza. A su turno, los soldados vestidos de blanco del coronel Gastó se habían apostado detrás de la mesnada bárbara, en calidad de espectadores.

—¡Dios santo, la suerte que se nos reserva: morir en manos de los indios! —dejó escapar en un susurro el soldado Rivera.

—No hay que dejarse atormentar por la imaginación, compañero. Moriremos casi antes de darnos cuenta —lo consoló Cruz Martínez, y añadió con fiereza—: Cuando menos, nos cargaremos a tres o cuatro de esos espantajos cada uno.

El soldado Rosales no pudo soportar más la tensión de aquella espera.

—¡Salgamos altiro entonces, mi subteniente! —exclamó con exaltación—. ¿A qué atormentarnos dilatando el minuto final?

—¡Sí, mi subteniente! —lo apoyaron los otros tres.

Cruz Martínez comprendió que estaban en la razón. No tenía objeto aquella enervante espera. Girando el rostro hacia las mujeres, les expresó acongojado:

—Señoras, el Divino Hacedor interceda por ustedes. Adiós.

Luego, salió a la plaza con ademán resuelto, invitando con su ejemplo a los soldados a seguirlo. Los cuatro hombres abandonaron el pórtico también y formando una correcta hilera marcharon tras el oficial.

El silencio que dominó súbitamente el campo fue tan inesperado y sorpresivo que parecía herir los nervios de los protagonistas.

Allí estaban, bajo el sol de las diez de la mañana, los cinco soldados envueltos en los jirones de sus uniformes rojo y azul, cinco héroes empequeñecidos en el centro del gigantesco escenario.

Formados en una línea detrás del muchacho que los guiaba, los soldados avanzaron, paso a paso, hacia la multitud de enemigos, que tenían sellados sus destinos en la punta de sus lanzas. Así llegaron al centro de la plaza. Allí se detuvieron y hablaron entre ellos, como si se consultaran.

Aquél fue el acto que Gastó interpretó erradamente. Creyendo que se ponían de acuerdo para rendirse, asomó a un balcón de la casa de los Valladares y les gritó, esperanzado:

—¡Ríndanse!… ¡Ríndanse y les perdonamos la vida!

Los cinco hombres volvieron los rostros hacia el lugar de donde provenía la voz y se quedaron inmóviles unos segundos. Pero, enseguida, el soldado Rivera dio con el codo a Luis Cruz Martínez y le dijo con los dientes apretados:

—¡No afloje, mi subteniente! ¡Acuérdese de la «Esmeralda» y sus tripulantes!

Por su parte, el soldado Rosales mostró algo a espaldas de ellos. Era la bandera que había ondeado sobre el pórtico del cuartel y que ahora estaba convertida en un jirón consumido por las llamas.

El adolescente que les servía de jefe cuadró los hombros en un ademán desafiante y se ajustó la guerrera al cuerpo. Fue en ese instante cuando una voz de mujer surgió desde uno de los costados.

—¡Subteniente Cruz! —clamaba—. ¡Óigame, subteniente Cruz!

Obediente a los impulsos de su juventud, el oficial volvió los ojos al oír su nombre. De la casa de los Valladares había surgido una jovencita, que avanzaba hacia el interior de la plaza, seguida por una mujer de edad. Era la niña italiana, hija de Gamba, a quien el subteniente había cortejado en días anteriores. Con los brazos extendidos hacia él, le suplicaba angustiosamente:

—¡Ríndase, subteniente Cruz!… ¡No se dejen matar!… ¡Ríndanse y se les perdonará la vida a todos!

Reforzando la súplica de la joven, la mujer que la escoltaba le imploró a su vez, con maternal ansiedad:

—¡Ríndase, *mijito*! ¡Ya pelearon bastante!…

El oficial avanzó solo unos cuantos pasos, y enfrentando a las dos mujeres, gritó con todos las fuerzas de sus pulmones:

—¡Señoras, los chilenos no se rinden nunca! —y volviéndose a medias hacia sus cuatro soldados los invitó a seguirlo con un movimiento tajante de uno de sus brazos—: ¡Soldados del

«Chacabuco», a la carga!

—¡A la carga!… —le corearon los cuatro hombres, y echaron a correr con las bayonetas enristradas.

Su choque fue como el de un pequeño pedrusco lanzado contra las olas del mar. Sus bayonetas rompieron los primeros cuerpos, pero enseguida la marejada humana los sepultó, tragándoselos como una fiera voraz.

Consumada la carnicería de los cinco últimos defensores, la muchedumbre de indios llegó al pórtico del cuartel aullando como una manada de lobos furiosos.

Las tres soldaderas, las abnegadas camaradas de los soldados, fueron arrastradas desnudas al centro de la plaza. El hijo recién nacido de una de ellas iba ensartado en la punta de una lanza. El niño de cinco años, decapitado ya, era lanzado al espacio como un pelota, para ser recibido en las puntas de las lanzas. Las tres mujeres, tumbadas de espalda en el suelo y con los miembros agarrotados por sus captores, vieron caer sobre ellas la turba bárbara y bestial.

Los vecinos del pueblo, horrorizados, cerraron precipitadamente sus ventanas. El coronel Juan Gastó, pálido como un muerto, en un balcón de la casa de los Valladares, dio vuelta la espalda y fue a esconderse en un rincón de la estancia. Allí, desplomado en un sillón, se cubrió los oídos con sus palmas. Aunque luchaba por impedirlo, temblaba de la cabeza a los pies.

Había concluido el combate de La Concepción, la increíble defensa de setenta y siete soldados contra dos mil quinientos asaltantes, durante diecinueve horas.

13

La división chilena de Huancayo logró ponerse en marcha el lunes 10 de julio, a las ocho de la mañana. El coronel Del Canto presenció el desfile de las tropas en la salida norte de la ciudad con una expresión de desencanto. Después que la columna de diez a doce kilómetros de largo, en la que iban mezclados enfermos, heridos, ganado, soldados y piezas de artillería, hubo salido al campo abierto, el coronel y sus ayudantes regresaron a los cuarteles y los revisaron, cerciorándose de que nada se les quedaba. Cuando se iban a incorporar a la columna en marcha, sobre los cerros del sur de Huancayo asomaban ya las avanzadas de caballería del general Cáceres.

Tres compañías del «Chacabuco» marchaban bajo las órdenes del comandante Marcial Pinto Agüero en calidad de vanguardia de la división. Como avanzadas exploradoras iban por el filo de los cerros laterales diecinueve hombres del «Lautaro», guiados por el capitán Rómulo Correa, y veinte del «Chacabuco», conducidos por el capitán Jorge Boonen Rivera.

La división se acercaba sin novedades al caserío de San Jerónimo, a una legua al sur de La Concepción, cuando el comandante Pinto Agüero llamó a su lado al capitán Arturo Salcedo y al subteniente Luis Molina, para encomendarles una misión.

—Adelántense a la columna y vayan a comunicar al teniente Carrera Pinto que haga preparar caldo para los enfermos que llevamos —les dijo y agregó sonriendo cansadamente—: ¡Ah, comuníquenle que en el último correo militar llegado desde Lima venía su promoción al grado de capitán!

El capitán Salcedo celebró el ascenso de su amigo Carrera Pinto con el rostro iluminado de alegría.

Los dos comisionados partieron al galope, sin pensar en los peligros que podían encontrar en el trayecto hasta La Concepción.

La división siguió marchando lentamente hasta entrar en el caserío de San Jerónimo. Allí se les incorporaron las patrullas exploradoras de Boonen y Correa. Esos dos capitanes recorrían la aldea escoltando al comandante Pinto Agüero, cuando oyeron numerosos estampidos apagados por la distancia. Los tres militares se dieron cuenta al momento de que los tiros habían sido disparados en las cercanías de La Concepción.

—¡Mis dos ayudantes han sido sorprendidos por montoneros emboscados! —exclamó Pinto Agüero y dispuso de inmediato que los capitanes Boonen y Correa avanzaran al galope con sus patrullas, para despejar el camino y ayudar a los dos comisionados.

Las dos patrullas no habían alcanzado a progresar mucho sobre la carretera, cuando vieron venir en dirección contraria a dos jinetes cuyas cabalgaduras corrían desenfrenadamente. Boonen y Correa los identificaron inmediatamente como el capitán Salcedo y el subteniente Molina. Y como nadie los perseguía detuvieron a sus hombres y los aguardaron en medio del camino.

El capitán Salcedo no esperó a que su caballo se detuviera y gritó a los jefes de las patrullas, con voz estridente por la nerviosidad:

—¡Ha habido una terrible lucha en La Concepción! Encontramos en el trayecto a un comerciante italiano quien nos informó que la guarnición de Carrera Pinto se batió desesperadamente contra una enorme masa de enemigos, desde ayer en la tarde hasta hoy por la mañana.

—¿Y aún siguen combatiendo?… —le inquirió el capitán Boonen ansiosamente.

—No. Según el italiano, la guarnición no está, fue totalmente exterminada.

Tanto los hombres del «Chacabuco» como los del «Lautaro» se quedaron mudos al oír la aplastante información. El capitán Salcedo prosiguió:

—Molina y yo nos acercamos al pueblo. Pero cuando asomábamos a la cumbre del cerro del León fuimos repelidos a balazos por numerosos enemigos escondidos entre los riscos. Nos pusimos a salvo apresuradamente para traerles la noticia.

—¿Pero alcanzaron a divisar algo en La Concepción? —pudo preguntarle, por fin, Boonen.

El capitán Salcedo respondió con la voz quebrada:

—Sí, capitán. Vimos que del centro de La Concepción brotaba una alta columna de humo. Me atrevería a jurar que surgía del cuartel.

Boonen y Correa no hicieron comentarios, ni esperaron más. Ambos ordenaron a sus hombres avanzar a toda carrera. El capitán Salcedo galopó hacia la retaguardia para llevar la información al comandante Pinto Agüero.

Los diecinueve hombres del «Lautaro» y los veinte del «Chacabuco» recorrieron la distancia que los separaba de La Concepción en menos de media hora. Ya desde la entrada del pueblo pudieron presumir que algo terrible había ocurrido en su interior. Las calles laterales se veían completamente solitarias, pero al introducirse en las principales, desordenadas descargas de fusilería les cortaron el paso. Las tropas localizaron a los enemigos que los interceptaban y se abrieron camino a sablazos. La Concepción estaba repleta de indios embriagados, a los que fue fácil exterminar o acorralar. Cuando llegaron hasta la plaza, el espectáculo que presenciaron los dejó paralizados. Todo el espacio descubierto, y especialmente la zona frontera al cuartel, estaba sembrado de cadáveres desnudos y horriblemente mutilados.

Minutos más tarde hacía su entrada en el pueblo el comandante Pinto Agüero, encabezando al resto del «Chacabuco». Erguido sobre su caballo, su rostro fue del pálido verdoso al rojo escarlata, como si fuera a enfermar. El capitán Boonen, que le había salido al encuentro, le mostraba con un gesto desolado los montones de cadáveres y las mandíbulas le castañeteaban, impidiéndole rendir un informe coherente. Cuando, por fin, pudo hablar, su exposición fue espeluznante.

—Es inconcebible lo que ha pasado, mi comandante —tartamudeó—. Mataron a toda la guarnición. He contado setenta y siete cadáveres nuestros y también los de tres mujeres y dos criaturas.

Marcial Pinto Agüero se cubrió los oídos con las manos.

—¡Basta, capitán!… ¡Dios santo, perdóname la blasfemia, pero te imploro fuerzas y maldad suficientes para matar a todas las fieras

que se ensañaron así con nuestros soldados!

Sus ojos extraviados recorrieron velozmente los contornos, buscando con ansiedad homicida en quien saciar su sed de venganza. Alineados contra la fachada de la iglesia estaban los sesenta y cuatro prisioneros que el capitán Boonen había hecho en el pueblo. Volviéndose violentamente hacia sus soldados, les mostró a los cautivos con un ademán exasperado.

—¡Soldados del «Chacabuco» —les gritó—, formen frente a esos bribones y riéguenmelos con balas!… ¡Que no quede vivo ni uno solo!…

Los chacabucos, tan llenos de odio como su jefe, le obedecieron al instante y en unos segundos formaron un muro de fusiles frente a los montoneros.

En aquel momento, mientras veía a sus hombres correr a cumplir su despiadada orden, el comandante Pinto Agüero se juró a sí mismo no respetar nunca más la vida de un enemigo mientras permaneciera en la tierra.

El coronel Estanislao del Canto llegó al lugar del martirio al galope tendido, escoltado por los jinetes del «Carabineros de Yungay». Bajo sus ojos cayeron los cuerpos de los cuatro oficiales que comandaban la cuarta compañía del «Chacabuco», y la visión de la crueldad con que habían sido despedazados sus cadáveres lo encegueció de furor. Carrera Pinto, Pérez Canto, Montt y Cruz Martínez estaban con las entrañas al aire, sin orejas.

El coronel Del Canto perdió el control y toda medida de serenidad. Enterado de que el resto de los montoneros embriagados huían por la falda norte del cerro del León, llamó a José Miguel Alcérreca, jefe del «Carabineros de Yungay», y le dijo, estremecido por la cólera:

—Comandante, escuche solamente estas palabras: aquellos que huyen por los cerros son los miserables que destrozaron a los valientes de la cuarta compañía del «Chacabuco». ¡Lance a sus carabineros tras ellos y extermínelos a todos!

Temblando de coraje sobre sus veloces caballos, los carabineros enfilaron hacia los senderos serranos. Dejando atrás el pueblo, pudieron ver claramente a las bandas de montoneros y soldados del coronel Gastó que, retrasados por la sanguinaria bacanal a que se habían entregado, tardíamente trataban de ponerse a salvo. Los

jinetes chilenos olvidaron toda norma de ataque. Para ellos esa operación no era otra cosa que una cacería de fieras, y como a tales los persiguieron.

Cuando la retaguardia de los montoneros distaba apenas cien metros, el comandante Alcérreca lanzó el electrizante grito de la caballería, al mismo tiempo que desenvainaba su bruñido sable curvo.

—¡Por Dios y Santa María, adelante la caballería! ¡A la carga, galope…, mar!

Jamás una carga de la caballería chilena se realizó con tanta furia y saña. No hubo prisioneros, ni heridos; sólo muertos. Los carabineros llegaron hasta el lomo de la primera cadena de cerros. Allí se detuvieron; era insensato continuar la persecución más allá. Los soldados de Gastó que libraron la vida se echaban a rodar hacia el fondo de las quebradas o se escabullían por entre los riscos y las grietas del terreno; los más ágiles habían logrado llegar a los faldeos de las montañas del fondo y buscaban su salvación trepando desesperadamente a las cumbres.

Comenzaba a obscurecer cuando los carabineros regresaron a La Concepción. El coronel Del Canto estaba frente a las ruinas del cuartel vigilando la recolección de los cadáveres de los setenta y siete mártires del «Chacabuco». Los jinetes se detuvieron frente al comandante en jefe.

Éste se limitó a preguntar al comandante Alcérreca:

—¿Exterminaron a esos bellacos?

—Más de trescientos cadáveres quedaron sembrados en las montañas, mi coronel.

—¿Y los demás?

—Se perdieron entre las cumbres más altas.

El coronel había interrogado sin mirar al escuadrón, pero al erguirse vio a numerosos cautivos que éstos traían.

Del Canto no tuvo un segundo de vacilación. Señalando con gesto tajante hacia la fachada de la casa de dos pisos, ordenó con la sequedad de un disparo:

—¡A la muralla con ellos! —Y alzando la voz, gritó al capitán Salcedo, que comandaba a una compañía de fusileros del «Chacabuco», formada frente a ese edificio—: ¡Capitán, más bribones para purgar el crimen! ¡Fusílelos al punto!

Despreocupado de la fatídica faena, el coronel Del Canto consultó a Alcérreca sobre la dirección que había tomado el resto de los soldados de Gastó. El jefe de los carabineros no podía darle una respuesta exacta, pero creía que el resto de la división serrana parecía haberse encaminado hacia el norte.

—Si van hacia el norte caerán sobre Jauja —reflexionó Del Canto preocupado—. Y allí está solamente el mayor Quintavalla con cien hombres del «Chacabuco» y los enfermos.

Comprendiendo ambos que esa pequeña fuerza podía correr la misma suerte que La Concepción, decidieron avisar al momento a Quintavalla, enviándole un sargento y cuatro soldados, capaces de pasar a través de las fuerzas enemigas.

—Pueden ir el cabo primero Sebastián Sandoval y cuatro hombres de su escuadra —propuso Alcérreca—. Ese hombre es el mejor jinete del cuerpo y la muñeca más firme para el sable.

—¡Ahora sí! —exclamó Del Canto, sin que los que lo rodeaban pudieran entender su pensamiento. Era que acababa de sacar una cuenta macabra. Carrera Pinto y sus hombres mataron a doscientos ochenta enemigos antes de sucumbir; trescientos veintiséis más eliminaron los carabineros y en la plaza habían sido fusilados noventa y cuatro.

—Setenta y siete contra setecientos —siguió diciendo Del Canto —; y aún nos quedan otros bribones por desbravar. A todo individuo que encontremos en el trayecto de aquí a Tarma lo haré ajusticiar en el terreno mismo.

Inmediatamente se dispuso la partida de los mensajeros que irían a poner en alerta a la guarnición de Jauja.

Emprendieron marcha hacia Jauja con noche cerrada, y poco antes de las doce el pequeño grupo llegaba al linde del pueblo de San Lorenzo. Desde un altozano, los ojos penetrantes del suboficial abarcaron el caserío. El camino empalmaba con su callejuela central y dividía la plaza en dos mitades. En ese punto estaba de guardia una compañía de las tropas regulares del coronel Gastó. A los oídos de los jinetes chilenos llegaban los sones de sus tonderos y marineras y las voces aguardentosas de los hombres ya ebrios. El cabo Sandoval se percató de que en la entrada del caserío había dos centinelas, y frunciendo sus espesas cejas dijo reservadamente a sus hombres:

—A esos dos me los dejan a mí. Si los cholos me carnean en el cruce de la plaza, ustedes llevarán el mensaje al mayor Quintavalla.

Se acomodó bien sobre la montura, afirmó los pies en los estribos y desenvainó su sable.

—Vamos a pasar ahora —dijo a los cuatro soldados—. Nada de tiros, ¿eh? A filo de sable. Galopen todos juntos detrás de mí. Tenemos que pasar como una tromba, chivateando para aturdidos. ¿Listos todos?

Los cinco jinetes entraron como un ciclón al caserío, chivateando como si constituyeran un centenar de araucanos. Sandoval cumplió lo suyo; de un mandoble le voló la cabeza a uno de los centinelas y pasó con su caballo sobre el otro.

Cuando los soldados serranos quisieron reaccionar, los cinco carabineros se perdían ya por el camino hacia Jauja.

Aquella noche el coronel Del Canto estableció un anillo de centinelas en torno de La Concepción y dio la orden perentoria de que el resto de los soldados durmiera desde temprano. Temía que las tropas no tendrían descanso en su retirada hasta Tarma, y deseaba que emprendieran la marcha lo más repuestos que fuera posible. Pero él mismo no pudo reposar tranquilo, pues el cirujano Justo Pastor Merino, director del cuerpo sanitario que acompañaba a la división, se presentó ante él a medianoche.

—He estado trabajando en los cadáveres de los infortunados capitán Carrera Pinto y sus tres subtenientes. Y lamento comunicarle que es totalmente imposible llevar sus cuerpos a Lima, como usted lo ha ordenado.

—¿Tan destrozados están? —le inquirió Del Canto con aire acongojado.

—Hechos añicos, señor. Sería macabro coserlos y llegar con ellos a Lima. —El cirujano meneó la cabeza tristemente y agregó—: Creo que lo único que podemos hacer es extraerles los corazones y guardarlos en una redoma de vidrio que encontré en la botica del pueblo. Sumergidos en alcohol podrán conservarse bien hasta que lleguemos al centro del país.

El coronel Del Canto se sometió a la solución propuesta por el doctor Merino y dispuso inmediatamente que los cuatro oficiales fueran sepultados a la mañana siguiente, al mismo tiempo que los cuatro soldados y las mujeres que habían perecido con ellos.

—La otra razón que me movió a molestarlo a esta hora —prosiguió el cirujano— es mi ferviente deseo de interceder ante usted por los doctores Luis María Journés y Ramón Tello, que fueron apresados hace unas horas.

—El doctor Journés ya ha sido puesto en libertad —le aclaró Del Canto—. Es ciudadano francés y no tuvo nada que ver con la matanza. Por el contrario, él fue quien me narró los detalles del combate. En cuanto al doctor Tello, ése sí que es peruano.

—Pero su actuación durante la lucha, lejos de hacerlo acreedor a ser fusilado, como se ha dicho, lo destaca como meritorio —lo defendió calurosamente el cirujano Merino—. Es el sostenedor de la Cruz Roja en esta región y durante las diecinueve horas de combate no hizo otra cosa que atender a los heridos que eran arrastrados hasta su consultorio. Me contó que tuvo que asistir a dos comandantes moribundos y a unos dieciocho oficiales, además de innumerables soldados.

El jefe de la división contempló el rostro honesto y franco de su interlocutor e inclinó la cabeza accediendo a su pedido.

—Deme tiempo hasta mañana para pensarlo. Pero vaya tranquilo; creo que lo dejaré en libertad también.

El cirujano le agradeció con una sonrisa cansada y se dirigió al edificio donde se había instalado el hospital de sangre. El coronel lo observó alejarse y en sus facciones se marcó un gesto de conmiseración.

Los primeros rayos del tardío sol de invierno sorprendieron a la división formada en torno a la capilla. Los soldados de una compañía del «Chacabuco» vistieron a los setenta y tres soldados muertos y envolvieron a las tres cantineras y sus hijos en blancos sudarios. Simultáneamente, otros soldados del batallón habían excavado una larga zanja detrás de la capilla.

Por su parte, los oficiales del «Chacabuco» abrieron una amplia fosa en la iglesia, al pie del altar mayor. Carpinteros de la sección bagajes labraron cuatro toscos ataúdes, en los cuales fueron encerrados los cadáveres del capitán Ignacio Carrera Pinto, quien fue encajonado con las estrellas de capitán cosidas en sus charreteras, y de los subtenientes Arturo Pérez Canto, Julio Montt Salamanca y Luis Cruz Martínez.

Primero se dio sepultura a los soldados en la zanja exterior.

Mientras el capellán del «Chacabuco» pronunciaba las preces de difuntos, las cornetas ululaban trágicamente. Después, bajo la mirada grave de los chacabucos, un grupo de soldados fue echando paletadas de tierra hasta cubrir la zanja por completo. Sobre ella se colocaron tres cruces simbólicas; una en cada extremo y la tercera en el centro.

Enseguida, se repitió la triste ceremonia en el interior de la capilla. Las tropas formaron en la plaza y los oficiales se mantuvieron presentando armas en el interior.

El coronel Del Canto y el comandante Pinto Agüero presidieron el acto funerario, pálidos de emoción y con las mandíbulas trabadas por el rabioso dolor que experimentaban.

Cuando salieron, el comandante Pinto Agüero hizo señas a un grupo de soldados que cargaban latas llenas de parafina. Iba a darles una orden, pero vaciló un instante y se volvió hacia el coronel Del Canto para solicitar su aquiescencia.

—Mi coronel —explicó—, esta capilla depende de los frailes que moran en el convento de Ocopa. Y bien sabemos que son nuestros peores enemigos y que tuvieron participación directa en la matanza de nuestros soldados. No es aventurado temer que, cuando abandonemos este lugar, desciendan de sus montañas y desentierren nuestros muertos para someterlos a nuevos ultrajes. Quiero impedir eso a todo trance y para ello pido a usted su autorización para prender fuego a esta iglesia. Así las cenizas cubrirán las tumbas y evitarán la profanación.

El coronel Del Canto frunció el ceño. Era el más alto dignatario de la masonería chilena en el ejército y eso lo hacía muy cauteloso en todo lo que pudiera ser considerado un ataque a la Iglesia. Sin embargo, las razones expuestas por Pinto Agüero pesaron más en su ánimo.

—¡Proceda, comandante! —le dijo, finalmente.

—¡Soldados, pueden empezar! —se limitó a ordenar Pinto Agüero. Los soldados, instruidos anticipadamente, vaciaron las latas en las cuatro esquinas de la iglesia.

Pero un pensamiento había quedado germinando en el cerebro del coronel Del Canto y no tardó en expresarlo.

—Comandantes —dijo a los que lo rodeaban—, los vecinos de La Concepción colaboraron en el ataque a nuestros hombres y, aún

más, les dispararon por la espalda desde sus casas; les impondremos el castigo a que se han hecho acreedores ¡Incendiaremos el pueblo entero!

Poco antes de mediodía la columna expedicionaria volvió a ponerse en marcha. Detrás de la retaguardia, en la hondonada donde yacía La Concepción, surgían decenas de penachos de humo. Más atrás aún, sobre los cerros del sur, empezaba a asomar sigilosamente una larga hilera de cabezas. Eran las de los exploradores avanzados del ejército del general Cáceres.

El coronel Del Canto marchaba sumamente nervioso. Temía que las fuerzas que habían exterminado a la compañía de Carrera Pinto se le anticiparan y repitieran su mortífera faena en Jauja, guarnecida solamente por cien hombres. Contribuía a aumentar su inquietud la certeza de que tras su maltrecha división avanzaba el «Brujo de los Andes» con su ejército de cuatro mil hombres descansados. La desazón del veterano coronel no hubiera sido tanta de no verse entorpecido por la enorme cantidad de enfermos que llevaba su división. El peso de esta responsabilidad lo abrumaba. Únicamente el jefe accidental del batallón «Santiago», mayor Domingo Castillo, estaba enterado de la situación. También tenía una vaga idea del peligro el comandante del «Carabineros de Yungay», José Miguel Alcérreca, que en sus patrullajes había divisado al ejército que traían en los talones.

Espoleado por la tensión nerviosa, el coronel Del Canto trataba de imprimir la mayor velocidad a la columna. Cabalgaba en la delantera, dictando a su ayudante Caupolicán Villota una arenga que pensaba introducir en la Orden del Día siguiente, cuando le alcanzó el capitán MacCutcheon. Venía éste alarmado a comunicarle que en la retaguardia estaba ocurriendo algo anormal.

—En el batallón «Chacabuco» se está gestando un ataque al convento de Ocopa, mi coronel —terminó de informarle el oficial.

—¿Cómo es eso?… ¿Cómo es eso? —preguntó asombrado el jefe de la división.

—Los oficiales jóvenes y la tropa comentan entre ellos que los principales culpables del sacrificio de sus compañeros fueron los frailes de ese convento y les he oído decir: «Dejaríamos de ser hombres si no vamos a fusilar a esos frailes» —le transmitió MacCutcheon, y añadió con aire receloso—: La idea está empezando

a tomar cuerpo, mi coronel. Temo que, en cualquier momento, el batallón se rezague y suba a Santa Rosa de Ocopa a tomar venganza.

Del Canto se echó hacia atrás en su montura, resoplando como un toro.

—Pero ¡eso es absurdo! —rugió—. ¿Quién los autoriza a obrar por su cuenta? ¡Eso es insubordinación llana! y ¡ay de los que se insubordinen conmigo!

Del Canto pensaba que los chacabucos tenían razón para sentirse defraudados, pero él también había tenido razones especiales para no ordenar el asalto al convento. Allí estaban refugiadas las principales familias de La Concepción. Subir a fusilar al arzobispo Del Valle y a sus frailes estaría bien hecho, pero ¿cómo podrían controlar después a los soldados enardecidos por el odio, impidiéndoles hacer una carnicería entre aquellas mujeres y niños?

—¡Nadie me va a corregir la plana! —tronó exasperado—. ¿Cómo es que el comandante Pinto Agüero no ha cortado a cercén ese conato de rebeldía de su gente?

Según MacCutcheon, el jefe del «Chacabuco», enfurecido como sus soldados, estaba haciendo oídos sordos a lo que proyectaban, autorizándolos con su silencio.

—¿Ah, sí? —exclamó Del Canto—. Pues vamos a cortarles las alas a esos levantiscos al momento.

Llamando a gritos a todos sus ayudantes, les ordenó que se trasladaran en grupo a la retaguardia, llevando al comandante Pinto Agüero la orden de apresurar la marcha del «Chacabuco» y colocarse a la cabeza de la columna.

Los ardores del batallón «Chacabuco» no se calmaron por el hecho de haber sido trasladados a la cabeza de la columna. Lejos de eso, su rabioso encono pronto encontró cauces por donde desbordarse.

Entrando a Matahuasi al mismo tiempo que los exploradores, la tropa encontró allí a un grupo de montoneros armados que no había tenido tiempo de huir y los acribilló a balazos, llenándolos de plomo.

No saciados con eso, sacaron de sus casas a todos los pobladores varones y los fusilaron en el instante mismo. Fueron cuarenta los que cayeron pasados por las armas. Antes de que el coronel Del

Canto pudiera intervenir, prendieron fuego al pueblo y lo convirtieron en una hoguera.

El jefe de la división se tragó sus objeciones sobre aquel abuso de facultades.

Trató de convencerse a sí mismo diciéndose que los chacabucos tenían motivos sobrados para estar tan rabiosos y tomarse una venganza tremenda.

Los pueblos de Apata y Huaribamba sufrieron igual suerte, horas más tarde. La trayectoria de la columna iba quedando jalonada de incendios y de muertos. El coronel Del Canto seguía entornando los ojos y fingiendo no enterarse de nada.

Pero, en cambio, hacia el sur el general Andrés Cáceres iba recibiendo las informaciones correspondientes y la saliva se le tornaba amarga entre los dientes apretados.

—¡Bandidos!… ¡Criminales!… ¡Van arrasándolo todo! —rugía desesperado.

—Si no busca la manera de impedirlo, también incendiarán la ciudad de Jauja —le observaban sus comandantes.

Pero el caudillo esperaba que el coronel Juan Gastó hiciera algo para impedir aquel desastre.

—Si hacemos un esfuerzo, podremos alcanzarlos en un plazo de ocho horas —le insistían sus jefes subalternos, y argumentando que, como los chilenos marchaban estorbados por sus muchos enfermos, le sería fácil aplastarlos.

Pero el general Cáceres se negaba tercamente. Su plan era otro.

—Tengo perfectamente bien elegido el sitio en que les daremos el golpe definitivo —decía—. Tenemos que esperar a que se fatiguen más, a que carguen con mayor número de enfermos y heridos. Todavía tienen que pasar por Jauja y por Tarma recogiendo las guarniciones que tienen en esos pueblos. Cuando ya estén con toda su impedimenta a cuestas, habrá llegado nuestra hora propicia.

—Pero, entretanto, van a fusilar a los hombres de Jauja y a incendiar la ciudad —le observó su jefe de Estado Mayor.

El caudillo consideraba también aquel peligro y, para conjurarlo, decidió mantener a los chilenos en constante alarma. Mandó mensajeros a todos los poblados próximos a Jauja y Tarma con la misión de pregonar que la columna huía por el valle en completa

derrota. Estimaba conveniente que los montoneros y las pobladas indias creyeran aquella falsedad, pues así se envalentonarían para dificultarles la retirada, amagándolos en forma constante. Al mismo tiempo, los mensajeros llevaban a los combatientes la orden de converger lentamente sobre Tarma. Era en aquel pueblo en donde Cáceres pensaba dar su asalto definitivo.

Dos jinetes solitarios, montados en altas mulas serranas y cubiertos por ponchos obscuros, terminaron de trepar las lomas de la cadena de Acolla y detuvieron sus bestias para contemplar el paisaje de los contornos. A espaldas de ellos, se veía la florida ciudad de Jauja, de la que acababan de salir. A la izquierda, los ásperos macizos andinos. Frente a sus ojos se extendía el camino a La Concepción.

Uno de los hombres era el mayor Manuel Rodríguez. Aunque muy enflaquecido, su rostro moreno tenía la viveza de otros tiempos.

—¡Allá vienen, por fin! ¿Los divisas? Dentro de unos minutos estarán cruzando el puente de Huaripampa —indicó a Gaspar Acosta—. Observa aquella nubecilla de polvo que empieza a formarse en la entrada del portezuelo.

Entonces Acosta pudo ver la gente que se movía en el fondo del camino y comprendió que se trataba de la descubierta del coronel Del Canto.

—¿Qué esperamos para ir a darle la buena nueva a mi mayor Quintavalla? —sugirió el ordenanza, recordando que el jefe de la guarnición de Jauja aguardaba desde hacía dos días, con todos sus elementos listos para partir.

Rodríguez asintió con un ademán y suspiró aliviado. Por fin podrían abandonar Jauja y dirigirse a Tarma.

Empezaron a rehacer el camino en descenso hacia Jauja; pero no habían andado mucho, cuando detuvieron sus bestias en seco. A sus oídos llegaba el sonido triste y prolongado de una caracola india. Dando vuelta las cabezas, vieron el perfil de los montes más cercanos cubiertos de enemigos. En algunas cumbres se veían montoneros, identificables por sus ropajes de fuertes colores; en

otras, soldados uniformados de blanco.

Rodríguez no dijo nada, pero entendió que los enemigos estaban movilizándose para cercar a Jauja desde la distancia. Seguramente se trataba del ejército del general Cáceres, que venía marchando por las cumbres con el propósito de sumarse a las fuerzas del coronel Gastó, cuya presencia en las proximidades de la ciudad había sido descubierta en días anteriores.

—Lo mejor que podemos hacer es bajar a toda prisa y llevar la información a Quintavalla —dijo el oficial—. Después veremos qué opina mi coronel Del Canto.

Espolearon rudamente a sus mulas y reiniciaron el descenso hacia Jauja. El mayor Rodríguez iba haciendo conjeturas.

—Si este enjambre de soldados montoneros que hemos visto constituye la avanzada del ejército de Cáceres, estamos corriendo el peligro de que nos sitien en Jauja. Será un menudo aprieto, Gaspar.

No dijo más, pero siguió pensando en lo que aquello representaría para sus propios intereses. Suponía que Leonora y Elcira se encontraban en Tarma, puesto que el paso de la cordillera estaba cerrado desde hacía dos semanas por los montoneros, y se espantaba ante la idea de quedar inmovilizados en Jauja, sin poder ir a prestar ayuda a las dos mujeres. Atendiendo a este pensamiento, decidió allí mismo:

—Informaremos a mi coronel Del Canto sobre lo que acabamos de ver, y si la división no va a seguir inmediatamente hacia Tarma, nos iremos los dos solos.

Media hora más tarde. Rodríguez se encontraba en la comandancia del cuartel de Jauja ante el coronel Del Canto y el mayor Quintavalla. Brevemente se habían transmitido los informes que tenía cada uno y estaban de acuerdo en que era evidente el peligro de ser encerrados en Jauja por las fuerzas sumadas de Gasto y de Cáceres.

—Mala posición para defendernos de tantos enemigos descansados, mi coronel —opinó Quintavalla.

—Es verdad —reconoció Del Canto—. Especialmente, si consideramos que debemos proteger a unos cuatrocientos enfermos.

El mayor Quintavalla no quiso agregar que disponían de muy pocas provisiones de boca y que había una irremediable escasez de municiones.

—¿Y por qué no abandonar Jauja al momento, mi coronel, antes de que se junten las tropas de Cáceres y las de Gastó? —propuso en ese momento Rodríguez.

—No podemos hacerlo por dos razones, mayor Rodríguez —le contestó el coronel monótonamente—. Primero, porque los enfermos que traemos han hecho una jornada muy dura y es inhumano obligarlos a soportar una marcha nocturna y, segundo, por dignidad, señores. La nuestra es una concentración de fuerzas, no una fuga.

El mayor Rodríguez agachó la cabeza, avergonzado por haberse olvidado de aquel sutil factor.

—Pero nos moveremos mañana —siguió diciendo Del Canto—. No quiero arriesgar a los enfermos, demorándome en Jauja más de lo estrictamente necesario.

El mayor Quintavalla ahondó la preocupación del coronel participándole que en Jauja tenía cuarenta y dos enfermos más.

Del Canto suspiró con desaliento, casi totalmente abrumado por la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros.

—¡En fin, son cosas del destino! —murmuró y, haciendo acopio de energías, añadió con firmeza—: Los sacaremos a lugar seguro. Disponga todo para emprender la marcha a las tres de la madrugada del día de mañana, mayor Quintavalla. Existen muchos desfiladeros y pasos estrechos entre Jauja y Tarma y debo evitar que el enemigo nos cope en alguno de ellos. ¿La ruta de Tarma a Oroya y desde ese punto a Casapalca está expedita, mayor?

Quintavalla meneó la cabeza desanimadamente.

—De Tarma a Oroya, sí, mi coronel; pero el paso de la cordillera está cortado por los montoneros.

Del Canto apretó las mandíbulas ante ese nuevo inconveniente y tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse al quebranto íntimo que amenazaba abatirlo.

—¡Qué diablos! —exclamó—. Volveremos a abrirnos paso a filo de sable. Llamaremos al coronel Gutiérrez, que ocupa Cerro de Pasco y Junín con el «3.º de Línea» y algunos hombres del «7.º de Línea», nos concentraremos todos en Oroya y enseguida nos abriremos camino a través de la cordillera. Tengo que sacar a la división hasta Chicla, para embarcarla en el tren que va a Lima. No sé cómo voy a proceder, pero sacaré a mis tropas de esta trampa

antes de que se nos cierre y quedemos cazados o reniego de mi nombre.

El 11 de julio amaneció nevando copiosamente y la temperatura descendió varios grados bajo cero, hecho muy poco frecuente en Jauja. Aquel inesperado contratiempo se le representó al coronel Del Canto como una prueba más de la maldición que parecía perseguir a su ejército. Aunque los soldados hubieran podido marchar bajo la espesa cortina de nieve, era criminal exponer a los centenares de enfermos, muchos de ellos con fiebre alta, a practicar una marcha en esas condiciones. Tampoco era aceptable adelantar a los soldados y postergar la marcha de los enfermos, a sabiendas de que el ejército de Cáceres asomaba ya en el linde sur de Jauja. En consecuencia, fue preciso postergar la partida de todos hasta que el clima cambiara.

Pese a la nieve, que amortiguaba las manifestaciones de vida, los soldados chilenos se daban cuenta perfecta de cómo iban robusteciéndose de enemigos los cerros de los contornos.

Al anochecer, habiendo decrecido la intensidad de la nevazón, se divisaron los focos luminosos de centenares de fogatas esparcidas por los perfiles de todos los cerros del sur. Después, la nieve volvió a cubrir aquella visión.

Al coronel Del Canto le era fácil imaginar la avidez con que los soldados enemigos debían estar observando las casas del pueblo, acampados a campo raso como se hallaban y sometidos a la tortura de la nieve incesante y del frío intenso. Calculando que en cualquier momento podían descolgarse de las alturas, para buscar refugio en el pueblo, no se atrevió a dormir durante toda la noche. Pero el ataque no se produjo y la enervante expectación siguió prolongándose durante todo el 12 de julio. Ese día fue preciso afrontar otro problema más. Los centenares de indios prisioneros, forzados a cargar las camillas y los bultos del bagaje, comenzaron a adoptar sospechosas actitudes, sabedores de la proximidad de sus compañeros en las montañas. El oficial encargado de vigilarlos aprovechó un pretexto baladí para sacar a dos de ellos de la cadena en que estaban atados y los hizo fusilar a la vista de sus camaradas

de cautiverio. Sólo gracias a esta medida despótica se consiguió restablecer el orden.

Por fin dejó de nevar y la aurora del 13 de julio despuntó con un sol radiante. A las ocho de la mañana, la temperatura era soportable hasta para los enfermos más graves y el coronel Del Canto organizó apresuradamente la partida.

Poco después rompió la marcha la columna. El jefe se mantenía en la retaguardia con su propio batallón, el aguerrido «2.º de Línea». Habían recorrido aproximadamente un tercio del trayecto, cuando los exploradores de vanguardia dieron el alto a un jinete que les venía al encuentro. Era un estafeta enviado por el coronel Manuel Barahona, jefe de la plaza de Tarma. Traía un telegrama recibido en Chicla y que conseguía llegar a su destino por manos de varios mensajeros sucesivos. Decía aquel comunicado:

> *Transmita por propio al coronel Del Canto y al coronel Gutiérrez que concentren todas sus fuerzas en la línea de Oroya. Al coronel Del Canto que ordene a Gutiérrez que se venga sobre Oroya.*

Al terminar la lectura del telegrama, el jefe de la fuerza expedicionaria comenzó a reír amargamente. Extrañado, su ayudante Villota le preguntó:

—Perdón, mi coronel, pero ¿pasa algo?

—Que al Estado Mayor General sólo ahora se le ocurre ordenarme que concentre las tropas en Oroya, después de haberme obligado a mantener guarniciones insostenibles desde La Concepción hasta Cerro de Pasco. Ahora abren los ojos, ahora que es tan tarde, que ya no puedo garantizar que logre llevar la división hasta Oroya.

Después de aquellas desanimadas expresiones, el coronel preguntó al mensajero si estaban libres los caminos de Tarma a Oroya. Y como el estafeta le respondiera afirmativamente, le consultó si estaba expedita la ruta cordillerana entre Oroya y Chicla.

El correo militar movió negativamente la cabeza.

—Para un ejército no, mi coronel. El camino real está en poder de los montoneros.

—¿Se sabe qué cantidad de ellos interceptan el cruce de la

cordillera?

—Se calcula que son unos quinientos soldados regulares y dos millares de indios, pero nadie puede asegurarlo exactamente.

Del Canto emitió un gruñido de desagrado. Habría que averiguar eso antes de tomar determinación alguna.

—Remude su caballo y vuelva donde el coronel Barahona —dijo al estafeta—. Infórmele que vamos tras usted y que tenga preparados alojamiento y rancho para las tropas y dieta en el hospital para los enfermos.

Apenas el mensajero se hubo alejado, volvió a observar los montes cercanos con sus prismáticos de campaña. Las tropas del ejército serrano estaban siempre allí, marchando a la par que la división chilena, por el filo de los montes de ambos costados del valle. Entonces el coronel comprendió el plan del general Cáceres. Seguro de tener en sus manos el paso de la cordillera hacia Chicla, la única salida que podía usar la división chilena para arrancar de la trampa que constituía el valle, el «Brujo de los Andes» venía arreándola lentamente, sin atacarla.

—En Tarma o en Oroya nos va a estrechar entre la división que viene de la cordillera y el ejército que trae consigo —murmuró con aire de indolencia Del Canto—. Y mucha habilidad vamos a tener que exhibir para salir de esta ratonera.

La columna continuó marchando pesadamente durante varias horas, acercándose a Tarma. Como había pasado la hora del rancho sin que se diera orden de detenerse, los ordenanzas de la oficialidad se iban desprendiendo de las filas y se introducían como merodeadores en las huertas y alquerías diseminadas en los costados del camino. Usando toda clase de ingenios o valiéndose de las amenazas, conseguían apropiarse de algunos alimentos.

Un toque de corneta lanzado desde la cabeza de la columna advirtió que estaban asomando sobre Tarma. Efectivamente, llegaban en esos momentos al pequeño caserío de Tarmatambo, enclavado en lo alto de la cuesta que dominaba a Tarma por el sur.

Rodríguez suspiró aliviado al divisar la ciudad en el fondo del valle. Todo le hacía suponer que allí se hallaba Leonora y la inminencia de su encuentro con ella le producía una honda emoción.

Por órdenes del Comando en Jefe, la división se detuvo en

Tarmatambo y los comandantes de batallones se agruparon en torno al coronel Del Canto. Éste había sido informado por los exploradores de que el ejército de Cáceres había acortado las distancias y venía casi pegado a la división, marchando al mismo compás. También se había observado que las alas de aquella fuerza avanzaban paralelamente a las tropas chilenas, con la notoria intención de formar una tenaza para encerrarlas dentro de Tarma.

—¿Qué debemos hacer, mi coronel? —consultó Marcial Pinto Agüero a Del Canto.

—Primeramente, entrar en Tarma. Ése es nuestro punto de destino y ahí nos espera la división del coronel Barahona. Por otra parte, debemos dar descanso a los enfermos y procurar que los atiendan los cirujanos.

—Meternos en Tarma, que es un pueblo rodeado de montañas, significa entrar voluntariamente en un encierro —le observó el coronel Robles, jefe del «Lautaro».

—Lo sé —afirmó Del Canto—. Pero no veo cómo evitarlo. Nuestra sección de intendencia no dispone de víveres para la tropa, ni de forraje para el ganado. Todo lo que necesitamos en forma imprescindible está ahí abajo, en Tarma. Claro es que trataremos de permanecer en él el menor tiempo posible y trasladarnos a Oroya cuanto antes.

Aquella determinación implicaba proteger el camino que unía a esos dos pueblos, a fin de impedir que lo interceptaran los enemigos. Para ello el comandante en jefe dispuso una red defensiva, que pretendía mantener libres todas las vías de acceso a Tarma, de modo de poder usar alguna de ellas para salir de la ciudad, en caso de emergencia incontrarrestable.

Después de aquellas medidas, Del Canto dio la voz para reanudar la marcha y la maltrecha división comenzó a descender hacia Tarma.

Leonora hundió los brazos hasta los codos en el agua jabonosa que llenaba la batea y se quedó un momento doblegada, respirando con cansancio. De la amplia vasija de madera repleta de ropa sucia subía un olor pesado de sudores y orines. Sacudió la cabeza con

fastidio y volvió a enfrascarse en la tarea de lavar la ropa de los enfermos.

A sus espaldas, oía las conversaciones de las otras doce mujeres que vinieran con ella desde La Concepción. A todas se las había instalado en una destartalada barraca próxima al río, para que cumplieran funciones de lavanderas y remendadoras de las ropas del hospital.

Leonora pudo haberse hecho eximir de esa pesada faena, pero habría tenido que revelar su condición de agente secreta, hecho que le habría atraído la antipatía de todas las cantineras y mujeres de soldados que estaban en Tarma. Además, su ánimo se hallaba tan deprimido, que fue casi con placer que se resignó a esa especie de trabajo forzado.

Las mujeres que compartían con ella y Elcira las penalidades de aquella vida tejían mil conjeturas sobre la joven. Su distinto origen y condición se hacían notorios. Y sin haberse puesto de acuerdo, todas la denominaban «la señora». La excluían siempre de las bromas que se hacían y el tratamiento que le daban era respetuoso y un tanto compasivo. Ninguna acertaba a explicarse qué hacía en aquel lugar sumido en el desastre de la guerra. Por último, optaron por creer que Leonora se encontraba allí por la misma causa que ellas, es decir, por fidelidad a un hombre.

Leonora las oyó conversar muchas veces en torno a ese tema y no juzgó necesario desengañarlas. Además, aquella simple explicación le evitaba entrar en largas y engorrosas justificaciones. Sin embargo, aquella mañana, al oírlas platicar en voz más alta que de costumbre, presumió que estaban buscando introducirla en la conversación, para sondear en su secreto.

—Ya entraron las avanzadas a Tarma y dicen que la división completa va a estar aquí antes de una hora —afirmaba una de nombre Melchora, y dirigiéndose a una vecina, requería su atención, como si necesitara compartir su alegría—. ¿Qué le parece, Lastenia? ¡Al fin vamos a ver a nuestros hombres!

La aludida apretaba los labios, luchando contra la nerviosidad que la dominaba.

—¡Ya estaba bueno, Dios mío! Dos noches seguidas soñé que me traían a mi Recaredo *cruzao* sobre una mula.

Melchora seguía hablando atolondradamente, relatando a sus

compañeras la impresión que sintió al oír en el hospital que llegaban las tropas.

Como Leonora permaneciera inmóvil y ausente, la que hablaba se volvió hacia ella y le preguntó, con marcada intención:

—¿Y usted no se alegra de que haya *llegao*, por fin, la división que estaba embromá en el sur?

La joven volvió lentamente la cabeza. Captando el contenido de la pregunta en último momento, respondió algo cohibida:

—Naturalmente que sí… Me alegro mucho.

Habiendo conseguido mezclarla en la conversación, varias de ellas se acercaron a Leonora con aire curioso y compasivo.

—También usted espera a alguien, señora, ¿no es cierto? —le dijo Melchora—. ¿Un oficial?… ¿Un jefe?…

Leonora no le respondió, sino que agachó la cabeza moviéndola negativamente.

—¿Y entonces… a qué santos se debe que esté *usté metía* en este purgatorio? —dejó escapar, con asombro, una de las cantineras.

La joven se sintió aplastada bajo los ojos interrogantes de todas aquellas mujeres. Vino a salvarla la aparición de Elcira, que se acercaba a la barra corriendo.

—¡Leonorcita, está entrando el ejército al pueblo! —le espetó, yendo directamente a ella—. Los primeros batallones están ya en la plaza y los demás vienen bajando por el camino de Tarmatambo.

Aquella noticia produjo conmoción en el grupo de mujeres. Nerviosas y alegres, abandonaron los trapos que lavaban y se alejaron alborotadamente en dirección a la plaza.

Melchora, que por su gordura no podía moverse con igual rapidez, observó cómo la agente secreta permanecía inmóvil en su sitio.

—¡Venga *usté* también, señora! —la indujo afectuosamente—. ¿No es acaso mujer? En la guerra *toas* somos iguales. ¡No se trague más su secreto, que la está poniendo pálida y vieja!

Leonora la contempló tristemente y movió la cabeza negándose.

—Vayan ustedes; yo no tengo a nadie a quien ir a…

—¡A abrazar, ésa es la cosa! —le completó la mujer—. Hay que ir a recibir al hombre que se ama y dar gracias a Dios porque nos lo devuelve vivo.

Incapaz de contener por más tiempo su ansiedad, se alejó

trotando pesadamente.

Las dos agentes secretas quedaron solas y sumidas en un triste mutismo. Al cabo de largos instantes, Elcira se decidió a hablar.

—¿Sabe usted, Leonorcita, a quiénes vi en la delantera del primer batallón? Al mayor Rodríguez y a su ordenanza, Acosta.

Leonora cerró los ojos y agachó más la cabeza.

—¡Manuel! —susurró—. ¿Cómo está?…

El rostro de Elcira resplandeció de enternecido orgullo al responderle:

—Llega flaco y barbudo, con el uniforme en andrajos, pero le brillan los ojos como antes, esos ojos firmes, de hombre verdadero, leal y de corazón.

—¡Leal y de corazón! —repitió Leonora y dos lágrimas se escurrieron bajo sus párpados apretados.

Elcira se acercó más a ella y pasó uno de sus brazos por sobre los hombros de la joven.

—¡No sea loca, mi niña! —le dijo maternalmente—. ¿Qué más importa, en estas circunstancias, que vaya *usté* a recibirlo? ¿Quién puede reprocharle? No estamos en un salón, ni en la tranquilidad de Santiago, sino en el borde mismo del infierno. *Usté* se desesperó creyéndolo muerto, después sufrió al encontrarlo enfermo; ahora la divina providencia se lo devuelve vivo y salvado del tremendo trance. ¿Cómo no la arrastran las piernas a correr a recibirlo y a abrazarlo contra su pecho?

Leonora se debatió desesperadamente y no la dejó seguir.

—¡Cállate, por piedad!… ¡No, no!… No tengo derecho, Elcira —gritó sollozando.

La mujer contempló impresionada el rostro demudado de la joven. Rebelándose contra la renunciación de su ama, sacudió rabiosamente la cabeza.

—¡Dios santo! ¿Por qué no se arroja a un precipicio, entonces? Así terminaría de una vez, en lugar de matarse a pausa —exclamó.

—Déjame sola, Elcira —le rogó ella, y como la aludida continuara sin moverse, alzó la voz y le repitió inconteniblemente —: ¡Déjame sola, te digo! ¿Que no me entiendes?

Elcira meneó lentamente la cabeza y en sus ojos se reflejaba una mezcla de reproche y de compasión.

—No, *mijita*, no la entiendo. Yo, que la *hei* comprendió

siempre…, en esto ya no la entiendo.

Con los hombros caídos y las piernas pesadas, se alejó en dirección a la plaza.

Leonora se quedó inmóvil, ovillada en su asiento. Así permaneció durante un largo rato, sin percatarse de que algunas de las mujeres iban regresando. Tampoco se dio cuenta al comienzo de que una de ellas sollozaba desgarradoramente en el rincón más penumbroso de la barraca.

Fue su llanto incontenible el que tornó a la realidad a Leonora, haciéndola sentir que el dolor infinito de aquella mujer la traspasaba a ella misma. Eran ambas de una edad semejante, pero la otra se veía avejentada por los trabajos, las penalidades y la ansiedad largo tiempo incubada. Era Ubaldina Gutiérrez, la esposa de uno de los soldados del «Chacabuco». Apenas asomó en la plaza, supo del exterminio de la cuarta compañía en La Concepción y que entre los muertos estaba su marido, Rudecindo Zúñiga. Incapaz de abarcar plenamente el sentido definitivo e irremediable de la noticia, llamaba puerilmente a su hombre en medio de su llanto, sin escuchar las palabras de consuelo que le prodigaba Leonora, inclinada sobre ella.

—Hay que tener conformidad, Ubaldina —le decía poniendo intensidad en sus palabras—. Usted es joven…

—¡Más joven era él! —Ubaldina se había vuelto hacia la agente y le enfrentaba su rostro demacrado y tenso, sucio por las lágrimas —. Tenía menos años que yo y, a pesar de eso, me quería. Era apenas un chiquillo, tenía veinticuatro años, señora. Por eso me vine con él a la guerra. Yo no quería que lo pasara mal, ni que buscara otras mujeres… Hemos *dormío* en el mismo suelo, uno *pegaíto* al otro, sin que sintiéramos ni miedo ni frío. Porque él me apreciaba. La campaña ha sido
pa'mí
como un viaje de novios. ¿Y *agora*…, *agora* qué va a ser de mí?… ¿Y qué va a ser de él?… Dicen que lo dejaron *enterrao* por allá, en La Concepción. Y su cuerpo…, su cuerpo que era mío…, y su alma…, ¿no los voy a tener ya más? ¡No, no!

La voz de la mujer se había elevado enloquecida y se desgarraba las sienes hundiéndose las uñas. Leonora luchaba con ella, buscando calmarla, inmovilizándola sobre el camastro.

—¡No se atormente más, por piedad! ¡Lo que ha ocurrido es irremediable! ¡No se destruya usted; es demasiado joven, tiene una vida entera por delante! Con el tiempo logrará olvidar…

La mujer giró y la miró con odio, como si acabara de insultarla.

—¿Olvidarlo? —dijo estridentemente—. ¡Usted podrá olvidar, porque no tiene un amor que perder, porque hace la vida con el alma vacía!

Leonora se irguió, transida, alcanzada en pleno corazón por las frases de la mujer.

—¿Qué puede saber usted del dolor de perder al único hombre en la vida, al que no se podrá reemplazar nunca?… ¡Cuántas veces durante estos años he pasado semanas enteras con el alma en la boca esperándolo! —siguió Ubaldina—. Si usted amara a un hombre y lo contemplara regresar, después de haber sentido un miedo por él, de haberlo esperado imaginando que lo podían matar, entendería por qué no puedo sujetar el llanto ni dejar de llamarlo, por ver si Dios tiene piedad de mí y me lo devuelve.

Leonora temblaba entera y, habiendo retrocedido dos pasos, contemplaba con el rostro desencajado el dolor espantoso de aquella mujer. En ese instante, llegó a sus oídos una voz de hombre, contenida, medrosa, llamándola desde el patio.

—¡Leonora!… ¡Leonora!… —clamaba el recién llegado, como si tuviera miedo de que no hubiera nadie para acoger su llamado.

Leonora se quedó rígida. En la puerta se acababa de interponer una figura alta y delgada. No se le veía el rostro por estar a contraluz, pero la joven lo reconoció a través de su instinto. Volviéndose de un salto, corrió hacia la puerta.

—¡Manuel! —gritó—. ¡Gracias a Dios, Manuel!

El oficial extendió los brazos y la recibió casi sin verla. En su actitud, al estrecharla contra él, había asombro y angustia.

—¡Leonora!… —alcanzó a decir apasionadamente, pero la joven se oprimía contra él y buscaba con su rostro el rostro del explorador.

Desbordada de ternura y desesperación, repetía:

—¡Estás vivo, Manuel!… ¡Estás vivo y eso basta!… ¡Manuel, Manuel, adorado mío!… ¡Virgen santa, qué miedo he tenido, cuánta angustia!

—¡Mi vida, estoy aquí; cálmate! —le expresaba el oficial,

besándole las sienes—. No te atormentes, amor mío.

—¡Nunca más nos vamos a separar! —seguía diciendo Leonora en medio de sollozos—. ¡Ya no más, por Dios!… ¡A qué seguir luchando contra algo que es más fuerte que nosotros!…

—Sí, mi vida, ya no nos volveremos a separar. Juntos lo enfrentaremos todo, para no apartarnos nunca más.

El cuerpo de la joven fue relajándose y quedó cobijada contra el pecho del hombre. Rodríguez se inclinó sobre ella y la besó entonces.

Quedaron abrazados en el hueco de la puerta, ausentes de cuanto los rodeaba. Permanecieron así largos segundos y fue la carraspera discreta de una mujer próxima a ellos la que los hizo volver a la realidad. A pocos pasos de distancia, estaban tres de las lavanderas observándolos con sonrisas comprensivas.

La que había tosido comentó con acento afectuoso:

—¡Conque éste era su secreto! Por fin va a estar contenta la señora, mi mayor. Creíamos que se nos iba a morir de pena.

Se separaron con honda turbación. Leonora esbozó una sonrisa avergonzada y se secó las lágrimas. Manuel Rodríguez la tomó de un brazo y la condujo hacia el espacio abierto que descendía hasta el río. Mirando por encima de un hombro a las mujeres, se disculpó, confundido:

—Perdónennos; ella y yo tenemos mucho que hablar.

Caminaron lentamente, con las cabezas gachas, mirando el suelo, algo separados. Sólo cuando dejaron atrás la última barraca y fueron avanzando por entre los macizos de matorrales que alimentaba el río, Rodríguez hizo ademán de hablar, pero la joven movió la cabeza de un lado a otro y lo hizo antes que él.

—No diga nada todavía, Manuel —se quejó—. No me es fácil acostumbrarme a caminar al lado suyo, sintiéndolo tan próximo. Le confieso que muchas veces lo anhelé, sin atreverme a decírmelo a mí misma. Pero, ahora…, pasado el arrebato de alegría que me trastornó al verlo… —Se detuvo cohibida por lo que estaba expresando, y balbuceó, a modo de justificación—: Teníamos noticias de que todos los chilenos que estaban en La Concepción habían sido muertos hace tres días… Yo lo dejé a usted en ese pueblo. ¿Comprende la razón de la alegría que experimenté al comprobar que usted no había caído en esa matanza? Pero ahora

que ya podemos pensar con más calma, esa felicidad se me enturbia, con una sensación amarga de vergüenza. ¿Me entiende, Manuel?

El explorador asintió en silencio.

—También he pensado mucho en esto —declaró con voz ronca —. Bien sabe usted o adivina con cuánto tormento he refrenado la expresión de lo que siento por usted, por respeto a la limpieza de sus principios. Ha sido ésta una tortura que me amarga desde hace años, desde que tuve la suerte de ser comisionado para sacarla de Pisagua. ¿Recuerda?…

Leonora inclinó la cabeza y caminó aún más lentamente.

—Entonces no imaginé… —dijo después de una pausa—, ¿cómo podía adivinarlo?…, que las circunstancias iban a fomentar este sentimiento que nacía en forma tan natural en nosotros. Le juro, Manuel, que he luchado con todas mis fuerzas contra él, que hasta hace unos minutos tenía el firme propósito de alejarme de usted para siempre, de dirigirme a Lima y embarcar de regreso a Chile. Pero ahora que no he podido acallar lo que vibra incontrarrestablemente en mí, me siento avergonzada, muy culpable. ¡No está bien…, no está bien! Este amor es insensato; no tenemos derecho a él.

Rodríguez se detuvo en el sendero y se arriesgó a tomarla nuevamente de un brazo. Mirándola al fondo de las pupilas le habló cariñosamente, pero sin poder evitar que en su acento vibrara una nota de rebeldía dolorosa.

—También me he atormentado con iguales consideraciones, Leonora —comenzó a expresarse—, y al igual que tú he llegado a descubrir que las fuerzas que me unen a ti son superiores a mi voluntad. No puedo luchar más contra el amor que te tengo, ¡no quiero!, ¿me entiendes? Si esto nos hubiera ocurrido en circunstancias normales, te habría ayudado a impedirlo, justamente por el inmenso cariño que siento por ti. Pero aquí…, mira dónde estamos…, ¿puedo ahogar mis sentimientos, anteponiéndoles escrúpulos morales, y separarme de tu lado, sabiéndote tan expuesta? ¡Jamás, mi vida! En este peligro enorme del que no sabemos si logrará salvar alguno, dejaría de merecer el título de hombre si permitiera que algo te separara de mí. ¡No, Leonora! Desde aquí hasta que regresemos a la vida normal, tú serás mi

mujer. Te consideraré así para protegerte y para resucitar en mi ánimo las fuerzas suficientes para salvarnos los dos. —Hizo una pausa y suspiró con cansancio—. Después…, después volveremos a estudiar este asunto con más serenidad. Tiene que existir una forma de encauzarlo correctamente. Seremos francos con Alberto Cobo; confío en que sabrá comprendernos. Y enseguida recurriremos a los poderes que sea preciso…, elevaremos una súplica al Arzobispado de Santiago o al Papa de Roma, si es necesario. Algún camino tiene que haber, ¿no crees?

La joven, que lo había escuchado sosteniendo su mirada, bajó los párpados y agachó la cabeza.

—No lo sé. Me abruma pensar en eso —murmuró débilmente.

—No lo pensemos ahora. La tomó cariñosamente de ambos hombros y la acerco más a él. La contemplaba embelesado, sonriéndole animosamente—. Amarse como nosotros no es falta, mi bien. Deseo que entre los dos no exista jamás una sombra de impureza. Te amo y este sentimiento es lo único que vive realmente en mí ahora.

Leonora había levantado lentamente el rostro y una sonrisa confiada empezaba a insinuarse en sus labios. Por primera vez, desde hacía muchos años, volvía a vislumbrar una luz de esperanza.

Pero una voz destemplada que llamaba desde lejos vino a interrumpir la atmosfera sentimental que renacía en torno a ellos. Manuel Rodríguez no pudo menos que reír al reconocer a la persona que se acercaba a saltos.

—Ya me extrañaba que no apareciera mi ordenanza en un momento tan importante de mi vida —dijo con expresión risueña—. Cuando me encontró Elcira en la plaza y me indicó dónde estabas, me separé de Acosta sin darme tiempo para avisarle a dónde iba.

Acosta llegó atolondrado como una tromba.

—¡Mi capi, hace mucho rato que…! —exclamó, y al reconocer a la agente, se interrumpió, boquiabierto por la sorpresa—. Buenas tardes, señorita Leonora. ¿Cómo está usted? —la saludó apresuradamente.

La joven le sonrió con afecto.

—¡Muy bien, Acosta! ¿Y usted?…

El soldado manifestó un gran contento y señaló con los ojos al oficial:

—Ya ve usted: salvé a mi capi del tifo, que lo tuvo más *pa'* la otra vida que *pa'* ésta. —Iba a seguir perorando, cuando recordó el objeto de su aparición en ese lugar—: ¡Oiga, mi mayor, hace muchísimo rato que lo mandó a llamar mi coronel Del Canto!

El oficial adivinó que aquel llamado revestía urgencia y se decidió a partir al momento.

—Volveré más tarde, Leonora, y seguiremos hablando —dijo afectuosamente a la joven.

Leonora le sonrió aceptando y los dos hombres se encaminaron hacia el centro del pueblo.

Cuando el mayor Rodríguez entró a la comandancia general de Tarma, se hallaban en el despacho los coroneles Estanislao del Canto y Eulogio Robles, y una mirada a sus rostros bastaba para adivinar el estado sombrío de sus ánimos. Sobre el escritorio central se veía un pliego extendido y el explorador distinguió en él los timbres del Estado Mayor General de Lima.

El coronel Del Canto le expuso las graves circunstancias en que se encontraban. Los exploradores le informaban que la concentración de las tropas de Cáceres aumentaba hora tras hora y que el cerco a la ciudad se hacía cada vez más fuerte. Por otra parte, no se podía pensar en el abandono de Tarma, porque el coronel Gutiérrez, que ocupaba Cerro de Pasco, no llegaba todavía. Agravando esta situación, Del Canto había recibido una orden del Estado Mayor General de Lima, diciéndole que debía presentar combate al ejército de Cáceres.

—¡Eso es un disparate! —exclamó Manuel Rodríguez. Estaba perfectamente enterado de que la división chilena contaba apenas con mil novecientos soldados, contra tres mil quinientos a cuatro mil soldados de línea y unos once mil indios que podía oponer el general Cáceres.

—El Estado Mayor General no tiene idea de la situación en que nos encontramos —observó amargamente Del Canto—. No sospecha que estamos casi sin municiones y que disponemos de víveres y forraje apenas para tres días. Temo que no podremos esperar a que se nos reúnan las fuerzas del coronel Gutiérrez. Si tarda más de tres días en hacerlo, tendremos que partir o resignarnos a que la tropa pase hambre.

—¿Y si en ese lapso el enemigo termina de encerrarnos? —le

consultó Rodríguez.

Del Canto abrió los brazos, como invocando a los poderes divinos.

—Trataremos de abrirnos paso a la desesperada —afirmó—. Pero, entretanto, debemos pensar en mantener abierta una vía de escape. Hemos dejado establecida en Tarmatambo a una compañía del «Lautaro», para que defienda la entrada por el sur. Dos compañías del «2.º de Línea» guardan la entrada por el norte, apostadas en el caserío de San Juan de la Cruz, junto al cerro Maco. Nos falta proteger el camino que conduce a Oroya, que constituye nuestra única vía de escape en dirección a Lima. Para encargarlo de esta comisión es que lo he hecho acudir, mayor Rodríguez.

El explorador miró a los dos coroneles y la gravedad de sus semblantes le hizo comprender que no podía oponerse. Sin embargo, la idea de que aquello representaba una vez más la separación de Leonora le corroía el corazón como un ácido.

—Lo he llamado a pesar de que me han dicho que tiene usted su salud muy resentida, mayor —seguía diciéndole entretanto el comandante en jefe, y espiaba al fondo de sus pupilas—. ¿De veras está usted enfermo? —le preguntó, por último.

Rodríguez no le contestó al instante. Durante unos segundos consideró que se le estaba ofreciendo la forma para eludir aquella misión, pero la conciencia del deber prevalecía en él y contestó con entereza:

—No, mi coronel; estoy totalmente repuesto y cumpliré la misión que usted me encomienda.

Del Canto lo palmeó, agradecido, en un hombro.

—La misión es una sola, mayor. Nuestra única salida de este encierro es el camino a Oroya. Usted lo conoce bien. Tomará el mando de una compañía de jinetes del «Carabineros de Yungay» y mantendrá aquella ruta abierta para nosotros, a todo trance, al precio que fuere necesario pagar.

—Perfectamente, mi coronel —acató Rodríguez—. Esa ruta estará libre cuando la división deba usarla.

Elcira estaba asombrada de la súbita transformación que veía

operarse en su compañera de andanzas. Como por obra de un encantamiento, volvía a resucitar la hermosa mujer, joven y radiante de vida, que había conocido en otros años. Ayudada por las demás soldaderas, que se sentían renovadas en ella, remendó sus vestidos, peinó sus cabellos y, entre bromas cariñosas, relajó sus nervios. Con impaciencia propia de una muchacha que espera a su primer novio, aguardó el regreso del mayor Rodríguez. Éste no se hizo esperar; aún más, llegó antes de tiempo. Pero lo hizo al frente de un piquete de caballería.

Leonora adivinó lo que iba a ocurrir y un velo sutil de resignada tristeza cubrió sus rasgos.

—Te marchas de nuevo, ¿verdad? —le dijo al oficial.

El explorador afirmó mordiéndose los labios.

—Me han comisionado para guardar la salida hacia Oroya. Pero, a pesar de todo… No voy a dejarte consuelos infantiles, Leonora. Sólo quiero asegurarte que, en caso de emergencia, sabré hallar el medio para volver por ti o para quedarme a tu lado en este encierro.

La agente no tuvo que hacer preguntas para comprender la importancia de la misión que le habían encargado y los peligros que encerraba. Sabía que el camino a Oroya había de ser el primero que los enemigos intentarían cortar, y que, para conseguirlo, comprometerían en el empeño cuantas fuerzas pudieran traer. Sólo un hombre del temple y la experiencia del mayor Rodríguez podía impedirles, con algunas posibilidades de éxito, aquella maniobra.

—Debo partir al momento —seguía diciéndole el oficial—, pero queda en pie todo lo que te he expresado. Espérame con confianza, Leonora. De peores trances he conseguido librarme.

Leonora se contentaba con mirarlo, como si fuese la última vez. Sin embargo, sabía perfectamente que el explorador expresaba una verdad.

Los jinetes del pelotón los observaban, entre intrigados y maliciosos, y Leonora se abochornó bajo sus miradas.

—Márchate ya, Manuel, no debes perder tiempo —le susurró oprimiéndole las manos entre sus dedos temblorosos, e involuntariamente se aproximó más a él, al despedirse—. Hasta pronto, amor mío. Quedaré esperándote.

—Hasta la vuelta, mi vida —le contestó el explorador

alejándose.

Leonora quedó inmóvil en el espacio abierto entre las barracas, observada por las miradas compasivas del distante grupo de soldaderas. Con los brazos caídos y los ojos opacados por la humedad de las lágrimas, contempló a Rodríguez mientras montaba a caballo y se alejaba al frente de los jinetes.

El 14 de julio transcurrió en la más tensa ansiedad para Del Canto. Sus ayudantes, diseminados por los senderos que daban acceso al pueblo por el norte, escrutaban hacia la distancia esperando ver aparecer a la división del coronel José Manuel Gutiérrez, que debía haber descendido ya desde Cerro de Pasco y Junín con el «3.º de Línea» y los ciento cincuenta hombres del «7.º de Línea». La llegada de aquella fuerza era lo único que aguardaba el comandante en jefe chileno para iniciar la evacuación de Tarma. Pero no se avistaba a ningún soldado vestido de rojo y azul por los caminos del norte. En cambio, los exploradores repartidos por el sur y el este iban vertiendo, hora tras hora, informaciones sobre el ejército enemigo que seguía completando su cerco a la ciudad sitiada. Ya todo el sur, el este y parte del oeste estaban dominados por las tropas del general Cáceres. Únicamente quedaban libres la franja estrecha de los senderos del norte y del que conducía a Oroya.

Entretanto, el personal de sanidad trabajaba aceleradamente para alistar los elementos necesarios para la movilización de los enfermos. Esto requería de trescientas camillas, más quinientas mulas.

Agobiado por la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros, el coronel Del Canto no se acostó la noche del 14 al 15 de julio, sino que participó en la fabricación de camillas y parihuelas y, al amanecer, vio logrado su propósito. Todo estaba listo pasa sacar a la división del encierro; solamente faltaba el arribo de las tropas del coronel Gutiérrez, a las cuales no se podía dejar atrás, porque eso significaba condenarlas al exterminio.

El coronel se recluyó en su despacho a esperar. Cerca del mediodía llegó al cuartel un jinete en sudorosa cabalgadura. El

coronel alcanzó a oír sus últimas palabras al oficial de guardia y sintió frío en el corazón.

—Mi teniente Benavides hace lo que puede; la compañía se ha refugiado en las casas de Tarmatambo y se defiende enérgicamente de los atacantes. Pero son centenares, mi teniente, quizás miles —informaba el mensajero.

Del Canto recordó entonces que el teniente Arturo Benavides estaba a cargo de la defensa de Tarmatambo, con una compañía del «Lautaro», y que sus hombres eran apenas ochenta.

—¿A cuántos calculan ustedes que ascienden los enemigos? —preguntó directamente al recién llegado.

—Mi teniente Benavides dijo que eran, por lo menos, un tercio del ejército enemigo, mi coronel.

Una sospecha abrumadora asaltó al jefe. Si eran un tercio de los enemigos los que cargaban por Tarmatambo, se podía presumir que los otros dos tercios atacarían por otros lados.

—¿Qué observaron los vigías de su compañía respecto al resto del ejército de Cáceres? —inquirió.

—Que se corrían por los flancos de nuestra posición, mi coronel. Mi teniente Benavides me ordenó comunicarle que éste es el ataque general, que los enemigos pretenden entrar a Tarma por todos los lados y que no cometan ustedes el error de lanzar a la división entera hacia Tarmatambo y que es preferible que se olviden de la cuarta compañía del «Lautaro» y defiendan el camino que va a Oroya.

El coronel Del Canto comprendió que la sugerencia contenida en el mensaje era perfectamente sensata, pero la nerviosidad que le produjo el saber que se les avecinaba el ataque general de los enemigos lo impulsó a descargar su exasperación sobre el oficial que se aventuraba a darle consejos.

Gruñendo maldiciones, se introdujo a la sala de guardia y ordenó a un oficial que fuera a comunicar al comandante del «Lautaro» que ascendiera de inmediato con su batallón a Tarmatambo, manteniéndose allí a todo trance y cerrando el paso a los atacantes. Después montó a caballo y seguido por una escolta de diez jinetes galopó hacia Casa Blanca, para tomar personalmente la defensa del camino a Oroya… A cargo de la guarnición de Tarma quedó el comandante Marcial Pinto Agüero.

Pero cuando llegó a Casa Blanca, aldea ubicada en el comienzo del camino a Oroya, encontró a los jinetes que comandaba Manuel Rodríguez en perfecta calma. Las informaciones del mayor lo convencieron de que se había equivocado en sus temores. No se divisaba a ningún soldado enemigo, ni aun en los recovecos de las montañas vecinas.

—Sabemos que nos espían muchos ojos, pero suponemos que son de indios que merodean por la región en espera de las tropas regulares —concluyó el explorador—. En la noche alcanzamos a vislumbrar sus fogatas en las cumbres de los contornos.

A pesar de aquellas noticias tranquilizadoras, el coronel creía que el ataque a esa zona no tardaría, porque el general Cáceres no podía ser tan cándido como para dejarles libre la vía de escape más importante.

—Extreme la vigilancia, mayor —recomendó al explorador—. Este camino hacia Oroya debe conservarse abierto a cualquier precio. ¿Me entiende? Aunque todos ustedes deban sacrificarse como los de La Concepción.

Del Canto se despidió y regresó a todo escape a Tarma para enterarse de la suerte de la compañía comprometida en Tarmatambo.

Los hechos se habían mostrado francamente adversos para el grupo de soldados chilenos que soportaba la carga abrumadora de los serranos.

El teniente Benavides había parapetado a la cuarta compañía del «Lautaro» dentro de un corral de piedras, que en otro tiempo servía para albergar a las llamas que traían los indios a la feria de Tarma. Los lautaros se defendían, tiro sobre tiro, sin amilanarse ante la visión de los centenares de soldados de línea y los millares de indios que se descolgaban de los cerros vecinos, en olas sucesivas. Benavides tenía apenas dieciocho años, pero era famoso en la infantería chilena por su metro ochenta centímetros de estatura y sus fuerzas hercúleas. Los oficiales lo apodaban «el Macizo» y los soldados, «Cartucho». Su inconmovible fe en el triunfo que le prestaba su vigorosa juventud se traspasaba a los hombres que combatían con él desde las cinco de la mañana y sus rostros se mostraban tranquilos, aunque muchos de ellos imaginaban que iban a correr la misma suerte que los chacabucos en La Concepción.

Poco antes de las dos de la tarde advirtieron que había asomado en la cumbre de una colina alzada frente a ellos una banda de músicos, encabezada por un abanderado que portaba un vistoso estandarte. Simultáneamente vieron cómo un nutrido refuerzo de tropas de línea se deslizaba por la ladera y se aprestaba para atacar.

—Ahora nos van a dar la carga definitiva, muchachos —previno el teniente Benavides a sus hombres, observando los movimientos del enemigo por una tronera.

—Y hasta músicos se han *treido* los muy indinos —comentó jocosamente uno de los soldados—. Se habrán *figurao* que ésta va a ser una fiesta en que vamos a bailar *tomaos*.

Sin preocuparse de las risas de sus subalternos, el oficial se dedicó a averiguar cómo estaban de municiones y su ceño se ensombreció al recibir la respuesta del sargento encargado de ellas.

—Mal andamos, pus, mi teniente —le dijo éste—. No hay más de diez tiros por cartuchera. Pero nos quedan las bayonetas.

Una ensordecedora descarga vino a interrumpirlos.

Los enemigos avanzaban rápidamente por tres costados.

—¡No disparen sino a mi orden! —los conminó Benavides—. Escoja cada uno su blanco.

Los hombres apuntaron con absoluta calma, indicando en voz alta el enemigo que elegían.

El teniente esperó hasta que los atacantes estuvieron a cincuenta metros de distancia y sólo entonces gritó la orden de fuego. Los ciento cincuenta fusiles de la compañía vomitaron una granizada de plomo rasante y medio centenar de enemigos rodó por el suelo reseco, levantando una nube confusa de polvo. Cuando éste volvió a apegarse a la tierra y se disipó el humo de los polvorazos, los chilenos pudieron ver que las líneas atacantes se habían detenido.

—¡Los sujetamos de nuevo, mi teniente! —celebró uno de los lautaros.

—No se dejen engañar —previno el joven oficial—. Están tratando de cobrar nuevos bríos dentro de la zanja y volverán a cargar.

Pero, en lugar de producirse un nuevo avance, se observó que asomaba cautamente una bandera blanca en el centro de la zanja y tras ella emergió el cuerpo un oficial.

El parlamentario afirmó la bandera en el suelo e hinchando los

pulmones gritó:

—¡Ríndanse, chilenos, y no los matamos! ¡Si no se rinden los exterminaremos a todos como a los de La Concepción!

Arturo Benavides sonrió con insolencia y, volviéndose al soldado que tenía junto a sí, le hizo un guiño travieso.

—Lance un tiro al aire para hacer arrancar al parlamentario —le ordenó.

El lautaro le obedeció, pero apuntó apenas a ras de la cabeza del oficial peruano y Benavides tuvo que levantarle el cañón del fusil de un manotón cuando oprimió el gatillo. El parlamentario dio un salto, lanzó la bandera en la zanja y luego se zambulló de cabeza en ella.

El disparo despertó la agresividad de los serranos y se los vio encaramarse en el borde de la zanja, chivateando enardecidos. Los chilenos apuntaban ya sus armas contra ellos, cuando resonó el bronco estampido de un cañón. A su repentino tronar, ambas líneas enmudecieron.

Un sargento fue el primero en sospechar lo que estaba sucediendo.

—La bala de cañón dio detrás de las líneas enemigas, mi teniente —gritó—. Están disparando desde el lado de Tarma y por encima de nosotros.

—¡Rediablos! —exclamó el oficial—. ¿Serán los refuerzos nuestros?…

El coronel Robles llegaba al campo de batalla con el resto del batallón «Lautaro». Sus hombres trepaban aceleradamente por la ladera derecha de la cuesta que conducía a Tarmatambo y habían emplazado dos baterías de montaña en prominencias vecinas al camino. El efecto de los proyectiles de esas piezas no era seguro, pero sus tiros provocaban desconcierto entre las tropas serranas.

El teniente Benavides agitó los brazos, alborozado, y brincó hacia adentro del corral.

—¡Son los nuestros que llegan! ¡Ahora sí que carneamos a los cholos! ¡Vamos a hacer una salida! Los compañeros vienen en avance por la derecha; nos descolgaremos al barranco de la izquierda para pescar a los enemigos entre dos fuegos. ¡Atención, calar bayonetas!

Las noticias sobre los resultados de la acción de Tarmatambo llegaron a la ciudad durante la noche. Todos los pobladores se habían encerrado en sus casas, y sólo se veían en las calles las patrullas que recorrían Tarma de un extremo a otro, temerosas de que los enemigos pudieran introducirse por algún lado desguarnecido. Por fin, se supo que el «Lautaro» había logrado rechazar a los atacantes y que conservaba su posición sobre el camino al sur. Pero, al mismo tiempo, corrió el comentario de que el ejército de Cáceres se había replegado en perfecto orden, perdiéndose en la obscuridad.

El coronel Del Canto dispuso aumentar las precauciones y la división entera veló aquella noche.

Al amanecer comenzaba a aflojar un tanto la tensión nerviosa de los soldados, cuando nuevamente la atmósfera comenzó a retemblar, conmovidas por explosiones lejanas, cuya procedencia era imposible precisar. Cuando todos estaban sumidos en la más enervante incertidumbre, por el oriente se elevó una luz de Bengala. Del Canto recordó que sólo su batallón, el «2.º de Línea», estaba provisto de ese sistema de señales. Su ayudante Villota le aclaró que dicha tropa estaba en el caserío de San Juan de la Cruz, en la ladera del cerro Maco.

—¡Justo! ¡Era lo que temía! —estalló el coronel—. El ejército de Cáceres se ha corrido hacia allá y está cargando sobre los hombres del «2.º de Línea».

El mayor Dañin, comandante accidental de ese cuerpo, se apresuró a reclamar la orden para ir al rescate de sus soldados.

—¡A usted le corresponde! —le respondió nerviosamente Del Canto—. ¡Tome otras dos compañías de su cuerpo y vaya a reforzar a las que están en San Juan de la Cruz!

Dañin no se contentó con llevarse sólo a dos compañías más y partió con todo el resto de su batallón.

Era el domingo 16 de julio, día dedicado a la Virgen del Carmen, patrona del ejército chileno, y estaba dispuesto que se celebrara una misa de campaña a la que debían asistir todos los soldados que estaban en Tarma. A pesar de las apremiantes circunstancias, ésta se ofició en medio de la plaza frontera a la iglesia y a ella asistieron

también las cantineras, camaradas y lavanderas del hospital.

Leonora y Elcira, envueltas en negros mantos, como todas las demás mujeres, oraban fervorosamente, sintiendo por sobre la voz del sacerdote el bronco y vago retumbar de las descargas que se disparaban en San Juan de la Cruz.

Apenas el capellán impartió las bendiciones, los oficiales formaron a sus compañías y se las llevaron. Las mujeres quedaron un tanto desorientadas en medio de la baraúnda que producía la tropa al retirarse aceleradamente.

Elcira le dijo por lo bajo a Leonora:

—Mejor nos vamos a la barraca, mi niña. Aquí parece que va a pasar algo grave.

Empezaban a separarse del grupo de mujeres, cuando se les acercó Melchora, una de las lavanderas que más buscaba la compañía de las dos agentes.

El general Cáceres se encontraba sobre la cumbre de la colina más alta que domina Tarmatambo, rodeado por los jefes de su Plana Mayor, cuando por el lado nordeste de Tarma vio una columna de humo que ascendía lenta en la diáfana atmósfera del mediodía. Sin volverse hacia los coroneles que permanecían un paso detrás de él, les expresó triunfalmente:

—Lo hemos conseguido, señores. El cuartelillo que los enemigos ocupaban en San Juan de la Cruz es ya su pira funeraria. El comandante Burgos con sus montoneros de Ircay y nuestros trescientos infantes de línea seguramente han aplastado a los chilenos apostados allí.

Pero dos horas más tarde llegaba al campamento uno de los oficiales de su «Ayudantina», el teniente Félix Costa y Laurent. Venía derrengado por el terrible galope que había realizado por las cumbres.

—¡Los chilenos se han replegado desde San Juan de la Cruz hacia Tarma, señor! Nuestra fuerza fue cogida entre dos fuegos —declaró hurtando el rostro.

El «Brujo de los Andes» lo miró sorprendido; pero enseguida sus facciones se contrajeron.

—¿Qué quiere decirme, teniente? —exclamó ferozmente.

Balbuceante, el oficial le declaró con aflicción:

—Los montoneros de Ircay huyeron a la desbandada, señor. Abandonaron sus armas, su equipo y hasta sus heridos.

Cáceres se quedó con la respiración cortada.

—¡Gran Dios! —exclamó desconcertado—. ¿Acaso los diezmó el fuego enemigo?…

—Fueron acribillados el comandante Burgos, dos capitanes y cerca de cien guerrilleros, señor.

El «Brujo de los Andes» se sumió en un sombrío mutismo. Encerrado en su alojamiento, caviló a solas sobre la situación. Una hora más tarde, hizo acudir a su presencia a los jefes principales de su ejército: coroneles Morales Bermúdez, Manuel Tafur, Manuel Cáceres y Francisco de Paula Secada.

—Señores —les dijo gravemente—, no deseo que Tarma, la ciudad de mi madre, sea destrozada por un combate. Muchos compatriotas nuestros han quedado atrapados dentro de ella junto con los chilenos; también debo evitar que mueran. Por esas razones, he decidido no atacar a los enemigos en ella, si puedo evitarlo.

—Pero de no atacarlos en Tarma, donde los tenemos casi totalmente cercados, ¿dónde habríamos de hacerlo? —se atrevió a consultarle el coronel Secada.

—En el camino a Oroya, señores —fue la respuesta del general —. En Tarma ya no quedan provisiones para la tropa, ni forraje para el ganado, ni leña para encender fogatas con qué combatir el frío. Los enemigos tendrían que salir a conquistar esos elementos a los poblados vecinos. Pues bien, estableceremos en torno a la ciudad un cerco rígido, que les impida abastecerse afuera. Por mucho que racionen sus ranchos, no podrán mantenerse por más de tres o cuatro días. Se verán, pues, forzados a tratar de romper el cerco. Será nuestra oportunidad para batirlos y destrozarlos.

—Recientemente ha hablado usted de atacarlos en el camino de Tarma a Oroya —le observó el coronel Tafur—. ¿Qué le hace presumir que buscarán precisamente ese camino, que es el más difícil?

Cáceres lo miró sin poder ocultar un leve desdén.

—La división enemiga viene cargando a centenares de enfermos, a los que tiene que sacar a Lima cuanto antes, so pena de que se les

mueran, por la vía más corta, que no es otra que la ruta a Oroya.

—También podrían intentar una escapada hacia el norte, con el propósito de reforzarse con la división que tienen en Cerro de Pasco —se arriesgó a acotar el coronel Secada.

—He pensado igualmente en esa posibilidad —le contestó el general—. Y creo que nos será fácil anularla cerrándoles ese camino. Bastará con apostar una sección fuerte en Acobamba.

—Luego, ¿cuál es su plan definitivo, general? —le inquirió el coronel Tafur, buscando abreviar aquella conferencia, en la que se sentía menoscabado.

El caudillo apoyó ambas manos sobre la mesa en torno a la cual estaban y les expuso su pensamiento.

—Nos pondremos en acción desde este instante —dijo—. Todas las montoneras indias ocuparán los cerros que rodean Tarma y harán visible su presencia, mediante sus tambores y caracolas. Fuerzas de línea se posesionarán de Tarmatambo y San Juan de la Cruz, que los enemigos ya han abandonado. Una guerrilla superior a los mil hombres se apostará en Acobamba y, con la ayuda de las montoneras de esa zona, impedirá la unión de las dos divisiones chilenas. Por último, la Segunda Sección de Línea, con el cuerpo de guerrilleros de San Jerónimo y los seis mil montoneros a caballo de Pasos, Tongos y Colcabamba, ocuparán las alturas que dominan a Tarma por el poniente, así como también los bordes superiores del desfiladero por cuyo fondo corre el camino a Oroya. Antes de cuatro días, los chilenos se verán obligados a salir de Tarma por ese camino y nos darán la oportunidad de caer sobre ellos y aplastarlos definitivamente.

Las órdenes del general Cáceres comenzaron a ejecutarse aquel mismo domingo 16 de julio y ya al anochecer las bandas indias ocupaban las crestas de los cerros que envolvían la ciudad. Simultáneamente, las tropas de línea la flanquearon por el oriente y el poniente.

El mayor Rodríguez se encontraba en el desfiladero que nacía en Casa Blanca con una compañía del «Carabineros de Yungay». Curtido en las trampas de la guerra, el explorador había diseminado centinelas por todos los picachos vecinos y éstos no tardaron en avistar la hueste enemiga. Sin denunciar su presencia, los vigías descendieron al caserío y participaron la alarmante noticia al mayor

Rodríguez. Éste confirmó el aviso y estudió la dirección que traían las tropas serranas. Luego descendió a Casa Blanca y se entrevistó con el capitán José del Carmen Jiménez, jefe de la compañía de carabineros que él comandaba transitoriamente.

—Creo que no podemos perder tiempo, capitán —le dijo—. La cantidad de enemigos que se acercan sugiere que vienen firmemente decididos a cortar el camino a Oroya. De modo que hay que prevenir al Comando en Jefe. Iré yo mismo a Tarma acompañado por mi ordenanza; deseo hacer el recorrido por las alturas. Creo que el ejército de Cáceres está completando el sitio de la ciudad y, si así fuera, se hace necesario dar a mi coronel Del Canto una información completa de los movimientos del enemigo. Le restituyo el mando de su compañía. Manténgase firme en esta posición, y si se ve ante un peligro incontrarrestable, informe con un propio al cuartel general.

El explorador y su ordenanza marcharon sigilosamente desde el crepúsculo hasta el amanecer. Llegaron al cuartel general antes de la hora de diana y tuvieron que esperar al coronel. Del Canto llegó pronto con el rostro inquieto y abrochándose la guerrera.

—¿Qué noticias me trae, mayor Rodríguez? —inquirió al explorador—. ¿Qué razones tan poderosas ha tenido usted para abandonar su puesto en el camino a Oroya?

El semblante de Rodríguez contestaba por él; denotaba una inquietud extrema, se le veía sombrío y tenso. En pocas palabras explicó al coronel lo que había comprobado durante la marcha nocturna: Tarma estaba completamente cercada por el ejército serrano.

—Sospechaba que eso iba a producirse irremediablemente —murmuró el comandante en jefe—, pero tenía la esperanza de que tardaría algunos días más.

Rodríguez se plantó frente a él y le advirtió con tono impositivo:

—Mi coronel, hay que ponerse inmediatamente en acción para acopiar la mayor cantidad de víveres. Pronto, los enemigos…

Del Canto lo interrumpió agitando las manos frente a su rostro.

—Es inútil —le declaró—. Ya nuestra intendencia ha recorrido todas las aldeas vecinas, apropiándose de cuanto alimento y forraje existía en ellas… No tenemos víveres sino para veinticuatro horas, Rodríguez —le confesó—. Y si he de ser más exacto, debo decirle

que sólo disponemos de dieciocho reses y un quintal de sal.

El explorador se quedó alelado. Había que alimentar a mil novecientos hombres. Y el coronel agregaba a su cuenta aplastante:

—Y cuatro fardos de pasto seco para que forrajeen setecientos treinta animales.

Rodríguez agachó la cabeza consternado. Permaneció así algunos segundos, pero cuando volvió a alzarla su expresión era resuelta y terca.

—¡Hay que abandonar Tarma como sea! —dijo.

—Así es; hay que abandonarla hoy mismo. Tenemos que hallar una salida por la que podamos pasar con nuestros enfermos y usted es quien mejor me puede informar por dónde debo sacar a la división. Hable, se lo ruego.

No podía haber índice más claro del abatimiento que invadía al coronel y de la gravedad de la situación que la actitud sumisa que adoptaba en aquel instante y por primera vez. Rodríguez permaneció unos segundos en silencio, y luego expresó decidido:

—Habría una forma de sacar a la división de esta trampa, mi coronel. Es terriblemente peligrosa, pero existen algunas posibilidades de salir adelante con éxito.

—¿Salir por dónde, mayor?

—Por el camino a Oroya, mi coronel.

—¡Es una locura! Cáceres debe tener concentrado el grueso de su ejército allí.

—Tendremos que buscar astutamente una forma de deslizarnos por entre las tropas enemigas —replicó el mayor.

Del Canto hizo una mueca de disgusto y pareció dispuesto a rechazar la participación del explorador. Pero luego recapacitó.

—¡A ver, a ver! —le dijo súbitamente interesado—. Explíqueme más claramente, mayor.

—El camino a Oroya corre por espacio de seis leguas por el fondo de un estrecho desfiladero —comenzó a exponerle el oficial, pero el coronel lo interrumpió acotándole:

—Sobre cuyos bordes los indios habrán acumulado ya millares de galgas, para dejarlas caer sobre nosotros y aplastarnos.

—Seguramente —aceptó Rodríguez sin amilanarse—. Pero ese desfiladero es muy profundo; sus paredes deben tener doscientos o trescientos metros de altura. Siendo tan angosto, los enemigos no

cometerán la imprudencia de establecerse dentro de él, sino sobre los paredones de ambos flancos.

Del Canto se dio una palmada en la frente. En un desfiladero tan profundo era difícil que los ruidos producidos en el fondo alcanzaran a ser oídos desde los bordes superiores. Si la operación de atravesarlo se realizaba en una noche obscura y en perfecto silencio, cabía la posibilidad de llegar al otro lado sin que los enemigos se percataran.

—¡Diablos, es verdad! —exclamó impresionado, pero una duda lo asaltó al momento—. ¿Cómo sacar en forma sorpresiva a mil novecientos hombres, con cuatrocientos ochenta enfermos, más mulas, artillería, bagajes e intendencia, sin que los pobladores de Tarma se den cuenta y prevengan a Cáceres?…

Rodríguez sonrió tranquilo.

—Fingiendo que la división está decidida a estacionarse en Tarma y a resistir un tiempo más.

—¡Y organizar la marcha nocturna en el más profundo secreto! —apuntó Del Canto.

Rodríguez lo aprobó, pero le volvió a insistir:

—Cualquiera que sea la forma que se adopte, es preciso que la evacuación de Tarma se practique esta noche misma, mi coronel.

El coronel estuvo de acuerdo con él y se dispuso a ordenar las medidas necesarias de inmediato. Hizo acudir al coronel Eulogio Robles y al más discreto de sus ayudantes, el capitán Emilio Contreras. Esos dos serían las únicas personas que conocerían los pormenores del plan. Los demás comandantes de batallones serían enterados de él solamente en el momento mismo de emprender la evacuación.

—Mayor Rodríguez —dijo el coronel, por último—, no se aleje de este cuartel por ningún motivo; deseo tenerlo constantemente a mano.

El explorador hizo un gesto de contrariedad. Había confiado en que podría ver a Leonora siquiera un momento.

Minutos más tarde, estaban reunidos con el coronel Robles y el ayudante Contreras, los cuales escucharon el plan del comandante en jefe con los ceños fruncidos y notoriamente afectados. Finalmente, acataron todas las instrucciones que Del Canto les dio, manifestándose resueltos a sacrificarse hasta los últimos extremos a

fin de que el plan lograra realizarse en el mayor secreto.

Las instrucciones del coronel debían ser leídas a la tropa aquella misma mañana: después de la retreta de las siete de la tarde nadie podría salir de los cuarteles, con ningún pretexto, y los oficiales que dormían afuera deberían recogerse a la sede de sus respectivos batallones a esa misma hora. Los individuos de la tropa tendrían prohibición absoluta de cambiar ni una sola palabra con los pobladores peruanos, bajo pena de calabozo.

Del Canto quería reunidas y listas para partir a todas las tropas de la división a las doce de la noche. Con este fin, hizo acudir a su presencia, separadamente, a todos los comandantes de batallón y les expresó en forma concisa exactamente lo mismo:

—Comandante, su batallón cumplirá esta noche una misión de trascendental importancia, que debe efectuarse en el más estricto secreto. Nadie, ni su segundo en el mando, debe enterarse de esta orden. Prepare a su batallón para ponerse en marcha a las doce de la noche. Desocuparán enteramente su cuartel, al que trasladaré a un hospital, y cuando regresen de la misión, les asignaré un edificio mejor. —Concluyendo por decirles categóricamente, a todos por igual—: ¡Preséntese usted solo en este despacho, a las doce en punto de la noche!

Los comandantes Pinto Agüero, del «Chacabuco»; Domingo Castillo, del «Santiago»; Dañin, del «2.º de Línea»; Rafael Contreras, del «Batallón de Artillería N.º 1», y José Miguel Alcérreca, del «Carabineros de Yungay», recibieron esta orden en forma exactamente similar.

Durante las horas de la mañana, Del Canto y sus ayudantes echaban a correr el rumor de que la división se proponía mantenerse indefinidamente en Tarma y que, con este objeto, haría alteraciones en su instalación para acomodar en forma más permanente sus tropas.

El plan del comandante en jefe hasta el mediodía se iba cumpliendo matemáticamente. Pero aún le faltaba por alistar los hospitales, que constituían el lastre más difícil de movilizar. Haciendo acopio de energías para enfrentar un problema que sabía que le iba a resultar complicado, el coronel llamó a su despacho al cirujano jefe del servicio de sanidad, doctor Agustín Gana Urzúa.

—Cirujano, lamento lo que voy a tener que expresarle, pero lo

exige la mejor atención de los enfermos —le dijo tratando de aparentar un aire impersonal y frío.

—¿Algo anda en desacuerdo con sus deseos, mi coronel? —le consultó cautelosamente Gana.

Del Canto tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse en la farsa que necesitaba representar.

—Este…, todo…, o casi todo —le respondió vacilante.

El cirujano lo contempló desconcertado:

—No le entiendo. Le rogaría que fuese más explícito en su crítica —le observó en voz baja.

Del Canto carraspeó, incómodo. Sin embargo, tenía que seguir adelante.

—A decir verdad —continuó duramente—, no estoy satisfecho con la ubicación que el servicio sanitario ha dado a los hospitales dentro de este pueblo, y me parece conveniente trasladar los tres nuevos locales que he hecho desocupar en los suburbios.

El doctor Gana sintió que aquel reproche alcanzaba más allá de lo que su dignidad le permitía soportar.

—Perdóneme, mi coronel, pero antes estimo que en materia de salubridad, quienes están más autorizados para decidir son los cirujanos del ejército.

—¡También el comandante en jefe! —le acotó bruscamente el coronel, y repitió con terquedad—: ¡También el comandante en jefe!

El doctor Gana comenzaba a perder los estribos. Mordiéndose los labios, agregó:

—Por supuesto. Pero la crítica que usted nos hace me parece ligera e injustificada.

El coronel lo atacó con un ademán rotundo.

—¡Basta, basta, doctor! No perdamos tiempo en discusiones. Decididamente yo deseo y ordeno que los hospitales sean evacuados, con todos sus enfermos y su material, y quienes los rigen estén dispuestos a trasladar esos elementos a otros edificios, esta noche misma, a las doce en punto, cuando todos los pobladores estén recogidos en sus casas, a fin de…, usted comprende…, a fin de no esparcir más el contagio del tifus y la viruela.

El doctor Gana no se sintió con la serenidad suficiente para objetar nada sin faltarle el respeto, y prefirió abandonar el

despacho.

El comandante en jefe suspiró, aliviado, creyendo que había logrado salvar bien aquel escollo, pero no había contado con la altiva personalidad de los otros médicos que trabajaban en el servicio sanitario. Antes de una hora, se introducían todos al despacho de la comandancia.

—Mi coronel —comenzó el doctor Gana, volviendo al ataque—, ante usted traigo a todos los cirujanos de esta división, a fin de que ellos corroboren lo que le he afirmado sobre la correcta ubicación de los hospitales, en cuya instalación…

—Doctor Gana Urzúa, ese asunto ya ha sido discutido y resuelto —dijo Del Canto secamente a su interlocutor—. Los hospitales deben mudarse esta noche a las doce y no hay…

—¡No, mi coronel! —le replicó Gana engallándose—. Usted es el comandante en jefe de este ejército y puede decidir sobre la marcha y acciones de su tropa, pero no le es tolerado proceder en forma que agrave los males de los centenares de enfermos que están al cuidado del servicio de sanidad. Por eso…

—¡Basta, cirujano! —El coronel estaba cárdeno de enojo y su actitud amedrentó a los doctores—. He dispuesto que los hospitales se muden esta noche y estoy resuelto a no debatir más el asunto. ¡Señores cirujanos, ustedes tienen rango militar en este ejército, y, como oficiales, deben absoluta e indiscriminada obediencia al comandante en jefe! Ése soy yo, y respondo por todos los hombres que forman en mi ejército, sanos o enfermos. ¿No es así?

—Así es, mi coronel; pero… —aventuró uno.

—No hay pero que valga. Mi orden estricta y que no admite discusión es la siguiente: los tres hospitales, de enfermos comunes, de tifosos y de variolosos, deben estar listos para ser abandonados esta noche a las doce en punto; y los enfermos, enseres y material sanitario serán trasladados a otros edificios que señalaré oportunamente. ¿Comprendido? Pues a esa hora espero aquí al doctor Gana Urzúa. Eso es todo, y les ruego que se retiren.

El grupo de doctores comenzó a abandonar la sala, con los rostros alterados. El doctor Gana Urzúa, que fue el último en salir, exclamó, en forma perfectamente audible para el coronel: «¡Bueno el bruto, caramba!».

Cuando la puerta se cerró tras ellos. Estanislao del Canto se dejó

caer en su sillón y resopló con todas las fuerzas de sus pulmones.

A la medianoche exactamente, fueron llegando al cuartel los comandantes de los diversos batallones. Al encontrarse todos reunidos allí, se observaron con extrañeza y, cautelosamente, comenzaron a interrogarse. En forma evasiva y misteriosa, se careaban los unos a los otros, sin revelarse el motivo que los traía allí. Finalmente, optaron por guardar un embarazoso silencio y esperaron.

El ayudante Emilio Contreras, que los había recibido, se les acercó cuando comprobó que estaban todos menos el coronel Robles, que ya se hallaba junto a Estanislao del Canto, y los hizo pasar al despacho.

—¿Todos? —exclamaron varios, atónitos.

—Sí, señores comandantes, todos —les afirmó el oficial—. Mi coronel les explicará.

Tan pronto como los comandantes entraron al despacho del coronel, el mayor Rodríguez se encaminó a la salida del cuartel. Calculaba que la conferencia duraría por lo menos media hora y ese tiempo le bastaba. Por primera vez en su vida de soldado iba a desobedecer una orden superior; contraviniendo la disposición del coronel Del Canto, abandonó el cuartel y marchó apresuradamente hacia las barracas levantadas junto al río. Su ordenanza le vino al encuentro a mitad de camino:

—No están *na* en las barracas, mi capi —le informó—. El jefe del servicio sanitario citó a todas las mujeres en los hospitales.

Torcieron rumbo y se encaminaron hacia el principal de los tres establecimientos sanitarios. Allí estaban todas las mujeres. Se las veía arremolinadas, comentando la orden de desalojar los hospitales, que el doctor Gana Urzúa acababa de transmitirles.

Rodríguez hendió la aglomeración de mujeres y enfermeros mirando en todos los sentidos. Iba a entrar al hospital, cuando lo sobresaltó la voz de Leonora, que lo llamaba desde un costado de la puerta central. La joven y su compañera lo contemplaban con asombro e inquietud.

—¿Qué ha ocurrido que estás aquí. Manuel? —le inquirió Leonora.

—No tengo tiempo para explicarles —le respondió Rodríguez rápidamente—. Me arranqué del cuartel para venir a decirles que

estaré continuamente velando por ustedes en los acontecimientos que están por producirse. Acosta viajará acompañándolas y les proporcionará cuanto necesiten, incluso armas.

Leonora lo observó con mayor asombro todavía.

—¿Armas para nosotras? —balbuceó extrañada—. ¿Qué es lo que está pasando, Manuel?

Rodríguez hizo señas a Elcira de que se aproximara y luego les confió en voz baja:

—Guarden para ustedes lo que voy a revelarles. Ahora mismo, toda la división va a intentar una salida de Tarma, a la desesperada. Tendremos que deslizarnos por el medio del ejército enemigo, aprovechando la obscuridad.

Nerviosamente, siguió explicándoles el peligro inmenso que encerraba cruzar el desfiladero entre Tarma y Oroya, siendo que sobre sus bordes estaban apostados alrededor de diez mil enemigos.

Leonora, que lo escuchaba sin quitarle la vista, le preguntó:

—¿Tú dónde irás?…

—Adelante de todos. Debo guiar a la columna.

Era el puesto de mayor peligro. Resultaba superfluo expresarlo. Leonora se mordió los labios y apoyó su cabeza contra el pecho del oficial.

—No puedo detenerme más tiempo —le explicó contrito el mayor—. Romperemos la marcha a las doce treinta y son ya las doce cinco. ¡Hasta que nos volvamos a ver, vida mía! Si nos descubren y estalla el combate, abandonaré la vanguardia y correré a tu lado.

Leonora movió la cabeza afirmativamente, tratando de aparentar confianza, pero sus ojos estaban empañados por las lágrimas.

—¡Adiós, amor mío! —murmuró y añadió enseguida ansiosamente—: ¡Cuídate, cuídate!

Cuando Rodríguez regresó al cuartel, estaba terminando la conferencia de los jefes. El coronel Del Canto les había explicado su temerario plan de retirada, proporcionando a cada uno un croquis con la posición que ocuparían los batallones en la columna.

—Prohibición absoluta de hablar, de reírse, de hacer cualquier ruido, de fumar, de encender fósforos —repitió—. Los batallones abandonarán sus cuarteles y se dirigirán a la salida poniente de Tarma sujetándose al siguiente horario: A las doce treinta en punto,

el «2.º de Línea»; a la doce cuarenta, el «Santiago»; a las doce cincuenta, el «2.º de Artillería»; a la una, el «Chacabuco»; a la una diez, el «Lautaro», y a la una veinte, cerrando la marcha, el «Carabineros de Yungay».

Eran ya las doce diez y el ayudante Contreras se lo advirtió a Del Canto.

—Faltan veinte minutos para que rompamos la marcha. Vayan a ponerse al frente de sus batallones —ordenó el comandante.

Los jefes comenzaron a abandonar el despacho. El coronel avanzó unos pasos y retuvo por una manga al mayor Enrique del Canto, a quien acababa de entregar el mando provisional de su propio batallón, el «2.º de Línea», en reemplazo del mayor Dañin, que formaría en la Plana Mayor.

—Enrique —le dijo paternalmente—, te ha correspondido el mando del batallón en un momento difícil. Confío en que sabrás guiarlo atinadamente. Al «2.º de Línea» le corresponderá proteger a toda la división; por eso he dispuesto que marche en la vanguardia. Afortunadamente, llevarás junto a ti al mayor Manuel Rodríguez, que es un elemento valiosísimo. Tendrán que llevar al batallón en constante alerta, y si los enemigos los atacan no podrán disparar ni un tiro. ¿Me has entendido bien?

—Sí, mi coronel. Nuestro único medio de defensa ha de ser la bayoneta.

—Sí, solamente la bayoneta —repitió el veterano sobriamente—. Si alguna patrulla contraria les intercepta el paso, dividirás tu batallón en dos fracciones; silenciosamente enviarás una mitad a la carga por la izquierda del camino y la otra por la derecha. Pero a la bayoneta, sin hacer ruido y escondiendo el cuerpo en la obscuridad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, mi coronel.

—Recuerda bien lo siguiente: del comportamiento del «2.º de Línea» depende la suerte de toda la división. —El coronel se interrumpió y contempló, con orgullo, el rostro viril y resuelto de Enrique del Canto. Súbitamente enternecido, le extendió los brazos y lo estrechó contra su pecho—. ¡Buena suerte, niño, y hasta la vista!

El doctor Gana Urzúa revisó cuidadosamente las condiciones en que viajarían hasta Oroya los enfermos más graves. Se los había envuelto en mantas grises y, alineados con los pies de uno a continuación de la cabeza de otro, semejaban una larga cadena de momias. Los indios cautivos que debían cargarlos permanecían de pie junto a las camillas, en actitud de esclavos abrumados por la fatalidad. Se los había atado por los tobillos, en parejas, formando una collera para cada camilla. Se había destinado a una compañía del «Lautaro» para custodiar a los indios y cada soldado reunía en sus manos un haz de cuerdas que sujetaban por el cuello a los portadores de cuatro camillas.

La hilera de tifosos se extendía a lo largo de todo el corredor rectangular de la vieja casona convertida en hospital, y el doctor Gana Urzúa demoró algunos minutos en revisarla entera. Cuando concluyó su inspección, regresó a la cabeza de la fila, donde estaban agrupadas las mujeres. El cirujano ya había sido informado de la verdadera maniobra que proyectaba el coronel Del Canto y se hallaba un tanto avergonzado por la vanidosa resistencia que le había opuesto al mediodía.

Faltaban pocos minutos para las doce y media de la noche, cuando dio por terminados todos los aprestos para la partida y se acercó al capitán Narciso Sepúlveda, que tenía a su cargo velar por la seguridad de los enfermos durante la marcha. Nerviosamente, le hizo las últimas indicaciones:

—El hospital irá inmediatamente detrás del batallón «2.º de Línea». Dos cirujanos se mantendrán siempre al lado suyo, para coordinar con usted los cuidados que deben prestarles a los enfermos durante el trayecto. Muchos están graves y todos se encuentran febriles. Si el frío arrecia en el paso del desfiladero, es probable que se produzca algún suceso fatal.

—¿Y en ese caso qué deberemos hacer, doctor? —le consultó el capitán, desazonado.

El cirujano se encogió levemente de hombros.

—Tal vez, cargar con el muerto hasta Oroya.

—Hay algo que me inquieta tanto como los enfermos: las mujeres —dijo el oficial.

El jefe sanitario hizo una mueca de fastidio y le respondió que las mujeres tendrían que cuidarse solas, porque no disponían de

más gente para que las ayudaran.

—Llévelas usted lo más cerca que pueda —le añadió—. Afortunadamente, son personas que han acompañado al ejército en varias campañas y están acostumbradas a las marchas.

No pudieron seguir debatiendo aquel tema, porque un soldado vino a prevenir al capitán Sepúlveda que ya estaba pasando el «2.º de Línea», en dirección a la salida del pueblo. El doctor Gana Urzúa consultó nerviosamente su reloj.

—Ha llegado el momento, capitán —advirtió a Sepúlveda—. Dejo todo en sus manos. Tengo que preocuparme de la partida de los otros dos hospitales: el de enfermos comunes y el de variolosos. Ésos irán detrás de éste.

El capitán Sepúlveda comenzó a dar órdenes para iniciar la marcha. Las mujeres conducidas hasta el sitio donde él estaba y los indios levantaron las camillas del suelo y ordenaron su fila. Como el oficial observara que se movían a regañadientes, azuzó a los soldados con terca energía.

—En la travesía que vamos a realizar no caben blanduras, soldados. Tenemos que sacar vivos a los enfermos al otro lado del desfiladero. Si los indios se resisten a moverse, chicotazos con ellos; si gritan, callarles la boca aunque sea preciso cortarles el cuello.

Los lautaros empezaron a meter en la fila a los indios a golpes de culata. Cuando la formación total estuvo organizada, el capitán caminó en sentido inverso a ella, repitiendo en voz baja:

—Desde este momento silencio absoluto. Al que hable, se ría, encienda fósforos, tosa, estornude o siquiera se lamente, le incrusto el sable en los riñones. ¿Entendido? ¡Silencio entonces!

Todos, sanos y enfermos, fueron acallando poco a poco sus voces, hasta que en toda la columna no se oyó más que el tenue resoplar de las respiraciones.

—Escuchen bien esto —les advirtió el capitán Sepúlveda—. Saliendo de este recinto, no se darán más órdenes. Todos iremos en absoluto mutismo; y debo advertirles que recorreremos un desfiladero de seis leguas de largo en medio de la obscuridad más completa, sin una luz que nos guíe, entreviendo apenas la espalda del que marche adelante. Aquel que se aparte de la columna y se extravíe quedará perdido sin remedio. De modo que marchen todos con el oído puesto en el ruido leve de los pasos de la fila y tratando

de no distanciarse más de medio metro del hombre que los precede.

Luego se dirigió al grupo de mujeres que lo esperaban junto a su caballo y les recomendó que se guiaran siempre por él, pensando en que les sería más visible por el hecho de ir montado. Después dio la orden al sargento Bueno para que abriera la marcha y fuera guiando la columna.

Los componentes del hospital, con sus camilleros indios y su escolta, comenzaron a arrastrarse por una calle lateral. El pueblo aparecía completamente dormido y el ruido de las pisadas apenas rompía el silencio. Como sombras incorpóreas, los componentes de la división chilena iban evacuando Tarma, sin ser descubiertos por sus moradores.

Al cabo de un tiempo, la fila se vio marchando entre una doble hilera de casuchas desvencijadas. Leonora supo entonces por boca del ordenanza Acosta que aquélla era la aldea de Casa Blanca. El soldado se proponía proveerse de aguardiente en alguna de aquellas chozas, porque había olvidado llenar su cantimplora en Tarma, pero la joven no se lo permitió, temiendo que no volviera a encontrarles.

Aproximadamente una hora más tarde, cruzaron la aldea de Palo Seco, cuyas casuchas se veían como dibujos de pesadilla.

El ordenanza se empecinaba en expresar los pensamientos que le danzaban en el cerebro.

—Si a mi capitán Sepúlveda se le ocurriera ordenar una paradita, iría a ver si encuentro una mula por aquí.

El fuerte y súbito quejarse de un enfermo lo interrumpió en mitad de su frase. La formación se arremolinó a pocos metros de distancia y se vio al capitán Sepúlveda guiando su caballo al lugar donde estaba el enfermo dando voces.

Le informaron que se trataba de un sargento que estaba delirando y parecía sufrir mucho.

—¡Háganlo callar como sea! —La voz del capitán resonó en sordina, pero despiadada.

Los soldados se movieron junto al enfermo sin hallar cómo silenciarlo; como sus gemidos fueran cada vez más altos, el capitán dio otra orden inclemente:

—¡Cúbranle la cabeza con la manta!… ¡Tápenlo totalmente para que se ahoguen sus gritos!

Leonora se puso intensamente pálida y su diestra se crispó en un

brazo de Elcira.

—¡Van a asfixiar al enfermo! —protestó en voz baja. Su compañera la sacudió con cierta fuerza, para hacerla callar, pero la joven no podía contenerse al escuchar los quejidos desesperados del hombre que se ahogaba en los pliegues de la manta—. ¡Es una brutalidad, capitán! ¡Van a matar al enfermo!

Con alivio para todos, el enfermo dejó de dar manifestaciones de vida y se oyó que el soldado encargado de cuidarlo murmuraba:

—No sé si está dormido o *desmayao*. ¿Le saco la manta de encima de la cara, mi capitán?

—No, déjesela —respondió éste, con acento sombrío—. Es capaz de ponerse a gritar de nuevo y ya estamos en la entrada del desfiladero. ¡Adelante la marcha!

Leonora caminaba presa de la más honda desazón, pensando en el enfermo que podía asfixiarse bajo la manta. Arrastrada por el propósito de hacer que Acosta fuera a destaparlo, buscó al ordenanza en torno suyo, pero éste no estaba. Sorprendida, lo llamó y su voz resonó agigantada en el silencio. El capitán Sepúlveda giró amenazadoramente la cabeza y clavó sus ojos en el grupo de mujeres.

—¿Quién es la imprudente que no piensa en la suerte de la columna? —exclamó. Luego, dulcificó su acento y rogó—: ¡Guarden silencio, por favor, que ya vamos a llegar a la boca del desfiladero!

Nadie hubiera podido decir qué hora era. Iban subiendo y la respiración se les hacía cada vez más difícil. Al cabo de un tiempo, el terreno volvió a ser horizontal y la vaga luminosidad del cielo se vio recortada hacia el oeste por una enorme mole negra. Se acercaban a una montaña abruptamente empinada.

«Vamos a entrar al desfiladero», fue lo que pensó el capitán Sepúlveda. Y en efecto, así era.

Sin hacer ruido alguno, igual que si caminara en las puntas de los pies, como cuando se entra a una tumba, la maltrecha división penetró en el desfiladero.

Cuando Leonora y Elcira marchaban ya por el fondo de la garganta, una voz familiar susurró sus nombres. Era Acosta que volvía a aparecer y trataba de ubicarlas en la obscuridad.

El ordenanza llegó hasta ellas resoplando, y entonces pudieron ver que traía consigo un animal.

—¿No les dije que sabía dónde había unas mulitas? —les secreteó jubiloso, golpeando suavemente al animal en el cuello—. Móntenla ligerito y yo la llevaré de tiro.

Las dos mujeres tuvieron que detenerse levemente para subir sobre la mula, lo que provocó protestas de los que venían detrás.

—¡Muévanse, no atasquen el sendero! —se oyó gruñir al capitán Sepúlveda.

Durante unos segundos hubo confusión entre los caminantes, pero, por fin, las dos mujeres estuvieron montadas. Mas aquel disturbio había servido para que uno de los indios que cargaban camillas se arrojara al suelo, negándose a seguir. El taco que obstruía el camino fue más considerable y, en la obscuridad reinante, los que marchaban a ciegas más atrás se entrechocaban, amenazando con provocar una situación caótica.

—¡Paren a ese indio a chicotazos! —ordenó el capitán Sepúlveda exasperado.

Pero el hombre, enfermo, cansado o taimado, no obedeció a los golpes y prorrumpió en terribles alaridos. Fueron aquéllos unos instantes de terrible suspenso. Los gritos eran, seguramente, audibles desde lo alto del desfiladero. El soldado que trataba de reanimar al indio no vaciló; levantó su fusil y le propinó un brutal culatazo en la cabeza. Luego, con tajos vigorosos, cortó las cuerdas que lo unían al otro portador de la camilla y, tomando su lugar, reinició la marcha cargando al enfermo. El indio quedó inerte en mitad del sendero y la columna empezó a descongestionarse, pasando todos sobre su cuerpo.

Pero el peligro no había sido neutralizado y muy pronto se dieron cuenta de eso. Dos o tres caracolas indias comenzaron a lanzar sus lejanos y ululantes avisos en distintos puntos ubicados sobre los bordes del desfiladero.

El capitán Sepúlveda detuvo instantáneamente su caballo, y cruzándolo en medio del sendero interrumpió la marcha de la sección.

—¡Silencio todo el mundo! —rogó con voz tensa—. Nadie haga un ruido. Los vigías enemigos nos están escuchando. Si se dan cuenta de nuestra presencia, nos aplastarán con los millares de galgas que tienen preparadas allá arriba. ¡Silencio, por Dios santo!

Aquella advertencia era innecesaria, porque la división entera se

había detenido automáticamente. Todos aguardaban con las respiraciones contenidas, encogidos. Pero transcurrieron varios minutos sin que se oyera otra cosa que el agorero silbido del viento colándose por la estrecha garganta. Después, los jefes chilenos volvieron a escuchar los *pututus*, pero alejándose hacia el poniente, lo que los hizo pensar que sólo se había tratado de toques de rutina de los centinelas enemigos, que iban pasando el alerta de un puesto a otro.

En voz baja se echó a correr la orden de iniciar la marcha, y los batallones y hospitales fueron avanzando nuevamente. Los soldados caminaban guiándose por el oído, que les indicaba la posición de los compañeros más avanzados. Resultaba difícil movilizar a los indios que cargaban las camillas, pues, amarrados de los tobillos como iban, se enredaban y a cada momento se salían de la fila. Los soldados encargados de su custodia tenían que llevar muy tensas las cuerdas con que los sujetaban, haciéndoles penosísima la marcha.

También las mujeres sufrían considerablemente. Desde que el camino empezó a elevarse venían sintiendo en forma aguda las molestias del soroche. Sin embargo, aun les faltaba por padecer un tormento mayor. Leonora sintió algo frío que le golpeaba repentinamente el rostro. Pensó primero que era una chispa de agua levantada por los cascos de la mula; pero aquello que fue como un peso helado volvió a repetirse. Recelando la verdad, la joven se llevó la mano a una mejilla y enseguida la acercó a sus labios. Aquella cosa que le había golpeado el rostro era como un algodón helado.

—¡Acosta, está empezando a nevar! —susurró inquietamente al ordenanza.

—¡Por la Virgen, era lo único que faltaba! —exclamó afligido el soldado. Y quitándose el quepis, puso el rostro hacia el cielo. Pocos segundos bastaron para que confirmara la verdad del aserto de la joven.

—¡Los enfermos, Gaspar! —murmuró acongojada.

—¡Dios los proteja! —se limitó a decir el soldado.

La noción de que estaba nevando corrió pronto a lo largo de la columna y el capitán Sepúlveda se sintió más abrumado que antes.

—¡Estrechen las filas! —recomendó a los que tenía más próximos—. Pronto la nieve nos va a borrar toda la visión y

caminaremos igual que ciegos.

Una mujer comenzó a ponerse histérica al sentir los copos; a gemir, diciendo que no quería morir sepultada por la nieve. El contagio del pavor no tardó en hacerse común a todas las demás mujeres y las lamentaciones fueron subiendo de tono. El capitán Sepúlveda aproximó su caballo a ellas, a riesgo de atropellar a alguna, y trató de acallarlas con voces rudas, amenazándolas con amordazarlas.

Leonora intervino entonces para hacerle ver que la nieve caía cada vez más tupida, exponiendo a las mujeres a desorientarse, a lo que el capitán puso remedio ordenando que todas ellas se tomaran de las manos. Luego la primera de ellas se aferró a una cuerda que le tendió Acosta y cuyo otro extremo ató a la montura de su mula. Puesta en práctica aquella desesperada medida, el capitán Sepúlveda impuso otra vez el silencio y la caravana continuó su marcha. Era tan densa la nevazón que los soldados podían sentir el peso de ella sobre los hombros. Los indios, que calzaban ojotas o marchaban a pie desnudo, no tardaron en quejarse; también protestaban aquellos soldados que tenían los calamorros rotos por las muchas marchas.

Más tarde fue peor; los indios portadores de las camillas comenzaron a tropezar y a caer, abrumados de cansancio, amenazando arrojar afuera al enfermo que iba en ella. Los soldados custodios trabajaban como negreros, levantando a los indios en la oscuridad o propinándoles zurriagazos con las cuerdas que los sujetaban. Mas llegó un momento en que fue forzoso darles un descanso. El capitán Sepúlveda mandó a un hombre hacia la retaguardia para consultar al coronel Del Canto. Lo mismo hicieron los oficiales encargados de proteger a los otros dos hospitales que venían más atrás.

La respuesta del coronel demoró una larga media hora y, afortunadamente, el comandante en jefe autorizaba el alto de la columna. Sepúlveda autorizó igualmente a los indios para dejar las camillas tendidas y sentarse a descansar.

Las cantineras y camaradas se agruparon para comunicarse mutuamente el calor de sus cuerpos. Leonora y Elcira iban a reunirse con ellas, pero Acosta no les permitió descabalgar, estimando que sobre la mula estarían mejor que en el camino

escarchado y frío.

—¿Cuánto cree usted que nos falta aún por andar? —le preguntó Leonora.

El ordenanza balbuceó unas frases confusas, entre las cuales la joven sólo alcanzó a captar que no lo sabía porque estaba cegado como una salamandra del desierto. Súbitamente, el soldado se apartó de ella y se encaminó hacia el capitán Sepúlveda, exclamando:

—¡Guay, parece que hay gente que se está tumbando en el suelo! ¡Mi capitán, ordene que *naiden* se tienda! Si alguien se tumba se va a quedar dormido, y no lo despierta ni el Santo Padre.

—¡Prohibido tenderse!… Nadie se tumbe; es condenarse a morir helado —gritaba el capitán.

Fue tarea larga y confusa levantarse a los que buscaban descanso en aquella forma, pero al fin se consiguió. El capitán apenas había regresado junto a su caballo, cuando reconoció al doctor Gana Urzúa que lo llamaba.

—¡Capitán, se ha descubierto algo horrible! —le dijo, con desesperación, cuando estuvo junto a él—. Varios enfermos se han helado en sus camillas. La nieve que los cubre los está matando.

—¿Y eso cómo podemos evitarlo, doctor? —preguntó desalentado.

El médico estaba demasiado nervioso y no se cuidaba de hablar en voz baja.

—¡Que los soldados que custodian las camillas destapen la cara a los enfermos y les palpen el cuello! ¡Si están fríos, que avisen al momento!

Sin esperar una orden directa del capitán, los aludidos comenzaron a realizar el examen que había indicado el doctor. De pronto, uno de ellos exclamó impresionado y sin cuidarse de las preocupaciones.

—¡Este hombre está frío como hielo, mi capitán! ¡Y no se mueve! ¡Está congelado, por Diosito santo!

El doctor avanzó manoteando en la dirección del hombre donde surgía la voz.

En ese instante, el cirujano lanzaba un grito ahogado y regresaba junto al capitán tambaleándose como un borracho.

—¡Está muerto también! —repetía agobiado—. Se heló como los

otros. Ya van tres.

—¿Qué hacemos con el muerto, mi capitán? —preguntó entonces el soldado encargado de la camilla.

El oficial estaba totalmente desconcertado.

—¡Sáquenle los papeles que lleva, para que después sepamos su nombre, y que los indios lo entierren en la nieve, al borde del camino! ¡Dios santo, qué calamidad!

Veinte minutos más tarde, se reinició la marcha. Todos se fueron poniendo de pie y las mujeres volvieron a tomarse de la mano. Pero hubo aún otra macabra dificultad. Uno de los indios que se habían sentado a descansar, apoyado en la pared del camino, no se movía, y cuando el soldado encargado de su custodia lo remeció para obligarlo a levantarse, cayó de lado, rígido como la escarcha. Otro de los indios sufrió la misma suerte.

—Desamárrenlos y déjenlos tendidos al borde del camino —ordenó el capitán a los soldados, bajando mucho la voz para no aumentar la alarma.

La columna volvió a emprender la marcha enloquecedora en las tinieblas. Una de las mujeres comenzó a rezar en un murmullo, las demás no tardaron en plegársele. Los soldados se tomaron por la diestra del hombro del compañero que iba delante y formaron una cadena. Así la columna se arrastraba como un sórdido gusano por el túnel de nieve.

Empezaron a ascender otra vez y las mujeres volvieron a sentir los síntomas del soroche; sus agitadas respiraciones se oían en la oscuridad alternadas con sus vómitos. No parecía aquélla la retirada de un ejército, sino la espantosa marcha de un pueblo infernal.

Leonora, aletargada sobre la mula y sujeta entre los brazos de Elcira, que sostenía las bridas, pareció despertar. Opacamente preguntó la hora.

—No creo que falte mucho para el amanecer —le respondió Acosta.

Viniendo de la vanguardia, se acercaba un caballo al trote por el costado izquierdo del desfiladero. Era el mayor Manuel Rodríguez, que se acercaba preguntando por la ubicación del grupo de mujeres.

—¡Aquí están, mi capi! —lo orientó Acosta, reanimado por la aparición de su jefe.

—¿Quién comanda esta sección? —llegó preguntando el

explorador. Y como el capitán Sepúlveda se le hiciera presente, le informó en tono consolador—: Estamos por salir del desfiladero. Una legua más y podremos cantar victoria.

Entregando las bridas de su caballo a Acosta, se acercó al grupo de mujeres y caminó junto a Leonora.

—¿Cómo vas, mi vida? —le consultó cariñosamente.

—Cansada, pero creo que soportaré hasta el fin.

Reparando el oficial en que Elcira se estremecía de frío, por causa de la inmovilidad sobre la mula, desenganchó la cantimplora de su cinturón y se la pasó a Leonora.

—Vayan bebiendo aguardiente a sorbitos —les aconsejó a las dos—. No se excedan, porque el alcohol hace mal en estas alturas.

Leonora bebió lentamente unos tragos y pasó la cantimplora a su criada. Su mayor desazón era producida por la oscuridad.

—Marchar a ciegas entre la nieve es espantoso, Manuel —se quejó.

El explorador le tomó las manos ateridas entre las suyas y se las frotó suavemente.

—Ya pronto va a amanecer —la tranquilizó enternecido—. Es cuestión de soportar una hora más. Ustedes son mujeres valientes. Hagan un esfuerzo más. Les aseguro que muy pronto estaremos en terreno abierto y con luz de día.

—¡Dios lo oiga, mi mayor! —murmuró una de las mujeres que marchaban más próximas.

Elcira les alargó la cantimplora con aguardiente en un gesto de fraternal conmiseración, y el grupo de mujeres se arremolinó disputándosela.

—Voy a comunicarme con mi coronel Del Canto y vuelvo enseguida —dijo Rodríguez a Leonora—. Tengo que estar en la cabeza de la columna cuando salgamos del desfiladero.

La joven se limitó a oprimirle las manos, dándole a entender de esa forma su aprobación. Después de haberlo visto y de oír sus reconfortantes palabras se sentía más tranquila.

—¡Un esfuerzo más, señoras!… ¡Un esfuerzo más y estaremos todos a salvo! —las animó el explorador.

—¡Ése sí que es un hombre! ¡Mientras todos vamos poco menos que muriéndonos, él está tan tranquilo como si anduviera de paseo! —exclamó una voz.

Sepúlveda no pudo ocultar su admiración.

—Mi general Baquedano lo llamaba el «hombre de hierro» —exclamó emocionadamente—. Si hubiera mil iguales a él en nuestro ejército, no habríamos emprendido una retirada como ésta.

Perdida toda noción del tiempo, marcharon aún una larga distancia. Las mujeres habían vuelto a rezar y su murmullo, junto con el pesado redoblar de los pasos, era cuanto se oía.

—Parece que quisiera amanecer —dijo, de pronto, Acosta; y el capitán Sepúlveda elevó los ojos hacia lo alto.

Efectivamente, arriba se veía una franja ligeramente más clara.

—¡Gran Dios, estamos terminando de pasar el desfiladero y amanece! —no pudo menos que exclamar, con ansioso regocijo.

Otra vez se oyó el trote de un caballo aproximándose, pero ahora venía de la retaguardia. Era Rodríguez que regresaba, después de conferenciar con el coronel Del Canto.

—¿Acosta?… —llamó, cuando calculó que estaba cercano al grupo de las mujeres.

—¡Sí, mi capi, aquí estoy! —lo orientó el ordenanza—. Estamos salvados, ¿verdad?

—Vamos llegando al término —le respondió el oficial y emparejó su caballo a la mula donde viajaba Leonora.

—¿Te sientes bien, querida? —le preguntó con ternura.

—Sí, Manuel.

—Vas a seguir conmigo ahora. Nos falta cruzar la última zona de peligro. Si los enemigos se han apercibido de nuestra retirada, seguramente nos esperará un fuerte ejército en este valle. Ellos han podido marchar más rápido por las alturas despejadas.

El capitán Sepúlveda alcanzó a oír su razonamiento y se acercó, inquieto, para pedirle que se lo confirmara.

—Confío en que mi predicción no sea exacta —lo tranquilizó el explorador—. Por lo demás, ya el «2.º de Línea» debe estar desplegándose por el valle, para cubrir el avance de ustedes. —Luego, se dirigió a Leonora otra vez—: Debo ir a la cabeza de la columna para guiarla hasta el puente Oroya. Es el único punto por donde podremos alcanzar la ruta de la cordillera. Ven conmigo, querida. Acosta, ayúdala a traspasarse al anca de mi caballo.

Mientras el ordenanza colocaba sus manos trenzadas para que la joven pisara en ellas, el explorador seguía diciéndole:

—Si hay batalla, no quiero que estés distante de mí. Es temerario hacerte correr el peligro de las avanzadas, pero creo que es mejor.

—Sí, Manuel; me siento más segura a tu lado —le respondió ella, ya acomodada sobre el anca del corcel.

El oficial espoleó a éste suavemente, haciéndolo avanzar por el costado de la columna.

Leonora cerraba los ojos y engarfiaba los dedos en el cinturón de Rodríguez, mientras el caballo los llevaba al trote trabajoso por el camino cubierto de nieve. Pronto dejaron atrás a la columna, perdida entre los turbiones blancos que caían profusamente.

Pronto llegó el día y Rodríguez pudo orientarse mejor. También la tormenta empezó a decrecer y la visibilidad se amplió. Leonora se dio cuenta entonces de que avanzaba por entre los soldados del «2.º de Línea». Éstos se habían desplegado en guerrilla por ambos lados del camino e iban diseminándose lentamente por el valle, que en ese punto principiaba a ensancharse.

Los soldados, empequeñecidos por la nieve, hundidos hasta la mitad de las piernas en el colchón blanco, provocaron una emocionada compasión en Leonora.

Aunque atenaceados por el cansancio, por el frío y el hambre, seguían avanzando alertos, obedientes a la consigna de sacrificarse todos para proteger a la columna que progresaba penosamente más atrás.

Rodríguez seguía adelantando infatigable y su terca voluntad se traspasaba a su caballo. Pronto dejaron atrás las primeras escuadras del «2.º de Línea» y prosiguieron anticipándose por el camino solitario. Como si se moviera por terreno familiar, Rodríguez condujo a su bestia hasta un pequeño cerrillo del valle. Allí la detuvo y desmontó cuidadosamente. Luego, tendió los brazos a Leonora y la bajó al suelo con solicitud.

—Hay que aliviar al pobre bruto —dijo, y rodeó la cintura de la joven con su brazo izquierdo manteniéndola apoyada contra su cuerpo.

Ladeando un poco el rostro, Leonora observaba los rasgos voluntariosos del oficial: su mentón duro, la nariz recta, por cuyas ventanillas escapaba la respiración en acompasados vahos, y sus ojos penetrantes que revisaban con prolijidad el perfil de los cerros,

más visibles a medida que la nieve se hacía menos espesa.

—Veo que nos hemos salvado —sentenció Rodríguez—. No se divisan enemigos sobre los cerros. Jamás imaginé que lograríamos atravesar ese desfiladero sin que nos sintieran. Pero había que intentarlo.

—¿Queda aún muy lejos Oroya, Manuel? —le consultó tímidamente Leonora.

—Tres leguas más hacia el poniente. Será preciso subir todavía, pero ahora a través de campo abierto. Y tendrían que ser muy decididos los enemigos para que se arriesgaran a atacarnos de frente. Allí podremos defendernos con todos nuestros efectivos.

Leonora le recordó entonces que en Tarma se aseguraba que todos los cordones montañosos que rodeaban Oroya estaban plagados de guerrilleros serranos.

—Es la verdad —reconoció Rodríguez—. Pero los guerrilleros tienen pocos fusiles y los manejan muy mal. No constituyen un peligro serio. Claro es que si nos esperan escondidos en lo alto de las quebradas sobre el sendero, pueden aplastar a los heridos con sus galgas.

Leonora pensó entonces en las mujeres y los indios que portaban las camillas, los que venían muriendo de frío, y pidió al explorador que intercediera para que se los autorizara a descansar en el valle.

—Sí, creo que sería conveniente —aceptó el explorador—. Tendrán que recuperar fuerzas para hacer la última ascensión que nos falta. Ven, te dejaré unos instantes con tus compañeras e iré a conversar con mi coronel Del Canto. Le informaré que no se divisan enemigos y seguramente accederá a ordenar el alto.

Volvió a tomarla entre sus brazos y la izó al anca de su caballo. Cuando él montó, Leonora se inclinó sobre uno de sus hombros y le susurró al oído:

—Gracias por las penalidades que te tomas por mí, Manuel.

—Nunca me agradezcas nada, mi vida —le dijo con cariñosa firmeza—. Lo que hago debo hacerlo. Volvamos ya junto a la columna. —Palmeó el cuello de su fatigado caballo y lo animó con la voz—: ¡Vamos, «Serranito», camina!

Los efectos de la terrible travesía nocturna eran claramente visibles en los rostros de los integrantes de la división. A medida que la cabalgadura de Rodríguez iba pasando, en sentido contrario,

por el costado de las filas, Leonora contemplaba impresionada a la luz de la aurora el estado de los caminantes desmadejados. Todos seguían marchando meramente por instinto de conservación, pero con sus energías agotadas. Las mujeres caminaban en forma penosa. Los enfermos montados en borricos se bamboleaban sobre ellos, semidesmayados. En cuanto a los transportados en las camillas, resultaba imposible formarse una idea de las condiciones en que iban; las camillas estaban pesadas por la nieve que formaba túmulos convexos sobre los enfermos.

Cuando el explorador y su compañera llegaron al grupo de mujeres, vieron que el doctor Gana Urzúa gesticulaba frenéticamente. Al ver éste venir a Rodríguez, lo interceptó agitando los brazos.

—¡Mayor Rodríguez, hay que detenerse! —le gritó—. ¡Es un crimen obligar a esta pobre gente a seguir en estas condiciones! ¡Todos están al borde de la muerte!… ¡Es forzoso darles un descanso!

Aunque manteniendo el temor de que la caballería enemiga pudiera hacerse presente en cualquier momento, el oficial ya tenía formado el propósito de solicitar a Del Canto la autorización para interrumpir la marcha, pero no se atrevía a disponer esa medida sin consultarla con el comandante en jefe. Así se lo expresó al cirujano, a lo que éste replicó:

—¡Yo me hago responsable! Debo velar porque los enfermos no perezcan. Y le aseguro que de continuar esta marcha espantosa, acarreará más muertes que una carga de los enemigos.

—Está bien, doctor. Haga detener la columna. Yo iré a participar a mi coronel los motivos que exigen esta medida.

El doctor Gana Urzúa no esperó a que le repitiera la autorización. La columna se detuvo de inmediato y se aplastó sobre el suelo. Penosas exclamaciones de alivio surgían por todas partes y, apagados, se escuchaban los gemidos lastimeros de los enfermos.

Rodríguez bajó a Leonora de su caballo, advirtiéndole que no le era posible llevarla hasta la retaguardia, pero que regresaría muy pronto.

—Trata de descansar tú también —le añadió—. La marcha que resta será dura; sin duda, caminaremos hasta media tarde.

—Comprendo —le respondió la joven—. Voy a buscar a Elcira y

a tu ordenanza. Cuídate, Manuel.

Mientras el oficial se alejaba, Leonora fue moviéndose por entre los grupos de seres sentados en el suelo. De pronto, vio a Gaspar Acosta. Éste llamaba su atención agitando los brazos.

—Tuve que desmontar a la señora Elcira —le explicó cuando estuvieron juntos y en su acento vibraba una honda inquietud—. Empezó a sentirse mal de repente —agregó—. Parece que la tiene afectada el soroche.

La abnegada mujer estaba semirrecostada sobre la nieve, envuelta en la manta de Acosta, y su rostro moreno se veía ceniciento. Respiraba con dificultad y los párpados pugnaban por caérsele sobre los ojos hundidos en las órbitas. Una sonrisa heroica le crispó los labios cuando Leonora se arrodilló a su lado y trató de aparentar ánimo.

—No es nada, mi niña. Esta marcha ha sido demasiada dura para mis huesos viejos. Pero ya pasará todo —balbuceó roncamente. Pero enseguida le inquirió, delatando la ansiedad que la dominaba —: ¿Falta mucho para llegar a cualquier sitio en donde haya una cama y algo caliente?

—Quedan todavía tres leguas de camino hasta Oroya —le respondió Leonora, sin meditar en que iba a deprimirla más. Su atención estaba concentrada en Acosta, a quien consultó premiosamente—: ¿No hay forma de conseguir un poco de café caliente para Elcira?

—Muchas cosas imposibles *hei* hecho en la campaña, señorita, pero encender fuego en la nieve no lo consigue ni Satanás —se limitó a contestar sentenciosamente; y agregó en tono más bajo—: Además, no había ni un grano de café cuando salimos de Tarma; menos lo vamos a encontrar aquí.

La joven lo contempló con verdadero espanto.

—Entonces…, ¿no hay nada para comer? —le inquirió.

El ordenanza se llevó un dedo a los labios y la hizo callar, mirando para cerciorarse de que nadie la hubiera oído. Después, le confió sigilosamente:

—La *verdá* es que no hay rancho *pa naiden*. Se espera encontrar algo en Oroya. La división viene sin víveres.

—¡Dios santo! —dejó escapar la joven, impresionada de pensar que toda aquella gente tendría que mantenerse en ayunas hasta

llegar a Oroya.

Acosta trató de simular una sonrisa.

—Pero ustedes no se aflijan —dijo—. Soy roto muy *curtío* en estos achaques y tengo doble vista; así es que guardé la mitad del aguardiente de la cantimplora. La *caridá* empieza por casa, dicen, y no repartí sino un poquito a las otras señoras. Además, siempre ando trayendo en una descosedura del fondo de mi morral unas lonjas de charqui seco. Ya van a ver ustedes cómo nos arreglamos lo más bien —rió socarrón, pero en su risa vibraba una nota falsa.

Con una prisa que no tendía sino a ocultar su desazón, comenzó a hurgar en su morral. Pero a pocos metros se oyeron las voces de los doctores y practicantes. Acababan de descubrir que dos de los enfermos venían muertos en sus camillas.

—No se preocupe de *naiden* más, señorita; mejor nos dedicamos a atender a *ña* Elcira —le suplicó Acosta.

Pero la joven seguía poseída por lo que estaba ocurriendo en el grupo de los soldados y calculaba que muchos más serían los enfermos que descubrirían congelados.

Entretanto, Elcira había cerrado los ojos, vencida por el quebrantamiento, y Acosta tuvo que remecerla.

—¡Misiá Elcira, no se duerma, por *caridá*! —le suplicó.

Elcira estaba a punto de desfallecer y apenas tuvo fuerzas para tomar una mano de Leonora.

—No se aparte de mi lado, mi niña —le rogó, y añadió enseguida, apagándosele la voz—: Se me ocurre que me está llegando la hora.

La joven sintió que una honda desesperación la sacudía entera.

—¡No digas eso, mi vieja!… ¿Por qué no volverá Manuel?

Acosta, con su experiencia, comprendió que había que darse prisa y, separando un tanto a Leonora, puso la cantimplora junto a los labios de la desfallecida.

—Abra bien la boca, que se la voy a llenar de aguardiente —le dijo—. Sujete el líquido allí hasta que le entre un pedacito de charqui y después se lo va tragando todo despacio.

La mujer se abandonó, resignada, en manos del soldado. Éste le vació una buena dosis de aguardiente y luego se la cubrió con una mano, para que no lo devolviera. Entretanto, parloteaba febrilmente, para no dejarle tiempo para pensar en su estado.

Sin embargo, no lejos de ahí, acababan de descubrir otros enfermos congelados en sus camillas y el doctor Gana Urzúa chillaba descontrolado, maldiciendo a los jefes que habían organizado aquella marcha.

—¡Es un crimen el que se ha cometido con esta pobre gente! —gritaba—. ¡Llegando a Lima haré someter a sumario a los que metieron a la división en tan descabellada aventura!

El capitán Sepúlveda tuvo que remecerlo con fiereza, amenazándolo con aturdirlo de un golpe antes que permitirle alarmar al jefe. El doctor cortó en seco sus protestas, y doblegando la cabeza sobre el pecho comenzó a sollozar.

—¡No podemos seguir así!… ¡Vamos a perecer todos! —riñó afligidísimo.

Sepúlveda comprendió que el médico había traspasado los límites de su resistencia, y que lejos de ser un elemento útil era ya un factor negativo. Llamó a su lado a dos cirujanos jóvenes y les ordenó discretamente:

—Llévense al doctor Gana a donde están los soldados. Hay que alejarlo de los enfermos y las mujeres.

El capitán ordenó a los hombres del «Lautaro» que estaban más próximos que sepultaran a los muertos de las camillas a toda prisa, en la nieve.

Eran tres los nuevos cadáveres, a los que se les agregaron los de siete indios.

Ya nadie tenía ánimo ni para comentar la triste situación en que se hallaban. Había dejado de nevar y el frío era tan intenso que los hombres, las mujeres y aun las bestias se amontonaron en el medio del camino. Los cirujanos y algunos suboficiales que conservaban leves energías rondaban junto a los grupos despertando a los que se dormían y obligando a sentarse a los que cometían la imprudencia de tenderse.

Eran poco más de las ocho de la mañana y el hambre se iba haciendo sentir como un nuevo tormento para los viajeros, cuando, en el opresivo silencio, sonó nítido y tajante un lejano tiro de fusil.

Los hombres de la columna se estremecieron y empezaron a ponerse de pie y a requerir sus armas, mientras escuchaban otros tres disparos más. Pero aunque todos se hacían alarmadas conjeturas y proponían determinaciones, ninguno, ni aun el capitán

Sepúlveda, se atrevía a disponer nada. Minutos más tarde, se vio venir un jinete al galope por la llanura blanca y, simultáneamente, sonó el toque «adelante» que lanzaba una lejana corneta. Poco después, fueron audibles las voces que venía dando el jinete, que no era otro que el mayor Rodríguez.

—¡En marcha la columna! —gritaba—. ¡Rápido, en marcha!…

Cuando detuvo su caballo en el sector donde estaba el primer hospital, el capitán Sepúlveda se le acercó presuroso.

—¿Nos atacan, mi mayor? —le preguntó.

—Todavía no, pero es posible que lo intenten —le contestó el explorador.

—¿Y esos disparos, Manuel? —le consultó Leonora incorporándose del lado de Elcira.

—Los montoneros descubrieron nuestra pasada cuando iba dejando el desfiladero la retaguardia formada por el «Carabineros» y éstos se vieron obligados a dispararles unos tiros, que bastaron para ahuyentarlos. Pero los enemigos ya saben que constituimos la división completa que se retira de Tarma, y han partido como un celaje a participarlo al general Cáceres. Es preciso, pues, apresurar la marcha y refugiarnos en Oroya.

—Es imposible hacer marchar rápido a esta pobre gente —le objetó el capitán.

—Deberán hacerlo, capitán. Úrjalos usted como pueda. ¡Vaya, vaya!

Sepúlveda se dispuso a obedecer la orden al momento y se mezcló entre la gente de su sección animando a los soldados a gritos.

Rodríguez pidió a Leonora que volviera a montar a la grupa de su caballo.

—No puedo dejar a Elcira, que va enferma —le opuso la joven, pero él insistió.

—Con mayor razón, debes dejarle la mula a ella sola —razonó —. Acosta se encargará de cuidar a Elcira.

La enferma, por su parte, le pidió que obedeciera y Leonora montó junto al mayor.

Recomendando al soldado, una vez más, que atendiera a la enferma, el explorador puso su caballo al galope y se alejó hacia la vanguardia.

—Una compañía del «2.º de Línea» tiene que apresurarse en llegar al puente de Oroya para volarlo con dinamita tan pronto como haya terminado de cruzarlo la división —iba participando a la joven mientras corrían—. Y mi deber es guiarlos.

—¿Hay peligro verdadero, Manuel? —le indagó Leonora inclinándose hacia él.

El explorador no le respondió al momento, y cuando lo hizo, su voz sonaba inquieta.

—Sí, amor mío, un ataque de los enemigos, en el estado en que nos hallamos, representaría una matanza incontrarrestable.

El último tramo de la terrible retirada fue indescriptible. Los indios portadores de las camillas iban cayendo en la nieve, incapaces de seguir la marcha de los soldados, y éstos tuvieron que reemplazarlos en la carga de los enfermos. Por su parte, los carabineros dieron alcance a los hospitales y recogieron a las mujeres, a las que echaron en ancas de sus caballos. Los soldados de dos compañías del «Santiago» arrastraron a una marcha más rápida a las mulas y burros en que iban los enfermos de menos gravedad.

Cuatro horas más duró aquella pesadilla. Eran las dos de la tarde cuando se divisaron a lo lejos la cinta oscura del río Oroya y los faldeos del pueblo.

El coronel Del Canto, demacrado por el cansancio, llegó uno de los primeros, cruzó el puente y detuvo su caballo en la orilla opuesta del río. Sin pronunciar palabra, esperó hasta que pasó íntegra la prolongada y triste columna. Entonces se volvió al comandante del «Carabineros» que cruzaba el último y le preguntó:

—¿Está seguro de que no ha quedado ningún rezagado?

—Personalmente he venido cerciorándome, mi coronel —y reforzó su respuesta agregando—: Han pasado todos los que aún están vivos.

El comandante en jefe suspiró hondamente y se volvió al mayor Enrique del Canto, que aguardaba sus órdenes.

—¡Enciendan las mechas de la dinamita! —le expresó.

Segundos más tarde, tres explosiones casi simultáneas destrozaban el puente por sus cabeceras y por el centro, precipitando sus restos en la profunda grieta del río.

El coronel Estanislao del Canto cerró los ojos y exclamó con enorme alivio:

—¡Gracias a la providencia, hemos salvado la división!

14

Los restos del ejército de conquista del coronel Del Canto entraron a Oroya en medio de un profundo silencio, roto solamente por los gemidos de los enfermos sumidos en la inconsciencia. El pueblo minero se veía totalmente abandonado y sus calles mostraban la tristeza de un cementerio. Chapoteando penosamente en las charcas de nieve derretida, los componentes de la división fueron distribuyéndose alrededor de los escasos edificios que contorneaban la plazuela central y ahí esperaron la llegada del comandante en jefe. Éste se hizo presente con expresión sombría, pese a la satisfacción de haber salvado a la fuerza expedicionaria. Pero el aspecto del caserío donde tendrían que mantenerse hasta el arribo de la división que operaba en Cerro de Pasco y Junín lo deprimía seriamente.

Desmontando con lentitud, como si buscara darse tiempo antes de revistar a su gente, dejó transcurrir unos instantes más. Después alzó el rostro para contemplar a los soldados. Éstos estaban formados en las cuatro calles que rodeaban la plaza; y más que un ejército en retirada, era una pequeña multitud azotada por las calamidades.

Añadiendo pobreza y desamparo al espectáculo, las mujeres y los enfermos exhibían sus rostros desencajados, en los que era aún más patente el desastre del insoportable repliegue.

Del Canto prefirió quitar los ojos de la doliente masa humana. Sin volver a mirarla, ordenó a sus ayudantes que distribuyeran a los hombres y mujeres en los recintos habitables del pueblo. Los enfermos deberían ser los primeros en hallar acomodación en las bodegas y en la casa de la administración de las minas. La comandancia y la oficialidad ocuparían los edificios contiguos a la

plaza; y las demás habitaciones serían ocupadas por los componentes del batallón «Chacabuco», que eran los más quebrantados. En cuanto a los demás batallones…

—¿Sí, mi coronel?… —le inquirió el teniente ayudante Villota, que estaba recibiendo sus órdenes, y repitió—: ¿En cuanto a los demás batallones?…

—¿Qué quiere que le diga, ayudante? —exclamó—. ¡Tendrán que divagar al aire libre! ¡Qué carajo, no puedo improvisar casas por obra de magia!

El jefe del servicio sanitario fue llevado a presencia del coronel minutos más tarde para que rindiera su informe sobre el estado en que habían llegado los hospitales.

Del Canto se sintió aplastado cuando el doctor Gana Urzúa le comunicó que, aparte de los muertos, por lo menos veinte de los demás enfermos se habían agravado a tal extremo que podían fallecer en cualquier momento. La causa había sido la intensidad del frío y la humedad de las ropas que los cubrían.

—Pero ¿cómo es posible que no se haya resuelto ese problema inmediatamente después de nuestra llegada aquí? —estalló el coronel.

—No hay ropas de remuda —le participó el cirujano.

—Pues séquenles las que traen puestas.

—No hay leña para encender fuego, mi coronel.

—¿Qué está usted diciendo, doctor? —exclamó el jefe, sintiendo desplomarse su entereza.

—No hay un palo de leña para encender fogatas en donde cocinar el rancho o secar las ropas —le repitió Gana Urzúa en tono agorero.

Al coronel Del Canto se le cayeron los hombros y sólo atinó a decir, vencido:

—Habrá que sacar de aquí a los enfermos cuanto antes.

—No sólo eso, mi coronel. Si no desea usted que la mitad de su ejército quede enterrada en Oroya tendrá que ordenar inmediatamente la reanudación de la marcha.

—¡Está usted loco!

—Observe las condiciones en que están acampando los soldados —le dijo el doctor, señalando una ventana.

Del Canto miró al exterior y se sintió sobrecogido. Las calles se

veían cubiertas de barro y escarcha y sobre aquel lodazal helado se movían los hombres buscando el mejor acomodo para descansar y, aún más, para dormir.

—Añada a esto el hecho de que no podrán tomar rancho caliente, porque… —insistía el doctor, pero el coronel lo acalló con un grito.

—¡Basta, doctor! No puedo mover a la tropa hacia el otro lado de la cordillera todavía.

—¿Por qué no, por mil diablos? —tronó el médico, olvidado del respeto a la jerarquía—. Que descansen hoy, y mañana tendrán fuerzas para cruzar la cordillera. En Casapalca encontrarán alojamiento y rancho caliente. Después seguirán hasta Chicla y allí embarcarán en el tren a Lima.

El coronel movió obstinadamente la cabeza.

—¡No puedo mover los batallones todavía! —¿No comprende usted que si me llevo a los soldados al otro lado de la cordillera a quien condeno a muerte es a la división que el coronel Gutiérrez trae de Cerro de Pasco?…

—En plena sierra, a tres mil quinientos metros de altura, sin víveres y sin fuego… —gimió Gana Urzúa.

Del Canto dejó transcurrir un largo tiempo antes de hablar. Cuando lo hizo, en su voz había una remota seguridad.

—Habrá rancho caliente y fuego —dijo con lentitud—. Los pobladores se llevaron todo lo que podría prestar alguna utilidad a nuestra tropa, pero dejaron las puertas, las ventanas de las casas, las vigas que sostienen los techos. Y todo eso es leña, llegada la ocasión. Ordenaré que se arranquen y se enciendan fogatas con ellas. Sea como fuere, aguantaremos hasta que lleguen el coronel Gutiérrez y sus hombres. Mientras, enviaremos a los enfermos y a las mujeres al otro lado de la cordillera. Lo que necesito son los soldados que aún pueden combatir.

Rodríguez cruzaba despaciosamente el pueblo en dirección a una choza alzada en uno de los ángulos de la plaza. Su mirada perspicaz caía sobre el caserío minero formado por pequeñas habitaciones de gruesos adobones y techumbre de ichu. Todas eran

iguales, salvo dos grandes bodegas para almacenar minerales, que estaban cubiertas por tejas. En una de aquellas casuchas insalubres, ahumadas por el fuego que los indios mantienen constantemente encendido en un hoyo del suelo, estaban instaladas Leonora y Elcira.

Cuando Rodríguez se asomó al interior. Leonora terminaba de improvisar un camastro, en el cual estaba acostada Elcira. Con cariñosa abnegación, la joven se esmeraba en envolver a su compañera con las mantas de Acosta y la suya propia, para protegerla del viento frío que se colaba por centenares de grietas. Al oír los pasos del oficial y el retintín de sus espolines, se enderezó y volvió el rostro hacia la puerta. El explorador la observaba sonriendo.

—Buenas tardes —dijo entrando—. ¿Cómo se sienten en la nueva casa?

Leonora le devolvió la sonrisa, pero su rostro se veía empañado por la tristeza.

—Un poco más cerca del hogar, Manuel —le respondió—. Pero mi pobre vieja no está muy bien. Ya ves, he tenido que acostarla; y eso me atemoriza. Desde que andamos juntas, nunca la vi enferma.

—No le haga caso, don Manuelito —rezongó la aludida—. Mi niña está haciendo una montaña de un grano de arena. Lo único que ocurre es que se me metió el hielo en los huesos. Ya no estoy tan jovencita como para andar en estos trotes.

Rodríguez le palmeó cariñosamente una mano, mientras decía:

—Confiemos en que será algo pasajero. Por lo demás, no pasará mucho tiempo sin que estén ustedes en un ambiente confortable. Mi coronel Del Canto ha dado la orden de que los enfermos y las mujeres partan a la brevedad posible hacia Lima.

—¿Cuándo vamos a partir? —preguntó Elcira con inquietud.

—Mañana temprano. Se está organizando el convoy.

—¿Entonces no parte la división completa? —terció Leonora.

—No, querida. Los soldados tenemos que quedarnos aquí esperando la llegada de la fuerza del coronel Gutiérrez, que viene del norte.

—¿Cuántos días calculan que tardará en llegar esa tropa?

—Unos tres días más.

Leonora se quedó pensativa como si echara cálculos difíciles, y

luego determinó:

—Entonces es preferible que Elcira no se mueva de aquí y que parta con el grueso del ejército. Hacerla cruzar la cordillera en el estado en que se halla es exponerla a agravarse.

Rodríguez no se atrevió a decirle al momento que no le era posible contravenir la orden dada por Del Canto y buscaba la manera de dársela a entender, cuando un hecho imprevisto vino a darle la solución.

—¡Comiencen por esta casa! Es la que tiene mejor paja —oyó decir a alguien.

Segundos después se vio recortarse en el marco de la puerta la figura de un soldado, que participó a su jefe:

—Está ocupada, mi teniente.

Por la abertura de la entrada asomó el teniente Eduardo Sierralta, quien se detuvo, encandilado, tardando en reconocer al explorador.

—Dispense, mi mayor —exclamó—. Siento causarles una molestia, pero tengo orden de mi coronel Del Canto de sacar todos los techos de paja de las casas.

—¿Pero a qué obedece una determinación tan absurda? —le inquirió Leonora irritada—. Estas casas constituyen los únicos refugios para esquivar la nieve y el frío.

—Perdóneme, señorita, pero no hay una brizna de paja para forraje de los caballos. Y si no los alimentamos, morirán todos de hambre —le explicó Sierralta.

Rodríguez comprendió cuánta razón había en aquella medida heroica. Sin los caballos y las acémilas resultaba imposible cruzar la cordillera.

—Pero no es posible que no hallen otra solución —objetaba en esos instantes Leonora—. ¿Qué va a ser de los enfermos?

—Serán reunidos en las dos bodegas que tienen techos de tejas —le informó Sierralta.

Leonora iba a seguir oponiéndose, pero Rodríguez la acalló posando su diestra sobre uno de sus hombros.

—El teniente tiene razón, querida. Lo primero es mantener vivo y en condiciones el ganado.

—Entonces… ¿Elcira?…

—Tendrá que partir mañana junto con los demás enfermos —le

afirmó el explorador y dirigiéndose al teniente le rogó—: Sierralta, deseo pedirle un favor personal. Deje esta casa con su techo intacto hasta mañana. Ya pronto va a obscurecer y no tendrán ustedes tiempo para arrancar la paja a todas.

El joven oficial se inclinó aceptando.

—Comprendo, mi mayor —dijo—. Cuente usted con eso. Las señoras podrán alojar abrigadas esta noche. Haré quitar este techo mañana.

—Gracias, teniente, y prosiga usted.

Cuando se apagaron los pasos del teniente, un silencio pesado reinó en el interior de la choza. Lo apremiante de la situación los aplastaba a los tres. La primera en hablar fue Leonora. Siguiendo el hilo de su pensamiento y temerosa de recibir una respuesta negativa, aventuró una pregunta, que embargaba al mismo tiempo una súplica:

—Podrás ir con nosotras, ¿verdad, Manuel?

—Confío que sí. Seguramente me encargarán guiar a la columna a través de la cordillera —dijo aparentando seguridad.

Volvieron a quedar en silencio, inseguros los dos, y la voz cansada de Elcira los sacudió un tanto al decir opacamente:

—¿Será posible conseguir un poco de café caliente, mi mayor? La *verdá* es que tanto la señorita como yo no hemos probado bocado caliente desde ayer.

El explorador insinuó un movimiento hacia el exterior, como si fuera a solucionar inmediatamente el problema, olvidado de que él tampoco había comido nada desde el día anterior. Pero, coincidiendo con su ademán, asomó entonces el rostro enflaquecido de Acosta en el hueco de entrada. Venía taciturno y malhumorado y se cuadró con desgano ante su superior irritado.

—Me parece entender que te has despreocupado de las señoras, Acosta —le dijo en tono de reprensión.

—No, mi mayor —le respondió—. Yo creí que rebuscando con paciencia y maña podría hallar algunas cositas para engañar el hambre. Sin embargo…

—¡No me digas que fallaste!…

—No hay *na* pa comer en toda Oroya —confesó abatido.

—¡El rancho corriente entonces! —le exigió el oficial.

—Tampoco hay *na* rancho, mi mayor. En total, la división tiene

diecinueve vacunos y un quintal de sal *pa'l* rancho de hoy y mañana.

El explorador, espantado, pesó cabalmente la magnitud del desastre, a través de las expresiones del ordenanza. Antes de dos días la división entera estaría enloquecida de hambre.

—¡Tenemos que partir mañana mismo! —dijo resueltamente y se encaminó hacia el exterior advirtiendo a sus acompañantes—: Voy a averiguar en qué forma se hará el viaje. Vuelvo pronto, Leonora.

Cuando llegó a la bodega donde se hallaba Del Canto, descubrió allí a los comandantes de todos los batallones, los que cuchicheaban entre ellos con expresiones sombrías. La falta de rancho empezaba a pesar en las tropas y todos venían al comandante en jefe para que solucionara el terrible problema. Pero Del Canto se había encerrado en una habitación con su ayudante Emilio Contreras y se demoraba en salir.

El jefe quedó anonadado cuando supo la noticia por el capitán Contreras. La certeza de que no habría rancho de ninguna especie al día siguiente y que, a pesar de eso, tendría que mantenerse allí hasta que llegara la división del coronel Gutiérrez era superior a su resistencia psíquica.

—¿Por qué demonios no llegan las fuerzas de Cerro de Pasco? —exclamó atormentado—. Ya debían estar aquí.

La única explicación que se le ocurría era que el ejército de Cáceres les hubiera interceptado el camino; y, en ese caso, el resultado no podía haber sido sino uno: el exterminio total. ¿Qué resistencia iban a oponer ochocientos hombres a los once o doce mil enemigos?…

—¿Qué ordena usted que hagamos, mi coronel? —interrumpió el ayudante sus cavilaciones.

Tuvo que hacer un esfuerzo para poner en orden sus ideas.

—Primero, enviar un par de mensajeros hábiles a Chicla, en demanda de provisiones —dispuso, por fin—. Y, segundo, mandar un destacamento de caballería, formado por los jinetes más diestros y los mejores caballos, para que suban al galope hasta Cerro de Pasco y averigüen por qué no llega el coronel Gutiérrez con su división.

—El ejército enemigo debe ocupar los caminos en la otra orilla del río —le recordó el ayudante.

—Pues los nuestros tendrán que burlar la vigilancia de los adversarios y llegar hasta Gutiérrez, si es que… —No terminó la frase; cruzaba por su cerebro que podían haber corrido la misma suerte que los chacabucos en La Concepción.

—¿Quiénes compondrán ese destacamento? —le consultó el oficial, libreta en mano.

—Veinticinco hombres del «Carabineros de Yungay» y un jefe que conozca toda la sierra norte palmo a palmo, de modo que pueda guiarlos por caminos ignorados.

—Entonces no puede ser otro que mi mayor Rodríguez.

—Diga a Rodríguez que se disponga a partir hacia el norte esta misma noche. La obscuridad ha de ser su mejor aliada. ¡Ah! Y el convoy de enfermos partirá hacia Chicla antes del alba de mañana, para no tener que darles rancho aquí. Eso es todo.

Cuando Rodríguez recibió la orden de partir a Cerro de Pasco aquella misma noche, sus ojos fulguraron con rebeldía, por primera vez desde que participaba en la guerra. Aunque entendía las razones que movían al comandante en jefe para enviar a un destacamento en busca de noticias del coronel Gutiérrez, todo su ser se rebeló en aquella ocasión, porque su único anhelo era acompañar a Leonora en la travesía de la cordillera, infestada de montoneros. Sin dar a conocer al ayudante Contreras las causas de su actitud, le respondió categóricamente:

—No, capitán; no iré a Cerro de Pasco.

—Perdón, mi mayor —balbuceó—, ¿pero debo entender que desobedecerá la orden?

—Eso mismo —insistió secamente Rodríguez.

—Mi mayor, la insubordinación en emergencia de guerra…, usted sabe…

—Sí, es penada con fusilamiento, lo sé. Pero me niego a ir a Cerro de Pasco ahora. Bastantes servicios he prestado. Tengo derecho a que se me libere un poco en esta oportunidad.

—Lo siento —dijo por fin—, pero tendrá usted que exponer sus razones personalmente al comandante en jefe.

—Bien, iremos juntos ante el coronel Del Canto.

Anochecía cuando llegaron a la bodega de la comandancia; empezaban a caer unos ligeros copos de nieve. Rodríguez iba con las mandíbulas apretadas, y el gesto duro que le fruncía el ceño le

empequeñecía los ojos. No obstante, en presencia del coronel Del Canto se sintió desarmado de golpe ante el aspecto del veterano. El recio coronel se hallaba al fondo de la habitación y observando por una ventana. Al oír los tacones de los oficiales, se volvió lentamente y les dio el rostro. La demacración de sus rasgos y la opacidad de sus ojos delataban claramente su hondo cansancio y el pesar que lo abrumaba. Sin esperar el informe de su ayudante, les expresó, como si hubiera estado compartiendo sus pensamientos con ellos desde hacía rato:

—Está empezando a nevar de nuevo y los soldados tendrán que pasar la noche a la intemperie, durmiendo sobre los charcos escarchados.

El capitán Contreras se desconcertó y no fue capaz de rendirle cuenta de lo que acababa de suceder entre el explorador y él. Se limitó a decir en voz baja:

—Transmití al mayor Rodríguez su orden de aprestarse a partir hacia Cerro de Pasco y él…, él tiene algo que decir a usted.

El coronel giró sus ojos interrogantes hasta Rodríguez, ante cuya actitud el oficial tosió, desasosegado, para aclarar la voz.

—Mi coronel, deseo ser eximido de cumplir esa orden.

—Lo lamento, mayor, pero es imposible. Todos estamos tan agotados como usted y, sin embargo, seguimos cumpliendo con nuestro deber —murmuró.

—No es por cansancio, coronel —dijo terco.

—¿Teme usted penetrar al territorio en que se mueve el ejército enemigo?

El explorador se puso rígido, y contestó con altivez, aunque sin olvidar el respeto:

—Jamás el temor me ha hecho retroceder. No, no es temor, mi coronel, pero quiero acompañar a la columna que partirá mañana hacia Chicla. Van en ella dos personas a las que me he comprometido a sacar a lugar seguro.

El coronel Del Canto dejó de mirarlo y comenzó a hablar; había una acongojada severidad en su acento:

—Mayor Rodríguez —dijo—, hasta ahora tenía el concepto de que usted era uno de los hombres que mejor entendían el compromiso que todos tenemos contraído con los compañeros de armas y con la patria. Escuche usted bien. Tengo a este lado del río

mil quinientos soldados, aparte de los enfermos. En las tierras de la otra orilla está el ejército enemigo, fuerte en doce a trece mil hombres. Y más allá, en algún lugar impreciso, se hallan seiscientos soldados del «3.º de Línea» y ciento cincuenta del «7.º de Línea». Nuestros víveres no alcanzan más que hasta mañana al mediodía. Lógicamente, tendré que abandonar Oroya para evitar que estas tropas que tengo aquí perezcan de hambre. Pero si lo hago, expongo a los soldados del «3.º de Línea» y del «7.º de Línea» a ser exterminados por las fuerzas de Cáceres. Podría ordenar simplemente a usted que obedezca, sin pedir explicaciones. Pero deseo hacer una excepción, por eso le expongo el estado en que nos hallamos. El coronel Gutiérrez debe estar atascado con su gente, sin poder traspasar las líneas enemigas. Es forzoso, pues, que un hombre que conozca al dedillo estas sierras malditas vaya, lo encuentre y le señale un sendero escondido para salvar a su tropa. En toda esta división no hay más que un hombre que pueda cumplir esa misión con éxito. Ése es usted. No quiero recordarle que si no me obedece, tengo perfecto derecho a hacerlo fusilar —prosiguió—. Prefiero que usted entienda bien el dilema en que nos encontramos y cumpla por voluntad propia. —Hizo una pausa y le preguntó, enseguida, marcando una a una las palabras—: ¿Qué me responde usted?

Manuel Rodríguez cerró los ojos y tragó saliva. Después, enfrentó francamente al veterano.

—Está bien, coronel —le contestó—. Partiré con el destacamento del «Carabineros de Yungay» en el momento que usted lo disponga.

El comandante en jefe le agradeció con una sonrisa comprensiva y lo palmeó en un hombro. Después volvió a la impersonalidad oficial:

—La partida del destacamento debe realizarse ahora mismo. Ya está obscuro. Marcharán ustedes toda la noche y antes del alba llegarán a Junín. Ahí, seguramente, encontrarán noticias de la división del coronel Gutiérrez.

Minutos más tarde, el explorador se entrevistaba con Leonora en la puerta de la cabaña que las dos agentes ocupaban. La joven había comprendido la inminencia de su partida desde el momento mismo en que lo vio llegar sobre el caballo totalmente equipado para una larga travesía y el hombre no tuvo que darle largas explicaciones

para que comprendiera. La tristeza y la desesperanza se estampaban notoriamente en los delicados rasgos de ella.

—Otra vez debemos separarnos —murmuró— y quizás cuánto tiempo pasará antes de que nos volvamos a encontrar.

El oficial trató de consolarla con razones que sabía muy débiles, pero no se resignaba a dejarla sin una esperanza.

—La separación no será larga, vida mía —le dijo—. Tú partirás mañana a Chicla y ahí el convoy de enfermos tendrá que esperar a que sea rehabilitada la línea del tren. Eso nos dará tiempo para alcanzarlos en esa estación.

Leonora negó agitando suavemente la cabeza. El oficial supo penetrar en su pensamiento y prefirió proceder con franqueza.

—No niego que cabe la posibilidad de que tardemos más tiempo en regresar —murmuró—, como también es posible que…, que no regresemos nunca. Pero si la suerte me acompaña como hasta ahora, te buscaré en Chicla, o más tarde en Lima. Pero ten confianza en que regresaré a tu lado lo antes posible. Te participo que he resuelto solicitar que se me dé de baja en el ejército, para volver contigo a Chile.

Estaban con las manos unidas y Leonora levantó su rostro anhelante hacia él.

—¿Volver juntos a Chile?… —exclamó con temor.

—Sí, querida; es lo que debemos hacer. Regresaremos a la patria y hablaremos con tu marido. ¿No crees tú que es lo más correcto?

Leonora cerró los ojos e inclinó la cabeza varias veces, asintiendo.

En ese instante, un clarín dejó oír su sonido agudo: el destacamento de jinetes que lo acompañaría estaba ya formado en el centro de la plaza.

—Ya es hora de que me marche —dijo a la joven—. Dejaré aquí a mi ordenanza para que las cuide durante la travesía de la cordillera.

Leonora rechazó su ofrecimiento con ademán desanimado.

—No, Manuel. Ustedes dos han enfrentado peligros siempre juntos, no quiero que se vean separados por mi culpa. Yendo los dos, ambos estarán más protegidos. Nosotras viajaremos seguras, escoltadas por seis compañías de soldados.

La agitación de los caballos y sus relinchos los urgía a separarse;

pero Rodríguez no se decidía a partir. Tomando a Leonora suavemente de los hombros, le dijo con pasión:

—Querida, déjame que te repita lo que en todo momento te estoy demostrando hasta con el más leve de mis gestos: ¡te quiero con toda mi alma! Hasta que la muerte cierre mis ojos, estaré expresándolo con la misma emoción. ¡Te quiero, Leonora!… ¡Te adoro, mi bien!

La joven se debatió acongojada y próxima al llanto entre sus brazos, y su voz enronquecida surgió como un desgarrador susurro:

—¡Manuel!… ¡Manuel!… No hagas más dolorosa esta despedida. ¡Vete, vete ya!

El explorador fue cerrando suavemente sus brazos en torno a ella, hasta fundirla en su propia silueta. Los rostros frente a frente y rozándose, le musitó rápidamente:

—¡Hasta la vuelta, amor mío! —y la besó larga y apasionadamente. Después, la soltó con precipitación y montó sobre su caballo.

Fue en ese momento en que Leonora pareció reaccionar. Abandonando su desmayado estatismo, corrió hacia el explorador y, tomándose con ambas manos de una de sus rodillas, le expresó atolondradamente, con enloquecida angustia:

—Manuel, recuerda siempre lo que voy a decirte.

—No te exaltes, mi adorada.

—No, no, si no me exalto. Es que al verte ya sobre el caballo, me ha asaltado un triste presentimiento. Y la fatalidad se ha ensañado tanto con mi vida, que he aprendido a temer las corazonadas. ¡Manuel!, si no volviéramos a vernos nunca más, piensa siempre que el amor que siento por ti ha sido puro, a pesar de las circunstancias; que nació en mi alma con fuerza incontenible, como el bien siempre anhelado; que luché dolorosamente contra él, y si, por fin, me rendí, fue porque lo considero límpido, hondo y humano. Recuérdalo, mi bien; recuérdalo.

El clarín del destacamento volvió a sonar, reclamando al explorador. Éste, que había detenido su caballo, se inclinó fugazmente hacia la joven, y tomándole las manos se las besó, una tras la otra.

—Gracias, querida —le dijo con la voz emocionada—. Pero no temas; volveremos a reunirnos y no nos separaremos más. Adiós, mi

vida.

Picó espuelas y se alejó al galope en dirección al destacamento, sin volver la cabeza.

Leonora quedó en un costado de la plaza, doblegada por el quebranto, empequeñecida en la obscuridad, repitiendo en un susurro ahogado por las lágrimas:

—¡Adiós, mi adorado!… ¡Adiós!…

Amaneció el día siguiente y aún nevaba. El pueblo estaba completamente blanco por la nieve acumulada durante la noche. El coronel Del Canto se estremeció dentro de su capote, y tuvo que frotarse vigorosamente las manos para desentumecerlas. Aunque acababa de beber el mismo caldo que la tropa, un pedazo de carne cocida en agua con sal, sentía un frío taladrante. De la mesa rústica que le servía de escritorio tomó una cantimplora y bebió una larga buchada de aguardiente. Respiraba más aliviado, cuando entró su ayudante a participarle que ya estaba listo para partir el convoy de los enfermos. No era éste, sin embargo, el que preocupaba al rudo veterano. Tenía confianza en la escolta de seis compañías de soldados que protegían al convoy; en cambio, su pensamiento no se había apartado un segundo del destacamento que había partido hacia el norte bajo el mando de Rodríguez.

—No he dormido pensando en los carabineros que partieron anoche hacia Cerro de Pasco —confió a su ayudante—. Han tenido que marchar en la obscuridad y bajo una nevazón despiadada.

El capitán Contreras trató de tranquilizarlo, argumentándole que Rodríguez era suficientemente hábil como para sobrepasar aquellas dificultades.

—¡El mayor Rodríguez es un hombre también; está sujeto a las mismas limitaciones de resistencia de todo ser humano! —Hizo una pausa, y suspiró fatigosamente. Después, dijo como para convencerse a sí mismo—: Era preciso, era preciso…, no ha sido un sacrificio exigido por capricho.

Salieron ambos a la enlodada plaza de Oroya, y el coronel dio las últimas órdenes para la partida del convoy. La larga hilera de bestias de carga y de camillas cargadas por indios comenzó a abandonar el pueblo. Cuando sólo faltaba por salir el grupo de mujeres, se acercó a Estanislao del Canto el comandante Pinto Agüero.

—Mi coronel, los vigías de mi batallón apostados a la orilla del río avistaron esta madrugada una gran concentración de fuerzas enemigas en la otra orilla.

—Es el ejército de Cáceres que ha llegado —razonó Del Canto, sin impresionarse—. No tiene importancia. No disponen de medio alguno para cruzar el río. Tendrían que construir otro puente.

—Pero también estos centinelas me informaron que han divisado a numerosos montoneros en las cumbres que dominan Oroya —insistió el jefe del «Chacabuco».

—Estaba previsto que los montoneros nos mantendrían cercados, pero desde prudente distancia —dijo el coronel. Mas, de súbito, su rostro se iluminó por causa de una idea que acababa de ocurrírsele —. Ya que están ahí, observándonos, vamos a demostrarles que no les damos más importancia que un perro a los pelos de su cola. Dígame, comandante Pinto Agüero, ¿los músicos de su batallón tendrán ánimos como para tocar sus instrumentos? Quiero que formen a la salida del pueblo y despidan a la columna que se marcha con los himnos de nuestro ejército.

Elcira, que iba refugiada entre los brazos de Leonora y que desde la partida se quejaba sordamente, abrió los ojos y levantó un tanto la cabeza al oír los marciales sones.

—¿Y esa música…? —exclamó, emocionada.

La banda tocaba el *Adiós al Séptimo de Línea*. Era la vibrante, heroica y solemne canción guerrera del regimiento «Esmeralda». Al oírla, Leonora sintió que un intenso escalofrío le recorría la espalda, y se le encarrujó la piel. Aquella música le traía a la memoria las imágenes del «manco» Amengual, de la oficialidad del bizarro regimiento, y también el recuerdo de Alberto Cobo, su marido olvidado.

—¡Dios santo!… —musitó quedamente—. ¡Éstos sí que son soldados!

—¡Capaces de tocar sus himnos en medio de este purgatorio helado!… ¡Mis rotos lindos!… ¡Mis rotos bravos!…

Las dos mujeres lloraban silenciosamente a medida que los sones del *Adiós al Séptimo de Línea* se iban perdiendo en la lejanía.

15

El mayor Rodríguez, con la diestra a modo de visera, observó a los cinco hombres que regresaban de una misión que les había encomendado hacía media hora. Volvían trayendo frente a las bocas de sus fusiles a dos hombres envueltos en mantas multicolores.

El pelotón de jinetes esperaba en un recodo del sendero de llamas y vicuñas, al que habían llegado tras de cabalgar la noche entera. El explorador había guiado al destacamento por una senda escarpada, paralela al río Mantaro, hasta un punto elevado que dominaba el pueblo de Hondores, ubicado junto al lago Junín. El fulgor de una fogata encendida entre los riscos superiores de la montaña les había indicado el sitio en que se escondían vigías de las montoneras enemigas. En un rasgo de audacia, cinco carabineros desmontados se lanzaron a capturarlos, y eran ellos los que regresaban con los cautivos, que se habían entregado sin lucha.

Cuando los tuvo al frente, Rodríguez desenvainó su largo sable curvo, y fue suficiente para que los prisioneros se arrojaran al suelo.

—¡No nos mates, comandante! ¡No te hemos hecho nada, pues! —gimió uno de ellos.

—Voy a hacerles unas preguntas y ustedes las responderán al momento. Aquel que no me conteste se quedará sin cabeza. ¿Entendido?

Los dos cautivos demostraron su sumisión con desesperados lamentos.

—¿Pertenecen ustedes al ejército de Cáceres? —inquirió al que parecía menos atontado.

—Sí, señor, sí; somos de la montonera de Cajas.

—¿Está el ejército de Cáceres en Junín?

—Sí, señor. Entramos en Junín hace dos días.

—¿Y los soldados chilenos que estaban en este pueblo?

—Se habían ido hacia el norte el día anterior, comandante.

—¿Hacia el norte?… —preguntó desconfiado.

—Sí, mi señor —se apresuró a explicarle el indio—. Nuestros jefes dijeron que, seguramente, habían huido al norte, para juntarse con otros chilenos en Cerro de Pasco.

El empleo del pretérito para aludir a la permanencia de los chilenos en Cerro de Pasco hizo que Rodríguez volviera a recelar un engaño. Clavando sus pupilas amenazadoras en su informante, le inquirió:

—¿Entonces los soldados chilenos no están en Cerro de Pasco?

—No, mi señor. También huyeron de ese pueblo.

—¿Hacia dónde fueron?

—Nadie lo sabe, mi señor. El coronel Tafur ocupó Cerro de Pasco ayer no más, pues. Y los chilenos se habían desaparecido.

El explorador estaba desorientado; no lograba entender cómo era posible que la división de Gutiérrez no se hallara ni en Junín ni en Cerro de Pasco.

—¿Acaso no fueron las tropas del coronel Tafur por el camino que une Junín con Cerro de Pasco? —insistió ante su interrogado.

—Así no más es, mi señor.

—¿Y no toparon a los chilenos?

—No, pues, mi señor.

—¡Mientes! Nuestros compatriotas no pueden haberse hecho humo.

El prisionero se ovilló en tierra, como si sintiera silbar el sable que habría de cercenarle la cabeza; y su compañero se apresuró a intervenir atolondradamente.

—Hay muchos otros senderos, señor comandante. Los chilenos seguramente desaparecieron por algunos de los que corren por arriba de los montes.

Rodríguez comprendió que ésa era la única explicación posible. Volviéndose a su ordenanza, le consultó:

—¿Recuerdas haber sabido de otros caminos adecuados para un batallón, cuando estuvimos en Cerro de Pasco?

Acosta se rascó la cabeza, hasta concluir por afirmar:

—¡Claro que hay otros senderos por encima de las cumbres, mi capi! ¿Se acuerda de esa vez que bajamos de Cerro de Pasco a

Tinyahuarco, para seguir de ahí a Huayllay y llegar hasta la laguna de Quiulacocha?

Los lugares mencionados se vinieron de inmediato a la memoria del explorador, quien silbó recordando que aquel sendero había sido espantoso aun para ellos dos que viajaban en buenas mulas, especialmente en el trecho que va de Quiulacocha al Condorvado, cruce de caminos en donde nace una ruta que llega hasta Oroya.

«Pues ésa es la única vía por donde el coronel Gutiérrez puede haber sacado a sus tropas», reflexionó para sí; y después de pensar un poco, volvió a su interrogatorio:

—¿Cuándo entró el coronel Tafur a Cerro de Pasco?

—Iba andando ligerito con su gente, así es que debe haber entrado a Cerro ayer por la mañana, pues, mi señor.

Rodríguez hizo un rápido cálculo mental. Seguramente la división debía estar en esos momentos en las cercanías de la laguna de Quiulacocha, tratando de salir al camino de Oroya por el Condorvado. Dispuso entonces que dos carabineros cargaran en sus caballos a los indios cautivos y ordenó que el destacamento rehiciera el camino hasta el Condorvado. Una vez en marcha, explicó su plan al teniente Vicente del Solar, que compartía con él el mando del piquete.

—En el cruce del Condorvado se apostará usted con sus hombres, mientras Acosta y yo treparemos hasta las alturas de Quiulacocha. Tengo el palpito de que vamos a encontrar cerca de esa laguna a la división de mi coronel Gutiérrez.

El destacamento, pese a lo peligroso de la senda, rehízo vertiginosamente el trayecto que había recorrido en la madrugada y descendió al borde del Mantaro en poco más de tres horas. Estaba cercano el mediodía cuando detuvieron sus caballos sudorosos en la orilla del torrente. En ese punto existía una angosta grieta que bajaba hasta el nivel del agua, y por la cual era posible cruzar el río. Con el agua saltando por los flancos de los caballos realizaron el cruce y subieron a la otra banda.

El caserío de Condorvado estaba absolutamente desierto cuando los caballos se detuvieron entre sus escasas chozas. Rodríguez atrajo la atención del teniente Del Solar hacia los escarpados picachos de la cordillera occidental. Durante el trayecto hasta Condorvado el explorador había tenido tiempo para meditar mejor sobre sus pasos

futuros, y decidió que era innecesario que el destacamento aguardara su regreso en aquel lugar, siendo preferible que regresara a Oroya, para comunicar al coronel Del Canto que los soldados del coronel Gutiérrez venían por las montañas.

—¿No es demasiado peligroso que se internen ustedes dos solos, sin nadie que les guarde la retaguardia? —le observó el teniente.

—Lo es, desde luego —afirmó Rodríguez—, pero más arriesgado sería que fuéramos todos. Los montoneros deben inundar estos lugares, y dos hombres solos pasarán más inadvertidos. De modo que no perdamos tiempo. Dígale a mi coronel que trataré de sacar de la cordillera a la división del coronel Gutiérrez cuanto antes.

El teniente Del Solar calculó que demoraría unas tres horas en regresar a Oroya, y partió sin pérdida de minutos. Por su parte, Rodríguez y su ordenanza revisaron sus armas y emprendieron la repechada de la cordillera abrupta.

Acosta estaba realmente regocijado, como si la iniciación de aquella nueva aventura le resucitara los ánimos.

El cielo estaba despejado y el pálido sol de invierno reverberaba en los picachos encaperuzados de nieve con reflejos cristalinos. El sendero, que apenas permitía el avance de una sola bestia, serpenteaba caprichosamente en torno a los ásperos vientres plomizos de las montañas, abriéndose en uno de sus costados las fauces insondables de los abismos. Pronto la ruta subió tanto, que las bestias iban pisando sobre nieve y escarcha. Fue perentorio disminuir aún más la marcha, a fin de evitar las resbaladas que podían arrojar al precipicio a mulas y jinetes. Las mulas también experimentaban los sofocos del soroche, pero habituadas a ese aire, proseguían la marcha sin detenerse.

Era media tarde cuando asomaron a la laguna Quiulacocha, con sus aguas semicongeladas, relumbrando como una lámina de plata opaca. Rodríguez echó pie a tierra, imitado por su compañero.

—Ya podemos dar descanso a las bestias —dijo—; no tenemos más prisa. Las hopas de mi coronel Gutiérrez están obligadas a aparecer por el norte, viniendo de aquellas lejanas montañas.

Acosta observó el panorama que le señalaba su jefe, haciéndose parasol con las manos sobre los ojos legañosos.

—Muy jinetazos tienen que haberse mostrado los hombres de mi coronel Gutiérrez al pasar por los picos de Huayllay y por el lomo

de los montes que descienden hasta aquí —dijo.

El explorador se encogió de hombros, como si no considerara difícil aquella empresa. Sabía que los hombres del «3.º de Línea» eran todos mineros experimentados, y en cuanto a los del «7.º de Línea», conocía su fortaleza.

—¿Vamos a acampar aquí, mi capi? —consultó nervioso Acosta, mirando el paisaje helado.

—Nos detendremos solamente media hora, para que las bestias recobren el aliento, y después seguiremos por la orilla de la laguna hacia el norte. La visibilidad es perfecta, de modo que podremos avistar a nuestros compañeros desde mucha distancia. Pero si llegamos al término de la hoya sin divisarlos, tendremos que trepar a la cumbre de algún morrillo, para mirar más lejos.

—¡Ah! Entonces *tenimos* tiempo *pa* fumarnos un tabaquito, ¿no es cierto?

Como su jefe lo contemplara con incredulidad, sacó dos cigarros y le alargó uno.

—¿Cuándo a su ordenanza le falta algo, mi capi? —discurrió fanfarronamente.

El oficial sonrió nostálgico y chupó su cigarrillo con fruición.

Fumaron plácidamente, sin cambiar palabras. Enseguida, el ordenanza extendió los ponchos sobre la nieve y se tumbaron a descansar, de espaldas, contemplando el cielo surcado de cóndores, empequeñecidos por la altura a que volaban. Cuando el mayor calculó que se había cumplido la media hora fijada, volvieron a montar y reiniciaron su progreso hacia el norte, orillando la laguna helada. El sol ya empezaba a declinar.

Rodríguez detuvo su cabalgadura, y se rascó el cuello con aire preocupado. No divisaba a ser humano alguno en todos los contornos.

—¿Qué habrá retardado a la columna de mi coronel Gutiérrez? —murmuró, sin darse cuenta—. Creí encontrarlos en la laguna.

—Habrán tenido algún percance imprevisto, mi capi. Bastaba con echar cuentas con los dedos; no podían demorarse tanto. Puede que se hayan extraviado en algún sendero que no conduzca a ninguna parte.

—Es posible.

Rodríguez hizo una mueca de contrariedad, y se quedó

pensativo. Pero un grito alegre de su ordenanza lo arrancó de golpe de sus pesimistas reflexiones.

—¡Allá, mi capi!… ¡Allá, al fondo del camino! —exclamaba.

El rostro del oficial se transfiguró, exhibiendo una expresión de alivio. Acababa de aparecer un grupo de jinetes, diminutos a través de la distancia.

¡La avanzada de la división de mi coronel Gutiérrez! —exclamó con entusiasmo y agregó—. Esperémoslos donde estamos. Podrían confundirnos con enemigos y disparar sobre nosotros. A este sitio tienen que llegar.

En pocos minutos, surgió entera la columna chilena a través de un portezuelo, eliminando toda posibilidad de equivocarse.

—¡Qué alivio, Acosta! —exclamó Rodríguez, dando un vigoroso palmetazo en la espalda de su compañero—. ¡Se ha salvado también la división de mi coronel Gutiérrez!

La columna avanzaba lentamente, como tanteando el terreno. Parte de ella se desplegó en guerrilla tan pronto el camino fue más ancho. Sus componentes fueron los primeros en descubrir a Rodríguez y a su ordenanza, erguidos sobre el altozano. Inmediatamente detuvieron sus caballos y les enfocaron sus fusiles. El explorador se apresuró a sacar un gallardete de caballería, que agitó en la punta de su sable, mientras Acosta hacía señales entusiastas con su quepis.

El encuentro fue emocionante. Los oficiales saludaban a voces a los exploradores, sobreponiéndose al cansancio que los doblegaba sobre sus monturas. Rodríguez fue reconociéndolos con verdadero cariño. Al frente del «3.º de Línea» venía el coronel José Antonio Gutiérrez. Su rostro se veía animoso a pesar de una extremada delgadez. Escuchó los informes del mayor con gran atención, en tanto que sus hombres se daban un respiro.

—Lamento haber hecho esperar al comandante en jefe en las precarias condiciones en que se encuentra su división, pero no pude evitarlo. Me fue forzoso renunciar al propósito de marchar por el camino central; estaba repleto de montoneros y soldados de Cáceres. El ejército serrano se ha desparramado por toda la comarca.

—Mi coronel Del Canto sabrá comprender —lo tranquilizó el explorador—. Por lo demás, su decisión era esperar a ustedes hasta

mañana. No podía prolongar por más tiempo su permanencia en Oroya; las provisiones durarían apenas hasta hoy al mediodía.

—¡Gran Dios, tenemos que apurarnos, entonces! —dijo Gutiérrez, y ordenó la reanudación de la marcha. La mirada de Rodríguez recayó entonces sobre un caballo solitario que venía en la cola de la columna, cargado por un voluminoso bulto cubierto por algo semejante a una pantera.

—¿Ha tenido bajas, mi coronel? —preguntó cautelosamente al jefe.

Éste hizo un gesto amargo, poco dispuesto a explayarse sobre el tema. Sin embargo, le respondió:

—Sí, algunas. Un oficial y dos soldados muertos, y varios otros contusos. Los indios traidores nos acecharon en el paso de los Altos de Huayllay, y nos dejaron caer encima sus condenadas galgas.

—¡Un oficial muerto! ¿Del «3.º de Línea»?… —preguntó urgido por una corazonada.

—No, del «7.º de Línea».

—¿Quién fue el infortunado? —le inquirió sordamente.

El jefe de la maltrecha división le enfrentó el rostro y pronunció el nombre del muerto con sequedad, como exigiendo poner término al interrogatorio:

—¡El teniente Martiniano Santa María!

Rodríguez se quedó inerte; un sacudimiento terrible le agitó después todas las fibras nerviosas. Bruscamente se hizo presente en su cerebro el rostro del teniente Santa María, y junto a él, los de sus inseparables compañeros, Alberto del Solar y Alberto Cobo. De aquel trío tan unido, uno estaba muerto y otro mutilado.

—Santa María murió aplastado por una galga, justamente por salvar a Del Solar. Vio venir un peñasco sobre la cabeza de su compañero, y picó espuelas. De un caballazo lanzó lejos a Del Solar, y la roca le cayó a él, triturándolo, al igual que a su bestia. Creímos que Del Solar se volvía loco. Parece que entre ambos había un pacto.

El coronel Gutiérrez no habló más, pero los oficiales del «7.º de Línea» no hacían otra cosa que comentar el doloroso suceso. Alberto del Solar se había descontrolado de tal manera, que el mayor Retamales, a cargo de las dos compañías del «7.º de Línea», lo obligó a beberse una cantimplora de aguardiente. Gracias a eso,

lograron traerlo sobre su montura, aletargado por el alcohol. Sin embargo, insistió con tanta vehemencia que le permitieran traer junto a él el cuerpo de su compañero, que el coronel Gutiérrez lo autorizó. Por otra parte, todos los oficiales del «7.º de Línea» se habían opuesto a que se sepultara en tierra tan desolada a su compañero. Lo traían cruzado sobre una mula, envuelto en una manta y cubierto con el estandarte rojo y oro del batallón.

Gutiérrez había ordenado al mayor Retamales que mantuviera una vigilancia constante sobre Del Solar, temeroso de que se arrojara a un precipicio; prohibía que se le acercaran, exigiendo que lo dejaran tranquilo dormitar su borrachera.

Pese a los deseos del comandante de la columna, no fue posible continuar la marcha inmediatamente; la tropa venía demasiado fatigada, y ya estaba obscureciendo.

Se encendió una fogata al amparo de los rocas del sur de la laguna. En torno a ella se estableció el vivac. Los soldados tumbaron a sus caballos en círculo y se tendieron junto a ellos, envueltos en sus mantas, robando el calor de las bestias. Los encargados del rancho prepararon una gran olla de café y fueron repartiéndolo ordenadamente en las jarras de aluminio de la tropa. Luego, todos se arrebujaron de nuevo en sus mantas y se entregaron al sueño.

Los oficiales del «7.º de Línea» se habían agrupado cerca de la fogata, y las lenguas de luz de las llamas los alumbraban a ramalazos. Cerca de ellos mantenían extendido el cadáver de Santa María, siempre cubierto por el estandarte. Del Solar estaba sentado próximo a la cabeza del muerto, inmóvil, casi inconsciente.

Cuando Rodríguez se acercó al grupo lentamente, el teniente Vicente Calvo tenía entre sus manos una pequeña guitarra y jugaba con sus dedos en las cuerdas. Del Solar hablaba solo, a tropezones, en un doloroso monólogo incongruente, dirigiéndose al muerto, como si pudiera oírlo.

—Venir a caer aquí, hermano…, en estas tierras malditas —balbuceaba—. ¡Cómo te va a llorar Isabelita…, y tu madre…, y tu hermana! ¡Ay! ¡Martiniano, era como si lo adivinaras! Presentías que no ibas a volver a la patria…; tenías temor, por ti y por mí. ¡Con cuánta razón!… Ahora ya no sufres más inquietudes, compañero. Pero… ¿Y ellas?… ¡Cómo van a llorarte!… ¡Y qué solo

me voy a sentir yo, que no supe cumplir nuestro juramento! Tú estás muerto y yo vivo… ¡Maldita guerra!… —Había ido incorporándose poco a poco y estaba de rodillas inclinado sobre el cadáver. Hablaba más nerviosamente; las frases le brotaban tajantes y sardónicas—: Yo que fui siempre tan suelto de lengua, que me lucía en los salones fascinando jovencitas con mis palabras y mis versos… ¡El «poeta» me llamaban!… Ahora no sé qué decir…, qué decirle a Dios, ni a ti, ni al destino… ¡Guerra mugrienta!…

Se había puesto bruscamente de pie, delirante. Sus ojos afiebrados cayeron sobre el grupo de oficiales, que lo contemplaban con temor y compasión.

—¡Hay que velar al pobre Martiniano con honores de soldado! —les gritó.

Sus compañeros no hallaban qué actitud adoptar. Pero Rodríguez se le acercó y le habló con afecto:

—Tranquilícese, Alberto. Trate de dormir.

El rostro del teniente se iluminó al reconocerlo, pero lejos de calmarse, se exaltó más.

—¡Mi mayor!… ¡Mi mayor Rodríguez! —tartamudeó febrilmente —. ¡Aquí está Martiniano Santa María…, muerto! ¡Murió por salvarme a mí!

—Ya me lo han contado…, trate de conformarse, teniente.

—Yo estoy conforme, ¿no me ve? —exclamó cruelmente—. ¡Pero él no! ¡No le hemos hecho el velorio que corresponde como oficial muerto en campaña!

—No es la ocasión, teniente. Se lo haremos cuando lo entierren en Oroya.

—¡No, ahora! Vicente, tú sabes tocar nuestro himno.

Su joven compañero lo miró asustado.

—¿Qué cosas se te están ocurriendo, Alberto? Trata de tranquilizarte, es mejor —le dijo.

—¡Hay que rendirle honores al camarada muerto! —impuso con voz estridente, y señalándole a Calvo su instrumento, le ordenó—: ¡Toca, Vicente!

El joven oficial, amedrentado por la actitud trastornada de su compañero, comenzó a pulsar las cuerdas nerviosamente, arrancándoles la melodía del *Adiós al Séptimo de Línea*.

Fue aquélla la nota de embrujo que faltaba para hacer más

espeluznante el turbador espectáculo.

Del Solar, hincado junto a su camarada muerto, y con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza doblegada, cual si rezara, le hablaba con extraña solemnidad.

—Adiós, compañero. Descansa en paz —se le oyó decir, y su voz pareció la de un hipnotizado—. Los soldados de Chile te honran ahora, a través de mí, los muertos y los vivos. Esos mismos que marcharon junto a ti durante días, semanas y meses; los que conquistaron el desierto, los que sufrieron en el Campo de la Alianza, los que regaron de sangre el Morro de Arica, los que triunfaron en Chorrillos y Miraflores, los que quedaron mirando con sus ojos vaciados la bandera quemada en La Concepción, los centenares que han muerto en esta sierra salvaje…, y los que estamos por morir. —Hizo una pausa y luego exclamó, estrangulado por el llanto, en una protesta surgida de lo más hondo de su ser—: ¡Maldita será la guerra!… ¡Tantos muertos, tantos compañeros heridos, vaciados de sangre, como tú!

Quedó un momento en silencio, curvada la espalda, cerrados los ojos. Pero de pronto, igual que despertado por una descarga eléctrica, se puso bruscamente de pie y extendió su brazo derecho rígido sobre el cadáver cubierto por el estandarte.

—¡Nuestro juramento, Martiniano! —pronunció febrilmente—. ¡Partimos juntos, luchamos juntos…, regresaremos juntos!… ¡Será cumplido, camarada! ¡Reafirmo mi promesa: volveremos juntos a Chile, o quedaremos los dos en esta tierra hostil! —Se desplomó al lado del cuerpo inerte y quedó ovillado, murmurando entre sollozos —: Te llevaré conmigo, Martiniano, no temas. Volverás al lado de tu madre, de tu hermana y de la muchachita que amabas. Que ellas puedan llevar flores a tu tumba, allá, en cementerio chileno.

Rodríguez no pudo soportar más tiempo aquella alucinante ceremonia:

—¡Basta, basta, por favor! ¡Está haciendo locuras, teniente Del Solar! ¡Calle la guitarra, teniente Calvo!

Pero el oficial, trastornado, retrocedió unos pasos, y lo abrumó con su expresión suplicante:

—¡No, mi mayor, se lo ruego! Callaré, seguiré hablando sólo dentro de mi corazón. Pero que él, el teniente Martiniano Santa María, de la tercera compañía del batallón «Esmeralda», «7.º de

Línea», tenga en la noche de su postrera vigilia los compases del himno de nuestro cuerpo. ¡Que estos compases sean su despedida y nuestro homenaje!

Rodríguez dobló la cabeza sobre el pecho y mordiéndose los labios, profundamente afectado, aceptó:

—¡Siga, hasta terminar, teniente Calvo!

La melodía del himno volvió a renacer, fortificada y melancólica, en las cuerdas de la guitarra, y Alberto del Solar, cuadrándose rígidamente a la cabecera del cadáver, se llevó la diestra extendida a la sien derecha y saludó al difunto con desgarradora solemnidad.

—¡Teniente Martiniano Santa María…, mi viejo camarada…, descansa en paz!

Concluida la desoladora escena fúnebre, un silencio lúgubre cayó sobre el grupo de oficiales del «7.º de Línea». Embutidos en sus mantas, mejor dicho, escondidos en ellas, fingieron dormir; pero todos estaban despiertos y desvelados. Del Solar había vuelto a sentarse a la turca, junto al cadáver de Santa María, y se destacaba como una estatua sepulcral junto al estandarte que brillaba con las luces de la fogata.

Rodríguez se levantó de su cobija abrigada junto al vientre de su caballo, fue hasta el oficial y, sin decirle una palabra, lo arropó con su manta y le embutió en la boca su cantimplora. El teniente, abolida la voluntad, dejó que el aguardiente le entrara a borbotones. El explorador esperó hasta que el peso de la borrachera cerrara los párpados del oficial, para regresar al abrigo de su caballo.

El vivac parecía un dormidero de fantasmas en un paisaje lunar.

16

El coronel Del Canto tuvo un triste despertar aquel 23 de julio, si es que puede llamarse despertar el abrir los ojos sin haber dormido casi nada. Aquéllas eran las últimas horas que podía mantener su división en Oroya, ya que el rancho se había acabado el día anterior. Pensó que le sería forzoso volver a sacrificar algunos huiros de la artillería, para alimentar a los soldados: y eso significaba dejar abandonados valiosos elementos del parque bélico. Estremecido por el frío, que traspasaba su capote, asomó a la puerta de la bodega que le servía de alojamiento. El espectáculo le hizo temblar la barba con un tic nervioso: los soldados yacían sobre el suelo congelado de las callejuelas, apelotonados unos contra otros, y con las mantas semicubiertas por la nieve caída durante la noche.

Como si hubiera estado esperando su aparición, se le acercó uno de los jefes del servicio sanitario, el doctor Justo Pastor Merino. Traía la cuenta de su sección, correspondiente a la tarde y la noche anteriores. Treinta tres hombres más habían caído enfermos: treinta y uno de fiebre maligna y dos de viruela. También estaba muy grave el teniente Antonio López, con bronconeumonía.

—Todos son casos mortales si continuamos aquí —concluyó el doctor desanimadamente.

Del Canto no se atrevió a pronunciarse en ningún sentido y lo dejó esperando una decisión. Para escabullirse de aquel problema, indagó a su ayudante Contreras por qué no se había tocado la diana, y la respuesta del oficial terminó de abatirlo.

—No hay cornetas, mi coronel. Todos están enfermos.

—Se lo advertí, señor. Mantener a los soldados en estas condiciones es condenarlos a morir a corto plazo —masculló el médico.

—Abandonaremos ahora mismo Oroya —determinó el comandante, vencido.

—¿Y los batallones del coronel Gutiérrez?… —aventuró su ayudante.

—Dejaremos una fuerza pequeña esperándolos. No puedo condenar a la división completa a perecer aquí. Saldremos en una hora más. La cordillera está despejada y podremos cruzarla sin excesivas bajas.

Fueron designadas para permanecer en el pueblo dos compañías del batallón «Lautaro», que eran las que mejor habían resistido la tremenda retirada. Se les dejaría media docena de burros de la artillería para que los usaran como alimento. Su comandante, el coronel Eulogio Robles, tuvo la intención de protestar, pero lo cohibió el aspecto abrumado de Del Canto, más aún cuando éste le dijo con voz opaca:

—Por favor, don Eulogio, no me diga nada. Ya me he hecho a mí mismo toda clase de amargas consideraciones. ¡Hay que sacrificarse!

Robles suspiró resignadamente. Lo sentía por sus muchachos, pero acataba la orden. Sin embargo, cuando faltaban pocos minutos para que la columna se marchara llegó al galope cansino un jinete que venía de cruzar la cordillera.

«Quizás traiga noticias que hagan innecesario dejar mis dos compañías aquí», pensó el comandante del «Lautaro», y se apresuró a ir donde Del Canto, que ya hablaba con el recién llegado. Era éste un correo militar que venía de Chicla y portaba un despacho oficial del general en jefe del ejército, Lynch. El documento venía escrito en clave, por el temor de que cayera en manos de los guerrilleros enemigos, que inundaban la cordillera, y el teniente Villota demoró unos minutos en descifrarlo.

Cuando Del Canto pudo leerlo, sintió que el mundo se desplomaba sobre su cabeza. No supo si enojarse, amargarse más o echarse a reír. El mensaje de Lynch, en su opinión, rebasaba toda injusticia. Sus primeras líneas estaban llenas de reconvenciones por la demora en la concentración de las tropas expedicionarias, haciendo a Del Canto un enconado reproche por no haber solicitado con la debida anticipación los víveres y las municiones. Patricio Lynch le ordenaba a continuación que replegara sus tropas sobre

Chicla, y que, al hacerlo, se ciñera a las siguientes instrucciones:

«1.º -Cuando las fuerzas del coronel Gutiérrez se hayan unido a las que U. S. tiene en Oroya, ordenará que las cajas y papeles diversos, pertenecientes a la mayoría de los cuerpos, se trasladen a aquel punto, acompañadas de las tropas necesarias para impedir que caigan en poder de los enemigos.

»2.º -Distribuirá el resto de la división en dos grandes grupos, haciéndolos salir con uno o dos días de diferencia, para impedir la mucha aglomeración de gente en un fundo de escasos recursos como Chicla.

»3.º -Destrucción del puente de Oroya, además tomará todas aquellas medidas de prudencia que el caso aconseja, para que las tropas no tengan que sufrir mucho en la marcha, después que la división haya atravesado el puente».

Pero fue el último acápite el que traspasó a Del Canto como una puñalada traicionera. Decía:

«4.º -Luego que toda la división arribe a Chicla, U. S. cuidará de darme el correspondiente aviso por telégrafo y entregará el mando al coronel don Martiniano Urriola, quien deberá esperar órdenes».

Era la condenación implícita de su fracaso como jefe; significaba considerarlo culpable de todas las penalidades sufridas por el ejército expedicionario.

—¡Es una injusticia insoportable! —proclamó el coronel Robles, cuando fue puesto al tanto.

—El general en jefe considera justa su medida —observó Del Canto, con amargura—. Piensa que mi actuación ha sido totalmente desatinada, impropia de un buen jefe.

—¡Es un atentado indigno! —insistió el comandante del «Lautaro»—. Y lo gritaré cuando estemos en Lima.

—Es una orden descarnada, y hay que obedecerla sin discusión —se resignó el afectado—. Sin embargo, pese a ser tan mal jefe, he puesto en práctica, por mi propia iniciativa, todas las disposiciones que me indica el contralmirante. La prueba está en que nos disponíamos a partir hacia Chicla antes de que él lo ordenara.

Amargado al grado máximo, se dispuso a emprender la marcha hacia Chicla. Llamó a su presencia al estafeta que había traído el oficio, a fin de solicitarle informes sobre las posibles dificultades que encontrarían en el cruce de la cordillera. Éste le expresó que las

cumbres estaban cuajadas de enemigos, pero que no se atreverían a atacar la división.

—¿Hay suficientes víveres en Casapalca? —quiso saber el coronel.

Los había. El jefe del Estado Mayor General, coronel Francisco Gana, había enviado abundantes provisiones a ese punto, y desde allí había mandado una parte de ellas hasta Morococha, para que las tropas de Del Canto pudieran abastecerse.

—Y, a propósito, ¿encontró usted en el camino a la columna de enfermos que enviamos desde aquí? —le consultó el coronel al estafeta.

—La topé cuando iba descendiendo hacia Casapalca. Las mujeres sufrieron inmensamente los males del soroche en la parte más alta, pero no hubo nuevas bajas.

—¡Menos mal! —exclamó con alivio el coronel—. Lo único que anhelo es que lleguen a Chicla y se embarquen los enfermos en el tren que va a Lima.

El estafeta movió la cabeza, negando. La línea del tren estaba cortada en varias partes y los guerrilleros asaltaban a las cuadrillas empeñadas en repararla. El tren no podría correr todavía. La prueba estaba en que al coronel Gana, que salió de Lima el 14 de ese mes, con el batallón «Miraflores» y parte del «Buin», no le había sido posible llegar a Chicla aún.

Por otra parte, el capitán Ovalle, con una compañía del «Miraflores», con la que llegó hasta Surco, tuvo que fusilar a nueve enemigos para poder asentar en ese punto. Y el capitán Nicanor Donoso, estacionado en San Bartolomé con dos compañías del «Buin», se veía obligado a sostener diarios tiroteos para impedir que los montoneros incendiaran el puente de Las Verrugas y el viaducto de Purhuay.

—Ojalá esa dificultad haya sido subsanada cuando nosotros lleguemos a Chicla —reflexionó Del Canto—. De lo contrario, seguiremos a pie hasta Lima, abriéndonos paso entre las montoneras.

La maltrecha división rompió la marcha a media mañana, dejando en Oroya a las compañías del «Lautaro» con la misión de esperar dos días más a la fuerza del coronel Gutiérrez. Transcurrido ese plazo, debería dársela por perdida, así como también al

destacamento de carabineros que partiera a buscarla guiado por el mayor Rodríguez. Formaban como avanzada de la columna en marcha los batallones «Santiago», «5.º de Línea», que subiría hasta Pachachaca, y «2.º de Línea», que avanzaría hasta más arriba, a Morococha. Protegido por estos dos batallones, seguiría el resto de la columna.

El convoy de los enfermos y las mujeres había hecho una penosa travesía de la cordillera occidental. Aunque el clima se mostró magnánimo, liberándolo de tormentas de nieve, el paso de las alturas de Antícona, a 4850 metros sobre el nivel del mar, fue terrible. Todas las mujeres sufrieron las enloquecedoras angustias del soroche, y varias cabalgaduras perecieron reventadas por los golpes de sangre. Los enfermos, angustiados por la presión sanguínea baja, realizaron el cruce sin más riesgo que el del intenso frío, que agravaba sus fiebres.

En Casapalca descansaron varias horas en donde, por fin, se les pudo proporcionar un abundante rancho caliente.

Gracias a él, Leonora recuperó parte de sus fuerzas y pudo preocuparse más de Elcira. Ésta había hecho el cruce en un estado de semiinconsciencia, y a su llegada a Casapalca era presa de una intensa fiebre. No pudiendo proseguir el viaje a lomo de mula, hubo que echarla sobre una camilla, en la cual hizo el trayecto hasta Chicla, observada ansiosamente por la joven. El descenso fue lento y difícil y la columna asomó sobre aquel pueblo sólo al atardecer del 23 de julio.

Una mirada bastó a los componentes del convoy para darse cuenta de la situación de tensión en que se encontraba el poblado. Patrullas de soldados y un fuerte cordón de artillería lo rodeaba por sus contornos.

Justamente cuando la columna se detenía en la plaza de Chicla, numerosos jinetes entraron al galope tendido, desde el camino de Lima, y se produjo una conmoción que impidió que los enfermos fueran atendidos al momento. Mientras el doctor Gana Urzúa se esforzaba por conseguir que lo ayudaran a instalar a sus pacientes, Leonora se dio a averiguar lo que ocurría. Pronto se enteró de que

una fuerza muy numerosa de soldados y montoneros enemigos habían atacado esa mañana a las dos compañías del «Buin», que, bajo el mando del capitán Donoso, custodiaban San Bartolomé y el puente de Las Verrugas. Los buines se habían batido durante diez horas contra doscientos soldados enemigos y mil quinientos guerrilleros, logrando conservar intacto el puente y ahuyentar a sus atacantes, pese a la desventaja. Pero esa misma fuerza rechazada se lanzó de inmediato contra los soldados chilenos que defendían el viaducto de Purhuay. La batalla se estaba librando en aquellos momentos y era preciso reforzar a toda prisa al pequeño grupo acosado.

En algunos minutos, los jefes y oficiales consiguieron organizar un destacamento de refuerzo, que partió al trote hacia Purhuay. Una aparente calma fue volviendo al pueblo; sólo entonces se pudo instalar a los enfermos en un gran caserío frente a la plaza.

A uno de los médicos más jóvenes le correspondió preocuparse de Elcira. La habían tendido sobre un camastro apenas levantado del suelo y Leonora la mantenía abrigada con varias mantas viejas.

—¿Qué tiene, doctor? Dígamelo, por favor —le preguntó la joven con un frío presentimiento.

—¿Es parienta suya, señorita?

—¡Es mi compañera de toda la guerra, más que una hermana! ¿Qué tiene, doctor?

—¡Fiebre maligna, señorita! ¡Bronconeumonía! —dijo el doctor con lúgubre acento.

Leonora sintió que algo se desgajaba dentro de su pecho, provocándole un dolor horrible, y hundió el rostro en las mantas fétidas a sudores.

—Muy poco podemos hacer por ella en estas circunstancias —seguía diciéndole el joven médico, cruel en su inexperiencia—. Solamente esperar y confiar en Dios. Si estuviéramos en Lima, quizás…

Leonora se aferró a aquella esperanza. Conseguiría un lugar para su compañera en el próximo tren. Y se quedó anonadada cuando el cirujano le dijo que eso era imposible. Los enemigos habían logrado incendiar el puente y el tren no podría pasar en muchos días.

La joven se desplomó, vencida. Lágrimas ardientes rodaban de sus ojos sobre la mano inerte de Elcira que tenía entre las suyas. El

doctor se alejó en silencio para atender a otros enfermos.

No hubo un minuto de paz aquella noche en Chicla. El pequeño pueblo montañés se había convertido en el centro de las acciones bélicas y estaba sobrecargado de gente. Se encontraba ahí el comandante Virgilio Méndez, al mando de la guarnición permanente constituida por dos compañías del «Maule»; posteriormente, habían llegado el «Miraflores» completo, parte del «Buin» y, por último, los cuatrocientos ochenta enfermos de la división de Del Canto, escoltados por seis compañías de soldados. Aquel conglomerado humano creaba una congestión caótica en el pueblo. Empleando toda clase de astucias, los soldados buscaban lugares donde guarecerse de la lluvia y la nieve, que caía intermitentemente, y provisiones que los reconfortaran y vigorizaran contra el frío.

Todos los servicios estaban entorpecidos por la desorganización. Por otra parte, los ataques de los montoneros a la vía férrea mantenían a los batallones en continuo movimiento. Órdenes descontroladas, emanadas de distintos jefes, los movilizaban desatinadamente hacia puntos opuestos, fatigando a los hombres.

Leonora se había aislado por completo de los acontecimientos. Sumida en la triste penumbra que invadía al cuartucho donde fuera dejada Elcira, sólo dispensaba atención a las diversas reacciones de la enferma. A veces, cuando las manos de Leonora rozaban su frente, al cambiarle los paños embebidos en vinagre con que intentaba refrescarla, entreabría los párpados y fijaba una mirada agradecida en ella. Ésos eran los momentos más difíciles para la joven. Vislumbraba en aquellos ojos, que siempre conoció animosos, la triste resignación a la muerte. Tenía entonces que abandonar el cuarto para que su compañera no advirtiera su desolación.

Fue en una de esas salidas al patio de la casona cuando encontró al doctor Justo Pastor Merino, con quien había conversado varias veces en ocasiones anteriores. A la pálida luz del amanecer, lo divisó entrando apresuradamente a la casa, con su delantal blanco manchado de sangre, indicio de que había estado operando durante la noche entera. Leonora le interceptó el paso y, en breves palabras,

le expuso su aflicción.

—Va a tener que hacerse fuerte, señorita —le dijo el médico con suavidad, después de escucharla—. Mantengamos, pues, las esperanzas. Hay dos fuertes destacamentos trabajando en la reparación de los puentes de Las Verrugas y Purhuay y, aunque tienen que hacerlo defendiéndose al mismo tiempo de los montoneros que se esfuerzan por impedirles realizar sus faenas, se confía en que el tráfico ferroviario quedará reanudado hoy o mañana.

Leonora respiró algo aliviada; más aún cuando el doctor Merino le prometió que, tan pronto entrara el tren en Chicla, le proporcionaría los medios para embarcar a Elcira en primer lugar.

Aquella misma mañana del 24 de julio, Rodríguez detenía su caballo en la parte más alta de la cuesta llamada El Mal Paso y, haciendo visera con una mano sobre sus ojos, observó el panorama: abajo, a la derecha, se distinguía el pueblo de Oroya. Las pupilas penetrantes del explorador captaron de inmediato la bandera chilena que ondeaba sobre una de las bodegas y se la mostró al coronel Gutiérrez. Éste suspiró reconfortado. Había llegado a tiempo: las fuerzas del coronel Del Canto los esperaban todavía.

Al entrar a la plaza del pueblo, el capitán del «Lautaro» Abraham Guzmán, que cumplía la misión de aguardarlos, los informó de la verdad de los hechos. El comandante en jefe había partido el día anterior hacia Pachachaca y Morococha.

—¿Y cuáles fueron las órdenes que nos dejó? —quiso saber Gutiérrez.

—Que se incorporaran a la división lo antes posible.

—Comprendido, capitán. Mi deseo hubiera sido permitir que mis hombres descansaran todo lo que se merecen, pero no habiendo provisiones…

—Mi coronel Del Canto también previó eso —le informó Guzmán— y dejó algo que puede servir para alimentar a la tropa: diez burros de la artillería, mi coronel. Hace dos días que mis hombres sólo comen… «eso».

El coronel Gutiérrez esbozó una sonrisa forzada y se alzó de

hombros, resignándose a lo irremediable.

—«A buen hambre no hay pan duro» —dijo sentenciosamente—. Comeremos rancho de burro y descansaremos hasta las dos de la tarde. ¿Qué le vamos a hacer?

Aquel almuerzo quedó magistralmente descrito en una carta que el teniente Calvo envió posteriormente a su madre. *Jamás saboreé una cazuela que me pareciera tan deliciosa* —escribió en parte, y agregaba—: *Nuestra hambre era tanta que le hubiera comido las orejas a mi caballo*.

Gutiérrez se recostó un rato en una de las bodegas después de aquel extraño banquete y trató de dormitar. Vino a sacarlo de su reposo el mayor Rodríguez. Su semblante se veía triste y preocupado.

—Los oficiales del «7.º de Línea» se preparan a dar sepultura al teniente Santa María, mi coronel. Han abierto una fosa en el cementerio del pueblo —le dijo—. Ha sido morboso traerlo hasta aquí y mantenerlo tantos días insepulto —expresó resumiendo sus impresiones.

—Era muy querido por sus compañeros —le observó Rodríguez, tratando de justificar a la oficialidad de aquel batallón—. Además, ya sabe usted la estrecha fraternidad que une a los hombres de ese cuerpo. Recuerde que es uno de los batallones que actúan desde las primeras campañas. Por eso he venido a rogarle que se haga presente en el entierro —le dijo gravemente el explorador.

—¡Por supuesto que asistiré! Y haré que formen todos los soldados ante la tumba y que se disparen salvas de homenaje al caído.

—El difunto y también los que sobreviven se lo merecen, mi coronel.

—Bien, vamos al cementerio. Inmediatamente después de la sepultación, partiremos hacia Pachachaca.

El batallón «3.º de Línea» formó apegado al muro que circundaba al pequeño cementerio, mientras las dos compañías del «7.º de Línea» rendían guardia de honor, en dos hileras, a ambos costados de la fosa recién abierta. El mayor Saturnino Retamales, el capitán Juan Rafael Ovalle, y los tenientes Vicente Calvo, Desiderio Ilabaca, Alberto del Solar y Mateo Bravo Rivera rodeaban el cadáver, que, por carencia de ataúd, había sido empaquetado y

cosido dentro de dos mantas. El abanderado Ruperto Montero se mantenía erguido en la testera de la tumba, inmóvil, sosteniendo en alto el estandarte rojo con la estrella dorada en el centro.

A una orden del mayor Retamales, el difunto fue bajado cuidadosamente a la fosa y los oficiales se cuadraron rígidamente en torno. Retamales balbuceó unas frases mal hilvanadas, estrangulado por la emoción. Luego, cuatro soldado armados de palas fueron rellenando el hoyo. Cuando la tierra fue apisonada, Del Solar se acercó, portando una tosca cruz de madera, y, con movimientos torpes, como si fuera un muñeco mecánico, la clavó en la cabecera del túmulo. Al volverse hacia sus compañeros, estaba pálido y desencajado, y la crispación de sus mandíbulas le descubría los dientes inferiores.

Los capitanes de las dos compañías se volvieron a sus hombres, y les ordenaron:

—¡Atención, salva de honor! ¡Fuego!

Las dos ráfagas de fusilería rebotaron sordas en los montes, repitiéndose, mientras un corneta daba el toque de «silencio».

Media hora más tarde, impresionados aún por la ceremonia fúnebre en la desolada altiplanicie peruana, los soldados del coronel Gutiérrez repechaban la cuesta que conducía a Pachachaca. Eran los últimos chilenos que abandonaban la sierra, dominada por el general Cáceres, que asentado en Tarma celebraba su éxito sin envanecerse. El precio pagado por él era demasiado alto; lo certificaban los pueblos arrasados y los millares de cruces clavadas en las cumbres y en los valles.

A la hora del crepúsculo, llegó hasta Pachachaca la columna de Gutiérrez, para sufrir allí una nueva decepción. Del Canto había seguido hacia Morococha, dejando en aquel punto una pequeña fuerza al mando del coronel Robles. Cuando éste salió al encuentro del recién llegado, tuvo el tino de no hacer comentario alguno sobre el estado de las tropas rezagadas, limitándose a transmitirle, concisamente, las instrucciones del comandante en jefe. Debían permanecer veinticuatro horas más en Pachachaca, a fin de cumplir las órdenes del contralmirante Lynch, en el sentido de cruzar la cordillera en dos grupos.

—¿Y dispondremos de víveres para alimentar a nuestras tropas durante estas veinticuatro horas? —le consultó Gutiérrez, a lo que

Robles se limitó a contestar, lanzando una mirada compasiva a la tropilla de burros que se amodorraban pacientemente junto a las baterías de montaña:

—Bien, aguantaremos un día más —acató Gutiérrez, sin necesidad de otras explicaciones.

Acababa de amanecer y Rodríguez dormía profundamente, cuando su ordenanza Acosta entró al cobertizo donde alojaba seguido por el teniente Calvo.

—Perdóneme la molestia, mi mayor —le dijo Calvo—, pero ha ocurrido algo que nos tiene muy inquietos.

Sin necesidad de entrar en averiguaciones, Rodríguez supo que lo ocurrido se relacionaba con Del Solar, y se puso de pie, dispuesto a prestar su colaboración.

—No me diga que se ha suicidado —aventuró sordamente.

—No lo sabemos —le respondió Calvo—. Lo que hay es que ha desaparecido y nadie puede decir hacia dónde ha ido. Cuando se enteró de que íbamos a quedarnos veinticuatro horas en Pachachaca, lo invadió una insana alegría, y en lugar de echarse a descansar se puso a trajinar por el caserío, y unas horas más tarde regresó a nuestro vivac cargado con los restos de una caja de lata, que sirvió para guardar galletas o algo parecido. Apartado de la fogata central, estuvo trabajando en ella afanosamente, torciendo la lata, acomodándola, reforzándola en las junturas y midiéndola sobre su mochila.

—¿Y qué interpretación le ha dado usted a ese proceder? —le inquirió Rodríguez.

—No sé explicarme a qué obedecía su laboriosa faena —declaró Calvo—, pero, sin lugar a dudas, tiene relación con su ausencia.

—¿Comunicó el hecho a vuestro jefe? —quiso saber Rodríguez.

No lo había hecho. Si se comprobaba que Del Solar había abandonado el campamento, sería culpable de deserción. Y ninguno de sus compañeros podía alejarse del vivac para buscarlo. Fue la explicación de Calvo.

—¡Hum, comprendo! —resumió—. Yo sí puedo hacerlo. Está bien. Saldré en busca de Del Solar. Pero antes es preciso determinar cuál ha sido su rumbo. Hay un medio de establecerlo rápidamente. Los centinelas tienen que haberle dado el pase, y como aún no se toca la diana no han sido relevados todavía. Vamos a interrogarlos.

La pesquisa dio resultados inmediatos. Uno de los centinelas del este había franqueado la salida del campamento al oficial trastornado, aproximadamente a las dos de la madrugada.

—¿Y qué razón le dio a usted para que lo dejara salir? —le inquirió Rodríguez.

El centinela hizo una mueca de asombro, dándose cuenta de que ocurría algo raro.

—Bueno…, me dijo que estaba comisionado por mi coronel Gutiérrez para inspeccionar los puestos de vigilancia y… y pasó no más.

—¿Hacia dónde lo vio dirigirse, soldado?

—Hacia el bajo, mi mayor. No puede haber ido sino al camino de Oroya.

Al oír mencionar aquel pueblo, Rodríguez sintió un escalofrío en la espalda; fue algo instintivo, como una especie de advertencia de su sexto sentido.

—¿Notó usted algo raro en él? —inquirió al centinela.

—Sí, mi mayor —respondió en un rezongo, al comprender que había sido muy tonto al no prestar atención a ese detalle—. Estaba muy raro; parecía enfermo. ¡Ah, y cuando se alejaba, me fijé que la luz de la fogata se reflejó en una cosa brillante que llevaba a la espalda!

—¿Una caja de lata?…

—¡Eso *mesmo*, mi mayor!

Rodríguez no necesitó más informaciones. Presa de desconcertantes presentimientos, montó a caballo y partió hacia el camino a Oroya, escoltado por su ordenanza.

—Oiga, mi capi, ¿cree *usté* que mi teniente Del Solar se volvió solo a Oroya? ¿Y a qué?, me preguntó yo, si allá no quedó *naiden*.

—Quedó alguien, Acosta —le contestó—. Quedó el compañero más íntimo de Alberto del Solar, el camarada al cual lo ligaba un extraño juramento: combatir juntos…, regresar juntos…, o morir juntos —y prosiguió—: ¡Démonos prisa! Quizás todavía alcancemos a llegar a Oroya antes de que ocurra algo tremendo.

Eran las siete y media de la mañana y, aunque Del Solar marchaba a pie, les llevaba unas cinco horas de ventaja, tiempo suficiente para que consumara sus propósitos, cualesquiera que ellos fueran. Rodríguez avizoraba los contornos del camino, con la

esperanza de divisar al fugitivo desorientado por su extravío mental; pero la senda se veía siempre solitaria. Temiendo, al mismo tiempo, que Del Solar cayera en manos de los enemigos, que podían haber cruzado el Mantaro por algún vado desconocido o en poder de los propios pobladores de Oroya, que debían estar vagando cerca de sus casas, el explorador espoleaba nerviosamente a su caballo, exponiéndose a rodar a los precipicios. Afortunadamente, había cesado de nevar y las pezuñas de los animales se afirmaban bien en el barro endurecido.

Tres horas demoraron en rehacer el camino a Oroya y era media mañana cuando asomaron en el abra que daba acceso al pueblo. Una rápida ojeada les indicó que este continuaba totalmente solitario. Respiraron entonces con alivio y detuvieron sus cabalgaduras.

El oficial sacó sus anteojos de campaña y los enfocó de inmediato sobre el cementerio del pueblo. Durante largo rato mantuvo el cuadrilátero tachonado de cruces bajo su mirada, y aunque no observó movimiento alguno allí, dijo a su ordenanza:

—Vamos a revisar el cementerio primero.

—¿Y *pa* qué, mi capi? A mí no me ha *gustao* nunca la compañía de los difuntos —dijo Acosta medroso.

—Si Del Solar ha vuelto a Oroya, ¿no crees tú que lo primero que hará será ir a la tumba de su compañero? No te olvides que estaban amarrados por un juramento.

Acosta se puso verde de impresión al recordar el juramento, comentado en todo el ejército: «Combatir juntos, regresar juntos… o morir juntos».

—¡Por las ánimas, mi capi! ¡No pensará *usté* que mi teniente Del Solar ha *venío* a ese condenado rincón *pa* matarse!

—Eso temo, hombre. Y pienso que si queremos hallarlo, debemos buscarlo en el cementerio, junto a la tumba de su compañero.

El mayor clavó espuelas a su caballo y lo lanzó al galope en descenso al pueblo. Una vez junto a las pircas blanqueadas del camposanto, su posición sobresaliente encima de los caballos les permitió abarcar todo el interior. Estaba completamente solitario, observándose sólo las modestas cruces y dos raquíticos pimientos que sobrevivían desafiando a las tormentas. Sin embargo, los ojos

curiosos del ordenanza advirtieron un detalle casi imperceptible, que se apresuró a comunicar a su jefe:

—Mi capi, ayer cayó nieve durante todo el día y la tierra está blanda por donde *usté* mire. Pero allá adentro, casi al fondo del cementerio, hay una mancha negra.

Rodríguez se quedó mirando la mancha obscura hasta convencerse de que era tierra recientemente removida. Una sospecha terrible le cruzó entonces el cerebro, la que se tradujo en una pregunta inconsciente:

—¿A qué lado quedó la tumba de Santa María?

—¡*Hei mesmo*! —fue la impresionada respuesta del ordenanza.

Dieron vuelta en torno al camposanto al galope rápido, sin atreverse a cambiar palabras.

El explorador saltó al interior del cementerio, diciendo para darse valor:

—Hemos venido a averiguar algo y lo haremos.

Acosta lo siguió pisándole los talones, y cuando su jefe se paró en seco, asomó la cabeza por un costado de él y miró a la tumba, junto a la cual ya estaban.

—¡Diosito santo! —gimió espeluznado—. ¡Está abierta la fosa!… ¡Y vacía!… ¡Vacía!

Se quedaron petrificados contemplando el hoyo con los dientes apretados en un gesto de horror. Acosta, víctima de un terror supersticioso incontrolable, retrocedió unos metros. En cambio, Rodríguez se acercó aún más a la orilla de la fosa, con una mueca de asco.

—Es horripilante, Acosta. Se han llevado el cuerpo de Santa María. En el fondo de la fosa están las dos mantas con que lo envolvimos y también una pala de zapadores. ¡No puede haber sido otro que él! —exclamó descontroladamente—. Está rematadamente loco.

Acosta miró hacia los contornos con los ojos desorbitados.

—Oiga, mi capi, ¿no sería mejor que nos volviéramos a Pachachaca? —gimió el ordenanza.

—No, Gaspar —lo rechazó el explorador—. Nuestro deber de compañerismo nos exige encontrar al camarada trastornado, quitarle el cadáver y darle nuevamente sepultura. Sólo después de eso podremos volver al campamento con él. Dejarlo aquí es

condenarlo a muerte.

—Si *usté* lo estima mejor, mi mayor… —acató el ordenanza sin ninguna convicción y se encaminó muy rápido hacia la tapia trasera del cementerio, donde los esperaban los caballos.

Recorrieron la calle central de Oroya sin que nada les permitiera confirmar que había un hombre en sus casas despojadas de puertas, ventanas y techos. Vagando en medio del silencio más profundo desesperaban ya de encontrar al fugitivo, cuando descubrieron una pequeña columna de humo que, por brotar detrás de una de las bodegas de minerales, resultaba poco visible. Con mano nerviosa, Rodríguez contuvo su caballo.

—¡Aquí, Gaspar! —señaló a su ordenanza.

—¿Qué estará haciendo con fuego?

—Conviene que tomemos precauciones, Gaspar —sugirió el explorador desmontando. Su propósito era aproximarse sigilosamente al lugar donde ardía la fogata, sin que los sintieran quienes se encontraban allí.

Mientras caminaban apegados a las murallas de zinc del amplio cobertizo, el ordenanza iba murmurando malhumorado:

Mi mayor, le confieso que ésta es la primera vez en *toa* la guerra que siento que se me erizan los pelos de la nuca y preferiría que *usté* me dispensara de acompañarlo en este…

El oficial lo hizo callar con un ademán perentorio y continuaron acercándose al lugar de donde brotaba el humo.

En menos de un minuto recorrieron todo el largo de la bodega y se encontraron en situación de asomarse al terreno descubierto que se abría adelante. Acosta, retrasado en un par de pasos, se detuvo para persignarse precipitadamente, y luego asomó su rostro por encima de un hombro de su jefe. Éste se había quedado súbitamente rígido al descubrir la escena que se mostraba a sus ojos.

Allí estaba el teniente fugitivo. Al principio, los dos exploradores no lo vieron sino a él y no pudieron comprender a qué faena se hallaba entregado. Pero después al abarcar lo que rodeaba al oficial sintieron que se les helaba la sangre.

Del Solar estaba junto a un enorme olletón de hierro, que hervía sobre una fogata alimentada con los excrementos de los caballos que había mantenido allí la división. Al lado suyo se veía una de las grandes bateas para tratamientos de minerales, que abundaban en

ese lugar. Mas lo que primero dio luces a Rodríguez sobre lo que estaba realizando Del Solar, fue la visión de un uniforme extendido en el suelo. Se veía un capote, una guerrera, un pantalón, dos botines y un quepis de oficial. Eran las ropas que llevaba puestas Santa María al ser sepultado. En ese preciso momento, Del Solar hizo un movimiento que delató su macabra faena. Con la torpeza de un alienado, hundió en la marmita hirviente una pala larga, de las que se usan para extraer lingotes de los hornos de fundición, y, después de revolverla adentro, la sacó cargada con una masa informe. Rodríguez tuvo que cubrirse la boca para ahogar un grito. Aquélla era una pierna humana. El teniente había depositado su macabro cocimiento en la batea, y, con movimientos de autómata, desprendía de los huesos la carne reblandecida por la putrefacción y el agua hirviente. Rodríguez no pudo contenerse y lanzó un alarido involuntario:

—¡Del Solar, no, no! ¡No haga eso, por Dios!

Al oír su nombre, el teniente se enderezó de un golpe y giró hacia el sitio en que estaban los recién llegados. Tenía el rostro desencajado y los ojos parecían salirse de las órbitas. Era una fiera enloquecida. De un manotón volvió a coger la larga pala metalera y la blandió en el aire.

—¡Váyanse!… ¡Váyanse o los mato!…

Rodríguez retrocedió totalmente espeluznado, en tanto que Acosta, perdido todo control, lo atrapaba de una manga, pugnando por arrastrarlo tras sí.

—¡Arranquemos, mi capitancito, por la Virgen!

Los dos corrieron como desalados, sintiendo continuamente los gritos frenéticos del oficial enloquecido. Aquella carrera los llevó hasta el centro de la plazuela del pueblo, en donde se detuvieron resoplando como fuelles.

—¡Basta!… ¡Alto ya! —exclamó Rodríguez—. Estamos procediendo como locos también.

El ordenanza apenas podía hablar, estaba blanco como un papel y gemía frases desarticuladas.

—¡Es tremendo, mi capi!… ¿No se fijó? ¿No se fijó? Había descuartizado al difunto y lo cocinó en la marmita, *pa* que se le aflojara la carne.

—¡Basta! ¡Terminemos con estos disparates! Del Solar está

enfermo y nosotros debemos dominarnos y proceder con calma. ¡Siéntate! —Como el soldado siguiera debatiéndose con el propósito de alejarse de allí, le hizo violenta presión sobre los hombros, obligándolo a sentarse—: Saca tu cantimplora y tómate un trago de aguardiente. Tenemos que proteger a Del Solar contra sí mismo: debemos llevarlo con nosotros al campamento. Después, los doctores se encargarán de él.

El soldado bebió ávidamente, hasta que templó sus nervios. Pero, aunque más tranquilo ya, insistía en no volver junto al desequilibrado oficial.

—Esperemos a que salga él por su voluntad —decía—. Ya no podemos hacer nada por impedir que termine su espantosa tarea. ¡Yo no vuelvo allá por nada del mundo! ¡Antes muerto!

Rodríguez tuvo que reconocer que su ordenanza estaba en la razón. Del Solar consumaría su macabra labor contra viento y marea, y ninguno de ellos dos tenía la menor idea sobre los métodos que usaban los médicos para dominar a los enajenados.

—No podemos ponernos a luchar con ese desdichado —razonó —. Mejor es, pues, que lo esperemos a la salida del pueblo y lo llevemos con nosotros, sin forzarlo.

Se encaminaron entonces a la parte alta del camino a Pachachaca. Allí se dispusieron a esperar hasta que Del Solar apareciera por propia iniciativa.

Estaba el sol en el cénit cuando Rodríguez se encaramó sobre un risco para dominar mejor el pueblo extendido más abajo. Cruzando la plaza de Oroya, se veía acercarse a un hombre. Caminaba penosamente, arrastrando los pies como un viejo. Vestía el uniforme rojo y azul y sobre la espalda le brillaba una caja metálica. No había forma de equivocarse, era el teniente Del Solar.

Los dos exploradores lo aguardaron junto a los caballos durante el largo rato que demoró en salir del pueblo, y cuando el oficial se fue acercando a ellos, se los veía tan pálidos como si presenciaran la aparición de un fantasma.

Al verlos, Del Solar se detuvo asustado, pero se sobrepuso con un notorio esfuerzo y siguió aproximándose. Su rostro ya no mostraba la terrible exaltación de hacía unas horas, sino que se veía exhausto, demacrado y viejo.

—¡Por favor, no me crean loco!… ¡No estoy loco! —balbuceó.

Rodríguez recobró la serenidad al verlo tan desvalido y, tanteando el terreno, le dijo:

—No se preocupe por nada, teniente. Usted sabe que siempre hemos sido sus amigos. Tranquilícese y venga con nosotros al campamento.

—Por compasión, no me dejen solo. Ya no doy más —dijo abatido.

—Tome el caballo de mi ordenanza. Nosotros dos iremos en el mío. Monte y regresemos.

Acosta le alargó las bridas de su cabalgadura, sin atreverse a acercársele, y se refugió al momento junto a su jefe. Pero Del Solar permanecía inerte.

—Mi mayor Rodríguez —le dijo con los ojos opacos—; siempre he admirado su entereza. No me mire usted así ahora. Tenga piedad de mí; no estoy loco.

Enseguida, hizo un intento para subir a la montura; pero le fallaron las fuerzas.

—Lo ayudaré, Alberto. No tema que lo abandonemos ahora que nos necesita —le dijo Rodríguez.

Indicándole que se asiera al arzón de la montura, entrelazó sus manos para que el teniente pisara en ellas y lo alzó enseguida sin gran trabajo. Después, volvió a montaren su caballo y ayudó a subir al anca a su ordenanza, cuyas piernas parecían haberse convertido en lana.

—Vamos, teniente Del Solar —invitó enseguida al enfermo y avanzó a su caballo contra el otro animal para hacerlo volverse hacia el poniente—. En el campamento podrá usted descansar y se pondrá bueno de nuevo. Los doctores lo atenderán en cuanto lleguemos.

Del Solar hizo una mueca penosa y comenzó a parlotear monótona y roncamente:

—¡Los doctores me atenderán!… No estoy loco, mi mayor. Confieso que hace unas horas estuve a punto de enloquecer, pero logré recobrar el equilibrio. Más adelante, tal vez, llegue usted a comprender. —Hizo una pausa y prosiguió, como si se justificara a sí mismo—: Tenía un juramento con mi compañero. Lo habíamos hecho después de que los dos estuvimos a punto de morir en Chorrillos… Martiniano murió por salvarme; yo no pude cumplir mi

parte muriendo a su lado. No me quedaba otra salida que intentar cumplir otro aspecto del juramento: regresar juntos. ¿Me entiende usted? —Miró al mayor y movió desconsoladamente la cabeza—. No, jamás podrá comprenderme. No podía llevarme a mi camarada muerto, pero sí me era posible cargar con sus restos, para que ellos sean sepultados en tierra cristiana en nuestro país, en un sitio al que puedan llegar su madre, su hermana y quienes lo querían, para dejarle flores y rezar por él.

—Teniente Del Solar…, no me diga usted que en esa caja… —insinuó el explorador angustiado.

—Sí, mi mayor; en ella llevo los huesos de mi camarada Santa María. Los llevaré siempre conmigo, hasta que termine la guerra y pueda entregarlos a su familia, para que los sepulten en Chile.

—¡Dios santo!…

La marcha de Oroya a Pachachaca se hizo sin novedades, pese al estado de agobio en que se hallaba Del Solar y al terror supersticioso de Acosta.

Rodríguez estimó preferible no volver a hablar con el enfermo durante el trayecto, temeroso de que pudiera producírsele otro rapto de locura. Así, en silencio, llegaron al campamento cuando obscurecía.

El explorador dejó a Del Solar entre sus camaradas de batallón, y dio parte confidencial de las incidencias conocidas y del estado mental del teniente al jefe de las dos compañías del «7.º de Línea», mayor Retamales. Éste quedó profundamente impresionado por la desgracia de su subalterno y estuvo cerca de una hora sin atinar a decidir la actitud que adoptaría.

Al toque de silencio, fue a examinar personalmente al oficial. Éste se hallaba tendido cerca de una de las fogatas arropado cuidadosamente con varias mantas por sus compañeros, dos de los cuales, fingiendo jugar con los naipes a su lado, se encargaban de vigilarlo. Enterado de que el teniente estaba tranquilo, y en apariencia dormía, el mayor Retamales regresó a su alojamiento dispuesto a encarar el asunto a la mañana siguiente.

En efecto, apenas las cornetas hicieron oír el toque de diana y los batallones iniciaron sus tareas matinales, hizo acudir a su presencia a Del Solar.

Venía éste con la expresión sosegada, pero triste, de un

convaleciente que sale de una penosa enfermedad. Llevaba a la espalda la caja metálica con los restos de su compañero y se turbó cuando la mirada de su jefe se posó sobre ella. Sin embargo, Retamales tuvo el tino de no reprenderle severamente; por el contrario, habló al joven con paternal interés:

—Alberto…, voy a tratarlo así, porque nos conocemos mucho y hemos hecho la guerra entera juntos… Lo noto a usted bastante enflaquecido y con aspecto de cansancio. Sin duda existen sobradas razones para que sea así; hace cuatro años que combate usted sin descanso.

—En igual situación están todos mis compañeros, señor —le replicó en voz baja Del Solar.

—Sí, lo reconozco —dijo Retamales, devanándose los sesos para hallar las frases necesarias con que llegar al fin que se había propuesto—; pero no a todos los ha afectado tanto como a usted. Ver caer a los camaradas más íntimos quebranta, teniente; y a usted le ha tocado esa desgracia. Vea. Alberto. Quiero hacerle una oferta y pedirle, al mismo tiempo, un favor.

—Disponga usted de mí, mi mayor —le contestó sin ánimos.

—Estimo necesario que se tome usted un descanso —comenzó a exponerle Retamales—. Me ofrezco para pedir al Estado Mayor General que se le conceda una licencia para regresar a Chile. Esa es mi oferta. ¿Qué le parece?

Del Solar sonrió con cansancio.

—Mi mayor, hablemos claro, se lo ruego. Usted, como todos los demás, cree que me he vuelto loco y que no es conveniente que siga en…

—No, no creo que esté usted loco —lo interrumpió Retamales mintiendo sin convicción—. Pienso sí que se encuentra usted algo enfermo y expuesto a sufrir un quebranto irremediable.

—A volverme loco definitivamente, ¿no es eso? —lo atajó Del Solar, con amargura. ¿Y cuál es el favor que quería usted pedirme, después de su oferta, mi mayor?

El mayor tragó saliva y la voz le brotó áspera:

—Quiero pedirle que deje la caja metálica en su tienda o, mejor, que la entierre en cualquier lugar. Es imprescindible que evitemos a sus compañeros el tener que seguir viéndola.

Del Solar se puso intensamente pálido.

—Lo siento, mi mayor, pero la llevaré conmigo hasta que termine la guerra.

La demacración del oficial y la firmeza de su negación impresionaron profundamente al jefe. Temió que aquellas manifestaciones fueran el preludio de un nuevo acceso de locura. Con mucha cautela, le insistió, suavizando la voz:

—¿Es su última palabra, teniente?

—Lo siento, mi mayor; la llevaré conmigo hasta que regrese a Chile.

Retamales no supo cómo seguir abordando el asunto, y, con nerviosidad, se desprendió de él, diciéndole:

—Perfectamente, teniente. Retírese y descanse. Lo eximo de servicios por ahora. En Chicla volveremos a hablar.

Apenas el oficial se hubo alejado, salió en busca del coronel Gutiérrez, a quien expuso el asunto en todos sus detalles. Éste terminó por resolver, a regañadientes:

—Si el permitirle llevar esa macabra caja lo mantiene tranquilo, lo mejor será dejarlo hacer su voluntad.

Alberto del Solar formó, en consecuencia, junto con los demás oficiales del «7.º de Línea» y marchó con ellos en dirección a Morococha. Pero aunque nadie volvió a hacer mención de los espantosos hechos de que había sido protagonista, las miradas de sus compañeros y de los soldados caían recelosas sobre la caja metálica que asomaba bajo la mochila del oficial.

17

El primer tren que lograba llegar desde Lima entró resoplando a la estación de Chicla. Los técnicos del batallón de ingenieros, que adiestrara el esforzado comandante Stuven, habían efectuado una dura labor para hacer pasar el convoy sobre puentes improvisados en los lugares donde existían anteriormente los que los montoneros destruyeran. Alternando sus herramientas con los fusiles, lograron completar su tarea y el tren que conducía al coronel Francisco Gana con su Plana Mayor, pudo llegar a destino.

El viejo coronel descendió malhumorado y achacoso. Su salud estaba cada día más resentida y el aire de la sierra le afectaba seriamente el corazón. De inmediato dispuso la reunión de una junta de guerra con el comandante Virgilio Méndez, jefe de la plaza, el coronel Martiniano Urriola, que había llegado acompañándolo, y los jefes de sanidad.

—Señores —les espetó con aspereza—: tenemos que proceder con la máxima rapidez, organizando las cosas de manera tal que Chicla se convierta simplemente en un corredor por el cual pasen sin entorpecimiento las tropas, que en mala hora enviamos a la sierra.

Ese mismo día debía partir el «Buin» de regreso a Lima; al siguiente en que era esperada la primera fracción de las fuerzas de Del Canto, lo haría el «Miraflores»; y cuando llegara el resto de la división expedicionaria, partiría el «Maule».

Acuciado por el doctor Gana Urzúa, se preocupó enseguida de los enfermos. Éstos eran alrededor de seiscientos, de los cuales setenta y dos debían ser transportados en camilla.

—Habrá que evacuarlos lo más pronto que se pueda, a fin de dejar cabida a los nuevos enfermos y heridos que trae la división de

Del Canto —reflexionó el coronel Gana con acritud—. Los informes que hemos recibido en Lima son muy pesimistas; se habla de un verdadero desastre sufrido por las tropas expedicionarias. Es vergonzoso. Todos los días han estado apareciendo en la capital misteriosos panfletos, en los que se pregona nuestra derrota y la victoria del ejército de Cáceres.

El comandante Méndez creyó su deber intervenir para restablecer los restos de la verdad.

—Si me permite, mi coronel, no creo que se pueda hablar de la derrota de nuestras fuerzas. En ninguno de los combates en que se vieron empeñadas sufrieron un fracaso, salvo en el asalto sorpresivo a La Concepción.

—Todo ha sido una sucesión de derrotas —insistió iracundo Gana—. Pero no hemos venido a hacer la crítica de esta campaña. Más adelante, el propio coronel Del Canto rendirá su cuenta al contralmirante Lynch; el general en jefe está furioso. Tanto es así, que me ha ordenado privar del mando al coronel Del Canto tan pronto pise Chicla.

—Es una dura medida, de la que no creo merecedor al coronel Del Canto —observó débilmente el doctor Gana Urzúa.

—Eso ya se verá. Por el momento, nos atendremos a las instrucciones. Desde ahora toma el mando de todas las fuerzas que existan entre Chosica y la cima de la cordillera el coronel Urriola, debiendo encargarse de las tropas de la división expedicionaria en cuanto entren a este pueblo.

El jefe del servicio sanitario hizo una mueca de contrariedad, y volvió a referirse al asunto que le interesaba directamente.

—¿Cómo y cuándo se procederá a evacuar a los enfermos, mi coronel?

—Se los sacará en el tren esta misma tarde. La vía férrea está expedita, por fin, guardada por numerosa tropa.

—Hay algunos de suma gravedad, a los que será preciso movilizar con muchas precauciones, mi coronel —le observó el médico, deseoso de que se le alargara el plazo para el embarco.

—A ésos déjelos aquí, doctor —le dijo fríamente—: No se puede retrasar la partida del convoy. Se los evacuará más adelante, cuando hayan experimentado alguna mejoría.

El cirujano lo miró con desprecio. Sabía que ningún enfermo

grave mejoraría en las condiciones que se encontraban en Chicla. Pero comprendió que iba a estrellarse inútilmente contra la terquedad del coronel y prefirió retirarse.

Las nuevas órdenes comenzaron a ser puestas en práctica aceleradamente bajo la vigilancia del doctor Justo Pastor Merino. Faltaba apenas una hora para la partida del tren cuando uno de los practicantes le planteó un problema que hubiera preferido no abordar.

—¿Qué hacemos con los enfermos graves que han sido aislados, doctor? —preguntó el practicante.

—Tengo orden de dejarlos reunidos en dos salas; una para mujeres y otra para hombres.

El practicante lo observó con asombro, pero no se atrevió a oponerle objeción.

Leonora no comprendió inmediatamente la maniobra que se estaba ejecutando y se sintió aliviada cuando dos camilleros sacaron a Elcira de su camastro y la trasladaron a otra sala, donde ya habían sido llevadas tres o cuatro mujeres agonizantes. Pero como comprobara que corrían los minutos sin que nadie volviera a ese lugar y observara que los demás enfermos eran sacados a través del patio fuera del edificio, barruntó que ocurría algo anormal. Abandonando a su compañera, salió en busca del practicante. Lo encontró en la puerta de la casona, revisando una lista de nombres.

—Sargento —le dijo ansiosamente—, han sacado a todas las enfermas de las habitaciones vecinas y se han olvidado de mi compañera.

—¿Cómo se llama ella?

—Elcira Carrasco.

El hombre recorrió los nombres que tenía en el papel, y, habiéndolo encontrado, leyó en voz baja:

—«Elcira Carrasco. Fiebre maligna». —Alzó los ojos hacia la joven y le dijo meneando la cabeza compasivamente—: Lo siento, señorita. Pero ella se queda aquí.

—¡No puede ser! —argumentó desorientada—. El doctor Merino me prometió que sería una de las primeras en embarcarse.

El sargento se sentía incómodo con aquella escena y trató de abreviarla, diciéndole concisamente:

—No puedo hacer nada, señorita. Es la orden que he recibido.

No podemos cargar con los enfermos que están demasiado graves.

El semblante de Leonora se endureció con desesperada cólera al traducir su indignación.

—¿Y si no se recuperan, por no disponer de los recursos necesarios?… ¿Los condenan ustedes a muerte?…

El practicante se debatió acorralado, pero volvió a insistir:

—Lo lamento, señorita. Hable usted con el doctor Merino y expóngale su caso.

—¡Por supuesto que lo haré! Dejar aquí a mi compañera es matarla.

Abandonó el edificio precipitadamente, y, corriendo, llegó hasta la estación. El doctor Merino estaba en el andén ocupado de vigilar el embarque de los últimos enfermos.

—Doctor —le dijo—, uno de los practicantes me ha expresado algo que no puedo creer, que mi compañera debe quedarse aquí. Sáquelo usted de su error; dígale que usted mismo me prometió…

El cirujano la interrumpió con un ademán desolado.

—Señorita, créame que estoy verdaderamente abochornado… Pero he recibido instrucciones perentorias. Para que el tren llegue esta noche a Lima, se ha determinado que no se embarquen los enfermos graves, ya que exigirían cuidados especiales y un traslado demoroso.

Leonora retrocedió un paso y lo miró con una mezcla de incredulidad y odio.

—La verdad, señorita, es que su compañera se encuentra en un estado tan peligroso, que hasta el simple traslado al tren podría acarrearle la muerte —le expresó a modo de disculpa.

—¡Dejarla en Chicla sí que es la muerte segura para ella! ¡Exijo que la atiendan con preferencia a otros enfermos! —estalló Leonora.

—¡Señorita, el tono y la imposición que usted pretende hacer no la ayudan, sino todo lo contrario! —le expresó Merino secamente—. No veo por qué se habría de dar preferencia a su compañera.

—¡Usted no lo ve! Pero yo bien puedo decírselo ahora, que nuestras funciones prácticamente han terminado —le rebatió la agente con fiereza—. Pocos de los combatientes pueden alegar más derechos a la consideración del ejército y de las autoridades chilenas que mi compañera Elcira Carrasco. Ella ha luchado durante cuatro años en un frente invisible, pero mucho más peligroso que el

frente de batalla.

—¿Qué absurdo dice usted, señorita? —le replicó el médico, francamente fastidiado—. ¿Cómo pretende comparar la actuación de los soldados con la de las mujeres que los han acompañado, voluntariamente y sin cumplir funciones que pudieran ser útiles al ejército?

—Es usted quien dice un absurdo, doctor —le alegó la joven, cada vez más exaltada—. Mi compañera y yo no hemos estado en el teatro de la guerra como soldaderas o acompañantes de soldados. Nuestra labor ha sido de tanta utilidad para el ejército como la de sus comandantes.

—Señorita, le prohíbo que siga diciendo esos disparates.

Leonora lo miró entonces enconadamente, y le preguntó, mordiendo las palabras:

—¿Sabe usted lo que es el servicio secreto? —Como el médico abriera desmesuradamente los ojos, comenzando a entrever la verdad, prosiguió acaloradamente—: ¿Conoce usted el riesgo que exigen sus funciones?… ¡Pues a ese servicio hemos pertenecido y aún pertenecemos Elcira y yo! De nuestros sacrificios y riesgos han salido resultados tan valiosos para el comando que se han ahorrado millares de vidas y que, aún más, en ciertas ocasiones, han significado un aporte decisivo para las victorias. Y a una mujer que ha prestado tales servicios se atreven a negarle la atención que se merece, habiendo enfermado durante el cumplimiento de su tarea. ¿O es que se imagina usted que nuestra presencia en la sierra, en medio de la destrucción y la crueldad, ha sido un paseo?…

El doctor Merino trataba de excusarse, pero la joven, enardecida, no lo dejaba hablar.

Si Lynch estuviera aquí…, o el ministro Joaquín Godoy…, o el propio general Baquedano, ya vería usted con qué empeño se preocuparía de dar preferencia en las atenciones a mi compañera.

—Está bien, señorita; por favor, no se exalte —trató de apaciguarla el médico, pero la joven, lanzada en su iracunda argumentación, no concluía aún:

—¡Por primera vez, desde que actúo en esta condenable guerra, voy a exigir nuestros derechos! ¡A Elcira tienen que llevarla a Lima y salvarle la vida! —Temblaba de pies a cabeza cuando terminó de hablar y la voz se le quebró en un ronco sollozo.

El médico extendió sus manos y la sujetó por los hombros al verla tambalear.

—Cálmese, por favor, señorita —le suplicó—. Inmediatamente me preocuparé de que se ponga a su amiga en una camilla y se la traiga al tren. Y aún más, me comprometo formalmente a atenderla yo en el trayecto, para que nada le falte.

Leonora dejó caer los brazos y suspiró agotada. Se escurrían amargas lágrimas de cansancio bajo sus párpados.

—Gracias, doctor —le musitó suplicante—. Ayúdeme a salvar a Elcira. Ella ha sido la persona más noble y abnegada que he conocido; es para mí como una madre.

El médico asintió conmovido, y fue personalmente hasta la casona que servía de hospital e hizo sacar a la enferma. Apenas hubo el tiempo suficiente para realizar el traslado; casi enseguida el tren se puso en movimiento y empezó a descender hacia Lima.

Cuando el desasosiego de la partida se hubo apaciguado, el doctor Merino practicó una nueva revisión a Elcira. Ésta venía inmóvil, sumida en un profundo letargo, y lo único que delataba en ella la persistencia de la vida era el enrojecimiento que le provocaba la fiebre y el alentar acelerado y difícil de sus pulmones. El cirujano la auscultó con atención y cuando se enderezó y fijó sus ojos en Leonora, en su semblante se marcaba el desaliento.

—¿Cómo la encuentra usted, doctor? —le consultó Leonora.

—Mal, muy mal, señorita —le declaró en voz baja—. Creo que está resistiendo con las últimas energías de su organismo. Le recomiendo a usted que se prepare para recibir el golpe con resignación.

—¡No sabe lo que dice, doctor! —le replicó—. ¡Elcira no puede morir así!

El cirujano la contempló compasivamente y prefirió retirarse al asiento que ocupaba.

Elcira se moría. Bastaba mirar su rostro, de un tono plomizo, para percibir los progresos de la muerte. Su respiración afanosa fue acallándose poco a poco, hasta no ser más que un jadeo casi imperceptible. Leonora tuvo que resignarse ante la evidencia de que su leal compañera estaba vencida. Suavemente tomó una de sus manos y se la mantuvo sujeta, como en una larga despedida.

Fue el contacto de las manos el que pareció despertar a la

enferma. Durante unos segundos sus párpados se estremecieron como pétalos marchitos movidos por el viento y la joven sintió en sus palmas una ligerísima presión de los dedos de su compañera. Sus labios resecos se movieron trabajosamente y concluyó por emitir un murmullo, que se perdió entre el ruido del tren y los quejidos de los enfermos que llenaban el vagón.

—¿Qué quieres, mi vieja? ¿Necesitas decirme algo? —dijo la joven acercándosele a la enferma.

—Adiós no más, Leonorcita… No se amargue por mí… Los años que pasé a su lado valen por toda una vida… Puedo morirme tranquila.

—No, no —le rebatió la joven, afectando una seguridad que estaba muy lejos de sentir—. Pronto vamos a llegar a Lima y allá te darán medicinas que te devolverán las fuerzas. Ya verás cómo, mujer.

—No hay caso, mi niña. Ya me estoy yendo —alcanzó a oírle la joven y buscó desesperadamente con los ojos al doctor Merino, pero éste se había alejado al otro extremo del vagón. Enfrentó entonces sola a la enferma, disimulando su angustia, para devolverle la confianza.

—Tienes que mostrarte fuerte un poco más. Sanarás y volveremos juntas a Chile. Vas a ver cómo, después, nos reiremos las dos de este susto.

—Gracias, mi niña querida… mi hijita —susurró con dificultad —. Me hubiera gustado volver a Chile con *usté*…, y haberle ayudado ahora que está tan confundida… —El resto de sus palabras se perdió en un murmullo ininteligible y la joven tuvo que acercarse más a su boca para entender qué decía—: Piénselo bien, Leonorcita…, la vida es una sola…, siga sus sentimientos…

Una sorpresiva descarga de fusilería hizo que Leonora se levantara sobresaltada, al mismo tiempo que los enfermos y sus cuidadores promovían una gran conmoción en el carro.

—¡Están baleando el tren! —gritaban algunas voces y otras recomendaban autoritariamente—: ¡Parapetarse debajo de los bancos!

El doctor Merino llegó corriendo por el pasillo, explicando nerviosamente:

—¡Estamos cruzando un desfiladero y los guerrilleros disparan

sobre el tren! ¡Agáchense todos y escúdense con los asientos! —Llegaba junto a Leonora, a la que tomó rudamente de un hombro y la obligó a agacharse hacia el suelo—: ¡Usted también, señorita! ¡Esconda la cabeza bajo la camilla de su compañera! —y se alejó requiriendo—: ¡Guarecerse todos!

El tren prosiguió su marcha aceleradamente y los disparos fueron sintiéndose cada vez más lejanos, hasta que se extinguieron.

—Parece que ya pasó el baleo, doctor —le dijo un camillero. El cirujano, el único que había permanecido de pie, se acercó a una ventanilla y miró hacia afuera.

—Hemos dejado atrás el desfiladero —dijo con alivio—. ¡Menos mal que no estaba cortada la línea férrea! —suspiró tranquilizado y golpeó las manos para llamar la atención de los ocupantes del carro —: ¡Ya pueden incorporarse, muchachos!

Leonora asomó también su cabeza, que había mantenido semiescondida en la camilla de Elcira, y suspiró cansadamente. Aquel sobresalto había concluido de minar la resistencia de sus nervios.

—Espero que no te hayas asustado, Elcira… —comenzó a decirle, pero se detuvo sorprendida de ver que estaba con los ojos entreabiertos y sonreía—. ¿De qué te ríes, mujer? —le inquirió desorientada, y agregó casi sin darse cuenta—: Si tienes ánimos para sonreír, quiere decir que te estás sintiendo… —Fue algo indefinible lo que le dio el aviso, tal vez el reflejo vidrioso de los ojos de la enferma o la rigidez de sus labios entreabiertos. La sospecha de la verdad la sacudió como un golpe eléctrico—. ¡Elcira!… ¡Elcira, contéstame, por Dios! —Luego estalló en sollozos incontenibles.

El doctor Merino acudió apresuradamente y no necesitó explicaciones para adivinar lo ocurrido.

—Lo lamento, señorita —le confesó—. Está muerta.

Leonora dejó caer su cabeza sobre una de las manos yertas de su compañera y siguió sollozando quedamente. Sus labios musitaban frases inarticuladas, que ahogaba el estruendo de las ruedas.

—Me has dejado sola, mi vieja —gemía—. Eras la única que nunca me abandonabas… Adiós, mi «mama» querida… Quiera el cielo que hayas encontrado la paz…

La noticia del fallecimiento corrió rápidamente por el convoy, y

las mujeres que habían compartido con ellas la dura vida de lavanderas en el hospital de Tarma, sufrieron como en carne propia el fallecimiento de la esforzada compatriota. Unidas por el infortunio, quisieron sumarse a los sentimientos de la joven y todas juntas se trasladaron al vagón donde estaba la muerta, con el propósito de acompañar a la «señora», para reconfortarla y rezar con ella los responsos a la difunta.

Arrodilladas junto a la camilla en que yacía Elcira con el rostro ya cubierto por una sábana, comenzaron a rezar sus oraciones, que se elevaban acompasadas por el monótono entrechocar de las ruedas del tren sobre los rieles, el que, con marcha infatigable, continuaba descendiendo hacia Lima.

El contralmirante Lynch dejó caer lentamente sobre el escritorio un periódico que estaba leyendo y clavó su mirada autoritaria en el ministro Jovino Novoa y en su secretario, Mariano Guerrero. Golpeando con uno de sus índices sobre el artículo periodístico, expresó:

—Es posible que lo que informa este periódico llegue a sernos de utilidad más adelante, pero, por el momento, debemos atenernos a lo que acaba de ocurrir. Los padecimientos de nuestros soldados deben ser vengados cuanto antes; ellos nos exigen proceder a toda prisa y con la mayor rigurosidad.

El ministro Novoa esbozó una mueca de desagrado e intervino con acritud:

—Ojalá Chile comprenda ahora que la guerra no ha terminado. Los generales y el pueblo, envanecidos, se han dedicado únicamente a celebrar los triunfos, olvidando que dejaron batallones prosiguiendo la lucha.

—¡Los batallones olvidados! —exclamó Lynch—. ¡Hum! Ha tenido que caer uno, despedazado, para que los recuerden. Y ahora exigen la venganza, quebrarle el cuello al Perú hasta obligarlo a suplicar la paz; ahora que el general Cáceres es fuerte de nuevo, que domina la sierra y los territorios del norte y del sur.

—Perdóneme, señor contralmirante —terció entonces el secretario Guerrero, que por su posición subalterna podía mirar los

hechos con más serenidad—, pero parece que en el norte se está resquebrajando el poderío de los enemigos. ¡Eso es lo que desprendo del artículo publicado por este periódico de Cajamarca que he entregado a usted! Reparen en que está fechado el 1.º de marzo de este año, o sea, hace cinco meses. Y piensen en que la ciudad de Cajamarca ha sido hasta ahora la sede del Gobierno del contralmirante Lizardo Montero, como primer vicepresidente del Gobierno Provisional.

Lynch volvió a recoger el periódico, releyendo el artículo con más calma. Era éste un manifiesto dirigido por dos periodistas cajamarqueños a la juventud peruana en general y se proclamaba, por primera vez, la necesidad de llegar a la paz. Los periodistas invitaban a los jóvenes del Perú a establecer asambleas provinciales, «para borrar la mortal influencia ejercida sobre la suerte de la patria por dos generaciones corrompidas». Agregando en uno de sus párrafos: «no queda otra esperanza para el presente ni otra prenda para el futuro que la intervención de nuevas fuerzas, la aplicación de nuevas ideas y la observancia de nuevos preceptos en el manejo de los intereses nacionales. La juventud debe propagar el nuevo evangelio, que encierra dos problemas: paz exterior, regeneración interna».

—¡Ah, ah! —exclamó Novoa con satisfacción—. La actitud de los hombres que han escrito ese artículo se presenta, sin duda, con una tendencia provisional.

Lynch asintió con gesto vago. Estaba enterado de que, como consecuencia de aquel artículo, los jóvenes de varios pueblos del norte habían constituido asambleas, que condensaban sus aspiraciones en las siguientes bases fundamentales:

«1.º Autorizar al poder ejecutivo para concluir, bajo determinadas condiciones, la paz con Chile.

»2.º Manifestar la inflexible voluntad popular de que se convocará a Congreso y Constituyente.

»3.º Acordar los asuntos que los representantes provinciales debían llevar a debate al Congreso; qué reformas debían iniciar y qué ideas defender; dejando sentado, desde luego, el voto imperativo de los electores por los elegidos, elocuente práctica de la soberanía popular».

Pero Lynch comprendía también que un movimiento popular de

esa índole no valía para nada de no surgir un caudillo para encauzarlo. Precisamente, para averiguar si se había producido la aparición de un hombre con tales requisitos, el jefe chileno había ordenado que partiera hacia el norte uno de los pocos hombres que iban quedando del antiguo servicio secreto. El designado fue Gastón Dupré. Mientras el agente no enviara noticias sobre el movimiento pacifista en el norte, Lynch había decidido no profundizar en aquel asunto. Además, estaba convencido de que mejores frutos produciría imponer a los personajes de Lima una cuarta contribución de guerra, que les fuera tan gravosa como para apresurarlos a solicitar la paz lo antes posible. Pensaba también castigar a los componentes del Comité Patriótico de la Resistencia culpándolos de la publicación de los panfletos que habían circulado por Lima.

No veo cómo podremos castigar a los miembros de ese Comité, señor contralmirante —le había opuesto el ministro Novoa al conocer su propósito—, cuando todos los que sabíamos implicados en ese movimiento han sido deportados ya a Chile.

Procederemos a ciegas y pagarán justos por pecadores; pero en algunos casos daremos en el blanco. Me propongo escoger al azar a veinte personajes de los de mayor figuración en el Perú y aplicar sobre ellos nuestro castigo.

—Podemos caer en una enorme injusticia, contralmirante —le advirtió una vez más Jovino Novoa.

—Es posible —aceptó Lynch—; pero la masacre de setenta y siete chilenos en La Concepción grita muy fuerte y justificará cualquier exceso. Además yo seré quien seleccione los nombres de los personajes que deportaremos a Chile; así nadie será víctima de remordimientos.

Estaban en aquel punto de la discusión cuando un ujier se excusó por interrumpirlos. Venía a participar a Guerrero que una dama llamada Leonora Latorre solicitaba verlo con urgencia.

Lynch se oprimió la frente con la mano al oír aquel nombre. De súbito se le hizo presente el rostro de la mujer a quien correspondía y recordó que era la agente secreta de ojos verdes que había denunciado ante él a Teresa Vélez y Astorquiza.

—Atiéndala al momento, secretario —dijo a Guerrero—. Esa mujer estaba en la sierra y seguramente ha venido en el primer tren

que partió de Chicla.

El secretario le obedeció al instante y salió a la antesala. Leonora estaba de pie junto al escritorio de la secretaría, con sus espesas vestiduras negras, como un símbolo de la desolación.

—¿Qué le ha ocurrido, señora? —le preguntó Guerrero—. ¿Por qué viste usted de luto?

—Ha muerto mi compañera de servicios, Elcira Carrasco —respondió con aspereza.

El secretario hizo un gesto de condolencia. Pero Leonora no le prestaba atención y seguía hablando monótonamente, como si repitiera en forma automática un argumento que le costaba, pero que debía exponer:

—Perteneciendo ambas al servicio secreto y estando ahora desprovista de todo medio para darle sepultura, he buscado a nuestro jefe, sin hallarlo en parte alguna. Por eso, me he permitido molestar a usted para preguntarle dónde está el señor Abelardo Núñez.

—¿El Profesor?… —Guerrero manifestó contrariedad—. Ya no pertenece al servicio secreto, señora —le participó—. Ha marchado en comisión a los Estados Unidos, como secretario del ministro Joaquín Godoy, nombrado plenipotenciario de Chile ante esa nación.

—¿Y Gastón Dupré? —quiso saber abrumada.

—Está cumpliendo una misión en Cajamarca, señora.

—¿No queda nadie del servicio secreto en Lima? —le inquirió la joven.

El secretario abrió los brazos, como si le sorprendiera que la agente no estuviera enterada de algo que la afectaba directamente.

—El servicio secreto ha sido disuelto, señora —le reveló—. El señor Dupré, que será el único que continuará realizando algunas funciones, ha sido incorporado al ejército.

Era el golpe de gracia. Leonora tuvo que afirmarse en el escritorio y después deslizarse a una silla próxima.

—Me he quedado sola…, completamente sola —balbuceó en un murmullo.

—Puede usted regresar a Chile en cuanto haya lugar en alguno de los barcos transportes.

Pero Leonora no le oía y seguía repitiendo en un desgarrado

susurro:

—¡Sola!… ¡Desprendida de todo!…

El secretario no hallaba qué actitud adoptar, y, en su desconcierto, cometió la torpeza de intentar consolarla insinuándole que los servicios que había prestado le serían generosamente recompensados. La agente lo miró entonces y se puso lentamente de pie.

—No deseo recompensa por mis servicios. Demuéstrenme ustedes la gratitud que los anima ayudándome a dar sepultura honrosa a mi compañera, que murió en el desempeño de sus funciones. Sus restos están en el Hospital Santa Sofía, donde fueron llevados los enfermos que bajaron de la sierra —le dijo fríamente e insinuó un movimiento hacia la puerta.

Guerrero la escoltó, prometiéndole que ordenaría se le erigiera una capilla ardiente en el hospital y que consultaría con el general en jefe sobre las honras que deberían rendírsele como combatiente caído en acción de guerra.

A Elcira Carrasco se le rindieron honores fúnebres de sargento y, a petición de Leonora, en su capilla ardiente montaron guardia cuatro soldados del «7.º de Línea» y media compañía de ese mismo batallón escoltó los restos hasta el Cementerio General de Lima. Los soldados siguieron a la carroza sin lograr comprender por qué se tributaban aquellos honores a una simple mujer.

Leonora marchó en un coche tras el carro funerario, acompañada por el viejo soldado del «Bulnes» Toribio Jerez, a quien encontrara viviendo en la casita de la calle Trapitos, que les sirviera de residencia.

El cortejo avanzó por un costado de la Plaza Mayor y torció hacia la calle vecina a la catedral. Fue justamente cuando el coche pasaba por la esquina del templo, que salió del recinto sagrado un caballero alto y flaco, de cabello cano y blanca perilla. Sus ojos azules, opacados por la edad, enfocaron casualmente a la figura enlutada y su rostro reflejó la más profunda sorpresa. Era el general Buendía, que iba vestido como simple ciudadano de una nación vencida. Impresionado hasta el grado máximo, se movió rápidamente hasta la esquina y, desde ahí, se quedó contemplando el cortejo y a los soldados que lo integraban. Luego, cruzó hasta el borde de la Plaza Mayor y se acercó a un coche de alquiler. Con

mano temblorosa, señaló al cochero las espaldas de los soldados que se alejaban en pos de la carroza.

—Siga…, siga usted a ese cortejo.

No habían alcanzado a recorrer una cuadra cuando el viejo general Buendía cambió de intención y pidió que lo condujera hasta el cementerio por una calle paralela.

Elcira bajó a la tumba en medio de una sencilla ceremonia, que su compañera presenció estoicamente, sin que un gesto delatara su dolor. Inmóvil junto a la fosa, con un flotante velo negro cubriéndole el rostro, semejaba uno de los muchos cipreses que crecían en el camposanto.

Seis soldados cargaron el ataúd y lo deslizaron al fondo. Luego, el teniente Miguel Ureta desenvainó su espada y a un movimiento suyo los soldados presentaron armas, y así se mantuvieron, rindiendo homenaje a la difunta, durante un minuto. Enseguida, dos de ellos, provistos de palas, fueron recubriendo el hoyo con la tierra suelta.

Leonora presenciaba la escena con los ojos fijos en la tapa del féretro, a través de la cual le parecía ver el rostro dormido de la mujer que fue parte primordial de su vida durante tantos años. No dijo una sola palabra durante la ceremonia, pero cuando el oficial, con sus propias manos, clavó en el testero de la tumba una cruz con el nombre de Elcira Carrasco, estampado con pintura, se tambaleó en forma tan notoria, que el ordenanza Jerez se le acercó y la sostuvo de un brazo.

Cubierta la fosa, los soldados volvieron a presentar armas por espacio de unos segundos y tomaron después el camino de salida del cementerio.

Leonora fue quedándose atrás, siempre ayudada por el viejo soldado. Cansadamente, se dirigió al coche que la aguardaba y montó en él. Buendía, oculto tras una arcada, se desprendió, entonces, de su refugio y se quedó contemplando al carruaje que se alejaba. En su rostro envejecido se evidenciaba una intensa emoción. Con pasos tardos se acercó al cochero.

—Escúchame bien. Vas a seguir a ese coche, averiguarás en qué sitio se detiene y tomarás bien los datos de la casa en donde entre la señora que va en él. Luego, volverás a la plazuela de San Francisco, me entregarás los datos que te pido y sabré recompensarte bien.

¿Me comprendes?

—Sí, señor, sí. Voy ahorita mismo.

El veterano quedó solo frente a la entrada del cementerio.

—¡Leonora! —murmuró con tristeza—. ¡Volverte a encontrar!… ¡Ahora, ahora, justamente!… ¡Ay, mi inolvidable Leonora, es el destino que se pone contra ti!

Sumido en sus melancólicas reminiscencias, cruzó la entrada de Lima y siguió caminando en dirección al convento de San Francisco. Calculando que el cochero demoraría lo menos tres cuartos de hora en regresar, se introdujo en la penumbra del templo y, sin saber a ciencia cierta qué impulso lo movía, se arrodilló en la última corrida de bancas y se puso a rezar. Su oración era inquieta y sin concentración, perturbada continuamente por recuerdos de la imagen de Leonora, pero de una Leonora más niña, luminosa y alegre, como él la conociera y amara en aquellos meses ardientes de la campaña de Tarapacá. Temblando por el impacto de los recuerdos, prefirió salir al atrio y cruzó la plazuela por entre sus faroles de brazos negros como lúgubres horcas. No había permanecido muchos minutos parado en la gradería cuando un coche se detuvo frente a él y su conductor se inclinó para hablarle. Era el mismo que él había comisionado en el cementerio.

—Y bien, ¿qué averiguaste, cholo? —dijo con esfuerzo.

—La señora bajó en la calle Trapitos y entró a una casa chiquita que enfrenta a la Puerta del Perdón, del convento de La Concepción —le confió misteriosamente el cochero.

—¿Está señalada con número esa casa?

—Sí, mi señor; es una de las pocas que lo conservan. Tiene el número 42.

El general echó mano a un bolsillo y entregó al hombre algunas monedas, sin mirarlo.

«Calle Trapitos N.º 42 —se decía—. Volveremos a vernos. Leonora, y me explicarás qué desgracias estás labrando para mi ciudad, como las labraste para mí en aquellos lejanos tiempos del comienzo de la guerra; mi derrota, la derrota del Perú, a las que tú tanto contribuiste».

Caminando como un sonámbulo, se adentró en el sector céntrico de Lima.

En aquella misma hora, otro personaje descendía de un coche de

alquiler frente al número 42 de la calle Trapitos y golpeaba discretamente en la puerta cerrada. Era Mariano Guerrero, secretario de Lynch. Después de esperar un rato, se disponía a marcharse suponiendo la casa vacía, cuando la voz del ordenanza Jerez le inquirió a través de la puerta:

—¿Quién llama?

—Necesito hablar con la señora Latorre. Soy el secretario del general en jefe.

La puerta se abrió con un chirrido de cerrojos poco usados y apareció en el hueco la figura rechoncha de Jerez.

—Perdóneme, señor Guerrero —se excusó—; pero la señora me tiene ordenado que no abra a nadie.

—¿Cómo está ella? —preguntó comprensivo.

—Muy quebrantada, señor. La muerte de doña Elcira la ha dejado deshecha. Apenas habla. Tenga usted la bondad de aguardar unos minutos en el vestíbulo mientras voy a prevenirla.

El ordenanza regresó minutos más tarde y se detuvo respetuosamente junto a Guerrero, que se hallaba contemplando los retratos que adornaban las paredes.

—¿Quiénes son estos señores? —consultó Guerrero al soldado.

—Peruanos, señor: los antiguos dueños de esta casa. Entiendo que viven en el norte, en Trujillo o Cajamarca.

—¿Y éste, quién es? —preguntó señalando un pequeño retrato que mostraba a un oficial de la infantería chilena.

—El marido de la señora. Ella lo tenía guardado y, mientras estaba en la sierra, lo saqué y lo puse en ese sitio.

—¡Hum, creí que era soltera! —comentó Guerrero—. No es fácil imaginar que una mujer que realiza funciones tan… tan difíciles como las que ella cumple, puede ser casada. A menos que este oficial… ¡Ah, sin duda es eso! Murió, ¿no es cierto?…

Pero en lugar de la voz gruesa e inculta del soldado, la que le respondió fue la de una mujer. Guerrero se volvió sobresaltado al oírla.

—No, señor, está vivo; pero también pagó su tributo a la guerra: dolores y agonías durante muchos meses…, y después, la pérdida de un brazo y de la alegría de su juventud.

—Perdone usted mi torpe curiosidad, señora —se disculpó al verla en la puerta del vestíbulo.

La agente ordenó al soldado que los dejara solos. Apenas éste hubo salido, inquirió fríamente al secretario:

—Me trae usted el pasaje para regresar a Chile, ¿no es verdad?

El secretario volvió a excusarse turbado. Las pocas plazas que se lograba reservar en los barcos de la carrera eran destinadas a los heridos, enfermos y convalecientes. Por otra parte, los barcos transportes chilenos estaban ocupados en trasladar tropas a Ica, Salaverry y Pacasmayo. Se habían producido rebrotes de resistencia en el sur y en el norte y era preciso reforzar las guarniciones.

—Está bien, seguiré esperando —aceptó Leonora—. ¿A qué debo su visita, entonces?

Guerrero se debatió un tanto incómodo antes de explicarse.

—Me ha enviado el señor contralmirante Lynch —le dijo finalmente—. Necesitamos ciertos datos que usted, mejor que nadie, puede proporcionarnos. El gobierno de ocupación está confeccionando una lista de los personajes destacados de Lima que puedan haber colaborado con el Comité Patriótico de la Resistencia. Como usted actuó en la investigación de las actividades de esta liga secreta y proporcionó una pista para apresar a la mayoría de sus directores… Bueno, el señor Lynch considera que puede proporcionarnos usted los nombres de otros personajes que actualmente mantienen relaciones con ese Comité.

—No, no, por favor…, no quiero volver a intervenir en ese asunto. Bastantes remordimientos sufrí ya —replicó Leonora con desagrado.

—Comprendo, señora, que no le sea grato denunciar a civiles, cuya mayoría son hombres maduros o ancianos…

— …y mujeres también —le acotó Leonora con sequedad.

—De acuerdo. Pero usted sabe mejor que nosotros hasta qué punto han contribuido esos caballeros y esas señoras a los reveses que debieron sufrir nuestras tropas. Ese Comité fue el que proporcionó armas al ejército de Cáceres, el que entregó y entrega a ese general los informes sobre nuestros movimientos y el que facilitó a los serranos los medios para atacar y masacrar a nuestras tropas.

—Lo sé, pero aun así, insisto en no volver a intervenir —se defendió Leonora tercamente.

—Debo recordarle que está comprendido en sus deberes el

proporcionarnos esos informes, señora. Sus labores específicas…

—¡Terminaron, señor Guerrero! El servicio secreto ha sido disuelto —se opuso la joven con firmeza. Pero Guerrero rechazó su argumento.

—Mientras usted permanezca en Perú, habite en esta casa y viva del subsidio que le proporciona la administración chilena, permanece bajo las órdenes del Comando en Jefe.

La agente se dejó caer cansadamente en un sillón. Guerrero comprendió que era una crueldad seguir acosándola.

—Perdóneme, no insistiré, por ahora —le dijo suavemente—. Entiendo su estado de ánimo después de la muerte de su compañera. Pero creo que el señor Lynch va a exigir hablar con usted. Con su permiso, me retiro, señora.

Entonces la joven lo detuvo con una pregunta:

—Señor Guerrero, ¿qué fue de esa señora a quien tuve que ver en el despacho del contralmirante Lynch? Recuerdo que se llamaba Teresa Vélez y Astorquiza.

El interpelado hizo una mueca de contrariedad. Hería a su discreción de secretario el debatir un problema íntimo de Lynch. Pero Leonora seguía hablando y no le dejaba la posibilidad de rehuir una respuesta.

—Lo único que supe —decía la joven— fue que el contralmirante le ordenó recluirse en una casa de Chorrillos, con la prohibición de salir de ella. Iba a tener un hijo…, un hijo del propio contralmirante.

—Lo perdió —fue la concisa respuesta del secretario—. La reclusión le alteró los nervios y la hizo enfermar; perdió al hijo cuando estaba por nacer.

—¡Dios santo!… —dejó escapar Leonora, avergonzada por la participación que le cabía en aquel doloroso asunto.

Guerrero adivinó su sentir y creyó amortiguar sus remordimientos, informándole que el contralmirante había autorizado a la señora Vélez para vivir nuevamente en Lima.

—Ahora ocupa una buena casa en la ciudad —concluyó.

—Pero ¿siempre encerrada?… —insistió la señora.

—El señor Lynch estimó que era conveniente —dijo, y se volvió para marcharse.

Leonora siguió hablando para sí misma, atenaceada por los

remordimientos:

—Yo tuve la culpa…, yo la denuncié. Si no me hubieran obligado a hablar, Lynch no la habría repudiado y ella tendría su hijo.

Guerrero la interrumpió secamente, inconfortable ante aquel desborde.

—Hasta la vista, señora. Confío en que se normalice usted pronto —le dijo y caminó hacia la puerta, pero bruscamente volvió al vestíbulo.

—¡Ah, casi lo olvido otra vez! Tengo una carta llegada hace varias semanas. Viene de Chile. La recibí poco después de que usted partió hacia la sierra —le confidenció Guerrero, al mismo tiempo que se la entregaba.

Leonora le agradeció con un gesto, y en lugar de referirse a la carta, le inquirió:

—Señor, ¿cuándo bajan las tropas de Chicla?

—El coronel Urriola, que ya se hizo cargo de ellas, nos comunicó hoy que empezarían a descender a Lima desde mañana. Pero tendrán que hacerlo lentamente: las montoneras enemigas infestan el camino y deberán combatirlas.

—Gracias, señor —le dijo la joven, y con su actitud dio a entender que no deseaba retenerlo más.

«¡Una carta de Chile…, ahora!», musitó con cansancio Leonora, después que oyó cerrarse la puerta.

Con movimientos maquinales rasgó el sobre y extendió la carta ante sus ojos. Una mirada le bastó para reconocer la letra de Alberto Cobo.

«¡Dios mío, sólo esto me faltaba!», exclamó con la voz quebrada por la amargura.

Mi inolvidable esposa:

Ha tenido que transcurrir el tiempo para que se operara en mí el milagro que tú me anticipaste. Vuelto a la vida normal de Santiago, rodeado por nuestros amigos, reconfortado con el cariño plácido de tu padre y de tu tía Clarita, con quienes vivo en tu antigua casa de la calle del Peumo, he logrado volver a ser el mismo de antes, el hombre de buen ánimo y de sentimientos despejados que tú conociste, que fue tu novio. Mucho contribuyó a esta

mejoría, que no puedo llamarla de otro modo, presenciar el regreso de los últimos batallones que han vuelto del Perú y asistir a los recibimientos triunfales de que se les ha hecho objeto.

Santiago es otra vez la ciudad brillante y optimista de antes de la guerra; la gente camina alegremente por las calles y los paseos públicos se ven repletos. ¡Ah, gracias a Dios, ha terminado la pesadilla y tú podrás regresar! Es lo único que anhelo para ser feliz, mi idolatrada Leonora.

Te he escrito con el firme propósito de prometerte no hablar nunca más del pasado y de la absurda distancia que yo abrí entre los dos. Tienes que comprender que estaba enfermo, que tenía la mente turbia y los nervios destrozados. Ahora todo eso se borró. Sólo quedan mi amor inalterable por ti y mi fe absoluta en que aún me amas como antes. Desde el fondo de mi corazón, te imploro: olvida mi torpe proceder, olvida que alguna vez hubo guerra, que ambos tuvimos que intervenir en ella y quedar marcados por su signo trágico. Lo único que importa es nuestra unión y nuestra felicidad futura. Vuelve, Leonora mía. Al recibo de esta carta, toma el primer barco que pase hacia el sur y avísame que me traes la felicidad. Te espera con los brazos abiertos tu amantísimo esposo.

ALBERTO.

Hundiéndose en el sillón en que se hallaba, Leonora sepultó el rostro entre las manos; pero no lloró. Sus ojos estaban secos y perdidos en un vacío infinito.

La carta quedó tirada sobre la mesa del vestíbulo. Los párrafos principales de ella le martillaban el cerebro en forma obsesionante; sus ingenuas confesiones: «Mi inolvidable Leonora» y «te espera con los brazos abiertos tu amantísimo esposo», le hacían sentirse cubierta de vergüenza e impotente para resolver el dilema de su destino.

El ansioso llamado de Alberto llegaba tarde, cuando ya ella no podía atenderlo ni responderlo; pero venía a interponerse como una barrera insalvable, que la separaba definitivamente de Rodríguez. Ahora comprendía claramente que jamás podría confesar a Cobo el

amor incontenible que había nacido entre ambos, que no tenía derecho a herirlo de modo tan brutal, a destruir otra vez su resucitada fe y a sumirlo definitivamente en la decepción y el fracaso. Simultáneamente, percibió que se le cerraban todos los caminos. Estaba sola, sin la reconfortante compañía de Elcira, sin su apoyo moral, y no le era dable ni marchar a Chile, satisfaciendo el llamado de Alberto, ni esperar en Lima la llegada de Rodríguez.

Un solo pensamiento cupo entonces en su mente: partir. Pero ¿hacia dónde? ¿Con qué pretexto? El servicio secreto había sido disuelto. Fue entonces, en aquella noche que pasó desvelada sintiendo golpear en sus nervios la voz suplicante de Cobo, cuando por primera vez cruzó por su cerebro la idea que habría de imprimir en su rostro una expresión rígida, ausente de vida, como la faz de una muerta. Había una partida que no necesitaba explicación ni destino, una partida definitiva.

Convencida firmemente de que no existía otra solución para su problema, se sintió aliviada y dejó transcurrir todo el resto de la noche esforzándose por no pensar en nada. Inmóvil en su sillón, se mantuvo helada y vacía hasta que vino la aurora.

La primera mitad de la división de la sierra había llegado ya a Chicla y se esperaba la aparición de la segunda por la ruta de Casapalca.

El coronel Urriola, dejado a cargo de la totalidad de las fuerzas, no pudo resistir a los impulsos de su hidalguía al contemplar la entrada de aquellas tropas y, sin esperar a que terminaran de llegar los batallones, telegrafió a Lynch sus pensamientos.

> *Ante el espectáculo de la división del señor coronel Estanislao del Canto* —le decía—*, considero que no hay razón alguna para infligirle una ofensa tan grave como sería despojarlo del mando de sus tropas. Los soldados de la división de la sierra han entrado en Chicla en magníficas condiciones, con marcialidad y disciplina pese a lo destrozado de sus uniformes y calzado.*
>
> *Considero que sería preferible que yo me retire de*

regreso a Lima y que se permita al señor coronel Del Canto seguir al mando de las tropas que ha logrado mantener en tan buen estado.

Quedo esperando las nuevas órdenes que V. S. se sirva darme.

MARTINIANO URRIOLA.

Pero no hubo respuesta de Lynch y le fue forzoso obedecer la orden primitiva.

Del Canto le hizo entrega del mando y enseguida dirigió una proclama a sus tropas, agradeciéndoles el esforzado comportamiento que habían exhibido durante los largos meses de martirio soportados en la sierra. Después, recuperando el comando de su batallón, «2.º de Línea», se abrió paso hacia Lima.

Urriola tuvo que organizar cuidadosamente el descenso del resto de la división, al que se habían sumado centenares de mujeres y comerciantes extranjeros que trataban de poner a salvo sus vidas y sus bienes, temerosos de los estragos que harían los montoneros en los pueblos evacuados por los chilenos. La extraña y muy engrosada caravana inició la partida con grandes precauciones.

Las bandas montoneras infestaban la región y, aunque no se arriesgaron a atacar la columna francamente, la fueron acosando con sus sorpresivas ráfagas de fusilería y con las lluvias de peñascos que precipitaban sobre ella cada vez que cruzaban algún desfiladero. En numerosas ocasiones, Urriola tuvo que destacar a los cansados hombres del «Santiago» para que treparan a los cerros vecinos a la línea del ferrocarril y despejaran la comarca a fuerza de bayonetas.

Esta constante lucha tuvo por consecuencia que todos los pueblos esparcidos entre Casapalca y Chosica fueran quedando incendiados, y, cuando el tren y escolta armada se dispusieron a dejar esta última población, el coronel estuvo resuelto a dar la orden de que se la entregara al fuego también, pero su prudencia militar lo hizo cambiar de idea. No era sensato dejar entregada la vía férrea a los enemigos y perder el dominio de Chosica, nudo de los caminos que conducían a la sierra.

El coronel Gutiérrez estuvo de acuerdo con él. Entregar Chosica a las fuerzas de Cáceres era exponerse a que intentaran un ataque

sorpresivo a Lima.

Armonizados en la idea de que era preciso dejar una fuerza veterana en Chosica, bajo un mando experto, para que dominara el pueblo hasta que se normalizara la defensa militar de Lima, mandaron buscar al mayor Rodríguez, que se había agregado a la oficialidad del «7.º de Línea». Puesto al tanto el explorador del propósito del comando, trató de eludir la misión que adivinó iban a confiarle.

—Mi coronel —dijo a Urriola—, le ruego que me deje decirle algo, antes de que me explique la razón específica que lo ha impulsado a llamarme.

—La razón es muy simple, mayor —le expresó el jefe, sin darle tiempo a continuar—. Hemos considerado que nadie mejor que usted puede quedar al mando de las dos compañías del «3.º de Línea» que dejaremos aquí.

—¡Eso es justamente lo que deseo evitar, mi coronel! —le rebatió Rodríguez apasionadamente—. Ya he prestado bastantes servicios, siempre los más arriesgados y difíciles. Creo merecer un descanso.

—¿Está usted cansado? ¡No me diga! ¿El «hombre de hierro» del general Baquedano se ha cansado al fin?… —dijo Urriola.

—No estoy cansado físicamente, mi coronel —le replicó con cierta acritud—. Pero lo que me ocurre no es cosa de broma. Necesito llegar a Lima lo antes posible. Existen para mí intereses muy importantes que debo…

—¡No es en broma que le encomiendo esta misión! —estalló el coronel—. Parece que usted no me conoce si piensa que bromeo cuando ordeno algo importante a un subalterno. Y esto sí que es importante; bastante más que lo que pueden serlo esos intereses suyos que lo mueven a insubordinarse.

—¡No me insubordino, señor! —insistió el explorador, herido en su orgullo—. Reclamo algo que estimo justo: que se comisione a otro que no haya rendido tantas pruebas como yo y que no tenga el compromiso de…

—¡Mayor Rodríguez, en campaña, un soldado no puede contraer compromisos de ninguna especie que sean ajenos al ejército en que milita! De modo que le prohíbo volver a hablarme de esto. No quiero ser duro, pero su actitud intransigente, en esta situación de

emergencia, me obliga a recordarle que soy su jefe y que usted debe obedecerme en todo…

—A sus órdenes, mi coronel —acató con voz enronquecida—. Pero permítame decirle que yo, que he sido un oficial al que no ha podido censurársele nada en cuatro años de guerra, pediré que se me dé de baja tan pronto pueda llegar a Lima. Eso es todo. Ahora espero sus instrucciones para defender Chosica.

Un pálido sol invernal mañanero se filtró por las vidrieras del vestíbulo en donde se encontraba Leonora aletargada en un sillón. Lejos se oía el son apagado de bandas militares, el rumor ronco y lejano de cureñas que rodaban por el empedrado y el redoblar monocorde de las botas de muchos soldados desfilando hacia el centro de la ciudad. Leonora percibía esos ruidos, sin interpretarlos, sin prestarles atención. Fue el ordenanza Jerez, que llegaba a prepararle el desayuno, quien la ilustró sobre lo que estaba ocurriendo.

—Están llegando las tropas de la división que estaba en la sierra, señora. Desembarcan en la estación de Viterbo y entran a Lima desfilando. Así lo ha querido el señor contralmirante Lynch.

—¿Llegan todas las tropas? —le inquirió Leonora con aire ausente.

—Entiendo que sí, señora. No me di tiempo para averiguarlo, pero vi pasar a mi coronel Del Canto con el «2.º de Línea» y, después, a la segunda brigada de artillería.

La joven guardó silencio, como si todo aquello hubiera perdido interés para ella. Al cabo de un rato ordenó a Jerez:

—Si viene el mayor Rodríguez a esta casa, niéguele la entrada. Dígale que estoy enferma y que no debo recibir a nadie.

El soldado asintió con una grave inclinación, pero se quedó mirándola con inquieta compasión.

—¿Necesita algo más? —le preguntó en voz baja.

—Nada. Gracias.

Leonora continuó en su sillón, cerrados los ojos y sin ánimo para realizar movimiento alguno. Sin embargo, no durmió y, cuando al cabo de una hora aproximadamente, alguien golpeó en la puerta de

calle, sintió perfectamente los pasos del ordenanza que iba a abrir, y luego su regreso hasta el vestíbulo.

—Diga usted, Toribio —le expresó sin abrir los ojos—. No estoy durmiendo.

—Señora, en el zaguán está un mensajero enviado desde Palacio. Ha traído esta orden para usted.

—Para que me presente ante el contralmirante Lynch, ¿no es así? Está bien, iré pronto. Vaya a buscarme un coche. El contralmirante Lynch llega temprano a su despacho y, a esta hora, podremos hablar con calma.

Pero la agente se había equivocado en su apreciación. Lo que menos reinaba en el despacho del general en jefe, en esos momentos, era la calma. Acababa de recibir noticias de una descabellada empresa realizada por el capitán
Dell'Orto,
del batallón «Concepción», en las proximidades de Cajamarca. Aquel oficial, famoso en su batallón por sus locuras y desplantes, concibió la idea de avanzar con los veinticinco soldados a su cargo contra Cajamarca, la capital del norte del Perú. Y, sin haber recibido orden de hacerlo, ni dar aviso a sus superiores, se apoderó de la ciudad en la cual el contralmirante Montero mantenía la sede de su Gobierno.

El jefe de todas las fuerzas chilenas diseminadas en el norte, comandante Carvallo Orrego, comunicó el hecho inmediatamente a Lynch. Éste, furioso, reunió en su despacho al jefe del Estado Mayor General, Francisco Gana, y al ministro plenipotenciario Novoa.

—¡Esto es insoportable, señores! —les espetó—. Representa el libertinaje entre los oficiales. La bravuconada de este capitán
Dell'Orto
puede acarrearnos consecuencias insospechadas. Vean ustedes qué disparate. Con veinticinco hombres del «Concepción» se apropia de Cajamarca y, con una soltura de cuerpo digna de mejor causa, se mantiene en ella durante dos días, ahuyentando al general Miguel iglesias, Jefe Político y Militar del Norte, en ausencia el contralmirante Montero, que se había trasladado a Huaraz.

—Me parece una simpática aventura. Porque me imagino que ese capitancito logró escapar de la ratonera en que se había metido —dijo Novoa.

—Sí, escapó milagrosamente, no me explico cómo —reconoció el contralmirante con rabia—. Pero las consecuencias han sido lamentables. Piensen ustedes que fue justamente en Cajamarca donde surgieron esas publicaciones en las que se hacía un llamamiento a la juventud del Perú para trabajar sinceramente por la paz con Chile.

—¡Hum, poco oportuno ha sido
Dell'Orto
al tomarse Cajamarca, aunque el hecho no haya constituido más que una humorada de dos días! —intervino el coronel Gana sentenciosamente.

—¿Una humorada? —saltó acremente Lynch—. ¡Una humorada que nos cuesta las vidas de veintisiete soldados y de dos oficiales, coronel Gana!

El general Miguel Iglesias, que se desempeñaba como Jefe Político y Militar del Norte en reemplazo de Montero, era un veterano de dignidad y coraje. En la campaña contra Lima había sido el defensor del Morro Solar y, aunque vio caer fulminado a uno de sus hijos al lado suyo, no cejó en la defensa hasta que su división fue arrollada por la que comandaba el propio Lynch. Después de la toma de Lima, el general Iglesias firmó el compromiso de no volver a empuñar las armas contra Chile y, hasta ese momento, lo había cumplido.

—Pero si un capitancito fanfarrón y corto de luces se le mete en su ciudad y lo corretea fuera de ella, ¿cuál podía ser su reacción lógica? —prosiguió Lynch con enojo—. El capitán
Dell'Orto
fue a «pisarle el poncho», como decimos en Chile, e Iglesias estaba obligado a proceder como un general de prestigio. Así, pues, reunió a sus tropas, que pasaban de mil quinientos hombres, y las lanzó contra las guarniciones chilenas establecidas en los pueblos de la costa, entre Trujillo y Cajamarca. El jefe cajamarqueño atacó con dos columnas la guarnición de San Pablo, a cargo del mayor Alberto Sáldez, con 375 hombres. Una de las columnas era mandada por su hermano, el coronel Lorenzo Iglesias; la otra, por él mismo. Y para asegurarse la victoria, dispuso de una tercera fuerza, mandada por el coronel Manuel Callirgos Quiroga. El mayor Sáldez se mantuvo a la defensiva durante dos horas y, luego, como viera que las tropas

cajamarqueñas empezaban a ceder, se lanzó a la carga. El empuje de los soldados del «Concepción» rompió las líneas peruanas, que iniciaron la fuga. Pero iglesias controló el desbande de sus tropas y volvió a cargar sobre las fuerzas de Sáldez.

La situación de los chilenos era gravísima y su jefe se vio obligado a replegarlos hacia la costa, desde donde venía avanzando el jefe de las guarniciones del norte, comandante Carvallo Orrego. El mayor Sáldez y sus hombres lograron salir del encierro, pero en la ambulancia de la Cruz Roja en San Pablo quedaron el capitán Isaac Meza y el teniente Gregorio Salgado, ambos del batallón «Talca». Además de dos enfermeras, once heridos y cinco contagiados de fiebre amarilla. El mayor Sáldez pasó en su retirada por El Molino y Tembladeras, reuniéndose en este último punto con el comandante Carvallo Orrego. Sólo entonces se pudieron precisar las bajas. Aparte de los que quedaron en la ambulancia entregados a la ferocidad de los enemigos, hubo diecisiete muertos de tropas y quedaron heridos el teniente Alfredo Cruzat y catorce soldados.

Terminada su relación, Lynch clavó sus pupilas airadas en Novoa y en el coronel Gana, como consultándoles sus pareceres.

—¿Y cuántas fueron las bajas del enemigo, mi general? —le inquirió el último de ellos.

El comunicado señala que murieron dos jefes, cuarenta y siete oficiales y doscientos dos soldados. Los jefes muertos fueron el coronel Eudosio Rabínez y el teniente coronel Julián Cruzado. Además, tuvieron cincuenta y siete heridos.

—Como resultado es magnífico, mi general —musitó tímidamente Gana, pero con admiración.

—¿Magnífico?… —estalló Lynch—. Nosotros estábamos vislumbrando una posibilidad de paz surgida justamente de Cajamarca. En cambio, ¿a qué estamos enfrentados ahora? Pues nada menos que a tener que reforzar las tropas de Carvallo Orrego y a dar a éste la orden de avanzar resueltamente contra las fuerzas del general Iglesias. Con ello, destruimos toda esperanza de paz en esa zona.

Sus dos interlocutores reconocieron que el razonamiento de Lynch era incontrovertible y aprobaron cuando éste agregó:

—Acabo de enviar una nota al comandante Carvallo Orrego, en la que le comunico que le envío al batallón «Coquimbo N.º 3» y le

ordeno que batan toda la región y arrasen los pueblos que han sido focos de montonera. Por último, agrego de mi puño y letra esta advertencia textual: «Sólo me resta recomendar a V. S. que si el general Iglesias, o cualquier otro jefe o soldado, llega a caer en su poder, debe tratarlos sin consideraciones y fusilarlos en el acto».

—¿No le parece a usted excesivo rigor, contralmirante Lynch? —apuntó Novoa reprobándolo.

El interpelado respondió en tono que no admitía discusión:

—Es necesario. Si no podemos esperar ya que los cajamarqueños se pronuncien voluntariamente por la paz, como parece quiso ser su intención, tendremos que obligarlos a solicitarla mediante una implacable destrucción.

Cuando el secretario Guerrero, terminada aquella conferencia, anunció a Lynch que estaba en la antesala Leonora Latorre, éste abrió una gaveta oculta de su escritorio y sacó dos listas de nombres, que colocó frente a él mientras el amanuense iba en busca de la agente.

El «Príncipe Rojo» no pudo evitar el recuerdo de Teresa Vélez y Astorquiza, a quien repudiara por la denuncia hecha por la misteriosa mujer que ahora avanzaba hacia él. La saludó de pie, con fría reverencia, y le indicó un asiento.

—Señora, lamento haberme visto forzado a conminarla a presentarse aquí, pero su negativa a acceder a mi anterior pedido lo provocó.

Leonora le respondió sin aceptar el asiento:

—El servicio al cual pertenecí ha sido disuelto, señor; en consecuencia, mi compromiso con ustedes terminó.

—No, señora. Mientras usted permanezca en el Perú y no se la licencie en forma oficial, dependerá de esta administración —le argumentó Lynch con sequedad.

—Está bien —dijo—; no puedo oponerme.

El contralmirante se sentó entonces y tomó las listas de nombres.

—Vamos a nuestro asunto entonces —dijo rápidamente a la señora—. Hemos resuelto deportar a Chile o someter al pago de fuertes contribuciones de guerra a personajes principales de Lima, especialmente a los cómplices del Comité Patriótico de la Resistencia. Basándonos en los datos que usted misma confió a El Profesor, hemos confeccionado estas dos listas de nombres. En la

primera figuran individuos que sufrirán nuestro rigor inmediatamente; en la segunda, personajes de menor importancia que correrán la misma suerte dentro de una semana. Ahora bien, deseo que usted examine estas listas y opine si están incompletas, agregando los nombres que falten, o tache los de aquellos señores que usted sepa fundadamente que nada tuvieron que ver con esa liga secreta. ¿Me ha comprendido usted?

El rostro de Leonora se fue ensombreciendo; tenía los ojos bajos y un aire de honda pesadumbre.

—Le he entendido, señor —le respondió—. Pero le suplico que me exima de participar otra vez en esa ingrata tarea. Bien sabe usted el daño irreparable que causé, sin quererlo, a una infortunada mujer…

—No recordemos eso, señora —la contuvo Lynch turbado. Después, sus pupilas punzantes dominaron a la joven—. Es necesario que usted realice lo que le pido. Sírvase examinar la primera lista.

Leonora le obedeció como una hipnotizada y tomando entre sus manos la hoja fue leyendo los nombres registrados en ella. Éstos eran: José Antonio García y García, general La Cotera, Carlos Elías, Ramón Cándamo, José Antonio Lavalle, Mariano Álvarez, Ismael Muro, Fernando
O'Phellam,
Avelino Aramburú, Ramón Alzamora, Francisco de Paula Boza, Tomás Carvajal, Juan Martínez Cárdenas, Torcuato Derteano, Diego Mesías y Gabriel Saco.

Cuando la agente dejó de leer, Lynch le preguntó:

—¿Tuvieron todos esos señores relación con el Comité Patriótico de la Resistencia? —Como Leonora afirmara con un gesto, le insistió —: ¿Podría usted agregar otros nombres?

—Los que recuerdo posiblemente estén en la segunda lista —le contestó ella en voz baja.

—Es cierto. Hágame el favor de leerla.

Le alargó la segunda hoja y la joven la recorrió sin mucho interés. En ella se leían varios nombres: Alejandro Arenas, Mariano Felipe Paz Soldán, Juan Ignacio Elguera, Miguel Adanasio Fuentes, José Gregorio Bazagoitía, Felipe Varela y Valle, Dionisio Derteano, Ramón Ribeyro, Ambrosio Becerril y Juan Buendía.

Al leer aquel nombre, Leonora sintió una sacudida y levantó su mirada atónita hacia el contralmirante.

—¿El general Buendía también?

—Sí, señora. ¿Qué hay con él?

—El general Buendía no pudo tener relación alguna con el Comité Patriótico —afirmó dolorosamente—; estaba en la sierra acompañando a Piérola. Por otra parte, el comité ayudaba a su antagonista, el general Cáceres.

—Es valedera su objeción —le aceptó Lynch—, pero debo recordarle que Buendía regresó a Lima con el dictador y, cuando su jefe se marchó a los Estados Unidos, él permaneció aquí.

—¿Está en Lima?… —En la interrogación de Leonora vibraba un dejo de inquietud y de emoción.

—Está aquí y en sospechosa relación con personas que sabemos ciertamente cooperaron con la liga secreta —le contestó Lynch, y enseguida agregó en forma reticente—: En especial con esa dama a quien aludió usted hace un momento.

El contralmirante no quiso pronunciar el nombre de Teresa Vélez, pero la imagen de la mujer repudiada se hizo presente ante los dos.

—No escapará a su sagacidad que hacemos vigilar los pasos de esa señora —proseguía Lynch—. Así, hemos comprobado que Buendía visita muy a menudo la casa que hemos dado a esa dama en Lima.

—¿Y por esa causa se le va a desterrar y se le impondrá una contribución de guerra, señor? —dijo con ironía.

El general en jefe apretó las mandíbulas.

—Por sospechoso de conspirar junto a ese Comité sedicioso, y también, porque es un personaje destacado de la aristocracia peruana, clase sobre la cual deseo hacer recaer nuestro rigor con particular fuerza. Es la única forma de obligarlos a solicitar la paz. Todos los que figuran en esas listas tendrán que enterar en nuestras arcas doscientos mil soles de plata cada mes; y por aquellos que mandaremos desterrados a Chile pagarán sus parientes.

A Leonora había dejado de interesarle aquel asunto y sólo deseaba hacer una consulta antes de marcharse.

—¿El general Buendía saldrá desterrado con los del segundo grupo? —preguntó al «Príncipe Rojo».

—Sí, en una semana más —le contestó rotundamente éste.

La agente hizo un gesto de comprensión y se dispuso a poner fin a la entrevista.

Lynch se puso lentamente de pie y le extendió la mano en forma maquinal.

—Gracias, señora —le expresó—. Era el último servicio que se le exigía. Después de esto, podrá dejar el Perú en el primer barco que pase hacia el sur. Mi secretario le reservará su pasaje, y podrá usted partir dentro de ocho días.

—Ahora no tengo apuro en regresar a Chile. Preferiría que se me enviara a cualquier otra parte a cumplir alguna misión de mi especialidad —expresó Leonora.

—No tenemos adónde enviarla, señora —le replicó y, repentinamente humanizado, le dijo en voz más suave—: Perdóneme que me tome la confianza de darle un consejo. Se la ve a usted bastante pálida y desmejorada. Es preferible que regrese a Chile cuanto antes y descanse.

—Bien, señor —concluyó por decir con amargura—. Si no me necesita más, me retiro.

Envuelta en sus fúnebres vestiduras negras, Leonora abandonó el despacho de Lynch. Sería la última vez que el enérgico general en jefe habría de verla.

Las disposiciones del Comando de Ocupación se cumplieron al alba siguiente, en forma inexorable. Los guardias del batallón «Bulnes», traídos de Chile para realizar las labores de policía en Lima, se diseminaron por la ciudad, de acuerdo a un plan perfectamente organizado, y cazaron en sus lechos a los altos personajes destinados al destierro.

La impresión que causó la medida rebasó los muros de las mansiones y se esparció rápidamente por toda Lima, sembrando el pánico. Nadie se creía seguro en su domicilio y, en lugar de someterse al «cierra puertas» habitual, los hombres de más notoriedad se apresuraron a buscar amparo en las residencias de sus amigos más ignorados o huyeron a las casonas que poseían en la campiña.

En la morada de Teresa Vélez, que se suponía eximida del registro por el anatema con que la había aislado Lynch, se refugiaron numerosas personas, entre ellas Rosa Elías, esposa del

contralmirante Montero.

Aquel día aciago acudió allí Buendía, no por temor de estar incluido en la lista nefasta, sino por amistad hacia la dueña de casa y por tomar noticias de lo que estaba ocurriendo. Durante un par de horas permaneció en el salón, arrinconado y silencioso, escuchando las agitadas conversaciones de las esposas de perseguidos que habían solicitado amparo a la señora Vélez. Pero hubo un momento en que las exaltadas frases de Rosa Elías lo hicieron levantar la cabeza, afectado por el tema que ésta comenzaba a abordar.

—Todas estas penalidades se las debemos exclusivamente a ésa espía chilena —decía la esposa de Montero, dirigiéndose a la dueña de casa—. Usted recordará que hablamos de ella hace un tiempo en su casa de Chorrillos, Teresita.

—¡Cómo olvidarlo! —exclamó la aludida con rabioso encono—. Toda mi desgracia se la debo a esa mujer satánica. Ella fue laque me acusó ante… ¡Dios santo, si algún día pudiera tenerla frente a mí le arrancaría los ojos!… ¡Me resignaría a cualquier castigo con tal de darle muerte!

—¡Algún día…, algún día la encontraremos! Doña Antonia de Cáceres ha jurado dedicarse a buscarla tan pronto pueda regresar a Lima. Ella la conoció, la vio repetidas veces rondando su casa y no dejará que se borre de su memoria la figura de aquella mujer. Dice que es de estatura mediana, bien proporcionada, de tez mate, grandes ojos verdes y cabellera castaña cobriza —comentó Rosa Elías.

—Lo que más llama la atención son sus ojos; enormes, almendrados, de un color verde profundo —agregó Teresa Vélez.

El general Buendía habló entonces, como un hipnotizado.

—Pálida…, de grandes ojos verdes… y cabellera castaña que le cae en ondas suaves sobre los hombros o la peina en un pequeño moño sobre la parte baja de la nuca —expresó ensoñadoramente—. Usa siempre un tul envolviéndole la cabeza y su voz…, su voz es grave, lenta, de timbre acongojado.

Se había quedado estático, sumido en sus recuerdos, y no reparaba en las miradas atónitas de las mujeres, repentinamente silenciosas.

—¡Usted la conoce, general! —afirmó, súbitamente, Teresa Vélez, aproximándosele.

—Y no la olvidaré jamás —reconoció el veterano con el mismo tono ausente.

—Es posible que también sepa su nombre —le dijo inquisitivamente Rosa Elías; a lo que Buendía respondió como un autómata:

—Se llama Leonora Latorre.

—¡Leonora Latorre!… ¡Virgen santa, concédeme encontrarla algún día!… —dijo la dueña de casa.

—Vive en Lima, en la calle Trapitos N.º 42 —Buendía les reveló roncamente.

Teresa Vélez cerró los ojos y su rostro se contrajo con salvaje alegría, a tiempo que repetía aquella dirección, para estamparla a fuego en su cerebro.

Sólo entonces, al sentir sobre él el golpe magnético de las miradas expectantes con que lo envolvían las mujeres congregadas en el salón, Buendía pareció despertar del marasmo en que lo había sumido su tumulto íntimo y contempló a sus interrogadoras con expresión alelada. Comprendió de súbito que acababa de delatar a la mujer que fue la pasión más honda de su vida y que, con sus irreflexivas palabras, atraía sobre ella una sentencia de muerte.

Buendía las observó con espanto. Todas ellas habían sido víctimas del rigor de las fuerzas de la ocupación; habían perdido algún pariente en la guerra, sufrido el registro de sus casas, la mengua de sus bienes, la imposición de contribuciones de guerra y, en las últimas semanas, el destierro del padre, de un hermano o de un hijo. Eran mujeres heridas en sus afectos más entrañables y, en consecuencia, el odio que incubaban era infinito.

El general sintió que un escalofrío le estremecía el cuerpo. Se puso de pie, tambaleante, con la intención de retirarse, pero Rosa Elías le interceptó el paso.

—General, ¿ella lo conoce a usted también? —le consultó, desarrollando una idea que acababa de ocurrírsele.

—Sí —reconoció en forma vacilante el veterano—, pero seguramente me ha olvidado.

—No obstante, si se le mencionara su nombre, posiblemente lo recordaría, ¿no cree usted?

—¿Por qué me lo pregunta usted, doña Rosa? —dijo, tratando de evadirse.

—Porque nosotras no podemos ir a sacarla de su casa, estando las calles patrulladas por soldados enemigos. Necesitamos hacerla acudir a algún sitio por su propia voluntad…, engañada, por supuesto.

El viejo militar frunció las cejas dolorosamente al comprender que pretendían usar su nombre como un cebo para atraer a la chilena.

—¿Se negaría usted a ayudarnos? —lo acosó entonces Teresa—. Parientes suyos han sufrido también la venganza de los enemigos por intervención de aquella mujer.

—Por favor, señoras, no me interpreten mal y traten de comprenderme —les suplicó—. Estoy demasiado viejo, cansado, me he retirado definitivamente de la vida pública…, ¡no, no quiero mezclarme más en los hechos desgraciados que están sucediendo! Les ruego no insistir y permitirme que me retire.

Terminando de hablar, recogió su sombrero y su bastón y trató de escabullirse hacia la puerta de entrada. Pero la voz fría y amenazante de Rosa Elías lo persiguió mientras se alejaba.

—Ya sabremos nosotras hallar el medio de poner a nuestro alcance a esa mujer —decía—. Entonces tendrá que enfrentar la decisión inexorable del Comité Patriótico, del grupo de mujeres que tanto ha sufrido por su culpa.

Sintiendo que le temblaban las piernas, el general abandonó la casa de Teresa Vélez; el peso de su vergüenza lo abrumaba. Muy lentamente, caminó desde El Postigo de Martinete por las calles del Estanque Viejo, de Barrancos y Viterbo hasta el callejón de San Francisco y entró al templo de ese nombre por una puerta lateral.

Allí, en la penumbra, se dejó caer en una banca y ocultó el rostro entre las manos. Permaneció así largo rato, suspirando cada cierto tiempo, cual si un peso enorme le fatigara el corazón.

Cuando dejó el templo horas más tarde, había obscurecido, y marchó por las calles vacías como si vagara por una ciudad desconocida.

Cansado de andar, detuvo un coche de alquiler que pasaba y se hizo conducir hasta su casa, ubicada en el extremo oeste de la capital. Amodorrado en el coche, tuvo que ser advertido por el cochero cuando se detuvieron frente a la verja de la vetusta mansión de los Buendía. Por el sendero de grava que atravesaba el

jardín vio a su mayordomo que se le acercaba con pasos presurosos.

—¡Mi señor general! —comenzó a decirle el criado, pero el veterano lo interrumpió cansado.

—Ya sabes que he prohibido que se me llame por ese título.

—Una señora lo aguarda desde hace mucho rato, patrón —le explicó después de excusarse.

Buendía frunció el ceño, asombrado por la presencia de una dama en aquella casa que mantenía sus puertas cerradas para todo el mundo.

—¿La señora Vélez y Astorquiza? —inquirió.

—No, señor.

—¿Doña Rosa Elías, entonces?…

—Tampoco, señor. Es una dama desconocida. No me dio su nombre. Dijo solamente que necesitaba hablar con el señor y que lo esperaría hasta su regreso, porque era asunto urgente.

El general disimuló su profunda extrañeza, limitándose a ordenar al criado que se retirara a sus habitaciones.

—Esta noche no cenaré —le dijo a modo de explicación—. Me siento con pocos ánimos.

El mayordomo se inclinó y se alejó a través del jardín, deseándole buenas noches.

El veterano subió lentamente las gradas de piedra que conducían al corredor frontero y abrió una puerta de cristales de colores que franqueaba la entrada a la mansión. El vestíbulo estaba a media luz, destacándose al lado izquierdo el rectángulo luminoso de la puerta entreabierta del salón.

Dos candelabros de numerosos brazos alumbraban la habitación amoblada con rígidos sillones victorianos y obscuras estanterías repletas de libros.

Al principio, el general no distinguió a su visitante; ésta se hallaba sumida en un sillón, de espaldas al candelabro más próximo. Pero cuando ella sintió los pasos en el umbral, se incorporó un tanto y se le hizo visible. No obstante, sólo pudo ver una figura de mujer con la cabellera cubierta por un tul gris.

—¿Quién?… —exclamó alelado cuando escuchó su voz y tendió a retroceder, pero sus piernas no le obedecieron. Con los ojos dilatados, murmuró con un hilo de voz—: ¡No es posible!… ¡Usted!…

—Sí, general; soy yo misma, una sombra del pasado.

—¡Leonora!… ¡Leonora! Es demasiada coincidencia; parece un sarcasmo —exclamó buscando una silla.

La joven se acercó a él, movilizándose silenciosamente sobre la espesa alfombra.

—No le entiendo, general. ¿Cuál es la coincidencia?

—Hoy…, esta mañana misma he hablado… —tartamudeó con turbación y comenzó la frase de otra manera— …me he acordado de usted. Y durante toda la tarde la he tenido en la mente.

—¿Y por qué?

El agobiado militar estuvo a punto de confesarle las revelaciones que había hecho respecto a ella, pero no se atrevió.

—No lo sé… Bastante a menudo la recuerdo —le dijo en voz baja, y trató de recobrar su aplomo—. Jamás pensé que volvería a encontrarla y mucho menos a conversar con usted. Imagínese mi impresión al hallarla esperándome en mi propia casa. ¿Cómo es esto, Leonora?… ¿A qué debo esta sorpresa?

—He venido sólo por unos minutos, general —le participó serenamente la joven y agregó con tristeza—: Estoy próxima a partir. Pero quise cumplir con un último deber antes de alejarme para siempre de Lima.

—¿Venir aquí? ¿Es esto una burla?… Ya bastante nos han humillado nuestros vencedores —le reprochó.

—No, Juan —le dijo dándole el tratamiento íntimo con que lo llamó en aquellos años que ambos trataban de olvidar—. No hay burla en mi visita, ni frivolidad. Por el contrario, es trágico lo que me trae…, trágico para usted. Tenía un deber que cumplir. Quise que fuera mi última obligación antes de…, de partir. —Hizo una pausa y su última expresión quedó flotando en el aire agorero. Después, la agente procuró recuperarse y agregó—: General, hace mucho tiempo usted traicionó a los suyos por salvarme a mí.

—¡Leonora, por favor…! —le interpuso el militar, turbado por aquel recuerdo.

Pero la joven continuó:

—Luego intentó hacerme fusilar y lo justifiqué. Nunca le he guardado rencor. Por el contrario, he sentido constantes remordimientos por las falsedades en que lo envolví para llegar a mis fines.

—No recordemos eso, Leonora —la interrumpió el general—: ¿Para qué?, sólo deseo guardar memoria de la esencia de cuanto ocurrió en aquellos meses, al comenzar la guerra, del sentimiento arrebatador que llenó mis días…

—¡No! ¡No, general! —lo atajó fríamente la joven—. No he venido a oír expresiones semejantes. Le aseguro que estoy… igual que muerta por dentro. Mi visita obedece solamente al propósito de devolverle los favores que le debo y a que quedemos en paz. General Buendía, vengo a hacerle una advertencia para que se ponga a salvo, y nada más.

El militar tembló ante el tono deshumanizado con que Leonora había hablado.

—No le entiendo, mi amiga —le dijo en un susurro.

—Sé que su nombre figura en una lista de personajes que van a ser desterrados y a los cuales se les aplicará una aplastante contribución de guerra. Créamelo usted ni preguntarme más: ahí está su nombre, lo he visto. La próxima semana será usted apresado y enviado a destierro.

Buendía no tuvo fuerzas para seguir de pie y, abrumado por aquella revelación, se desplomó lentamente en la silla en que se afirmaba.

—Gracias, Leonora —se limitó a murmurar y quedó en silencio.

La agente recogió su bolso e insinuó un ademán de salir.

—Eso es todo cuanto deseaba decirle. Ahora, tengo un peso menos sobre la conciencia, y puedo partir más tranquila. Adiós, Juan.

—No se marche, por favor, que me deja abrumado —rogó desde su asiento.

—Tiene usted una semana entera para ponerse a salvo —le repitió Leonora, sin adivinar el dilema del general.

—No es eso…, no es eso —balbuceó acongojado por su cobardía —. Nada me importa que me arresten y me deporten. Es este gesto suyo el que me aplasta. ¡No debía haber venido usted! Su nobleza termina de agobiarme.

—¿Por qué me dice usted eso, Juan? —le inquirió, intrigada.

Sólo entonces pudo el general vencer su vergüenza y comenzó a hablar atropelladamente.

—Leonora, no todos los seres humanos pueden ser como usted.

Muchos tenemos flaquezas infinitas, cometemos cobardías, somos innobles.

—Si cree usted haberlas cometido conmigo, estamos pagados, general. No lo culpo.

La generosidad de la joven terminó de desarmarlo.

—Esta mañana…, esta mañana misma he hablado de usted, amiga mía —le confesó atolondradamente—. He dicho su nombre… ¡Dios santo!… ¡Escúcheme, Leonora! Me ha informado usted que está por partir; pues bien, en los días que le restan en Lima no salga usted de su casa sin ir acompañada. ¡Cuídese, amiga mía, cuídese mucho!

—¿Contra qué me previene usted, general?

—Contra… —comenzó impulsivamente Buendía, pero sus temores lo refrenaron—. Está usted en una ciudad enemiga, no lo olvide —prefirió decirle—. Por mi paz, se lo ruego: no salga nunca sola. No vaya a parte alguna. —Quedó jadeando, como si el esfuerzo de aquella vaga confesión lo hubiera extenuado. Con voz sin timbre, concluyó—: Perdóneme, Leonora. Eso es todo lo que le puedo decir.

—Gracias por este último gesto de amistad, general —susurró dulcemente, y añadió con amarga resignación—: Es tan poco lo que me queda ya que nada puede hacerme daño. Adiós, amigo mío. Seguramente no volveremos a vernos nunca más. Por eso deseo pedirle que no me recuerde mal. En el fondo de mí misma, nunca fui su enemiga.

—Yo tampoco lo fui de usted, créamelo —murmuró Buendía acongojado.

Leonora cerró los ojos un segundo y luego dio media vuelta y se alejó a pasos apresurados.

—Adiós, general —repitió—; le deseo felicidad.

El viejo militar quedó derrumbado en su asiento. Destruido hasta en lo más íntimo de su ser, balbuceaba al borde del llanto:

—Adiós, mi amiga, y perdón…, perdón…

Por su parte, el mayor Rodríguez, como avisado por un presentimiento de los amargos instantes que estaba viviendo

Leonora, se desesperaba en Chosica. Enervado hasta el grado máximo, no fue capaz de soportar más tiempo aquella separación de la joven y, con palabras concluyentes, redactó un oficio dirigido al jefe del Estado Mayor General, coronel Gana, solicitándole que se lo relevara del mando de las dos compañías del «3.º de Línea» apostadas en ese lugar. Pero en las mismas horas en que el oficio llegó a poder de Gana, el Comando Supremo había recibido alarmantes informes de parte de Dupré, que cumplía su labor de espionaje en Cajamarca. Éste comunicaba a Lynch que el jefe del Gobierno Provisional peruano, contralmirante Montero, había abandonado Huaraz, para dirigirse por las montañas hacia Tarma y establecer contacto con el general Cáceres. Sus propósitos eran sumar sus fuerzas a las de Cáceres y también a las que existían intactas en Arequipa, y pensaba pasar hasta Bolivia, con la intención de exigir a su Gobierno que hiciera bajar las tropas de esa nación al desierto de Tarapacá.

El conocimiento de aquel ambicioso plan del primer vicepresidente peruano, obligó a Lynch a variar fundamentalmente su línea de conducta. Y en lugar de replegar todas las tropas chilenas a Lima, ordenó que fueran reforzadas en los puntos claves de las quebradas de Canta, de Chosica y de Huarochirí. Tres compañías del «7.º de Línea» recibieron orden de apostarse en el caserío de Caraballa, para defender la quebrada de Canta. Tres compañías del «Buin» se instalaron en Cieneguillas, para custodiar la de Huarochirí; y la guarnición de Chosica fue reforzada por dos compañías más del «3.º de Línea». En tales circunstancias, la solicitud de Rodríguez no fue ni siquiera estudiada, limitándose el coronel Gana a responderla con un lacónico «no ha lugar».

El mismo día en que se pusieron en práctica estas disposiciones, un criado cholo se presentó en la casa de la calle Trapitos llevando un mensaje a Leonora Latorre. Ésta empezó a leerlo sin tener la menor idea de quién se lo remitía. Pero a medida que se adentraba en la lectura su semblante iba reflejando decepción y pesimismo. La nota decía:

Mi noble amiga:

Le escribo después de horas de penosas vacilaciones, en las que me he reprochado mil veces no haber sabido mostrar mi valor a la altura de su nobleza. Pero no soy

capaz de seguir soportado mi vergüenza. No me extenderé en frases inútiles; estoy obligado a ser breve, claro y sincero.

Leonora, ayer la he delatado; aunque haya sido sin premeditación, sin desearlo, el daño está hecho, he dado su nombre y domicilio a varias señoras del Comité Patriótico. No me haga usted reproches, se lo ruego; que ni un día que me reste de vida dejaré de hacérmelos yo mismo. Trate de salvarse y así hará menor mi remordimiento. Usted lo sabe mejor que nadie: el Comité Patriótico es implacable. Sus miembros la buscarán hasta hallarla. Tratarán de hacerla caer en una emboscada por cualquier medio, seguramente usando mi nombre. Por eso le suplico que no obedezca a ningún llamado en que se me mencione. Hacerlo será ir directamente a la muerte.

Perdóneme, Leonora; desde el fondo de mi corazón se lo imploro. Perdóneme y adiós. Como castigo a mi falta y en prueba de que no me siento digno de su nobleza, no haré caso de su generosa advertencia. Permaneceré en mi casa y me resignaré a la confiscación de mis bienes y al destierro.

¡Sálvese usted, amiga mía, y alivie mis remordimientos!
Besa sus manos,

JUAN BUENDÍA.

Cuando terminó de leer la avergonzada nota de Buendía, Leonora permaneció inmutable, con las facciones petrificadas, como si aquellas líneas no hablaran de su muerte.

Durante largos minutos se quedó inmóvil; después, poco a poco, fue estampándose en sus labios la sombra de una sonrisa que era más bien una estoica mueca de resignación. Fue hasta un rincón del vestíbulo y, junto a un candelabro, quemó con cuidado la nota en la llama de una vela. Se dirigió enseguida hacia la mesilla del centro, donde estaba la carta que le enviara Cobo desde Chile. La levantó con respeto y fue a leerla a la luz del candelabro. Las frases apasionadas y un tanto artificiosas de su marido volvieron a provocar sus sentimientos, como cuando la recibió. Los ojos se le velaron por la emoción. Por último, pareció decidirse: sostuvo la

carta sobre las llamas hasta que se convirtió en cenizas.

Fue justamente en ese momento cuando asomó en la puerta del comedor el ordenanza Jerez. Impresionado por su actitud, aunque sin entenderla, tosió discretamente para anunciar su presencia.

—Señora, le he servido la comida —le comunicó en voz baja.

—Gracias, Toribio —le respondió la joven sin mirarlo—. Deje todo en la mesa y retírese. Me atenderé yo misma. Prefiero estar sola.

Después, Leonora se encaminó a pasos lentos a su dormitorio, sin entrar al comedor, cerró la puerta tras ella y se dejó caer en una pequeña butaca ubicada junto al lecho.

Una hora más tarde, Jerez recogió los platos intocados y se retiró a su habitación con pesadumbre.

A la mañana siguiente, muy temprano, Leonora despertó sobresaltada por los sones estridentes de la campanilla de la mampara. Se incorporó nerviosamente de la butaca en que se había dormido la víspera y, presintiendo que aquel llamado tenía relación con ella, se pasó una toalla húmeda por el rostro y se arregló los cabellos, en tanto que Jerez cruzaba la casa e iba a abrir la puerta. Minutos más tarde, una voz inesperada, que resonaba imperiosa en el zaguán, la hizo estremecerse.

—Ya sé que es demasiado temprano —decía la voz—. Pero no ha dependido de mi voluntad escoger la hora.

—Está bien, mi mayor. Voy a prevenir a la señora —le replicó Jerez.

Pero el recién llegado no lo dejó hacerlo y, acercándose impetuosamente a la puerta del dormitorio de la joven, la llamó a través de las maderas:

—¡Leonora!… ¿Duermes, Leonora?

Ya no había forma de equivocarse; era Rodríguez, que había descendido sorpresivamente a Lima.

Leonora sintió que se le entrecortaba la respiración y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para acercarse a la puerta y abrirla. Pálida como una muerta apareció en el hueco y se quedó mirando con ojos desencajados al explorador. Éste no alcanzó a darse cuenta de la emoción que la vencía, porque se abalanzó hacia ella y la atrapó entre sus brazos, murmurándole frases apasionadas:

—¡Oh, gracias a Dios, querida mía! ¡Al fin te encuentro! Temía

tanto no hallarte. ¡Mi adorada… mi adorada!

Leonora se sitió estrujada contra el pecho del oficial y con el rostro ardoroso de él apegado al suyo. Una emoción desesperada y dolorosa la dominó por completo y no tuvo fuerzas para devolverle las caricias. Quedó inerme y sin vida entre los brazos de Rodríguez, escuchando sus apasionadas palabras como si la hirieran. Sólo después de unos instantes consiguió desprenderse de él y pudo examinarlo con más calma. Venía barbudo y sucio y la demacración de su rostro delataba un profundo agotamiento.

—¿Cómo estás, Manuel? —le preguntó temblándole la voz.

—Ahora, feliz —le respondió el explorador con una amplia sonrisa—. Pero hasta hace poco estaba como loco. He pasado todos estos días oprimido por un presentimiento torturante. Tenía una corazonada obsesiva, que me estaba avisando que si no descendía a Lima pronto, después no iba a poder encontrarte. Era algo enloquecedor, amor mío. Siempre he creído en presentimientos y éste era tan fuerte, tan urgente que pedí al Estado Mayor que me relevaran de mi puesto en Chosica, pero rechazaron mi solicitud. Mi angustia creció al saber, por Acosta, la muerte de Elcira. Comprendí la hondura de tu dolor y me maldije por no poder estar a tu lado para apoyarte con mi cariño. Y como todos mis esfuerzos para conseguir licencia se estrellaban contra el porfiado rechazo del Estado Mayor, anoche decidí obedecer a mis propios impulsos, aunque eso me acarreara las peores consecuencias.

—¡Manuel, no me digas que has abandonado tu puesto por mí! —gritó la joven.

—Sí, querida; eso he hecho —le confesó Rodríguez en voz baja —. Para mí, tú eres más importante que la guerra y que todo.

—No, Manuel, no puede ser. Tú has sido siempre un soldado sin tacha —le dijo alarmada.

—Verte, aunque sólo fuera un instante, valía a mis ojos más que todo mi prestigio.

—¡No digas eso, por Dios! No me hagas sentirme culpable.

—No puedo cambiar mi manera de sentir, Leonora —insistió suavemente Rodríguez—. No admito los términos medios. Hasta hace poco mi pasión fue entregarme por entero a la lucha contra los enemigos; ahora te quiero a ti, y mi amor no admite salvedades.

—No puedes faltar a tu deber… —intentó rebatirle la joven.

—Tenía que verte —dijo simplemente el oficial—; era preciso que estuviera a tu lado para recordarte que estoy junto a ti en toda prueba, que no tolero que la soledad y el dolor te acosen, que lucharé por tu felicidad con todo el ímpetu de que sea capaz. —Había tomado las manos de ella entre las suyas y se las oprimía con vehemencia, a tiempo que la miraba al fondo de los ojos—. Mi vida es tuya, Leonora, y lo será siempre. Tienes que llegar a considerarme como parte de ti misma, y debes confiar, con seguridad absoluta, en que siempre podrás disponer de mí.

Leonora había cerrado los ojos y doblegado la cabeza sobre el pecho, traspasada por la certeza de la imposibilidad de aquel amor.

—Mírame —le dijo Rodríguez levantándole el rostro—. Quiero que lo sepas de una vez para siempre: no habrá otra mujer a quien yo mire como a ti.

—¡Manuel, vida mía…, no me hables más! Todo eso lo sé; lo he conocido desde la primera vez que mis ojos y tus ojos se encontraron. Te he considerado siempre sincero como una mano abierta. No me hagas sentir ahora el remordimiento de ser la causa de tu primera falta. Regresa al momento a tu puesto; que nada empañe tu prestigio.

—Sí, querida —aceptó, tranquilo—. Ya está calmado mi explicable temor; no te he perdido. Volveré a Chosica de inmediato. Calculo que tendré que mantenerme aún unos diez días en esa posición, antes de conseguir que me permitan trasladarme a Lima. Pero si tú estás bien y me das el mismo cariño de antes, ¿cómo no voy a tener ánimos para soportar otros diez días de separación, sabiendo que después no volveremos a separarnos más? —Hablaba alegremente, confiado en el porvenir, y sus frases herían a la joven como puñaladas mortales—. Te juro, mi adorada, que pediré me licencien definitivamente en cuanto vuelva a Lima. No podrán negarme mi justa petición. Y entonces regresaremos juntos a Chile y encararemos nuestro problema con franqueza, como dos seres que se aman con un cariño límpido.

—Sea como tú quieres. Sí, mi bien, sí —dijo Leonora temblando.

—¿Qué tienes, Leonora? Parece que sufrieras.

—No me hagas caso, debe ser la emoción de tenerte otra vez junto a mí —le dijo, y deseando poner rápido fin a aquella escena tan superior a sus fuerzas, lo separó de si—. Ahora vete, vete, mi

querido. Que no se descubra tu ausencia y te perjudiques. No podría perdonarme.

—Sí, mi vida; ya me voy —sonrió el oficial—. Ahora puedo volver a mi puesto tranquilo. Hasta unos días más, Leonora.

Le cogió el rostro entre las manos y la besó cariñosamente en la frente y los párpados. Después, con un gesto picaresco, se separó de ella.

—Hasta la vuelta, querida —alcanzó a decirle mientras se alejaba hacia el pasillo, pero Leonora lo detuvo con un grito involuntario, nacido de lo más hondo de su ser:

—¡Manuel!… ¡Vuelve, amor mío!

El hombre giró extrañado. Entonces ella le expresó con una angustia que él no atinó a comprender:

—¡Déjame que mire tu rostro sincero una vez más!

—¡Qué cosas tienes, pequeña! —le dijo él tratando de apaciguar su inquietud—. Recuerda que puedes disponer siempre de mí. Quiero que esta seguridad te sirva de ayuda en estos cortos días que vas a estar sola.

—¡Cuídate, Manuel, te lo ruego! —le expresó con lágrimas—. Mi único deseo es que regreses a Chile sano y alcances la felicidad que te mereces.

Rodríguez la observó, desconcertado, y sólo supo decir con simpleza:

—No hay por qué dudarlo, amor mío; volveremos y seremos felices. —Después le hizo un gesto de adiós con la mano y salió apresuradamente.

Apenas la puerta se hubo cerrado tras él, Leonora suspiró dolorosamente.

—¡Adiós, adorado mío! —musitó—. ¡Adiós para siempre! Perdóname el dolor que voy a causarte, pero este amor…, nuestro amor no es posible.

Los días corrieron con rapidez vertiginosa, sin que Leonora se resolviera a tomar la determinación. Permanecía encerrada en su casa, obstinada en no ver a nadie, sumida en un doloroso mutismo que acongojaba a Jerez. El 12 de agosto, poco antes del mediodía, se presentó en la casa un mensajero enviado por Mariano Guerrero, secretario de Lynch. Traía a la señora el recado de comparecer en el Palacio a la brevedad posible.

La señora obedeció sin protestar y, poco después del mediodía, acudió a la casa de gobierno. Pero cuando trató de entrar a la oficina de Guerrero, encontró que ésta estaba llena de altos jefes del ejército que conversaban acaloradamente entre ellos. Los jefes aseguraban que el ejército peruano que tenía bajo sus órdenes el general Miguel Iglesias en Casapalca había sido totalmente destrozado por las tropas chilenas. El comandante Carvallo Orrego, con los batallones «Zapadores», «Coquimbo», «Talca» y «Concepción», y, además, una batería de artillería y el escuadrón «Granaderos a Caballo», logró entrar a Cajamarca y dominar esa ciudad. Posteriormente, impuso a sus habitantes un fuerte cupo de guerra y persiguió al general Iglesias hasta la hacienda Cambayo, primero; al pueblo de Chotas, después, y hasta el lejano caserío norteño de Chachapoyas, por último. Allí terminó de desgranarse el ejército peruano del norte y el general Iglesias tuvo que esconderse en los campos, solo y vencido. Más tarde, para evitar que el jefe peruano pudiera levantar otro ejército, el comandante Carvallo Orrego mandó incendiar el pueblo de Chotas, y los conventos de la Merced y de la Recoleta, que eran depósitos de armas y municiones. Muchos montoneros enemigos fueron fusilados. Finalmente, en su repliegue hacia la costa, Carvallo Orrego hizo quemar los pueblos de San José y San Pedro, como castigo por haberse asesinado en ellos a varios soldados chilenos.

Gracias a esta operación, las fuerzas de Chile recuperaron el dominio sobre todos los pueblos y puertos del norte, con lo que se completaba la ocupación del litoral peruano en toda su longitud.

Tan pronto hubo tomado conocimiento de estos hechos, Lynch citó a una rápida reunión a todos los altos jefes del ejército, con el fin de instruirlos para un ataque inmediato a los dos únicos focos de resistencia que aún subsistían. Éstos eran el que mantenían el general Cáceres y el contralmirante Montero en el valle de Tarma, y el que conservaba el contralmirante Carrillo en Arequipa. El propósito que les enunció aquella tarde Lynch era comenzar las acciones asaltando el reducto de Cáceres.

Sólo cuando los militares entraron al despacho del «Príncipe Rojo», Leonora pudo entrevistarse con el secretario.

—Buenas tardes, señora; al fin puedo darle una buena noticia. He conseguido su pasaje para que regrese a Chile en el vapor *Colón*,

de la Compañía Inglesa —le dijo con entusiasmo—. El barco estará en el Callao el 15 de este mes, o sea, en tres días más. ¿Qué le parece? —Como viera que el rostro de la joven permanecía inmutable, le insistió con cómica sorpresa—: —¿No me lo agradece, señora?

—Por supuesto que sí, señor Guerrero —le dijo con suavidad—. Pero preferiría tomar alguna nueva misión en este país. No tengo nada que hacer en Chile y…

—¡Qué extraño empecinamiento el suyo, señora! ¡Vamos, deseche esas ideas, tome su pasaje y regrese a Chile ahora!

—Gracias, señor, y adiós.

Leonora no había vuelto a una iglesia desde que entrara en ellas con el propósito de descubrir los conciliábulos que mantenía Antonia de Cáceres con otras damas del Comité Patriótico en la penumbra de los templos. Pero en aquellos días de soledad, en que vivía con el presentimiento de que se aprestaba el fin de su existencia, sintió la necesidad de sosiego religioso y del amparo de la fe. En las dos tardes que siguieron a la entrega de su pasaje para Chile, cruzó la calle Trapitos y se introdujo en la capilla del convento de La Concepción, cuyo costado se alzaba frente a su casa. En la última tarde, hallándose sumergida en la penumbra y envuelta por el bisbiseo de las beatas que rezaban una novena, más que orar se dedicaba a analizar su vida y a buscar una forma digna de encauzar su porvenir. Pensaba en que estaba casada con un hombre al que no guardaba cariño, pero que la llamaba desesperadamente desde la patria. Al mismo tiempo, el ser a quien las circunstancias habían convertido en la razón principal de su vida vendría pronto por ella; pero comprendía que aquel lazo era imposible de sustentar, ya que se estrellaba contra todos sus principios. ¿Labrarse un destino sola? ¿Dónde? ¿Para qué?… En su mente se filtraba el convencimiento de que su problema no tenía solución.

Terminaba ya la novena cuando una mano furtiva le rozó el hombro. Leonora levantó el rostro y apenas alcanzó a distinguir entre las sombras la figura vaga de una mujer embozada como las demás. Una mano enguantada le extendía un papel, que, como la joven no lo tomara, dejó rápidamente sobre el asiento vecino, a tiempo que susurraba algo y desaparecía entre las columnas y las demás mujeres.

—¡Tome, señora! ¡Un mensaje del general Buendía! —creyó entenderle Leonora, y se quedó rígida, como si todos sus músculos se hubieran paralizado.

«Un mensaje del general Buendía», había dicho la misteriosa mujer; y al momento se le venían a la memoria las advertencias que le hiciera el viejo general de no obedecer a ningún llamado en que se le mencionara, ni de acudir a sitio alguno al que se la citara usando su nombre.

Leonora cerró los ojos, respiró profundamente para acopiar valor y recogió el papel. Trasladándose junto a un hachón con velas, lo desplegó:

Señora Leonora Latorre:

Mi recordada amiga, estoy en grave conflicto, que amenaza mi vida y mis bienes. Me encuentro enfermo y solo, incapaz de resolverlo por mí mismo. Apelo a la amistad que nos unió en otros tiempos y a su nobleza. Usted, como chilena, puede prestarme una ayuda que comprometerá mi gratitud para siempre. No puedo ser más explicativo en esta nota. Pero si usted tiene la generosidad de venir a verme donde yazgo enfermo, podré exponerle todo. Confío en usted, amiga mía. No me abandone. Para usted será fácil prestarme la ayuda que necesito y que me es vital. Enviaré un coche, conducido por un hombre de mi entera confianza, para que la recoja en su casa mañana a los ocho de la noche.

Fiado en la esperanza de que acudirá a mi angustioso llamamiento, besa sus manos, agradecido,

JUAN BUENDÍA.

Todos los ruidos se habían extinguido en la oquedad de la nave y las últimas beatas cruzaban el atrio, retirándose a sus hogares. Un sacristán, provisto de un matacirios, iba apagando una tras otra las luces del altar mayor. Tras una apretada reja de madera que aislaba una nave lateral del templo se veía deslizarse como sombras a las monjas del convento, que regresaban al claustro.

Leonora apoyó la frente contra el mármol frío de la columna junto a la cual estaba, por largos minutos. Sostenía en una mano el

mensaje que acababa de entregarle la desconocida y el trozo de papel temblaba entre sus dedos. Se había cumplido el vaticinio del viejo general; aquella nota era su sentencia. Apenas atinaba a comprender que ante ella se abrían sólo dos caminos: o abandonar Perú a toda prisa o resignarse a morir. Involuntariamente, su diestra hurgó en el interior del bolso y sus dedos acariciaron la cartulina del pasaje para el barco inglés que debía recogerla en el Callao dos días más tarde. Pensó en que le bastaría con encerrarse en su casa y poner a Jerez de centinela tras la puerta. Jamás los miembros del Comité Patriótico se arriesgarían a sacarla por la fuerza. Sólo abandonaría su refugio en la hora precisa para dirigirse al barco y no habría poder capaz de impedirle que partiera hacia Chile. Pero ¿y después?… Alberto la recibiría en Valparaíso y le hablaría apasionadamente de la felicidad. ¿Y Manuel?… ¿Y la sinceridad que se debía a sí misma?… ¿Podría ella acomodarse a pagar como precio por su vida con las monedas de la renunciación y el fingimiento?…

Leonora movió la cabeza en una desesperada negativa. Sólo entonces reparó que frente a ella estaba el sacristán, observándola curioso, con el matacirios a medio alzar sobre el hachón de velas a cuya luz había leído la nota.

—¿Se siente muy sola la señora? —le preguntó, ladino—. ¿Necesita alguien que la acompañe?

—No, gracias —le respondió ahogadamente—. Estoy bien, ya me marchaba.

Salió de la iglesia lo más rápidamente que pudo, pues le temblaban las piernas. La noche estaba completamente obscura y la calle se adivinaba solitaria. Imaginó que miembros del Comité Patriótico debían hallarse espiando sus pasos, y temió y deseó, al mismo tiempo, que aprovecharan aquella oportunidad para ultimarla.

Cuando llegó a la casa y cerró la puerta tras sus espaldas con llave, sintió algo semejante al desencanto. Al sentirla caminar por el interior de la casa, asomó el ordenanza Jerez y su rostro rudo mostraba una paternal preocupación.

—Se ha demorado mucho en regresar, señora —le dijo suavemente—. Estaba temiendo que le hubiera ocurrido algo. Hace días que la señora apenas come —proseguía Jerez—; anoche no

cenó, hoy dejó el almuerzo casi intacto. Se va a enfermar si insiste en esa porfía.

—No tengo apetito, Toribio —se defendió desganada—. Pero ahora cenaré, para no preocuparlo a usted.

—Me parece lo mejor. Voy a servirle la comida —pero se devolvió—: ¡Ah, hace un par de horas que estuvo aquí el soldado Acosta!

Leonora se estremeció al oír mencionar al compañero inseparable de Rodríguez.

—Me dijo que había venido con una misión urgente que le encomendó su jefe —aclaró Jerez—. La esperó a usted largo rato, pero se vio precisado a marcharse, porque debía ir al cuartel del «Carabineros de Yungay». Me aseguró que volvería mañana.

—¿Trajo algo para mí?

—No lo sé, señora. Si algo ha traído, seguramente querrá entregárselo en sus propias manos.

Leonora no preguntó más y el ordenanza se fue a la cocina. Sólo después de la comida, Jerez se atrevió a hacer un comentario bondadoso:

—Esta noche voy a dormir más tranquilo, porque la señora siquiera comió algo. Confío en que los aires de mar le devolverán el ánimo y el apetito.

—¿Los aires de mar?… —repitió la joven con expresión ausente.

—Supongo que la señora no habrá olvidado que debe embarcarse pasado mañana.

—Es verdad.

—Pensando en eso, he desempolvado las maletas para que pueda preparar su equipaje —continuó Jerez e hizo enseguida una pausa, como si tuviera algo difícil de decir—. A propósito, además de las dos maletas suyas hay una petaca de cuero que contiene…

—Ropas de Elcira —le completó Leonora, con tristeza por el recuerdo de la muerta—. Era de ella y no contiene nada de valor. Además, mi pobre vieja no tenía parientes a quienes enviarles estos objetos suyos.

—¿Qué dispone usted que haga con esos efectos?

—Regálelos a cualquier mujer necesitada —le contestó la joven —. Pero antes, busque dentro de la petaca hasta encontrar el retrato de un muchacho. Debe estar allí; Elcira me lo mostró varias veces.

Es la imagen de un niño que ella crió en Antofagasta y llevó a Iquique. La acompañaba cuando la conocí. Después, cuando tuvimos que ir a ese puerto, él prefirió quedarse allá. Llevaré ese retrato a la tumba de mi pobre vieja.

—¿Irá usted al cementerio? —le preguntó Jerez preocupado.

—Sí, mañana. No podría marcharme sin decirle adiós al ser que me fue más fiel y que siempre estuvo incondicionalmente junto a mí.

—No se quede allá mucho rato —le rogó—. Está usted demasiado sensible. Buenas noches, señora. Que descanse.

—Gracias, Toribio. Buenas noches.

Sobre la mesa del dormitorio estaban listas las maletas. Leonora se quedó contemplándolas ensombrecida. Una ola tumultuosa de recuerdos la invadía. Una llevaba estampadas a fuego sus propias iniciales: L. L. Era la única que restaba de las que traía al salir de Chile. La otra mostraba dos letras pintadas bajo un escudo militar del Perú: J. B. Había sido del general Buendía y éste se la prestó en aquellos días turbulentos, cuando la ayudó a huir de Iquique y la refugió en la oficina salitrera Santa Catalina. Esas valijas representaban dos épocas y dos historias. Leonora doblegó la cabeza con vergüenza. Con cierta brusquedad se puso de pie y abrió el ropero. Allí estaban las pocas ropas que habían perdurado a través de su largo peregrinaje; eran restos de las que trajo de Chile y de las que le hizo comprar El Profesor para seducir a los oficiales enemigos. Sus ojos toparon de pronto con el retrato de Alberto Cobo, que Jerez había colocado sobre una mesilla. Era una imagen captada por un fotógrafo militar en el campamento de Urín. Alberto aparecía en ella con su uniforme de teniente, apoyado contra el primer montante del puente de hierro por donde pasó el ejército en su avance hacia Chorrillos. Se lo veía sonriente. Pero era la suya una sonrisa artificial, que contradecía sus ojos entristecidos.

Leonora lo apartó de su vista con ademán desesperanzado y regresó al dormitorio con el propósito de guardarlo en la maleta. Pero su mirada cayó, entonces, sobre el velador. Encima de su cubierta se veía un revólver. Era un arma de reglamento del ejército chileno, igual a la que usaban todos los oficiales, pero Leonora sabía que en su culata llevaba un nombre grabado a punzón: Manuel Rodríguez. Se lo había proporcionado el explorador cuando las

rescató a ella y a Elcira de Pisagua. La joven sintió un escalofrío que le hizo temblar la barbilla. Precipitadamente tomó el revólver y lo guardó en el cajón de la mesilla de noche. Luego, con la misma prisa, arrojó el retrato de Cobo sobre una silla. Apagó de un soplo la vela y se tendió vestida sobre la cama.

Recién amanecía cuando se levantó. Las campanas de varios templos llamaban a la primera misa. Leonora, que nunca antes sintió un fervor religioso acentuado y que hacía mucho tiempo no experimentaba la necesidad de refugiarse en la fe, en aquellos instantes creyó entender que aquel llamado era para ella, particularmente para ella. Sin demorar más se echó un manto negro sobre la cabeza y cruzó hasta la iglesia ubicada al otro lado de su calle.

Hacía frío y el templo estaba casi solitario. Pero, a medida que la joven avanzaba hacia el interior, fue percatándose de que había un grupo numeroso de mujeres tras la reja que separaba la nave central del ala destinada a las religiosas del convento. Atraída por el plácido coro de rezos uniformes, fue a arrodillarse junto a la alta celosía de tablillas. Desde ahí podía percibir hasta el suave ruido de las respiraciones de las monjas en sus oraciones y a través de la malla cuadriculada de las maderas alcanzaba a distinguir las formas obscuras de las religiosas.

Cerca de ellas, un sacerdote tomaba confesiones a una anciana, y la joven sintió deseos irresistibles de ir también al confesionario y volcar su problema en los oídos del ministro de Dios, pero al momento midió que no sería capaz de revelar a nadie su historia, la de una agente secreta, equivalente a un instrumento de guerra y exterminio.

Cuando concluyó la misa, permaneció en la banca, inmóvil y vencida, sintiendo cómo la iglesia iba quedándose sola. Ausente de cuanto la rodeaba, estuvo allí durante largo rato, y sólo volvió bruscamente a la realidad cuando una religiosa abrió la cancela que daba acceso al claustro y empezó a cruzar la nave. Los hábitos de la monja pasaron casi rozándola y Leonora, sin darse cuenta de lo que hacía, le habló:

—¡Madre, por favor, escúcheme!

La religiosa se detuvo sin sobresaltarse y volvió hacia ella un rostro bondadoso al que las huellas de la edad agregaban un sello

de maternal autoridad.

—¿Qué ocurre, hija? —le preguntó con suavidad.

—Estoy desesperada, madre; necesito amparo.

—Tranquilízate, hija. Estás en la Casa de Dios. ¿Cuál es tu cuita? —le dijo con dulzura.

—He perdido la orientación en la vida —musitó la chilena cerrando los ojos y bajando la cabeza—. Veo que se me cierran todos los caminos; temo que no hay esperanza para mí.

—Mientras hay Dios, hay esperanza —sentenció la religiosa.

—Nada hay ya para mí en el mundo —dijo—. Fuera de este templo, creo que no me esperan más que la turbación y…, y la muerte.

El rostro de la monja se volvió severo al oírla expresarse así y la remeció suavemente de un hombro.

—Estás nerviosa, hija. No digas eso.

—Madre, escúcheme usted. Le hablo con la sinceridad más absoluta —prosiguió Leonora, y atrapando entre las suyas la diestra de la religiosa—: Dígame usted, ¿podría quedarme en este convento y hacerme monja?

La interpelada no le respondió al momento, sino que la tomó suavemente de la barbilla y se quedó mirándola al fondo de los ojos, como si quisiera penetrar en su alma. Después sonrió tranquilizadora.

—¿Por qué no? Esta misma consulta nos ha sido hecha tantas veces en los últimos años. La guerra ha llenado nuestro claustro. Esta santa casa, así como todos los demás conventos del Perú, han sido refugio seguro para muchas jóvenes como tú. Aquí quedaron a salvo de las calamidades de la contienda. Ya lo ves, pues, tu caso, no es único. Adivino tu pesar, hija —prosiguió—. Seguramente perdiste seres queridos en la terrible matanza, ¿no es así?…, ¿tus padres?…

Leonora negó con un cansado ademán.

—Mi madre murió cuando yo era niña y mi padre vive, pero está lejos, en otro país.

—¿No eres peruana entonces?

—No —musitó, sabiendo que su respuesta abría un abismo entre ella y la religiosa—. Soy chilena, madre.

Estaba con los ojos cerrados, pero pudo imaginar perfectamente

la expresión de la religiosa, a tiempo que sentía su mano retirarse de su hombro y oía el leve crujido del entarimado al retroceder ésta un paso. Un largo silencio pesó sobre las dos. Después, cuando la monja habló, su voz ya no tenía el acento pleno de confianza de antes.

—¡Hum! Eso hace la situación un poco más difícil. La mayor parte de las novicias que pueblan nuestro convento son jóvenes peruanas que se ampararon en esta casa, precisamente para huir de los chilenos. Otras lo hicieron porque habían perdido a sus parientes, esposos, padres, hermanos, muertos en la guerra.

En las palabras de la monja había un tácito reproche, que hirió a Leonora ahondando su desesperanza. Su único deseo fue huir de aquel lugar, en donde sabía que su presencia era poco grata.

—Comprendo, madre —dijo poniéndose de pie y afirmando su voz—. Aquí no hay lugar para mí. Olvide lo que le he solicitado y perdóneme. Con su permiso.

Haciéndole una respetuosa venia, se deslizó por un costado de la religiosa en dirección a la salida. Pero la voz de ésta la alcanzó, con acento de arrepentimiento:

—Espera, hija. No he dicho que no haya lugar para ti. En esta santa casa no existen las nacionalidades ni los odios…

Leonora siguió retirándose sin volverse. Respondió como si se hablara a sí misma:

—No he de conseguir mi paz a cambio de destruir la de otra. Gracias, madre, y adiós.

Gaspar Acosta estaba esperándola en la puerta de la casa. Mirando desde la esquina del frente, parecía una caricatura de las revistas militares que se publicaban para entretenimiento de las tropas: todo en él sobraba o estaba remendado, y en su mano, apretaba un ramo de flores.

Leonora experimentó una sensación de alivio al contemplarlo y le sonrió cuando él se cuadró teatralmente al saludarla.

—¡Dichosos los ojos que la ven, mi señorita!

—Buenos días, Acosta. ¿Cómo está Manuel?

—Imagínese usted un puma acostumbrado a moverse *pa'onde* está vuelto y que lo meten, de repente, en una jaula. Así *mesmito* está mi mayor, fíjese. No hay quién lo aguante.

Leonora se introdujo en la casa. Le dolía enterarse de la ansiedad que estaba sufriendo el explorador.

—Pero ¿está bien de salud? —consultó a medida que entraba.

—Él dice que tiene ganas de morirse. Pero la salud está *güena*, porque en las noches como no puede dormir pensando en *usté*, se planta unos tremendos tacos de aguardiente. Y lo que ocurre es que el aguardiente le da apetito y a la hora de diana come como un ogro, pues, señorita. Así es que, como le digo, la *salú* está *güena*.

La joven agachó la cabeza para que el soldado no la viera reírse de sus disparatadas argumentaciones.

—Eso me tranquiliza —murmuró.

—Lo que es a él, no lo tranquiliza *naiden*, señorita. Y tanto es así que me ha mandado a Lima *na* más que
pa'
que traiga al *Estao* Mayor su solicitud de retiro.

—¿Manuel piensa retirarse definitivamente del ejército? ¡Eso no debe ser, Acosta! —dijo alarmada.

—Lo *mesmo* le dije yo, señorita; pero él está *emperrao* en hacerlo. Ayer pasó inspección del campamento mi coronel Gana y estuvieron platicando muy largo. Parece que mi coronel le prometió apoyarlo en su solicitud.

Leonora estaba contrariada. El retiro de las filas de Rodríguez complicaría más su situación y sería el sacrificio estéril de la carrera del oficial.

—Tiene usted que convencerlo de que no pida su retiro ahora —dijo seriamente al ordenanza—. Si continúa un tiempo más en las filas, ganará otro ascenso y podrá retirarse después en mejores condiciones.

Acosta comenzaba a confesarle su impotencia ante la terca resolución de su jefe, cuando golpearon en la puerta de calle y el paso de Jerez dirigiéndose a abrirla lo interrumpió. Leonora le preguntó sobre las flores que traía entre sus manos.

—Esta mañana pasé por el mercado —le explico Acosta un tanto confuso—, las *vide* y pensé que…, eh…, pensé que no estaría mal que se las llevara a *ña* Elcirita.

—Gracias en nombre de ella, Gaspar —le expresó la joven con emoción—. Justamente pensaba ir al cementerio esta tarde, de

modo que podemos hacerlo juntos.

—¡*Ya'stá*, pus, señorita!

—Y cuando regrese usted a Chosica me hará el favor de decirle a Manuel que no cometa locuras.

—De fijo las va a cometer si no lo bajan luego de Chosica, señorita. Me encargó que le dijera a *usté* que no se mueva de Lima hasta que él venga, porque tiene *decidío* pedir el retiro y viajar con *usté* a Chile. Por eso es que tengo que entregar su *solicitú* hoy *mesmo*.

El regreso de Jerez volvió a interrumpirlos. Traía un telegrama.

—Era un propio mandado por el secretario del contralmirante Lynch —explicó a Leonora—. Le traía esto a usted. Se lo mandan desde Chile.

Apartándose un poco, comenzó a leer el telegrama y su semblante se demudó.

Gaspar Acosta, que la observaba, hizo un gesto de consternación al verla tan preocupada.

—¿Malas noticias, señorita? —le consultó tímidamente.

—No…, no es nada. Perdónenme, pero voy a retirarme a mi cuarto. —Dio unos pasos alejándose, pero en la puerta del dormitorio se volvió hacia el soldado para repetirle con tristeza—: No presente la solicitud de retiro de su jefe. Dígale…, dígale simplemente que yo me opuse. Manuel debe seguir en el ejército; no hay razón para que lo abandone. Perdóneme. Lo veré más tarde, Acosta.

Apenas la joven se hubo encerrado en su cuarto, el ordenanza se volvió hacia Jerez:

—¿Qué le pasa a *misiá* Leonora, compañero? ¿Qué *condenao* papel le trajo *usté*?

—La señora no está bien, Acosta. La noto muy rara, me inquieta mucho. Dígale a mi mayor Rodríguez que baje pronto a Lima o vamos a tener que lamentar algo muy grave.

Leonora estaba de pie en medio de su dormitorio, con el telegrama martillándole el cerebro:

> *Hace tres meses que escribí y no tengo respuesta. Esperaré aún quince días más. Si no me das noticias tuyas, significará que algo te ocurre. Viajaré entonces lo más*

rápidamente que pueda a Lima, a buscarte. Por piedad, no me atormentes. Respóndeme. Te besa tu marido.

ALBERTO.

Sólo había un pensamiento inundándola de desesperada impotencia. Alberto, su marido, vendría a Lima. Ello transformaría de inmediato su atormentado romance en una aventura sórdida, mísera. Nunca vislumbró más dolorosamente que entonces los contornos inmorales que podía exhibir el incontenible amor que ella trató de evitar y que, una vez nacido, procuró mantener limpio. Le era imposible continuar más adelante. Pensar siquiera volver junto a Cobo y sepultar en su memoria el recuerdo de Manuel se le representaba como algo indigno para los tres. Por otra parte, prolongar aquella situación a escondidas repugnaba a todos sus principios. Sólo le era dable renunciar definitivamente a todo.

De pronto, con ademán decidido, se encaminó hacia la silla sobre la cual había dejado el retrato de Cobo. Sin vacilar, lo recogió y acercándose al velador, escribió con letra firme en su respaldo: «Adiós, Alberto. Perdóname».

Enseguida buscó un sobre de cierto tamaño y colocó la fotografía dentro. Actuando como una autómata, trazó en el sobre el nombre completo de su marido y la dirección de la casa de su padre: «Calle del Peumo N.º 25. Santiago de Chile». Cerró la carta y salió serenamente al vestíbulo. A través de la galería de vidrios vio a Jerez barriendo el corredor y lo llamó con un gesto.

—Tome esta carta, Toribio, y hágala salir hacia Chile en el próximo correo —le ordenó.

—Bien, señora —acató, pero dijo—: usted olvida que sale pasado mañana hacia Chile. La carta llegará al mismo tiempo.

—Haga como le digo, Jerez —insistió ella tercamente—. Entregue esta carta al correo militar. Deseo que salga cuanto antes.

—De ningún modo podrá salir si no es en el mismo barco en que usted viajará, señora —le objetó tímidamente.

—Quiero que vaya por correo —se limitó a decirle en forma categórica, poniendo término a la discusión, y agregó con firmeza —: Además, estimo que ya no necesitaré de sus servicios en el futuro, de modo que lo libero de seguir atendiéndome.

El viejo soldado pareció no comprender.

—Las instrucciones que recibí cuando se me destinó a servir de ordenanza a ustedes fueron de atenderlas hasta que el Comando en Jefe me indicara o…

—¡Basta con que yo se lo diga, Jerez! No voy a necesitarlo más. Puede usted reincorporarse a su batallón. Eso es todo. Recoja sus cosas y márchese.

—Va a necesitarme para trasladarse al Callao —insistió humildemente Jerez—. Alguien tiene que llevar sus maletas, conseguirle un coche, ayudarla a subir al barco…

La agente estalló, próxima a una crisis nerviosa:

—¡Cien veces he realizado esos trajines sin ayuda de nadie, soldado! ¡Por favor, no me haga hablar más! ¡Quiero que se retire usted! ¿Me entiende? Partiré sola.

—Está bien, señora. Cúmplase su orden —dijo desanimadamente —; no tengo mucho que recoger, apenas mi quepis y mi capote. Con su permiso.

Se retiró hacia las dependencias caminando pesadamente y Leonora sintió un nudo espeso en la garganta. Para ahuyentar aquella agobiadora sensación, entró nuevamente al dormitorio y se puso a ordenar las ropas que había echado en las maletas. A los pocos minutos, sintió volver los pasos de Jerez. Éste se quedó detenido en la puerta del dormitorio. Se había colocado el capote raído y un quepis demasiado pequeño se le equilibraba sobre el duro cabello entrecano.

—Me marcho ya, señora —le dijo con entonación apenada y bondadosa—. Permítame expresarle que ha sido para mí una satisfacción estar bajo sus órdenes. No soy más que un soldado rudo y nunca había tenido la oportunidad de conocer de cerca a una verdadera dama… y a una gran mujer. —Se interrumpió atragantado por la emoción y, esbozando un gesto como para huir, concluyó—: Eso es todo cuanto quería decirle. Pero no se marchó, sino que envolviendo a la joven en una mirada cariñosa, le dijo aún —: Que tenga usted buen viaje, señora, y encuentre en Chile la paz que aquí le hace falta. Con su permiso. Adiós, señora —y se llevó la mano al quepis.

—Adiós, Toribio. Y gracias por su honrado interés por mí.

La puerta de calle se cerró con un golpe sordo tras el soldado, igual que una lápida sobre una tumba.

Acosta llegó a la casa de la calle Trapitos poco después del mediodía. Era fácil advertir que se había dado un baño en el cuartel y limpiado sus ropas. Venía contento y chispeante. Recogió el ramo de flores y fue abriendo las puertas ante Leonora hasta que estuvieron en la calle. A poco caminar, detuvo un coche de alquiler y se encaminaron hacia el cementerio a buen trote de los jamelgos que tiraban el vehículo.

En Leonora se había producido una curiosa transformación. Estaba ahora serena, tranquila, y hasta sonreía al oír los comentarios hilarantes y las salidas pintorescas que el ladino ordenanza hacía sobre todo lo que iba viendo en el trayecto.

Ya en el cementerio, el soldado adoptó un aire de solemne seriedad. No les fue difícil dar con la tumba de Elcira; la tierra estaba aún fresca en el túmulo y en la cruz se destacaban claramente las letras de su nombre.

Permanecieron orando en silencio durante unos minutos, al cabo de los cuales Leonora levantó la cabeza sonriendo suavemente al soldado.

—Ya puede colocarle las flores, Acosta.

Desatando los tallos de las flores, rodeó la tumba y fue a ponerlas al pie de la tosca cruz.

—Estas florcitas, *ña* Elcirita, son el *ricuerdo* de sus amigos que la quisieron harto, porque *usté* era muy mujer y muy galla.

Se tapó la boca con una mano, arrepentido del término que acababa de usar, y girando el rostro hacia Leonora, sonrió cándidamente para hacerse perdonar.

—Perdóneme, señorita, por lo que le dije a la difunta, pero se me salió sin querer; y, en fin de cuentas, yo siempre la sentí así: muy gallaza.

Leonora esbozó una sonrisa comprensiva. Después rogó al soldado que la esperara a cierta distancia, porque quería quedarse un momento a solas junto a la tumba.

—Hasta otra vez que le traiga flores, *ña* Elcirita. Que lo pase bien —se despidió de la muerta.

Leonora quedó de rodillas a un costado de la tumba. Sus ojos estaban secos y serenos, pero la voz le brotaba como un murmullo

dolorido en el incontenible monólogo de sus labios marchitos:

—Ya lo ves, mi vieja querida: «tus rotos lindos», «tus rotos bravos», como tú los llamabas, vienen hasta tu tumba a recordarte. Ojalá alguien quiera tratarme con igual cariño, después…, después de muerta. Escucha, Elcira; vengo a decirte mi adiós definitivo. No sé, en verdad, si es ésta es una despedida o, por el contrario, un acuerdo para encontrarnos de nuevo más allá. Lo que vengo a participarte es que voy a partir. En fin, sé que ha llegado mi hora y no quiero defraudarte en esta ocasión. Deseo que me veas como siempre me conociste: tercamente fuerte, despegada del aprecio a la vida. Tú supiste cuáles fueron mis anhelos y, como nadie, penetraste en la intimidad de mi alma. Tengo, pues, la certeza de que estarás de acuerdo con mi decisión. Eso es todo lo que deseaba decirte. Adiós, mi vieja fiel…, o hasta pronto, no lo sé. Dios te haya dado descanso y quisiera concedérmelo a mí también. Adiós, Elcira.

Se alejó de la tumba y su apariencia trasuntaba una tranquilidad perfecta. Sin embargo, cuando ella y el ordenanza volvieron a tomar el coche que los condujo nuevamente a Lima, no hablaron una sola palabra.

Descendieron frente a la casa de la calle Trapitos y la joven abrió con su llave. El ordenanza se quedó de pie en la acera, sonriendo con turbación.

—*Güeno*, ahora tengo que dejarla, señorita —murmuró por fin, y añadió, a modo de justificación—: Prontito va a escurecer y tengo camino largo hasta Chosica. Mi mayor me mata si no llego hoy con las noticias. ¿Y…, y no tiene *na* que mandarle decir a mi mayor? —le consultó algo desconcertado.

La joven se quedó mirando el vacío. Al cabo de un instante, expresó con voz ronca:

—Sí. Dígale usted que me perdone.

Acosta, atónito, repitió sin comprender.

—¿Que la perdone? ¿Y qué tendría que perdonarle si él vive agradecido del cielo por el puro hecho de haberla *conocío*?…

—Que me perdone por… por las muchas penas que le causo y que puedo acarrearle —aclaró la joven, ocultando su verdadera intención—. Repítale que yo le ruego que no abandone el ejército; que recuerde que es un militar completo y que su verdadera personalidad se ha desarrollado en las filas. Agréguele, por último,

que quiero que sea fuerte y no se deje abatir por la adversidad. Él es joven, está lleno de ánimos y tiene una vida entera por delante.

—Señorita, créame que no le entiendo por qué me dice *usté* esas cosas —balbuceó plañidero—. Es como si le estuviera mandando un adiós a mi capí, y eso…, eso no estaría bien. Perdóneme, pero yo sé que mi jefe no mira al futuro más que a través de los ojos de *usté*, y, si se los quita, lo deja ciego
pa'
siempre.

—Márchese, Acosta —le dijo acongojada.

Pero el soldado se agitaba, desorientado.

—¿Qué me marche así, sin una frase segura *pa'* mi capi? —gimió desconsolado.

La joven alzó entonces el rostro y fijó en él sus grandes pupilas bañadas en lágrimas.

—Dígale —expresó impetuosamente—, dígale que mi cariño hacia él es tan hondo y tan puro que jamás permitiré que lo enturbien las circunstancias irremediables que envuelven mi vida. Eso es todo; él sabrá comprender. Adiós, Acosta.

—Pero, señorita… —intentó retenerla el soldado, pero la joven se había introducido en la casa, sin escucharlo.

Leonora estaba sentada en una silla, en la misma actitud que si esperara el momento de salir de viaje. Se había puesto su viejo macfarlán gris, con que partiera de Chile hacía seis años, el que ahora estaba ajado y desteñido. Tenía la cabeza envuelta en uno de los tenues chales argelinos que tanto gustaba usar en otros tiempos y el óvalo de su rostro resaltaba marmóreo contra el tul color ceniza. Cerca de las siete de la tarde, tomó las maletas y salió a la calle. Marchando rápidamente, atravesó hasta el convento de la Inmaculada Concepción y fue a detenerse en el zaguán, frente al torno del claustro. Su mano enguantada llamó suavemente en el cilindro de madera, despertando una resonancia de ecos misteriosos. Poco después, una voz le habló a través de la rejilla lateral:

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida.

—¿Qué desea la señora?

—Quiero obsequiar a las protegidas de este convento algunas ropas —dijo suavemente—. Ya no las he de usar más y pueden servir a alguna mujer necesitada.

—Gracias, señora. Tenga la bondad de colocarlas en el torno.

Simultáneamente, giró el cilindro de madera, dejando abierta hacia Leonora su cavidad interior. Allí acomodó la joven las dos maletas y volvió a hacer rodar el torno, para que la monja recibiera su carga. Ésta habló para pedirle que esperara unos instantes, a fin de devolverle las maletas vacías.

—No se preocupe, madre, tampoco las necesito —le contestó Leonora, y antes de alejarse, le rogó con un hálito de voz—: Rece usted por mí, madrecita.

Al regresar a casa quedó sentada en el vestíbulo, ignorante del tiempo que pasaba y de la obscuridad que invadía rápidamente el recinto. Sólo cuando las campanas de Lima dieron las ocho, saltó estremecida. A lo lejos, escuchó, agigantado, el rodar de un coche que entraba en su calle. Tuvo el presentimiento instantáneo de que era el que ella esperaba, y no le fue necesario esforzarse para ir calculando su aproximación.

Por un instante, sintió miedo, un pavor terrible y tuvo que hacer un gran esfuerzo para sobreponerse a él. Después la invadió una calma fría, deshumanizada. Se puso de pie y caminó sin vacilar hasta la puerta. Frente a ella, apegado al portón de la acera, estaba el coche, tal cual ella lo imaginara.

—¿El coche que manda el general Buendía? —preguntó simplemente Leonora; y el hombre dijo, ausente y sin mirarla:

—Sí, señora. El señor general la aguarda.

—Bien. Vamos, entonces.

Abrió la portezuela y subió al carruaje. Encerrada dentro de la caja estrecha y obscura, se dejó caer en el asiento con la nuca en el respaldo. El coche se puso en movimiento y se alejó hacia los suburbios de Lima. En su interior, con los ojos cerrados, la cabeza echada atrás y las manos laxas sobre su regazo. Leonora se entregaba a su destino.

18

El 31 de agosto el tren de Lima volvió a entrar en Chosica. Desde hacía veinte días que los viajes estaban interrumpidos, para no dar oportunidad de ataque a las montoneras de la región. Pero en la última semana, por razones desconocidas para los defensores de Chosica, las apariciones de los montoneros habían ido haciéndose cada vez menos frecuentes, hasta terminar por suspenderse completamente.

Los soldados del mayor Rodríguez tardaron en darse cuenta de la ausencia del peligro, pero finalmente se rindieron ante la evidencia. Sus centinelas no avistaban a enemigo alguno y hasta los habituales indios transeúntes dejaron de mostrarse.

Fue entonces cuando entró nuevamente el tren de Lima y, por boca de los soldados encargados de su protección, se conoció la causa que motivaba la ausencia de los enemigos. Ésta se debía a que el contralmirante Montero no pudo ponerse de acuerdo con el general Cáceres en su visita a Tarma, frustrándose la posible alianza entre los dos jefes. Montero siguió hacia Arequipa y Cáceres perdió la esperanza de iniciar un nuevo ataque contra Lima. Desaparecido este peligro, el Comando en Jefe chileno estimaba innecesario seguir manteniendo guarniciones de emergencia en las bocas de las tres quebradas que se abrían hacia la capital. El viaje del tren a Chosica no obedecía, pues, a otro objeto que retirar a los soldados que se hallaban en ese punto.

Rodríguez recibió la orden correspondiente y tuvo que leer el comunicado dos veces para poder darle crédito.

—¡Hurra, Acosta! ¡Por fin!… ¡Gracias a Dios, ya podemos bajar a Lima! ¡Prepara nuestro equipo! —gritaba Rodríguez—. ¡Nos vamos a Lima ahora mismo!… ¡Oh, qué cierto es que no hay plazo

que no se cumpla!… ¡Ay, Leonora, por fin volveré a verte!… ¡Rápido, Acosta, a preparar el equipo, carrera…, mar!…

El regreso de los soldados a Lima se organizó con la presteza propia de quienes han estado encerrados mucho tiempo y, sorpresivamente, encuentran abierta la puerta de la cárcel. Los vagones se abarrotaron con los hombres del «3.º de Línea», los que alborotaron durante todo el trayecto. Hasta Rodríguez recordó los buenos tiempos en que, sin pesares en el alma, se echaba las penalidades de la guerra a la espalda y recorría los caminos cantando briosamente. Acosta estaba radiante, no tanto por regresar a la capital como por observar la alegría de su jefe; y este último se sentía reanimado sólo de imaginar su reencuentro con Leonora.

Cantando y platicando llegaron a Lima al atardecer. Espoleado por su ansiedad, el mayor hizo formar a sus dos compañías en el andén de la estación de Viterbo y después las obligó a cruzar la ciudad a paso de carga en dirección al cuartel que ocupaba el «3.º de Línea» en la vecindad del Jardín Botánico. Apenas se dio tiempo para entregar su gente al coronel Gutiérrez y se retiró apresuradamente. Rodríguez tuvo que disminuir la rapidez de su marcha y tomar aliento, en medio de la calle Trapitos, no porque estuviera fatigado, sino porque la inminencia del encuentro con Leonora le entrecortaba la respiración. Con un tirón nervioso se alisó la guerrera y caminó directamente hacia la puerta. Después que el eco de los golpes se extinguió en el interior de la casa, se quedó esperando con todos los nervios en tensión. Imaginaba la sorpresa de Leonora y escogía las palabras que habría de decirle para expresarle que allí terminaban todas las ansiedades y que irían enseguida directamente a la Comandancia General para elevar su expediente de retiro definitivo y marchar juntos a Chile.

Al cabo de largos instantes reparó en que ningún ruido respondía a sus golpes y miró a Acosta como pidiéndole una explicación.

—Quizás no lo oyeron, mi mayor —razonó el soldado y golpeó más fuerte con su propia mano.

Aguardaron ambos en el más absoluto mutismo, pero la casa permanecía en absoluto silencio.

—Parece que no hubiera *naiden* —musitó el ordenanza ligeramente impresionado—. Ya deberían haber oído los golpes.

El rostro del oficial comenzó a alterarse, como si fuera naciendo en él una inexplicable inquietud. Volvió a golpear la puerta con ambas manos empuñadas y los batientes retumbaron como un sordo tambor. Volvieron a aguzar los oídos, pero en respuesta sólo les llegó el silencio.

—¡Qué extraño! —exclamó Rodríguez nervioso—. ¿A dónde podrá haber ido Leonora? Me dijo que no salía jamás.

—Siempre manda al soldado Jerez cuando necesita algo —acotó Acosta.

—¡Leonora!… ¡Leonora!… —gritó Rodríguez.

Una ventana se abrió violentamente en la casa de la derecha y asomó una mujer envuelta en una bata.

—¿Qué necesita, oficial, que hace tanto ruido? —preguntó disgustada—. Ya pasaron las oraciones. Además, en esta casa no hay nadie.

—¿Cómo que no hay nadie? Aquí vive una señora, a quien necesito…

—¡Ya, ya!, conocí a la señora —declaró la mujer, y añadió en forma meliflua—: Hemos sabido ser bastantes amigas, ¿se entera usted? Hasta hemos ido a misa juntas. A la señora de ojos verdes se refiere usted, ¿verdad?

—A la misma —afirmó nerviosamente el explorador—. ¿Dónde está? ¿Lo sabe usted?…

—¡Ay, no, señor oficial!, pero lo que puedo decirle es que hace muchos días que no la diviso. —Rió frívolamente al agregar—: Y ha de creerme usted que es difícil que se me pase algún vecino sin verlo, porque hago mi bordado sentada en la ventana y…

—¡No me interesa su bordado, ni su curiosidad fisgona!; quiero saber dónde está la señora que vivía en esta casa.

La mujer dio un respingo a tiempo que clamaba histéricamente:

—¡Virgen santa, qué grosero! ¡Pues muérase de rabia el insolente: la señora de seguro se marchó con el otro! ¡Gua! —y cerró la ventana.

—¡Condenada cacatúa!… —quedó jadeando Rodríguez—. ¿Dónde encontraremos a Leonora? ¡Alguien tiene que saber! ¡Alguien tiene que estar enterado de sus movimientos!

Acosta se dio un brusco palmetazo en la frente.

—¡El ordenanza Jerez, pus, mi mayor! ¡*Ño* Toribio está al

servicio de la señora!

Rodríguez no necesitó mayores explicaciones. Recordaba que el soldado Jerez pertenecía al batallón «Bulnes» y que este cuerpo estaba acuartelado en la Posta Central de la Policía de Lima. Sin pensarlo más, caminó hacia ese lugar. Una vez allí, al enterarse por boca del oficial de guardia de que Jerez se había reincorporado al batallón, su alarma cundió. Era muy significativo que el ordenanza hubiera dejado el servicio de Leonora. Ansiosamente esperó la aparición del soldado. Jerez abrió los ojos desmesuradamente al verlo y se le acercó terriblemente consternado.

—Es el cielo el que me lo manda, mi mayor —le dijo nerviosamente—. Si no hubiera aparecido usted ahora, mañana habría subido a Chosica. Justamente estaba pidiendo licencia a mi comandante en estos momentos.

—¿Dónde está la señora, soldado?

—De ella misma es que necesito hablarle, mi mayor.

—Pero ¿dónde está? Esto es todo lo que quiero saber.

Jerez agitó los brazos desmadejadamente y confesó con aturdimiento:

—Lo ignoro, mi mayor. Le juro que no lo sé.

Rodríguez no acertaba a comprender cómo era posible que el soldado que había recibido orden de mantenerse junto a la señora no supiera su paradero.

—Ella misma me obligó a dejarla —explicaba atolondradamente Jerez—. Se empeñó en que abandonara su servicio y me reincorporara al batallón. Intenté oponerme, se lo aseguro, mi mayor, pero estaba muy rara. No hubo forma de convencerla. El barco en que debía partir tardaría aún dos días en pasar por el Callao.

—¿Como es eso? —exclamó atónito—. ¿Acaso pensaba embarcarse para Chile?

Jerez se quedó mirándolo realmente extrañado, y en breves frases le explicó que el Comando en Jefe había proporcionado a la agente un pasaje para un barco inglés que navegaba hacia Chile.

—¿Y ese barco partió ya? —le inquirió, anhelante, el explorador.

—Hace seis días, mi mayor.

Rodríguez se encogió como si hubiera recibido un golpe.

—¿Se embarcó entonces?… —balbuceó, alelado.

Jerez dejó caer los brazos con desmayo.

—No lo sé, mi mayor; nadie lo sabe —confesó contrito—. Como le explico, me expulsó de su lado y se quedó sola. Pero al día siguiente, mientras ordenaba mis cosas en este cuartel, encontré en un bolsillo de mi capote la llave de la casa. Pensé que era buen pretexto para enterarme de cómo estaba la señora, ir a devolvérsela. Pero cuando llegué a la calle Trapitos la casa estaba cerrada y, el entrar, sólo sirvió para afligirme más. La casa estaba vacía, mi mayor.

—¿Leonora se había llevado también sus cosas?

—Las tenía en dos maletas, pero ésas tampoco estaban.

El explorador sintió que el mundo se desplomaba sobre él. Durante las largas semanas en Chosica lo dominó un solo anhelo: volverla a ver. Animado por esa esperanza, sostenido por la expectativa de un futuro pleno de cariño y fe mutuos, había conseguido soportar aquellos tediosos días de vigilancia en el estribo de la sierra. Por eso, al estrellarse bruscamente con la realidad de la desaparición de Leonora, sentía como si un hado fatal cercenara de un tajo sus sentimientos, sus ensueños para el porvenir.

—¡Se marchó! ¡Se marchó! —repetía desesperadamente las palabras—. ¡Dios santo, cómo es posible! Irse a Chile sola, sin advertírmelo, sin dejarme una explicación, ni una línea…

—¡La señorita Leonora no lo habría hecho *renunca*! —le objetó Acosta—. ¡Apuesto mi cabeza que no lo ha hecho!

Jerez intervino entonces recordando algo que había olvidado.

—Mi mayor —dijo—, en la casa no había *naiden*, como le expliqué, pero de repente advertí que en el dormitorio había un pedazo de papel arrugado. Como ya no estaba la señora y me estaba comiendo por dentro de recelo inexplicable, juzgué que no cometía una incorrección leyéndolo. Era un telegrama, mi mayor; un telegrama mandado desde Chile.

—¿Qué hizo usted con él? —preguntó el mayor.

Jerez sacó el telegrama arrugado de un bolsillo y se lo entregó, sin una palabra. El oficial lo extendió de un manotón y comenzó a leerlo. Era el último y desesperado mensaje de Alberto Cobo. La última frase del telegrama mordió a Rodríguez como un ácido.

Por piedad, no me atormentes; respóndeme. Te besa tu marido.

ALBERTO COBO.

—¿Qué pasa, mi capi?… ¿Por qué se ha *quedao usté* con esa cara de funeral?… —le consultó Acosta al ver su palidez.

Rodríguez estrujó el papel entre sus manos y agachó la cabeza apretando los dientes.

—¡Ha regresado a Chile para juntarse con su marido! —rugió como un animal herido—. Este telegrama lo aclara todo.

Pero Jerez se interpuso entonces, y en su voz había duda y aflicción:

—Yo creo que el asunto no está tan claro, mi mayor, y perdóneme si me entrometo en esto. Pero fui al Callao a presenciar la partida del barco inglés en que debía viajar la señora… y ella no embarcó en el vapor, mi mayor. Al menos, yo no pude hallarla; y le aseguro que la busqué mucho entre la gente. Iban numerosas mujeres: monjas de la Caridad, cantineras, enfermeras…, todas cubiertas con esos mantos negros que las hacen verse iguales. Pero la señora es inconfundible. Tengo la certeza de que, si hubiera estado entre ellas, la habría reconocido.

Rodríguez lo aferró de un brazo.

—Pero ¿está usted seguro de que no embarcó?…

—No me atrevería a asegurarlo, pero… no sé por qué temo que la señora no sólo no embarcó, sino que desapareció de otra manera, por alguna causa que no puedo adivinar.

Rodríguez lo escuchaba extraviado, presintiendo algo obscuro, escondido tras las presunciones del soldado.

—¿Qué es lo que está usted intentando decirme? —le inquirió afanosamente.

—No tengo palabras para explicarme, pero me atrevería a jurar que la señora desapareció la misma tarde que abandoné su casa. No quiero alarmarlo, mi mayor, pero la señora se veía muy extraña en los últimos días; parecía acosada por una obsesión —dijo Jerez, apesadumbrado—. No me confiaba su inquietud, pero yo podía leerla en su rostro. ¡Ella estaba luchando contra algo, mi mayor!

—¡Por la vida, qué locuras está usted diciendo!

—¡Lo que creo, mi mayor, lo que sospecho que fue! —insistió el

viejo soldado—. Podrán decirme lo que se les antoje, pero mientras no me demuestren que la señora llegó a Santiago, seguiré creyendo que no embarcó en el vapor y que…, ¡que desapareció en Lima!

Rodríguez sintió que le temblaban las piernas. Tardó varios segundos en reponerse.

—¿De quién dependía el servicio secreto en estos últimos tiempos? —quiso saber.

—Había sido disuelto, mi mayor.

—Pero alguien tiene que haber actuado como jefe de Leonora todavía.

—No sé quién, señor; pero ella mencionaba siempre al secretario general del Comando en Jefe, don Adolfo Guerrero.

Rodríguez se separó al instante del viejo soldado sin darle ninguna explicación y echó a andar en dirección al Palacio de Gobierno. Allí encontraría al secretario Guerrero; éste obligadamente tenía que saber la razón del misterioso desaparecimiento de Leonora.

«¡Tiene que explicármelo todo de una vez, o me voy a volver loco! —se decía mientras caminaba—. ¿Dónde estará ahora la pobrecita?, ¿por qué desapareció?, ¿en qué riesgos se hallará?».

Una y otra vez, las crueles interrogantes machacaban su cerebro.

Era tal la agitación de Rodríguez, que al cruzar el zaguán del Palacio de Gobierno no reparó en que el primer patio estaba lleno de caballos de los altos jefes y que los ordenanzas de éstos aguardaban comentando algo muy agitadamente. Tampoco advirtió a los oficiales de los ministerios por las escaleras y pasillos que conducían a los salones principales, donde había ubicado la sede de su Gobierno el contralmirante Lynch. Sólo vino a percatarse de que ocurría algo importante cuando en la secretaría general advirtió un gran número de quepis galoneados sobre una mesa. Se preguntaba qué podía estar sucediendo, cuando asomó el secretario de gobierno, Mariano Guerrero. Éste se acercó apresuradamente para recoger un lápiz y un cuadernillo y, sin reparar en la presencia de Rodríguez, se volvió para introducirse nuevamente en la oficina de Lynch. Pero el explorador le interceptó el paso, atento sólo a su propio problema.

—¡Señor Guerrero, por favor, concédame unos minutos!

—Ahora es imposible, mayor Rodríguez; estoy ocupadísimo.

—Es una consulta muy breve y urgente, señor. Deseo que me informe cuanto sepa sobre el paradero de la agente Leonora Latorre, que no…

—Lo siento, mayor —dijo, entonces, el secretario, algo molesto —, pero he salido del despacho del señor contralmirante sólo para recoger papel en el cual redactar un acta. Estamos discutiendo un asunto de tal importancia que nada puede distraer nuestra atención.

Rodríguez se tornó francamente agresivo entonces, y siguió interceptándole el paso.

—Mi asunto es tan importante como todos los que puedan ustedes estar estudiando, señor.

—¡Tan importante! —exclamó enojado—. Sepa que en este momento se discute una inesperada posibilidad de paz, algo que ha brotado en forma espontánea y arrolladora en el norte del Perú. Cuando se divulgue lo que se trata ahora en este despacho, reconocerá usted que no hay nada de mayor importancia.

—Sea lo que fuere, eso a mí no me interesa —se obstinó Rodríguez—. Sólo quiero que me diga qué ha sido de Leonora Latorre.

—¿El paradero de Leonora Latorre? —murmuró y trató de hacer memoria, pero pareció declararse vencido—. En este momento no lo sé, pero me parece que embarcó hacia Chile hace algunos días. Ahora, perdóneme, pero no puedo demorarme más. Déjeme pasar.

—¿Se prolongará mucho esa reunión? ¿Puedo esperarlo, señor Guerrero? —le inquirió tímidamente.

—Espere usted, si quiere, pero le aseguro que va a necesitar mucha paciencia —le respondió y entró al despacho.

Dentro de éste se hallaban reunidos los comandantes de varios de los batallones principales, quienes escuchaban la palabra nerviosa de Lynch. Junto a éste, y ocupando todo un costado del ancho escritorio, estaban, a la derecha el coronel Francisco Gana y a la izquierda el agente secreto Dupré.

—Permítanme explicarme más claramente, señores —decía Lynch en el momento en que entró el secretario—. Mi intención al citarlos a esta reunión era diametralmente opuesta a la que me anima ahora. Pero ha sucedido algo inesperado, que me obliga a alterar mis propósitos. Me proponía estudiar con ustedes un nuevo plan de ataque al ejército de Cáceres, para vengar a los mártires de

La Concepción. Pero súbitamente llegó anoche hasta mis habitaciones particulares un hombre a quien había encomendado investigar un determinado asunto. Es este señor que tengo a mi izquierda. Su nombre es Gastón Dupré y pertenece al Servicio de Informaciones Militares.

Todos los concurrentes observaron con curiosidad al aludido. El «Príncipe Rojo» prosiguió:

—El señor Dupré regresó anoche del departamento de Cajamarca, en donde observó secretamente los hechos ocurridos entre las tropas del general Iglesias y las nuestras. Ahora bien, la información que el señor Dupré me ha traído es tan sorpresiva e importante que puede imprimir un vuelco total al panorama de la guerra. Más aún, es posible que lo ocurrido en Cajamarca represente, por fin, la alborada de la paz.

Un coro de comentarios respondió a sus palabras. Los comandantes se preguntaban con extrañeza cómo podría surgir la paz desde Cajamarca. El contralmirante siguió hablando vuelto ahora hacia el agente secreto.

—El señor Dupré, con un acierto muy particular, ha titulado su informe en términos que tal vez lleguen a ser históricos. ¿Cómo es el título que le ha dado usted, Dupré?

—«El Grito de Montán».

Comprendiendo la estupefacción de los comandantes, Lynch rogó a Dupré que repitiera detalladamente su informe.

—Temo verme obligado a ser demasiado extenso —comenzó el agente—, pero es preciso que haga un poco de historia, para explicar cabalmente a ustedes lo que significa eso de «El Grito de Montán». Empezaré diciéndoles que lo que he denominado así es un manifiesto dado a luz por uno de los hombres más íntegros del Perú, el general Iglesias, Jefe Político y Militar del Norte. Este manifiesto lo redactó en el retiro de una de sus grandes haciendas: Montán. Y hay tal fuerza de expresión, tan sublevada honradez en esa proclama, que es el alarido rebelde de un hombre noble e inteligente que clama por la regeneración de su patria. Por eso lo he llamado «El Grito de Montán».

—Perdóneme usted una interrupción —le dijo el coronel Gana —. Pero creo conveniente recordarle que el general Iglesias, hace poco más de un mes, fue derrotado y perseguido por las tropas

nuestras que manda el comandante Carvallo Orrego.

—Es estrictamente la verdad, coronel Gana —aceptó Dupré—. Yo estaba entre las desordenadas fuerzas que acompañaron al general Iglesias en el combate de San Pablo y la pérdida de Cajamarca. Puedo confirmar a ustedes que su derrota fue aplastante y que las penalidades que sufrieron el general Iglesias y los suyos son inenarrables.

Fue el coronel Estanislao del Canto el que intervino entonces:

—¿Debemos entender que ese «Grito de Montán» es consecuencia del derrumbe de Iglesias? —preguntó.

—En cierto modo, sí —le respondió Dupré—. Pero, según las declaraciones hechas posteriormente por el general Iglesias, el espíritu de su manifiesto ya estaba dentro de él desde mucho antes, desde la derrota del ejército peruano en Chorrillos. Debo observarles que el general Iglesias es un hombre tranquilo, de hábitos patriarcales —continuó el agente—; y, al mismo tiempo, uno de los propietarios más acaudalados del Perú. Sus haciendas en la zona de Cajamarca son las más extensas y ricas. Al estallar la guerra, Iglesias, que es un hombre de paz, sin carrera militar, organizó en batallones a los labriegos de sus tierras y se presentó con ellos en los cuarteles de reclutamiento. Tuvo diversas oportunidades de demostrar su valor hasta llegar a que le fuera conferido el grado de coronel. Con tal rango participó en la defensa de Chorrillos y su división fue la que más heroicamente resistió en el Morro Solar. Vencido por la división del señor contralmirante Lynch, fue hecho prisionero. Más tarde, antes del ataque a la línea de Miraflores, el general Baquedano se valió de él para enviarlo como parlamentario ante Piérola, con la misión de convencerlo de que debía rendirse y entregar Lima sin lucha. Fue entonces cuando el general Iglesias expuso por primera vez el pensamiento de que lo único que podía impedir la destrucción del Perú era aceptar la paz, una paz inmediata e incondicional. Humillado por los jefes peruanos, regresó a las líneas chilenas y se resignó a su condición de cautivo. Caída Lima, el Comando en Jefe de Chile le concedió la libertad, bajo promesa de no volver a tomar las armas contra nuestro ejército. Marchó entonces a Cajamarca y, encerrado en una de sus haciendas, fue espectador lejano y dolorido de las calamidades que acarreó sobre su patria la continuación de la

guerra. Posteriormente, llegó a Cajamarca el contralmirante Montero, como primer vicepresidente del Perú, de acuerdo con la estratagema sugerida por el ministro plenipotenciario de Estados Unidos, Stephen Hurlbut, para impedir que feneciera el Gobierno Provisional de La Magdalena, después del destierro de García Calderón. Iglesias fue llamado a cooperar con él y, finalmente, recibió el cargo de Jefe Político y Militar del Norte.

—¿Por qué lo designó Montero, siendo que él estaba allí? —quiso saber el coronel Del Canto.

—Precisamente porque en el cerebro complicado de Montero estaban germinando otros planes, en los cuales figuraba como paso esencial el abandonar Cajamarca —le aclaró Dupré—. Y así lo hizo, primero, para entrevistarse con el mediador norteamericano William Trescot en Huaraz, y, posteriormente, para adentrarse en la cordillera en busca de Cáceres. Por último, terminó por alejarse hacia el sur, vía Arequipa, después de la retirada de la sierra de la división del coronel Del Canto. Iglesias había prestado su colaboración a Montero creyendo que aquél encaminaría su gobierno hacia la negociación de la paz. Pero, cuando este último rechazó las proposiciones de Trescot y se negó a aceptar una paz condicionada a la cesión de los territorios de Tarapacá, de Arica y de Tacna y, cuando, más tarde, dejó en evidencia que su propósito era continuar la guerra unido al general Cáceres, en Arequipa y también con fuerzas de Bolivia, Iglesias comprendió que había sido engañado. Por desventurada coincidencia, se produjo en esos mismos días el avance de un destacamento chileno hasta Cajamarca, que obligó a Iglesias a un humillante abandono de esa ciudad, y, después, el combate de San Pablo y las espantosas represalias tomadas por nuestro ejército contra las poblaciones que participaron en la lucha. —Dupré hizo una pausa, durante la cual paseó su mirada penetrante por los rostros de sus auditores. Enseguida, continuó—: La miseria, el luto y la desolación invadieron Cajamarca e hirieron muy hondamente el corazón del general Iglesias. Fue entonces cuando, valiéndose de dos jóvenes periodistas de su ciudad, Maximiliano Frías y Julio Santos Hernández, lanzó un manifiesto a la juventud de las siete provincias bajo su mando, invitándola a establecer asambleas provinciales que se hicieran cargo del poder y predicaran la paz como la única

medida de salvación nacional. Esta desesperada proposición fue repudiada públicamente por Montero, quien cortó toda conexión con el norte del país. Aislado e incomprendido, espectador impotente de la miseria y desamparo de su pueblo, Iglesias se decidió, por fin, a adoptar una actitud de total sacrificio y llamar a terminar la guerra.

Todos los jefes y comandantes callaron impresionados. Al cabo de varios minutos, Del Canto se atrevió a solicitar que se le diera a conocer el texto completo de la proclama lanzada por Iglesias. Patricio Lynch recogió de su escritorio un pliego de papel y comenzó a leerlo con voz clara y solemne:

> *Miguel Iglesias a sus conciudadanos:*
>
> *Nunca un funcionario público se ha visto colocado en situación tan amarga, difícil y decisiva, como la que arrostro en estos instantes. Apenas bastan los alientos de mi patriotismo para mantenerme en ella. La mano inflexible de la desventura, que durante tres años y medio ha venido pesando sobre el Perú, parece únicamente suspendida sobre mi corazón. Es preciso, pues, acudir a todas mis fuerzas en este trance supremo y, con el auxilio de la providencia, que jamás abandona a los que le confían su buena causa, buscar de una vez por todas, y por la senda más recta, la inmediata solución del problema de vida o muerte para nuestra patria agonizante…*

El texto viril y sincero del general Iglesias iba desarrollándose a través de la voz mesurada de Lynch. En sus líneas palpitaba una directa acusación contra los conductores de la guerra y los caudillos políticos que contribuyeron a prolongarla mas allá de las derrotas de Chorrillos y Miraflores. La voz acusadora del general Iglesias se alzaba para demostrar lo que hasta entonces la clase dominante se había empeñado en ocultar al pueblo: que el Perú estaba derrotado, irremediablemente vencido, y que la única posibilidad de redención del país radicaba en conseguir la paz, en gestionarla y aceptarla en las condiciones que fueran. Según él, prolongar la guerra era alargar la espantosa agonía de la nación en desangre.

No era fácil para los militares chilenos que escuchaban el manifiesto imaginarse la actitud espiritual en que debió ponerse el

general vencido: quizás Lynch fue uno de los pocos en comprender la grandeza de alma de aquel hombre, que se exponía al vituperio de todos sus connacionales y a las venganzas más crueles, a cambio de obtener la salvación de su patria.

A medida que leía. Patricio Lynch podía imaginarlo en su hacienda tropical de Montán, dando a conocer a sus amigos más íntimos el texto de su manifiesto, especialmente la parte final, que expresaba:

> *Mi determinación está tomada.*
>
> *Quiero dar el primer paso honrado en favor del país, provocando un movimiento nacional pacífico que coloque en los pueblos mismos el expediente de su salvación. Ya que no me es posible en toda la república, convoco a una asamblea parcial de representantes de los siete departamentos que me obedecen. Ante esta asamblea depondré mi autoridad, para ajustar a sus decisiones mi conducta de ciudadano.*
>
> *En nada, absolutamente en nada peligra la unidad nacional por el paso franco en que me empeño. Las relaciones fraternales con el centro y sur se conservarán fielmente y, si en aquellas regiones se procede como en ésta, podremos arribar a la reunión de una gran asamblea general con derecho para decidir la suerte de la república.*
>
> *Mientras tanto, no pueden por menos que traicionar a la patria todos los que pretendan imponerle, sea cual fuere, su voluntad arbitraria. Aprovechar las angustias nacionales para conservar una autoridad unible, para seguir fomentando los odios de facción y explotando la sangre del pueblo, es horroroso. Inténtese alguna vez con fe y sinceridad la concordia de la familia peruana. Depónganse las pasiones mezquinas, siquiera sea para salvar unidos del común peligro.*
>
> *No me he cuidado de cubrir con un velo engañoso el triste estado del país, por mucho que los especuladores de farsas censuren mi conducta. Creo que han perdido al Perú los engaños de que constantemente lo han hecho víctima sus hombres públicos. Con seguridades, siempre fallidas al día siguiente, le han mantenido la fiebre de una guerra*

activa o la esperanza de una paz ventajosa, imposibles de todo punto, después de nuestros repetidos descalabros.

Se habla de una especie de honor que impide los arreglos pacíficos cediendo un pedazo de terreno, y por no ceder este pedazo de terreno, que representa un puñado de oro, fuente de nuestra pasada corrupción, permitimos que un pabellón enemigo se levante indefinidamente sobre nuestras más altas torres, desde el Tumbes al Loa; que se saqueen e incendien nuestros hogares, que se profanen nuestros templos, que se insulte a nuestras madres, esposas e hijas.

¡Ah, guerreros de gabinete, patriotas de taberna, zurcidores de intrigas infernales! ¡Cobardes, mil veces cobardes, autores de la catástrofe nacional!

¡Basta!

¡Que no me lleve el corazón demasiado lejos!

He creído de mi deber explicar a los pueblos la razón de la conducta que voy a seguir. Ya lo he hecho. Ahora sólo me resta proceder y que el presente y la posteridad me juzguen.

Dado en la hacienda de Montán, en agosto 31 de 1882.

MIGUEL IGLESIAS.

Todos los jefes militares se miraron, pero ninguno se atrevió a expresar su opinión. Aquilataban perfectamente que al lanzar Iglesias aquella proclama, se arriesgaba a ser tildado de antipatriota y de traidor.

Fue el jefe del Estado Mayor, coronel Gana, quien se atrevió a pedir una explicación a Lynch.

—¿Cómo debemos interpretar esta proclama, señor? —le preguntó.

—No lo sé todavía. Iglesias controla a siete departamentos del norte de este país. Su intención parece ser la de mancomunar las voluntades en persecución de la paz. Logrado esto, seguramente luchará por extender la idea a los departamentos del centro y del sur.

—Acción que lo hará chocar inevitablemente con Cáceres en el centro y con Montero en Arequipa —acotó Del Canto.

—Y siendo su poder casi nulo —razonó el comandante Pinto Agüero—, lo lógico es pensar que caerá vencido.

—Es posible —calculó Lynch—, como también es probable que muchos hombres piensen como él. Debo confesarles que, por el momento, este manifiesto me parece sólo una quimera.

—Que debemos considerarla como tal —acotó Gana.

—Y esperar —agregó Lynch—. Haremos cuenta de que no nos hemos enterado del propósito que proclama el general Iglesias, y nos mantendremos a la expectativa. Pero nuestra atención estará fija en el caudillo del norte.

—¿Para qué, señor contralmirante? —le inquirió el coronel Urriola.

—Para estar listos a alentarlo y ayudarlo si su causa toma cuerpo en el resto del Peni. Si es capaz de salvar los primeros obstáculos y consigue la adhesión del centro y del sur a su propósito de paz, nosotros le prestaremos apoyo, y lo ayudaremos a tener autoridad y poder como para negociar con nuestro Gobierno. Pero sólo entonces figuraremos a su lado, antes no; que no vuelva a pensar el mundo que fabricamos un gobierno a nuestro amaño para comerciar con él una paz de avaros. Eso es todo lo que quería exponerles, por ahora. Pueden retirarse, señores comandantes.

Los aludidos fueron abandonando el despacho comentando animadamente la nueva faz que mostraba la guerra. Lynch retuvo a su lado a Dupré y le dijo, cuando los militares hubieron salido:

—Ya habrá comprendido usted al oírme expresar que no dejaremos un momento de mantener en observación a Iglesias; que es indispensable que usted regrese a Cajamarca.

Dupré hizo un gesto de asentimiento; sin embargo, observó, a su vez, al contralmirante:

—Estimo que no es misión para un hombre solo, señor. Necesitaré un colaborador. Me bastará con una persona a quien sé muy experta.

Lynch hizo un ademán de aquiescencia y, volviéndose a su secretario, le ordenó que adoptara las disposiciones necesarias para que esa persona partiera con Dupré hacia Cajamarca cuanto antes.

Rodríguez aún estaba allí cuando Guerrero y Dupré salieron.

—¡Al fin sale usted, señor Guerrero! —exclamó—. Llevo casi una hora esperándolo.

El secretario pareció sorprendido:

—Perdóneme, mayor Rodríguez, pero se estudiaba un asunto de gran importancia —se excusó y, reparando en que Dupré observaba al oficial, estimó necesario presentarlo—. ¿Ustedes no se conocen? —Sólo entonces Rodríguez reparó en la identidad del tercer personaje.

—¡Por supuesto! —murmuró confundido—. Perdóneme, Dupré.

El agente secreto le estrechó la mano con cordialidad, pero el secretario no lo dejó explayarse más allá del saludo.

—Terminemos con lo nuestro, que es urgente —intervino—. Dijo usted al señor Lynch que deseaba ser acompañado en su misión por una persona experta. Deme su nombre y la haré llamar.

Iba a anotarlo en el cuadernillo, pero Dupré le dijo:

—No lo anote; usted la conoce mucho. Es Leonora Latorre.

Rodríguez saltó como si hubiese recibido un pinchazo.

—¿Usted sabe dónde está Leonora? —preguntó ansiosamente.

—Me imagino que en Lima —dijo con indiferencia, lo que provocó la intervención de Guerrero:

—No, señores —dijo—. La señorita Latorre ya no está en el Perú.

—¿Está usted seguro, señor Guerrero? —le inquirió Rodríguez.

El secretario pareció confundido y miró primero a Dupré y después a Rodríguez, sin entender lo que ocurría.

—¡Por supuesto! ¿Pero por qué me lo pregunta así, mayor?

—¿Por qué?… ¡Pues porque creo que ella ha desaparecido!

Guerrero tuvo una reacción de asombro y después rió.

—¡Oh, no, no lo llame usted así! La señora ha regresado a Chile, simplemente.

—¿Está usted completamente seguro? —insistió Rodríguez.

El secretario ya se fastidiaba.

—Naturalmente, mayor —le dijo categórico—. Yo mismo le conseguí el pasaje para el barco.

—¡Oh, es una lástima! —lamentó entonces Dupré—. ¿No hay forma de hacerla volver?

—No, mi amigo —le replicó Guerrero—. Además, no sería justo. Pasó por mis manos un telegrama de su esposo, reclamando su regreso a Chile en los términos más dolientes.

—¿Cree usted que fue por esa causa que regresó a Chile? —le inquirió Rodríguez con voz opaca.

—¿Quién podría dudarlo? —dijo el secretario—. Ella, en verdad, parecía no tener apuro en regresar a la patria; pero, después de recibir el telegrama de su esposo, le envió una carta en respuesta, que también pasó por mis manos, y enseguida se embarcó.

—Sí…, se embarcó —dejó escapar Rodríguez en un murmullo.

—Repito que es una lástima. Jamás podré encontrar un colaborador como ella —seguía expresando Dupré, quien, repentinamente, fijándose en el explorador, expresó en forma vivaz —: Salvo que… ¡Mayor Rodríguez, usted es considerado con mucha razón uno de los hombres más hábiles para moverse tras las líneas enemigas! Creo que entre los dos podríamos…

—Perdóneme, Dupré, pero no participaré en ninguna acción más, ni detrás ni delante de las líneas enemigas —le dijo sombrío—. Para mí acabó la guerra ya. Y dispénsenme, no me siento bien. Buenas tardes.

Se alejó caminando pesadamente, como si hubiera envejecido diez años. Los otros dos hombres se quedaron mirándolo con extrañeza y Guerrero comentó con pesadumbre:

—Está quebrantado por cuatro años de guerra. Voy a conseguirle rápidamente su retiro de las filas y su regreso a Chile.

El rostro larguirucho y afilado de Acosta asomó por entre las sartas de vidrios de colores que a modo de cortina cubrían la entrada de la taberna y escudriñó ansiosamente hacia el interior.

Hacía dos días que recorría el barrio llamado Bajo Contino en busca de su jefe. Soldados amigos suyos le habían informado que lo vieron cruzar el antiguo barrio de Malambo en estado deplorable, sucio y notoriamente ebrio. Pero, aunque había recorrido una tras otra las cantinas y casas de placer, en ninguna parte hallaba el rastro de su mayor. Acongojado y mustio, proseguía en la búsqueda.

Obscurecía y no tardarían en pasar las patrullas de la policía militar para obligar a los soldados chilenos a recogerse a sus cuarteles, cuando escuchó, a la distancia, una estruendosa carcajada por sobre el bullicio de una danza limeña. Husmeando el aire, el ordenanza descubrió la entrada del tabuco de donde había surgido la risa. Atolondrado por su apuro, chocó en la puerta con un

artillero que salía del brazo con una muchacha morena, el que se volvió furioso con el puño en alto.

—¡Fíjate donde pones las pezuñas, piticiego! —apostrofó a Acosta.

Éste no era hombre que se dejara insultar por nadie y, olvidando momentáneamente su preocupación, se volvió hacia el artillero con los ojos empequeñecidos de rabia, y lo insultó volviendo después a la cantina, gruñendo:

—¡Bah, déjame tranquilo, que no *hei venío* a rosquear!

Sólo entonces lo reconoció el otro soldado y su actitud agresiva cambió al momento.

—¿Qué no soy vos el *sordao* Acosta?

—Era —rumió el ordenanza—. *Agora* no me alcanza ni *pa'* alma en pena.

—¡*Güen* trabajito te espera! —le observó el artillero riendo a reventar—. *Hei* dentro está tu jefecito con una borrachera de esas que dan miedo. Hace dos días que el dueño del boliche no halla cómo sacarlo —y agregó amistosamente—: Anda a recoger a tu jefe, mejor. Mira que en cualquier descuido se lo carnean los cholos.

—Gracias por el aviso, compañero —musitó por lo bajo—. Lo único que puedo hacer es terminar de emborrachar a mi mayor. Cuando se pone bruto no hay *na* que hacer. Tengo que seguirle el tema y darle aguardiente hasta que caiga *dormío*. Entonces me lo echo al hombro y me lo llevo al cuartel.

Se despidió del artillero y a pasos lentos se introdujo en la cantina. La atmósfera, cargada de humo de cigarro y de vapores de vinos fermentados, hacía difícil la visión. No había muchos parroquianos, pero los músicos negros que tocaban en un rincón hacían una algazara que aturdía. Sin embargo. Acosta no tardó en descubrir a su jefe. Fue su voz aguardentosa, despótica e iracunda pidiendo más alcohol, la que primero lo orientó sobre el lugar en que éste se hallaba.

Entonces se acercó Acosta. Componiendo su semblante y fingiendo una alegre sorpresa, que estaba muy lejos de sentir, se allegó a la mesa que ocupaba su jefe.

—¡Miren dónde me vengo a encontrar con mi capi! —exclamó regocijadamente—. ¡*Güeno* con la *casualidá* bien *regrande*!

Rodríguez reconoció su voz al momento, pero no lo miró

inmediatamente, sino que fue volviendo poco a poco la cabeza hacia él.

—¿Qué diablos vienes a hacer tú aquí? ¿Siempre tienes que andarte metiendo en mis asuntos?… ¿Eres acaso mi niñera?…

Acosta hizo una mueca de payaso.

—¡Chis, no, pus, mi capi! Yo vengo a celebrar que me lo encuentro por *casualidá* y *usté* se enoja. ¿Acaso los jefes no más pueden echarse una canita al aire? También los ordenanzas, ¿no?… Cuando menos una copita por cada botella que se tome *usté*.

Rodríguez separó una silla con un pie, por debajo de la mesa.

—Si es así, siéntate. Te autorizo. Pero si pretendes engañarme y vienes a hacerme sermones, te voy a pegar una paliza que la recordarán hasta tus nietos.

—¡Chis, cómo se le ocurre, mi capi! —Y Acosta no se hizo de rogar para aceptar la invitación. Sentándose a caballo sobre la silla, hizo una seña al cantinero para que le trajera otro vaso. Después miró a su jefe con aire inocente—. Yo vengo a divertirme no más. ¿No le da permiso a su ordenanza, que siempre lo ha *seguío* como perro fiel, en medio de las balas?

La actitud de Rodríguez se relajó instantáneamente al oírlo expresarse en esa forma.

—Sí. Acosta, sí. Tomemos juntos.

El cantinero traía una nueva botella de vino y la copa para Acosta. Dejando todo sobre la mesa, lanzó una mirada suplicante al soldado y se retiró a toda prisa. Acosta llenó las dos copas y levantando la suya a la altura de sus ojos, dijo a Rodríguez:

—¡Listo, mi capi! ¿Por qué brindamos?

El explorador alzó también la suya y mirando al vacío con ojos turbios y cargados de amargura, expresó con rabia:

—Vamos a brindar… por ti…, por mí ¡y por la bala que ojalá algún día venga a rompernos el alma!

Acosta no hizo caso del acento lúgubre de su jefe, bebió de un trago la mitad del vino; Rodríguez, por su parte, sin reparar en la astuta maniobra de su ordenanza, se vació toda la copa suya. Y así siguieron bebiendo la noche entera.

El mayor Rodríguez yacía en el catre de campaña que le cedía el cuartel del «Carabineros de Yungay» cuando se encontraba en Lima. Tenía el cabello apelmazado sobre la frente y dormía con el rostro hundido en la manta enrollada que le servía de almohada. La barba le crecía en desorden, ensuciándole el rostro y haciendo más resaltante el color cetrino de la piel.

Acosta había regresado al cuartel trayéndolo casi a cuestas y, gracias al afecto que los oficiales profesaban al explorador, le había sido posible acostarlo allí, sin que la incorrección de Rodríguez llegara a conocimiento de los jefes. Pero para el soldado aquella noche habría de ser un mal recuerdo imborrable. Había visto a su jefe en todas las actitudes que era dable imaginar a través de cuatro años de guerra; pero jamás lo había contemplado así: vencido, convertido en un despojo humano.

Cada vez que lo miraba sentía unos deseos irrefrenables de golpearlo, de sacudirlo, de gritarle su reproche, quizás hasta de matarlo, para impedir que siguiera destruyéndose así.

Pese al hondo afecto y a la admiración que sentía por Leonora Latorre, el soldado no podía evitar maldecirla en el fondo de su alma por ser la causante indirecta del derrumbe del «hombre de hierro».

Había dormido al pie del camastro, arrollado en su manta, desde que consiguió sacarlo de la sórdida cantina en que lo encontró; no alcanzó a descansar más de dos horas y, sin embargo, cuando sonó la diana despertó sin sueño. Estaba demasiado preocupado por su jefe para poder dormir.

Para colmo de los males, a media mañana llegó un oficial de enlace del Comando en Jefe trayendo un oficio para el mayor. Acosta lo leyó lentamente y sintió que la boca se le ponía amarga. Era un despacho extendido por el coronel Gana en respuesta a la nota del oficial en que solicitaba su retiro definitivo del ejército. En las escuetas palabras usuales se le negaba el abandono de las filas, concediéndosele, en compensación, una licencia de tres meses.

Acosta se guardó el oficio en un bolsillo y esperó todavía una hora más antes de decidirse a despertar a su jefe. En el comunicado antes dicho se ordenaba al mayor presentarse ante el coronel Gana a las doce meridiano y eran ya las once. Se resolvió a actuar. Junto con remecerlo, tuvo que llamarlo a gritos para conseguir su

propósito.

Rodríguez se sentó en el camastro desorientado, aturdido aún con los vapores del vino.

—¡Ay, cómo me duele la cabeza! —se quejó—. Voy a salir al patio a mojarme un poco.

Trató de ponerse trabajosamente de pie, cuando Acosta le observó en voz baja:

—Mi mayor, sería feo que lo vieran los oficiales y los soldados en esa facha. Usted, que siempre se ha tenido respeto, no la embarre ahora.

—¡Hum, sigues sintiéndote mi nodriza, eh! —le replicó con expresión torva.

—Llámeme como le dé la gana, pero no salga así. Lávese en este jarro y refrésquese.

Después se retiró unos pasos y sacó del bolsillo el oficio del coronel Gana, mientras Rodríguez hundía la cabeza en el agua y resoplaba dentro de ella.

—Mi capi, hasta en estas circunstancias tiene usted suerte —le dijo en un momento en que el oficial sacó la cabeza del balde.

—¿Qué llamas tú tener suerte?

—Hay que tener muy buena leche para que, justamente cuando está usted echándolo todo a perder, ¡zas! que le llega la autorización *pa'* irse.

—¿Para irme adónde?… —preguntó con recelo.

—A Chile…, o adonde le dé la gana. El Comando en Jefe le ha dado tres meses de licencia —le comentó Acosta extendiéndole el oficio.

Rodríguez recogió el papel de un manotazo y lo leyó rápidamente.

—¡Licencia! —exclamó con rabia—. Yo no pedí licencia; lo que solicité fue que me dieran de baja de una vez por todas. ¿Para qué quiero unas vacaciones de tres meses? No es eso lo que necesito. Voy a hablar inmediatamente con Lynch. ¡O me dan de baja para irme en forma definitiva del Perú o me quedo aquí y me sigo emborrachando hasta que reviente!

Para Acosta, aquella declaración era mucho más de lo que él podía soportar. La observación que dejó escapar enseguida fue involuntaria, pero dicha con sarcasmo, casi con desdén:

—¿Cree *usté* que le hace gracia?…

Por primera vez en los largos años que llevaban juntos, Rodríguez se enojó de veras con su ordenanza; su irritación ante la amarga mordacidad del soldado fue tanta que no intentó desahogarla en golpes, como lo había hecho en ocasiones anteriores, sino que su semblante se puso plomizo.

—¡Cuádrese, insolente! —le dijo tajante—. ¡Excúsese por lo que acaba de decir!

Acosta juntó los talones y se irguió con las manos pegadas a sus piernas. Su actitud era respetuosa y dolorida, pero meneó la cabeza negativamente.

—No, mi mayor, no voy a pedirle perdón —le replicó con tristeza—. Lo dicho así no más queda. Ordene usted el castigo que quiera.

Rodríguez se plantó frente a él, temblándole todos los músculos, controlándose apenas. Extendió un brazo señalándole la puerta, y su voz sonó impersonal y deshumanizada al expulsarlo:

—¡Fuera!… ¡Salga de aquí!… ¡Desde este instante mismo deja usted de ser mi ordenanza!

—¡Mi mayor! —exclamó desesperado, aunque tratando de conservar la dignidad—. ¡No diga usted eso!

—¡Fuera he dicho!… ¡Se acabó! Que yo lo haya tratado bien durante la campaña lo ha hecho perder el sentido de la jerarquía… ¡Salga de aquí!… ¡No tenemos más que hablar!

Acosta agachó la cabeza y escondió el rostro.

—¡A su orden, mi capi! —acató humildemente, pero de inmediato se corrigió—: Perdón, mi mayor.

Luego giró sobre sus talones y abandonó el cuarto arrastrando un poco los pies.

La entrevista de Rodríguez y el contralmirante Lynch fue breve y sus resultados categóricos. El general en jefe puso semblante adusto desde el primer momento, al percatarse de que el oficial había despreciado el conducto regular viniendo directamente a él sin consultar primero con el comandante del «Carabineros de Yungay N.º 2», a cuyo batallón estaba agregado. Pero la expresión

perturbada de Rodríguez lo movió a escucharlo hasta el final.

—Sabemos que está usted extremadamente fatigado. El coronel Gana me expuso su caso y estuvimos de acuerdo en concederle una licencia de tres meses.

—¿Por qué no el retiro, mi general? —se obstinó el explorador.

—Porque presiento que vamos a necesitar a todos los hombres experimentados como usted.

—Pero ¿no se habla de una paz próxima, señor?…

—Sí, y espero que se logre llegar a ella. No obstante, no olvido que allá arriba, en la sierra, se mantiene todavía arma al brazo el general Cáceres con un ejército completo, y éste no se resignará a aceptar la paz que acuerde el general Iglesias. De todos modos, será preciso combatirlo y eliminarlo. Es para la ocasión en que se produzca ese choque definitivo que voy a necesitar de usted; por eso no le concedo el abandono de las filas. Además, su retiro debe realizarse en un momento en que pueda recibir todos los honores a que usted se ha hecho acreedor; no le permitiré salir del ejército obscuramente.

—Está bien. Entonces me quedaré en Lima descansando —le replicó Rodríguez con despectiva terquedad, actitud que despertó en Lynch su autoritaria voluntad.

—No, señor. Usted irá a Chile y se tomará su licencia como le corresponde. Quiero que, cuando lo llamemos otra vez a las filas, sea usted un hombre renovado.

—Es que no deseo ir a Chile —le opuso nerviosamente el explorador.

El «Príncipe Rojo» no varió un ápice su actitud, pero sus pupilas frías taladraron al oficial.

Abrió un cajón de su escritorio y sacó un oficio y lo extendió al alcance de la mirada de Rodríguez.

—En el próximo barco transporte, que parte del Callao dentro de dos días, enviaremos a Chile a un grupo de desertores que capturamos en Tingo María y a seis desterrados limeños. Ellos irán custodiados por diez soldados del batallón «Lautaro». Pues bien, usted, mayor, llevará el mando de esa guardia y me responderá por los cautivos. Su licencia comenzará a regir desde el momento en que entregue los presos encargados a su custodia a las autoridades militares de Santiago. Había dejado en blanco el nombre del oficial

que se encargaría de esa misión, esperando que alguno necesitara ir a Chile. Coloque usted allí su nombre con su propio puño. ¡Es una orden, mayor!

Rodríguez tuvo que doblegarse, pero era tan violento su estado anímico al abandonar el despacho que no supo aquilatar el arranque sentimental que había en las palabras de Lynch al decirle en voz alta, cuando ya estaba en la puerta:

—¡Mis recuerdos a la patria, mayor! Hace años que no la veo.

Acosta supo a última hora el nombre del barco en que iba a partir su jefe. En verdad, estaba tan herido que no había querido averiguarlo. Lo oyó mencionar, en forma casual, a dos capitanes del «Carabineros» que comentaban, envidiosos, la suerte de Rodríguez al conseguir tres meses de licencia. El soldado no supo resistir el deseo de estar presente en la partida y se trasladó al Callao con premura. Alcanzó a divisarlo con la guardia del «Lautaro», y sólo entonces vino a reparar en lo maltrecho que se veía su jefe y se alegró de veras de que pudiera regresar a la patria. En su alma simple y generosa se borró instantáneamente el enconado pesar que lo estaba envenenando desde que su compañero de siempre lo expulsara de su lado.

Por su parte Rodríguez, muy destacado por su característico uniforme del «Cazadores del Desierto», se había afirmado en la borda y examinaba a la pequeña multitud apiñada en tierra. Acosta adivinó que lo estaba buscando a él y una especie de rubor lo obligó a esconderse.

Poco después fueron soltados los calabrotes de amarre y la nave se fue internando lentamente en el mar.

Acosta regresó paso a paso a la estación del angosto ferrocarril que unía al puerto con Lima y mientras caminaba comprendió que nunca en su vida se había sentido tan solitario. Después, acurrucado en un rincón, se dejó atontar por el ruido del tren en marcha.

Habían corrido ya medio camino, cuando pasó por el pasillo del vagón un sargento del «Esmeralda», a quien Acosta solía apodar burlonamente «el ganso». Éste se le acercó como si lo hubiera andado buscando.

—¡Hola, pericote, mira que a tiempo te pillo! —dijo el soldado a modo de saludo—. ¡Conque te dejaron solo, eh! *Güeno*, harta falta le hacía un descansito a tu mayor.

—¿Cómo sabe *usté* que se fue, mi sargento? —le inquirió desanimadamente Acosta.

—Acabo de despedirme de él. Me tocó entregarle un montón de equipo sobrante del «7.º de Línea». Imagínate: empezamos la campaña mil doscientos y vamos quedando seiscientos.

Aquella estadística no interesaba al ordenanza; sólo quería saber cuál era el estado de ánimo de su jefe, y el sargento se lo explicó.

—¡Hum, yo diría que tiene algo *envenenao* adentro! Nunca lo vi tan jodido. Apenas dio unas órdenes a sus hombres y después se quedó callado como una tumba. ¡Ah, pero antes me dio un encargo para ti!

Acosta se enderezó como si le hubieran aplicado una carga eléctrica y siguió con avaricia los movimientos que hacía el suboficial registrándose los bolsillos.

—Toma, compañero. Parece que este mensaje lo traía escrito desde antes, porque lo sacó de una de sus bocamangas tal como está.

Acosta apenas tuvo ánimos para murmurar un agradecimiento y se quedó con el trozo de papel escondido hasta que el sargento se alejó. Sólo entonces desplegó la hoja y comenzó a leerla.

> *Soldado Gaspar Acosta. Batallón «Carabineros de Yungay».*
>
> *Soldado, le ordeno esperarme. He de volver.*
>
> *No he querido que me acompañe en este viaje porque necesito estar solo. Usted sabe mejor que nadie lo que me pasa. Estoy como un animal herido y debo proceder como si lo fuera. Voy, pues, a esconderme en algún lugar solitario en donde nadie me vea ni me compadezca. Y si soy capaz de curarme de este mal que me está royendo el pecho, así he de lograrlo. Si no soy lo bastante hombre como para recuperarme, prefiero reventar a solas.*
>
> *Perdóname, Acosta. Por eso te hice a un lado. No me guardes rencor. Si salgo de ésta, volveremos a vernos en Lima al cabo de tres meses; si no, guarda un buen recuerdo de quien fue tu jefe y camarada.*
>
> *Hasta la vuelta, soldado.*
>
> *MANUEL RODRÍGUEZ.*

Acosta sorbió ruidosamente por la nariz y la respiración se le tornó entrecortada y convulsiva. Afortunadamente, nadie se preocupaba de él y pudo dar rienda suelta a sus sentimientos.

«¡Hasta la vuelta, mi capi! —fue musitando para sí—. Mala *jugá* me hizo *usté*. ¿Por qué no decirme las cosas claras? Yo hubiera *sabío* entenderlo. ¡Hasta la vuelta, mi capi! Y no se escarbe más en la *hería*, que ansina no se le va a cicatrizar *renunca*».

Volvió a sorber ruidosamente y escondiendo el rostro en su raído pañuelo de yerbas dejó escapar su más característica exclamación:

—¡Puta madre, la mala suerte del *sordao*!

19

Pero las esperanzas de paz que habían concebido el contralmirante Lynch, el ministro plenipotenciario Novoa y los altos jefes del ejército de ocupación comenzaron a empañarse a los pocos días de haberse hecho público el manifiesto del general Iglesias.

La primera noticia que se tuvo de la reacción que su noble propósito despertaba en los demás caudillos peruanos vino de Arequipa, en donde había sentado sus reales el contralmirante Montero. El decreto que este personaje dictó entonces se difundió por todo el territorio sobre el cual mandaba y, posteriormente, fue introducido a Lima por el Comité Patriótico, cuyos miembros se esmeraron en hacerlo muy visible a las autoridades chilenas. Lynch lo leyó disgustado.

> *Artículo único. Queda borrado del escalafón militar y privado de sus goces, prerrogativas y derechos el general de brigada don Miguel Iglesias, quien, tan pronto como sea habido, será juzgado en consejo de guerra, por el delito de traición a la patria, con arreglo a las ordenanzas vigentes.*

Pocos días más tarde, el Comité Patriótico de la Resistencia dio a conocer también, y en forma más profusa, la proclama que dirigió a sus tropas el general Cáceres, al enterarse de la actitud pacifista que había adoptado el general Iglesias.

> *Soldados: una espada que brilló por un momento con el vivo resplandor del cumplimiento del deber rasga desde hoy el sagrado manto de unión que se extendía en la república.*
>
> *Soldados: el aliento emponzoñado del enemigo, su planta, que marca las huellas de la desolación y la ruina,*

escoltó vuestros espíritus para buscar con la enérgica resolución del sacrificio, o la gloria de la muerte o la satisfacción de la venganza.

Compañeros: un hombre que deserta jamás debilita las potentes filas que el infortunio ha retemplado y la patria bendecido.

Soldados: estamos en el campo del honor. La victoria es nuestra guía. Ella, como en las luchas de ayer, nos brindará con honor el olivo de la paz.

Vuestro general y amigo,

ANDRÉS CÁCERES.

Los manifiestos de los dos caudillos peruanos fueron ampliamente difundidos por los periódicos de Chile, y Manuel Rodríguez tomó contacto con la repercusión que ellos tuvieron en Valparaíso y Santiago durante las 48 horas que tardó en conducir desde el puerto a la capital a los desertores y desterrados. Sin embargo, estaba tan deprimido que no puso el más mínimo interés en la reacción que tales hechos provocaban en el pueblo y las autoridades chilenos. Por el contrario, terminada su misión, se dio prisa en abandonar Santiago, yendo a recluirse en la chacra que poseía en Huechuraba, de cuyo cuidado estaban encargados sus ancianos tíos, Severo Rodríguez y su esposa, Lastenia.

Desde el momento en que regresó a su pequeña propiedad, rehuyó deliberadamente todo trato con el resto del mundo y, pese a la preocupación que causaba a sus bondadosos parientes su actitud sombría, se sumió en un mutismo hosco, del que no hacía el menor empeño por salir. Se había despojado de su uniforme militar y vestía las ropas de campesino acomodado, pero no actuaba con la bonhomía que había sido su característica hasta el momento de partir a la guerra. Sus tíos lo observaban disimuladamente con gran inquietud.

Se había negado en forma categórica a acercarse a Santiago. La mayor parte de su tiempo lo desperdiciaba en prolongados vagabundeos por los cerros vecinos a su chacra.

Montado en un buen caballo, desaparecía apenas rayaba el alba y no regresaba hasta que hubiese cerrado la noche. Sin embargo, pese a su aislamiento, seguía enterándose por su tío Severo de los

acontecimientos que conmovían a la opinión pública.

Así llegó a saber que el 7 de septiembre arribó a Santiago un nuevo plenipotenciario de los Estados Unidos, comisionado específicamente para colaborar en las gestiones que condujeran a la firma de un Tratado de Paz. El enviado, Cornelio Logan, de acuerdo con el presidente Santa María, se dirigió a Angol, lugar de relegación de los políticos peruanos desterrados de Lima. Por espacio de muchos días, Logan sostuvo conferencias con el expresidente provisional del Perú, don Francisco García Calderón. Y la esperanza general era que de aquellas entrevistas surgiría, por fin, un arreglo pacífico a la prolongada contienda. Posteriormente, como las conferencias entre el diplomático norteamericano y el señor García Calderón parecieran ir bien encaminadas, se trasladó también a Angol el ministro de Relaciones Exteriores chileno, don Luis Aldunate, y muy pronto se supo en la capital que los conferenciantes habían logrado llegar a un acuerdo, cuando menos sobre un aspecto de la materia que trataban: que el territorio de Tarapacá quedaría anexado a Chile para siempre. En las conferencias siguientes se discutió la suerte de las ciudades de Tacna y Arica, proponiendo Logan que Chile las comprara al Perú por una suma fija, como lo hizo Estados Unidos con el territorio de Texas para poner fin a su guerra con México. Aldunate proponía, por su parte, que Chile ocupara Tacna y Arica durante quince años, pudiendo discernir al cabo de ese plazo si la evacuaría o las compraría en nueve millones de pesos.

Pasaron muchos días sin que Rodríguez volviera a saber informaciones sobre aquel asunto. Otro tema absorbía por completo sus ideas. Su inconformidad con la vida que llevaba había llegado a hacérsele insoportable. La ociosidad en que se mantenía, fruto de su falta de interés en los trabajos de su tierra, lo habían tornado huraño e irascible, creando un ambiente de pesadumbre en el hogar de sus ancianos tíos. Disgustado consigo mismo, y sin hallar orientación para su vida, decidió marcharse. No fue el suyo un plan bien calculado, sino que, repentinamente, tomó la resolución de realizar un arreo de caballos desde Mendoza.

Comenzó, pues, a aprestarse para aquella empresa, mediante la cual imaginaba poder huir de sus propios pensamientos. Pero no alcanzó a cumplir su propósito. Una de aquellas mañanas sintió

resonar en el camino el galope de una cabalgadura. Impulsado por el instinto de soldado, se asomó a la entrada del pesebre y miró en la dirección de donde venía el ruido.

Un jinete acababa de detenerse en la tranquera y ataba en una de las varas las riendas de su bestia. Rodríguez avanzó a grandes pasos hacia él, y lo saludó con afecto.

—Buenos días, soldado. ¿A qué debo su visita? —le dijo sonriendo.

—Traigo un parte para usted, mi mayor —le expresó extendiéndole un pliego doblado—. Es de la Comandancia General de Caballería, mi mayor.

Rodríguez extendió el papel ante sus ojos y leyó con parsimonia las breves líneas escritas en él. Era una orden para que se presentara el 20 de octubre, a las siete de la mañana, en el cuartel del batallón «Carabineros de Yungay N.º 1».

—¿Sabe usted a qué obedece esta citación, soldado? —preguntó algo desconcertado.

—Sí, mi mayor —le respondió éste prontamente—. El Comando en Jefe está organizando un gran desfile para el 2 de noviembre, aniversario del desembarco del ejército en Pisagua.

Rodríguez hizo una mueca de contrariedad. Había confiado en que su licencia lo eximiría de participar en toda clase de ceremonias.

—Parece que lo que quieren los jefes es que formen en ese desfile todos los que participaron en ese primer combate, mi mayor —decía el soldado—, y también los que pelearon en Dolores y en Tarapacá. Y como va a presenciar el desfile el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, el Alto Mando está empeñado en que no falte ninguno de los oficiales veteranos. Y *pa'* que *too* salga bien, han dispuesto hacer ejercicios preparatorios en el Campo de Marte.

—Comprendo, gracias —fue todo el comentario de Rodríguez, pero cuando el mensajero giraba su caballo le asaltó una idea repentina—. ¿Desfilarán todos los que participaron entonces? —le consultó en voz alta, pensado en Cobo.

—¡Sí, mi mayor! —le contestó a gritos el jinete, a tiempo que empezaba a alejarse—. ¡Estarán toditos los que se lucieron al comienzo de la guerra!

El oficial se quedó meditabundo. Imaginaba el desfile ante todos los pobladores de Santiago y pensaba en que Leonora, siendo la esposa de un excombatiente, también estaría allí. Y a la sola idea de volverla a ver, después de haberse prohibido a sí mismo entrar en Santiago para no correr el riesgo de encontrarla, temblaba y un nudo de angustia le oprimía el corazón, resucitando sus obstinados pesares.

Sin embargo, desde aquel día comenzó a preocuparse de su caballo con la meticulosidad de un jinete veterano que aquilata que del buen estado de su corcel puede depender hasta su vida.

Así, en la mañana del 20 de octubre, al montar en él para dirigirse al cuartel del «Carabineros de Yungay N.º 1», tanto él como su cabalgadura lucían en perfectas condiciones.

Con cierta nostálgica emoción, había vestido de nuevo su uniforme del «Cazadores del Desierto», y se despidió de sus ancianos parientes en la tranquera de su casa de Huechuraba.

Por primera vez, desde que abandonara Lima, el explorador volvió a gozar de esa satisfacción viril que experimenta el jinete que se sabe bien montado. Aquella íntima comunión con su caballo tuvo la virtud de mantenerle el ánimo en alto al avistar las primeras casas de Santiago. Seguro de sí mismo, aunque nervioso, cruzó el puente del Mapocho y entró en las calles centrales de la ciudad, despertando la curiosidad de los transeúntes por su aire marcial y su uniforme del «Cazadores del Desierto», jamás visto en la capital, ya que aquel batallón se formó en el norte y se disolvió allá mismo. Cruzó el centro de Santiago en dirección al cuartel del «Carabineros de Yungay». Pese a que le embargaba el temor de encontrarse en cualquier momento con Leonora, sus sentidos, acostumbrados a la vigilancia, no dejaron de percibir que vibraba una inexplicable efervescencia en el ambiente. En las esquinas se advertían grupos de hombres trenzados en agitados comentarios y en varias ocasiones oyó voces nerviosas que se comunicaban algo de una acera a la otra. Prestando atención a uno de esos bulliciosos transeúntes, fue que Rodríguez oyó que las negociaciones de paz se habían ido al diablo.

Disgustado por el reencuentro que había tenido con la ingratitud de los chilenos hacia los batallones olvidados en territorio enemigo, hizo su entrada en el cuartel del «Carabineros de Yungay N.º 1».

Conocía a muy pocos de los jefes y oficiales de ese batallón.

Sintiéndose extraño y viejo en medio de los bisoños oficiales, cruzó el cuartel sin hablar con nadie y se dirigió a la comandancia. Allí estaba el antiguo jefe inspirador del batallón, coronel Manuel Bulnes, aunque ya no era comandante del cuerpo. Pero, al igual que los demás veteranos de las duras campañas del desierto y del sur del Perú, éste se aprestaba a participar en la ceremonia conmemorativa.

Bulnes abrió los ojos con gran asombro al ver ante sí a ese oficial que vestía el desaparecido uniforme del «Cazadores del Desierto».

—¿Y usted, de dónde sale? —exclamó estupefacto—. Ese uniforme es el de los bravos jinetes que tuvo el difunto comandante Pedro Soto Aguilar.

—Que fue mi jefe y el hombre que me enseñó a ser soldado, mi coronel —le aplicó Rodríguez.

Bulnes giró lentamente en torno al oficial, observándolo con cariñosa curiosidad.

—¡Por Cristo! —exclamó al cabo de unos segundos—, si es el mismísimo capitán Manuel Rodríguez.

—Mayor Manuel Rodríguez, mi coronel —le corrigió el explorador ufanado.

—Perdóneme usted lo que voy a decirle, mayor Rodríguez, pero, sinceramente, lo creía muerto. Su nombre figuró tantas veces en las acciones más peligrosas…, y como cuando regresó la mitad del ejército usted no vino…

—Los que nos quedamos en Perú, mi coronel, hemos hecho una guerra poco vistosa, lo que contribuyó a que se nos olvidara —dijo con amargura.

El semblante del coronel Bulnes adquirió súbita seriedad.

—Su comentario suena a reproche, mayor —dijo.

Rodríguez negó con un gesto cansado.

—¿Qué derecho a reprochar nada tendría yo? Además, para mí también ha terminado ya la guerra. Supongo que igualmente para todos los compañeros que aún están en el Perú.

Bulnes lo contempló con reconcentrada atención.

—¿Imagina usted que la guerra ha concluido?

—No se habla de otra cosa que de las negociaciones de paz, mi coronel.

—Las negociaciones de paz han constituido una ridícula farsa, mayor —le declaró—. El ministro plenipotenciario de los Estados Unidos que vino a Chile ha perdido miserablemente un mes en estériles conferencias con el expresidente provisional del Perú. Justamente hoy aparece en los diarios que el señor García Calderón se ha conducido como una vieja enredosa e irresoluta. ¿No ha leído usted la prensa?

—Deliberadamente, no he querido saber nada de lo que concierne a la guerra, mi coronel.

—Pues la paz estuvo arreglada, se lo aseguro a usted. Pero, a último hora, García Calderón echó pie atrás y se negó a firmar. Parece que tuvo miedo a la reacción que provocaría ese tratado entre los caudillos que mantienen al Perú en una guerra ruinosa. De este modo, todo el edificio que se había venido levantando con tanto esfuerzo y tolerancia ha caído al suelo estrepitosamente. Míster Logan terminó por fastidiarse y ha proclamado a los cuatro vientos la opinión que le merece el expresidente provisional del Perú. Todo esto no va a hacer reír a los jefes y soldados, que por culpa de este fracaso de la paz, tendrán que volver otra vez al Perú.

Rodríguez se puso rígido. Acababa de asociar la última frase dicha por Bulnes con el desfile planeado para el 2 de noviembre. Veía claramente que éste tenía por objeto servir para revistar a los batallones y elegir entre los que estuvieran en mejor estado para enviarlos otra vez a combatir en la sierra peruana. Además, como si penetrara en su pensamiento, Bulnes terminaba de disipar sus dudas al declararle:

—Ustedes, los jefes y oficiales que han vuelto a Chile solamente con licencias temporales, han de ser los primeros que deban regresar a sus puestos de combate.

Rodríguez se quedó mirando al vacío, sin inmutarse. Después se encogió de hombros con indiferencia.

—En verdad, me da exactamente lo mismo, mi coronel —confesó—. Para mí, quizá, la mejor solución sea volver a la lucha.

En la mañana del 2 de noviembre, la amplísima pampa llamada Campo de Marte, escenario de las ceremonias militares de Santiago,

estaba repleta por una multitud engalanada y alegre. Una enorme cantidad de coches de todos los estilos rodeaba el terreno destinado a la maniobra y, en improvisadas tribunas, las señoras y jovencitas de la capital prestaban a la fiesta su vistosa y elegante animación.

A Manuel Rodríguez, cuando ingresó al Campo de Marte, le dolió aquel regocijo comparándolo con las penurias de los combatientes en las montañas peruanas. Sin embargo, la emoción de volver a encontrarse con los estandartes de los veteranos y con los rostros de antiguos camaradas de guerra lo distrajo de su pesimismo. Allí estaban congregados casi todos los batallones que regresaron con el general Baquedano y también las mitades licenciadas de otros que debieron quedar en Perú.

Al pie de la tribuna, donde estaban el presidente de la república, sus ministros, autoridades civiles, el Cuerpo Diplomático y el Estado Mayor General, se observaba a la mitad del regimiento «7.º de Línea», y a la simple visión de su estandarte rojo con una estrella dorada, Rodríguez sintió un latigazo de su sangre en las sienes. Entre aquellos oficiales debía encontrarse Cobo. A medida que el batallón «Carabineros de Yungay N.º 1» se iba acercando a ese punto, sus pupilas agrandadas por la expectación iban reconociendo rostros entre la oficialidad esmeraldina. En primer plano, estaba el viejo general Amengual, «el manco glorioso», erguido como siempre, firme como una espada. A su lado tenía al ayudante que lo escoltó en todas las campañas, el capitán Patricio Larraín. Más atrás, resaltaban diez a doce caras conocidas, todas sonrientes ahora, impecables, descansadas.

Cobo no estaba entre los oficiales. Rodríguez experimentó una agridulce sensación, en la que se mezclaban el alivio y la pesadumbre; era como si al mismo tiempo, hubiera estado temiendo y deseando el encuentro.

Su participación en el desfile fue la de un autómata. Su apostura de estatua sobre su alto corcel y la singularidad de su uniforme atraían sobre él todas las miradas.

Una y otra vez, las bandas de músicos ejecutaron el *Adiós al Séptimo de Línea*, convertido en el himno de la guerra, y la marcha francesa *Le Boulanger*, que era la predilecta del general Baquedano.

Los batallones fueron pasando, en larga sucesión, arrancando vítores y aclamaciones delirantes. Rodríguez no se atrevía a mirar a

la multitud, y cuando su batallón terminó de desfilar, fue a buscar un sitio de descanso en un costado lejano del Campo de Marte: estaba empapado en sudor. Ausente de los comentarios que los demás oficiales hacían sobre la actuación del Cuerpo, descabalgó y entregó las bridas de su caballo al ordenanza que le había sido asignado. Fue en ese preciso momento cuando una mano nerviosa se crispó sobre uno de sus hombros. Rodríguez se volvió sobresaltado y la respiración se le paralizó al reconocer al que reclamaba su atención. Era Alberto Cobo. Vestido de civil se hacía más visible la falta de su brazo izquierdo. Estaba tanto o más impresionado que el explorador.

—¡Mayor Rodríguez!… —dijo temblorosamente, y no pudo seguir hablando.

—¡Te… teniente Cobo!…

Estaban frente a frente. Cobo se veía ansioso, afligido; Rodríguez tenía el rostro duro y sus pupilas reflejaban un sordo rencor.

—¡Dios santo, mayor, he cruzado todo el Campo de Marte tratando de que no se me perdiera de vista! —declaró Cobo—. He tenido que abrirme paso a la fuerza por entre la multitud. Me hubiera dejado matar antes que perder esta oportunidad de hablarle.

—¿Hablarme?… —Rodríguez advirtió que jadeaba un poco al exhalar las palabras y trató de serenarse, pero sólo consiguió que la voz le saliera más cortante—. ¿Qué tenemos que hablar nosotros dos, teniente Cobo?

Alberto no supo penetrar el sentimiento escondido tras la actitud del explorador.

—Hay algo que sólo usted puede decirme, aclararme —balbuceó nerviosamente.

—¿Qué cosa? —dijo con rudeza Rodríguez.

—Usted conoció a Leonora…, a mi esposa…, usted fue amigo de ella, ¿verdad?

—Sí. ¿Y qué?

—Mayor Rodríguez, usted estuvo hasta hace poco tiempo en Lima —prosiguió Alberto, atolondradamente; pero, de súbito, pareció turbarse y calló.

—¡Diga de una vez qué es lo que quiere saber! —estalló Rodríguez.

Imaginaba que Cobo había llegado a descubrir el lazo afectivo que existió entre él y Leonora y que venía a pedirle cuentas sobre aquel romance.

—¡Leonora, mayor Rodríguez!… ¿Sabe usted dónde está Leonora? —dejó escapar angustiado.

El explorador sintió como si un rayo cayera sobre él, y durante unos instantes se quedó alelado.

—¿Qué? —exclamó aturdidamente—. ¿Qué es lo que dice usted?

—¿Dónde está mi mujer? —repitió desesperadamente Alberto—. Usted tiene que haberla visto en Lima. Y es el último que regresa de allá… ¡Mayor Rodríguez, usted fue amigo nuestro, dígame lo que sepa respecto a Leonora!

—¡Cálmese y respóndame a mí! —le gritó por fin—. ¿Acaso Leo…, su esposa, no volvió a Chile?

—No; no ha regresado, mayor —respondió Cobo con dolor.

Rodríguez sintió que las sienes iban a estallarle. Aquella confesión venía a hacer una luz enceguecedora en su cerebro. Leonora no había vuelto al lado de su marido, no se había burlado de él.

—¡No volvió!… ¡No volvió!… —repitió en un murmullo y casi con alegría.

—No volvió —dijo a su vez, derrotado, Cobo—. Le envié un telegrama pidiéndole que regresara cuanto antes y en respuesta sólo me mandó un retrato mío que ella guardaba, en cuyo respaldo escribió unas palabras tan desconcertantes, que de repasarlas, buscando hallar su verdadero sentido, me las he aprendido de memoria.

—¿Qué le escribió? —quiso saber Rodríguez, mordido por los celos.

—Solamente esto: «Adiós, Alberto, y perdóname». ¡Nada más!

El explorador sintió otra vez una alegría cruel refrescándole el corazón y en su cerebro se clavó el único pensamiento que podía hacerse en esas circunstancias. Leonora no lo había abandonado por volver junto a Cobo. Esta conclusión le llenó como un torbellino la cabeza y una arrebatadora emoción triunfal lo inundó por entero, trascendiendo a su rostro en una sonrisa crispada. El inválido, que entretanto desbordaba en explicaciones febriles, se interrumpió de súbito, al observar la máscara densa del oficial y lo contempló con

asombro y recelo.

—¡Mayor Rodríguez, usted sabe algo de Leonora! —afirmó después.

Rodríguez comprendió entonces que estaba a punto de traicionarse a sí mismo e hizo un esfuerzo por controlar su fisonomía.

—No sé nada de ella —mintió roncamente—. No he vuelto a verla más.

Alberto Cobo se desmoronó.

—¿Qué habrá sido de ella?… ¿Por qué no volvió?… ¿Por qué me dijo adiós?… ¿Dónde estará?… ¿Dónde estará mi adorada Leonora?

Rodríguez sintió odio, una furia sorda contra aquel hombre que clamaba por Leonora y anteponía a su nombre inolvidable el posesivo «mi». Le hubiera apretado el cuello para hacerlo callar. Pero, al mismo tiempo, la interrogante que se planteaba Cobo hacía mella en él también. ¿Dónde estaba Leonora?… A la sensación triunfal que había experimentado al principio sobrevino otra de profunda angustia al repetirse a sí mismo aquella pregunta: ¿Dónde estaba Leonora?…

Si había desaparecido de Lima y no se hallaba en Chile, ¿en qué lugar podía encontrarse? ¿Qué le había ocurrido? ¿En qué apremios, ante qué peligros podía hallarse? ¿A qué situación desconocida la había conducido su desempeño como espía?… Repentinamente, tuvo conciencia del tiempo trascurrido y se espantó. Leonora había desaparecido a mediados de agosto y era ya el 2 de noviembre. Habían pasado dos meses y medio. ¿Qué suerte podría haber corrido la mujer idolatrada en esos dos meses y medio, sola, sin el apoyo de nadie?

La resolución que forjó su cerebro lo estremeció como una descarga eléctrica. Olvidándose de Alberto Cobo, se encaminó rápidamente hacia el lugar donde el ordenanza había dejado su caballo.

—¿Adónde va usted, mayor Rodríguez? —le gritó Alberto atropelladamente—. ¡Dígame lo que sepa antes de marcharse!

El explorador había trepado de un salto sobre la montura y recogía las bridas del caballo con un tirón nervioso.

—¡No sé nada, teniente Cobo! —le respondió al alejarse—. ¡No

me pregunte más!

Aquella misma tarde se despidió de sus tíos y abandonó su chacra de Huechuraba para dirigirse apresuradamente a Valparaíso.

Pero los acontecimientos no siempre se ponen de parte de los individuos en los momentos de apremio y, a veces, suelen confabularse para crear una barrera de obstáculos ante el hombre desesperado. Así lo creyó Rodríguez cuando intentó viajar al Perú a toda prisa. Los trenes del tráfico diario con Valparaíso fueron suspendidos para dar paso a convoyes militares que transportaban los reemplazos para los batallones «2.º de Línea» y «5.º de Línea». Aquélla era la consecuencia inmediata del fracaso de las negociaciones de paz. Sin embargo, aquél no fue el único tropiezo de Rodríguez. Cuando, por fin, dos días más tarde, llegó a Valparaíso, el último vapor de la carrera acababa de zarpar hacia el norte. Tuvo que esperar tres días más, hasta que se hiciera a la mar el transporte *Amazonas*, cargado de nuevos reclutas.

Enervado por la lentitud del barco y por la prisa con que se escurrían los días, hizo la navegación a solas, sin trabar conversación con nadie.

Cuando el *Amazonas* atracó, finalmente, al muelle del Callao, saltó a tierra apenas las autoridades le concedieron la autorización correspondiente. Aun cuando el escaso dinero que trajera de Chile estaba a punto de agotársele, contrató un coche de alquiler, incapaz de soportar la espera hasta la salida del tren que llevaría a los soldados a Lima. Entró en la capital peruana al filo del anochecer del 26 de noviembre. Habían transcurrido tres meses y medio desde la desaparición de Leonora y, sin embargo, alentando la remota esperanza de que la agente pudiera haber vuelto a su antigua residencia, se hizo conducir a la casa de la calle Trapitos.

La casa se veía quieta y silenciosa; sus ventanas estaban con los postigos herméticamente cerrados y la puerta ostentaba residuos de barro en los huecos de sus paneles, producidos por la camanchaca sobre el polvo que se había acumulado allí sin que mano alguna lo quitara. Rodríguez vaciló antes de tirar al aro de la campanilla y cuando lo hizo le pareció que el retintín lejano le repercutía en los nervios. Pero nadie respondió a sus insistentes llamados. Perdiendo un tanto el control, comenzó a golpear la puerta con la mano empuñada y, al igual que tres meses y medio atrás, se abrió una

ventana en la casa vecina de la izquierda y asomó en ella una mujer. Rodríguez se dio cuenta de que era la misma que él había tratado con malos modos en aquella ocasión y se le acercó. Afortunadamente, la mujer no lo reconoció.

—No hay nadie en casa, señor. La dueña se marchó hace mucho tiempo —dijo la dama.

—¿No ha vuelto en ningún momento la señora que vivía en esa casa? —le preguntó.

—No, no ha vuelto más.

—¿Y nadie, ninguna otra persona ha entrado en ella?

—Tanto como entrar, no, señor; pero han venido a ella —le respondió la mujer, gozándose un poco de la ansiedad que manifestaba el oficial chileno y sintiéndose poseedora de la clave de un secreto.

—¿Quiénes han venido, señora? —le rogó Rodríguez, interesado.

—Tiene usted bastante interés, por lo que se ve —parloteó con frivolidad.

—Mucho interés, le confieso. Su vecina era… bueno, parienta mía.

—¡Curiosa coincidencia! —dijo, con acento burlón—. El caballero anciano que pasa a menudo por esta calle, a quien sorprendí golpeando esa misma puerta, también me dijo que era pariente de mi vecina.

Rodríguez hizo un esfuerzo mental para identificar a aquel caballero anciano, pero tuvo que declararse vencido.

—¿A quién se refiere usted, señora? —le preguntó.

—No lo conozco. Pero un anochecer lo sentí golpear en la puerta de la casa vecina y salí a prevenirle que no había nadie. Cuando estuve junto a él pareció turbarse mucho y se justificó diciéndome que la señora era parienta suya.

—¿No llegó usted a saber quién era ese señor?

—¿Cómo iba a cometer el atrevimiento de preguntárselo, pues? Lo único que supe fue que se trataba de un caballero elegantemente vestido, de unos sesenta y cinco años, delgado, con el cabello blanco y los ojos azules.

—¿Y dice usted que pasa a menudo por esta calle? —siguió interrogándola Rodríguez, explotando su predisposición de chismosa.

—Sí, lo menos una vez cada diez días. Camina por la acera del frente, espiando la casa, pero se marcha sin detenerse.

El explorador comprendió que no iba a obtener mayores datos de la charlatana vecina y decidió no perder más su tiempo allí. Agradeciéndole brevemente, se dispuso a marcharse. Pero la voz de la mujer lo alcanzó una vez más.

—Si regresara mi vecina, ¿quién le digo que la ha buscado? —quiso saber, curiosa.

—Rodríguez, señora. Nada más —le respondió el oficial y se alejó.

Marchando apresuradamente, llegó hasta la Plaza Mayor. Allí estaba el cuartel del batallón «Bulnes», y donde esperaba hablar con el soldado Jerez. Mientras lo esperaba, entabló conversación con el capitán-ayudante José Gamallo, a quien explicó en breves palabras el misterio que trataba de desentrañar.

El capitán Gamallo se declaró impotente para ayudarlo. No había sido encontrado el cuerpo de ninguna mujer joven que pudiera corresponder al de Leonora Latorre; y como Rodríguez insistiera en preguntarle si cabía la posibilidad de que desapareciera una persona de Lima sin que ellos se enterasen, le replicó con una sonrisa ambigua:

—Mi mayor, usted sabe eso mejor que yo. Aunque aparentemente reine la paz en esta ciudad, estamos en guerra.

Poco después llegó Jerez, quien se asombró de volver a ver a Rodríguez en el Perú, pero no se sorprendió cuando se enteró que Leonora no había llegado a Chile.

—Lo sospechaba; mejor dicho, lo sabía —se limitó a decir con acento agorero.

—¿Es la misma señora de quien me hablaba usted, mi mayor? —terció Gamallo, y como Rodríguez hiciera un gesto afirmativo, determinó—: Habrá que investigar a fondo entonces, hasta encontrarla.

Jerez tuvo entonces una expresión turbada al dirigirse a Gamallo:

—Perdóneme, mi capitán, pero yo la he hecho buscar ya. Como no podía hacer la denuncia oficialmente, porque no fui más que ordenanza de la señora y cabía también la posibilidad de que se

hubiera embarcado hacia Chile, pedí a mis compañeros del batallón que buscaran su rastro y que me avisaran cada vez que encontraran un cadáver de mujer.

—¿Y supo usted algo? —quiso saber Rodríguez.

—Nada, mi mayor. Todos los casos que conocieron mis compañeros se referían a otras mujeres.

El capitán Gamallo manifestó interesarse profundamente y se dispuso a practicar una investigación formal. Para eso, comenzó a anotar todos los datos relativos a Leonora, su descripción física y hasta su vestimenta.

—Bien, una persona no desaparece sin que exista una causa precisa —razonaba Gamallo terminando sus anotaciones—. Lo primero es determinar si se marchó por su voluntad o la hicieron desaparecer, ¿no les parece?

—Llevo semanas pensando en lo mismo, capitán, y creo que el único motivo puede ser que ella trabajó durante toda la guerra como agente secreta —declaró Rodríguez—. Pertenecía al servicio secreto de Chile.

Gamallo hizo una mueca de contrariedad y dejó el lápiz sobre la mesa con un ademán categórico, como si pusiera punto final al asunto.

—¡Ah!, mi mayor, eso cambia el cariz de las cosas. Desafortunadamente no podemos ponernos a buscar a una espía desaparecida sin contar con una autorización especial emanada del Comando en Jefe.

—¿Por qué, capitán? —preguntó Rodríguez estupefacto.

—Porque los individuos que están en situación de desear la muerte de una espía pueden ser un pueblo entero o el grupo director de las operaciones del enemigo; y apresar y castigar a ciertas personas por la desaparición de una espía puede no convenir a la política de apaciguamiento que siguen actualmente las autoridades chilenas. No olvide usted que hay pendiente una posibilidad de paz en el norte del Perú.

—¿De modo que no harán ustedes nada por encontrar a la señora Latorre? —exclamó con voz sorda.

—Nada, salvo que el general en jefe ordene lo contrario. Lo siento, mi mayor.

Rodríguez recorrió a toda prisa la corta distancia que separaba

la prefectura del Palacio de Gobierno. Iba pálido de ira, pensando en que Leonora había arriesgado su vida durante toda la guerra en servicio del ejército y que ahora que se trataba de buscarla, tal vez de salvar su vida, se le negaba toda ayuda, precisamente por tratarse de una agente secreta. El explorador resolvió llevar su protesta hasta el mismo Lynch si era preciso, y con este propósito se encaminó al despacho del general en jefe y expuso su queja al secretario Guerrero. Éste lo escuchó con mucha atención y se avino a ayudarlo.

—Pese a que el señor Lynch está en estos momentos sumamente ocupado estudiando informes referentes a la elección de diputados que se está realizando en Cajamarca y en otras provincias controladas por el general Iglesias, voy a ponerlo al tanto de este asunto. Creo que el señor contralmirante dispondrá que se investigue el paradero de la señora Latorre.

En efecto, Lynch se sintió de veras afectado por la desaparición de la agente y comisionó al propio Guerrero que movilizara todos los elementos policiales para hallarla. Por consideraciones de orden familiar, había traído junto a sí al teniente Del Solar para ayudarlo a reponerse de su desequilibrio y éste podía reemplazar a Guerrero en sus funciones de secretario privado. Sin embargo, recomendó a su subalterno que procediera a la búsqueda con el más prudente secreto.

Procediendo con la reserva indicada, se reunieron aquella misma tarde en la comandancia del batallón «Bulnes» el teniente coronel José Echeverría, su ayudante Gamallo, Guerrero, el mayor Rodríguez y el soldado Jerez. Después de informarse de todos los antecedentes conocidos, el comandante Echeverría analizó el caso en forma ordenada.

—Primero. ¿Cuáles podrían ser las causas de la desaparición de la señora? —planteó y se respondió a sí mismo, de acuerdo a los datos recogidos—: Su condición de agente secreta y el dilema moral que la afectaba y que pudo impulsarla a quitarse del medio voluntariamente.

—Ella era demasiado íntegra como para haberse eliminado —objetó Rodríguez—. Además, de haber sido así, habría aparecido su cadáver.

—Descartemos esa hipótesis por el momento —prosiguió

Echeverría—. Aboquémonos a estudiar entonces quiénes podrían haber atentado contra ella. Qué peruanos conocían su calidad de espía.

—Eso es muy difícil de saber —observó Guerrero—. El servicio secreto está disuelto. El jefe del servicio, don Abelardo Núñez, se halla en Washington. El otro que podría dar claridad en este asunto es el agente Gastón Dupré, quien se encuentra en Cajamarca observando los acontecimientos en torno al general Iglesias.

—¿Nadie más nos podría proporcionar nombres de peruanos que estuvieran enterados de las verdaderas actividades de la desaparecida? —insistió Echeverría, y como todos se declararon impotentes para contestarle, determinó—: Nada sacamos con lanzarnos a ciegas contra los miles de posibles enemigos de la agente. Tendremos, pues, que solicitar informes a esos dos miembros del servicio secreto.

—Enviaré hoy mismo un cablegrama cifrado a El Profesor a Washington —ofreció Guerrero.

—Y yo iré a Cajamarca a interrogar a Dupré —resolvió Rodríguez. Inmediatamente el explorador se dirigió al cuartel del «Carabineros de Yungay N.º 2», en donde esperaba encontrar a su ordenanza, elemento indispensable para la empresa que se había propuesto acometer.

El encuentro con su inseparable compañero fue profundamente emocionante, aunque los dos se cuidaron mucho de mencionar los hechos que los habían separado.

—¡Mi capi, qué gustazo verlo de nuevo por estas tierras! —se limitó a decirle Acosta, contemplándolo con enternecimiento.

—Mucho te he echado de menos, Acosta —expresó, por su parte, el oficial—. Tú sabes: somos como dos piernas que, para avanzar, tienen que moverse juntas.

Embarcaron al día siguiente en el Callao, en un vapor que iba hacia el norte y que recalaría en Trujillo, puerto que servía de entrada a los dominios del general Iglesias.

Había tranquilidad en el norte. Las tropas chilenas, bajo el mando del comandante Carvallo Orrego, dominaban todos los puertos y las poblaciones cercanas a la costa, desde Lambayeque al sur.

Cuando el barco que llevaba a los exploradores echó anclas en

Trujillo, aprovecharon para descender a tierra y entrevistarse con el jefe militar de la zona. Éste les informó que no habían vuelto a producirse choques con las fuerzas de Iglesias, y que, según los informes, vagos pero frecuentes, aquel patriota peruano estaba entregado en cuerpo y alma a la consecución de la paz.

Como Rodríguez iba provisto de una nota credencial firmada por Lynch, en la que se ordenaba a los jefes de guarniciones que le prestaran toda clase de ayuda, éste se dirigió directamente al comandante Carvallo Orrego para consultarle sobre el posible paradero de Dupré.

—Ese Dupré estuvo acá, en Trujillo, y me pidió elementos para internarse hasta Cajamarca —explicó enseguida—; pero, como el camino que conduce a esa ciudad estaba interceptado por los soldados de Iglesias en Huamachuco y Cajabamba, le aconsejé entrar en la zona por el pueblo de San Pedro. Después, no he sabido más de él.

Al enterarse de que los exploradores estaban resueltos a dirigirse a ese lugar inmediatamente, les informó que el jefe de la plaza era el mayor Benjamín Lastarria, quien estaba allí con una compañía del «Coquimbo» y otra del «Cazadores a Caballo», y luego les advirtió cachazudamente:

—No se confíen demasiado. En Cajamarca se está trabajando activamente por la paz, es cierto; pero les aseguro que no dejan todavía quietos los fusiles. Además, no olviden que la fiebre amarilla es la dueña y señora de estas tierras.

Con esas advertencias frescas en la memoria, Rodríguez y Acosta llegaron a San Pedro y se dieron a buscar al mayor Lastarria. Los numerosos soldados de la guarnición usaban los uniformes delgados de trabajo y habían cosido en la parte trasera de sus quepis rectángulos de lienzo a modo de cubrenucas, lo que les daba semejanza con los legionarios franceses del África. Pero todas las medidas que tomaban para mitigar los efectos del sol eran estériles. Rodríguez y Acosta estaban achicharrados dentro de sus uniformes gruesos cuando llegaron a presencia del mayor Lastarria.

—¡Hombres, por Dios, quítense esas guerreras, que hasta a mí me da sofoco verlos tan enfundados! —les dijo apenas los vio.

Los dos exploradores siguieron su consejo, resoplando de alivio.

Después el oficial explicó a su colega la razón del viaje que

realizaban.

—Sospecho que van a verse obligados a esperar unos días para hablar con Dupré —respondió a Rodríguez—. Está, podríamos decir, metido en la propia casa del general Iglesias.

—Pues bien, allá iremos a buscarlo —se obstinó Rodríguez.

—Permítame que le aclare algo, mayor Rodríguez —dijo atontado por el calor—. El general Iglesias está empeñado en meter en la cabeza de sus adeptos que es preciso firmar la paz, y se ha entregado a esa tarea con absoluta honradez. Desea, por sobre todas las cosas, que jamás se llegue a pensar que busca la paz por presión de los chilenos. Pues bien, afincado en esa idea, será capaz de eliminar con toda frialdad a cualquiera de nosotros que le cubra sus dominios; no porque nos odie, sino para evitar que se lo juzgue en connivencia con los chilenos.

Rodríguez hizo señas de haber comprendido, pero no pareció dispuesto a variar sus propósitos.

—Le ruego que me indique la forma de encontrar a Dupré en Cajamarca —fue todo lo que replicó.

—Bien, si usted insiste… —dijo—. Dupré se hace pasar por francés, comerciante en hilos, botones, agujas, etc. Está alojado en una fonda llamada «El Ingenio», que se encuentra frente a la plaza principal de Cajamarca.

—Con eso me basta —declaró Rodríguez—. Le ruego que nos haga proporcionar ropas viejas de gente de este pueblo y nos guarden nuestros uniformes.

—Perfectamente.

—Y que nos presten un par de mulas.

—¡Ah, ah, ah! —le opuso el dueño de casa—. Si piensan ustedes entrar a Cajamarca en mulas, están perdidos. La razón es simple: hemos requisado todos los animales de carga de la región y la gente que va montada es porque nosotros se lo permitimos.

—¡Ya, ya! Iremos a pie entonces. ¿Qué distancia hay hasta Cajamarca?

Lastarria sonrió socarrón ante la inocente pregunta de Rodríguez.

—Unos ciento sesenta kilómetros, mi amigo. Y, desde el momento en que lleguen al pueblo de Chilete, irán ascendiendo continuamente hasta Cajamarca, que está, nada menos, a tres mil

doscientos metros sobre el nivel del mar.

Rodríguez sonrió, comprendiendo su ingenuidad, y, volviéndose a su ordenanza, le consultó:

—¿Qué te parece, Acosta? ¿Podemos caminar ciento sesenta kilómetros?

—¡Claro que podemos! Aunque los kilómetros estuvieran parados

p'arriba.

Eso sí que nos vamos a demorar unos cinco días, por lo menos.

Rodríguez hizo un rápido cálculo: cinco días para el viaje de ida, dos de permanencia en Cajamarca y otros cinco de regreso.

—¡Condenación, doce días más! —exclamó, pensando en el tiempo que se le escurriría sin encontrar a Leonora. Pero tuvo que resignarse ante lo irremediable—. ¡En fin, no queda otra solución! Partiremos mañana, Acosta.

Las prevenciones del mayor Lastarria tenían fundamento. La marcha de San Pedro a Cajamarca fue una dura prueba. Pese al entrenamiento de años de los exploradores, la aspereza del camino los maltrató verdaderamente.

Cuando alcanzaron las alturas de Chilete, el saco que portaba cada uno les pesaba como si estuviera lleno de piedras. Sin embargo, no se arredraron. Sufriendo el impacto del sol abrasador durante el día y un frío congelante durante las noches, sin atreverse a pedir alojamiento en ninguno de los poblados de la región, avanzaron tenazmente durante cinco días. Al cabo de ese plazo, asomaron sobre Cajamarca.

La antigua ciudad colonial, Villa Real del Inca Atahualpa, se achataba hosca dentro de un valle cálido y seco. Por el oriente, alzaban, dominadores, sus moles pétreas los antiguos Baños del Inca.

Los dos hombres descendieron a la ciudad arrastrando los pies. No necesitaban disfraz para confundirse con los habitantes de los alrededores, reducidos a la miseria por la guerra; el polvo y el cansancio les prestaban la pátina necesaria.

Extenuados y sedientos, fueron a sentarse sobre las gradas de piedra de un abrevadero en uno de los ángulos de la plaza mayor. Acosta tomó agua en el cuenco de las manos y se la vertió sobre los pies recalentados.

—¡Puf, no doy más, mi capi! —suspiró quejoso—. ¡Y pensar que hay que volver todavía!

—Túmbate a la sombrita de aquel alero y trata de dormitar un poco, mientras doy una vuelta para ubicar la fonda «El Ingenio» —le aconsejó Rodríguez, observando que había muchos individuos tumbados a la sombra de las casas y que así no llamaría la atención.

Enseguida, se fue caminando lentamente, con la cabeza gacha y el sombrero de paja sumido hasta las cejas. Pero sus ojos observaban cuanto existía a su alrededor: la prefectura, el cuartel de policía, el cuartel militar, varias casonas presuntuosas con blasones esculpidos en los mojinetes de piedra, un portal de tiendas de baratillo…; finalmente sus pupilas se detuvieron en un letrero de latón escrito con pintura verde. Se leía en él: «Hostería El Ingenio». Rodríguez regresó con el mismo paso lerdo junto a su ordenanza.

—La encontré —le participó en voz baja—. Está al otro lado de la plaza. Sígueme disimuladamente. Nos sentaremos en la vereda, lo más cerca de la entrada de la fonda.

Encuclillados en la acera, distantes varios metros uno del otro, esperaron más de dos horas, fingiendo dormitar. Anochecía y el calor se diluía con la leve frescura de la noche, cuando Rodríguez divisó a un hombre que se acercaba sin prisa. Vestía una chaqueta cazadora de terciopelo burdo y pantalones de montar. Colgando del hombro derecho, cargaba una petaca rectangular de suela y en la mano izquierda llevaba el tijeral de una armazón plegable. Su atavío europeo y el banquillo plegable atrajeron de inmediato la atención del explorador. Dupré, en su papel de vendedor de baratijas, no podía tener otra apariencia. Rodríguez se puso lentamente de pie y le salió al encuentro. Cuando llegaba ya a dos pasos de él, pronunció su nombre sin levantar la cabeza.

—¿Quién eres tú? —pregunto sobresaltado fingiendo acento francés.

—El mayor Rodríguez —le respondió el oficial y agregó rápidamente—: Indíqueme dónde puedo hablarle.

Al agente lo paralizó la sorpresa un segundo, pero no tardó en reaccionar.

—Por la calle lateral está la entrada a la pesebrera de la hostería —le musitó indicándosela con los ojos—. Lo espero allá.

Rodríguez siguió caminando flojamente y volvió a sentarse en la

vereda en espera de que terminara de obscurecer. Cuando juzgó que era oportuno, echó a andar hacia el portón que le había señalado Dupré. Éste se hallaba entreabierto y, dejando a Acosta vigilando el exterior, entró rápidamente.

—¿Rodríguez?… —dijo Dupré.

—Aquí estoy —respondió en un susurro—. ¿Donde se halla usted?

—A su derecha, en el cobertizo donde tengo mi mula. Acérquese sin temor, me he cerciorado de que no hay nadie por aquí —y luego agregó—: ¡Por Dios, mayor! ¿Qué anda haciendo usted por Cajamarca?

Rodríguez trató de explicarse con la mayor rapidez, temeroso de que pudieran sorprenderlo.

—Vine exclusivamente para hablar con usted, Dupré. Mi ordenanza y yo hemos caminado desde la costa para conseguir esta entrevista. Imagínese la importancia que tendrá para mí.

—¿Qué ocurre? —se alarmó Dupré—. ¿Me trae usted algún mensaje?

—No, vengo a consultarle algo que creo usted puede aclararme mejor que nadie. Leonora Latorre ha desaparecido —comenzó diciéndole, y como viera el rostro impresionado de su interlocutor, prosiguió sin dejarlo hablar—: Comprendo su asombro y le ruego que no me haga entrar en explicaciones extensas. Bástele con eso: Leonora desapareció de la casa que ocupaba en Lima y no fue a Chile. Simplemente se ha perdido todo rastro de ella.

—¡Virgen santa! —dejó escapar Dupré, afectado, pero después dijo sentenciosamente—: El Profesor y yo siempre temimos que ocurriera algo semejante.

—Toda reflexión es inútil ahora —lo atajó Rodríguez, impaciente—. Lo que interesa es hallarla.

—¿Viva?… —murmuró con marcada intención el agente.

—¡Viva, por supuesto! —le opuso Rodríguez.

Dupré posó su diestra en uno de los hombros del oficial y lo miró directamente a los ojos.

—No abrigue usted esperanzas ingenuas, mayor —le expresó suavemente—. Si Leonora desapareció, fue, sin duda, por obra de los enemigos. Le correspondió actuar en muchas misiones que provocaron la desgracia y el duelo de una multitud de peruanos.

—Nadie sabía que ella era agente secreta —le opuso ansiosamente Rodríguez.

—Se equivoca usted; hubo varios que lo supieron. Un nombre me viene de inmediato a la memoria y haciendo un esfuerzo podría recordar otros. Está el general Buendía —dijo lentamente el espía, y fundamentó su afirmación diciendo—: Recuerde usted que hasta vivieron juntos. Ella era llamada la «generala Buendía».

—¡Calle usted! —le impuso Rodríguez bruscamente—. ¿Qué otras personas pudieron saber que Leonora era…? —pero no se atrevió a terminar su pregunta.

—Los oficiales superiores del ejército aliado, cuando Buendía era general en jefe —respondió Dupré—. Todos ellos supieron la relación que había entre una espía chilena y su jefe, pero no puedo precisar nombres.

—¿Quiénes más? —preguntó Rodríguez entre dientes.

Dupré hizo un gesto de desconcierto. No podía señalar concretamente a persona alguna, pues Leonora había actuado en forma personal en el desenmascaramiento de los directores del Comité Patriótico de la Resistencia y, en virtud de sus afirmaciones, fueron apresados, despojados de sus bienes y desterrados todos ellos.

—¿No cree usted posible que alguno de los afectados o un pariente de ellos, un amigo…, una amiga, pueda haber identificado a Leonora Latorre con la gestora de las desgracias que los aplastaron? —argumentó a Rodríguez.

—Eso no nos conduce a ningún camino. Los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia que fueron descubiertos están desterrados desde hace tiempo. Ellos no podían atentar contra Leonora.

—Sólo fueron apresados los directores —le corrigió Dupré—; quedaron centenares de afiliados sueltos. A ésos jamás se los podrá anular. Cuando se ha pescado a uno surgen otros diez para reemplazarlo. En mi opinión, mayor Rodríguez —agregó con desaliento—, y esto se lo declaro con verdadero dolor, es ingenuo abrigar la esperanza de recuperar a Leonora… viva.

—No diga usted eso, por Dios —protestó sordamente.

—Y si algún día se llega a saber cuál fue su suerte, sólo se lo conseguirá a través de confesiones hechas por el general Buendía —

prosiguió Dupré— o por algún miembro del Comité Patriótico de la Resistencia, que por una extrañísima casualidad caiga en manos de ustedes.

Un silbido tenue de Acosta vino a advertir al oficial que se acercaba una persona por la calle.

—Quédese quieto si entra alguien, pasará sin vernos. Esto está bastante obscuro —dijo Dupré.

Esperaron en absoluta inmovilidad durante varios minutos, y como no se repitiera la alarma, Rodríguez volvió a hablar:

—Gracias por su información, Dupré. Regresaré a la costa mañana mismo.

—Espere usted —volvió a retenerlo el agente—. Quiero aprovechar nuestro encuentro para enviar una información al contralmirante Lynch. Grábese esto: que hace tres días que se completó la elección de diputados por las siete provincias del norte y ya están designados los hombres que formarán su mesa directiva. Éstos son: presidente, Vidal García y García, y secretarios, Segundo Bringas y Santiago Rodríguez.

El explorador los repitió en voz baja, disponiéndose a anotarlos tan pronto saliera de allí.

—Agréguele al contralmirante que he logrado conocer el pensamiento de los tres —continuó Dupré—. Lo único que desean es terminar con la guerra y firmar la paz con Chile, aceptando la cesión de los territorios exigidos. Por último, la Asamblea Nacional de Cajamarca, actuando como corporación independiente del resto del país, se reunirá en sesión oficial el 26 de diciembre próximo y, lo más importante de todo, que se procederá a designar presidente regenerador del Perú al general Miguel Iglesias. Ése es el título que han inventado. Pero hay algo que el Comando en Jefe nuestro debe entender claramente. Iglesias es sincero en sus propósitos de paz; mas es posible que sus propósitos se vean frustrados si no recibe apoyo. Hora tras hora se está temiendo en Cajamarca que caigan sobre la ciudad los soldados de Cáceres. Se sabe con certeza que el caudillo de la sierra vendrá para aplastar a Iglesias y sofocar a bala todo intento de paz. Repita usted al señor Lynch que si se tienen esperanzas en la iniciativa del general Iglesias, hay que apoyarlo por la fuerza de las armas; de lo contrario, Cáceres se lo comerá vivo. ¿Me ha comprendido?

Rodríguez asintió con un ademán.

—Hasta pronto, Dupré. Tengo verdadera urgencia en volver a Lima. Compréndame usted. Quizás Leonora esté clamando ayuda.

—Ojalá logre encontrarla… viva. Adiós, mi amigo.

Apenas habían alcanzado Rodríguez y Acosta a separarse unos metros del portón de la pesebrera, cuando Dupré salió a la calle y les dio alcance.

—Hay algo que olvidé incluir en la información para el contralmirante y que estimo de una trascendencia enorme —dijo Dupré con sigilo.

—¿De qué se trata. Dupré?

—De dos hechos diferentes, pero relacionados. El primero, que Iglesias ha enviado a Lima a su cuñado, Mariano Castro Saldívar, personaje de mucha representación en todo el norte del Perú y uno de los terratenientes más acaudalados de esta zona. Su misión es ponerse en contacto con el Partido Pierolista y atraer a sus miembros a la causa de Cajamarca. La actuación de ese caballero, convenciendo a los partidarios del exdictador de que es preciso trabajar por la paz, puede ser de gran valor para los propósitos de Chile; por lo tanto, no hay que estorbar su labor, sino que facilitársela disimuladamente.

—Entendido —afirmó Rodríguez—. Retendré el nombre de ese señor Mariano Castro Saldívar.

—Sobre el otro hecho, que sospecho tiene una íntima relación con el viaje del cuñado del general Iglesias, no he podido recoger sino informaciones vagas, porque se está forjando en el secreto de la masonería. Escúcheme bien. Tanto el general Iglesias como Castro Saldívar tienen rangos elevados dentro de la Logia Masónica de Cajamarca, y la mayor parte de los personajes que han sido elegidos diputados a la Asamblea de esta ciudad también están afiliados a ella.

—O sea, se puede considerar que el propósito de llegar a la paz está siendo alentado por los masones de Cajamarca —recapacitó Rodríguez.

—Eso es hablando más claro, que el cuñado del general Iglesias lleva a la Logia Masónica de Lima el pensamiento de la que existe en Cajamarca.

Rodríguez dejó escapar un leve silbido involuntario. Acababa de

recordar que gran parte de los jefes del ejército chileno y también de las autoridades civiles de la Ocupación eran masones, y veía en esta coincidencia algo que confirmaba el aserto expresado por Dupré. Iba a decírselo cuando se oyó a lo lejos el ruido de una patrulla.

—¡Márchense al momento! —los urgió Dupré, que también había escuchado—. Cajamarca es muy vigilada durante las noches. Tengan cuidado. Todos los cajamarqueños saben que en cualquier momento puede aparecer Cáceres con su ejército serrano. ¡Adiós y buen viaje!

Se separaron apresuradamente y los dos exploradores fueron metiéndose en las callejuelas en busca de un alojamiento modesto.

Las afirmaciones de Dupré eran exactas. Cajamarca vivía en un clima de tensión creciente. Patrullas de soldados rondaban por las calles y grupos de ciudadanos, armados con viejos fusiles y sables, montaban guardia en las bocas de los caminos. También en lo alto de los montes que rodeaban la ciudad se divisaban las fogatas de numerosos centinelas. Era evidente que la ciudad entera estaba alerta, dispuesta a resistir el choque de las montoneras de Cáceres.

Al día siguiente, ya camino hacia la costa, los exploradores se percataron de que el general Iglesias tampoco había descuidado la vigilancia de las rutas del oeste, precaviéndose contra un posible ataque de las tropas chilenas establecidas junto al mar.

Cuatro días de extenuadora marcha condujeron a los exploradores hasta el cuartel militar de San Pedro, en donde el mayor Lastarria los recibió con cierta sorpresa, pues no creía que pudieran salir tan fácilmente de Cajamarca. Dos días más tarde, en el puerto de Pacasmayo, embarcaron en la corbeta *Chacabuco*, que descendía rumbo al Callao.

Cuando Lynch escuchó de labios de Rodríguez el informe de Dupré y se enteró de las actividades subterráneas que estaban realizando las logias masónicas en pro de la paz, se quedó pensativo. El secretario Guerrero, que tomaba nota de la información, interrumpió su trabajo y se quedó observando al contralmirante, pero no hicieron comentario alguno. Por el

contrario, el «Príncipe Rojo» buscó abandonar el tema de inmediato, desviando la atención de Rodríguez hacia el asunto de Leonora Latorre.

—¿Qué antecedentes le proporcionó Dupré sobre el caso de la señora desaparecida? —le preguntó.

El oficial le relató los temores expresados por el agente sobre las escasas posibilidades de encontrar viva a la joven, repitiendo también su afirmación de que eran muchos los enemigos que conocían las funciones de ella.

—¿No dio nombres que nos permitan iniciar una investigación sobre bases concretas? —quiso saber el contralmirante.

—Mencionó solamente a una persona, el general Juan Buendía —le respondió desanimadamente Rodríguez.

El general en jefe abrió los ojos sorprendido de que pudiera existir alguna relación entre el viejo militar y la agente secreta. No obstante, se volvió a su secretario y le preguntó si era posible ubicarlo.

—Estaba incluido en la última lista de desterrados, señor —le respondió Guerrero.

—Es verdad. Pero, en vista de la posibilidad de paz, dejamos sin efecto esa orden de destierro.

—Efectivamente, señor —le confirmó el secretario—. Y el general Buendía no alcanzó ni siquiera a ser notificado, de modo que es casi seguro que se encuentra en Lima.

Rodríguez quiso saber al momento dónde podía encontrarlo.

—Vive solo, con dos o tres criados, en su mansión de La Recoleta —le explicó el secretario—. Puedo proporcionarle su dirección exacta.

—Gracias. Quisiera verlo cuanto antes —le expresó el oficial—. ¿Y la policía del batallón «Bulnes» no ha adelantado nada en sus averiguaciones? —consultó.

El señor Guerrero movió la cabeza negativamente y el contralmirante Lynch se apresuró a observar:

—Es lamentable, pero no debemos desanimarnos. La policía seguirá buscando. Pero, entretanto, interrogue al general Buendía y sigamos esperando una respuesta de El Profesor, que ya ha sido consultado a Washington.

El mayor Rodríguez se sentía oprimido dentro de las ropas de civil que había conseguido para su entrevista con el general Buendía, y también disminuido por la elegancia y solemnidad que imperaban en el interior de la casona que poseía el aristócrata peruano.

El criado que lo introdujo al salón había ido a prevenir a su amo, y el oficial tuvo tiempo para observar cuanto lo rodeaba.

Buendía se presentó minutos más tarde, y al detenerse en la puerta su alta figura, atildadamente elegante, Rodríguez recordó instantáneamente las palabras de la vecina de Leonora, refiriéndose al caballero que había sorprendido golpeando en la casa vacía: «Un anciano alto y delgado, de cabello blanco y ojos azules».

Rodríguez se puso de pie, presintiendo que se asomaba al descubrimiento de la suerte corrida por la joven.

El veterano se le aproximó, observándolo con extrañeza y recelo, reveladores de que hacía bastante tiempo que no recibía a nadie.

—El criado me ha dicho su nombre, pero no lo he captado bien —expresó con cautela.

El explorador vaciló un segundo, pero prefirió ser franco.

—Manuel Rodríguez, sargento mayor del ejército de Chile —le contestó, juntando levemente los tacos.

El general se irguió de inmediato y su actitud amable se congeló al instante.

—¡Ah! —exclamó en sordina—. ¿Viene usted en misión oficial?

—No, señor. —Rodríguez tragó saliva, sintiéndose incómodo, y se esforzó en hallar el tono que convenía—: Vengo a rogar que se sirva responderme a una consulta; apelo a su caballerosidad ante un asunto que me afecta profundamente.

Buendía lo observó con asombro, sin adivinar lo que el militar se traía entre manos.

—Me resulta extraño que un oficial chileno venga a mí en esta actitud, siendo que formo parte de los vencidos y que sobre mí pende una orden de destierro.

—Se equivoca, señor —le objetó el explorador—. No estoy autorizado para informarle sobre eso, pero nadie me lo ha prohibido. Puedo decirle que esa orden de destierro ha sido dejada

sin efecto. Puede estar tranquilo.

—¡Estar tranquilo! —repitió el veterano con amargura—. La tranquilidad es un bien del que pocos pueden gozar en esta época. Y creo que, aunque termine la guerra y la paz venga a cubrir la herida, ya no podré disfrutar nunca de ella. —Hizo una brusca transición y agitó cansadamente sus manos—: ¡Bah, no me deje divagar! Tome asiento, por favor. ¿Qué es lo que desea que le aclare?

Rodríguez se sentó apenas en el borde de una silla, sin hallar cómo empezar.

—General Buendía —comenzó con voz enronquecida—, voy a consultarle algo y le ruego encarecidamente que me diga todo lo que sepa respecto a ello. Necesito desesperadamente llegar a la verdad y agotaré mis esfuerzos en conseguirlo. Estoy aquí para suplicarle que me preste ayuda, en homenaje a un recuerdo.

Buendía se sintió desarmado por los términos angustiados del oficial y sus nervios lo traicionaron.

—¡Por Dios, mayor, diga usted de una vez qué desea saber! —exclamó.

Rodríguez cerró los ojos y dejó caer su pregunta;

—¿Qué ha sido de Leonora Latorre, general?

Buendía se desencajó de golpe y, poniéndose bruscamente de pie, se parapetó detrás de su sillón.

—¡Leonora Latorre! —repitió sobrecogido—. ¿Por qué viene a mí con ese problema?

El oficial se puso de pie también y lo acorraló con su mirada.

—Usted fue uno de los pocos peruanos que la conocieron tal como era, como mujer y… como agente secreta —le espetó a quemarropa.

El general se fue doblando poco a poco y se afirmó en el respaldo del sillón.

—La conocí, es verdad… —tartamudeó con los ojos bajos—; pero ahora no sé nada de ella.

Rodríguez comprendió que mentía y se sublevó.

—No, general; está encastillándose en una negativa insoportable para mí y, posiblemente, fatal para ella.

—¿Fatal?… —Aquel término pareció aguijonear al veterano y sus ojos desazonados volvieron a fijarse en el oficial, que proseguía

apasionadamente:

—Leonora desapareció misteriosamente hace cuatro meses y la busco con desesperación, sin hallar de ella ni el más leve rastro.

—¿La ama? —le interrumpió intempestivamente Buendía.

—Sí. Y me atormenta que pueda estar corriendo un peligro atroz. ¡Ayúdeme a encontrarla, general! ¡Usted la amó también, no puede ser indiferente a su suerte!

Buendía se cubrió bruscamente la boca, y permaneció largo rato así, con el mentón hundido en el pecho. Después murmuró con nostálgico acento:

—Era una mujer destinada a la adoración de cuantos la conocían…, aun pasando por sobre los prejuicios y el deber.

—¡«Era» ha dicho usted! —saltó el oficial—. ¿Por qué ha empleado el pretérito, como si se refiriera a una persona que ya no existe?

El general se sintió atrapado y se debatió tratando de evadirse:

—¿Dije «era»? Fue sin fijarme. En realidad, no sé nada de ella. Lo siento mayor, pero ha errado el camino.

Quiso poner fin a la entrevista, pero Rodríguez se obstinó en su sitio:

—No, señor; por favor, no persista en esa negativa absurda. Usted ha seguido sabiendo de Leonora. De lo contrario, ¿por qué fue a buscarla a la calle Trapitos?… ¿Por qué ha vuelto a rondar esa casa?…

—¿Yo?… —Buendía volvió a turbarse, acorralado—. No, oficial. Ni siquiera he sabido nunca en qué barrio vivió la señora.

—¡Sigue usando el pretérito al referirse a ella! ¿Es que pretende darme a entender que sabe que está muerta?…

El veterano meneó la cabeza lentamente, pero su expresión era dolorosa en extremo.

—Para mí estaba muerta hace mucho tiempo —argumentó en forma evasiva—. Por eso es que le repito que pierde su tiempo interrogándome.

El explorador infló el pecho como si le faltara el aire y contempló a su interlocutor con semblante pétreo.

—No ha querido darme su franqueza, general Buendía —dijo marcando intencionadamente sus palabras—. Por última vez le repito que lucharé hasta el fin por encontrar a Leonora, que

emplearé todos los medios a mi alcance, sin detenerme ante nada. Creo firmemente que usted sabe lo que necesito averiguar. No me explico cómo logró conectarse nuevamente con Leonora y hasta averiguar en qué casa vivía. ¡No lo niegue, lo han visto! —Rodríguez hizo una pausa y, cambiando su tono acusador, continuó —: General, recapacite en que es la vida de la mujer que amó la que está en juego. ¿No lo impulsa su sentir de hombre y de caballero a hacer algo por ella?…

La emoción era visible en el rostro del veterano y, durante unos segundos, pareció que iba a hacer una revelación, pero terminó por mover escépticamente la cabeza.

—Piense cuánto tiempo hace que desapareció; más de cuatro meses —murmuró.

—¿Ve como lo sabe? —saltó Rodríguez, seguro de no haber mencionado ese dato.

—¡No intente envolverme, oficial! —protestó el general afiebradamente—. ¡No sé nada de Leonora! Y, aún más, debo decirle que, si me hubiera enterado de algo, jamás se lo confesaría a usted. Compréndame; ya nada se consigue con hablar. Leonora, sin duda, ya no existe.

Ambos habían perdido el control y se movían por la habitación, uno en pos del otro.

—¿Lo sabe usted?…

—¡No sé nada, deduzco simplemente! —argumentó el general—. Si alguien tuvo interés en eliminarla ha sido en venganza por los daños que ella, como espía enemiga, ocasionó. Lógico es pensar que, habiendo transcurrido cuatro meses, la venganza se consumó hace mucho tiempo.

—¡No es posible! —protestó en un grito el mayor. Luego se derrumbó aplastado en una silla—. ¿Quién podría haber deseado la muerte a una mujer como ella?

Buendía depuso su actitud inflexible y se acercó al oficial.

—Muchos —le respondió tristemente—. Aunque ella, como mujer, era adorable, como espía fue un puñal clavado en la espalda del Perú. Compréndalo, oficial, y no pregunte más.

—General —dijo acongojadamente Rodríguez—, si usted presumiera que aún puede estar viva en manos de sus enemigos, simplemente prisionera…

—Sus enemigos son mis compatriotas, oficial, mis hermanos.

—Lo acepto. Pero respóndame: si admitiera que ella puede estar viva y en peligro, ¿no haría nada por salvarla?… ¿No me proporcionaría un camino para ir en su auxilio?…

—Iría personalmente, oficial. Su recuerdo es sagrado para mí.

—¡Pues hágalo, sálvela!

Buendía no respondió. Después su rostro se fue serenando y expresó con dignidad:

—Mayor, créame: no lo siento un enemigo en este momento. Permítame, pues, un consejo. Regrese a su país y descártela de su vida. No le digo que la olvide, porque bien sé que quien la conoció no podrá borrarla jamás de su memoria, pero no la busque más.

Rodríguez se puso de pie lentamente y los labios le temblaban.

—¿Murió, general?… ¿Murió?…

Buendía se mordió los labios y apretó fuertemente los párpados. Durante un instante su rostro reflejó el más hondo sufrimiento.

—No lo sé…, no lo sé. No me pregunte más, que no puedo responderle.

—¡Es que tiene usted que hacerlo! —le gritó Rodríguez con los puños crispados—. ¡Puedo obligarlo a decirme la verdad, la estricta verdad!

El veterano soportó su ataque sin inmutarse y en sus pupilas había una chispa compasiva.

—Escúcheme, oficial —dijo después de una pausa—. Estoy viejo y fracasado. El Perú perdió Tarapacá por mis errores como general en jefe y también por la habilidad con que Leonora me arrebató el secreto de los planos militares. Ya nada me importa, ni puede asustarme. Aunque adopte la determinación que fuere, no obtendrá de mí otras respuestas, ni nadie las obtendrá. No sé nada de Leonora Latorre.

Rodríguez comprendió que había fracasado.

—Adiós, general Buendía —dijo roncamente el oficial—. Su conciencia lo condenará con más rigor que todos los tribunales humanos. —Y se encaminó rápidamente hacia la puerta.

—Lo siento, oficial —le repitió por última vez el veterano, aniquilado en su sitio—. Descártela de su vida. Abandone la esperanza de volverla a ver.

El mayor Rodríguez estaba frente al contralmirante Lynch, con la mirada opaca, dura y fría. El «Príncipe Rojo» tenía en sus manos dos papeles: uno, cifrado; el otro, la traducción del primero. Era la carta respuesta de El Profesor, enviada desde los Estados Unidos. Con voz pausada, como quien va analizando el sentido de lo escrito, daba a conocer la carta al oficial:

> *Siempre imaginé que la agente Leonora Latorre sufriría la venganza de los enemigos si no abandonaba pronto el Perú. Su labor en los últimos tiempos tuvo que ser, lamentablemente, demasiado visible; y era inevitable que los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia llegaran a ubicarla. Considero remota la esperanza de hallarla viva, pero, como ella fue una colaboradora eficiente y amiga leal, creo mi deber exponer claramente todo lo que sé, con el fin de esclarecer en cierto grado el misterio de su desaparición. Estimo que, principalmente, hubo dos personas lo suficientemente enteradas como para ejercitar una venganza directa contra ella, porque conocieron su calidad de agente secreta y sufrieron las consecuencias de su actuación. Una de ellas tiene que haber sido quien la eliminó o, cuando menos, quien la delató al Comité Patriótico de la Resistencia, lo que era igualmente dictar su sentencia de muerte. Una de esas personas es el general Juan Buendía; la otra…, una señora a quien la agente acusó de ser cómplice del movimiento subterráneo ante usted mismo, señor contralmirante.*

Rodríguez interrumpió la lectura de Lynch con un ademán de perplejidad.

—¿No indica Núñez el nombre de esa mujer? —le consultó extrañado.

El contralmirante tuvo un leve titubeo y cuando respondió su voz sonaba huidiza:

—No…, seguramente no lo recordaba.

—Pero usted sabe a quién se refiere, ¿no es así?

Lynch volvió a mostrarse incómodo y su contestación fue evasiva. Tratando de conformarlo, le aseguró que ordenaría a su secretario que separara en una lista los nombres de todas las mujeres que estuvieron implicadas en la investigación sobre el Comité Patriótico de la Resistencia.

—Vuelva en dos días más y le tendré una respuesta concreta —finalizó, con el propósito evidente de quitarse de encima al mayor Rodríguez. Éste intuyó algo extraño y se retiró presa del más hondo desencanto.

Efectivamente, el contralmirante Lynch no le había dicho toda la verdad. En la carta de El Profesor venía estampado el nombre de la mujer aludida: era Teresa Vélez y Astorquiza. El «Príncipe Rojo» lo había callado porque la aparición de su antigua amante en la trama obscura de lo que él presumía era un crimen, lo colocaba ante un terrible dilema. Porque divulgar ese nombre y participarlo a la policía era volcar una nueva calamidad sobre aquella mujer, a la que con tanto rigor había tratado. Y no le era permitido olvidar que ella había vivido a su lado, que había estado a punto de darle un hijo. Probada su culpabilidad, tendría que aplicársele un inmediato castigo, que podía ser hasta la pena máxima. Por ello ocultó el nombre, prefiriendo realizar una investigación secreta por sí mismo.

Confiando en el dominio que siempre había ejercido sobre ella, resolvió enfrentarla aquella misma noche. En consecuencia, suspendió sus labores diarias antes que de costumbre y llamó a su nuevo secretario, el teniente Alberto del Solar.

—Alberto, va usted a acompañarme esta tarde a una entrevista privada que debo sostener con cierta persona que vive algo alejada del centro —le dijo—. Mi visita tiene que ser guardada en secreto. Si algo me ocurriera, podrá informar sobre ello; en caso contrario, no la mencionará jamás a nadie.

—Comprendo, señoría.

Mientras el carruaje corría suavemente, el contralmirante seguía pensado en Teresa Vélez. Hacía varios meses que estaba sin verla y sólo de tarde en tarde le llegaban noticias de ella. La última fue que su hijo había nacido prematuramente y muerto, por causa del quebrantamiento nervioso que le provocara verse recluida en la solitaria casona de Chorrillos. Entonces la autorizó para volver a residir en Lima, en una quinta situada al lado afuera del Postigo de

San Jacinto y que perteneciera al padre de ella.

Después, nadie había vuelto a mencionársela hasta el momento en que encontró su nombre en la carta de El Profesor.

Cuando el coche se detuvo ante la casa correspondiente, estaba sumamente confuso, y aquella molesta nerviosidad se le acrecentó al ver asomarse a través de la alta verja el rostro motudo de un negro que acudía a los sones de la campanilla de la puerta.

—Necesito ver a tu ama, la señora Teresa. Abre la reja —le dijo autoritariamente el marino—. ¡No! Franquéame la puerta y condúceme al salón. Soy Patricio Lynch.

Al oír su nombre, el negro se encogió, igual que si viera aparecer al demonio. Enmudecido por el miedo, se apresuró a destrabar la cadena de la puerta.

—Espéreme en el coche —dijo Lynch a Del Solar, y luego entró al jardín a paso rápido, precedido por el criado.

Todo respiraba a viejo dentro del vetusto caserón. El «Príncipe Rojo» esperó en un extremo del salón principal, sumergido en una penumbra amarillenta. Sus ojos firmes se mantenían fijos en la escalera de media espiral que conducía al piso alto. Por ella bajó Teresa al cabo de unos minutos, envuelta en un amplio batón obscuro, luego de anudarse una gruesa trenza.

—¡Usted aquí, Patricio! —exclamó atemorizada.

—Buenas noches, señora —la saludó secamente éste—. Dispénseme que venga a turbarla a horas tan avanzadas, pero mis ocupaciones me impidieron acudir más oportunamente.

El semblante preocupado de Teresa se iluminó débilmente, al nacer en ella una vaga esperanza sentimental.

—Siéntese…, siéntese, por favor —le dijo solícita.

El contralmirante le obedeció, tratando de mesurar su impaciente nerviosidad y, una vez sentado, hasta la contempló con cierta nostálgica curiosidad. Pero recordó enseguida el objeto de su visita.

—Teresa, bien sabe que no soy un ogro, ni mi naturaleza es cruel; pero las circunstancias, el cargo que ocupo, me obligan muchas veces a proceder con dureza, y entonces mi rigidez es definitiva.

La tenue esperanza que se había reflejado en el rostro de la señora desapareció como por encanto.

—¡Ah, comprendo! —exclamó amargamente—. Viene a comunicarme que ha tomado alguna nueva determinación rigurosa contra mí.

Lynch hizo un gesto conciliador. Sinceramente, le dolía el temor que Teresa evidenciaba ante él.

—Quiero verdaderamente ser considerado con usted —le dijo con amabilidad—; de lo contrario, no hubiera venido en persona a interrogarla. Compréndalo y mida las declaraciones que me va a hacer.

La joven lo observó con extrañeza.

—¿Declaraciones?… —murmuró, recelosa.

—Sí. Lo que vengo a preguntarle es sumamente grave y exige respuestas absolutamente veraces. Sabe que puedo usar otros métodos, legales, de investigación y ser inflexible. Pero prefiero intentar, primero, que usted misma me informe.

—¿Qué desea saber? —le indagó cansadamente Teresa.

Lynch la dominó con sus ojos inquisidores y dejó caer su pregunta con voz lenta y tajante:

—¿Qué suerte ha corrido nuestra agente secreta Leonora Latorre?

La mención de aquel nombre sacudió a Teresa Vélez como un latigazo. Durante unos segundos pareció totalmente desarmada y una intensa palidez cubrió su rostro. Pero se mordió los labios desesperadamente, como si quisiera forzarse a no responder, gesto que sublevó a Lynch.

—¡Vamos! La palidez de su rostro está delatando lo que su boca se obstina en callar —la urgió—. ¡Conteste! ¿Quiénes secuestraron a nuestra agente y qué hicieron con ella?…

Teresa sacudió la cabeza, enloquecida, y la voz le brotó tartamudeante:

—No…, no sé a quién se refiere usted.

Patricio Lynch se puso violentamente de pie y avanzó hacia ella como si fuera a atacarla.

—¡Teresa, no me mientas! —le espetó muy próximo a su rostro —. Cuando miraste a esa mujer en mi despacho la clavaste en tus retinas para siempre. ¿Quién la secuestró?… ¿Quién la mandó eliminar?… ¿Tú?…

La mujer se sumergió más en su asiento y ladeó el rostro, como

si temiera recibir un golpe, pero siguió negando, opaca y rencorosa.

—No la conozco…, no sé nada de ella.

—¡Por tu vida, Teresa, dime la verdad! —volvió a exigirle Lynch en el máximo de la exasperación—. A esa mujer la hicisteis desaparecer tú y el Comité de la Resistencia. ¿A dónde la llevaron?

—No sé nada.

—¡Estás mintiendo, nadie podía odiarla más que tú! —vociferó el marino, atrapándola de un hombro y remeciéndola brutalmente.

—¡Es claro que la odié! —estalló la joven en una crisis de histerismo—. ¡Ella hizo trizas mi vida! ¡Por su culpa me vi separada de ti, rechazada en forma ignominiosa, enclaustrada en un lugar horrendo! ¡Por ella perdí al hijo que iba a tener! ¡La odié con todas las fuerzas de mi alma!

—¡Tú la hiciste matar entonces! —la acusó Lynch violentamente.

Teresa Vélez tuvo un segundo de lucidez en medio de su descontrol y comprendió el peligro en que se estaba sumergiendo. Jadeando convulsivamente, se dominó.

—No sé nada —volvió a repetir con voz sorda—. Nunca volví a encontrarla.

El contralmirante también hizo un esfuerzo para controlarse.

—Escúchame, mujer; sé razonable. Si me confiesas la verdad de este sórdido asunto de venganza, te prometo que sabré ser clemente, en atención a lo que has sufrido; que sólo castigaré a los otros que intervinieron en la muerte de nuestra espía. Pero si te obstinas…

—¡Basta…, enemigo! —le escupió en la cara la joven—. ¡Ya mi vida está quebrada! No me importa lo que ustedes me hagan. Pero no me arrancarán una palabra más. Lo único que agregaré es que, si aquella maldita mujer murió, bien merecido se lo tenía. Ahora, le exijo que se marche.

—¡No sin antes aclararte a dónde te conduce tu testarudez! —rugió Lynch sintiéndose herido en su autoritario amor propio—. Para mí, los raptores de nuestra agente fuisteis tú y los miembros del Comité de la Resistencia. Guardo en mi escritorio una lista de personajes a los que tuve pensado desterrar. Sé que la mayoría de ellos, no todos, tienen participación en los actos de esa liga secreta. Pues bien, o me confiesas al momento quiénes secuestraron a la

agente y qué hicieron con ella, o los hago arrestar a todos, también a ti, para entregarlos a un tribunal militar, acusados del asesinato de un miembro de nuestro ejército. ¿Qué me respondes a eso?

Teresa Vélez lo miró de lleno al rostro, con los ojos punzantes como los de una víbora, y habló con voz seca y fría:

—Haga lo que le plazca. Me retiro a mis habitaciones. —Y sin más, dio media vuelta y se encaminó hacia la escalera de mármol.

A Patricio Lynch se le encendió el rostro primero, tornándosele enseguida pálido ceniciento.

—¡Tú lo habrás querido! —le gritó, persiguiéndola con su voz—. ¡Mañana mismo serás apresada y enfrentarás al tribunal militar como asesina!

Media hora más tarde, el contralmirante se encontraba en su despacho inclinado sobre el escritorio. Con nerviosidad había buscado la lista de los miembros del Comité de la Resistencia que se había resistido a desterrar en días anteriores. Sin una vacilación y con rasgos violentos, incluyó al pie de ella el nombre de Teresa Vélez y Artorquiza. Llamó luego a Alberto del Solar y le indicó secamente:

—Tome nota de la orden de arresto que voy a dictarle contra todas estas personas.

Pero el oficial no alcanzó a obedecerle, porque alguien golpeó con insistencia en la puerta del despacho. Patricio Lynch levantó la cabeza con irritación, molesto. No obstante, cuando el visitante estuvo ante él, debió refrenar sus ímpetus. Era el ministro plenipotenciario Jovino Novoa.

El plenipotenciario no se dio tiempo para analizar el tono contrariado de Lynch.

—Buenas noches —dijo apresuradamente—. Acaba de ocurrirme algo tan inusitado y sorprendente que juzgué necesario salir a buscarlo. Es algo inesperado y secreto, de gran importancia.

Lynch le señaló una silla:

—Perdóneme unos segundos que termine de dictar una orden y lo escucho —se excusó—. Voy a hacer arrestar a una decena de componentes del Comité de la Resistencia por el secuestro y posible asesinato de la agente secreta…

—¡Oh, no, no, por favor! —lo atajó el diplomático—. No lo haga ahora por nada del mundo. Sería lo más inoportuno. Acaba de

presentárseme el antiguo alcalde de Lima, coronel Rufino Torrico, para hablarme de la paz en nombre de las Logias Masónicas de Cajamarca y de Lima —declaró bombásticamente, olvidado de la presencia allí de Alberto del Solar.

Por su parte, Lynch se había puesto de pie y se lo veía extremadamente grave al preguntar:

—¿Quién trajo la palabra de paz al coronel Rufino Torrico?

—El hermano Mariano Castro Saldívar, de la Logia de Cajamarca; quien es nada menos que cuñado del general Miguel Iglesias, Gran Maestro de esa logia.

El contralmirante abrió los ojos, estupefacto.

—¿El general Iglesias es de los nuestros también? —musitó.

—De él emana este llamado a la concordia, a través de la cadena de la fraternidad —siguió aclarándole Novoa—. Se nos invita a una tenida solemne en el templo de la Gran Logia de Lima, ubicada en la calle del Huevo, para el próximo 3 de enero.

Lynch examinó rápidamente un calendario que estaba colgado del muro, e hizo un ademán afirmativo.

—Estamos a 22 de diciembre —observó—. Tenemos tiempo para consultar a la Gran Logia de Chile. —Luego, con los ojos brillantes por la excitación, expresó sentenciosamente a su interlocutor—: Don Jovino, creo que esta vez sí que estamos en la buena senda.

La corriente de paz brotada en Cajamarca comenzaba a ganar cuerpo en todas las zonas del Perú cercanas a su foco de origen. Así, cinco días después de la invitación de Castro Saldívar, el general Iglesias y los masones de Cajamarca conseguían que se reuniera la Asamblea de Diputados del Norte, la que, después de dos días de apasionados debates, dictaba su primera ley. Ésta resolvía:

> *La soberana Asamblea del Norte se decide por la paz inmediata con la república de Chile, siempre que las condiciones impuestas por el vencedor no sean tales que amenacen la independencia nacional, ni cieguen en lo absoluto las fuentes de su regeneración y progreso.*

Y al siguiente, 30 de diciembre de 1882, el vicepresidente de la Asamblea, Vidal García y García, imprimía mayor velocidad a los arreglos de paz, proclamando:

La soberana Asamblea del Norte, atendiendo a la honorabilidad y virtudes cívicas del esclarecido ciudadano general don José Miguel Iglesias, a la confianza que ha sabido inspirar a sus conciudadanos y a los relevantes méritos que ha contraído ante la patria en la actual guerra con Chile, lo elige para presidente regenerador de la república, conforme a la ley sancionada en la fecha.

El general Iglesias volvió a demostrar la nobleza en que inspiraba sus actos, rechazando el nombramiento y pidiendo fuese designado presidente regenerador otro de los personajes que habían intervenido en el establecimiento de la Asamblea Independiente del Norte; pero la masonería hizo pesar su pensamiento y el caudillo cajamarqueño debió asumir el cargo y sus responsabilidades. En una sesión celebrada el 1.º de enero de 1883, doblemente tensa por haber sido apresados el día anterior dos espías introducidos por el general Cáceres en la ciudad, el general Iglesias prestó el juramento de rigor y envió un mensajero a Lima, con la misión de participar a su cuñado Castro Saldívar lo realizado en Cajamarca, para que éste lo informara a la Gran Logia de esa ciudad y también a los masones chilenos.

En tanto que este mensaje de paz se acercaba a la capital, las autoridades chilenas radicadas en Lima celebraban con una fiesta la llegada del Año Nuevo.

Las tropas habían sido festejadas en sus cuarteles durante la tarde, y en la noche los jefes y oficiales debieron asistir a un sarao en el Palacio de Gobierno.

Como era natural, las damas no formaban grupo muy numeroso, perteneciendo la mayor parte de ellas a las colonias extranjeras. Sin embargo, el hecho de que estuvieran presentes también unas veinte señoras de la clase media adinerada representaba un adelanto sobre los años anteriores y denunciaba cómo la idea de la paz había comenzado a infiltrarse en el ánimo de los peruanos. Pero para Jovino Novoa y el contralmirante Lynch la presencia de aquellas damas tenía otro significado adyacente: sospechaban que ellas eran esposas o parientas de masones.

Después de la cena los concurrentes pasaron al gran salón de recepciones o se diseminaron por los artísticos corredores.

Una orquesta, formada por miembros de la compañía de

bomberos germana, ejecutaba bailes europeos sobre un pequeño estrado. En el extremo opuesto, también sobre un estrado, presidía la fiesta el contralmirante Lynch, enfundado en su uniforme de gala. A su lado se hallaban Jovino Novoa, algunos coroneles del Estado Mayor y jefes divisionarios.

Asistían también los representantes diplomáticos de las naciones neutrales, salvo el de España, cuyo país aún no reanudaba relaciones con Chile, y numerosos comerciantes extranjeros.

La fiesta se deslizaba en una armonía tan amistosa que provocaba la perplejidad de los oficiales chilenos, habituados a verse envueltos siempre por el recelo y la cortesía ficticia.

Poco antes de las doce de la noche, el secretario privado del contralmirante se escurrió por un costado del salón, para inspeccionar que el jefe del servicio tuviera listo el champaña para un brindis que pronunciaría el «Príncipe Rojo» al sonar las campanas anunciando el advenimiento del año 1883.

Después de cerciorarse de que todo estaba dispuesto, Alberto del Solar regresó al salón e iba a entrar, cuando distinguió a un oficial solitario, acodado en la baranda del corredor. Era el mayor Manuel Rodríguez. Por una inconsciente asociación de ideas, al teniente Del Solar le vinieron bruscamente a la memoria las frases cruzadas entre Novoa y el contralmirante la noche en que él lo acompañó en su misteriosa visita nocturna. Sin meditar en lo que le era permitido decir, se acercó al mayor Rodríguez y lo saludó:

—¡Hola, mi mayor! ¡Veo que no participa de la fiesta!

El explorador se volvió lentamente y fue evidente que le costaba regresar a la realidad.

—Buenas noches, teniente —respondió—. No, no estoy con ánimos para fiestas. ¿Cómo se encuentra? Lo noto bastante recuperado.

Del Solar sonrió escépticamente.

—No estoy con mucho ánimo tampoco, pero el contralmirante no me permite poner cara larga.

—Una buena solución, sin duda —aprobó Rodríguez sin manifestar interés, y volvió a mirar hacia el patio, dando a entender que no quería seguir conversando.

Del Solar lo contempló con amistosa compasión y quiso arrancarlo de su pesadumbre.

—¿No entra al salón? El señor contralmirante pronunciará un brindis a las doce en punto —aventuró.

—Entraré en el momento preciso —fue la respuesta que recibió —. He venido solamente porque la invitación era una orden.

El teniente pensó retirarse, rechazado por el terco mutismo del mayor, pero le dolía dejarlo en aquel abandono.

—Mi mayor, nunca antes lo vi así —le observó—. ¿Echa de menos a su familia en esta ocasión?

—No tengo familia; apenas dos tíos ancianos —murmuró Rodríguez sin volverse.

—¿Su tristeza es provocada entonces por…? —se interrumpió sin hallar cómo expresar lo que pensaba—. Naturalmente, usted supo lo de Leonora Latorre… —aventuró.

—¡Vaya una pregunta la suya, teniente! —le replicó Rodríguez con hosquedad.

—Creía haberlo comprendido —se reprochó Del Solar—. Me enteré de la misteriosa desaparición de Leonora, por casualidad, hace apenas unos días. Debí acompañar al contralmirante en una visita que hizo, sin sospechar que ella tenía relación con el caso de nuestra amiga. Solamente después, a nuestro regreso, al comunicar al señor Novoa que tenía resuelto apresar a todos los sospechosos de complicidad con el Comité de la Resistencia, supe que era por el secuestro de ella.

Rodríguez pareció interesarse en la charla del joven.

—¿Y a quién fue a ver el contralmirante?

—No lo sé. Me ordenó esperarlo en la calle.

—Cuando menos, sabrá la ubicación de la casa en donde estuvieron —insistió el explorador.

—Sí, mi mayor, pero… —Del Solar hizo una mueca suplicante —. Por favor, no me pida que se la indique, porque me está vedado hacerlo.

Rodríguez se irguió, abandonando el repecho de la baranda.

—Pues se lo preguntaré yo mismo al contralmirante, ahora, esta noche.

Del Solar lo detuvo suavemente.

—Mi mayor, sé que es cruel lo que voy a decirle, pero estimo que debe usted enfrentarse con la realidad.

Rodríguez lo observó casi con enojo.

—¿Qué quiere darme a entender, teniente? —le inquirió con aspereza.

—Que… —Del Solar tragó saliva, arrepentido de la revelación que iba a hacer, pero se resolvió a completarla—: Que la búsqueda de Leonora ha terminado, amigo mío.

Rodríguez acogió sus palabras como si hubieran expresado un disparate inconcebible, y le replicó airadamente:

—¿Está loco?… ¿Podría nuestro Comando en Jefe incurrir en la enorme ingratitud de abandonar a quien le prestó tan valiosos servicios?…

—Sí, cuando lo imponen circunstancias superiores, mi mayor —afirmó el teniente—. Observe dentro del salón; vea cómo comienzan a confraternizar peruanos y chilenos. Eso representa la alborada de la paz. Y es ese interés superior el que exige olvidar el caso de Leonora.

—No comprendo qué relación puede haber entre una cosa y la otra. Además, me importa un ardite la paz o la guerra. Lo que exijo es que se encuentre a Leonora o a los que la ultimaron.

Del Solar trató de apaciguarlo y le explicó que el contralmirante Lynch tenía el propósito de llevar la investigación hasta los últimos extremos, pero se había visto obligado a variar de rumbos.

—Tuvo dispuesta una orden de prisión contra todos los personajes destacados de Lima, sospechosos de estar en complicidad con el Comité Patriótico de la Resistencia —agregó—. Amenazándolos de muerte, pensaba obtener la revelación de la suerte corrida por Leonora. Pero el señor Jovino Novoa le hizo ver que eso sería echar por tierra todo el plan de paz que se estaba estructurando. Puestos en la balanza el hallazgo improbable de una agente secreta y la paz, la elección no podía ser dudosa.

El explorador quedó abrumado por estos argumentos.

Del Solar esperó a que se calmara un poco y volvió a apoyar su mano amistosa sobre uno de sus hombros.

—Yo también la aprecio mucho, mi mayor. La conozco desde antes que usted; la oí alabar como la mujer ideal a mi antiguo camarada Alberto Cobo…

—¡Cállese! ¿Ha venido a provocarme, a burlarse de mí?

El teniente sacudió la cabeza, sinceramente arrepentido de su desatino.

—No, mi mayor —le dijo con honda franqueza—. Sólo quiero hacerle ver que, aunque sintiendo un gran pesar por la pérdida que hemos sufrido todos los que la conocimos, soy capaz de comprender lo irremediable. Es el camino que debe seguir. Leonora está perdida…, perdida para siempre.

—¡No!… ¡No!…

Rodríguez apoyó bruscamente los codos en la baranda y sepultó el rostro entre las manos, hundiéndose los puños en los ojos.

Las campanas de las torres de Lima daban entonces las doce campanadas y en el salón se producía una entusiasta conmoción. La música cesó bruscamente y casi enseguida callaron todos.

Rodríguez, con los sentidos embotados por el choque emocional que acababa de recibir, oía vagamente las frases del brindis que pronunciaba el contralmirante Lynch:

—Bebamos todos en esta hora venturosa por nuestros hogares y afectos, por nosotros mismos y por los augurios de paz que nos ofrece 1883.

«Jefes y oficiales del ejército de Chile, camaradas de sufridas campañas: hace cuatro años, al comenzar 1879, comenzamos una dolorosa guerra. Por tres veces consecutivas el Año Nuevo nos ha encontrado lejos de los seres que nos son queridos y de nuestra tierra amada. Al brindar con ustedes ahora, quiero expresarles que abrigo la esperanza más firme de que pronto podremos dejar quieta la espada. La alborada de la paz ya se anuncia en el horizonte y debemos empeñar nuestros espíritus en hacerla una pronta realidad.

»¡Jefes y oficiales, señores invitados, levantemos nuestras copas y brindemos por la paz!».

20

¡Paz! Era la palabra sacrosanta que corría por Lima restañando las heridas del rencor. Todo se hacía más fácil y amable en la histórica capital al conjuro de esa esperanza. Pero, en contraposición, esa misma palabra encendía otra vez la hoguera en la alta sierra.

El general Cáceres, encastillado en Tarma, pleno de poder gracias a su nuevo ejército, se irguió vibrante de cólera y despecho. La noticia que el Comité Patriótico de la Resistencia le enviaba sobre el contagio de paz que había inoculado el general Iglesias en la capital, valiéndose de los conductos misteriosos de la masonería, sublevó su sangre de caudillo y de católico. El «Brujo de los Andes» era un fervoroso creyente y odiaba a la masonería con todas las fuerzas de su alma. Su protesta se alzó bronca e iracunda:

—¡La paz negociada por esos fariseos! ¡Nunca!… ¡Antes rajo al Perú por la mitad con las espadas de mis soldados! ¡A las voces implorantes de una paz humillada y rastrera que lanza el cobarde general Iglesias, opondremos la guerra con todo su espeluznante cortejo de masacre y purificadora destrucción!

Aquel mismo día resolvió lanzarse con todas sus fuerzas en una última, desesperada y soberbia campaña. Contaba con cuatro mil doscientos cincuenta soldados de línea, a los que podía allegar los batallones de irregulares «Atahualpa» y «Huarochirí», de infantería; el «Grau» y el «Rímac», de caballería; y también las bandas de montoneros diseminadas entre la sierra y la costa. Su ejército, en consecuencia, podía calcularse en diez mil hombres bien armados y apertrechados.

Se encontraba aún irresoluto sobre el punto en el que debía comenzar su ataque, cuando una nueva información del Comité

Patriótico de la Resistencia vino a señalárselo. El mensaje le comunicaba que habían sido vistos en Lima, y en tratos con algunos chilenos, los coroneles Manuel Encarnación Vento y Pedro Palacios. Agregaba el comunicado secreto que esos dos personajes eran connotados masones.

Ciego por el encono, Cáceres decidió en el momento mismo atacar a Vento en Canta y también al coronel Pedro Palacios, jefe del batallón de milicias de Huarochirí, acantonado en Cieneguillas. Pensaba destruir las escasas fuerzas con que contaban esos dos hombres, a quienes tildó de traidores, y después lanzar el grueso de su ejército sobre Cajamarca, para aplastar al general Iglesias. Estaba especialmente ansioso de cumplir este último propósito porque el flamante presidente regenerador del Perú había dictado una ley que ordenaba que todo miembro del ejército de la sierra debía ser considerado como un bandido y pasado por las armas en el sitio mismo en que se le encontrase.

Pese a su impaciencia, calculó que antes de arriesgarse en un ataque fulminante contra Vento y Palacios debería distraer la atención del ejército chileno. Para eso, proyectó que los jefes de montoneras del sur realizaran amagos contra las guarniciones chilenas de los valles de Cañete, Chincha e Ica.

Su plan comenzó a cumplirse con vertiginosa velocidad. El prefecto de Huancavelica, Manuel Patiño Zamudio, lanzó sus montoneras sobre los valles ya dichos, y el alcalde de Moquehua hizo bajar a los húsares de «Junín» sobre el ancho valle transversal del Sama.

Enterado el Comando Superior chileno de estos ataques, envió inmediatamente en el transporte *Chile* a cien hombres del batallón «Victoria» y dos compañías del «Lontué», para proteger Pisco. Al mismo tiempo cablegrafió al jefe de la guarnición de Tambo de Mora que movilizara al batallón «Lautaro» para ir a defender Cerro Azul; y, posteriormente, embarcó al batallón «Curicó» y a la segunda compañía del «Carabineros de Yungay N.º 2» con rumbo a la zona de Chincha.

Tan pronto tuvo noticias de esto, por intermedio del Comité de la Resistencia, Cáceres se movió de Tarma, dejando la ciudad a cargo del coronel Manuel Tafur, al frente de los batallones «Concepción», «Marcavalle», «Apata», «2 de Mayo» y medio

escuadrón del «Cazadores del Perú». Todo el resto del ejército serrano descendió alocadamente con él, para caer sobre Canta y Cieneguillas.

Nadie se apercibió de la presencia de su ejército cuando asomó sobre el valle del Rímac. Allí se detuvo dos días, para dividir sus fuerzas en dos columnas; una de las cuales atacaría Canta, bajo sus órdenes directas, mientras la otra caería sobre Cieneguillas, mandada por el coronel Francisco de Paula Secada.

Realizada la partición del ejército, las dos fracciones siguieron descendiendo silenciosamente por las sendas ásperas de la cordillera.

Cuarenta y ocho horas más tarde Cáceres lograba asaltar sorpresivamente Canta, atronando el aire con los gritos salvajes de sus montoneros.

Diez horas después un soldado de la guarnición chilena entraba a todo galope a Lima, portando la noticia de aquel asalto. Había sido el propio coronel peruano Manuel Encarnación Vento quien la llevara hasta la guarnición chilena ubicada en la hacienda Caballero.

Lynch comprendió al momento el propósito del general Cáceres. Adivinó también que el caudillo serrano se jugaría entero, arriesgando a todos sus hombres, antes de resignarse a que la paz fuera firmada. En consecuencia, ordenó suspender todas las licencias y que los batallones que formaban la guarnición de Lima se prepararan para salir al campo a la primera hora. Al mismo tiempo, y como medida inmediata, hizo salir al batallón «Buin», bajo el mando del comandante León García, hacia la hacienda Caballero, para cerrar el paso a la hueste de Cáceres enseñoreada en Canta.

Pocas horas más tarde, dos oficiales del «Buin» regresaban de la hacienda Caballero escoltando al coronel Vento, quien debió presentarse inmediatamente ante Lynch. Venía cubierto de polvo, y daba tales muestras de abatimiento que apenas tuvo ánimo para relatar los detalles del sorpresivo ataque a Canta. Sin embargo, al término de su narración, expresó al contralmirante que si deseaba que los esfuerzos por la paz no quedaran truncos, debía actuar con mucha rapidez.

—Porque el objetivo que persigue Cáceres no es atacar y destruir

mis tropas campeñas, ni menos amagarlos a ustedes —explicó el hacendado peruano—; su meta es Cajamarca; su deseo, destruir al general Iglesias.

—Lo imaginaba —respondió Lynch.

—Pues proceda al momento —lo urgió el peruano—. Cáceres no cuenta con más de un millar de soldados y no todos son de línea, sino que muchos de sus batallones han sido completados con reclutas indios. Ordene que parta un batallón veterano hacia Canta y yo mismo lo guiaré.

Lynch comprendió que, siendo el coronel Vento propietario de la mayor extensión de tierras de esa comarca, representaba una ayuda valiosísima para perseguir al «Brujo de los Andes», y aceptó su proposición.

Vento regresó al galope a la hacienda Caballero, y el batallón «Buin» se puso en marcha tan pronto como el teniente coronel León García recibió la orden de avanzar. Esa misma noche llegaron hasta la hacienda Macas, en donde pernoctaron, y, al alba siguiente, la descubierta se posesionó de los caseríos de Yangas y Santa Rosa de Quive.

Vento, que iba en la vanguardia, asistió impertérrito a la cacería de pobladores que hicieron los buines y siguió manteniéndose inmutable cuando los soldados arrearon hasta la plaza central a los prisioneros que habían hecho. Entonces uno de éstos pidió hablar con el hacendado peruano.

Era uno de los criados de la hacienda principal de los Vento.

—¿Cómo es que te encontrabas en Santa Rosa de Quive y no en Canta? —le indagó Vento, receloso.

—Arranqué, amo. Corrí mucho, cuando vi lo que hicieron los soldados de taita Cáceres.

—¿Qué hicieron? —quiso saber Vento, alarmado por sus parientes que habían quedado en ese pueblo.

—Apresaron a todas las personas que tenían amistad contigo, amo —le narró el sirviente—. Y al amo viejo no lo respetaron ni siquiera por sus canas; también lo encerraron en un calabozo. Al amito joven lo amarraron a una estaca en mitad de la plaza y lo azotaron a espalda desnuda, hasta que quedó desmayado y cubierto de sangre.

El coronel Vento se retorció de dolor al saber el ultraje de los

suyos y en aquel mismo instante se juró agotar sus esfuerzos, hasta conseguir el exterminio del caudillo de la sierra.

Pero el comandante del «Buin», León García, no estuvo de acuerdo con él en proseguir el avance. Sus exploradores acababan de informarle que los serranos se habían apostado en los bordes de los desfiladeros, provistos de enormes rocas, que dejarían caer sobre los chilenos tan pronto éstos asomaran. García vaciló y terminó por regresar a Lima con su batallón, pese a las protestas airadas de Vento, quien prefirió quedarse entre las montañas.

La tímida resolución del comandante del «Buin» provocó la ira de Lynch, quien planeaba dar una batida definitiva a Cáceres, el que, a su juicio, se iba a embravecer más con la retirada del batallón chileno, atribuyéndola a temor.

Efectivamente, Cáceres estaba ensoberbecido. Su prestigio ante sus tropas se acrecentó más y fueron muchos los comandantes que se le acercaron a pedirle que diera la orden para continuar el descenso y atacar a las guarniciones chilenas de la costa.

Coincidiendo con aquellas horas venturosas para él, se presentó sorpresivamente en su campamento el coronel Isaac Recabarren. Este destacado jefe del antiguo ejército peruano llegaba de Arequipa, decepcionado por la actuación del contralmirante Lizardo Montero. Recabarren y su escolta traían doscientos fusiles y un cañón de alma lisa fundido en Arequipa. Ambos jefes sellaron su alianza con un seco apretón de manos.

Cáceres acababa de enterarse de que en el pueblo de Sayán, ubicado al sur de Cajamarca, se había levantado en armas encabezando una poderosa montonera el coronel Leoncio Prado, hijo natural del presidente Ignacio Prado. «Pradito», como era apodado, había dado señaladas pruebas de temeridad en las campañas del desierto y, hecho prisionero, recuperó su libertad comprometiéndose bajo palabra de honor a no volver a tomar las armas contra Chile. Olvidada esa promesa, estaba esperando que Cáceres le enviara fuerzas para avanzar sobre Cajamarca.

Por su parte, Recabarren sabía que en ese mismo pueblo se encontraba Jesús Elías, designado Jefe Político y Militar del Norte por el Gobierno de Arequipa, en reemplazo de Iglesias.

En aquella reunión de los dos veteranos quedó resuelto que Recabarren avanzaría con una sección del ejército hasta Sayán, para

sumarse allí a la montonera de Leoncio Prado y juntos atacar Cajamarca.

—Pero para conseguir que tu división pase intacta hacia el norte —razonó Cáceres— será preciso que anulemos las guarniciones militares chilenas establecidas en la costa, entre Chancay y Guacho.

Para conseguir aquel fin, el caudillo serrano forjó el más audaz de los proyectos: distraer la atención de los chilenos atacando él mismo la guarnición de Chancay, ubicada apenas a cuarenta kilómetros de Lima.

El ejército serrano reanudó su avance hacia la costa. Cáceres, poseído por una vanidad mesiánica, parecía no medir el enorme riesgo del golpe que se proponía dar y ninguno de los jefes que le seguían en el mando se atrevió a objetar su plan.

La marcha desde Canta hacia la costa se hizo de noche y por el fondo de la quebrada, hasta llegar a la garganta de Huamantanga. En ese poblado, el caudillo alistó en su ejército, por medio de la fuerza, a los soldados dispersos que habían pertenecido a la montonera del coronel Vento. Pero, infatuado por su creciente poder y espoleado por la prisa, olvidó considerar que numerosos canteños leales al coronel Vento quedaban escondidos en los alrededores de Huamantanga. Éstos abandonaron sus escondrijos, tan pronto el general prosiguió su marcha hacia Chancay, y fueron a encontrar al coronel Vento en la aldea de Yipata. El hacendado canteño se lanzó hacia Lima a todo galope, para llevar a Lynch la noticia de que Cáceres avanzaba hacia la costa para atacar a la guarnición chilena de Chancay, con novecientos hombres. Al mismo tiempo, lo informó sobre las órdenes que habían recibido Isaac Recabarren y Leoncio Prado para atacar Cajamarca.

—¡Descastados! —fue el epíteto que les aplicó el contralmirante —. Ambos traicionan la palabra que empeñaron con nosotros. Pues bien, son sus vidas las que ponen a precio desde este momento mismo.

Con la misma rapidez con que el caudillo serrano había urdido su plan, Lynch dispuso el suyo. En Chancay se encontraba de guarnición una sola compañía del batallón «Aconcagua», bajo el mando del capitán José Vicente Otero. Lynch decidió mantenerla allí, como un cebo, sin siquiera prevenir a su jefe del peligro que se le avecinaba. Pero, valiéndose de sus expertos en la topografía de

esa zona, calculó que la división de Cáceres tardaría no menos de dos días en llegar desde Huamantanga a Chancay. Poseedor de este dato, averiguó que un barco en navegar desde el Callao hasta Chancay demoraría veinte horas. Dio entonces orden de que partiera inmediatamente la corbeta *Chacabuco* con ese rumbo, indicando a su comandante que recogiera a bordo a la compañía del «Aconcagua» que estaba en Chancay. Simultáneamente dispuso que los batallones «3.º de Línea» y «Coquimbo», una batería con cuatro piezas de montaña del N.º 2 de Artillería y cincuenta jinetes del «Carabineros de Yungay» embarcaran en el monitor *Huáscar* y el transporte *Amazonas*, los que deberían zarpar aquella misma noche también hacia Chancay.

Lynch pensaba mantener a los escasos hombres que formaban la guarnición de ese puerto como un señuelo que atrajera a Cáceres; los sacaría del peligro en el último instante y, tan pronto la división serrana se presentara en Chancay, desembarcarían sorpresivamente los batallones chilenos embarcados en el *Huáscar* y el *Amazonas*.

Además, calculando que la ligereza de las tropas serranas podía permitirles distanciarse de los batallones durante el desembarco, determinó enviar una segunda fuerza, por tierra, para cortar la retirada de Cáceres. Para esta difícil maniobra, seleccionó a las tropas más fogueadas que tenía bajo su mando: el coronel Martiniano Urriola, con medio batallón del «Buin», reforzado con el «7.º de Línea». El avance de esta fuerza debería comenzar en Chosica ascendiendo hasta Yangas por senderos de cabras; de ahí pasaría a Huamantanga. Si la división de Cáceres, viendo cortada su retirada, se lanzaba por otro camino hacia las cumbres, debería interceptarle el paso más arriba, trepando hasta Sumblica.

Para guiar a esta columna se ofreció el coronel Vento, pero el contralmirante Lynch, cauteloso como siempre, dispuso que interviniera también un guía chileno, el mayor Manuel Rodríguez.

Entretanto, el general Cáceres transmontaba las serranías exigiendo la máxima rapidez a sus tropas. Había abandonado Huamantanga el 17 de marzo a media tarde. Al día siguiente marcharon sin descanso durante la jornada completa y acamparon

en la hondonada de Lacón. Allí el caudillo encontró a Elías Mujica, nombrado prefecto de Lima. La entrevista que sostuvieron en la mañana del 19 demoró la partida de la columna en varias horas. Luego, la marcha se reanudó lentamente, con toda clase de precauciones, llegando al pueblo de Palpa, situado a cinco leguas de Chancay, al anochecer. Molesto por haber demorado más de dos días y medio en la travesía, el general Cáceres dio apenas un breve descanso a sus hombres y prosiguió la caminata durante la noche.

En las primeras horas de la madrugada, la columna serrana llegaba a los lindes del puerto en plena obscuridad. Una vaporosa tormenta azotaba la costa, haciendo resonar los golpes del mar en los cerros espaldares. Cáceres sonrió diabólicamente al comprobar este hecho. Sabiendo a sus enemigos encerrados en Chancay, dispuso que sus batallones envolvieran al puerto con un doble cerco de fusiles y lanzas, y ordenó que el ataque comenzara a las seis de la mañana.

Por otro lado, el cálculo en que el contralmirante Lynch basara su plan había resultado exacto: el ejército serrano entraba a Chancay justamente después de dos días y medio de marcha.

La tempestad trastornó en forma irremediable los propósitos chilenos.

Aunque en la negrura de la noche se alcanzaban a divisar las luces de la corbeta *Chacabuco* pasando frente a Chancay, de los barcos que transportaban las tropas del coronel Arriagada, el *Huáscar* y el *Amazonas*, no se divisaba ni una sombra. Las dos naves, asaltadas por el viento y las olas, se habían visto forzadas a mantenerse en alta mar, capeando la tempestad.

Descontrolado totalmente, enfermo por el mal del mar, el coronel Arriagada se desesperaba imaginando que la pequeña guarnición que estaba en tierra bajo el mando del capitán Otero sería irremediablemente destrozada por el ejército de Cáceres.

Cuando amaneció, la tempestad amainó un tanto; la corbeta *Chacabuco* había logrado introducirse en la bahía de Chancay y recoger a la guarnición de tierra. A su vez, el monitor *Huáscar* navegaba a sotavento del *Amazonas*, un poco más hacia alta mar.

La confianza volvió al ánimo de Arriagada y se dispuso a desembarcar sus tropas. Pero, pese a que el día se mostraba diáfano y con sol brillante, la braveza del mar no decrecía y a medida que

los transportes se aproximaban a la costa, era dable apreciar que el desembarco tendría contornos extremadamente peligrosos.

Como la visibilidad era perfecta, no tardó el jefe del Estado Mayor, teniente coronel Florentino Pantoja, en advertir que los cerros traseros de Chancay estaban llenos de tropas de Cáceres.

Arriagada quiso realizar el desembarco en las condiciones que fueren. No obstante, cada vez que se intentó bajar las lanchas al embravecido oleaje, se tuvieron que lamentar consecuencias desastrosas.

Entretanto, los vigías del general Cáceres, que habíanse percatado de la presencia de las naves chilenas, llevaban la alarma a su jefe. Y éste, comprendiendo el enorme número de enemigos que se les vendría encima, ordenaba el abandono de Chancay y el apresurado regreso hacia el interior del territorio.

Durante todo el 20 de marzo las tres naves chilenas tuvieron que mantenerse ancladas en medio de la bahía. Sólo el 21 en la mañana fue factible el desembarco. Pero, aun así, una lancha cargada con las cuatro piezas de la artillería de montaña se estrelló contra los puntales del muelle y sus dos bogadores perecieron ahogados. Los irreemplazables cañones se salvaron gracias al valor y la fortaleza del inglés William J. Hart, práctico de la bahía que acompañaba a la fuerzas.

Pero cuando la división de Arriagada estuvo completa en tierra, el ejército serrano les llevaba una ventaja de dos días. A pesar de ello, el coronel Arriagada ordenó la persecución y la tropa se puso en marcha, encabezada por los cincuenta jinetes del «Carabineros de Yungay», que servían de escolta al comandante en jefe.

Pero engañada dos días por los mulatos que encontraron en el pueblo de Guaral, la columna tomó un camino errado que la llevó hasta la hacienda de Huando. En ese punto, el propio dueño de la vasta heredad, Miguel Ordóñez, fervoroso partidario del general Iglesias, sacó de su error a los jefes, y la columna debió regresar a Guaral, para retomar el camino que verdaderamente había seguido el ejército serrano.

El coronel Arriagada no se dejó amilanar por estos trastornos e insistió en la entorpecida persecución, aferrándose a la esperanza cierta de que la división del coronel Urriola, cruzando desde Chosica por la retaguardia, cortaría la retirada al ejército serrano.

No podía imaginar que ésta podía fracasar también, traicionada por los elementos. La tormenta que había enfurecido al mar se había descargado igualmente sobre tierra en forma de furioso vendaval, acompañado de un caótico aguacero que convirtió las quebradas en torrentes bramadores.

Los batallones que comandaba el coronel Urriola habían ascendido por la quebrada de Santa Eulalia hasta Carampoma y entonces debían lanzarse al difícil cruce de los montes de Larao, única ruta para descolgarse sobre la quebrada de Araguay, paralela a la de Canta. Pero, por obra de la tormenta, el sendero, elevado a dos mil quinientos metros, se sumía en una espesa penumbra.

Adelante iba el coronel Vento, seguido por el mayor Rodríguez, que avanzaba cogido de la cola del caballo del peruano. Ambos guías se daban perfecta cuenta de que era suicida continuar en esas condiciones, pero mantenían la marcha, ofuscados ambos por las distintas razones que tenían para llegar al campamento del general Cáceres. La amenaza de la obscuridad hacía más apremiante la situación.

Repentinamente, en la sección de la artillería se oyó un confuso pataleo de caballos seguidos por un relincho de pavor que se perdió en el abismo. Era que uno de los artilleros se había precipitado al barranco insondable junto a su caballo.

—¡Alto!… ¡Alto! —se oyó gritar al coronel Urriola.

El coronel siguió clamando en demanda de los guías y Rodríguez se vio forzado a retroceder en sentido inverso a la columna, equilibrándose por el resbaloso borde de la estrecha cornisa. El jefe de la expedición estaba trastornado cuando el explorador llegó junto a él.

—Tenemos que volver atrás, mayor —le dijo nerviosamente—. Sólo me atrevería a seguir avanzando si tuviera la seguridad de que existe algún sitio extendido más adelante.

Rodríguez negó moviendo la cabeza con ademán sombrío.

—¡El sendero sigue igual, estrecho y suspendido sobre el abismo hasta Araguay! —le aseguró.

El coronel Urriola no hallaba qué hacer.

—Regresemos al punto de partida —resolvió, por fin, profundamente afligido—. El comandante Holley ha retenido al «7.º de Línea» tres kilómetros más atrás y acaba de comunicarme que no

está dispuesto a sacrificar a sus soldados en esta marcha espantosa. Yo tampoco deseo matar a los míos en estos abismos.

—Pero, mi coronel, es preciso cortar la retirada al ejército enemigo —le recordó Rodríguez.

Urriola se debatió, desesperado:

—Dígame con franqueza, mayor, ¿cree posible hacer pasar a los dos batallones y a la artillería por sobre estos picachos infernales en medio de la tormenta?

—Yo he hecho esta travesía en otra oportunidad —se obstinó Rodríguez.

—Sí, lo acepto, pero usted es un hombre solo y acostumbrado a todos los caminos —le opuso Urriola con fastidio—. En cambio, ahora se trata de mil trescientos hombres con su impedimenta. Dígame sinceramente, si la responsabilidad fuera suya, ¿arriesgaría a sus hombres en una marcha semejante?

—No, mi coronel —replicó Rodríguez—. Llegaríamos, sí, pero menos de la mitad. Los demás serían arrastrados por las rocas que desgrana la lluvia en las alturas o resbalarían en el fango que hace jabonoso el suelo.

—Ni una palabra más entonces —determinó Urriola—. Regresamos a Larao y damos por fracasado el intento.

El contralmirante Lynch recibió casi al mismo tiempo la noticia del fracaso de las dos expediciones. Su secretario, el teniente Alberto del Solar, creyó que estallaría en uno de sus temibles raptos de cólera, pero no fue así, sino que permaneció frío, con el ceño duramente fruncido. Su único comentario fue:

—El ejército chileno ya no tiene jefes como los de antes, como Pedro Lagos o Santiago Amengual.

Luego se enfrascó en los comunicados que habían enviado los coroneles Arriagada y Urriola, de los cuales se desprendía que el general Cáceres había vuelto a refugiarse en las alturas de Canta. Obstinado en la idea de que mientras el caudillo serrano no desapareciera del escenario no sería posible llegar a una paz verdadera, decidió emprender la más grande campaña contra él.

Aquella misma tarde reunió a los jefes principales en un formal

consejo de guerra y les expuso su propósito, conminándolos a tomar todas las medidas necesarias para que la expedición partiese al cabo de cuarenta y ocho horas. Buscando dar al comandante León García la oportunidad de rehabilitarse, le confió el comando superior de las fuerzas que iban a entrar en acción, señalándole como objeto único de su misión el de encontrar al general Cáceres y exterminarlo junto con todos los hombres que componían su ejército.

—Si el ejército serrano huye, debe usted perseguirlo hasta las agujas de las cumbres más altas. Y escúcheme bien: ni usted ni sus soldados podrán volver a presentarse ante nosotros mientras no hayan cumplido lo que se les ordena —expresó Lynch—. El regreso de ustedes a Lima debe ser trayendo la cabeza de Cáceres. Y escuche usted también esto otro: como los enemigos que van a perseguir constituyen tropas irregulares, compuestas de montoneras y bárbaros, deberán tratar a los jefes y oficiales que aprisionen con la máxima severidad; y como muchos de ellos han sido nuestros prisioneros, tendrán que fusilarlos de inmediato.

La división destinada a la nueva campaña se reunió en la madrugada del 6 de abril en la estación Santa Rosa. Estaba compuesta por el batallón «Buin» y el batallón «Arica», más seis piezas de artillería de montaña, cien granaderos a caballo, cincuenta mulas y borricos para transporte. Como escolta y para servicio de exploración marchaban cincuenta jinetes del «Carabineros de Yungay», bajo el mando del mayor Manuel Rodríguez. García se estacionó en el andén desde muy temprano y asistió con gesto agrio y mirada hosca a la incorporación de los batallones a las filas a medida que iban llegando. Era hombre de pésimo carácter y de muy poca desenvoltura. Estaba curtido y agriado por una vida entera malgastada en las luchas contra los indios en la frontera de Arauco. Formando parte de aquellas guerrillas, había ascendido desde soldado raso hasta oficial y jefe. Sabía que no contaba con simpatía alguna entre la tropa, ni menos en la oficialidad, y eso lo hacía aún más duro.

Aquella mañana, un factor inesperado vino a acrecentar su acritud: el Comando en Jefe introdujo en la expedición al coronel peruano Luis Milón Duarte, al frente del batallón «Concepción», de trescientas plazas, el cual tenía como misión reclutar tropas en la provincia de Canta. También formaban en esa sección los coroneles

Vento y Vargas, que debían movilizar en favor de la columna a todos los partidarios del general Iglesias que existieran en dicho territorio.

Desde el momento mismo de la partida, la marcha de la división tuvo un cariz desagradable. Segundos antes de ponerse en movimiento, el coronel García había dado las instrucciones necesarias a los guías, planificando llegar a Canta en cinco jornadas.

—¿Es posible realizar ese trayecto en el tiempo calculado? —preguntó a los guías.

Éstos se miraron entre ellos, como consultándose, y el mayor Rodríguez respondió con sonrisa esquiva:

—Es posible, pero los soldados llegarán reventados a Canta.

—Eso lo veremos —replicó torvamente García y, sin más, dio la orden de marcha.

Sepultando en el cauce del río Rímac carros de arrastre atados en forma de rosario y nivelando sobre sus cubiertas anchos tablones, se improvisó un puente, por el que la columna fue pasando cautelosamente. Y mientras se practicaba esa operación, el comandante del «4.º de Línea», Luis Solo Saldívar, y el segundo comandante del «Buin», mayor Daniel Silva Vergara, se acercaron a Rodríguez con aire misterioso.

—Mayor —le dijo Solo Saldívar—, en las instrucciones de mi coronel León García hay algo que no entendemos. Dicen: «de Nievería a Puna Bamba, cinco leguas. De Puna Bamba a Quilcamachoz, cinco leguas. De Quilcamachoz a Lachaqui, cinco leguas. Y de Lachaqui a Canta, tres leguas». ¿Son, en verdad, ésas las distancias?

Rodríguez sonrió con expresión aviesa.

—Sí, señores —afirmó—; pero son leguas peruanas; es decir, de cien cuadras cada una y equivalen a poco menos de tres leguas corrientes.

—¡Caramba! —calculó rápidamente Solo Saldívar—. Cada legua de ésas tiene entonces doce kilómetros. Es decir, que las tropas van a tener que marchar sesenta kilómetros diarios.

—¡Y subiendo por esos senderos infernales! —terció Silva Vergara en son de protesta.

—Y combatiendo constantemente contra las montoneras de Cáceres que infestan la región, señores —les completó el sombrío

cuadro Rodríguez.

Los dos jefes de los batallones quedaron alelados; comprendían perfectamente que los soldados iban a quedar destrozados por aquella marcha. Pero ninguno de los dos se atrevió a enfrentar al coronel León García y se resignaron a continuar en la descabellada empresa.

21

El contralmirante Lynch y el ministro plenipotenciario Jovino Novoa iban en silencio mientras el coche que los conducía rodaba suavemente por las calles centrales de Lima. El general en jefe vestía de civil, como su acompañante.

Se dirigían a la solemne tenida masónica, a la que habían sido citados en la víspera. Los dos pertenecían a logias dependientes del Gran Oriente de Chile, y en Lima no habían tenido contacto sino con los dignatarios del Gran Oriente del Perú; por eso acudían un tanto desorientados a una reunión provocada por el Venerable Maestro de la Logia Orden y Libertad N.º 1, de la que no tenían ni el menor informe.

Intrigados pero no recelosos, entraron al recinto en que se hallaban reunidos los hermanos de esa logia, y al trasponer la puerta se quedaron atónitos. Entre los concurrentes, vieron una veintena de rostros conocidos, de jefes y oficiales del ejército de Chile. Y aún más, observaron en el sitial máximo, revestido con las insignias de General de Maestros, al coronel Estanislao del Canto. Cumplidas las ceremonias rituales, fueron informados de que en aquella logia estaban registrados numerosísimos militares chilenos, entre los cuales podían contarse los coroneles Samuel Valdivieso, Carlos Wood, Juan León García, Demófilo Fuenzalida, Waldo Díaz, Eulogio Robles y Manuel Barahona; el comandante Francisco Javier Zelaya, el mayor Alejandro Baquedano, el capitán cirujano Federico Arnao, el mayor Enrique del Canto, el comandante Luis Solo Saldívar, el capitán Belisario Amor, el teniente Abel Ilabaca, el capitán Galo Irarrázaval, el mayor Lucindo Bicivinger, el capitán Severo Amengual, el capitán Arístides Pinto Concha, el comandante Florentino Pantoja, el comandante Ildefonso Álamos y muchos

oficiales más jóvenes y de menor graduación.

La sorpresa de Lynch no fue por el hecho de ver a tantos militares chilenos dentro de la masonería, sino por encontrarlos afiliados a una logia nacida en Lima y de reciente constitución. Sobradamente conocía que gran parte de los jefes destacados en los cuatro años de campañas pertenecían a la masonería. Eran masones José Francisco Vergara, el coronel Emilio Sotomayor, los dos hermanos Dublé Almeyda, los coroneles Pedro Lagos, José Velásquez y Arístides Martínez; el jefe del servicio sanitario, doctor Manuel Allende Padin, el comandante Juan José Latorre, el capitán Manuel Thomson, así como también lo habían sido el contralmirante Miguel Grau y el comandante Alfonso Ugarte, estos últimos dos, héroes peruanos.

Cuando Del Canto, oficiando como venerable maestro, comenzó a hablar e hizo la presentación de dos masones de logias peruanas participantes en la tenida, Lynch abrió desmesuradamente los ojos al reconocerlos; uno era el antiguo alcalde de Lima, coronel Rufino Torrico, y el otro, Mariano Castro Saldívar, cuñado del general Miguel Iglesias.

—Queridos hermanos —comenzó Estanislao del Canto—, el invitar a esta tenida solemne a los hermanos Torrico, Castro Saldívar, Lynch y Novoa, no obedece a otro fin que el de continuar en la misma ruta de conciliación y concordia que iniciaron en años anteriores el Supremo Consejo y Gran Oriente del Uruguay y la Logia Alemana «Eintracht» de Lima, los cuales, independientemente, han tratado de inducir a los poderes masónicos de Chile y Perú a celebrar una paz pronta y humanitaria.

«Actualmente, es la Logia de Cajamarca la que nos llama a la reconciliación, por medio de su mensajero, el hermano Castro Saldívar, quien ha venido a Lima trayendo la representación del venerable maestro de esa logia, general Miguel Iglesias, el cual con sacrificio de su futuro y arrostrando los anatemas de todos los caudillos y políticos peruanos, ha enarbolado la antorcha de la paz.

»Hemos querido dar un paso más para que los anhelos fraternales y bien inspirados puedan cristalizar. Para eso hemos ordenado esta tenida solemne. En ella se entenderán francamente, y de hermano a hermano, los altos representantes de Chile y los delegados del Gobierno recientemente establecido en Cajamarca. Es

el deseo ferviente y unánime de todos los hermanos de la Logia Orden y Libertad N.º 1 que de este cambio de opinión comience a nacer la luz de la paz».

Un misterio lógico y profundo envolvió los detalles de los debates realizados en aquella reunión masónica, pero los resultados de ella fueron notorios a corto plazo.

Convencidos los representantes del Gobierno chileno de la honestidad de los propósitos del general Miguel Iglesias, desde aquel momento le brindaron todo su apoyo. Iglesias solicitaba que se concediera la libertad y los medios para regresar al Perú a dos de los políticos desterrados en Chile, José Antonio Lavalle y Andrés Avelino Aramburú. Su petición fue aprobada y el contralmirante Lynch ofició al Gobierno chileno de la sugerencia.

Justamente cuando se alejaba leyendo el oficio confidencial en que el presidente de Chile, Domingo Santa María, le comunicaba que los dos personajes peruanos viajaban ya hacia Lima, una desagradable noticia vino a echar por tierra su contento.

El teniente coronel Francisco Javier Zelaya, agregado al Estado Mayor de la división que se encontraba en la sierra, se presentó sorpresivamente en el Palacio de Gobierno de Lima. Había tenido que engañar a su jefe, el coronel León García, para bajar a la capital con un falso pretexto. La causa fue confesada al contralmirante Lynch.

—Las tropas de la división de la sierra están a punto de amotinarse contra el coronel León García. Se han acumulado excesivas cosas graves, que pueden tener como consecuencia un motín sangriento. Es para que usted dicte alguna medida destinada a evitar esa vergüenza que he venido a Lima. El batallón que está al borde de su rebase es nada menos que el propio cuerpo del coronel, es decir, el «Buin».

—¿Pero cómo ha podido llegarse a este estado de cosas? —inquirió Lynch.

—Porque mi coronel León García es despótico e inhumano con los soldados. Los esfuerzos y sacrificios que les ha exigido rayan en la crueldad más refinada.

—¿Cómo es eso? Cuénteme todo desde el principio.

Como lo habían temido los comandantes de batallones, las marchas diarias de la columna habían sido de sesenta kilómetros y

en ascenso constante. Para agravar las penurias, las avanzadas habían tenido que combatir constantemente contra los montoneros. También hubo un error de cálculo del coronel al medir la distancia entre Puna Bamba y Quilcamachoz. Él habló de cinco leguas peruanas y en realidad eran trece. Aquel error significó una marcha de ciento cincuenta kilómetros por senderos estrechos, suspendidos sobre abismos helados. Los soldados llegaron a Quilcamachoz calados por la lluvia, entumecidos de frío y reventados de cansancio.

—El campamento se estableció en plena altura, con el termómetro bajo cero y azotadas las tiendas por un viento congelante —prosiguió el comandante Zelaya—. Los víveres escaseaban ya y era imposible cocinar un rancho caliente. Al alba siguiente, los montoneros habían coronado las alturas vecinas y fue preciso que un destacamento del «Buin» ascendiera por los flancos y los baleara. Esa cacería duró todo el día y se volvió a acampar a campo raso. Sólo en la mañana el 12 de abril la división consiguió entrar en Quilcamachoz. El coronel García, frenético porque no se había cumplido el itinerario como él lo dispusiera al emprender la marcha, descargó su furia contra cinco soldados del «Buin», que faltaron a la lista de la mañana. Los hizo atar en medio de la plazuela del pueblo y ordenó que se les aplicaran veinticinco palos a cada uno.

—¡Qué barbaridad!… —no pudo menos que exclamar el contralmirante.

—Poco después llegó a nuestro campamento el cura párroco de Canta, quien traía un mensaje del teniente gobernador de Lachaqui —continuó relatando Zelaya—. Éste anunciaba a nuestro coronel que el pueblo se rendía, suplicándole que lo ocuparan pacíficamente. Eso se hizo aquel mismo día, pero los soldados estaban en el grado máximo de la extenuación y esa noche no tuvieron rancho.

—¿Es posible que un jefe descuide así sus deberes más elementales? —discurrió Lynch, sin poder dar crédito a lo que oía.

—Desgraciadamente, el coronel León García no reconoce ningún deber de parte suya hacia sus soldados, salvo ordenarles seguir adelante. El tratamiento que ha dado a los enfermos es inhumano. Los obliga a continuar marchando. Y aquellos que, por la

notoriedad de su mal, son aceptados como enfermos por el coronel, van quedando abandonados en los caseríos. Pocos serán los que salven.

—¿Dónde están esos enfermos, comandante Zelaya?

—Actualmente, en las vecindades de Canta, mi general. Este último pueblo fue ocupado por nuestras tropas el 13 de este mes.

—¿Acaso el ejército de Cáceres no logró ser batido?… —le indagó Lynch con ansiedad.

Zelaya movió negativamente la cabeza.

—El general Cáceres huyó hacia Chicla dos días antes. Dejó en Tarma al coronel Manuel Reyes Santa María. Pero ese jefe no se sintió con fuerzas suficientes para oponérsenos y huyó con sus tropas hacia Tarma.

—¿Y por qué demonios no lo ha atacado el coronel García, como se le ordenó? —rabió Patricio Lynch.

—Porque las más horribles tormentas de viento y nieve han borrado los senderos y azotan las montañas en forma inclemente —le explicó Zelaya—. El coronel García está bloqueado en Canta con toda la división, y esto le provoca un malhumor tan violento que todos los días, por los motivos más insignificantes, hace dar de palos a los soldados.

El comandante Zelaya, aunque hablaba con ciertas reticencias, iba poniendo en claro ante el general en jefe el estado de auténtica locura en que se hallaba el jefe de la expedición.

El contralmirante Lynch comenzó a pasearse por su despacho, exasperado. Comprendía que era forzoso remover del mando de la división expedicionaria a García, pero pensaba, al mismo tiempo, que no era prudente hacerlo en ese momento, estando lejos y en plena operación. El único remedio que se le ocurrió entonces fue enviar a ese lugar a otro jefe de mayor graduación.

—Si el enemigo se ha trasladado a la quebrada de Huarochirí, lo atacaremos en ella —discurrió—. Vuelva a Canta, comandante, y guarde secreto sobre lo que hemos conversado. Llevará un comunicado mío al coronel García, en el que le ordenaré atacar a Cáceres en Chicla, pero sepa que, al mismo tiempo, haré subir otra división por el interior de la quebrada de Huarochirí. En Chosica está el coronel Martiniano Urriola con los batallones «7.º de Línea», «Miraflores» y ciento cincuenta hombres del «Buin». Esta columna

subirá también hasta Chicla, y cuando las dos se encuentren tomará el mando total de la expedición el coronel Urriola.

El comandante Zelaya hacía gestos aprobatorios a medida que Lynch iba exponiéndole su pensamiento, pero cuando éste terminó de hablar, le expresó:

—Mi general, la quebrada de Huarochirí está interceptada por una numerosa fuerza enemiga, que manda el segundo jefe del ejército serrano, coronel Francisco de Paula Secada.

Lynch esbozó un ademán de fastidio.

—Habrá que pasar sobre esa fuerza enemiga y subir por la quebrada —determinó—. Urriola tendrá que abrirse paso a sangre y fuego a través de los pueblos de San Bartolomé, Matucana y San Mateo; pero deberá llegar a Chicla. Si, además, logra reparar el ferrocarril que une a ese pueblo con Lima, podremos enviar aceleradamente los batallones necesarios para exterminar a Cáceres.

La segunda columna destinada a perseguir al caudillo serrano se puso rápidamente en movimiento, precedida por los ciento cincuenta hombres del «Buin», que guiaba el mayor Daniel Silva Vergara.

La vanguardia llegó en la tarde del primer día hasta la hacienda y desfiladero de Santa Ana, sufriendo la desastrosa sorpresa de entrar a terreno minado con bombas enterradas, las que mataron a cuatro buines. Al ruido de las explosiones, los montes laterales se llenaron con centenares de montoneros que hicieron llover tiros y galgas sobre la partida exploradora. El mayor Silva Vergara tuvo que replegarse.

El coronel Urriola estudió cuidadosamente la situación. Se hallaba ante un desfiladero cuyos bordes superiores estaban ocupados por más de ochocientos enemigos. No podían cruzarlo ni por el camino lateral ni por lo alto de los paredones que eran intransitables.

En aquellos momentos de irresolución, el teniente José Miguel Ureta, del «7.º de Línea», se presentó ante su comandante, el coronel Holley. En años anteriores, había pasado largas temporadas en la hacienda Santa Ana:

—La conozco palmo a palmo, mi coronel —aseguró el teniente —. Creo que podría guiar a nuestro batallón hasta la cumbre del cerro donde tienen sus campamentos los montoneros.

Aquella misma noche, el «7.º de Línea» abandonó el campamento con todo sigilo. Las compañías retrocedieron en dirección a Chosica y en ese punto bajaron al lecho del Rímac. Éste descendía de las cumbres bramador y con sus aguas hirvientes de espuma.

El teniente Ureta sondeó la corriente con cuidado y cuando halló un vado hizo señas hacia los hombres de su compañía. El más fuerte de ellos se envolvió la cintura con un lazo cuyo extremo estaba atado a la montura del oficial. Haciendo una cadena humana, un grupo de soldados cruzó y dejó extendida una gruesa cuerda, que serviría de apoyo a los demás soldados durante la travesía.

Poco antes de la medianoche, el «7.º de Línea» había flanqueado el cerro donde asentaban su campamento los montoneros y enfrentaba su ladera de retaguardia.

El teniente Ureta se acercó al coronel Holley y le señaló hacia lo alto. La ladera del cerro en aquel punto tenía una pendiente suave y era fácil escalarla en línea recta.

Holley desplegó al batallón a lo largo de la base del cerro y dio orden a los soldados de comenzar a escalarlo a paso de lobo.

El «Batallón de los Pijes» no entraba en batalla con su dotación completa desde el día en que realizó su incontenible asalto al portezuelo de San Juan, en Chorrillos. En diez minutos subieron hasta la mitad del monte. Desde ahí distinguían la explanada donde dormían los montoneros enemigos. Con las mandíbulas apretadas, se aprestaron para un salvaje asalto. Pero, inesperadamente, un hombre de la segunda compañía asentó mal el pie sobre una piedra suelta y rodó arrastrando gran cantidad de pedruscos, que resbalaron estrepitosamente cerro abajo. Los soldados se detuvieron con las respiraciones contenidas. Imaginaban ya que el ruido había pasado inadvertido para los centinelas enemigos, cuando un disparo de fusil rasgó el aire. Era inútil guardar más precauciones. El coronel Holley alzó su sable y gritó a todo pulmón:

—¡Batallón, a la carga…, carrera mar! ¡Calar bayonetas, mis séptimos!… ¡A degüello!…

Los montoneros, arrancados bruscamente de su sueño, presas de la más caótica desorientación, empezaron a disparar en todos sentidos. Sus jefes difícilmente lograron encauzar sus disparos hacia el costado posterior del cerro y, cuando lo hicieron, ya los séptimos

llegaban a la cumbre.

Los montoneros, atrapados entre el precipicio y el muro de bayonetas filosas y tajantes de los séptimos, apenas atinaron a ofrecer una débil resistencia, cayendo exterminados por centenares. Los escasos sobrevivientes se echaron a rodar por las laderas, refugiándose en las sombras de las hondonadas. Antes de veinte minutos no quedaban sobre la meseta más que los cadáveres de muchos montoneros y un grupo de diecisiete cautivos, que fueron fusilados en el sitio mismo.

El abanderado del «7.º de Línea» clavó el estandarte en el lugar más alto y en torno a él encendieron cuatro fogatas, para que fuera visible desde el campamento chileno ubicado en la boca del desfiladero.

Al alba, el coronel Urriola formó el resto de la división en el bajo y dio orden de marcha. Su propósito era llegar en una sola jornada hasta el viaducto de Puruhuay, lugar ya muy próximo a Chicla.

Aquel mismo día los alcanzó sobre la marcha un mensajero venido de Lima, con un parte en que el cuartel general informaba que el coronel García había recibido orden de abandonar el pueblo de Canta y cruzar las montañas para atacar al ejército serrano en Chicla.

Urriola, que sentía una antigua animadversión contra García, ordenó a sus oficiales forzar la marcha de la columna para llegar al punto de ataque antes que éste. Pero el teniente Ureta, que seguía guiando al «7.º de Línea», regresó junto a su comandante a media tarde informando que el viaducto de Puruhuay había sido dinamitado por los soldados de Cáceres y que resultaba punto menos que imposible que el personal de ingenieros chilenos pudiera reparar el puente.

—Al otro lado de la profunda garganta, sobre el borde del gigantesco murallón de rocas, se aposta una numerosísima tropa enemiga, a la que secundan varios millares de indios —resumió el teniente Ureta—. ¡Ay de aquel de nosotros que se atreva a acercarse a la cabeza del puente; lo acribillarán desde lo alto!

El coronel Holley temió que las tropas del «Buin» y del «Miraflores», que marchaban por el camino del bajo con el coronel Urriola, pudieran llegar al puente sin percatarse del peligro que los

acechaba, y le envió un mensajero a toda prisa. La respuesta del jefe de la expedición fue de reunirse todos en el camino a distancia prudente de la grieta cataclísmica, sobre la cual se hallaba tendido el viaducto de Puruhuay.

Después de una sostenida conversación con los jefes de los batallones, el coronel Urriola concluyó que no podían resignarse a ver interrumpida la marcha por aquel obstáculo y consideró oportuno arriesgarse a forzar aquel paso. Para ello, ordenó al mayor Quintavalla que descendiera con dos compañías hasta la cabecera del puente, guiados por el teniente Ureta.

Esta pequeña columna, compuesta por trescientos veintinueve soldados, avanzó cautelosamente, siguiendo la línea del tren. Ocho exploradores a caballo marchaban adelante vigilando el camino, mientras los soldados del «Miraflores» los seguían, reparando la vía férrea y el alambre del telégrafo en los sitios en que estaban cortados.

Después de cuatro horas de tan laboriosa marcha, la expedición asomó sobre la estrecha garganta de Puruhuay. Era ésta una gigantesca grieta abierta en la montaña, por la que se precipitaba torrentosa el agua en la época de las grandes lluvias. Para poder dar paso al tren que unía Lima con Chicla, los ingenieros ferroviarios habían enclavado allí una audaz obra de hierro, piedra y concreto. Pero los durmientes y los rieles de la vía férrea habían sido volados a dinamitazos, quedando solo los enormes arcos de hormigón.

El mayor Quintavalla dio la voz de alto en el recodo anterior al viaducto y observó la pared rocosa del otro lado de la grieta, siguiendo las indicaciones del oficial guía.

—Allá arriba, escondidos tras el reborde del paredón, están los enemigos —le señaló Ureta. Y ambos comprendieron que era imposible llegar hasta el punto que ocupaban, pues éste se elevaba a más de ciento cincuenta metros sobre los restos del viaducto. También se daban cuenta de que los soldados que descendieran a trabajar en el puente serían irremisiblemente aplastados por las galgas de los montoneros.

Sin embargo, Quintavalla comenzó a abrigar una vaga esperanza. Por más que observaba con profunda atención, no divisaba ni la menor manifestación humana sobre el borde de la muralla rocosa. Por eso decidió hacer un tanteo para lograr que los

enemigos se pusieran en evidencia. Con este fin ordenó al teniente Santos que bajara con la segunda compañía del «Chacabuco» hasta el puente.

—Si se produce alguna alarma, repliégúense a la carrera —fue su última advertencia.

El grupo de hombres designados fue descendiendo rápidamente por el trazado de la línea férrea. El mayor Quintavalla, con sus prismáticos, espiaba con profunda atención el borde superior del paredón opuesto. Pero en él no se advertía ningún movimiento sospechoso. Sin embargo, repentinamente, sin que asomara enemigo alguno, estremecieron el aire encerrado en la garganta numerosas explosiones, seguidas de gritos de dolor. El mayor comprendió de inmediato su origen.

—¡Quietos! —gritó—. ¡El suelo está minado!… ¡No se mueva nadie!

Los soldados se inmovilizaron, sin atreverse a pisar.

Olvidando toda precaución, el mayor Quintavalla descendió a la carrera y tras él fueron sus ayudantes. Entretanto, el teniente Santos examinaba el terreno sobre el cual se hallaba con sus soldados, buscando, sin moverse, los pequeños promontorios que delataban las minas enterradas.

Pasado el primer momento de desconcierto, los hombres fueron recogiendo a los heridos. Guiados por el mayor, los sacaron del sitio peligroso, mientras el resto de la compañía señalaba la ubicación de las minas enterradas, clavando una bayoneta junto a cada una de ellas. Quintavalla hizo señas al resto de sus hombres para que descendieran también al puente.

Quintavalla volvió a observar con sus prismáticos los bordes de la garganta y se afirmó en su idea de que los enemigos se habían marchado, conformándose con dejar minado el camino de acceso al puente. No obstante, el teniente Ureta no parecía convencido.

—Sea como fuere, estamos perdiendo un tiempo que podríamos aprovechar en iniciar la reparación del puente —razonó Quintavalla y dio órdenes inmediatas para que los carrilanos y dos compañías del «Miraflores» comenzaran a trabajar. Al mismo tiempo, el teniente Santos debía distribuir por los contornos a los soldados del «Chacabuco», para que protegieran a los trabajadores.

Repentina y silenciosamente, brotó una línea de cabezas sobre el

borde del paredón de rocas. Afanados en su labor, los chilenos no levantaron sus ojos, y la muerte les vino de lo alto, cogiéndolos totalmente desprevenidos. Fue primero una estruendosa descarga de fusilería. Después las tropas serranas desaparecieron para dar paso a los montoneros indios. Éstos surgieron automáticamente, empujando enormes peñascos, que precipitaron sobre los chilenos.

Antes de que lograran rehacerse, cayeron sobre ellos otra descarga de fusilería y una nube de piedras lanzadas por los honderos indios.

El mayor Quintavalla y sus oficiales intentaban organizar, a gritos, el repliegue de los soldados hacia la primera curva del camino. Más que las voces de sus jefes, fue el propio instinto de conservación el que los sacó de aquella zona de exterminio. Arrastrando a sus muchos heridos y contusos, el destacamento retrocedió atropelladamente hasta el primer recodo de la senda. Sobre el borde del paredón, los montoneros y los indios celebraban su triunfo con una salvaje gritería.

22

En Lima, el contralmirante Lynch seguía manejando los hilos de las dos escenas, la de la guerra y la de la paz. José Antonio Lavalle y Andrés Avelino Aramburú habían llegado a Lima, absueltos de su destierro en Chile, y, después de recibir instrucciones del cuñado del general Iglesias, Mariano Castro Saldívar, iniciaron sus conferencias con el ministro plenipotenciario chileno, Jovino Novoa.

Las discusiones se sucedieron a lo largo de tres semanas, sin que consiguieran ponerse de acuerdo sobre bases aceptables para ambos bandos. Por fin, el 22 de abril, en una cuarta conferencia, los representantes del general Iglesias y los del Gobierno chileno llegaron a un entendimiento, que fue estampado en un Acta-Protocolo.

En este documento se estipulaban las condiciones que exigía el general Iglesias para aceptar la paz. Una vez firmado por el patriota cajamarqueño, las autoridades chilenas se avendrían a reconocerlo como presidente del Perú y competente para firmar un tratado de paz. Las condiciones para esto eran las siguientes:

> *1.º Cesión en favor de Chile, perpetua e incondicional, del departamento de Tarapacá, esto es, por el norte hasta la quebrada de Camarones, pasando ese territorio, en consecuencia, bajo la soberanía absoluta de Chile.*
>
> *2.º Los territorios de Tacna y Arica, en posesión de Chile, serán sometidos a la legislación y autoridades de Chile durante diez años, a partir del día que se verifique el Tratado de Paz. Expirado ese plazo, se convocará un plebiscito que decidirá, a voto popular, si esos territorios*

permanecerán bajo la soberanía de Chile o si volverán a la del Perú. Aquel de los países a favor del cual quedaren anexados definitivamente pagará al otro diez millones de pesos moneda chilena de plata o soles peruanos de igual ley a aquéllos. Un protocolo especial establecerá la forma bajo la cual deberá tener lugar el plebiscito y la época en que deberán pagarse los diez millones por el país que permanecerá dueño de Tacna y Arica.

3.º El Gobierno de Chile se obliga a cumplir lealmente el contrato…

El mismo día que el protocolo era enviado hacia Cajamarca, para volver firmado por el general Iglesias, Lynch recibía el parte de guerra del coronel Urriola, en el que se le informaba sobre la acción del puente de Puruhuay. Luego de leerlo, sin volverse hacia su secretario, Mariano Guerrero Bascuñán, el contralmirante le participó irritadamente:

—¡Ha fracasado Urriola también! Su división está detenida ante el paso de Puruhuay y me confiesa que no le es posible flanquearlo.

Guerrero hizo un gesto de contrariedad. El día anterior habían recibido un comunicado del coronel García participándoles que salía de Canta obedeciendo la orden de cruzar las altas sierras que lo separaban de Chicla para alcanzar a Cáceres.

Para Patricio Lynch era una noticia nefasta la detención de Urriola, sabiendo que la división del coronel García estaba corroída por el odio. Era imprescindible enviar otra división para reforzarla u otro jefe para que tomara el mando superior. Sólo había un hombre capaz, en su opinión, de sacarlo de aquel atolladero, Estanislao del Canto. Pero se lo había castigado injustamente despojándolo del mando en la anterior campaña de la sierra. Y aunque Lynch había reconocido su error, nunca tuvo oportunidad de expresárselo. Como no era hombre que se dejara amilanar o cohibir por sus sentimientos personales al enfrentar intereses superiores, hizo acudir inmediatamente al coronel Del Canto, dispuesto a demostrarle que había reconocido su error.

Sin que fueran necesarias mayores explicaciones, los dos jefes

lograron ponerse de acuerdo rápidamente sobre los pasos necesarios para solucionar la deprimente situación en que se hallaban las dos divisiones que maniobraban en la sierra.

Del Canto dispondría de veinticuatro horas para escoger tropas convenientes, formar con ellas una división fuerte y partir lo antes posible hacia la sierra, ascendiendo por la quebrada del sur de Lima. Las instrucciones específicas de Lynch fueron acorralar al ejército de la sierra y eliminarlo.

—Deberá usted perseguir a Cáceres hasta el fin del mundo, si es preciso —le añadió el general en jefe—. Su campaña por la sierra debe ser definitiva; entiéndamelo bien, una guerra a muerte. Que no quede vivo ni uno solo de los hombres que luchan por Andrés Cáceres.

En la mitad del plazo que le fuera concedido, Del Canto seleccionó a las tropas que habrían de acompañarlo y estuvo dispuesto a iniciar la marcha. Después de la amarga experiencia que había sufrido en su espantosa retirada desde Huancayo, comprendía mejor que nadie que era imprescindible eliminar al «Brujo de los Andes» para tener la certeza de que la paz concertada con el general Iglesias sería duradera. Y también sabía que ninguna de las tres divisiones que estaban en esos momentos empeñadas en cazarlo podría batirlo sola, siendo preciso el conjunto de todas ellas. El plan era trepar por la quebrada de Cieneguillas, para describir un semicírculo y caer sobre las posiciones enemigas por el flanco del sur; o, ampliando más el arco, interceptar la retaguardia de Cáceres por Casapalca, cortándole la retirada al valle de Tarma.

En la noche del 24 de abril, el experto jefe tenía reunidos en la Plaza de la Exposición de Lima a su fiel batallón, el «2.º de Línea», y al «Coquimbo». Agregaba a su columna dos cañones de montaña y cuarenta y cinco granaderos a caballo.

A las cinco de la mañana del día siguiente dio la voz de marcha y la pequeña división enfiló hacia el sur. Dos días más tarde acamparon en el parque de la hacienda Chontay.

Mientras los soldados recuperaban fuerzas durmiendo, un grupo de exploradores recorrió los contornos en busca de datos sobre los montoneros de aquel lugar; pero no fueron ellos quienes los hallaron, sino el propio ordenanza del coronel Del Canto, quien, huroneando por los rincones de la casa grande de la hacienda, bajó

a un sótano y dio de manos a boca con dos mestizos aterrados. Éstos fueron interrogados por el coronel Del Canto, y por boca de ellos se obtuvo una revelación que evitaría muchas bajas a la columna.

—Las montoneras están escondidas todas en lo alto del Balconcillo, esperando que pases con tus tropas por el camino de abajo, mi señor —comenzó diciéndole uno de los prisioneros.

Luego el otro, fuertemente presionado, lo informó sobre el lugar donde estaba el llamado Balconcillo. Éste era un curioso repliegue abierto en la cumbre de un cerro aislado que dominaba el camino en un punto situado entre Chacra Alta y Sisicaya. Allí estaban escondidas las montoneras organizadas por el hacendado Ismael González.

—¿Son numerosas esas montoneras, cholo? —inquirió Del Canto a su informante.

—Sí, mi señor; tienen tres jefes —le respondió éste—. El comandante Ismael González y los sargentos mayores Pedro Palacios y Luis Felipe Sacravilca. Además tienen muchos capitanes, tenientes y oficiales más chicos, muchos fusiles y un cañón de bronce, mi señor.

La información proporcionada por los dos mestizos era exacta en todos sus puntos.

El coronel Del Canto detuvo la columna en el último recodo del río, invisible aún para los enemigos, y reunió en torno suyo a los jefes de los batallones.

—Ya habrán comprendido que no tenemos otra solución que apoderarnos del Balconcillo y desalojar a los enemigos que están allí. Pero la franja de acceso al promontorio es angosta, de modo que no podremos lanzar al asalto muchos soldados; no más de cien.

Del Canto escogió cien hombres del «Coquimbo», en atención a que eran mineros habituados a trepar alturas escarpadas. Dio el comando de este pequeño destacamento a su propio ayudante, el capitán Francisco Machuca, y en el momento de autorizarlo para iniciar su maniobra le dijo:

—Tiene plena libertad de acción; la toma del Balconcillo es indispensable. Derrotado el enemigo, seguirá por las alturas, vigilando el frente.

Cuando los cien hombres se ponían ya en movimiento, hizo una última advertencia:

—Hay que economizar municiones al máximo. Adentrados en la sierra, no tendremos cómo reponer las balas. El asalto debe realizarse esencialmente a la bayoneta.

La división quedó tras el recodo del río esperando pacientemente. Los cien coquimbos, guiados por el capitán Machuca, asomaron al camino descubierto y emprendieron de inmediato el trote. Iban en fila india y no habían avanzado más de una cuadra, cuando descargas de proyectiles picotearon la tierra en torno al grupo. El capitán Machuca divisó al pie del Balconcillo una pirca de piedra y ordenó avanzar a la carrera. Entonces comenzó a vomitar fuego el cañón de bronce apostado en lo alto.

—¡No detenerse ni ponerse nerviosos! —recomendó el capitán a sus hombres—. ¡Disparan con balas sólidas y mala puntería! ¡Más rápido, coquimbos! ¡Buscar parapeto tras la pirca de piedra!

Los soldados llegaron a saltos hasta el refugio y se escudaron en él. Habían corrido ochocientos metros, sin sufrir más que una baja: el subteniente José Miguel Cuadra, que, aun herido, volvió a levantarse y alcanzó a llegar al parapeto.

El capitán Machuca esperó a que ralearan un poco las balas que les llovían desde arriba y se estrellaban contra la muralla baja, y gritó la orden de avance.

La ola de los mineros se desbordó sobre la ladera del peñón. Trepando como gatos monteses, acortaron la distancia con extremada rapidez. Avanzaban febriles, indiferentes a la granizada de balas que les caía desde la meseta superior. El capitán Machuca y su corneta de órdenes llegaron entre los primeros a la balaustrada natural:

—¡A degüello, coquimbos! —gritó Machuca reforzando el son de la corneta—. ¡Que no escape uno vivo!

Aunque el número de defensores de la posición era seis veces mayor, la sola presencia de los chilenos venció a los montoneros. A los pocos minutos de combate cuerpo a cuerpo, el desconcierto se introdujo entre los serranos, convirtiéndose muy pronto en pánico. Abandonando la defensa del balcón, huyeron y buscaron el descenso por la ladera opuesta del promontorio. Antes de media hora, la meseta estaba sembrada de cuerpos inertes o que se retorcían en la agonía; los demás montoneros se habían despeñado cerro abajo, dejando un grupo de prisioneros aterrados.

Cuando se estableció la calma, el capitán Machuca se plantó frente a los cautivos y los miró, con un gesto de fastidio.

—¿Cuántos son los prisioneros, teniente Herrera? —consultó a su ayudante.

—Veintisiete, mi capitán.

—Hay una orden que cumplir —masculló Machuca desviando la mirada—: ¡Fusilarlos a todos!

Los gemidos y las súplicas de los afectados le impidieron seguir hablando durante unos segundos, pero después agregó fríamente:

—Pero también existe la orden de economizar municiones. Es tremendo, pero hay que hacerlo como pienso. ¡Teniente Herrera, ahí hay dos hileras de postes de algarrobo y varios rollos de cuerdas! ¡Ahorque a los veintisiete prisioneros!

El oficial que recibía la espantosa orden se puso pálido como un muerto y la gritería desesperada de los prisioneros le engarrotó los nervios, haciéndolo estremecerse.

—Cumpla la orden, teniente. ¡Ahórquelos a todos!

La división pudo trasponer el obstáculo del Balconcillo y continuó su marcha de ascenso de la sierra. Desde aquel momento no hubo paz para la división. Los enemigos se presentaban continuamente sobre el lomo de los montes y abrían fuego graneado. Les fue preciso avanzar matando.

El 27 de abril cruzaban por el pueblo de Sisicaya; el 28 ganaron las altas cumbres de Santiago de Tuna y el 29 se descolgaron en la estación de San Bartolomé, ubicada dentro de la quebrada central de Huarochirí. Habían cumplido la primera parte de su empresa; estaban entre Chicla y Chosica, es decir, entre las fuerzas del general Cáceres y las que mantenía atascadas en Puruhuay el coronel Urriola.

Del Canto tomó medidas inmediatas para acelerar la campaña. Por orden suya, partió el capitán Juan Francisco Concha con la tercera compañía del «Coquimbo» en dirección a Puruhuay. Debía atacar por la espalda a las montoneras que interceptaban ese paso, permitiendo, en esa forma, la continuación del avance de la segunda división.

Aquella misma noche, las avanzadas exploradoras establecieron sorpresivo contacto con una patrulla del «Buin», que descendía a Chicla. El sargento que la conducía reveló al asombrado coronel Del

Canto que la división mandada por el coronel García se había apoderado de Chicla.

—¿Cómo es eso? —inquirió Del Canto, estupefacto—. ¿Derrotaron al ejército de Cáceres?

—No, mi coronel. El enemigo había huido el día anterior hacia Casapalca. Los serranos van retirándose precipitadamente hacia las alturas de la cordillera, con el propósito de cruzarla y refugiarse en el valle de Tarma.

—¿Y el coronel García no los siguió? —preguntó Del Canto, recelando la respuesta.

—No, mi coronel; se inmovilizó en Chicla. Dice que espera órdenes del Comando en Jefe.

Del Canto se cuidó de manifestar su descontento en presencia de los soldados, pero recordó que la orden esencial que había recibido el coronel García era perseguir a Cáceres hasta darle alcance y exterminarlo. Se limitó, en consecuencia, a esperar que, restablecida la línea del telégrafo por los hombres de Urriola, el contralmirante Lynch le ordenara lo que estimase conveniente.

La reacción que provocó en Lynch la actitud del coronel García no es para describirla. Presa del furor, pensó despojarlo inmediatamente del mando, pero los jefes del Estado Mayor lograron apaciguarlo, y resolvió darle una última oportunidad. Telegrafió a Del Canto que reparara la vía férrea hasta Chicla y esperara nuevas instrucciones y envió a García la orden perentoria de transmontar la cordillera al momento y seguir tras de Cáceres hasta alcanzarlo.

Del Canto supo aquilatar la necesidad imprescindible de rehabilitar la vía férrea de Lima a Chicla, para hacer llegar hasta la sierra tropas suficientes para exterminar al ejército de Cáceres; y se puso con todo empeño a trabajar en las reparaciones.

Tres días después de iniciado el trabajo, el jefe sanitario de su división, doctor Florencio Pinto Agüero, hermano del comandante del «Chacabuco», se le acercó y, cariacontecido, le mostró una carta del doctor Caraves, que acompañaba a la división del coronel García.

El doctor Caraves contaba que García había partido de Chicla hacia la cordillera, dejando en el pueblo de San Mateo ciento cuarenta enfermos, abandonados a su suerte, casi sin víveres, con

reducidos medicamentos y sin protección militar de ninguna especie. Éstos se hallaban totalmente desamparados, amontonados unos junto a otros y sufriendo las inclemencias del frío.

El coronel Del Canto volvió a tragarse sus opiniones y se limitó a autorizar al doctor Pinto Agüero para que partiera hacia San Mateo con un grupo de enfermeros, una escolta militar y llevando cuanto medicamento pudiera. Estaba por terminarse el arreglo de la línea del tren y confiaba en poder trasladarse a Chicla con toda su división poco después.

Pero los destrozos de la vía férrea siguieron presentándose más adelante y, aunque se autorizó al superintendente del ferrocarril para reclutar gente de los alrededores, pagándoles por su colaboración en las reparaciones, la tarea se prolongó.

Tres días después de la partida del doctor Pinto Agüero, Del Canto recibió un nuevo comunicado del cuartel general ordenándole enviar al batallón «Coquimbo» y a toda su caballería para sumarlos a los efectivos que llevaba el coronel García.

El mismo día, al tiempo que las tropas aludidas comenzaban a adelantarse hacia las cumbres, el jefe de la tercera división recibía una nota confidencial enviada por el doctor Pinto Agüero desde San Mateo:

> *Lo que pasa aquí es algo tremendo y que espanta* —informaba el médico—.
>
> *Anoche fallecieron cuatro enfermos y continuará la función. A mi llegada me dicen que no hay carne para mañana, y con tantos enfermos.*
>
> *Como chileno, como médico y como hombre de sentimientos, le ruego ponga los hechos que menciono en conocimiento del señor general en jefe y del superintendente del servicio sanitario. Le ruego que diga también al superintendente que existen diez enfermos en Matucana, sin ningún recurso, y treinta en San Bartolomé. El capitán Herrera se encuentra enfermo y necesita de cuidados especiales. ¿Lo envío a Lima?*
>
> *Muy tétricos recuerdos quedan de la división García. Todo el mundo le augura fatal resultado. Se habla de que el «Buin» se quiso amotinar, cansado de sacrificios y de*

mal trato. ¿Se irá a eclipsar por primera vez nuestro pabellón? Ojalá no sea verdad.

FLORENCIO PINTO AGÜERO.

La versión que los enfermos abandonados en San Mateo dieron, posteriormente, sobre el conato de amotinamiento del «Buin» fue patético. Arrastrado por la obsesión de seguir adelante, García no daba importancia a que los hombres no hubieran descansado, ni comido, ni dormido. Aparte de esto, había empleado tan poco tino en la distribución de las jornadas, que malgastó inútilmente las energías de sus soldados. El agotamiento de los hombres era acogido por el coronel García con la orden de darles de palos. Las protestas por el hambre aguda que les producía la falta de organización en el suministro del rancho no encontraba más eco que las atroces blasfemias del coronel García. La odiosidad entre el jefe y los soldados llegó a tal extremo que una noche los hombres del «Buin» se concertaron para matarlo, y la única forma de impedir que este hecho se consumara consistió en que los oficiales obligaran a sus compañías a reanudar la marcha. Fue así como el coronel García abandonó San Mateo.

El doctor Pinto Agüero envió un largo despacho al general en jefe Patricio Lynch. Su relato vino a confirmar lo que ya había expresado el comandante Francisco Javier Zelaya al contralmirante y éste juzgó indispensable relevar del mando al coronel García.

—¿Cuál es la posición exacta de ese coronel? —consultó al jefe del Estado Mayor General.

—Según sus últimos comunicados, se aprestaba a emprender la travesía de la cordillera occidental —le informó éste—. Es presumible que ya ha practicado el cruce y que debe estar dentro de los poblados de la ladera oriental, descendiendo hacia Oroya o Tarma.

—Bien —resumió Lynch—. Habíamos pensado ordenar al coronel Del Canto que enviara al comandante del «2.º de Línea», mayor Enrique del Canto, con setecientos hombres hacia la cordillera, para llevar víveres, municiones y refuerzos a León García. Le enviaremos un comunicado diciéndole que, siendo preciso enviar numerosa gente en refuerzo de la primera división, no la mande dirigida por el mayor Enrique del Canto, sino que la

conduzca en persona y que tan pronto se junte con León García, tome el mando total de las fuerzas.

El oficio de Lima llegó al coronel Del Canto justamente cuando se había restablecido el paso del tren hasta Matucana. Siendo corto el tramo que quedaba por rehabilitar, el jefe de la tercera división abandonó esa tarea y avanzó con sus tropas sierra arriba. El 21 de mayo concentró los batallones en Chicla y esperó durante algunas horas la llegada de trescientos piuritanos que le enviaban desde Lima y dos compañías del «Miraflores». Tan pronto vio sumados esos efectivos a su columna, emprendió el ascenso de la cordillera por la ruta de Casapalca.

El 23 de mayo al mediodía alcanzaba la cumbre y podía tender su vista hacia el otro lado del cordón montañoso y por sobre el valle de Oroya. Mientras la columna continuaba avanzando, llamó a su lado a los dos guías y les pidió informarle sobre la distancia que les faltaba por recorrer para llegar a Tarma.

—Estamos a trece leguas peruanas, mi coronel —lo ilustró uno de ellos—. Pero existe otro camino, que va por Yauli.

El coronel conocía esa segunda ruta, pero considerando que necesitaba encontrar lugares de descanso para su tropa, decidió ir por Pachachaca.

—¿Han encontrado algún indicio que nos diga cuánto tiempo hace que pasó por aquí la división García? —siguió interrogando a los exploradores; y como éstos le respondieran que se podía suponer que hacía tres días, por lo menos, exclamó con expresión de desgarro—: ¡Hum, el coronel García ha tenido tiempo sobrado para llegar a Tarma y trabarse en combate con el ejército de Cáceres!

De todos modos, resolvió no alterar su plan de marcha y ordenó a los exploradores que se adelantaran con el cuerpo de rancheros, para preparar en Pachachaca la alimentación y albergue de las tropas.

El cálculo hecho por el coronel Del Canto no estaba errado. La división García había llegado hasta las proximidades de Tarma, pero en condiciones muy diferentes a las que él imaginara. Primero, tuvo que flanquear a las tropas del general Pedro Silva, que Cáceres dejó custodiando el puente de Oroya, y después continuó su marcha acelerada por la ruta de Yauli, en dirección a Tarma.

La tropa soportó aquel paso de carga a regañadientes, frenada

únicamente por el rígido concepto que tenía de la disciplina. Pero el odio que alimentaban los soldados contra el jefe se adivinaba en sus miradas torvas.

Obedeciendo al propósito de García de acercarse a Tarma por la retaguardia, el mayor Rodríguez guió a la columna hasta el caserío de Cachicachi, ubicado en la ruta a Jauja. Desde allí partía un sendero transversal, que se descolgaba sobre la aldea de Tarmatambo.

En la mañana del 21 de mayo la división entró en la única callejuela de ese poblacho, ubicado sobre los cerros del sur de Tarma. El batallón «Coquimbo», que marchaba en la descubierta y había descendido la mitad de la ladera hacia la ciudad, rompió sus fuegos contra la retaguardia enemiga justamente en el momento en que el coronel García detenía su caballo en Tarmatambo.

Los ayudantes de la división y los comandantes de los batallones lo rodearon en espera de una orden para lanzarse contra el ejército de Cáceres, que se veía amontonado en el bajo. Pero el coronel García, con evidente nerviosidad, se limitó a pedir sus anteojos de campaña, los que enfocó sobre la plaza de Tarma. El ejército enemigo efectivamente estaba allí y los comandantes lo acuciaban para que aprovechara aquella oportunidad tan buscada. Pero el jefe movía negativamente la cabeza, negándose a ser convencido.

—Creo que jamás volverá a presentársenos una ocasión tan ventajosa de batirlo —opinó Silva Vergara, jefe del «Buin», haciéndole ver el pánico y la confusión notorios que habían provocado en el ejército serrano los disparos de las avanzadas del «Coquimbo».

—Si cargamos ahora, ellos se treparán a los cerros del norte y nos harán llover sus balas sobre las cabezas —le rebatió García, malhumorado—. No podemos arriesgarnos a eso. Esta posición es aparentemente ventajosa nada más.

Los comandantes se miraron entre ellos y una chispa de desprecio brillaba en sus pupilas.

—Luego, ¿no piensa ordenar el ataque, mi coronel? —le indagó uno de ellos.

—¡No, señor, por supuesto que no! —lo rechazó el jefe con aspereza—. La tropa está demasiado fatigada y somos muy pocos.

Ante su acobardada objeción, el comandante Silva Vergara

perdió los estribos.

—Pero ¿no ha sido usted quien manifestó constantemente su ambición por enfrentar lo antes posible al ejército enemigo?… ¿No fue iniciativa suya la de forzar la marcha, exigiendo el máximo rendimiento a los soldados, para llegar hasta las posiciones enemigas?

El coronel García los contempló como una fiera acorralada, y alzándose sobre los estribos, gritó en forma tan estridente que delataba la flaqueza de su espíritu en ese instante:

—¡Basta de discusiones! ¡He dicho que no atacaremos al ejército enemigo… por ahora! ¡Eso es suficiente! —Como varios oficiales de menor graduación masculllaran protestas, volvió a vociferar—: ¡Silencio, los criticones!… Estableceremos campamento aquí y esperaremos los refuerzos que nos vienen desde Chicla. Eso es todo. ¡Ayudante, lleve al jefe del «Coquimbo» mi orden de suspender el tiroteo con la retaguardia enemiga y de replegar su batallón al grueso de la división!

Los comandantes y oficiales se resignaron a duras penas. Pero los soldados, especialmente los del «Buin», estimaron que aquella última actitud del jefe sobrepasaba todos los límites de lo tolerable.

—¡Hay que darle el bajo *agora mesmo*! —saltó uno de los buines aferrando su fusil y clavando sus ojos rencorosos en el coronel—. ¡Déjenme cancha y le meto una bala en la mitad de la cabezota!

—¡Eso es, compañeros! —terciaron varios enristrando sus armas —. ¡Hay que quitarse la vergüenza, sacándolo de en medio de una vez! ¡Baliémoslo ahora mismo!

El mayor Rodríguez se percató de sus homicidas propósitos y dando un feroz espolazo a su caballo lo interpuso entre sus fusiles y el coronel García.

—¡Quietos, soldados! —les intimó con voz ronca y tratando de no ser oído por el comandante en jefe—. ¡Bajen esos fusiles! ¡Al primero que vuelva a levantarlo contra el coronel, lo mato al instante!

Los buines le obedecieron a regañadientes.

—¡Es que ese tipo no es más que un…! —comenzó a decir uno de ellos, pero Rodríguez sacó su pistola y se la apuntó a la frente.

—¡Una palabra más que diga contra el coronel y lo silencio a

balazos!

La resuelta actitud de Rodríguez encabritando su caballo frente al pelotón de soldados no pasó inadvertida para el rencoroso coronel García. Pero comprendiendo que una demostración de autoridad en esos momentos haría estallar el odio que habían venido acumulando los soldados, se limitó a echar una mirada plena de inquina sobre ellos y se alejó con sus ayudantes para disponer la instalación del campamento.

Aquella tarde, después que la retaguardia del ejército enemigo se hubo perdido, García dispuso la entrada de su división en Tarma. La tropa lo obedeció malhumorada y torva y, poco más tarde, los vivaques instalados en la ciudad se llenaron de comentarios despectivos y amenazantes. Los oficiales se movían nerviosos entre sus soldados, avergonzados por la actitud del jefe y adivinando que muchos de ellos estaban dispuestos a darle muerte aquella noche o en la primera oportunidad que se les presentara.

Rodríguez recorrió la ciudad con sus cincuenta carabineros, para cerciorarse de que no habían quedado enemigos ocultos. Pero Tarma estaba despoblada, incluso de la mayor parte de su población civil. Recorriendo las calles, el oficial reconoció la antigua casona de doña Justa Dorregaray, madre del general Cáceres, en la cual alojara algunos días Leonora Latorre el año anterior.

Pensando en que tal vez se hubiera atrevido a permanecer en ella la altiva anciana, deseó separarse de sus hombres y regresar solo a visitar la mansión con la esperanza de obtener algún dato sobre la suerte que podía haber corrido Leonora. Pero, cuando su destacamento se detuvo frente a la prefectura, uno de los ayudantes del comandante en jefe le trajo la orden de presentarse al momento ante el coronel García.

Rodríguez entró a la comandancia con el ánimo preparado para pasar un mal rato. García lo recibió de pie tras un pesado escritorio y con ambos puños apoyados sobre la superficie. Su rostro estaba cetrino por el furor.

—¡El famoso mayor Rodríguez, eh! —le espetó el coronel con acento mordaz e hiriente—. ¿Quiere explicarme qué ocurrió entre usted y los soldados del «Buin» cuando nos detuvimos en Tarmatambo?

—Nada especial, mi coronel —le respondió sordamente el oficial

—. Los hombres se pusieron algo nerviosos a la vista del enemigo y los contuve. Eso es todo.

—¡Miente! —le escupió en la cara el comandante en jefe—. Conozco perfectamente el ánimo de los levantiscos soldados que tanto lo admiran. Lo que intentaron hacer en Tarmatambo fue disparar sus fusiles sobre mí. ¿Va a negar que levantaban sus armas y las enfocaban sobre mi persona?

—Más allá de usted estaba el enemigo —le replicó el explorador sin entusiasmo—. Bien pudieron haber apuntado sus armas en esa dirección.

—No, mayor, está bordándome con falsos colores lo que no fue otra cosa que un intento de motín. ¿Acaso no leí en los ojos de los soldados el odio que me tienen?

—No puedo mandar sobre sus espíritus, mi coronel —se esquivó Rodríguez.

—Para contenerlos posiblemente no, pero para azuzarlos, sí.

Rodríguez no pudo conservar la mesura por más tiempo y estalló, sin medir sus palabras:

—No hace falta azuzar a los soldados para que sientan lo que sienten. Hoy todos ellos se sintieron defraudados, avergonzados. Usted les había exprimido hasta la última gota de energía para hacerlos alcanzar al enemigo, y, cuando eso se produjo, sin justificación alguna les negó la orden de atacar y de terminar de una vez por todas con esta pesadilla de la guerra.

—¿Critica mi determinación? —bramó García—. ¿Se atreve a objetar mis órdenes?

—Digo simplemente lo que todos sabíamos: que nuestra posición era la más ventajosa, que jamás se nos volverá a presentar otra igual para terminar con el enemigo de una vez.

—Cien ocasiones semejantes se nos ofrecerán más al norte —porfió el coronel, y Rodríguez volvió a perder el sentido de la mesura ante la testarudez del jefe.

—Perdone, mi coronel, pero no conoce el territorio del norte —le rebatió duramente.

—Mayor, ¿mide usted la insolencia de sus palabras? —barbotó García, trémulo de cólera—. Me está acusando de ignorancia, de conducir la división a ciegas.

—¡No lo acuso de nada, mi coronel! —le replicó el explorador

con igual violencia—. Simplemente le expreso que conozco palmo a palmo estas regiones. Y cuando alcancemos al ejército de Cáceres, si es que lo logramos, nuestros soldados van a tener la mitad de las energías de ahora.

—¡Y de eso seré yo el culpable! ¿Eso es lo que quiere decir?

Rodríguez miró al coronel y percibió en sus pupilas enloquecidas que estaba a punto de tomar una determinación descabellada, pero no quiso retroceder.

—¡Eso mismo, mi coronel! —afirmó con entereza y quedó esperando la reacción del jefe.

Éste avanzó atolondradamente hasta la puerta del despacho y llamó a gritos a su ayudante.

—¡Despoje a este oficial de sus armas —le ordenó— y condúzcalo arrestado a una de las habitaciones interiores de esta prefectura! En esa condición permanecerá hasta que lo enviemos a Lima para ser juzgado por un consejo de guerra. Informaré al Comando en Jefe sobre su desacato e intento de subversión.

El arresto del mayor Rodríguez fue la gota que colmó la medida de la tolerancia de los soldados. Durante los días comprendidos entre el 21 y 26 de mayo, en que la división permaneció inactiva, los ánimos se exacerbaron a tal extremo que a los oficiales les era difícil controlar a sus hombres. Llegó un momento en que la cólera y el repudio fueron tan notorios que los comandantes se reunieron en una casa aislada, para buscar, secretamente, una solución al asunto. Esta reunión fue propuesta por el comandante del «Buin», Daniel Silva Vergara, y por el del «Granaderos a Caballo», Guillermo Carvallo. Aquella junta a escondidas era atentatoria contra la jerarquía, pero la exigía la urgencia del momento. Silva Vergara se había enterado de que estaba a punto de producirse un motín aquella noche misma: los buines estaban en conciliábulos secretos con los carabineros, indignados por la prisión a que estaba reducido su jefe, el mayor Rodríguez.

—Y el ordenanza de Rodríguez ha estado soliviantando los ánimos en favor del arrestado —agregó Silva Vergara.

La reunión de los comandantes se prolongó por más de una hora, sin que lograran una solución aceptable. Estaban ya resignados a prevenir al coronel García, para salvarle la vida, cuando una repentina algarabía resonó en las proximidades de la

prefectura de Tarma. Los comandantes, temiendo que se hubiera producido el motín, se encaminaron precipitadamente a la plaza mayor.

Afortunadamente, los temores de los comandantes resultaron vanos. La razón del alboroto de los soldados era la llegada de la tercera división, con el coronel Estanislao del Canto al frente. Los ceños se desarrugaron y una nueva expresión de confianza cubrió los rostros de todos. Gritando, agitando sus quepis y vivándolo con entusiasmo, los soldados escoltaron al coronel hasta la plaza del pueblo, en donde lo recibieron los jefes de los batallones de la primera división. León García, en lugar de salir al encuentro del jefe de mayor antigüedad y a quien sabía, por un oficio llegado de Lima, que debía entregar el mando, se limitó a decir a su ayudante:

—Comunique al coronel Del Canto que aquí lo espero; que se presente en mi despacho.

Pese a la molestia que le causó aquella insolente actitud del jefe de la primera división, el esforzado veterano prefirió no ahondar la querella imponiendo su autoridad y se presentó en la oficina de García.

La entrevista entre los dos coroneles fue breve y fría, quedando sus pormenores en secreto. Que ella no fue grata para Del Canto lo atestiguó su rostro cuando, dos horas más tarde, se reunió con los comandantes de los batallones de la primera división. Sus mandíbulas estaban contraídas, pero su mirada revelaba la decisión de siempre. Fue el mayor Silva Vergara quien habló a nombre de sus compañeros de grado, para informarle sobre los difíciles incidentes que había provocado el coronel García. Cuando terminó, Del Canto mostraba su semblante preocupado.

—A este anómalo estado de cosas hay que ponerle remedio inmediato, sin que ello signifique una degradación o merma de su jerarquía de coronel —discernió, por fin—. Pensé dividir la fuerza total en dos fracciones, para marchar hacia el norte por las dos rutas más expeditas. Enviaré una de las fracciones al mando del coronel García y la integraré con algunos de los batallones que vienen conmigo y con los cuerpos que hayan recibido menos maltrato de parte suya. Por lo demás, las dos divisiones estarán separadas apenas unos cinco o seis días, plazo que emplearemos en hacer el trayecto hasta Cerro de Pasco.

—¿Y cuando partiremos en persecución del ejército de Cáceres, mi coronel? —quiso saber el comandante Carvallo.

—Lo antes posible —le aseguró Del Canto—. Si podemos hacerlo mañana, mañana emprenderemos la marcha. No debemos permitir que el enemigo se nos aleje demasiado.

Se disponía a separarse de los comandantes, pero el del «4.º de Línea» lo retuvo respetuosamente:

—Perdóneme, mi coronel, pero ¿qué hará en el asunto del mayor Manuel Rodríguez?

Del Canto no le respondió al momento y su semblante expresó algún disgusto.

—Ya aduje mi disconformidad al coronel García por el castigo que aplicó a ese oficial, pero me expuso razones de disciplina que no puedo despreciar. No obstante, tratándose de Rodríguez, que ha sido un hombre ejemplar durante toda la guerra, no puedo permanecer indiferente a su suerte. Tengo que escucharlo y oír sus descargos. Hablaré con él mañana.

El 26 de mayo, aniversario de la batalla de Tacna, los jefes y oficiales quisieron aprovechar la llegada del coronel Del Canto para conmemorar con una comida de camaradería aquella fecha.

A las nueve de la noche Del Canto llegó a la casa donde estaban reunidos una gran cantidad de jefes y oficiales. Pero cuando todos estuvieron en torno a la larga mesa que los acogería, reparó en que un costado de ella quedaba vacío y con las sillas desocupadas. Intrigado, el coronel preguntó al comandante del «Coquimbo», que estaba a su lado, si faltaban algunos por llegar todavía.

—No, mi coronel —le respondió éste con circunspección—. Aquéllos a quienes correspondían esos lugares ya no vendrán. El coronel García se ha negado a asistir y ha dado a entender a su personal, jefes y oficiales del «Buin», que no vería con buenos ojos que ellos lo hicieran.

Pese a los esfuerzos que tanto el coronel Del Canto como los jefes y oficiales de la guarnición realizaron para dar a la comida un ambiente de alegre camaradería, la despectiva actitud del jefe de la primera división pesó deprimidamente en la fiesta y la conversación fue languideciendo en forma gradual. A las once de la noche, el coronel Del Canto se puso de pie y dio por terminada la cena.

El coronel se encerró en la sala que había escogido como

despacho y dictó una orden especial a su ayudante.

—Comunicará usted esta misma noche al coronel García que debe ponerse en marcha hacia el norte mañana, llevando los siguientes batallones: «Buin», «1.º de Línea», «2.º de Línea», dos compañías del «Aconcagua», una sección de artillería y el piquete del «Carabineros de Yungay». Agregue que el coronel García deberá presentarse a recibir mis órdenes mañana a las ocho.

Al día siguiente, cuando los cornetas tocaban diana, Del Canto sufrió una segunda sorpresa desagradable. Terminaba de asearse, cuando su ayudante se presento asombrado ante él.

—Perdóneme, mi coronel, pero ha ocurrido algo inusitado —le expresó nerviosamente—. Mi coronel León García abandonó Tarma hace aproximadamente una hora y media.

—¿Qué está diciendo?

—Que mi coronel García se fue de Tarma con varios batallones y se llevó consigo a todos los ayudantes, el ganado en pie, todos los víveres y los elementos de sanidad.

La información del capitán era rigurosamente cierta, como pudo comprobar instantes después el coronel Del Canto.

—¡Por todos los infiernos! —rugió—. ¡Me ha robado mi ejército! ¿Qué batallones dejó en Tarma?

—El «4.º de Línea», el «Coquimbo», dos compañías del «Curicó», dos del «Miraflores», la mitad de la artillería, cien granaderos y el personal del bagaje. Además, el batallón peruano que nos acompaña.

Del Canto tuvo que encerrarse en la comandancia a esperar que se le pasara la furia loca que lo poseía. Cuando logró apaciguarse y volvió a salir al patio del cuartel, los comandantes de los batallones lo aguardaban con rostros ansiosos.

—Ni un oficial, ni un soldado debe enterarse del inconcebible proceder del coronel García —les impuso—. Diremos simplemente que partió obedeciendo órdenes superiores.

Los impresionados comandantes dieron muestras de haber comprendido y esperaron las órdenes del coronel.

Del Canto apretó los puños y expresó con voz seca:

—Daré a García veinticuatro horas de plazo para recapacitar. Si mañana no hemos recibido noticias suyas que nos indiquen que ha entrado en razón, nos pondremos en marcha y le daremos alcance.

—¿Y si el coronel García pretende hacerse fuerte en el mando? —cayó en la ingenuidad de preguntarle el más joven de los jefes.

—Eso no se pregunta, mayor —le respondió ásperamente el jefe. Y volviéndose hacia los demás, les expresó en forma categórica—: Apresten sus batallones para salir a campaña con equipo de guerra completo.

Todos los batallones que permanecían en Tarma se aprestaron para salir hacia el norte. Los jefes y oficiales fueron reclamados por sus servicios y sólo quedó inactivo el mayor Rodríguez, quien aún permanecía arrestado en el interior del cuartel. Pero Del Canto no lo había echado al olvido y lo hizo acudir a su presencia.

—A pesar de la situación anormal en que lo encuentro, déjeme que lo salude como a un amigo estimado —le dijo cuando lo tuvo ante él— y usted comprenderá que en circunstancias corrientes mi deber sería mantenerlo arrestado y remitirlo a Lima a disposición del Alto Mando —continuó Del Canto—. Pero las circunstancias no son normales, sino todo lo contrario; el coronel García está dando muestras de proceder como un loco. Pesando las conductas de ambos, no puedo menos que levantar su arresto de inmediato.

—Le agradezco, mi coronel —le respondió Rodríguez gravemente—. Pero como adivino cuál ha de ser la reacción del coronel García, le solicito que me conceda su autorización para regresar a Lima cuanto antes.

—Lo siento, mayor, pero no puedo acceder a lo que me pide —le rechazó el jefe—. Comprendo su equilibrado punto de vista, pero necesito de sus servicios. Creo que usted es el oficial que mejor conoce el territorio en que vamos a adentrarnos. Lo preciso, pues, para que guíe a mi ejército y nos lleve tras las huellas del enemigo. Y mientras no alcancemos a la división de García, que se ha llevado a todos mis ayudantes, permanecerá a mi lado y se desempeñará reemplazándolos a todos ellos. Eso es todo. Dispóngase a distribuir mis órdenes para que nuestra división abandone Tarma mañana a las diez.

Pero el propósito del coronel Del Canto se vio nuevamente alterado. Aquella misma noche llegó un mensajero de la primera división, portando una nota para él. Ésta venía redactada en la siguiente forma: «Comandancia en Jefe de la División del Centro».

—¡Pero este loco de García ha decidido envenenarme la sangre!

—estalló el coronel al leer aquello; su enojo alcanzó proporciones mayores al enterarse del resto de la nota, que era explícitamente una orden imponiéndole la conveniencia de que permaneciera en Tarma con sus fuerzas; que se dedicara a pacificar la región, estableciendo autoridades y se aprestara para contener una posible retirada del ejército serrano, en caso de que éste tratara de huir hacia el sur. Agregaba al final García que llevaba fuerzas suficientes para derrotarlo en donde lo encontrara.

Del Canto ordenó de inmediato a Rodríguez que, a la hora de diana del día siguiente, hiciera leer en la orden del día el oficio del Comando en Jefe en el que se le confiaba el mando total de las fuerzas expedicionarias. Al mismo tiempo entregó al mensajero del coronel García una comunicación en la que ordenaba a este último hacer lo mismo ante su tropa. Por último, envió también a los ayudantes Ignacio Díaz Gana, Francisco Meyer y Roberto MacCutcheon, arrastrados por García, la orden de esperarlo en el punto en que se encontraran, reteniendo con ellos a veinticinco mulas de carga y treinta reses para el rancho. Además anticipó la hora de partida de su división, para dar alcance cuanto antes al rebelde coronel.

La guarnición de Tarma se puso en marcha al día siguiente, 28 de mayo, a las cuatro y media de la madrugada.

La columna ascendió serpenteando hacia el norte, para llegar a pernoctar al pueblo de Valcamayo. En la entrada del caserío estaban aguardando los ayudantes del Comando en Jefe y un piquete de mulas custodiado por un alférez del «Carabineros de Yungay».

Espoleado por la doble prisa de alcanzar a la división de García y a la retaguardia de Cáceres, el coronel Del Canto hizo tocar diana a las cinco de la madrugada siguiente y la división reanudó la marcha. Al crepúsculo, asomaba sobre el pueblo de Junín, junto al lago sagrado de los incas. Al alba siguiente, se prosiguió la interminable trayectoria, elevándose cada vez más por los altos senderos de la puna.

Por fin llegaron al asiento minero de Cerro de Pasco, sórdido lugar enclavado a 4270 metros sobre el nivel del mar. El viento frío desgarraba las carnes de los soldados. A muy pocos les quedaba calzado utilizable; la mayor parte de ellos habían tenido que

reemplazar los calamorros por ojotas y algunos hasta marchaban con lo pies envueltos en cueros de llama.

Era tan penosa la situación de los hombres, que fue preciso concederles un suple en dinero, para que adquirieran ropas en el comercio local.

Sin embargo, no se les concedió sino un día de descanso. El 4 de junio, a las cinco de la mañana, se dio nuevamente la orden de marcha.

Del Canto estaba hondamente exasperado por no dar alcance a la división del coronel García. Acicateaba aún más su impaciencia una serie de detalles extraños que indicaban que el coronel García obligaba a sus soldados a proseguir las marchas sin darles tiempo para preparar el rancho y comer. Y también que el jefe de la primera división había reducido las horas de sueño de la tropa, para obligarla a caminar en jornadas más largas. Era evidente que el coronel García avanzaba como poseído por una idea fija: la de no dejarse alcanzar por la división Del Canto.

Esto se confirmó pronto. El 5 de junio, la tercera división pasó por el pueblo de San Rafael, en ruta a Huanco. Allí esperaban, amparados a la sombra de un desfiladero, los soldados del «2.º de Línea» y la artillería. El mayor Enrique del Canto, jefe de los primeros, demacrado por la fatiga, informó al coronel Del Canto sobre la causa de aquel extraño encuentro:

—Es infernal la marcha que nos ha impuesto el coronel García, señor. Le aseguro que a ese paso va a aniquilar a todos los soldados de la primera división. No desea que esta división llegue al sitio de la batalla definitiva antes que la suya. Pero ojalá no salga adelante con su porfía, porque si los soldados topan al ejército de Cáceres en el estado de agotamiento en que se hallan, serán vencidos sin remedio.

—¿Y ustedes por qué están aquí? —quiso saber el jefe.

—Porque nos negamos a seguir maltratando a nuestros hombres en forma tan despiadada —le respondió el mayor con entereza—. El coronel García optó entonces por dejarnos abandonados, a fin de seguir caminando con la endiablada severidad que se ha propuesto.

Estanislao del Canto estaba cárdeno por el enojo.

—¿A dónde va García actualmente? —consultó.

—Debe estar llegando a Chogamachay, media jornada más

adelante —le informó el jefe del «2.º de Línea»—. Su propósito era pernoctar allí.

Del Canto razonó que era la hora de proceder con mano de hierro y echó mano del mayor Rodríguez, que aún le servía de ayudante.

—Voy a tener que emplearlo en una misión que hubiera querido evitar —le dijo—. Galope camino adelante y alcance a la división del coronel García.

El explorador no le hizo objeción alguna, pero su semblante contraído reflejó su pensamiento. Eso podía significarle ser arrestado nuevamente por el coronel García, o aún más, que, considerando que había desobedecido a la orden de arresto a que lo tenía sometido, lo hiciera fusilar.

—Preséntese ante él como mi primer ayudante —le agregó Del Canto adivinando sus temores—. Transmítale mi orden perentoria de detenerse y esperarnos. Si no lo encuentra usted en Chogamachay, alcance a sus batallones de retaguardia y ordene a los comandantes que se detengan y me aguarden en el lugar en que se hallen.

La columna de la tercera división, engrosada por el «2.º de Línea» y la artillería, siguió serpenteado por el sendero de la alta puna, en busca de Huanco. Transmontados los agudos picachos que encierran a Cerro de Pasco, la masa de soldados empezó a descender suavemente hacia el lado oriental de la cordillera.

La marcha se hacía más fácil a medida que disminuía la altura y desde San Rafael a la aldea de Tambo la jornada fue aliviada, pese a que el sendero se suspendía sobre abismos de vértigo.

Al atardecer, la columna asomó sobre Tambo, mísero caserío indio. Entonces el veterano lanzó un suspiro de alivio. En un cuadrilátero del tejado, que se destacaba en el medio de las casas, se divisaban dos grandes grupos de soldados. Eran sin duda los componentes de la primera división. Del Canto se preparó para la difícil entrevista que debería sostener con el coronel García. Pero los comandantes del «Buin» y del «Aconcagua», escoltados por el mayor Rodríguez, le dieron una inquietante noticia: el coronel García había desobedecido la orden de esperar a la tercera división. Se había marchado del pueblo con ocho granaderos, que constituían su escolta personal permanente.

—Manifestó su intención de pernoctar en Quiacocán, caserío indio que está cinco leguas más al norte —le informó el comandante Silva Vergara, jefe del «Buin».

Del Canto hizo acudir a su ayudante MacCutcheon y le ordenó trasladarse a todo galope hasta Quiacocán, para exigir al coronel García que regresara al momento a tomar el mando de su batallón, el «Buin».

El capitán MacCutcheon cumplió la misión con toda la prisa que las circunstancias exigían, y regresó al campamento en Tambo tan maltrecho por la doble galopada que apenas pudo rendir su cuenta.

—El coronel García se negó a regresar, mi coronel. Después de enterarse de su orden, me expresó textualmente: «Diga al coronel Del Canto que solicito su venia para volver directamente a Lima con mis ayudantes. Habiendo cesado en el comando de la división, estimo que mi presencia no es necesaria en estos lugares».

Aquella obstinada rebeldía terminó de exacerbar a Del Canto.

—¡Conque el coronel García cree que se va a burlar impunemente de mí, atropellando mis charreteras con toda soltura de cuerpo! —rugió—. ¡Por mi madre, que se me acabó la paciencia! ¡Ayudante Meyer, tome pluma y papel y escriba lo que voy a dictarle!

El parte fue encabezado con el nombre de la región:

Picoicota, 7 de junio de 1883.
Señor coronel:
Basta ya de contemplaciones para soportar a U. S. su conducta arbitraria y el mal ejemplo que está dando a sus subalternos. Incorpórese inmediatamente a este campamento para tomar el mando de su batallón y ponerse a la cabeza de él; pues, de lo contrario, no faltará donde buscar una barra de grillos para que U. S. la lleve, custodiado por los mismos granaderos que U. S. tiene allá indebidamente.
Dios guarde a U. S.

E. DEL CANTO.

Las fuerzas expedicionarias permanecieron todo el día en Tambo, en espera del regreso del coronel García.

Los cincuenta jinetes del «Carabineros de Yungay», bajo el mando del mayor Rodríguez, se mantuvieron la jornada entera batiendo la región y arriando prisioneros al campamento. Por boca de estos últimos, el coronel Del Canto se fue enterando de la dirección que llevaba el ejército enemigo en su retirada. Esas informaciones hicieron pensar al jefe chileno que se vería obligado a alterar su ruta, pero no se decidía a realizarlo dejando abandonados a su suerte al taimado García y sus ocho granaderos.

Por la tarde, el capellán de la aldea de Tamayquichua y el alcalde indio de ese lugar le proporcionaron una versión detallada de los pasos que iba dando el general Cáceres en su fuga hacia el norte.

El 1.º de junio había entrado el caudillo a Huanco; allí permaneció tres días procurándose recursos. Después reemprendió la marcha, pero no hacia el norte, sino hacia el poniente, buscando otra vez el amparo de las cumbres cordilleranas. Luchando desesperadamente con lluvias diluvianas y con tormentas de nieve y granizo, consiguió llegar al paso que da al Callejón de Huaylas el día 7 de junio. Aquella noche la tropa, extenuada por la espantosa cuesta que había remontado, debió tenderse sobre la nieve y pasar la noche soportando la lluvia y el frío.

Las mesnadas indias, escolta indispensable del ejército serrano, eran en su mayoría oriunda de las mesetas centrales del país, de las cuales un temor supersticioso les prohibía alejarse.

Conocedor del alma de los indios, el caudillo serrano los arengó paternalmente en quechua, tratando de reconquistar sus voluntades, lo que consiguió gracias al influjo de carácter religioso que tenía sobre ellos. Azotados por un vendaval espantoso, siguieron hasta Aguamiro. Al alba siguiente de su llegada a este pueblo la tropa estaba rabiosa de hambre y el general Cáceres tuvo que derribar la puerta de la casa del gobernador, que escondía buena cantidad de papas y granos, para impedir el desbande general de la indiada. Sin embargo, no pudo continuar marchando aquel día, circunstancia que resultó muy útil, puesto que en la tarde llegaron a Aguamiro el secretario del Jefe Político y Militar del Norte y un vecino del pueblo de Huallanca, Francisco de la Vega, profundo conocedor de

la zona. Este hombre guió al ejército serrano por un camino menos áspero, el de Chavín, hasta el Callejón de Huaylas.

—El 12 estarán ya en Huaraz, dentro del Callejón, señor —informó el capellán de Tamayquichua.

—¿Cuándo podríamos nosotros llegar a Huaraz, marchando sin descanso, a razón de diez leguas diarias? —volvió a consultarle el coronel.

—El 15, señor —le respondió sin titubear el religioso.

Enseguida, el jefe chileno hizo que sus dos prisioneros le describieran sumariamente la topografía del Callejón de Huaylas.

—Se trata de un largo y angosto valle, que corre encajonado entre dos inmensas cordilleras —le dijeron—. La cordillera Blanca u Oriental y la Negra u Occidental. Por el centro de esta inmensa grieta corre el río Santa, en cuyas riberas se esparcen pueblos mineros y agrícolas, de vida plácida y abundante. Este Callejón tiene dos entradas practicables, una en su nacimiento, por el sur, y otra en su término, por el norte. Además, existen algunas otras por los bordes laterales, pero son escarpadísimas, pues trasmontan las empinadas cordilleras.

—¿Cómo se llaman las vías de acceso del norte y del sur? —quiso saber Del Canto.

—La del sur, el paso de Aguayacanta, frente a Chavín —le informó el capellán—. Y la del norte, Yuracmarca.

Después de conocer aquellos detalles geográficos, Del Canto citó a consejo de guerra a todos los comandantes de batallones y les expuso:

—El ejército de Cáceres está entrando al Callejón de Huaylas, que tiene solamente dos vías de acceso, una por el norte y otra por el sur. Nosotros lo seguiremos por la del sur y lo atraparemos dentro del Callejón.

—¿Y si apresura su marcha y se nos escapa por la salida del norte, mi coronel? —le observó el comandante Silva Vergara.

El veterano había pensado también en eso.

—Si el Comando en Jefe de Lima toma conocimiento de los pasos que va dando el general Cáceres en su marcha hacia el norte, rápidamente podrá ordenar al coronel Gorostiaga, que protege la zona costera, que se interne en el territorio con tropas suficientes y vaya a posesionarse de la salida norte del Callejón de Huaylas. En

esa forma cogeríamos a Cáceres entre dos fuegos, pues descendiendo Gorostiaga desde el norte por el centro del Callejón y subiendo nosotros desde el sur, atraparíamos al ejército enemigo en la mitad y lo reventaríamos en la ratonera que ha escogido.

El plan imaginado por Del Canto recibió la aprobación unánime de los jefes allí reunidos. Pero había un punto vital que no parecía resuelto. ¿Cómo avisar al Comando en Jefe de Lima, para que enviara la orden correspondiente a Gorostiaga?

Un nombre acudió de inmediato a todos los labios, el del mayor Manuel Rodríguez; nadie era tan buen jinete y conocedor de todos los senderos de la sierra como él.

El coronel se volvió al explorador, que había asistido a la reunión en absoluto silencio, y le consultó con una mirada. Rodríguez inclinó la cabeza con gesto abúlico e indiferente, como si no le importaran los riesgos que podía encerrar la arriesgada cabalgata solitaria.

—¿Cuánto demorará usted en llegar a Chicla, para comunicarse por el telégrafo con el contralmirante Lynch? —le consultó Del Canto.

—Cuatro días, mi coronel —respondió concisamente Rodríguez.

—Perfecto. Escoja las dos mejores bestias y parta tan pronto como mi ayudante MacCutcheon le entregue el comunicado escrito.

—A su orden, mi coronel. Si me lo permite, llevaré conmigo a mi ordenanza Acosta.

—Autorizado.

—¿Y nosotros qué haremos entretanto, mi coronel? —inquirió el comandante Silva Vergara al jefe superior.

—Seguiremos marchando a toda prisa sobre las huellas del ejército enemigo —proclamó Del Canto—. El Comando en Jefe recibirá nuestra información dentro de cuatro días. Ordenará por el cable submarino su maniobra al coronel Gorostiaga, quien cruzará hacia el interior del país inmediatamente. Calculemos que tarde tres días en llegar a la salida norte del Callejón de Huaylas. En consecuencia, dentro de ocho días estará con sus fuerzas cerrando la única vía de escape al ejército enemigo. Y nosotros tardaremos exactamente ocho días también en llegar a Huaraz, la ciudad más importante del interior del Callejón. Desde ahí, siguiendo el curso del río Santa, iremos arrinconando al ejército de Cáceres contra las

fuerzas de Gorostiaga, hasta que llegue el momento que las bayonetas de Chile lo pinchen por vanguardia y retaguardia. Y entonces tendrá que aceptar la batalla, y ésa…, ¡ésa será la definitiva!

Decididos a cumplir la promesa que habían hecho al coronel Del Canto de llegar a Chicla en cuatro días, el mayor Rodríguez y su ordenanza resolvieron abandonar la senda socorrida que desciende por Cerro de Pasco, y tomaron por los retorcidos senderos de la sima, hasta desembocar en la provincia de Yauli. Desde allí tomaron la difícil senda de Marcapomacocha, que los habría de conducir directamente a Casapalca y Chicla.

Entretanto, el coronel Del Canto, impaciente por ver las espaldas del ejército de Cáceres, dio nuevamente la orden de marcha el 7 de junio a las 5.30 de la madrugada. Justamente cuando las dos divisiones se ponían en movimiento, hizo su aparición el coronel León García, quien, cabizbajo y avergonzado, tomó el mando de su batallón «Buin» y lo incorporó a la columna en marcha.

La expedición avanzó hacia el norte durante los días 7 y 8. Habiendo alcanzado el pueblo de Huanco, viró hacia el poniente, y este giro colocó a las divisiones contra los escarpados muros de la cordillera Occidental. Los soldados fueron trepándolos con ánimo, alentados por la esperanza de cazar pronto al ejército enemigo y terminar de un golpe la pesadilla de la guerra.

Yacutoma, Pucapampa, Cachura, Canchán, Huayacete, Las Higueras, Huanpayac fueron los primeros jalones que marcaron el ascenso progresivo de la columna. Pero era forzoso seguir trepando aún más alto por los hostiles flancos de la cordillera.

La ruta estaba sembrada de despojos, que delataban el desastroso estado en que huía el ejército enemigo. Entre los restos de carga y trozos de vestuario, había también hombres rezagados, que se echaban a los pies de los chilenos jurando que eran desertores, y que señalaban el calvario de las tropas serranas en su desesperado avance hacia el Callejón de Huaylas.

Del Canto, encabezando la columna con ojos afiebrados por la expectación, seguía marchando sin perder un minuto. El 10 de

junio, a las 7 de la tarde, su pequeño ejército entraba exhausto al pueblo de Chavinillo, ahorquillado entre dos picachos cubiertos de nieve. Antes de permitir que los soldados se entregaran al descanso, examinó la población. Todo indicaba que el general Cáceres había pasado por allí hacía apenas dos días. Al alba siguiente, la columna enfrentó la amedrentadora cuesta de Cunuyuco, que se alza casi vertical en el flanco de la cordillera Blanca. Las muestras del agobio del ejército enemigo eran allí más evidentes; y los indios, postrados por la extenuación, que iban encontrando en el trayecto revelaban que la columna de Cáceres marchaba deshaciéndose. Por su parte, el batallón «Coquimbo», que marchaba en la retaguardia de la división Del Canto, iba recogiendo a los chilenos que caían vencidos por la montaña.

Al anochecer del día 11, el pequeño ejército acampó en el caserío de Cunuyuco, a 4100 metros de altitud, en medio de un auténtico paisaje de desolación lunar. El termómetro cayó a 10.º bajo cero y el viento huracanado bramó con alaridos siniestros. Sin embargo, nadie se quejaba. Todos confiaban en que estaban soportando la última etapa de la guerra.

El 12 de junio, tras una costosa ascensión, descendieron hasta una cuenca abrigada, en cuyo fondo se esconde el pueblo de Aguamiro. Los soldados se alegraron como si llegaran al paraíso terrenal.

Gracias a las relaciones del coronel peruano Milón Duarte, que acompañaba a la expedición como delegado del general Iglesias, los pobladores brindaban a la tropa rancho caliente y alojamiento.

Del Canto reunió a autoridades y prisioneros y los escuchó, rodeado por su Plana Mayor. Los pobladores se decidieron a hablar, animados por el coronel Duarte.

—¿En qué lugar está el ejército de Cáceres en estos momentos? —interrogó el coronel.

—Sólo a una jornada de aquí, mi señor; está en el pueblo de Chavín —respondió el alcalde indio.

—Doce leguas más al norte, señor —le aclaró el coronel Duarte —. Es el nudo de caminos que llevan al interior del Callejón de Huaylas.

—¿Y cuál es el propósito del general Cáceres? —volvió a preguntar Del Canto al indio.

—Entrar al Callejón de Huaylas y ampararse en Huaraz. Allí tiene muchos partidarios y lo espera el señor Jesús Elías, Jefe Político y Militar del Norte. El general Cáceres busca descargarse de sus muchos enfermos, reponer sus bestias de carga, proveerse de víveres y dinero y reanudar su marcha hacia el norte por el interior del Callejón. En alguna parte, entre Yungay y Corongo, lo espera el pequeño ejército del coronel Isaac Recabarren.

Este último dato cogió totalmente de sorpresa al jefe chileno. Había perdido toda noticia sobre Recabarren y las fuerzas con que partiera en ruta hacia Cajamarca; también ignoraba el número de tropas que contaba.

—Me parece haber oído decir a uno de los ayudantes de taita Cáceres que suman mil cuatrocientos hombres —le informó uno de los pobladores.

Del Canto frunció el ceño y volvió a interrogar:

—¿Y con cuántos soldados en estado de combatir pasó Cáceres por aquí?

—Unos dos mil, señor coronel —le dijo el alcalde indio sin titubear—. En la travesía desde Cerro de Pasco perdió sobre quinientos.

El jefe chileno calculó que las fuerzas enemigas sumadas alcanzaban a tres mil cuatrocientos combatientes. Eran demasiados. Tendría que combatir a Cáceres antes de que lograra la conjunción con la fuerza de Recabarren.

—¿Cuántos días calculan que tardarán esos dos ejércitos en juntarse? —inquirió al alcalde.

—Unos tres días…, cuando mucho, tres y medio. Todo depende de dónde se junten. Si lo hacen en el medio del Callejón, por ejemplo, en Yungay, demorarán tres días. Pero permítame decirle que el general Cáceres dejó entender que se mantendrá dos días descansando en Chavín.

—Lleva consigo a su esposa y a sus tres hijitas —acotó otro de los pobladores.

Del Canto y sus jefes hicieron muecas conmiserativas. Les dolía saber que el jefe enemigo había realizado aquella marcha infernal con su mujer y sus hijas.

—Lamento la suerte de esa valiente señora y de sus tres niñas y me hiere verme obligado a agravar su situación, pero la guerra es la

guerra —reflexionó Del Canto—, y el general Cáceres, sabiéndolo mejor que nadie, no debió traer consigo a su familia.

Fueron las últimas palabras que cambió con las autoridades de Aguamiro. Después se retiró a deliberar con sus oficiales. Estaban a doce leguas de Chavín.

Alcanzarían a caer sobre el ejército de Cáceres antes de que reanudara su fuga.

Las dos divisiones chilenas se entregaron al sueño, rendidas por las terribles jornadas que venían de hacer.

El coronel Estanislao del Canto se cobijó en la casa del gobernador. Acababa de tumbarse en un camastro, embutido en su capote y cubierto por una manta, cuando el oficial encargado de la gran guardia entró a su habitación, llamándolo a voces. Acababan de llegar al puesto de centinelas del oriente dos soldados que decían ser los guías de la escolta del coronel Marco Aurelio Arriagada.

El veterano salió a la plaza del pueblo, presa del más hondo desconcierto. Y tardó cerca de una hora en ver disipadas las dudas, cuando quedó a solas con el jefe señalado.

—Ahora que estamos solos, ahorrémonos preámbulos impropios de nosotros —dijo Arriagada a su anfitrión con cierta altivez, muy característica de su temperamento prepotente—. La razón de mi viaje es que el general en jefe me ha confiado el mando superior de este ejército.

Del Canto retrocedió un paso y en su semblante se fueron retratando alternativamente el estupor, la incredulidad y, por último, una sorda cólera.

—¿Me despojan del mando ahora que tengo las acciones perfectamente encaminadas y al borde de una culminación definitiva? —observó con voz sorda—. ¿Y por qué? —exigió a su interlocutor.

—Por la querella que se ha producido entre el coronel León García y usted. El general Lynch ha creído obrar con equilibrado criterio, zanjando esa diferencia mediante el envío de un jefe superior en grado a ustedes dos. Frene su amor propio, coronel Del Canto, y comprenda. Es preciso mantener la disciplina por sobre todo.

El veterano se sentía herido en lo más íntimo.

—Es la segunda vez que el «general» Lynch me priva del mando

en mitad de una campaña y sin razones que lo justifiquen. —Y vibró en su acento un marcado menosprecio, cuando aplicó el título de general al contralmirante.

Arriagada rechazó su argumento con exagerados ademanes.

—La razón acabo de exponérsela, coronel —dijo—; y puedo demostrarle, mediante un documento, que la medida no encierra una censura hacia usted. —Y hurgando en una de las bocamangas, sacó una carta que enviaba Lynch a Del Canto.

El veterano la leyó aprisa y sólo prestó atención al último párrafo:

> *Nada tengo que decir de U. S., porque U. S. ha cumplido sus instrucciones a mi más amplia satisfacción; y si va el coronel Arriagada a tomar el mando de la fuerza, es porque así me lo indica el presidente y porque yo también creo que no es posible que las cosas sigan como están, desde que no hay armonía entre U. S. y el jefe de la división.*

Sin cuidarse de ocultar su rabia, Del Canto hizo saber a Arriagada que le entregaría el mando aquella misma noche y que en la Orden del Día del alba siguiente pondría en antecedentes al ejército.

Los soldados no pudieron disimular el desagrado que les producía el cambio de mando.

—Se nos arranca de nuevo el general Cáceres. Nos han puesto de jefe al «alcatraz» —comentaron—. El enemigo se nos va a hacer humo debajo de las narices.

El coronel Arriagada era apodado el «alcatraz» por su aire pomposo, su petulancia y su falta de habilidad para resolver los asuntos apremiantes. Su medida confirmó los decires de la tropa. Ésta fue la de suspender la persecución hasta pasar una revista de comisario, para conocer los elementos de que disponían los soldados.

El coronel Del Canto estaba completamente fuera de sí y agotó toda su elocuencia tratando de disuadir al nuevo jefe de su desatinada disposición, pero éste se obstinó en escudarse tras un solo argumento.

—Me niego a seguir sacrificando a nuestra tropa, llevándola al

combate en el estado de miseria en que se encuentra.

—¡Es absurdo, coronel! —le oponía fieramente Del Canto—. Si avanzamos ahora mismo, mañana cazamos a Cáceres en Chavín y se acabó la pelea. De demorarnos, como usted propone, se internará en el Callejón de Huaylas y avanzará contra Cajamarca para destruir al general Iglesias. Ésa es su meta.

El coronel Arriagada, sonriendo fatuamente, esgrimió su carta de triunfo:

—El general Cáceres meterá a su ejército en el Callejón de Huaylas, es cierto; pero no sólo no podrá sacarlo por el norte, en ruta a Cajamarca, sino que no le será posible sacarlo por ninguna parte. La única salida que existe en el norte está cerrada por batallones chilenos, coronel —declaró triunfalmente Arriagada.

Gozándose en el golpe sorpresivo que daba a su contrincante, le reveló que el contralmirante Lynch había tenido la idea de encerrar al ejército de Cáceres en el Callejón de Huaylas hacía bastante tiempo, y que, para ello, comisionó al coronel Alejandro Gorostiaga, para que tapara la única vía de escape que el «Brujo de los Andes» tenía por el norte.

Aliviado por aquella noticia. Del Canto exclamó:

—¡Menos mal que se hizo! ¿Entonces…, en estos momentos…?

Arriagada volvió a ufanarse, como si celebrara una obra propia.

—En estos momentos el coronel Gorostiaga recibió orden de penetrar hasta Hamachuco el 10 de mayo, o sea, hace más de un mes; debe haber descendido desde ese pueblo hacia el sur, ubicándose en el caserío de Corongo, que cierra el Callejón de Huaylas por el norte.

Aprovechando el entusiasmo con que Del Canto recibía aquellas informaciones, el nuevo jefe le dio a conocer los datos con que el contralmirante Lynch lo había prevenido al salir de Lima. Según éstos, el general Gorostiaga llevaba consigo novecientos cincuenta y nueve hombres y cuatro piezas de artillería.

Del Canto expresó de inmediato su inconformidad. Eran muy pocos para oponerse al ejército de Cáceres, que contaba con dos mil hombres y que no tardaría en aliarse con los mil cuatrocientos que tenía el coronel Recabarren dentro del Callejón de Huaylas.

—Si Gorostiaga se topa con esos dos ejércitos reunidos, ¿qué podrán hacer sus novecientos cincuenta y nueve soldados contra los

tres mil cuatrocientos del enemigo? —planteó a Arriagada.

Éste hizo una mueca de indiferencia:

—La misión de Gorostiaga es simplemente la de cerrar la salida del Callejón de Huaylas a los enemigos e impedirles que vayan a atacar al general Iglesias en Cajamarca —expresó con aire superficial—. Si se ve forzado a presentar combate a las dos divisiones de Cáceres sumadas, pedirá refuerzos al comandante Herminio González, que ha quedado en Trujillo. —Sonrió confiadamente al agregar enseguida—: Pero se confía en que Gorostiaga logrará alcanzar a la división de Recabarren antes de que se junte con la de Cáceres; y, en ese caso, atacará y destruirá a esa fracción.

Del Canto no estaba de ningún modo de acuerdo con él. Ante la absurda serenidad de Arriagada, volvió a insistirle en que mantener inmovilizada allí a la división significaría en forma segura que el ejército de Cáceres conseguiría sumarse a Recabarren, para caer juntos sobre las fuerzas de Gorostiaga. Pero el nuevo jefe no le prestaba oídos y lo escuchaba con una sonrisa plácida y petulante, moviendo lentamente la cabeza.

Estanislao del Canto se separó de él con el convencimiento de que la sacrificada campaña emprendida contra Cáceres fracasaba al igual que las anteriores.

23

El general Andrés Cáceres clavaba sus ojos afiebrados en el norte, poseído de una idea fija: llegar a Cajamarca. Ya su anhelo de victoria no era más que un sueño remoto, pero seguía aferrado a la esperanza de conseguir que el general Iglesias, presionado por él, abandonara su posición de resignado pacifismo y se resolviera a combatir a su lado. De lo contrario, terminaría con él y sus escasas tropas. Atormentado por la angustia que le provocaba el transcurso de los días, urgía a sus hombres sin importarle el calvario a que los sometía. El 14 de junio los lanzó a emprender el ascenso de la cuesta de Ahuarcancha, empinada frente al pueblo de Chavín, a 4600 metros de altura. Las piezas de artillería, desarmadas, la munición y el bagaje debieron ser elevados a brazos, porque ninguna acémila era capaz de trepar por aquella senda. Sin embargo, sus hombres lo hicieron. Tumbados de espaldas sobre la nieve, con las bocas muy abiertas para captar el aire enrarecido, sangrando por las narices y oídos, a las 6.30 de la tarde los oficiales y soldados contemplaron en la honda lejanía el valle verdegueante del Callejón de Huaylas, tendido como un fértil pasadizo entre las cordilleras Blanca y Negra.

Después de una hora de descanso, descendieron hasta el pueblo de Ahuarcancha, incrustado a media altura. Allí pasaron el resto de la tarde y la noche. El 15 amanecieron once indios muertos por congelación, pero el ejército prosiguió su marcha alucinante, encandilados sus hombres con la perspectiva del valle pródigo.

A las once de la mañana consiguieron entrar al pueblo de Olledos, en donde, por primera vez en muchos días, probaron un rancho caliente. Sabedor de que el ejército chileno le venía a la zaga y estaba ya en Chavinillo, a las doce Cáceres ordenó seguir

andando y mantuvo la marcha. A las seis de la tarde entraron en Huaraz.

En la calle principal, salieron al encuentro del caudillo dos personajes que no imaginaba encontrar todavía: el coronel Isaac Recabarren y el doctor Manuel Espíritu Cisneros, propietario de la hacienda Andaymayo, vecina a la ciudad. Ambos montaban bestias extenuadas y reflejaban en sus rostros su inquietud y tribulación.

Casi no hubo saludos; el doctor Cisneros fue directamente a la médula del asunto.

—Señor general, he venido a su encuentro movido por el más ardiente deseo de ser elocuente y convencer a usted de lo mismo que ya hemos tratado con el coronel Recabarren —le dijo con apesadumbrada gravedad.

Andrés Cáceres los observó sin disimular la alarma que le producían sus actitudes.

—¿Qué los trae tan preocupados, señores? —les indagó, receloso.

—Señor general, es forzoso dejar las armas, reconocer al general Iglesias y aceptar la paz que nos propongan —le expresó acongojadamente el doctor Cisneros.

Cáceres los apartó y se quedó mirándolos con aire de sorpresa y de reprobación.

—¿Por qué, señores? —exclamó—. ¿Qué puede haber ocurrido que abata definitivamente nuestros ánimos y nuestro coraje de peruanos?

—Estamos acosados, Andrés —le argumentó con acento plañidero el coronel—; no tenemos fuerzas para resistir más, y hacerlo sería atraer la destrucción y la muerte sobre este hermoso valle que, con la protección de Dios, no ha sufrido todavía la tragedia de la guerra. Escucha, hermano. Vengo replegándome con mi pequeño ejército desde Pallasca y he tenido que exigir a mis hombres más allá de sus fuerzas para impedir que el enemigo me diera el zarpazo definitivo por la espalda.

El caudillo lo observó desconcertado. Recabarren le explicó con acento amargo:

—Es una división chilena provista de las tres armas y mandada por el coronel Gorostiaga. Entró a nuestro territorio a la altura de Huamachuco y viene descendiendo en persecución de mis hombres.

Logré detenerla temporalmente en la entrada norte de este Callejón dinamitando el puente de Yuracmarca, sobre el río Santa. Pero en estos momentos está allá arriba, al otro lado del río, posesionada del pueblo de Corongo y reconstruyendo el puente para entrar al Callejón.

El general Cáceres cerró los ojos, mientras su tez se tornaba intensamente pálida.

—Nos han encerrado dentro del Callejón de Huaylas, señores —resumió con acento agorero.

—Hay que someterse, señor general; aceptar la paz —insistió el doctor Cisneros.

—Es la verdad ineludible, Andrés —acotó, a su turno, Recabarren—. Estamos copados.

El «Brujo de los Andes» calló e hizo un esfuerzo para recomponer el rostro.

Para él no habría paz mientras permaneciera un invasor sobre la tierra peruana; proseguiría esgrimiendo su espada hasta que la muerte bajara su brazo.

Aquella misma noche, en la amplia casona de viejo estilo español, reunió a todos los jefes de todos los batallones y celebró un consejo de guerra en el que prevaleció, como siempre, su voz autoritaria.

—Debo advertirles cuál es la situación exacta en que nos encontramos —comenzó diciéndoles.

Enseguida, sin ambages, les habló del encierro en que se hallaban, y, sobreponiendo su voz a las desalentadas de sus subalternos, trató de tranquilizarlos, oponiéndoles razones que había venido meditando desde que hablara con Recabarren y Cisneros.

—Es cierto que, aparentemente, las circunstancias parecen confabularse en contra nuestra. Pero hay factores que debemos considerar, porque pueden jugar un papel valioso en nuestro beneficio. Ellos son: que el ejército que nos persigue desde el sur aún no ha entrado en el Callejón de Huaylas y, según uno de mis espías, se ha detenido en Aguamiro para reponer el equipo destrozado; y, en cambio, la fuerza enemiga que nos cierra la salida por el norte, estacionada en Corongo, apenas cuenta con mil hombres y está al alcance de nuestra mano. Tenemos en este

campamento dos mil soldados; el coronel Recabarren guarda mil cuatrocientos más en Yungay. El camino que nos conduce al puente de Yuracmarca es ancho y horizontal; nos bastarán dos días de marcha floja para llegar hasta él. En ese plazo, pues, podremos caer sobre ese millar de enemigos y hacerlos polvo.

Con la misma intensidad con que habían expresado su alarma y desaliento, los jefes serranos aprobaron ahora el propósito del general Cáceres. Éste, poco interesado en sus manifestaciones, seguía hablando, como si desarrollara un monólogo para sí mismo:

—Si procedemos con rapidez, lejos de ser éste un encierro mortal para nuestro ejército, será el campo de una nueva victoria. Y no olvidemos que nuestra meta es llegar a Cajamarca, para abatir de un golpe al traidor Miguel Iglesias, que enarbola el estandarte de una paz humillante.

Los ánimos de los comandantes de batallones y de los jefes de montoneras se encendieron con fácil entusiasmo al calor de la fe que irradiaba el caudillo, y durante largos minutos sus comentarios no permitieron oír ni ver al doctor Manuel Cisneros que entró en la sala. Al ser advertido de su presencia, Cáceres lo hizo acercarse y acalló a los demás para escucharlo.

—Señor general —le dijo entonces el recién llegado, aproximándose a él—, uno de los capataces de mi hacienda Andaymayo, a quien envié a la costa a recoger noticias, acaba de regresar a matacaballo para comunicarnos dos hechos de trascendental importancia: el primero, que el traidor Iglesias ha firmado un protocolo oficial, en el que se compromete a pactar la paz con Chile mediante la entrega del territorio de Tarapacá a perpetuidad y la cesión de Tacna y Arica por diez años.

—¡Dios santo, se consumó la traición! —musitó Cáceres roncamente; y la palabra «traición» corrió con diversos acentos por todas las bocas.

—El segundo informe es más alarmante, señor general —continuó Cisneros—. Me noticia mi capataz que el 6 de junio partió del puerto de Casma un tercer ejército chileno con destino a Porongo, para reforzar el que mantiene la salida norte del Callejón de Huaylas el coronel Gorostiaga. Mi criado no pudo averiguar el número de esas tropas; sólo supo que vienen comandadas por un sargento mayor de nombre Sofanor Parra y que se componen de

caballería, infantería y artillería, además de servicios de bagaje y muy bien provistos de municiones.

El general Cáceres calculó que habiendo transcurrido diez días era ingenuo confiar en que esa fuerza no se hubiera sumado ya a la que cerraba el Callejón por el norte.

—Ahora nos intercepta el paso un ejército doble o triple al que imaginábamos y con abundante artillería y municiones —se oyó expresar con timidez al coronel Secada, y todos los ojos se volvieron ansiosamente hacia el caudillo.

Cáceres sacudió la cabeza, como para ahuyentar un mal pensamiento, y enfrentó las miradas tratando de mantenerse sereno.

—Déjenme meditarlo, señores —les dijo—. De todos modos, el cansancio de las tropas no nos permite movernos de aquí hasta mañana. Se suspende el consejo. Les comunicaré mis órdenes oportunamente. Procuren descansar.

Pero existía un antecedente más que el general Cáceres aún no podía conocer y no esperaba: la división del coronel Arriagada, apostada en la boca sur del Callejón de Huaylas, había comenzado su avance el 14 de junio.

Convencido en último momento por sus comandantes de que no podrían recibir una remesa de calzados y uniformes en menos de diez días. Arriagada resolvió por fin reanudar la persecución. Temeroso de que la presa que estaba acorralada pudiera escapársele por el mismo boquete que había utilizado para entrar al Callejón, dividió su ejército en dos fracciones, una de las cuales debía seguir rectamente hacia el norte para vigilar el paso de Ahuarcancha; la otra entraría al Callejón por el paso de Torres, descolgándose sobre el pueblo de Recuay. Esta última fracción la retuvo Arriagada bajo su propio mando, y la primera la entregó al coronel León García, contrariando una orden precisa que le diera el contralmirante Lynch.

> *Si lo juzgare conveniente, podrá distribuir sus fuerzas en divisiones. En caso de formarlas, dará el mando de una de ellas al coronel Del Canto.*

Marco Aurelio Arriagada era fanáticamente religioso y distanciaba a Estanislao del Canto, deliberadamente, porque lo sabía masón.

El 14 de junio, al amanecer, partieron las dos fracciones. Y el día 15 ambas estaban trepando la cordillera.

Ignorante de este hecho, el caudillo serrano se había encerrado en las habitaciones que ocupaban su esposa y sus hijas en Huaraz y se devanaba el cerebro buscando una solución al difícil problema que se le planteaba. Doña Antonia, que lo había acompañado con sus tres pequeñuelas en las espantosas marchas realizadas durante un año entero, lo contemplaba con ansiedad, sin atreverse a turbar sus arduas meditaciones.

Alrededor de las nueve de la noche y cuando llovía torrencialmente, volvieron a presentarse en la casona el capitán José Miguel Pérez y el doctor Cisneros. El general Cáceres tuvo que alentarlos con un gesto imperioso, para que el doctor Cisneros se arriesgara a hablar.

—Nuevas informaciones, señor general —le declaró con desaliento—. El ejército chileno que avanza por el sur ha emprendido el cruce de la cordillera Negra.

—¿Ya?… —exclamó solamente Cáceres y dejó pasar un largo rato antes de averiguar—. ¿Dónde está ahora?

—Es casi seguro que están ya en el pueblo de Pilapampa o en el de Recuay —apuntó el capitán Pérez con voz sorda.

El caudillo no hizo comentarios, pero en su cerebro se presentó nítida la gravedad de la situación. Recuay estaba apenas a 26 kilómetros de distancia; los enemigos llegarían a Huaraz, a más tardar, al día siguiente al atardecer.

—Ayudante —pidió a Pérez con acento sombrío—, busque al coronel Recabarren y transmítale que ordeno concentremos sus fuerzas y las mías a la brevedad posible. Dígale que tome un caballo y galope esta noche misma hasta Yungay, en donde está su ejército, y allí nos espere con una solemne ceremonia. Que sus soldados y los míos nos vean encontrarnos en un marco marcial y fastuoso, a fin de que se acreciente la fe que deben tener en nosotros. Mi ejército partirá a las tres de la madrugada de Huaraz y llegará a Yungay a media mañana. Cuando estemos todos allí, decidiremos cómo afrontar el peligro. —Como el capitán se dispusiera a salir, lo

detuvo al llegar a la puerta—. Tan pronto haya transmitido mis instrucciones, regrese, capitán. Confiaré a su lealtad la más delicada misión.

Apenas el oficial hubo partido, se volvió al doctor Cisneros y le rogó que le consiguiera una vestimenta de arriero para un hombre de la talla del capitán Pérez y trajes de indias para su esposa y sus tres hijas.

Una vez a solas, se dirigió hacia la habitación vecina, en donde se había refugiado su mujer y dormían las tres pequeñas.

—Querida Antonia, es preciso que afrontemos este momento doloroso con la entereza mayor. Si se hubiera tratado sólo de ti, conociendo tus sentimientos, te habría dicho: «¡Quédate a mi lado, Antonia, y afrontemos juntos lo que ha de venir!». Pero están las tres niñas. Pensar en la suerte que podrían correr, si permanecen dentro del Callejón de Huaylas, me estremece.

La señora alzó lentamente su mirada hasta los ojos del caudillo y le respondió con firmeza:

—No te preocupes por ellas, Andrés. —Y por primera vez, desde que estaban casados, lo tuteó, como si con esta fórmula íntima quisiera dar más calor a sus palabras—. Durante el año entero que ha durado este vagar espantoso por la sierra, he tratado de evitarte la desazón de pensar en las penalidades de las niñas. Es mi deber. Seguiré, pues, cumpliéndolo de manera que no estorbe a tu propio gran deber: dedicarte íntegramente a la redención de la patria.

Andrés Cáceres la envolvió en una mirada cariñosa y le oprimió suavemente una de las manos.

—Gracias, hija —dijo. Al cabo de un rato, ella le preguntó con mal disimulada ansiedad:

—¿Volveremos a vernos, Andrés?

—No lo sé —le respondió vagamente el caudillo—. Creo que no. Tú comprendes; estamos casi irremediablemente perdidos. En consecuencia, es preciso que partas cuanto antes. Las confiaré a la sagacidad y el valor de mi ayudante Pérez. El único camino que pueden seguir es el del poniente, hacia la costa. Tendrán que cruzar la cordillera Blanca y encaminarse al puerto de Casma. Es la menos transitada.

—Por esa ruta vino el destacamento chileno que reforzó al ejército que nos cierra el paso por el norte —le recordó doña

Antonia.

—Esa fuerza ya pasó; el camino debe estar solitario —le replicó Cáceres, pero en el fondo de su alma elevaba una oración suplicando que fuera efectivamente así—. El capitán Pérez las llevará hasta la hacienda Huanchuy, que pertenece al coronel Francisco de Paula Secada. Allá encontrarás gente que les prestará socorro. Después continuarán hacia la costa y se acogerán a la protección de don Mansueto Canával. Pídanle que las embarque en un vapor inglés de la carrera, que las lleve al Callao. Soy muy amigo del cónsul de España en ese puerto y tengo la certeza de que las conducirá a Lima y las colocará al amparo de su bandera.

—¿Y tú, Andrés?…

—Resistiré hasta mi último aliento; no me rendiré. De modo que, si sabes de una victoria mía, espérame. Si oyes de una derrota, reza por mi descanso eterno.

Las manos de su esposa se aferraron a un brazo del caudillo.

—¡Andrés!… —exclamó con la voz quebrada y los ojos llenándosele de lágrimas.

—¡No, Antonia, no! —la contuvo el veterano—. Tú no debes llorar. Piensa en que nuestras tres pequeñas no pueden verte llorar.

La señora se recompuso e hizo un violento esfuerzo por dominarse.

El general la tomó enérgicamente por los hombros y la obligó a mirarlo. Las miradas de ambos se fundieron transmitiéndose mutuamente fe y confianza. Después, Cáceres murmuró con voz entera:

—Hasta la vista, querida.

—Hasta que vuelvas, Andrés.

Minutos más tarde entró en la habitación vecina el capitán José Miguel Pérez y llamó a su general discretamente. Venía vestido ya con ropas de arriero y traía consigo trajes de indias para la señora y las niñas.

A las tres de la madrugada, el ejército serrano reinició su abatida marcha hacia el norte. Pese a su experiencia, el general erró en su cálculo y su ejército entró en Yungay cuando el sol estaba ocultándose.

Los soldados habían recorrido en esas breves horas la distancia de sesenta y seis kilómetros. Sin embargo, formaron en la arbolada

plaza de Yungay y, durante una hora más, se mantuvieron erguidos, fingiendo un brío que estaban muy lejos de sentir.

El coronel Recabarren había dispuesto una ceremonia patriótica exactamente como la deseaba el caudillo. Al son de flautas y redoblar de tambores los dos jefes se abrazaron, como si recién se encontraran, y rígidos sobre sus caballos de guerra, revistaron a las tropas de las dos divisiones. Había obscurecido ya cuando se retiraron a sus respectivos alojamientos.

El general Cáceres estaba tumbado de espaldas en su camastro, cuando sintió ruido de pasos. Poco después, una voz pronunció su nombre. El general reconoció al jefe de su «Ayudantina», el comandante Florentino Portugal.

—General Cáceres —le dijo éste emocionado después de introducirse en la habitación—, se ha presentado a la «Ayudantina» un indio viejo, es el alcalde del corregimiento indio de Yanama, caserío incrustado en los estribos de la cordillera Negra. Me ha dicho que, estando de feria en Yungay, oyó a los oficiales comentar nuestra difícil situación. Entonces se empeñó en hablar con usted, insistiendo en que él conoce la forma de sacar del Callejón a nuestro ejército.

Cáceres saltó inmediatamente de las mantas y salió al patio, donde esperaba el indio casi centenario.

—Buenas noches, alcalde —lo saludó Cáceres.

—Así las tengas tú, taita. ¿Cómo te me encuentras?

—Ya ves: inquieto, hasta que he sabido que tienes la generosidad de venir a ofrecerme tu buen consejo —le respondió Cáceres, en quechua.

—¿Temes por tus soldados?

—Están asomados a la muerte, alcalde. ¿Sabes tú cómo salvar sus vidas?

—Vienen dos ejércitos, uno por abajo, otro por arriba. No hay más que escaparse por un lado, taita —sentenció el indio, sin darle una respuesta directa.

—No hay boquete para salir del Callejón, alcalde —dijo Cáceres, sondeándolo—. A menos que tú, con la sabiduría que te han dado tus años, nos puedas indicar alguno.

El alcalde inclinó varias veces la cabeza y gruñó, con extraña sonrisa:

—Puedo, taita, puedo. Hay un sendero viejo, muy viejo, por donde ahora no pasan más que los cóndores, volando; los hombres no, desde la época de los antiguos.

—¿No hay nieve en esta época, que impida pasarlo? —quiso saber el general.

—La nieve no cubre el paso, porque éste corre por encima de una laguna, taita —le reveló el alcalde con misteriosa sonrisa—. El camino que hicieron los antiguos incas pasa por la horquilla que forman las dos cumbres del Yanganuco.

El comandante Portugal silbó por lo bajo, con espanto. El paso abierto entre las dos cumbres de aquel gigante andino estaba a más de cinco mil metros de altura y en ella anidaban los cóndores.

—Se parte de Yanama, se sube en recto, por el costillar de la cordillera —prosiguió el viejo—. Arriba, apozada en un cuenco que forman las dos cumbres, está la laguna. Es un ojo de agua, profundo como la muerte, metido entre paredes de roca negra. Los incas antiguos abrieron corridas de agujeros en la pared de rocas y en ellos fueron metiendo estacas de madera dura salientes. Encima de las estacas tendieron parrillas de vejucos y ramas. Eso quedó como una vereda de palos por encima del agua. Por ahí se pasa, taita. —Y el indio reía de las caras impresionadas de sus interlocutores.

—¿Resistirá esa vereda el paso de un ejército, con sus cañones y animales?

El alcalde afirmó con lentos cabeceos.

—Los antiguos eran sabios —dijo—. Resistirá, si todo lo llevan en brazos.

—¿Y más allá de la laguna?…

—Sigue el sendero culebreando sobre el abismo. Se suben tres leguas más, hasta un boquete. Desde allí se observa la manta verde de la selva del oriente, tejida con ríos.

—Dime, amigo alcalde, ¿podrás recordar tus tiempos de mozo y subir hasta allá arriba, guiándonos? —le inquirió Cáceres, ávidamente.

—Podré, taita.

El general se volvió al jefe de la «Ayudantina» y le ordenó que fuera a despertar al coronel Recabarren inmediatamente. Portugal se quedó mirándolo, estupefacto.

—Pero, señor general, ¿piensa usar ese paso? —le observó, con

espanto.

—Quedarnos aquí es condenar a una muerte horrible a todo el ejército —le respondió categóricamente el caudillo—. En la batalla que nos espera no habrá prisioneros. Es preferible arriesgarnos a que mueran unos centenares en la ascensión del Yanganuco, a resignarnos a que nos maten a todos. Además, si logramos salir del Callejón de Huaylas por ese boquete, podremos recuperarnos en Pomabamba y ascender después hacia el norte, cayendo sorpresivamente sobre Cajamarca.

Pese a la oposición manifiesta del coronel Recabarren y a la no expresada de os jefes de batallones, el «Brujo de los Andes» ordenó iniciar la marcha hacia Yanganuco a la aurora siguiente. Pero mantuvo a sus tropas inmovilizadas allí durante todo el día, alentando la vaga esperanza de que los chilenos interrumpieran su avance. El 22 de junio, uno de sus exploradores, destacado sobre el camino de Yungay a Carhuaz, le informó que el ejército enemigo estaba ya en Carhuaz y se preparaba a avanzar hacia Yungay.

Cáceres desechó entonces todas sus vacilaciones.

—Comandante Portugal —expresó a su ayudante—, diga al coronel Recabarren que deje las órdenes para que el ejército se apreste a continuar la ascensión hacia el paso de Yanganuco y que venga a verme.

Mientras el jefe de la «Ayudantina» iba a cumplir sus instrucciones, el caudillo escribió de su puño y letra tres mensajes exactamente iguales. Uno iba dirigido al alcalde de Tarma; otro, al de Huancayo, y el tercero, al de Ayacucho.

El coronel Recabarren llegó profundamente impresionado. Aún no lograba convencerse de que efectivamente iban a tener que embarcarse en la empresa suicida de cruzar por la laguna de Yanganuco.

—Quedarnos aquí es morir, coronel —le repitió Cáceres secamente—. No discutamos más. Limítese a escucharme. He escrito tres mensajes, que destino a los alcaldes de las ciudades serranas más importantes en el sur. En ellos, les digo que regresamos apresuradamente, pasando por Cerro de Pasco, Junín, Tarma y Ayacucho. Es preciso engañar al enemigo, para librarnos de su persecución. Estos mensajes han sido escritos con la intención de que caigan en poder del jefe chileno que nos alcanza por el sur.

Ellos serán encomendados a estafetas que deben ingeniarse para ser apresados por los batidores enemigos. Así el comandante en jefe chileno creerá que retrocedemos nuevamente hacia el sur y tratará de cortarnos el paso por el camino de Cerro de Pasco. Entretanto, nosotros, libres de su persecución, avanzaremos rápidamente hacia el norte.

—Al norte hay otro ejército enemigo —le recordó Recabarren.

Cáceres meneó la cabeza con aire astuto.

—Lo flanquearemos, coronel. Piense usted en que saldremos al valle de Pomabamba, que corre paralelo al Callejón de Huaylas. Los enemigos del norte no nos verán.

El coronel Recabarren no halló palabras con que seguir oponiéndose. El proyecto del general Cáceres era endiabladamente temerario y su afiebrada voluntad no admitía discusiones.

Por su parte, el «Brujo de los Andes» comprendía también que estaba jugándose una carta desesperada y estaba dispuesto a llegar hasta el fin. Fiel a este propósito, decidió usar una última estratagema, para cansar a las tropas enemigas y conseguir que los dejaran tranquilos mientras iniciaban la ascensión del Yanganuco. Ordenó que aquella noche su «Ayudantina», al frente de las fuerzas guerrilleras, amagaran un asalto contra el campamento chileno ubicado en Carhuaz.

La división del coronel Arriagada dormía confiadamente, cuando todos los nidos de centinelas extendidos en el costado norte del pueblo rompieron sus fuegos.

En forma intermitente, durante toda la noche, los guerrilleros de Cáceres estuvieron disparando contra Carhuaz desde los contornos. Mediante esa táctica, consiguieron mantener en fatigosa vela a los soldados chilenos, los que, al rayar la aurora, estaban agotados por la trasnochada y la tensión nerviosa. Poco antes de que se hiciera la luz del día, los atacantes desaparecieron como por encanto y cesó el fuego.

Minutos después de que se restableció el silencio, el capitán Meyer, de la caballería, llegó hasta el coronel Arriagada con dos prisioneros. Éstos eran indios desarrapados y con apariencia de bestezuelas. El capitán Meyer los arrojó de un empujón ante el coronel.

—Son mensajeros del jefe enemigo, mi coronel. Los dos

portaban mensajes del general Cáceres para los alcaldes de Huancayo y Ayacucho, respectivamente.

El coronel Arriagada leyó precipitadamente las notas arrebatadas a los indios y ni por un momento dudó de la veracidad de su texto.

—¡Conque intenta arrancársenos hacia el sur! —exclamó con acento triunfal, y en aquel momento mismo decidió retroceder por el interior del Callejón, para ir a interceptar la retirada de Cáceres por Cerro de Pasco. Pero, impedido por una razón de elemental prudencia, resolvió en último momento enviar exploradores hasta Yungay, para enterarse de si existían aún posibilidades de atacar al enemigo.

Los exploradores enviados a cumplir tal misión regresaron pocas horas más tarde, después de recorrer la distancia que separa a Carhuaz de Yungay, a todo galope.

Bastó al coronel observar el semblante del oficial que los comandaba para adivinar su informe.

—Mi coronel, el ejército enemigo ya no está en Yungay —le espetó éste—. Ese pueblo está totalmente abandonado por las fuerzas militares; todos los hombres de Cáceres se han hecho humo. Sólo quedan allí unos doscientos enfermos y muchas mujeres que acompañaban a las tropas.

Por primera vez Arriagada se detuvo a pensar en lo extraño de aquella fuga.

—¿Pero por dónde se arrancó Cáceres? —exclamó, perplejo.

El oficial de los exploradores no supo responderle. Había interrogado a muchos de los enfermos que quedaban en Yungay y ninguno de ellos conocía la ruta del ejército serrano.

—Entrando a Yungay será posible averiguarlo, mi coronel —le afirmó el oficial.

La división Arriagada avanzó a paso de carga y, pocas horas más tarde, llegaba a Yungay, en cuyas callejuelas se veía vagar a unas cincuenta mujeres indias y a unos pocos ancianos pobladores del lugar, todos estremecidos de miedo.

Arriagada dispersó exploradores por los contornos para que buscaran las huellas del ejército enemigo y procedió a interrogar a los enfermos que se asilaban en la prefectura del lugar. Por fin, después de muchas amenazas, logró que varios de ellos le dieran la

explicación que buscaba.

—El ejército serrano se ha ido por el paso de Yanganuco hacia el otro lado de la cordillera Negra, señoría.

Ninguno de los guías chilenos conocía aquel paso y los enfermos declararon ignorar también su ubicación. Fue preciso interrogar a los viejos de Yungay para obtener vagas informaciones.

Arriagada obligó a uno de los ancianos, que parecía más enterado, a guiar al comandante Francisco Javier Zelaya, quien debería averiguar si era posible que la división chilena persiguiera al ejército serrano por aquel paso. Otros jinetes examinaban la región más al norte, hasta Carhuaz, comprobando que ningún miembro del ejército serrano había pasado en esa dirección. Pero un piquete que exploró hacia el oriente regresó con un prisionero. Éste, apremiado, confesó ser mensajero del general Cáceres y entregó una nota que el caudillo enviaba al alcalde de Jauja. El contenido era exactamente igual al de los otros dos mensajes que habían caído en manos del coronel Arriagada. El rostro del coronel chileno se dilató en una amplia sonrisa de triunfo cuando terminó de leerlo, no así el del coronel Estanislao del Canto, que lo leyó enseguida.

—¡Qué extraña mudanza la del general Cáceres! —murmuró caviloso—. Su obstinado intento era pasar hacia el norte, para atacar al general Iglesias en Cajamarca.

—Pues se habrá convencido de que no se lo permitiríamos —le apuntó Arriagada— y, sintiéndose acosado y casi deshecho por nuestras fuerzas, ha escogido el único camino que le queda libre para salvar a sus hombres: el del sur.

Del Canto iba a exponer más ampliamente sus recelos y una vaga sospecha que germinaba en su cerebro, pero lo interrumpió la llegada imprevista del comandante Zelaya, que regresaba demacrado por el cansancio.

—¿Logró hallar el paso de Yanganuco? —le inquirió Arriagada.

—Sí, señor. Y también pude comprobar que, efectivamente, por ahí se fugó el ejército enemigo —le contestó Zelaya—. Todo el sendero hacia las cumbres está sembrado de muertos, mi coronel. En su desesperación, el general Cáceres ha llevado a su ejército a una empresa espantosa. El panorama que se ofreció a mis ojos exhibía el sufrimiento de esos hombres. Además, por los costados

del sendero están botados también los materiales de la artillería, del rancho y del bagaje; las acémilas, caballos y reses para el consumo vagan sin dueño, atontados por la fatiga, atrayendo la voracidad de los cóndores. Es penoso de ver, mi coronel.

—Pero Cáceres… ¿pasó?… —fue lo único que quiso saber el coronel.

—Sí, a pesar de todo, pasó.

—¿Y nuestro ejército no podrá hacer lo mismo?

Zelaya meneó la cabeza escépticamente.

—No, mi coronel. Llevar a nuestros hombres montaña arriba, hasta Yanganuco, es condenar a muerte a la mitad de ellos. El ejército serrano ha perdido más de quinientos hombres en la travesía. Además, allá arriba, en la parte más alta, el sendero se corta en el borde de una laguna, cuyas aguas, profundísimas, están encajonadas entre muros verticales de granito. No se puede pasar.

—¿Y cómo lo consiguió Cáceres? —porfió el comandante en jefe.

—Lo hizo por una pasarela de estacas y ramas. Pero, después de que pasó su ejército, la hizo destruir con hachas y dinamita. El camino está definitivamente cortado.

—¡Condenación! ¡Ese hombre del demonio nos ha burlado de nuevo! —estalló el coronel Arriagada, pero su enojo duró una fracción de segundos—. Pero aún podemos alcanzarlo. Bastará con que rehagamos el camino que hemos hecho y vayamos a apostarnos en Cerro de Pasco y Huánuco.

Del Canto, que había permanecido silencioso y sumido en cavilaciones, intervino entonces:

—Coronel, al norte de este Callejón está el coronel Gorostiaga con apenas mil hombres. Si nos retiramos hacia el sur, lo dejaremos solo, abandonado a su suerte.

—¿A qué suerte, si Cáceres huye hacia el sur con su gente? —le opuso Arriagada con cierto desprecio, lo que motivó que el antiguo jefe le expusiera intencionadamente:

—¿Y si no va marchando hacia el sur?…, ¿si todo eso es falso y su verdadero propósito es seguir adelante con su plan y continuar hacia el norte para caer sobre Iglesias, en Cajamarca?…

El coronel Arriagada descartó aquella tesis por absurda. Sordo a las opiniones que intentaban exponerle los comandantes de

batallón, envió un mensajero a Gorostiaga advirtiéndole que se marchaba hacia el sur y una nota rápida al contralmirante Lynch, en la que le explicaba que iba a apostarse con su ejército en Cerro de Pasco Y sin más tardanza, ordenó al coronel Del Canto que retrocediera por el interior del Callejón de Huaylas con los batallones «2.º de Línea» y «4.º de Línea», yendo a apostarse en el pueblo de Aguamiro.

El 26 de junio partió aquella columna, obediente a la orden, pero Del Canto iba preocupado y sombrío. Pensaba que dejar a la división de Gorostiaga sola en Corongo era sentenciarla al exterminio.

Pero el coronel Arriagada había tragado el anzuelo completo y nadie podía disuadirlo de su plan. Ni siquiera lo consiguió un parte cifrado que le envió el coronel Gorostiaga y que recibió el mismo día 26 de junio. Después de leerlo, se limitó a encogerse de hombros y a sonreír desdeñosamente.

El coronel León García, que no se separaba de su lado un instante, lo miró con expresión curiosa.

—¿Qué comunica en ese parte? —le preguntó.

—Que mantiene extendidas sus tropas entre las haciendas Siguas y Hurcón y que espera nuestro avance.

—¿Nuestro avance hacia el norte? —indagó García.

El comandante en jefe rió divertido.

—Así lo cree Gorostiaga —dijo—. Espera que marchemos a juntarnos con él, porque está seguro de que el ejército serrano está en Pomabamba y se moverá pronto en dirección a Huamachuco y Cajamarca. Voy a mandarle decir que se quede tranquilo y que deje por nuestra cuenta a Cáceres, pues lo aplastaremos en Cerro de Pasco.

El coronel León García tuvo una expresión de duda. Y se aventuró a proponerle:

—Mi coronel, quizá todavía sería tiempo de estudiar los varios informes que nos afirman que Cáceres va hacia el norte y no hacia el sur…

—¡Bah, García! ¿También usted? —lo interrumpió sarcásticamente Arriagada—. ¿Cree que no he estudiado bastante el problema? ¡No, yo no me dejaré engañar por presunciones! ¡Cáceres va hacia el sur y en Cerro de Pasco lo aplastaremos! Vamos a

desembarazarnos ahora de los enfermos, enviándolos a la costa con el comandante Zelaya; descansaremos tres días más en Recuay, y, enseguida, sin pausa ni prisa, cruzaremos la cordillera Negra y saldremos a interceptar el paso al ejército enemigo.

Tal como se lo había propuesto, lo realizó. Esa misma tarde partió el comandante Zelaya guiando un convoy con trescientos cuarenta y seis enfermos, hacia el puerto de Casma para embarcarlos en alguna de las unidades de la armada chilena. Además, llevaba el encargo personal del coronel Arriagada de entrevistarse con el contralmirante Lynch tan pronto llegara a Lima, para informarle de los movimientos de la fuerza expedicionaria y pedirle que enviara una división de refuerzo a Cerro de Pasco.

El comandante Zelaya tardó seis días en llegar a la capital, y cuando expuso el informe al contralmirante Lynch, éste tuvo una terrible reacción.

—¡Maldita sea la ceguera de los vanidosos! —y siguió diciendo en forma exasperada y reprobatoria—: ¡Ese zorro de Cáceres se los ha tragado de nuevo a todos ustedes! El único que sabe cómo van las cosas es el coronel Gorostiaga, que, por culpa de la tontería de Arriagada, se ha quedado solo en el norte. —Tomando rudamente de un brazo a Zelaya lo aproximó a una carta geográfica del norte del Perú y señaló con un índice el Callejón de Huaylas—. ¡Aquí está Yungay! El ejército de Cáceres se arrancó del Callejón por el paso de Yanganuco. Véalo en este otro punto. Y dígame, ¿qué es lo primero que existe al otro lado de la cordillera Negra?

—Los caseríos indios de Yurma y Huayllán y el pueblo de Pomabamba —leyó Zelaya acercando sus ojos al mapa.

—¡Pomabamba, exactamente! —vociferó Lynch—. Ahora, escuche bien esto que le aclarará muchas cosas. El coronel Gorostiaga me ha informado que los enemigos se preocuparon cuidadosamente de arreglar los caminos que van de Pomabamba hasta Cajamarca. Teniendo todo eso preparado y después de librarse de la persecución de Arriagada, ¿sería cuerdo que el general Cáceres regresara con su ejército hacia el sur?

—Perdió muchos hombres en el cruce de la cordillera al huir del Callejón de Huaylas, mi general. Seiscientos, por lo menos —le observó tímidamente Zelaya.

—Supongamos que así sea. Su fuerza era de dos mil hombres,

más mil cuatrocientos del coronel Recabarren; en total, tres mil cuatrocientos. Réstele los seiscientos perdidos en el paso de Yanganuco. Le quedarían dos mil ochocientos. Y el general Cáceres sabe tan bien como Gorostiaga que más al norte, en Cajamarca, lo espera para unírsele el montonero José Mercedes Puga con cuatrocientos soldados. O sea, que puede contar con tres mil doscientos hombres. ¿Cuántos tiene para oponerle el coronel Gorostiaga? Alrededor de mil cien combatientes. ¿Se imagina que los espías del general Cáceres no lo han informado sobre esto?…

—Seguramente.

—¿Y podría dudar el jefe enemigo en la elección de su ruta? —Las pupilas de Lynch brillaban enardecidas y su puño derecho golpeaba violentamente sobre el mapa, traduciendo su exasperación —. ¡El general Cáceres ha marchado con su ejército hacia el norte, para caer sobre Gorostiaga y despedazarlo, y para hacer lo mismo enseguida con el pequeñísimo ejército del general Iglesias! El coronel Arriagada ha caído en el garlito como un inocente, engañado con falsas comunicaciones, hechas llegar a sus manos intencionadamente.

—¡Gran Dios! —exclamó Zelaya—. Entonces la suerte de la división del coronel Gorostiaga…

—¡Está sellada, si no hacemos un intento desesperado para impedir su destrucción! —gritó Lynch y comenzó a pasearse por su despacho, amenazando con los peores castigos a Arriagada si la división de Gorostiaga perecía. Repentinamente, llamó a su secretario Del Solar y le ordenó citar a una inmediata reunión de los miembros del Estado Mayor General.

La junta de guerra que se realizó una hora más tarde fue sumamente borrascosa. La irritación de Lynch era tan extremada que pocos se atrevieron a defender al coronel Arriagada. Sin embargo, el contralmirante se avino a examinar las dos posibilidades que se presentaban. La primera, que el ejercito enemigo marchara hacia el norte, como él creía, y la segunda, que efectivamente hubiera retrogradado hacia el sur, como pensaba el coronel Arriagada. Para cubrir ambas probabilidades, se dispuso que el coronel Martiniano Urriola, que se mantenía en el valle de Tarma, concentrara sus tropas y las del mayor Virgilio Méndez, que custodiaban la quebrada de Huarochirí, para marchar con todos

ellos a Cerro de Pasco. Igualmente, el comandante Castillo debería trepar a la sierra operando en conjunto con Urriola en Cerro de Pasco.

Pero la maniobra que Lynch dispuso que se realizara con mayor presteza fue la destinada a reforzar al coronel Gorostiaga.

En su opinión, la forma más rápida de auxiliarlo era movilizar hacia el interior a todas las fuerzas que permanecían de guarnición en Trujillo, La Libertad y Lambayeque, bajo el mando del comandante Herminio González.

Esto fue aprobado de inmediato y Lynch comisionó al teniente Alberto del Solar, para que llevara las instrucciones al comandante González.

—Busque al hombre de nuestro ejército que mayor confianza le inspire y hágase acompañar por él. Tiene que ser explorador aguerrido, audaz y profundo conocedor de los caminos —recomendó Lynch a su secretario, a lo que Del Solar le respondió:

—Hay uno, señoría, e inmejorable. Pero acaba de llegar de la sierra y no quiere, por nada del mundo, volver a penetrar en ella: el mayor Manuel Rodríguez.

El rostro de Lynch se iluminó al enterarse de que podía disponer de aquel oficial.

—¡Magnífico! ¿Está aquí desde cuándo?…

—Llegó anoche —lo ilustró Del Solar—. Traía un mensaje del coronel Del Canto. Cuando estuvo aquí se informó de que el coronel Del Canto había sido reemplazado en el mando y de que la expedición del norte ya estaba en marcha.

—Pues transmita al mayor Rodríguez mi orden perentoria de acompañarlo, para servir, posteriormente, de guía y asesor del comandante González en su entrada para reforzar al coronel Gorostiaga.

Del Solar vaciló y luego dijo tímidamente:

—¿Y si el mayor se niega, señoría? Está realmente desquiciado.

—Lo hago someter a consejo de guerra por rebeldía en momentos de emergencia —afirmó Lynch, pero enseguida dulcificó su tono—: El mayor Rodríguez es demasiado buen soldado para insubordinarse. Llévele mi orden y la obedecerá.

Efectivamente, el explorador no supo negarse. Y embarcó aquella misma tarde, acompañado por su inseparable ordenanza.

Los tres hombres desembarcaron en la caleta Buenos Aires y marcharon hasta la vecina ciudad de Trujillo, a la que llegaron el 30 de junio.

Llegaron tarde: en la ciudad no quedaban sino unas docenas de soldados chilenos, al mando de un teniente. Éste les informó con inquietud:

—Mi comandante González aguardó hasta el último momento, con la esperanza de recibir alguna instrucción desde Lima; pero decidió partir, obedeciendo al llamado angustioso que le hacía mi coronel Gorostiaga desde Corongo. Partió ayer, con quinientos ochenta hombres, sin contar los arrieros.

El teniente Del Solar anotó las cifras en un cuadernillo y la sumó a los mil cien hombres que tenía el coronel Gorostiaga. El resultado fue de mil seiscientos ochenta y un combatientes. Y el ejército enemigo contaba con tres mil doscientos. Pero el teniente que los informaba agregó algo que lo hizo arrugar el entrecejo aún más.

—Hemos sabido que a la fuerza de Cáceres se han agregado unos tres mil indios —decía; de este modo el ejército que enfrentaba Gorostiaga subía a seis mil doscientos combatientes.

—¿Cuál es la ruta seguida por el comandante González, teniente? —indagó Rodríguez con impaciencia.

—Salió por el camino a Santiago de Chuco, pero el punto de reunión que le había indicado mi coronel Gorostiaga era Huamachuco.

El explorador se volvió a Del Solar y lo remeció nerviosamente de un brazo.

—Si partimos al momento, teniente, alcanzaremos al comandante González en Santiago de Chuco mañana —le expresó, y, sin tardanza, pidió al oficial que les proporcionara tres buenos caballos.

Minutos más tarde dejaban Trujillo. Galoparon sin descanso hasta la aldea de Tucón. Allí pernoctaron y al día siguiente reemprendieron la frenética carrera antes de rayar la aurora, consiguiendo entrar a Santiago de Chuco poco después del mediodía. La retaguardia de la columna del comandante González se alejaba por el camino al noreste. Quince minutos más tarde, conseguían ponerse a la par con González, con quien hablaron sobre la marcha.

—El teniente Del Solar es el secretario privado del general en jefe y traía a usted la orden de ponerse en marcha inmediatamente para ir a reforzar la división del coronel Gorostiaga —informó Rodríguez—. Pero ya vemos que usted procedió anticipadamente, por su propia cuenta.

—El ejército del general Cáceres marcha directamente hacia el norte. Si mi coronel Gorostiaga se retira, le deja libre el paso para ir a destruir al general Iglesias en Cajamarca; si se queda, tendrá que resistir solo el choque de todo el ejército enemigo —explicó.

El mayor Rodríguez aprobó su iniciativa de ponerse en marcha a la medianoche, pero se extrañó de que comenzara otra jornada de camino a media tarde.

—La razón es simple, mayor —le explicó González—. Acabo de recibir otra nota de mi coronel Gorostiaga, en la que me advierte que los serranos tratarán de caer sobre mi columna cuando pase el desfiladero de Tres Cruces.

Rodríguez estudió atentamente un pequeño croquis de la zona. La senda que recorrían se extendía entre Porcón y Tres Ríos, existiendo entre estos dos pueblos un desfiladero de diez leguas de largo. Por el fondo pasaba el camino encajonado entre paredes tan altas y lisas que alcanzaban hasta cuatrocientos o quinientos metros verticales.

—Existe una parte de esa garganta en que los muros se juntan tanto que bastará que los indios se coloquen sobre sus bordes provistos de peñascos para aplastarnos a todos. Esa es la angostura de Tres Cruces, y allí ha pensado el general Cáceres coparnos. Hemos calculado exactamente el tiempo que los enemigos deben demorar en llegar a Tres Cruces. Según nuestro estudio, estarán allí mañana a las cinco y media de la madrugada —explicó el comandante González.

—¿Y esta columna a qué horas cruzará ese paso? —le inquirió Rodríguez.

González hizo un gesto de resignación y alzó los ojos al cielo.

—Creo, espero, confío, con el alma puesta en la bondad divina, que lograremos cruzar la garganta de Tres Cruces media hora antes de que los enemigos lleguen a ella —dijo fervorosamente.

—¿Y si han calculado mal? —insinuó Del Solar, con voz trémula —. ¿Si la marcha se hace más lenta en la repechada?…

Herminio González abrió los brazos y lanzó un suspiro.

—No sé qué haremos —confesó—. Creo que tendríamos que abrirnos paso a filo de sable. Lo único que sé con certeza es que mi coronel Gorostiaga tiene que recibir un refuerzo, y éste estará constituido por aquellos de nosotros que logren pasar la garganta de Tres Cruces.

—¡Perfecto, mi comandante! —aprobó Rodríguez—. Anote un hombre más en sus filas.

—Y otro más, mi comandante —se ofreció Del Solar, sin vacilar.

—¿Y yo qué? —se oyó decir a Acosta, que venía algo más atrás —. ¿Soy manco acaso o ya no sirvo

pa' sordao

?…

Herminio González le sonrió ampliamente.

—¡Vamos a Huamachuco entonces! —dijo y apresuró la marcha de su caballo.

La columna avanzaba todo lo rápidamente que se lo permitían la estrechez del sendero y la constante ascensión. Los soldados comprendían que de la prisa que se dieran en llegar a Huamachuco dependía la posible salvación del cuerpo de ejército mandado por el coronel Gorostiaga.

Cuando arribaron al lugar llamado Porcón, punto lógico para establecer su campamento, comenzaba a anochecer. Sin embargo, el comandante no dio la voz de alto y la tropa siguió desfilando sierra arriba sin chistar.

Los soldados continuaban marchando con el mismo ritmo, automatizados, con las miradas fijas en la mochila del compañero que marchaba adelante. Rodríguez pensó que el cansancio haría que los soldados comenzaran a rezagarse. Era preciso impedirlo, colocándose a retaguardia para animarlos. Acompañado por Del Solar fue viendo pasar a las compañías de los diversos batallones que componían el destacamento. Salvo los sesenta cazadores, que mandaba el coronel graduado Alberto Novoa Gormaz, todo el resto estaba integrado por soldados bisoños; niños de dieciocho o diecinueve años que nunca habían estado en una batalla. Marchaban jadeantes pero animosos.

Colocado en la retaguardia de la columna, el mayor Rodríguez pudo comprobar, en las tres horas siguientes, que sus temores

habían sido vanos; no se rezagó ninguno de aquellos muchachos y llegaron en formación compacta hasta la orilla del torrentoso río Veni.

Con los temblorosos remos de su caballo hundidos en el agua, el comandante González dio el alto y la formación se inmovilizó apegada al cauce.

—¡Enciendan las fogatas en círculo, igual que si fuéramos a formar el campamento! —ordenó el comandante—. ¡Distribúyanse los soldados en torno a ellas y descansen pero sin abandonar las armas!

Los hombres encargados de esa faena fueron encendiendo los fuegos, mientras sus compañeros se tumbaban en torno a ellos.

Rodríguez miró a la tropa y observó después al comandante, y algo que advirtió en el rostro de éste le devolvió la tranquilidad. También el teniente Del Solar estaba extrañado y se acercó a Rodríguez.

—No se preocupe, teniente Del Solar —le explicó el explorador —. El comandante González sabe que estamos moviéndonos bajo la mirada de centenares de espías enemigos y trata de simular que no tenemos prisa y que pernoctaremos aquí.

Efectivamente, siguiendo órdenes dadas en sordina por Herminio González, pronto el corneta tocó «silencio» y todos entraron en la más absoluta inmovilidad, fingiendo dormir.

Cuando la obscuridad reinó sobre el campamento, el comandante González se acercó al jefe de los cazadores, Alberto Novoa Gormaz, y le ordenó cruzar silenciosamente el río, dejando metida en la corriente a una hilera de sus jinetes, con el fin de que sirvieran de apoyo a los infantes que cruzarían enseguida. Luego reunió en torno suyo a los demás jefes y les dijo rápidamente:

—Cruzado el río, nos internaremos en el desfiladero y tendremos que marchar por espacio de diez leguas dentro de su angosta garganta. En la mitad de ella está la angostura llamada Tres Cruces; ése el punto de cuidado. Pero tengamos fe en que lograremos atravesar por ese sitio antes de que el general Cáceres corone con sus hombres los bordes superiores del paso.

Media hora más tarde, toda la división se encontraba en la margen opuesta del río y entraba en el desfiladero. Los soldados habían sido conminados a arrojar sus fósforos en la corriente, para

que ninguno cometiera la imprudencia de encender una luz, y marchaban con el extremo interior del barbiquejo apretado entre los dientes, con el fin de que no pudieran hablar. Rompían la marcha el mayor Rodríguez, designado guía de la columna. Tras él avanzaban los cazadores, y el golpear de los cascos de sus caballos guiaba a los infantes que seguían más atrás. Progresaban en absoluto silencio, pero, de vez en cuando, las bestias que venían en la retaguardia, estrellaban sus hocicos contra las mochilas de los hombres de la última escuadra y resoplaban furiosamente.

Seis horas duró aquella marcha de topos. A las cuatro de la mañana, el mayor Rodríguez y su ordenanza vieron reducirse la faja de cielo estrellado que lucía sobre sus cabezas. Estaban llegando a la angostura de Tres Cruces. El oficial tocó con su diestra un hombro del soldado.

—Vamos a cruzar la parte peligrosa —le susurró—. Vigila atentamente los bordes del cajón.

—Sí, mi capi —le respondió el ordenanza.

—¡Chist, silencio y vigila! Apuremos la marcha.

El general Cáceres pensaba salir con su ejército de la hacienda Angasmarca a las seis de la mañana para llegar a la angostura de Tres Cruces antes del amanecer siguiente. Pero tanto el coronel Secada como el coronel Recabarren se retardaron; este último perdió una hora en hacer azotar a una veintena de soldados que habían pretendido desertar durante la noche. Así, pues, el ejército pudo movilizarse sólo a las ocho de la mañana. Imaginando que aquella demora podía pesar desventajosamente sobre su plan, el caudillo exigió el máximo de celeridad a sus hombres. Pero, a pesar de eso, cuando sus ojos penetrantes avistaron la línea obscura de la parte superior del desfiladero de Tres Cruces, comenzaba a clarear. Espoleando despiadadamente a su caballo, lo forzó a marchar más rápido y la división de Recabarren tuvo que ir tras él al trote.

Cuando el caudillo detuvo su cabalgadura en el borde del profundo cañón, el panorama se mostraba claramente ante sus ojos.

—¡Se nos han escapado, por mil diablos! —rugió colérico, y llamando a su lado al coronel Recabarren le señaló una hilera de

puntos negros que se alejaba hacia el nororiente—. ¡Véalos! ¡Allá van!

El coronel Recabarren los observó y se mordió los labios, avergonzado. La división chilena había pasado por allí media hora atrás y él se había retardado una hora azotando a los desertores. Sintiéndose culpable de aquel fracaso, soportó resignado las violentas expresiones del general Cáceres. Afortunadamente para él, no quiso prolongar su amonestación y decidió continuar persiguiendo a los chilenos.

—Si maniobramos rápidamente por las alturas, podremos caer sobre ellos en el vado seco de Tres Ríos —manifestó impaciente.

—Pero la división que manda el coronel Secada no aparece todavía por retaguardia, señor general —cometió la candidez de advertirle Recabarren.

—Tiene mil cuatrocientos hombres, coronel —le observó Cáceres con rudeza—. Bastan y sobran para derrotar a los quinientos o seiscientos que vemos alejarse allá abajo.

Recabarren estaba absolutamente corrido; la amistad que lo unía con el caudillo desaparecía en esos momentos.

—Señor general —comenzó a decirle profundamente turbado— …, perdone…, pero mis hombres poseen muy mal armamento… No… podría garantizar el éxito de un ataque semejante. Pero no se han perdido todas las posibilidades de exterminar a esos enemigos antes de que se junten en Huamachuco con la otra división chilena, señor general. Esperemos que se nos reúna el coronel Secada con su gente y los atacaremos en su próximo campamento —le propuso.

—¿En Tres Ríos? —barbotó Cáceres—. ¿Cree que su jefe ha de ser tan cándido como para detenerse en ese lugar descubierto, sin ningún medio de defensa? ¡No, coronel! El destacamento chileno no acampará hasta Yamobamba, a cinco leguas de Huamachuco.

—Pues lo batiremos en Yamobamba, señor. El coronel Secada no tardará más de una hora en reunírsenos. Si después apuramos la marcha estaremos en Yamobamba al anochecer.

—¡Bien, sea! No podemos hacer otra cosa.

El ejército serrano continuó avanzando porfiadamente, aguijoneado por la irritación del general, duplicada por el retardo inexplicable del coronel Secada, que sólo se juntó al grueso del ejército a las cinco de la tarde. El caudillo consiguió hacerles llegar

al linde de Yamobamba poco antes de la medianoche, y envolviendo silenciosamente el caserío en un anillo humano, dio la orden de ataque al son de una corneta.

Sus jinetes y bandas indias desbordaron sobre las callejuelas como una ola embravecida, convergiendo todos sobre la plaza central. Pero allí se encontraron solamente con un grupo de aterrados indios viejos, que agitaban antorchas para contener la furiosa marejada humana. Los chilenos habían abandonado la aldea hacía tres horas.

La explosión de cólera del «Brujo de los Andes» aterrorizó a todos sus jefes y oficiales.

—¡Se nos han escapado otra vez! ¡Maldita sea! —vociferaba—. ¡Ya no hay medio de cerrarles el paso! ¡Se juntarán con la división chilena que está en Huamachuco!

El destacamento del comandante González entró en Huamachuco el 7 de julio por la mañana. Manuel Rodríguez, adelantándose a la columna, había ido a establecerse sobre la cumbre del cerro Prieto, que domina al pueblo por el sur, y, agitando un gallardete tricolor de los usados por los cazadores, puso en aviso a los centinelas sobre la llegada de la división.

Todos los soldados de Gorostiaga se lanzaron a la boca del camino de Tres Ríos y fueron a recibir a los que llegaban. Luego, mezclados como en una recepción festiva, entraron a Huamachuco.

Aquella misma tarde, después que los oficiales del destacamento recién llegado hubieron descansado un poco, el coronel Gorostiaga los reunió a todos y les expuso la situación en que se hallaban.

—No creo que hayan tenido tiempo de analizar el terreno que pisamos —les dijo—. Voy, pues, a darles a conocer nuestro campo de operaciones. Huamachuco está hundido en una hondonada rodeada totalmente de altos cerros. El espacio nivelado que se extiende entre éstos es un pequeño valle llamado Purrubamba. Pues bien, la planta del pueblo está ubicada en el costado suroeste del valle. Tiene a su lado poniente dos límites naturales: el camino que sube hacia el norte, en dirección a Cajamarca, y el río Huamachuco, que corre lamiendo la falda del cerro Pucañán. Por el sur, el valle

está cerrado por una cadena de montículos. Por el oriente de Purrubamba cruza el río Toro; y por el norte, el valle está obstruido por el ancho cerro Sazón, por cuyo flanco derecho pasa el camino a Cajamarca. Como pueden darse cuenta, este pueblo es una especie de ratonera en la que nos hemos encerrado.

—Encerrado no, mi coronel —le interpuso el comandante González—, porque siempre tenemos abierta la vía hacia el norte, por la cual podremos pasar hacia Cajamarca, donde está el general Iglesias.

Gorostiaga asintió con un lento movimiento de cabeza, pero, al mismo tiempo, observó:

—Comandante, hay algo de lo que parece no estar enterado. Tenemos víveres apenas para dos días.

Aquel factor, ignorado por la mayoría de los jefes, los inquietó a todos.

—¿Dónde podemos resistir aquí el choque de un ejército cuatro veces superior en número? —intervino el mayor Rodríguez.

—Con una remota posibilidad de éxito, en el cerro Sazón —le respondió el jefe, dirigiéndose a todos los presentes.

—¿Cuáles son las defensas de ese cerro, mi coronel? —le consultó el comandante Novoa Gormaz.

—Primero, su altura considerable. Segundo, que está separado del valle de Purrubamba por un pantano profundo y difícil de cruzar; tercero, que sus dos flancos, a poniente y oriente, son muy escarpados e inexpugnables. Por último, su planicie superior es amplia y contiene enormes ruinas incaicas que pueden servir de parapetos.

—Preparémonos entonces para trasladarnos a la cumbre del cerro Sazón esta noche o mañana —apuntó Rodríguez—, porque el ejército enemigo no tardará en presentarse.

El coronel Gorostiaga no era de opinión de precipitarse tanto. Según él, aún cabía la posibilidad de que el general Cáceres no se decidiera a atacarlo, y si lo hacía, tendrían tiempo para maniobrar, ya que lo verían llegar por el camino de Tres Ríos con bastante anticipación.

—Siempre que avance por ese camino —le advirtió Rodríguez—. Porque, si lo hace por el de Huaynillas, sabremos de su aparición cuando esté dominando el pueblo con sus cañones.

Gorostiaga reconoció que era valedera la afirmación del explorador, pero consideraba que el camino de Huaynillas no era más que un sendero cordillerano impracticable para un ejército completo.

—Bien, si existe la posibilidad de que el enemigo no se decida a atacarnos, esperemos en Huamachuco —concluyó el comandante Novoa Gormaz, haciéndose eco de las opiniones expresadas a medias por sus compañeros, y el coronel Gorostiaga aprobó aquel acuerdo, aunque agregando con acento fatalista:

—Son tan remotas nuestras posibilidades de obtener una victoria, que nuestra mejor suerte sería que no nos atacaran. Esperemos, pues, pero con el arma al brazo y los ojos muy abiertos.

El general Cáceres, hosco y decepcionado, reunió también a sus comandantes en el campamento que habían establecido en Tres Ríos y la exposición que les hizo fue descarnada y categórica:

—Al sur no podemos regresar, pues nos cierra todos los caminos un ejército capaz de despedazarnos en una hora. Además, los recursos del valle de Junín están totalmente agotados y no tenemos provisiones para más de tres días. Nuestra única mira debe ser, pues, el valle de Cajamarca. Llegando allá, cumpliremos dos propósitos: exterminar al traidor Iglesias y entrar a un territorio que nos proporcionará víveres. Además, desaparecido Iglesias, anulado su propósito de paz humillante, todo el Perú volverá a alzarse a favor nuestro y podremos continuar la campaña hasta expulsar a los chilenos.

Los comandantes lo escucharon sombríos, y cuando terminó de hablar, el coronel Recabarren le objetó:

—Pero, señor general, para continuar hacia Cajamarca es ineludible pasar sobre Huamachuco.

—¡Pasaremos! —fue la seca respuesta del caudillo.

—Y habrá que derrotar al ejército chileno que está en él —le observó el coronel Secada.

—¡Lo derrotaremos! —volvió a afirmar rotundamente Cáceres—. Ellos no son más de mil quinientos y están hundidos en ese hoyo que es Huamachuco. Nosotros poseemos seis mil combatientes y los dominaremos desde arriba y por sorpresa. Ellos esperarán por el camino de Tres Ríos. Pues bien, nosotros treparemos a las cumbres de la cordillera y nos descolgaremos sobre Huamachuco por una vía

inesperada, por el camino de Huaynillas. —Como los comentarios de sus subalternos brotaron incontenibles al oírlo expresar que tendrían de nuevo que subir a las cumbres inhóspitas de la cordillera, los acalló con imperio—: Iniciaremos el asalto a Huamachuco mañana 8 de julio. Eso es todo.

Mientras sus comandantes salían a cumplir su orden, el caudillo se quedó hoscamente pensativo. Advertía que estaba llegando al término de sus posibilidades y que le era preciso decidir la situación rápidamente o sus tropas se desplegarían en forma inevitable. Los indígenas, que componían dos tercios de su ejército, caminaban con espanto por aquellas regiones distantes de sus lares. Alejados de sus aldeas, se sentían privados de la protección de sus dioses tutelares. El «Brujo de los Andes» se afirmó entonces en su propósito de atacar cuanto antes y obtener de un golpe la victoria o la derrota; todo menos asistir impotente a la disolución de su ejército.

Pero el mayor Rodríguez, movido por un presentimiento, trepó a los cerros adyacentes seguido por su ordenanza Acosta. En la cima de uno de éstos se mantuvieron los exploradores largo rato. Habiendo permanecido muchos minutos con la vista clavada en el suroeste, espiando las ondulaciones del camino de Tres Ríos, Acosta levantó repentinamente el brazo derecho señalando un bulto en la distancia.

—¡Mi capi, allá viene gente! —exclamó—. O los ojos me engañan o es un pelotón tupido de soldados.

Rodríguez enfocó al momento sus prismáticos de campaña en la dirección que le marcaba el ordenanza y observó con profunda atención.

—No es el ejército de Cáceres el que se aproxima por allí —discurrió—; pero ¿quiénes pueden ser entonces?…

—¿Montoneros…, indios? —aventuró Acosta.

—¿Qué vienen solos, sin apoyo militar, a ponerse al alcance nuestro? —reflexionó Rodríguez, con escepticismo—. No, sería un disparate y el general Cáceres no puede cometerlo.

La clave del asunto se le vino repentinamente a la cabeza al ordenanza.

—El general Cáceres es tan *requete* ladino que bien puede lanzarnos una indiada por un *lao*, *pa'* que nos ocupemos de ella, mientras él…

—¡Eso es, Gaspar! —apuntó Rodríguez—. La masa de indios que avanza por el camino no tiene otra función que distraer a nuestro comando, en tanto que el ejército regular de Cáceres baja a Huamachuco por el camino de Huaynillas.

Dejando a su ordenanza en observación. Rodríguez galopó por la cuchilla de los cerros en dirección a la cima del Amamorco. Media hora más tarde estaba erguido sobre el promontorio más alto y tendía sus prismáticos en dirección a la cordillera de Huaynillas.

—¡Allá vienen! —murmuró para sí—. ¡No me había equivocado!

El ejército del general Cáceres bajaba sigilosamente de las cumbres.

El explorador rehízo el camino a toda prisa. Al llegar al lado del ordenanza le pidió seguirlo y juntos cabalgaron hasta el altozano de Santa Bárbara.

El comandante en jefe de la división, tan pronto recibió la alarma del mayor Rodríguez, adoptó las medidas estratégicas que ya tenía dispuestas. El capitán Ricardo Canales, con sus zapadores, fueron los primeros en situarse sobre la meseta del cerro Sazón. Los siguió el comandante Herminio González, al frente de su batallón. Por su parte, el mayor Gumercindo Fontecilla emplazó su artillería en la parte alta del morro Santa Úrsula, apuntando las bocas de sus piezas sobre los cerros del sur, y el comandante Novoa Gormaz recibió la orden de esconder a sus jinetes de los escuadrones 1.º y 2.º del «Cazadores» en la quebrada abierta detrás de la cumbre del Sazón.

Los fondos con el rancho que se estaba preparando en el centro de la plazuela tuvieron que ser abandonados y quedaron allí exhalando sus apetitosos vahos. Igualmente tuvo que darse por perdida la remuda de vestuario que estaba en la prefectura.

Corrían ya los hombres por la ladera sur del cerro Sazón, gateando hacia su cima, cuando el coronel Gorostiaga se acercó a Rodríguez y le dijo:

—Usted será el último en abandonar Huamachuco y cuidará de que no quede ningún soldado rezagado. Cuando todos estén en la cumbre del Sazón, subirá.

Tal como lo proyectara Gorostiaga, media hora más tarde la división chilena ocupaba sus emplazamientos, perfectamente organizada, sobre el cono superior del cerro Sazón.

Por su parte, frustrada la sorpresa, el general Cáceres extendió sus tropas sobre el filo de los cerros que cierran el horizonte de Huamachuco por el sur. Su artillería descendió tranquilamente a la planicie superior del altozano llamado de Santa Bárbara y emplazó sus cañones vueltos hacia las posiciones chilenas. Bajo el doble arco de las artillerías antagónicas quedaba Huamachuco. Después de ocupar sus posiciones, las baterías serranas abrieron fuego graneado sobre el pueblo y el cerro Sazón. Viendo esto, el coronel Gorostiaga calculó la distancia que separaba a sus baterías de las contrarias y observando que se hallaban dentro de su radio de acción, ordenó al mayor Gumercindo Fontecilla que contestara a la provocación. En ese momento la indiada que había venido acercándose por el camino de Tres Ríos, asomaba al pueblo por los dos costados del cerro Prieto, dando brincos y alaridos.

El jefe chileno quiso impedir las atrocidades de los indios.

—Mayor Fontecilla —dijo al jefe de los artilleros—, apunte uno de sus cañones sobre la indiada para hacerla retroceder.

Fontecilla lo miró desconcertado. Disparar sobre los aborígenes, que ya se escurrían por los suburbios de Huamachuco, representaba destruir las casas y matar a muchos de los habitantes.

—No importa, mayor Fontecilla —le insistió fríamente Gorostiaga—. Morirán algunos inocentes, es cierto; pero quizás logremos impedir el saqueo y la matanza que realizarán los indios.

El cañoneo duró hasta que cerró la noche. Aquélla fue la oportunidad que aprovechó la indiada bárbara para colarse al pueblo, y sus alaridos feroces, mezclados a los gritos de espanto y dolor de los pobladores, estuvieron subiendo durante horas hasta las posiciones de los dos ejércitos.

Alrededor de la medianoche cesó todo ruido y un silencio impresionante se enseñoreó del lugar.

A la aurora siguiente, el jefe de bagajes se presentó ante el coronel Gorostiaga con aire contrito, para informarle que se había acabado totalmente el agua y era preciso bajar al pueblo a buscarla.

—Bien; que desciendan sus hombres y traigan agua —lo autorizó Gorostiaga—. Si veo que el enemigo desprende tropas para atacarlos, los protegeré haciendo bajar algunas compañías nuestras.

Además del agua fue preciso que los hombres de bagajes recogieran también víveres en el pueblo, puesto que éstos se

estaban agotando. Aquel movimiento de tropas pareció una provocación al jefe peruano, quien ordenó al coronel Isaac Recabarren, cuyas tropas ocupaban el cerro Prieto, que cruzara el pueblo y fuera a ahuyentar a los chilenos. Desplegados en guerrilla dispersa, los soldados de Recabarren atravesaron Huamachuco y fueron acercándose a la base del cerro Sazón.

Ante ese atrevimiento, el coronel Gorostiaga ordenó al comandante del batallón «Talca» que descendiera con una de sus compañías hasta el altozano de Santa Úrsula y desde allí disparara sobre los enemigos, que ya se parapetaban en el panteón, ubicado junto a la falda del cerro. Los talquinos cumplieron la misión rápidamente y la hueste del coronel Recabarren se retiró al cerro Prieto a toda prisa.

Durante todo el resto del día no hubo movimientos en las líneas peruanas, salvo los de una columna de doscientos montoneros que llegó por el camino de Tres Ríos, para engrosar el ejército serrano.

Al caer la tarde, nuevamente las artillerías estuvieron saludándose con algunos disparos, inofensivos por la distancia; pero al cerrar la obscuridad, todas las baterías volvieron a silenciarse.

El coronel Gorostiaga reunió a los comandantes de sus batallones bajo las arquerías de piedra de las ruinas incaicas que llenaban la meseta del cerro Sazón. A la luz de las fogatas, les habló con grave parsimonia:

—Ya podrán haberse dado cuenta de que el ejército enemigo no va a venir a atacarnos en estas posiciones. El general Cáceres no ha dejado de ver la enorme desventaja que arrastraría si lo intentara.

—Nuestra situación es similar, mi coronel —apuntó Novoa Gormaz—. Tampoco nosotros podemos atacarlos en las posiciones que ocupan sobre los cerros del sur.

—Exactamente —reconoció el comandante en jefe—. Pero nosotros tenemos otra desventaja: hay víveres nada más que para un día. Los he reunido, pues, en este consejo para que optemos por una de las dos alternativas que se nos ofrecen: la batalla o la retirada.

—¿Retirarnos?… —exclamaron todos al unísono y quedaron protestando en diversos tonos.

—Todavía estamos en situación de hacerlo, señores —insistió Gorostiaga—. Podemos retirarnos hacia el norte y tratar de buscar

refugio en Cajamarca, abriéndonos paso a través de las montoneras de José Mercedes Puga. Es mi deber recordarles que las instrucciones que tenemos del Alto Mando expresan claramente que no debemos presentar batalla en condiciones desventajosas, con el propósito de proteger, hasta los últimos extremos al general Iglesias.

Nuevas desaprobaciones volvieron a acoger sus palabras. En el ánimo de los jefes no pesaba tanto el deber de protección a la gente del general Iglesias, que se les había encomendado, como la humillación de ordenar la retirada.

—Perdone, mi coronel —intervino el comandante Novoa Gormaz, cuando se acallaron un tanto las protestas—. Quiero preguntarle qué conseguiremos con retirarnos. Dice que quedan víveres para un día. Pues bien, los mismos serán consumidos durante la retirada y la situación empeorará. Por otra parte, los soldados que nos acompañan ahora se enfrentan por primera vez a una batalla; todos ellos están ansiosos de pelear y recibirían con alegría la orden de lanzarse al asalto. Si, en lugar de ello, usted les ordena volver la espalda al enemigo, obedecerán a disgusto, y si las tropas de Cáceres comienzan a perseguirnos, nadie podrá contener sus ímpetus, dispararán sus armas, volverán el pecho hacia sus atacantes y provocarán la batalla general en terrenos más difíciles.

—Lo sé, comandante —reconoció Gorostiaga.

—¡La única posibilidad de salir bien de este asunto es empuñar las armas y conquistar el derecho a la vida y al honor! —gritó enardecido uno de los comandantes, y todos los demás lo corearon frenéticamente.

Gorostiaga los acalló extendiendo sus brazos sobre ellos. Su rostro reflejaba una orgullosa satisfacción al expresarles:

—Si ésa es la opinión de ustedes, debo confesarles que desde el primer momento fue también la mía. ¡Comandantes, junto con la aurora bajaremos al pueblo a provocar al ejército serrano y lo enfrentaremos en las condiciones que sean!

Después del solemne consejo de guerra, los comandantes se retiraron a los vivaques de sus respectivos batallones y dieron a conocer a oficiales y soldados la viril resolución.

Bajo las escasas tiendas levantadas, entre los repliegues de la meseta o en las zanjas que corrían por los flancos del cerro, los

soldados platicaban en sordina, haciéndose encargos para los parientes o confiándose cartas para los padres, las esposas o las novias que habían dejado en Chile.

El soldado Gaspar Acosta, que al igual que su mayor y el teniente Del Solar, había sido agregado al escuadrón del «Cazadores» del comandante Novoa Gormaz, improvisó una enramada con cuatro lanzas, y bajo ella Rodríguez y el secretario de Lynch tendieron sus mantas.

Sentado sobre la montura de su caballo, Del Solar escribía una larga carta. El mayor Rodríguez fumaba, con la espalda apoyada en una de las lanzas. Al cabo de un larguísimo lapso de silencio, preguntó a su compañero, con acento distraído:

—¿Está nervioso, Alberto?

El teniente dejó de escribir y lo miró con una vaga sonrisa.

—No, mi mayor —le respondió tranquilo—. Esto de prepararme para una batalla ha pasado a ser algo así como una segunda naturaleza mía. Hace cuatro años que estoy en estos trotes.

—La última vez que tuvo que actuar, en la retirada de la sierra junto a mi coronel Gutiérrez, recuerdo que estuvo bastante mal de los nervios —dijo cautelosamente el explorador.

—Y todavía lo estoy, mi mayor —le contestó éste sin inmutarse —. No crea que he olvidado que vi desaparecer, uno a uno, a los camaradas. Y la sensación de haberme ido quedando solo me ataca casi como un remordimiento. A veces pienso que es un abuso que yo continúe vivo.

—Lo mismo pienso respecto a mí —confesó Rodríguez y agachó la cabeza—. Y en mi caso, quizás existen mayores razones para creerlo así, teniente. Usted tiene una familia que lo espera en Santiago; yo no tengo a nadie. Mi familia me la hice aquí, en el ejército. Varios de mis compañeros fueron mis hermanos… y hasta… —cerró los ojos y la voz se le quebró—… y hasta soñé con haber encontrado una mujer para mí, en la guerra.

Del Solar lo contempló con fraternal compasión.

—Leonora Latorre —dijo.

El explorador sacudió la cabeza, al igual que si no quisiera oírlo, y prosiguió con voz sorda:

—Todos mis camaradas fueron muriendo en las diversas batallas. Pocos de los que partimos a la guerra en 1879 serán los

que regresen a la patria.

—Asimismo lo presagia el himno del «7.º de Línea» en una de sus estrofas —le confirmó el teniente—: «Volverán no todos los que fueron; faltarán aquellos que murieron». «Y de los que en tierra extraña se quedaron, para siempre, para siempre su memoria se honrará».

Quedaron en silencio unos segundos, y después Rodríguez exclamó con sorda amargura:

—¡Patrañas! ¡Los que han muerto y los que muramos en tierra peruana, aquí quedaremos enterrados! ¡Y se acabó!

—¿Acaso piensa usted morir mañana, mi mayor? —dijo con sonrisa maliciosa Del Solar, pero Rodríguez no supo entender su noble propósito de reanimarlo y contestó con acento sombrío:

—Es mi más hondo anhelo, Alberto. Créame, no tengo ninguna razón para seguir viviendo, ni ningún deseo de hacerlo.

Calló el explorador y volvió a agachar la cabeza. Segundos después, al alzarla de nuevo, su semblante lucía más sereno.

—Usted está escribiendo una carta, ¿verdad? ¿A quién?…

—A mi madre —contestó Del Solar, con infantil turbación—. Le encargo que haga llegar a la familia de mi compañero Martiniano Santa María los restos de él, que dejé en Lima guardados dentro de una caja de metal.

Rodríguez no se detuvo a considerar la enfermiza idea fija que reflejaba la declaración del teniente, sino que siguió con sus propios pensamientos:

—Si diera libre cauce a mis deseos, ¿sabe a quién escribiría? ¡Pues al padre de Leonora Latorre! Ella me lo mencionó varias veces. Pero ¿qué le diría en esa carta? Tendría que ser una carta dentro de otra. La exterior dirigida al padre; la de adentro, a Leonora. En la primera le pediría a don Antonio que hiciera llegar la otra a su hija al sitio en que se encuentre, o que la guardara hasta el momento en que ella vuelva a aparecer. —Hablaba apasionadamente con los ojos febriles fijos en la tierra y las manos crispadas—. Pero ¿qué derecho tengo para escribirle que la adoro, que es imposible arrancármela de la mente? Ella está casada con otro…

Del Solar, impresionado, lo interrumpió con ademán condolido:

—Mi mayor, ¿acaso no ha pensado en que Leonora Latorre

seguramente no volverá a…?

—¡Calle, teniente! No quiero admitir ese pensamiento —le rebatió Rodríguez, enceguecido—. Leonora volverá a aparecer.

Alberto meneó la cabeza con aflicción.

—No se ciegue, mi mayor. ¿Para qué se empeña en engañarse? —le dijo suavemente—. Por lo demás, si así fuera, Leonora tendría que regresar junto a su marido, Alberto Cobo. De no proceder así, el concepto elevadísimo que todos hemos tenido de ella se desmoronaría ensombrecido por los tintes de la inmoralidad.

Rodríguez se agitó como si lo hubieran pinchado y su rostro expresó una mezcla de temor e indignación.

—¡No! ¿Cómo se atreve usted a decir algo semejante? —protestó ardientemente.

—Es la verdad, mi mayor —insistió con franqueza el teniente—. Tiene que mirar este asunto con entereza, mi mayor. Desaparecida o presente, Leonora está definitivamente perdida para usted; lo estuvo siempre, aun en el momento en que ustedes dos se miraron por la primera vez.

El explorador agachó los ojos y se quedó doblegado.

—Es verdad, ahora lo sé —reconoció roncamente—. Pero no me detuve a pensarlo antes. En el presente, al comprenderlo, me doy cuenta también del espantoso vacío que se abre en mi futuro.

El comandante Novoa Gormaz se acercaba pausadamente, recomendando dormir a los que aún conversaban.

—Hace ya media hora que se tocó silencio, oficiales —dijo a Del Solar y a Rodríguez—. Ustedes, los que tendrán bajo su mando directo a la tropa, deben ser los que entren más descansados en la batalla. A dormir, muchachos.

Minutos antes del toque de diana el coronel Gorostiaga abandonó su tienda y se dirigió al lugar donde se hallaban las dos compañías del batallón «Zapadores». Moviéndose un poco a tientas, por causa de la espesa neblina, se allegó al sitio en que descansaba el capitán ayudante Ricardo Canales, encargado de esa tropa. A cierta distancia de los soldados, le dio las últimas instrucciones en forma confidencial. Los zapadores debían bajar al pueblo y provocar

el ataque del ejército enemigo.

—Quiero que comprenda, Canales, que sus dos compañías equivalen en esta acción a un cebo en una trampa —dijo el comandante en jefe al joven oficial, y añadió, mirándolo al fondo de los ojos—: Es muy probable que esté más allá de nuestras fuerzas evitarles ser aplastados por el ataque enemigo.

—Lo entiendo, mi coronel —afirmó Canales—. Y sospecho que mis hombres también se han dado cuenta de ese riesgo. Es vital obligar al enemigo a bajar al llano, ¿no es así?

—Efectivamente, capitán. Si ellos no bajan a presentar combate hoy, nos veremos obligados a atacarlos en sus inexpugnables posiciones del cerro Puyurga.

El capitán Canales hizo un movimiento afirmativo.

—Le garantizo que mis zapadores harán los mayores sacrificios para conseguir el objetivo.

El coronel Gorostiaga se alejó dentro de la bruma para revistar a los demás batallones, pero cuando sonó el toque de diana volvió junto al jefe de los zapadores.

—Ya estamos en la hora fijada —le dijo—. Recuerde bien esto, capitán Canales: crucen el pueblo, lleguen hasta el pie de los cerros Prieto o Puyurga y disparen desde la base contra las líneas enemigas. Si Cáceres no hace descender sus tropas, engañado con la idea de que se trata de un ataque general nuestro, amague una subida a las cumbres. Pero si ellos descuelgan sus batallones al presentarse ustedes, no se comprometan en un combate imposible. Ordene a sus zapadores que se replieguen lentamente sobre el cerro Sazón. En cuanto los enemigos se lancen a perseguirlos, avanzaré el total de nuestras tropas sobre el valle de Purrubamba, para dar la batalla definitiva.

Minutos más tarde, el corneta del «Zapadores» anunció la partida de las dos compañías. Éstas desaparecieron como tragadas por la niebla que ocultaba la ladera del cerro. Durante largos minutos, toda la división permaneció en expectante silencio, fijos los ojos en el valle de Purrubamba, cuyos contornos se perfilaban vagamente.

Había transcurrido cerca de media hora cuando se oyó el súbito chisporrotear de varios fusiles. Se había trabado el primer contacto con el enemigo. Pero enseguida un silencio inexplicable volvió a

apoderarse de la invisible escena.

Repentinamente, violentas ráfagas de viento, precursoras de la lluvia, arremolinaron la niebla arrastrándola lejos. Entonces fue posible contemplar el valle y los cerros de enfrente. Las dos compañías de zapadores habían llegado hasta el pie mismo del cerro Puyurga y oteaban hacia arriba. Pero en la cumbre no había nadie visible.

El coronel Gorostiaga pensó, impulsivamente, en avanzar toda su fuerza hacia los cerros fronterizos y, con este propósito, llamaba a su lado al capitán Luis
Dell'Orto,
del «Concepción», cuando una nutrida descarga de fusilería le hizo levantar las pupilas hacia las posiciones enemigas. El ejército serrano había surgido sorpresivamente sobre el lomo de los cerros y los coronaba en toda su anchura. Las dos compañías del «Zapadores», cogidas por sorpresa, recibían una incontenible granizada de balas sobre sus cabezas. Al mismo tiempo, y como una demostración de la organizada habilidad del «Brujo de los Andes», dos batallones peruanos descendían a la carrera, uno por el cerro Prieto y otro por el Puyurga, para flanquear a los hombres del capitán Canales y, juntándose tras su retaguardia, cortarles la retirada y envolverlos. El jefe de los zapadores, engañado por la estratagema de Cáceres, había cometido la imprudencia de avanzar demasiado.

—¡Hay que facilitarles el repliegue! —discurrió el coronel Gorostiaga en su observatorio y ordenó al capitán
Dell'Orto—:
¡Tome dos compañías de su batallón y corra a reforzar a los zapadores!

Al mismo tiempo que
Dell'Orto
comenzaba a descender el Sazón a la carrera al frente de dos compañías del «Concepción», el comandante en jefe indicó a su ayudante que ordenara al mayor Fontecilla abrir fuego de cañón sobre las posiciones enemigas, barriendo las laderas de los cerros, para impedir el descenso de otros batallones serranos. Por último miró en torno suyo buscando a alguien y expresó en voz alta:

—Es preciso que un hombre lleve al capitán Canales la orden de

replegarse al momento.

—¡Yo iré, mi coronel! —se ofreció Manuel Rodríguez, gritándole desde el pie de la roca en que se hallaba el jefe.

Gorostiaga hubiera preferido no arriesgar a un oficial de graduación, que podía serle más útil posteriormente, pero no le quedaba tiempo para elegir.

Rodríguez descendió a saltos hasta el lugar en donde había dejado su caballo y, al llegar allí, se encontró con la sorpresa de ver a su ordenanza.

Cruzando el valle como centellas, los dos jinetes llegaron hasta el lugar en que se batían las compañías del «Zapadores». El ardor de las tropas, demasiado juveniles, había hecho imposible que el capitán Canales las hiciera retroceder. Pero ya la situación era notoriamente grave.

Encabritando su caballo frente a los reclutas y agitando su banderola tricolor en la punta de la lanza, Manuel Rodríguez trató de hacerse oír, repitiéndoles la orden de replegarse. Tuvo que insistir durante varios minutos en sus temerarias evoluciones, que lo colocaban entre las bocas de los fusiles de sus compatriotas y las de los enemigos, que disparaban desde los cerros.

Pero cuando los bisoños soldados comenzaron a obedecerle, ya era tarde. El batallón serrano que había descendido del cerro Prieto los amenazaba por la izquierda y estaba cortándoles la retirada. El capitán
Dell'Orto,
con las dos compañías del «Concepción», había tenido que limitarse a contener el avance del batallón que bajaba del cerro Puyurga y estaba combatiendo en muy precarias condiciones, imposibilitado de ir en ayuda de los zapadores.

Rodríguez se plantó frente a los reclutas del «Zapadores»:

—¡Calar bayoneta entonces, y a la carga! —les gritó.

Los imberbes muchachos, que por primera vez intervenían en una batalla, hicieron refulgir sus aceradas bayonetas y las ajustaron en las bocas de sus fusiles con precisión de veteranos. Después, al son electrizante de la corneta, se lanzaron a la carga.

El coronel Gorostiaga los contemplaba desde el observatorio y la respiración se le entrecortaba al observar el denuedo y la fiereza con que compensaban su inmensa inferioridad numérica.

—¡Lo van a conseguir, por todos los diablos! —bramaba incontroladamente—. ¡Perecerán muchos, pero los otros saldrán a este lado bañados en sangre!

Entonces se produjo lo que él tanto había deseado: Cáceres olvidó toda prudencia y, envanecido de su poder, avanzó su ejército entero sobre el llano de Purrubamba.

Gorostiaga lanzó un grito salvaje al comprobarlo.

—¡El sacrificio de los zapadores ha rendido sus frutos! —rugió —. ¡Comandantes, ponerse al frente de sus batallones! ¡Bajamos todos al valle a generalizar la batalla! ¡Es la oportunidad que deseábamos!

La caballería y la artillería quedaron sobre el cerro Sazón, en calidad de reservas. Pero todos los infantes, incluso los del personal de bagajes, tomaron sus armas, calaron bayonetas y se despeñaron, locamente, cerro abajo.

Los dos ejércitos enemigos se abalanzaban frenéticamente uno contra el otro, despreciando todo principio táctico. Media hora duró aquella frenética refriega, hasta que, por fin, las cuatro compañías comprometidas lograron hender la línea enemiga que los había estado envolviendo y se afianzaron en la base del cerro Sazón. Pero aquello no significó un descanso; ya la lucha era incontenible en todas partes.

El general Cáceres, que galopaba al frente de su ejército, confiando en la ventaja que le confería la superioridad numérica de sus hombres, cometió un error que le acarrearía irremediables consecuencias. Al pasar junto al morrillo de Santa Bárbara, en donde estaba emplazada su artillería, gritó al jefe de ella:

—¡Comandante, baje sus piezas al llano! ¡La distancia de lucha se estrecha y hay que bombardear a los enemigos a boca de jarro! ¡Apunte sus cañones contra el ala izquierda de los chilenos! ¡Ahí tienen su punto débil y contra ella lanzaré un ataque frontal!

El choque de las vanguardias fue terrible. Las tropas chilenas aún no entraban en su totalidad en el combate y los batallones delanteros no fueron capaces de contener a la abrumadora marejada enemiga, viéndose forzados a retroceder una cincuentena de metros. Los contendores podían observarse los rostros y oían claramente las voces de mando de los jefes. La mortandad era pavorosa en ambas líneas.

El coronel Gorostiaga tuvo que urgir a las últimas compañías para que entraran al campo de lucha y mantuvo a su lado solamente al escuadrón del «Cazadores», que obedecía a las órdenes del mayor Sofanor Parra, «el Inmortal», como lo apodaban sus jinetes, por haber sobrevivido milagrosamente en todas las cargas de caballería de la guerra.

El «Brujo de los Andes» intentó consumar su golpe decisivo. Destacándose temerariamente al frente de su ejército, lo guió contra el flanco izquierdo chileno, que defendían el batallón «Talca» y la artillería del mayor Fontecilla. Las piezas de Fontecilla vomitaron toda su carga de muerte contra los asaltantes, arrasando a los que llegaban en las primeras filas, al mismo tiempo que los infantes del «Talca» intentaban barrerlos con sus descargas de fusilería. Los breñeros se detuvieron unos instantes, diezmados por las ráfagas de proyectiles, pero enseguida volvieron a avanzar, paso a paso.

Al mismo tiempo, el coronel Recabarren cargaba por la derecha y enviaba sus tropas por el costado de Huamachuco, con el propósito de llegar al camino de Cajabamba y rebasar las líneas chilenas, envolviéndolas.

La doble maniobra constituía un modelo de perfección táctica y el coronel Gorostiaga lo reconoció, comprendiendo que estaba a punto de perder la batalla y con ella a toda su división. También lo entendieron así los jefes peruanos introducidos en el pueblo y echaron a vuelo las campanas de la parroquia.

El comandante en jefe chileno se desesperó. Había sido una locura bajar al valle. Por cada batallón adversario podía oponer apenas una compañía.

Desde el punto en que estaba el comandante en jefe con la caballería se podía observar perfectamente que los infantes no podían resistir más y que los artilleros de Fontecilla estaban a punto de ser sobrepasados.

—¿No vamos a hacer nada por evitar que los exterminen? —oyó Gorostiaga que le gritaba el mayor Parra.

—¿Qué podemos hacer sino bajar todos y morir con ellos? —fue lo único que atinó a decir Gorostiaga.

—¿Morir?… ¡Mis cazadores sólo saben matar, mi coronel! —le opuso Parra—. ¡Y están intactos, esperando! ¡Lancemos un último ataque, «a la chilena», como decía mi general Baquedano! ¡Que los

infantes calen bayonetas y se abalancen a degüello, y yo haré con mis jinetes un malón a la araucana!

Gorostiaga reafirmó su temple a las inflamadas palabras del invencible cazador y, volviéndose al corneta de órdenes, le gritó:

—¡Calacuerda!… ¡Bajemos todos al valle, a morir matando!…

El toque de «a la carga» hizo levantar las cabezas a los abrumados combatientes del «Concepción», del «Talca», del «Victoria», del «Zapadores». El mayor Rodríguez volvió el rostro sudoroso hacia la ladera del cerro Sazón y vio cómo entraban en el combate el coronel Gorostiaga y su Plana Mayor. Y mientras observaba a los soldados que calaban bayonetas, contempló también la hilera veloz de los jinetes del mayor Parra que se despeñaban como saetas por la ladera del cerro.

Al relampagueo siniestro de los aceros, los peruanos tuvieron un segundo de vacilación y silenciaron sus descargas. Entonces, multiplicado por los ecos, se oyó el electrizante grito de guerra de la caballería chilena:

—¡Los ponchos a la cintura!…

Los centauros de Sofanor Parra, vencedores en veinte cargas legendarias, cogieron a la línea enemiga por su extremo derecho y avanzaron arrasándola. Tras el arrollador paso de sus caballos iba quedando un confuso montón de enemigos, heridos, muertos, aplastados, y los que libraban huían aterrados por aquella carga endemoniada.

Y antes de que los serranos tuvieran tiempo de reponerse, la infantería chilena los atacó bárbaramente a la bayoneta.

Las tropas breñeras no poseían esa arma y, en consecuencia, no estaban en condiciones de resistir una lucha general cuerpo a cuerpo. Al feroz asalto de sus contrincantes apenas pudieron oponer algunos escasos sables y las culatas de sus fusiles. Fue aquélla una frenética carnicería.

El coronel Gorostiaga deliraba sobre su caballo, mientras daba mandobles a diestra y siniestra.

De pronto, la línea peruana cedió en varios puntos a la vez y sus batallones más aguerridos volvieron la espalda.

—¡Se desbandan! —gritó el jefe chileno enloquecido de entusiasmo y, dando el ejemplo, azuzó a sus soldados a la persecución.

Al mismo tiempo, los cazadores de Sofanor Parra estaban llegando al emplazamiento de la artillería enemiga, imprudentemente bajada al valle, y se proponían inutilizarla.

Manuel Rodríguez abarcó la escena de una mirada, y comprendiendo que en aquel punto iban a desarrollarse las acciones más mortíferas, clavó espuelas a su caballo y se lanzó hacia allá a galope tendido.

Su ordenanza Acosta lo comprendió al momento y, sin considerar que equivalía a suicidarse también, corrió en pos de él.

Ya se había generalizado la desmoralización en la línea enemiga y se pronunciaba la huida. Batiendo ferozmente sus aceros, Rodríguez y Acosta se aproximaron al flanco izquierdo cacerista, donde estaba su artillería. Pero ya Sofanor Parra había llegado con sus jinetes junto a los cañones peruanos y, sacando un lazo del costado de su montura, lo lanzó sobre una de las piezas. Sus cazadores lo imitaron instantáneamente y medio centenar de lazos estrangularon los tubos de los cañones. Al tirón impetuoso de los caballos, las cureñas saltaron de sus emplazamientos y rodaron por tierra. Todos los sirvientes de las baterías fueron ultimados a sable y machacados por las patas de los caballos.

Un grupo de cazadores, encabezados por el teniente Abel Policarpo Ilabaca, distinguieron en medio de la confusión de combatientes la figura bizarra y colérica del jefe enemigo.

El general Cáceres había entrado en batalla rodeado por su «Ayudantina», pero todos los jóvenes oficiales que la componían habían perecido en la refriega. Estaba solo y luchaba como un león acorralado.

El teniente Ilabaca lanzó un grito taladrante al verlo, a tiempo que lo mostraba a sus jinetes:

—¡A él!… ¡Es el «Brujo de los Andes»!… ¡Hay que cazarlo!…

Los cazadores hundieron los espolines en los ijares de sus cabalgaduras y los lanzaron como una tromba en dirección al jefe enemigo. Rodríguez y Acosta se percataron también de lo que ocurría y les fueron a la zaga.

—¡Eliminado Cáceres, se acaba la guerra definitivamente! — rugió el mayor y echó mano al cinto para sacar su revólver, pero éste se le había caído de la cartuchera.

El caudillo serrano había observado al grupo de jinetes que se le

venía encima y, comprendiendo que era suicida mantenerse en ese sitio, propinó el último sablazo y lanzó a su potro por sobre los heridos y los muertos. Pronto dejó atrás el campo de batalla y empezó a trepar por la accidentada ladera del cerro Puyurga.

Los cazadores fueron quedándose atrás, y sólo el teniente Ilabaca, el mayor Rodríguez y Acosta mantenían la distancia que los separaba del fugitivo. Hubo un momento en que el primero de ellos estuvo tan cerca que, sacando su revólver, apuntó a Cáceres, a tiempo que le gritaba:

—¡Ríndase, general!… ¡No me obligue a matarlo!

Ilabaca descargó sobre él por tres veces su revólver, pero la agitación de la carrera le impidió dar en el blanco. Gracias a la fortaleza de su animal, Cáceres volvió a distanciarse y era estéril seguir disparándole sin aproximársele.

En ese momento, un grupo de montoneros fugados del campo de batalla, percatándose de la cacería, abrieron fuego sobre los perseguidores.

—¡Maldita sea! ¡Quién tuviera un caballo más descansado!… —alcanzó a decir Rodríguez, cuando sintió una mordedura atroz en su hombro derecho, al mismo tiempo que su animal rodaba pataleando por el suelo. Jinete y cabalgadura se despeñaron por la ladera hasta una grieta abierta diez metros más abajo.

Acosta dio un grito, saltó a tierra y se dejó deslizar encuclillado por la pendiente resbalosa. Rodríguez yacía con una pierna atrapada bajo el cuerpo de su caballo muerto, pero se movía y alzaba su rostro afiebrado hacia el ordenanza.

—¡Sigue tras el general! —le exigió Rodríguez, disimulando el dolor que le causaba una ancha herida que le ensangrentaba un hombro—. ¡Sigue persiguiéndolo, Acosta!

Pero el soldado se negó enérgicamente, a tiempo que empezaba a hacer fuerzas para levantar el cuerpo del caballo.

—*Agora* sí que no le hago caso, mi capi —porfió desembozadamente—. Aquí me quedo y lo cuido hasta que vengan los nuestros. La batalla está *ganá* y mi teniente Ilabaca persigue de cerca al «tuerto» Cáceres.

Haciendo nuevos esfuerzos, desprendió la pierna del mayor y lo tendió junto al cadáver del animal. Luego dejó al descubierto la herida producida por la bala. Ésta le había atravesado el hombro a

la altura de la axila.

—¡Por la madre! —exclamó Acosta, silbando tenuemente—. Cuatro dedos más abajo y le pega en *too* el corazón.

Rodríguez rezongó con rabiosa amargura:

—¿Por qué diablos la bala no pasó un poco más abajo? ¡Medio jeme más y se habría acabado esta porquería!

Acosta trabajaba apresuradamente, restañando la sangre que manaba por las dos aberturas, empapando el pecho y la espalda del oficial, que se iba debilitando visiblemente. Improvisando tapones con trozos de la desgarrada camisa, se los embutió en las dos bocas de la herida, y luego le echó un apretado vendaje usando la manga desprendida. Sólo entonces se dio un descanso.

En el sendero que pasaba sobre ellos se detuvo el teniente Ilabaca.

—¿Es grave la herida, mi mayor? —preguntó desde lo alto.

—No tiene importancia —se apresuró a responderle Rodríguez, anticipándose a su ordenanza—. ¿Y el general Cáceres?…

El teniente hizo una mueca de impotencia.

—Se me escapó —declaró con acento rabioso—. Mi caballo estaba demasiado maltratado y él tiene un animal soberbio; saltó una zanja de cuatro metros de ancho y se perdió galopando hacia las cumbres. Lo importante es que ha salvado solo. De su ejército ya no queda nada —siguió diciendo, y volviendo el rostro, ahora iluminado por una fatigada sonrisa, concluyó—: Aquí termina la campaña de la sierra, mi mayor. Demos gracias a la providencia por haber vencido y estar con vida.

Se podía decir más: allí terminaba la última batalla de la Guerra del Pacífico. El ejército peruano, que por espacio de dos años había mantenido en jaque a los chilenos en la sierra, estaba definitivamente concluido, y su jefe, el indómito general Cáceres, huía por las montañas desamparado y transido de amargura. Confiado únicamente en el socorro que podía prestarle su magnífico caballo, galopaba hacia el sur, hasta la noche: el animal, agotado por el esfuerzo, dobló las rodillas y se tumbó de costado. El caudillo se desenredó entonces de la montura y, sentándose sobre una roca, lloró. Así lo hallaron los únicos sobrevivientes de toda su oficialidad: el coronel Justiniano Borgoño y los mayores Florentino Portugal y Félix Costa. Éstos desmontaron a su lado y aguardaron

sus palabras.

—Todo terminó, ¿no es verdad? —les preguntó Cáceres sin mirarlos.

Los tres hombres le respondieron afirmativamente. Enseguida el coronel Borgoño describió el desastre con voz apagada y monocorde, pintando al caudillo el espectáculo de la implacable matanza final. Todos los jefes y oficiales que lograron salir con vida de la batalla estaban siendo fusilados fríamente. A los soldados ni siquiera se les había dado esa muerte un tanto más digna, simplemente se los acuchillaba en el sitio mismo en que eran hallados, corriendo igual suerte los heridos.

—Ningún hombre de nuestro ejército quedará con vida; todos morirán —concluyó el coronel Borgoño sordamente.

—Es la ley que dictó el contralmirante Lynch —murmuró Cáceres—: que se nos considere montoneros y se nos mate como a bandidos.

El mayor Florentino Portugal siguió recordando cómo había quedado el campo de batalla. Doce jefes del Alto Mando murieron en la lucha. Sólo escaparon vivos el coronel Miguel Emilio Luna y el jefe del Estado Mayor de la primera división, Leoncio Prado.

Andrés Cáceres negó con un desanimado movimiento de cabeza. Al coronel Leoncio Prado lo había encontrado mortalmente herido en su retirada.

—Sí —le confirmó el mayor Portugal—, posteriormente fue recogido por unas indias y llevado lejos. Pero no tardará en caer prisionero, así como también el coronel Luna.

El general hundió el rostro entre las palmas de sus manos y guardó silencio. Compadecía la suerte de aquellos oficiales, condenados al fusilamiento.

—¡Dios santo, qué desastre! —se lamentó—. ¡Ha desaparecido el último ejército del Perú!

Comprendía que la sañuda ferocidad con que estaban procediendo los chilenos no representaba sino la venganza de éstos por la bárbara muerte que sufrieron los setenta y siete hombres del «Chacabuco» en La Concepción hacía un año exacto.

—Estamos vencidos, señores —proclamó el coronel Borgoño, melancólicamente—. Ha terminado la guerra para nosotros.

—Y también para todo el Perú —le acotó con acento fatalista el

mayor Portugal—. Ya el traidor Iglesias ha aceptado la paz que exige el comando chileno. Ahora, derrotado nuestro último ejército, estampará su firma.

El general Cáceres agitó descontroladamente sus manos en torno a su cabeza.

—¡Basta, basta! —les imploró—. Doblemos la cabeza ante lo irremediable, pero no nos pongamos la lápida nosotros mismos. Hemos luchado hasta el fin; durante cuatro años buscamos virilmente la victoria. El destino nos ha sido adverso. Sigamos marchando hacia el sur. Yo buscaré refugio en Ayacucho, mi pueblo natal, y allí procuraré restañar las atroces heridas de mi alma, pero no renunciaré a la esperanza de volver a forjar un ejército para imponer los derechos de mi patria. Vamos, señores, la guerra ha terminado, pero yo no estoy muerto…, ¡no estoy muerto!

Comenzaba a amanecer un nuevo día sobre la tierra de Huamachuco. Por entre los montones de cadáveres, avanzaban penosamente hacia las casas del pueblo el mayor Manuel Rodríguez y su inseparable ordenanza Gaspar Acosta. El oficial herido caminaba apoyándose en el soldado, que lo había cuidado la noche entera, entre los muertos.

Ayudándolo solícitamente, el soldado dejó a su jefe sentado, con la espalda apoyada contra el muro. En torno de ellos, por todas partes, sonaban las descargas de los fusilamientos. El explorador, debilitado por la pérdida de sangre, apoyaba la frente sobre los puños crispados y se mordía rabiosamente los pulgares.

—¡Vivo!… ¡Vivo, a pesar de todo! —murmuraba sordamente—. Pero ¿es que en las batallas sólo mueren los que desean vivir?…

Acosta lo observaba meneando la cabeza con aflicción.

—Cálmese, mi capi —trataba de apaciguarlo—. Ya está difariando de nuevo.

El estruendo de una descarga muy próxima los hizo volverse. A la derecha de ellos aún humeaban los fusiles de un grupo de tiradores que habían acribillado a tres hombres contra un paredón.

Rodríguez se oprimió las sienes y ocultó la mirada.

—¡Oh, estoy asqueado de la guerra! —proclamó

desesperadamente—. Al principio la tomé como una aventura romántica; ahora se me aprieta el estómago al ver tantos muertos.

El ordenanza hizo una morisqueta que denotaba su acuerdo. Un oficial que estaba encargado de contar a los enemigos muertos, le había participado cuál era su número: mil cuatrocientos. Esta había sido, sin duda, la batalla más sangrienta de toda la guerra.

—*Güeno*, la hicimos así para que *juera* la última —razonó ramplonamente Acosta, y agregó una sentencia popular—: «Muerto el perro, se acabó la rabia». Y disculpe *usté* la mala comparación, pero *reventao* el último ejército enemigo, se tiene que acabar la guerra, ¿no le parece, mi capi?

—¡Ojalá así sea! —dijo hondamente el explorador—. Porque esta que hemos hecho durante años en la sierra peruana no ha sido guerra de hombres civilizados, sino de fieras. ¡Repara en estos fusilamientos, después de la victoria!

La descarga de otro fusilamiento les quitó las ganas de seguir hablando. Quedaron sentados en el suelo, con las espaldas apoyadas contra la pared.

Las voces del coronel Gorostiaga y de uno de sus ayudantes, que acababan de encontrarse a pocos pasos de ellos, les llegaron a los oídos y las escucharon sin prestarles atención.

—Hemos hallado a otro jefe enemigo, escondido en una choza de indios, mi coronel —participaba el ayudante al jefe.

—¿Cuál es su nombre, capitán? —quiso saber éste.

—Coronel Leoncio Prado —le informó el oficial y aguardó.

Gorostiaga repitió aquel nombre como si le trajera inquietantes reminiscencias y extrajo de uno de sus bolsillos una pequeña cartera donde guardaba los comunicados más importantes.

—Hay que fusilar ahora mismo a ese hombre —dijo.

El capitán retrocedió un paso y se quedó mirando a su jefe, alelado.

—¿Fusilarlo también? —exclamó con incredulidad—. ¡No, mi coronel; no es posible! Ese prisionero está herido. Se encuentra tumbado en un camastro, estremecido por la fiebre.

Gorostiaga negó desesperadamente con la cabeza e insistió, cerrando los ojos:

—¡Fusílelo, capitán!

—Mi coronel, por favor, no me mande a hacer eso —le imploró

el oficial.

El jefe estalló entonces y vibraban en sus palabras angustia e impotencia:

—¿Cree que es para mí fácil dar esta orden? ¡No, capitán, pero hay que hacerlo! Escuche una comunicación del contralmirante Lynch que se refiere a ese coronel —y con voz entrecortada leyó un papel que había sacado de su cartera—: «Con gran satisfacción recibiría el infrascrito la comunicación de U. S. que me hiciera saber que ha logrado concluir con Jesús Elías, con Isaac Recabarren y con Leoncio Prado, este último digno del mayor castigo, por haber faltado a su palabra empeñada de militar y de hombre».

El ayudante escuchó la lectura del párrafo sin comprender y al fin atinó a consultar:

—¿Qué hizo?…

—Firmó un juramento de honor comprometiéndose a no volver a empuñar las armas contra Chile, a cambio de su libertad. Se lo dejó libre, e inmediatamente huyó a organizar montoneras, con las que ha asaltado a los destacamentos chilenos cada vez que ha podido. Y ahora cayó herido mientras combatía al frente de su guerrilla. ¿Podremos vacilar?

El ayudante agachó la cabeza, sometiéndose a los argumentos de su jefe.

—¿Dónde está? —quiso saber éste.

—En una choza próxima, mi coronel.

Gorostiaga divisó un piquete de tiradores que venía de efectuar un fusilamiento, y se lo señaló con un brazo.

—Tome el mando de aquellos hombres, llévelos a donde está el prisionero, ¡y hágalo pasar por las armas allí mismo!

El ayudante tragó saliva, pero partió a cumplir la orden.

El mayor Rodríguez se quedó mirándolo alejarse y soltó una carcajada seca, que era casi un sollozo.

—¿Sabes quién es ese que va a morir ahora? —dijo a su ordenanza.

—Estoy enterado de que lo llaman «Pradito», *na* más, mi capi.

—Es nada menos que un hijo natural del presidente del Perú que declaró la guerra, general Mariano Ignacio Prado —le informó el mayor.

Al cabo de unos minutos, escucharon los apagados redobles de

unos tambores lejanos.

—Ya está frente a los fusiles —musitó Rodríguez imaginándose la escena—. ¡Dios se apiade de su alma!

Y ambos se quedaron inmóviles, en suprema tensión, hasta que se produjo la estruendosa descarga. Rodríguez tuvo una arcada, como si fuera a vomitar, y hundió la cabeza entre los brazos, haciéndose un ovillo. Pensaba que tal vez en esa forma había terminado Leonora y lágrimas ardientes le cuajaban los ojos.

Interrumpió sus amargas cavilaciones el regreso del capitán ayudante, que venía a rendir su cuenta al coronel Gorostiaga.

—¿Cómo murió? —le preguntó el jefe chileno, sin poder ocultar su impresión.

—Es difícil de contar, mi coronel —le dijo el oficial, todavía tembloroso—. Estaba tomando desayuno, tendido en su camastro. Alegó que tenía derecho a morir sin que le vendaran los ojos y me suplicó que le permitiera dar la orden de fuego. Dijo enseguida que lo dejaran terminar su café y que dispararan cuando él golpeara la taza con la cuchara. Y así lo hizo. ¡Oh, Virgen santa, mi coronel, no más…, no más! —terminó el oficial y se cubrió el rostro con las manos.

El coronel lo dejó desahogarse unos instantes, después lo remeció a tiempo que lo tranquilizaba:

—Sí, capitán. Ha sido el último. Con él se acaban los combatientes del Perú. Regresaremos a Lima y no tardaremos en ser embarcados hacia Chile. Cálmese, capitán. La guerra ha terminado.

Las tropas chilenas descendieron de la sierra donde habían combatido durante tres años. Su entrada a la capital peruana fue como un desfile de pordioseros; la mayor parte de ellos calzaba ojotas o iba a pie desnudo; sus uniformes estaban reducidos a harapos. Pero, aunque sucios y enflaquecidos, desfilaron con la misma gallardía de siempre.

El general peruano Miguel Iglesias, que enarbolara la bandera de la paz en Cajamarca, reconocido ya como presidente del Perú por casi todos los departamentos de la nación, descendió hasta el puerto de Ancón, y allí firmó el Tratado de Paz con Chile el 20 de octubre

de 1883.

El general en jefe del ejército chileno, contralmirante Patricio Lynch, que había manejado al Perú con la dignidad de un virrey, leyó a sus subalternos el Tratado de Paz de Ancón, profundamente emocionado. Éste decía en sus artículos principales:

> *1.º Restablécense las relaciones de paz y amistad entre las repúblicas de Chile y Perú.*
>
> *2.º La república del Perú cede a la república de Chile, perpetua e incondicionalmente, el territorio de la provincia litoral de Tarapacá.*
>
> *3.º El territorio de las provincias de Tacna y Arica continuará poseído por Chile y sujeto a la legislación y autoridades durante el término de diez años. Expirado este plazo, el plebiscito decidirá, en votación popular, si el territorio de las provincias referidas queda definitivamente de dominio de Chile o si continúa siendo parte del territorio peruano. Aquel de los dos países a cuyo favor queden anexadas las provincias de Tacna y Arica pagará al otro diez millones de pesos…*

Era la paz, por fin, después de cinco años de contienda. Los «batallones olvidados» que soportaron la campaña de la sierra peruana empezaron a ser embarcados de regreso a la patria.

Lynch también se aprestó para emprender el viaje de retorno. Pero, cuando presenciaba el último desfile de las tropas en marcha hacia el Callao, inesperadamente, se presentó ante él el teniente Alberto del Solar. Con expresión asombrada, el oficial le mostraba un viejo sobretodo de mujer que traía entre las manos.

—Perdóneme, señor contralmirante, si lo distraigo con un asunto absurdo —se excusó—. Esta mañana los centinelas encontraron colgando de la base del mástil de la bandera este descolorido abrigo de mujer. Y lo curioso es que trae un papel prendido con un alfiler.

En el pedazo de cartulina se veía escrita con torpes letras de imprenta la siguiente frase:

«Para Patricio Lynch, de parte de las mujeres del Perú». Nada más.

El contralmirante observó el extraño mensaje sin comprenderlo.

Después, tomó el sobretodo entre sus manos y lo extendió para observarlo mejor.

—¡Hum! —murmuró—. Es uno de esos abrigos que usan las señoras para viajar y que llaman macfarlán.

Del Solar asintió con un movimiento.

—Efectivamente. ¿Entiende, señor, qué significa esto?

Lynch agitó la cabeza lentamente.

—Realmente, no. No comprendo qué significado encierra el envío de este sobretodo de mujer. ¿Lo revisó bien, Alberto?

—Por todos lados, señor. No trae nada más que ese papel.

Patricio Lynch hizo un gesto de desconcierto, pero después se encogió de hombros.

—Es extraño, pero no tenemos tiempo ahora para ponernos a descifrar su misterio. Haga lo que estime conveniente con ese sobretodo. Enseguida, ocúpese de preparar su viaje a Chile. Embarcará en un vapor inglés que tocará en el Callao pasado mañana. Irá en calidad de ayudante del personal administrativo que regresa a la patria.

—Perfectamente, señor.

Los barcos transportes de la armada chilena se alejaban del Callao cargados de tropas, en el mismo momento en que el vapor inglés se desprendía del muelle.

Aquella noche, mientras la nave británica surcaba el mar, Del Solar se encontró sorpresivamente en la cubierta con José Abelardo Núñez, que dirigiera el servicio secreto chileno. El oficial lo saludó con asombro.

—¡Profesor! ¿Usted en viaje hacia Chile también?

Núñez lo reconoció con alegre sorpresa.

—¡Oh teniente Del Solar! —le expresó estrechándole la mano—. De veras me alegro de comprobar que logró salir vivo de la terrible campaña. ¿Cómo es que no viaja con su batallón «7.º de Línea»?

—Los compañeros del «Esmeralda» embarcaron ayer en un transporte de la armada —le explicó el oficial—. Pero ¿cómo es que está aquí? Lo hacía en los Estados Unidos.

El Profesor abrió los brazos y sonrió.

—Terminada la contienda, han concluido también mis funciones como secretario del ministro plenipotenciario Godoy en los Estados Unidos —le declaró y, de pronto, como si lo asaltara un súbito

pensamiento, su rostro volvió a tornarse grave—. Teniente, dígame, ¿conoció a una señora que trabajó conmigo, llamada Leonora Latorre? —preguntó a Del Solar con mal disimulada ansiedad.

El oficial asintió con expresión triste.

—Por supuesto que la conocí, Profesor, y también he participado en su búsqueda. Pero…

—¿No la encontraron? —lo interrumpió el antiguo jefe del servicio secreto, acongojado—. ¿No se supo nada de la suerte que pudo haber corrido?

—No, Profesor. Todo fue inútil.

—¡Pobre Leonora! —lamentó suspirando el señor Núñez—. Fue quizás la más valiosa combatiente; nadie se arriesgó tanto como ella. Jamás podré olvidar su valor, su serenidad, su figura gentil. —Se había acodado en la borda y recordaba—: Cierro los ojos y su imagen se me presenta nítida, tal como vino a mí el día en que ingresó al servicio secreto: su hermoso rostro pálido, su cuerpo esbelto cubierto con un amplio macfarlán gris…

Del Solar sufrió un brusco estremecimiento al oír su última frase. Luego se agarró la cabeza con ambas manos y permaneció inmóvil durante varios segundos.

—¡Dios santo, Profesor! —exclamó finalmente y contó a Núñez el incidente del sobretodo.

El Profesor dejó escapar una sorda exclamación, que era casi un gemido.

—¡El sobretodo de Leonora Latorre! —musitó transido de emoción—. ¡Desdichada amiga nuestra! —murmuró después—. Ahí está la explicación de su fin. Ella descubrió al Comité Patriótico de la Resistencia y muchos de los jefes de las grandes familias limeñas fueron apresados y desterrados. Sus esposas, sus hijos… se han vengado.

Quedaron los dos en silencio durante un largo rato, contemplando las aguas del mar. De súbito, Del Solar tuvo un gesto de esperanza y se volvió a El Profesor:

—Pero ¿sería efectivamente aquel macfarlán gris el mismo de Leonora? —aventuró.

Abelardo Núñez abrió las manos y se encogió de hombros.

—Ya nunca podremos saberlo —murmuró tristemente—. Ha terminado la guerra y hemos abandonado el Perú. El rastro de

Leonora Latorre queda borrado para siempre.

—Pero no podremos olvidarla —porfió apasionadamente Del Solar.

—No —reconoció El Profesor con voz estrangulada y su semblante resplandeció con un brillo especial al añadir—: Fue como un símbolo. Ella encarnó en esta guerra la belleza, el sentimiento y la grandeza de espíritu de la mujer chilena. Vivirá eternamente en el recuerdo de muchos de los que combatimos a su lado.

Epílogo

Los veteranos de la guerra estaban ya en la patria, tanto tiempo añorada y por la que habían sacrificado cinco años de sus vidas. Firmada la paz en Ancón, aún fue preciso realizar una última campaña, extremadamente penosa. Una división, al mando del coronel José Velásquez, cruzó el territorio peruano desde Mollendo hasta Arequipa y obtuvo la rendición, sin combatir, del ejército establecido en esa zona. Posteriormente, las tropas chilenas ascendieron hasta el lago Titicaca y se apostaron en Puno y Juliaca, atisbando por sobre las aguas hacia Bolivia.

Perdidas las esperanzas y sobrecogido por la amenaza, el contralmirante Montero se rindió también y, por fin, el 14 de abril de 1884, el Gobierno boliviano consiguió firmar un pacto de tregua con Chile, el que sólo habría de concretarse en una paz verdadera veinte años más tarde.

La totalidad del ejército chileno pudo entonces regresar a la patria.

En junio de aquel año se realizó el último desfile en el Campo de Marte de Santiago, antes de desmovilizar a los aguerridos batallones.

Aclamados por la multitud, empezaron a desfilar los héroes de tantas batallas. Formaban, en primer término, los batallones legendarios: el «Buin», «1.º de Línea», el «Atacama», el «Coquimbo», el «2.º de Línea», el «Santiago», el «4.º de Línea». Venían después los bizarros jinetes del «Cazadores» y del «Carabineros de Yungay N.º 1». Tras ellos, los batallones movilizados que decidieron la victoria en Huamachuco: el «Talca», el «Concepción» y el «Victoria». Y cerraban el primer escalón los zapadores y artilleros.

Encabezando la segunda división, marchaba el célebre «Batallón

de los Pijes», el inmortal «Esmeralda», «7.º de Línea».

Al pie de la tribuna de la Presidencia de la República, erguidos sobre sus caballos de guerra, revistaban al ejército los generales victoriosos de las dos campañas: Manuel Baquedano y Patricio Lynch. Y unos metros detrás de ellos, vibrando como una espada bien templada, saludaba, trémulo, el general Santiago Amengual.

A continuación del gallardo «7.º de Línea», esperando, solitarios, la incorporación al desfile del «Carabineros de Yungay N.º 2», se veía a dos hombres vestidos con uniformes distintos a todos los demás. Eran los únicos sobrevivientes del desaparecido escuadrón «Cazadores del Desierto», el mayor Rodríguez y su ordenanza, Gaspar Acosta. En la espera, con ojos cargados de añoranzas, contemplaban el paso del ejército vencedor.

—Allá van los viejos camaradas de la guerra —murmuraba Rodríguez—. Es la última vez que los veremos marchar en formación.

Guardaron silencio los dos hombres, pero por sus memorias pasaban los rostros de algunos de los muchos desaparecidos que recordaban.

—¡Cuántos camaradas dieron sus vidas por la victoria! —musitó Rodríguez conmovido—. Del «7.º de Línea» partieron mil doscientos treinta y volvieron seiscientos sesenta.

—De nuestro escuadrón no restan sino dos, mi capi —le acotó el ordenanza—: usted y yo.

—¡Cuántos amigos queridos se quedaron allá! —volvió a lamentar el oficial y, entrecerrados los ojos, añadió—: También ella: Leonora.

—Y su compañera, la chilenaza doña Elcira —apuntó Acosta, sonriendo al recuerdo de la brava mujer—. En Lima quedó enterrada.

—Y Leonora, ¿dónde?… ¿dónde? —profirió Rodríguez traspasado por la tristeza—. Será la pregunta que me haré mientras viva. ¿Qué fue de ella, Dios mío?…

Acosta le dio con el codo.

—¿A qué llorarla más, mi capi? —le expresó fraternalmente—. Más mejor haga de cuenta que la señorita Leonora fue un sueño. *Contimás* que a ella no le hubiera gustado verlo así, derrumbado por la pena. ¡Vamos, mi capitancito lindo! ¡Arriba la cabeza, saque

pecho, que ya termina de pasar el «7.º de Línea» y nosotros vamos detrás!

—Sí, soldado Acosta —se conformó Rodríguez, haciendo un esfuerzo supremo para sobreponerse a su emoción—. ¡Firme el paso, como cuando avanzábamos en la guerra! —exclamó elevando el tono, pero la voz se le quebraba estrangulada en la garganta—. A Leonora le hubiera gustado verme desfilar sin quebrantos, como uno de estos soldados de bronce.

Con gestos automáticos, el oficial y su ordenanza se ajustaron los quepis sobre las frentes, se estiraron los largos dolmanes de color azul oscuro y se introdujeron en la corriente del desfile, reanimados por los sones alentadores del *Adiós al Séptimo de Línea*. Delante de ellos veían a las últimas escuadras del «Esmeralda», que desfilaba encabezado por el coronel Adolfo Holley; y la marcialidad de sus viriles soldados, veteranos de triunfos y reveses, los contagiaba de orgullo.

A un costado de la tercera compañía del primer batallón, marchaba el teniente Alberto Cobo, dejando flotar al viento su manga izquierda vacía.

Rodríguez contemplaba desde la distancia su alta figura y sus anchas espaldas, ahora un tanto encorvadas por el infortunio. Sin poder verle el rostro, lo imaginaba entristecido como el suyo, y pensaba que el oficial inválido debía también estar sufriendo en ese instante con el recuerdo de Leonora. Con un nudo de lágrimas anegándole el corazón, al explorador le parecía oír, viniendo del Más Allá, la voz grave, de hondos matices, de la agente secreta musitando los versos del vibrante himno de guerra:

El «7.º de Línea»
partió en correcta formación
y al frente, con orgullo,
iba flameando su pabellón…

FIN

JORGE INOSTROSA CUEVAS, escritor chileno, (Iquique, región de Tarapacá; 30 de marzo de 1919 - Santiago; 5 de enero de 1975)

Nació en Iquique, en 1919, de padre abogado y madre profesora. Estudiante pobre, pues su padre muere cuando él tiene 3 años, se las ingenia en el Internado Barros Arana para obtener unos pesos escribiendo las cartas de amor de sus compañeros. Es la primera señal de su vocación de escritor.

Ya bachiller, ingresa al Instituto Pedagógico a estudiar matemática e historia. Quiere ser profesor, como su madre. Pero ésta enferma y queda hemipléjica, por lo que él y sus cinco hermanos deben abandonar los estudios para ganarse la vida.

Hace toda clase de trabajos: kinesiólogo, camionero, retratista… Y tras la muerte de su madre empieza a recorrer los pueblos ofreciendo retratos al pastel, para los que tiene gran facilidad. «Aprovechaba esto», cuenta el propio Inostrosa, «para realizar uno de mis mayores anhelos. Les contaba largas historias, cuentos, anécdotas arregladas por mí, que yo había aprendido rebuscando en la Historia de Chile». Era agnóstico, carrerista y amante del boxeo. A fines de la década de 1930, conoció en San Bernardo a Violeta Wood, con quien se casó y tuvo dos hijas: Verónica y Francisca

Javiera.

Mas tarde ingresa a la Agencia Havas como reportero y luego a la radio Cooperativa Vitalicia, primero como sonidista, pronto como libretista de radioteatros, y después como director de éstos.

En Radio Corporación, creó y transmitió *El Gran Teatro de la Historia* con una compañía de actores que bajo su dirección y con sus libretos dio vida a episodios de la historia de Chile y a sus héroes en radioteatros.

En esa radioemisora en 1948, estrenó su obra *Adiós al Séptimo de Línea*, uno de los programas más exitosos de la radiofonía chilena. Posteriormente, fue convertida en la novela homónima e inspiró una historieta, creación de Isidro Arteaga en 1960, una pieza musical, el álbum ¡*Al 7.º de Línea*! del grupo Los Cuatro Cuartos en 1966, y una serie de televisión en 2010.

Aunque el programa fue un éxito, tres años después de su transmisión Inostrosa estaba en mala situación económica. Siguió entonces el consejo de un amigo: «¿Por qué no llevas tus libretos a Zig-Zag y propones transformarlos en novela?».

El enorme éxito de la obra detonó definitivamente al talentoso escritor que había en Inostrosa. En 1955 publicó su libro más conocido, *Adiós al Séptimo de Línea*, una novela en cinco tomos —*La frontera en llamas, Las cruces del desierto, Los infantes de bronce, Los batallones olvidados y El regreso de los inmortales*— basada en el guión para radioteatro que se había transmitido con mucho éxito en la radiofonía chilena a fines de los años 1940. Siguieron las novelas históricas *Hidalgos del mar, Prat y Grau* (1959), *El corregidor de Calicanto* (1960), *La justicia de los Maurelio* (1961), *Los Húsares trágicos* (1965), *Bajo las banderas del Libertador* (1966) y ¡*Se las echó el Buin*! (1970). A las que hay que agregar los volúmenes de relatos históricos *El rescatado por Dios* (1962), *Fantasmas y retratos de la tradición* (1963) y *Huella de siglos* (1966), ademas de *Siempre una mujer* (minibiografías, 1974) y *El ministro Portales* (1976).

Para facilitarle las investigaciones que se propuso hacer cuando

escribió la biografía de Simón Bolívar (*Bajo las banderas del Libertador*), el gobierno de Chile le dio un cargo diplomático en Colombia y Venezuela.

Jorge Inostrosa falleció de un accidente vascular a los 56 años en Santiago el 5 de enero de 1975.

Según señaló *El Mercurio* el día de su muerte, *Adiós al Séptimo de Línea* vendió «más de cinco millones de ejemplares, con lo cual el libro constituyó uno de los más grandes best-sellers de la historia literaria del país». Diversos medios de prensa han estimado el número total de copias vendidas entre cinco y siete millones.

Jorge Inostrosa Cuevas dejó un legado importante en la literatura chilena, siendo reconocido por su contribución a la divulgación histórica y su capacidad para acercar la historia al público de una manera entretenida y agradable. Su trabajo sigue siendo valorado y apreciado hasta la actualidad.

OBRAS:

Adiós al Séptimo de Línea, 5 tomos, 1955.

Bajo Las Banderas del Libertador, 3 tomos, 1959.

Hidalgos del Mar, Prat y Grau, 1959.

El Corregidor de Calicanto, 1960.

La justicia de los Maurelio, 1961.

El Rescatado por Dios, 1962.

Fantasmas y Retratos de la Tradición, 1963.

Los Húsares Trágicos, 4 tomos, 1965.

Huella de Siglos, 1966

¡Se las echó el Buin!, 1970.

Pueblo de los Techos Negros, Madrid, 1971.

Hotu, el oceánico, Madrid, 1971.

Siempre Una Mujer, 1974.

El Ministro Portales, póstuma, 1976.

Notas

[1] Por Decreto del 4 de mayo de 1881, se nombró al contralmirante Patricio Lynch General en Jefe del Ejército de Ocupación, encargado del mando militar y político del país. < <